UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA ACTIVIDAD FÍSICA Y DEL DEPORTE – INEF

FÚTBOL Y SOCIEDAD:

EL PASO DE LA DEFENSA INDIVIDUAL A LA DEFENSA EN ZONA

TESIS DOCTORAL

Carlos García Martí

Licenciado en Sociología

MADRID 2016

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS SOCIALES DE LA ACTIVIDAD
FÍSICA, DEL DEPORTE Y DEL OCIO

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA ACTIVIDAD FÍSICA
Y DEL DEPORTE – INEF

FÚTBOL Y SOCIEDAD:
EL PASO DE LA DEFENSA INDIVIDUAL A LA DEFENSA EN ZONA

AUTOR: CARLOS GARCÍA MARTÍ

Licenciado en Sociología

Directores:

JAVIER DURÁN GONZÁLEZ

Doctor en Ciencias Políticas y Sociología

MAITE GÓMEZ LÓPEZ

Doctora en Ciencias de la Actividad Física y del Deporte

Madrid, 2016

Tribunal nombrado por el Magnífico y Excelentísimo Sr. Rector de la Universidad Politécnica de Madrid, el día _____ de _____ de 2016.

Presidente: D./Dña. _____

Vocales: D./Dña. _____

D./Dña. _____

D./Dña. _____

Secretario: D./Dña. _____

Suplentes: D./Dña. _____

D./Dña. _____

Realizado el acto de lectura de Tesis el día _____ en la Facultad de Ciencias de la Actividad Física y del Deporte – INEF de Madrid, acuerda otorgarle la calificación de _____

El presidente

Los vocales

El secretario

La utilización del género masculino como generalizador en el uso del lenguaje escrito de este trabajo responde únicamente a criterios de simplicidad y fluidez en su redacción y lectura.

En la redacción de esta tesis se han seguido las normas de estilo de la American Psychological Association (APA), 6ª edición.

El fútbol es lo más importante de las cosas menos importantes.

Jorge Valdano

AGRADECIMIENTOS

La victoria tiene cien padres y la derrota es huérfana, o en términos futbolísticos, los partidos los ganan los jugadores y los pierde el entrenador. Sin saber ya si uno es futbolista o entrenador en esta aventura, lo cierto es que esta tesis ha sido posible gracias al esfuerzo y la paciencia de muchos.

En primer lugar, de mis directores de tesis, Javier Durán y Maite Gómez, una *pequeña sociedad* que diría Menotti que se ha compenetrado como los antiguos interiores y extremos para ofrecerme su apoyo, guiarme y mantenerme dentro del campo los noventa minutos sin desfallecer. Por escuchar mis teorías más o menos inverosímiles, por dejarse convencer a veces y por negarse otras, y por generar un espacio de confianza y convivencia en el que hablar, finalmente, de fútbol. Partido a partido, índice a índice, me habéis traído hasta aquí.

En segundo lugar, gracias a mis entrevistados, por dedicarme un tiempo precioso y por responderme con sinceridad y con pasión de lo que vivieron y de lo que piensan. Espero, sobre todo, haberles sido fiel en mi tarea de comprenderles y explicarles.

Gracias a todos aquellos que han escrito de fútbol, que han pensado en el fútbol y que han creído necesario que sus ideas quedasen plasmadas en negro sobre blanco, sin los cuales esta tesis simplemente no habría sido posible.

Gracias a mi familia y a mis amigos, por soportarme en todos los sentidos de la palabra.

Gracias Marta.

ÍNDICE

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	xi
ÍNDICE.....	xiii
ÍNDICE DE TABLAS.....	xviii
ÍNDICE DE FIGURAS.....	xviii
RESUMEN.....	xx
ABSTRACT.....	xxiii
CAPÍTULO 1: INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO 2: MARCO TEÓRICO	15
2.1. El fútbol profesional desde la sociología	17
2.1.1. La transformación del espectáculo del fútbol profesional	17
2.1.1.1. Profesionalización y conversión en sociedades anónimas.....	19
2.1.1.2. La normalización del status laboral de los futbolistas	28
2.1.1.3. La transformación del modelo de negocio.....	39
2.1.1.4. Cambios en el público y en el consumo del fútbol.....	53
2.1.2. La cultura profesional en los equipos de fútbol profesional	56
2.1.2.1. Campo, capital y habitus en la obra de Pierre Bourdieu.....	56
2.1.2.2. La sociología de los oficios de futbolista y entrenador	60
2.2. El desarrollo táctico del fútbol.....	70
2.2.1. La evolución de los sistemas de juego y sus dispositivos defensivos	74
2.2.1.1. La Formación en Pirámide y su defensa zonal	74
2.2.1.2. El nacimiento de la WM y de la defensa individual.....	88

2.2.1.3.	La defensa de cuatro hombres y el líbero	99
2.2.1.4.	El panorama táctico de la década de los ochenta	114
2.2.2.	Los sistemas defensivos en el fútbol	117
2.2.2.1.	Defensa individual, defensa en zona y defensas mixtas	119
2.2.2.2.	El surgimiento de una nueva zona: zona tradicional y zona moderna ..	133
CAPÍTULO 3: METODOLOGÍA.....		148
3.1.	Hipótesis	150
3.2.	Objetivos	150
3.3.	Método	151
3.3.1.	Aproximación cualitativa.....	151
3.3.1.1.	Análisis documental.....	154
3.3.1.2.	Entrevistas en profundidad	155
3.4.	Diseño metodológico	160
3.4.1.	Guión de entrevista.....	161
3.4.2.	Muestreo	161
3.4.3.	Captación.....	163
3.4.4.	Participantes.....	163
3.4.5.	Procedimiento	163
3.4.6.	Análisis de los datos	165
3.4.7.	Criterios de calidad.....	166
CAPÍTULO 4: RESULTADOS		170
4.1.	El fútbol español antes de la zona	171
4.1.1.	La cultura futbolística española a la llegada de la zona	174
4.1.2.	El estilo de juego	185
4.1.3.	El perfil de los entrenadores y los métodos de entrenamiento	198
4.1.4.	El perfil de los jugadores	212

4.2.	Los años de la implantación de la zona (1988-95).....	225
4.2.1.	La emergencia de un nuevo discurso: Buen fútbol por el bien del fútbol .	231
4.2.2.	Pacificación en el campo y en la grada	247
4.2.3.	Cruyff y Sacchi	257
4.2.4.	La lucha por la hegemonía	264
4.2.5.	La zona en el debate	279
4.2.6.	La introducción de la zona en los equipos	294
4.3.	Las consecuencias de la zona para el campo del fútbol profesional.....	304
4.3.1.	La zona en funcionamiento	304
4.3.2.	El entrenador y el entrenamiento de la zona	312
4.3.2.1.	Diseño táctico y pedagogía.....	312
4.3.2.2.	El entrenamiento de la zona.....	320
4.3.3.	El futbolista de la zona	331
4.4.	Hacia un mapa del campo del fútbol profesional.....	350
4.4.1.	El debate ético: victoria, espectáculo y capital futbolístico.....	351
4.4.2.	El debate técnico: práctica, reflexión y capital cultural	365
4.4.3.	El mapa del campo del fútbol profesional	374
CAPÍTULO 5: DISCUSIÓN.....		389
5.1.	El control de la violencia en el fútbol español, la curva civilizacional y la masculinidad hegemónica	390
5.2.	El buen fútbol, la explosión mediática y los nuevos públicos	402
5.3.	La zona, la complejidad y la organización del trabajo	413
CAPÍTULO 6: CONCLUSIONES		435
BIBLIOGRAFÍA		442
ANEXO.....		454

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Promedio de tarjetas amarillas.....	251
Tabla 2. Promedio de tarjetas rojas.....	252

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. Sistema Piramidal 1-2-3-5.....	75
Figura 2. Sistema Piramidal posicionamiento ofensivo.....	78
Figura 3. Sistema Piramidal 1-2-3-5 posición ataque derecha.	79
Figura 4. Sistema Piramidal 1-2-3-5 coberturas por derecha.....	80
Figura 5. Sistema WM y cuadrado mágico.....	92
Figura 6. Brasil 1958: 1-4-2-4.....	102
Figura 7. Catenaccio.....	104
Figura 8. Europa 1-4-3-3.....	107
Figura 9. Inglaterra 1966: 1-4-4-2.....	108
Figura 10. Argentina 1986: 1-5-3-2.....	115
Figura 11. Mapa del campo del fútbol profesional.....	375

RESUMEN

RESUMEN

El fútbol español vivió una profunda transformación desde mediados de los años ochenta hasta mediados de los noventa: transformación en Sociedades Anónimas Deportivas, asalarización de los futbolistas y la aparición de nuevos canales de televisión y multiplicación de los ingresos, agudizando el proceso de mercantilización y de búsqueda del espectáculo. Al mismo tiempo, se producía una revolución táctica con la llegada de la defensa en zona que transformó el estilo de juego, los valores asociados, el estatus de los futbolistas y entrenadores y las rutinas de entrenamiento y de juego.

Esta investigación busca comprender desde un punto de vista sociológico esta transformación táctica y ligarla al cambio en el modelo de negocio del fútbol profesional.

Para ello, se ha llevado a cabo una investigación cualitativa, mediante 31 entrevistas a futbolistas y entrenadores de la época y a testigos directos del cambio, como periodistas y árbitros junto con un análisis documental de las fuentes hemerográficas disponibles.

Los resultados muestran que el fútbol español, que buscaba fundamentalmente la victoria pues se entendía como un enfrentamiento comunitario, pasó a buscar el espectáculo y el buen fútbol como fórmula para cambiar su imagen pública y atraer a nuevos segmentos de la población. Ello hizo que las identidades y prácticas de los futbolistas y entrenadores cambiasen, potenciándose el componente táctico e intelectual del fútbol.

Estos resultados amplían los debates sobre la pacificación, la pérdida de peso de la masculinidad tradicional y la espectacularización. Además, integran a los futbolistas en las teorías sobre la organización del trabajo en red.

ABSTRACT

Spanish football suffered a deep transformation in the late eighties and first nineties: the clubs transformation into PLCs, the achievement of working status by footballers, and the creation of new channels and the subsequent sharp increase in incomes, all of them creating a commodification process. At the same time, a tactical revolution took place, the adoption of zonal marking, which modified the playing style, the associated cultural values, the footballers' and managers' status and their working and training routines.

This research aims to understand from a sociological standpoint this tactical transformation and link it to the changes taken place in the professional football business.

In order to do so, a qualitative approach was chosen, carrying out 31 semi-structured interviews to footballers, managers and witnesses as journalists and referees, together with the analysis of newspapers and periodicals.

Results show that the Spanish football, up to that moment understood games as communities' confrontations and looked for victory among all things. The zonal marking was part of a style change in which focus was made on aesthetic pleasure and well played football; in order to change the football public image and attract new customers. As a consequence, footballers' and managers' identities and practices changed, gaining tactical insight and a more rationalized approach to the game.

These results broaden the debates around pacification, hegemonic masculinity and the sport's commodification process. They also integrate the footballers' profession evolution among the network organizational theories.

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1: INTRODUCCIÓN

Esta tesis explora las circunstancias sociales en las que la defensa individual fue sustituida por la defensa en zona en el fútbol profesional español de los últimos años ochenta y primeros noventa y los efectos de este cambio sobre la imagen del fútbol en España y sobre la cultura profesional y los roles de los profesionales, entrenadores y futbolistas.

Como tal, parte de una hipótesis múltiples veces enunciada y escasamente operativizada, a saber, que la táctica es un fenómeno deportivo y también un producto cultural y social en el doble sentido, que está condicionada y es producto de un contexto social y que a su vez modifica ese contexto social y a los actores inscritos en éste. En este caso concreto, supone afirmar que la defensa en zona es un producto de su tiempo, y que como tal recoge y articula las principales ideas y valores que circulaban en la sociedad por entonces, y que por tanto da respuesta a una demanda social latente, entendido no como causalidad sino como una afinidad electiva. Y es que la zona llegó en el mismo momento en el que el fútbol profesional iniciaba un proceso de modernización y de cambio de imagen que pretendía garantizar su rentabilidad abriéndose a nuevos públicos y gustos, y para ello debía cambiar su imagen social, muy marcada por su protagonismo durante el franquismo. La zona, por tanto, facilitaba la mutación del fútbol desde un deporte de competición con una dimensión espectacular hacia un espectáculo basado en un deporte de competición.

Pero la zona, además de suponer una respuesta para algunas de las necesidades que el fútbol como industria tenía en España, supuso también un cambio en la cultura profesional de entrenadores y futbolistas. Su fuerte componente abstracto y su complejidad forzaron el reciclaje, o la formación de un nuevo perfil de entrenador y de futbolista, con un mayor énfasis en la dimensión táctica del juego y menos en la física. Ese cambio en las competencias requeridas modificaba a su vez en profundidad la

identidad de los actores en la misma línea que lo hacían los cambios en la industria, hacia una mayor profesionalización, formación y abstracción.

Pero antes de desarrollar el análisis de los acontecimientos, esta investigación procederá a una fundamentación a través de su marco teórico. Este comienza por el análisis sociológico del fútbol profesional, y en primer lugar atenderá a esos cambios en el modelo de negocio del fútbol profesional que tuvieron lugar desde la década de los ochenta y que se acaban de apuntar. Concretamente, existen numerosas investigaciones que describen un proceso por el que la liberalización del mercado de telecomunicaciones, con la aparición en toda Europa de canales privados de televisión, rompió el equilibrio en la negociación de los derechos de retransmisión a favor de los clubes, que comenzaron a percibir sumas astronómicas por esos derechos, y al mismo tiempo multiplicaron su presencia mediática. Ese aumento de la exposición se tradujo a su vez en un aumento de los ingresos por patrocinio. Además, el proceso de liberalización económica que había afectado a la televisión afectó también a los clubes, que en muchos países se transformaron en sociedades anónimas, agudizando su búsqueda del beneficio económico. Por ello, junto con los ingresos televisivos también buscaron aumentar en la medida de lo posible todos los ingresos atípicos, lo que llevó a la reforma de los estadios para aumentar las fuentes de ventas y el desarrollo de todo tipo de merchandising. A la finalización del proceso, los clubes habían aumentado sus ingresos y al mismo tiempo cambiado cualitativamente su modelo de negocio: de estar centrados en el rendimiento deportivo y sin apenas estructura empresarial pasaron a convertirse en medianas empresas centradas en la explotación económica.

Los jugadores no fueron ajenos a este proceso, por el cual vieron liberalizarse su mercado de trabajo, hasta ahora con fuertes restricciones al libre movimiento entre equipos y entre países. Con el fin estos límites por la sentencia Bosman, los jugadores también vieron aumentar sus ingresos y su capacidad negociadora, al mismo tiempo que se aprovechaban de la incrementada presencia mediática del fútbol para aumentar sus ingresos vía publicidad.

Pero, y este será el segundo ángulo de la investigación sociológica, el espacio de trabajo del futbolista, el equipo, ha tenido una cultura profesional propia

independiente hasta cierto punto de los cambios sociales. Las investigaciones sobre esta cultura profesional muestran que reproduce los valores de la masculinidad tradicional, fundamentada en el valor, el sacrificio, la agresividad y la lealtad y conformidad a normas. Es también una cultura violenta, que glorifica el dolor físico y su superación. Esta cultura tradicional, por último, se fundamenta en un enfoque artesanal de la práctica, que rechaza hasta cierto punto los enfoques teóricos y abstractos y privilegia el aprender haciendo, la experiencia y el conocimiento íntimo, directo, del juego.

En ese ambiente se desarrolla por un lado una relación autoritaria entre entrenador y jugadores, basado en el modelo patriarcal, y al mismo tiempo una competencia y enfrentamiento soterrado entre los jugadores por alcanzar la titularidad, pues es en su condición de jugadores que los futbolistas alcanzan su realización personal. Al mismo tiempo, el aparente poder de los entrenadores se ve constantemente socavado por la intromisión de los directivos y la resistencia de los jugadores, todos ellos agentes con los que el entrenador debe negociar y a los que debe intentar seducir.

Por todo ello, el fútbol profesional no es únicamente una práctica deportiva, sino que es también en un espacio de luchas, un campo en término de Pierre Bourdieu. Las teorías del sociológico francés, y sus nociones de campo, habitus, capital y violencia simbólica serán utilizadas para obtener una visión objetiva de las luchas y las apuestas en juego en este campo, con la intención de construir un mapa del mismo en el último tramo de la investigación.

En el segundo capítulo del marco teórico, y una vez establecidos los fundamentos sociológicos, será el momento de situar futbolísticamente la investigación. Para ello, comenzaremos por hacer un repaso de la evolución de los sistemas tácticos desde el primero digno de tal nombre, la Formación en Pirámide o Sistema Clásico, hasta el funcionamiento táctico en el momento que da comienzo esta investigación, la década de los ochenta, con especial atención a las implicaciones sociológicas y organizativas. El Sistema Clásico, a través de su disposición 1-2-3-5, estuvo vigente hasta el cambio de la regla del fuera de juego en 1925. Como sistema, proponía una defensa zonal, en la que los jugadores no tenían marcas asignadas, sino que se adaptaban a cada ataque

de manera dinámica, intercambiando hasta cierto punto posiciones y roles. La llegada de la WM, que se traducía en un 1-3-2-2-3, tras la reducción del número de defensas de tres a dos para considerarse fuera de juego cambió los términos. La WM dio lugar a la noción de marcaje, y con él a la defensa individual. Las marcas se fueron haciendo más estrictas, hasta extender a todo el campo y a todo el tiempo de juego. Los partidos devinieron fragmentados en diez duelos individuales, con escasa interrelación o cooperación entre defensores. Como ese planteamiento era vulnerable a la superación de un defensor por su atacante, se creó la figura del líbero y se aumentaron los defensas a cuatro. De esta forma, no solo cada defensor podía ocuparse de un delantero, sino que en caso de verse superado tendría la cobertura del líbero. A medida que aumentaba la profesionalización y el carácter mercantil, aumentaba la búsqueda de la seguridad defensiva.

Este aumento constante del número de defensas llegó hasta los cinco propuestos en los años ochenta. Sin embargo, en el 1-5-3-2 que se popularizó entonces la defensa individual comenzaba a quebrarse, puesto que los dos centrales marcaban zonalmente, es decir, se encargaban del delantero más cercano en cada momento y no de una marca fija. En los años setenta y ochenta había otros movimientos en la misma dirección: los ingleses habían seguido una línea independiente de evolución y defendían en zona desde los años setenta, mientras que en esa misma década el Fútbol Total holandés había demostrado que una mayor movilidad del ataque hacía a la defensa individual mucho más vulnerable. Es en ese contexto en el que la zona moderna se desarrolla, fundamentalmente de la mano de Arrigo Sacchi.

¿Qué es la zona moderna? Para dar respuesta a esta pregunta se desarrolla el segundo epígrafe del capítulo dedicado a la evolución táctica. A través de una revisión de la literatura desarrollaremos definiciones operativas de defensa individual, aquella en la que cada defensor recibe el encargo de seguir a un futbolista concreto, y defensa en zona, en la que el defensor debe ocuparse de cubrir un espacio asignado. También analizaremos las confluencias y mixturas entre ambas, con defensas mixtas en las que se marca individualmente a quién penetra una zona. Todo ello nos debe permitir identificar qué rasgos tenía la propuesta de Sacchi que divergían de la comprensión que de la zona se había tenido hasta entonces y que explica su éxito, pues tras décadas

como sistema minoritario, la zona fue adoptada masivamente a escala internacional. Entendemos que la literatura nos permite sostener la idea de que la zona que se desarrolla en los años ochenta se diferencia de la zona tradicional en que instituye el balón como principal referencia y hace moverse a todo el equipo en función de éste, de forma que los jugadores dejan de tener espacios fijos asignados, como en la defensa en zona tradicional, y pasan a situarse en espacios distintos en función de la posición del balón. Ello permite reducir radicalmente el espacio de juego y realizar una presión basada en limitar las líneas de pase, de forma que el juego del contrario puede ser llevado hacia atrás o hacia las bandas.

La zona suponía por tanto una forma más racional y abstracta de enfocar el juego, dándole un orden y cierto equilibrio estético al fútbol. Nuestra hipótesis es que se trata de un proceso de afinidad electiva porque ese carácter más intelectual es el que necesitaba el fútbol para interesar a las nuevas clases medias profesionales y a colectivos hasta entonces reacios al fútbol por su carácter agresivo y poco elaborado, fundamentalmente las mujeres. Y fueron precisamente esos nuevos públicos, con altos ingresos, a quienes buscaron interesar los clubes de fútbol con su nuevo producto, como pudo verse por toda Europa.

La hipótesis fundamental es por tanto que, puesto que la táctica es producto social y terreno disputado, la adopción de la zona es parte de un proceso de espectacularización del fútbol que estaba teniendo lugar, y que su adopción a su vez introdujo cambios cualitativos en la cultura profesional de entrenadores y futbolistas, y de forma más crítica, en las fuentes de valoración de los mismos y por tanto en lo que Bourdieu denomina el mercado de capital, que define las posiciones de los actores. Es decir, que la zona modificó el campo del fútbol profesional.

Para operativizar esta hipótesis, y con ello nos adentramos en el segundo capítulo de esta tesis, el de la metodología, hemos optado por llevar a cabo entrevistas semi-estructuradas con agentes que vivieron esa transformación. A partir de un muestreo por propósito y una técnica de bola de nieve se ha buscado alcanzar una heterogeneidad máxima de los discursos, lograda gracias al concurso de todos los colectivos implicados, futbolistas, entrenadores, periodistas y árbitros, y de una

pluralidad de generaciones y de trayectorias. Esas entrevistas han sido analizadas, y a partir de este análisis se ha llegado a los resultados, que expresan al mismo tiempo cómo los actores vivieron ese cambio y en función de qué construcciones simbólicas e ideológicas los interpretaron.

Nuestros resultados, desarrollados en el tercer capítulo de esta investigación, estarán divididos en tres capítulos que reproducen la línea temporal, lo más adecuado teniendo en cuenta el carácter histórico de nuestra investigación, de forma que el primer capítulo se centrará en analizar cómo era el fútbol profesional español antes de la llegada de la zona, en los años setenta y ochenta. Descubriremos que se caracterizaba por un alto grado de violencia permitida y enmarcada en una cultura profesional, que modificaba el comportamiento de los actores y al mismo tiempo los perfiles de los jugadores, su mercado de trabajo. Era necesaria cierta envergadura física para soportar aquellas defensas, por lo que quienes no cumplían esos requisitos eran expulsados del mercado o debían especializarse en posiciones muy concretas, como extremo. Al mismo tiempo, la cultura futbolística se fundamentaba en un enfoque práctico y basado en el conocimiento íntimo del juego por parte de los futbolistas. Estos se consideraban profesionales consumados que no necesitaban formación y los entrenadores, que eran a su vez exfutbolistas, aceptaban esta legitimidad y se limitaban a dar órdenes y repartir tareas. Todo ello hacía que el entrenamiento estuviese centrado en el aspecto físico, que se desarrollaba bajo las ideas del entrenamiento analítico importando del atletismo, y que las charlas del entrenador fuesen fundamentalmente motivacionales. La tarea más crítica que realizaba este era la elección de las marcas, en donde debía tener en cuenta no solo las características físicas o futbolísticas, sino muy especialmente las psicológicas, pues muchos de esos duelos se libraban en ese nivel.

Esa cultura futbolística va a ser puesta en cuestión por una nueva generación de periodistas y también de entrenadores. A partir de las ideas argentinas sobre el buen juego, se va a formar un discurso alternativo que va a sostener la existencia de ciertos principios, técnicos pero también morales, sobre cómo había que jugar al fútbol. Ello va a llevar a una guerra cultural entre conservadores y renovadores, los primeros sosteniendo el enfoque práctico y centrado en el resultado, los segundos defendiendo

una concepción más intelectual del fútbol y centrado en el espectáculo, todo ello dentro de esa transformación mediática que tenía lugar y la necesidad de los nuevos operadores, especialmente Canal Plus, de rentabilizar sus inversiones.

Ese proceso de apertura a nuevos públicos y de cambio de imagen necesitaba de una pacificación, y en ello se aplicaron severamente las autoridades y especialmente los medios de comunicación con sus nuevas posibilidades técnicas. Se persiguió la violencia tanto dentro como fuera del campo, de forma que en poco tiempo la violencia permitida en el terreno de juego se redujo drásticamente.

Es en ese contexto en el que apareció la defensa en zona con Arrigo Sacchi. Su impacto no puede subestimarse, pues no solo eliminó dos veces al Real Madrid de la Quinta del Buitre, sino que lo hizo con una facilidad que llevó a dirigir el foco a la opinión pública hacia su planteamiento táctico. Por primera vez, parecía que realmente una idea se imponía sobre los jugadores, poniendo en duda el enfoque práctico, basado en la experiencia del juego, y por tanto el mayor conocimiento de fútbol de los entrenadores y futbolistas frente a los agentes externo, como periodistas y aficionados.

Junto con la irrupción de Sacchi estuvo la de Johan Cruyff, que logró un éxito deportivo innegable al mismo tiempo que defendía ideas similares a las de los renovadores, y fundamentalmente la noción de que había que jugar bien, es decir, dar espectáculo, además de ganar. Cruyff creó un modelo que fue seguidamente imitado por muchos clubes, y con ello aparecieron numerosos entrenadores extranjeros con nuevos métodos de entrenamiento, fundamentalmente, la idea del entrenamiento integrado, es decir, que todo trabajo debía hacerse con balón para reproducir las condiciones del juego y aumentar la transferencia. Suponía un cambio de paradigma respecto al entrenamiento analítico, pero sobre un cambio moral: mientras que el entrenamiento analítico se centraba en el sufrimiento, el integrado, al hacer todo el trabajo a través de juegos, hacía del entrenamiento un momento placentero y deseable, algo que iba contra la moral ascético de muchos entrenadores.

Los entrenadores españoles reaccionaron de forma dispar ante esta revolución. Unos simplemente la negaron y se opusieron firmemente a cualquier modificación. Otros

adoptaron una postura de prudencia y desconfianza, esperando a tener las condiciones adecuadas, pasados unos años, para implantar los cambios. Un tercer grupo, los más jóvenes, se lanzaron en muchos casos a aplicar las nuevas teorías con entusiasmo y una defensa ética, además de técnica del nuevo modelo.

La zona terminó imponiéndose en cualquier caso, y ello transformó muchos de los valores, identidades y roles del fútbol profesional. Desaparecieron los centrales marcadores, y todo defensa debió tener una mínima capacitación técnica para llegar al fútbol profesional. Al mismo tiempo, la pacificación permitió la llegada de nuevos perfiles de jugadores, más técnicos y menos físicos. Pero sobre, provocó la necesidad de una enorme capacidad táctica en los nuevos jugadores, que al mismo tiempo comenzaron a provenir de la formación reglada de escuelas de fútbol y clubes, lo que les da un enfoque mucho más abstracto y racional del juego. Es ese saber de segundo grado el más valorado en la actualidad en un jugador.

Los entrenadores sufrieron una transformación similar, pues también debieron desarrollar esa capacidad analítica y abstracta de la que carecían previamente, y al mismo tiempo aprender los mecanismos pedagógicos, de entrenamiento, necesarios para hacer funcionar de forma óptima la enorme complejidad de la zona. Además, tienen que saber comunicar esas necesidades tácticas a los jugadores y lograr su colaboración, pues la simple disciplina no es eficiente para controlar el funcionamiento zonal. Finalmente, los entrenadores han visto crecer exponencialmente sus equipos hasta el punto que, rodeados de expertos, se han convertido en gestores generalistas, a pesar de estar mucho más formados que sus predecesores.

Ese cambio de cultura, desde un enfoque práctico y centrado en el resultado hacia una búsqueda del espectáculo y una visión abstracta, intelectual del fútbol, es la principal evidencia de esta investigación, junto con los cambios que esta transformación tuvo en la cultura profesional y las identidades de los miembros de la comunidad futbolística.

El capítulo de resultados se cierra con un trabajo de aclaración y síntesis de los debates que ocuparon aquellos años, de forma que podamos ver cuáles son en último término las cuestiones abordadas y qué consecuencias tienen para los actores. Ello permite identificar las luchas y las posiciones, y de esta forma construir un mapa, en el sentido

de Bourdieu, del campo del fútbol profesional que nos permita entender su funcionamiento más allá del caso concreto de la zona. En concreto, hemos identificado recurrentemente la existencia de dos debates, por un lado, aquel clásico entre los defensores de la búsqueda de la victoria por cualquier medio, y aquellos defensores del espectáculo y sobre todo de la realización personal. Entendemos que en último término los primeros son defensores de priorizar la colectividad aún en detrimento de la individualidad, mientras los segundos se inclinan por proteger al individuo frente a las exigencias de la sociedad, en este caso el equipo. Por ello, a medida que se dispone de más talento, es más probable defender la libertad individual, mientras que a menos talento, se impone la defensa de la colectividad. Es decir, que el debate resultado versus espectáculo esconde la lucha por imponer un tipo u otro de capital futbolístico como el prioritario: la capacidad técnico-táctica ofensiva frente a la disciplina táctica.

El otro debate ha sido el del origen del conocimiento futbolístico: ¿es exclusivamente la práctica futbolística, la experiencia en el campo, o se puede alcanzar un conocimiento similar o superior mediante el análisis abstracto? Esta segunda posibilidad pone en duda la posición superior de entrenadores y futbolistas como expertos, por lo que es severamente discutida. Para ello, se trata de negar que la zona constituya una novedad y que sea superior a la defensa individual. Se trataría de sostener que ambas son válidas, y que la elección dependerá de las circunstancias, es decir, de los futbolistas que se tenga. Esa idea de la preeminencia de los futbolistas es crítica para negar la evolución táctica, que sería mínima frente a la estabilidad del talento. Por tanto, se trataría de una lucha por imponer el conocimiento legítimo del fútbol entre quienes tienen un conocimiento práctico, los futbolistas y exfutbolistas, frente a quienes lo tienen abstracto, como periodistas y entrenadores sin experiencia como jugadores.

Si cruzamos ambos debates, tenemos un espacio topográfico que nos permite situar los discursos y los capitales. Tenemos así a quienes defienden que el fútbol es espectáculo y talento individual, como en el caso de las grandes estrellas como Maradona o los equipos de leyenda como la selección de Brasil de 1970. Hay quienes están de acuerdo en ese carácter espectacular del fútbol, pero pretenden lograrlo desde un enfoque racional, intelectual, y en ese grupo destacan las teorizaciones de la

escuela holandesa, desde el Ajax de Cruyff al Barcelona de Guardiola. Quienes consideran que en el fútbol se trata únicamente de ganar, se dividen en dos grupos: aquellos que rechazan toda racionalización y lo basan todo en el espíritu y sacrificio de los jugadores, como podía ser la teoría de *la furia* en España, y quienes quieren ganar mediante métodos científicos, como era el propio inventor de la zona moderna, Arrigo Sacchi.

Estos resultados son puestos en diálogo con la evidencia previa acumulada en el capítulo cuarto, el de la discusión. Esta se estructurará en torno a tres ejes. Primero, la relación entre la violencia deportiva y las teorías de la curva civilizacional de Elias y Dunning y la de la masculinidad hegemónica de Connell serán vistas a la luz de nuestros resultados, que son el de una clara pacificación del fútbol y un desarrollo de un perfil menos violento y con un enfoque más abstracto e intelectual del fútbol. Las investigaciones que desde los estudios de género se han hecho sobre el fútbol muestran sin embargo que este sigue siendo un enclave de masculinidad hegemónica, es decir, centrada en la violencia, la agresividad, el valor, etc. Creemos que la inclusión del eje temporal nos permite ver que si el fútbol sigue siendo machista, lo es menos que hace treinta o cuarenta años, no tanto por la presencia de mujeres como por su subordinación al enfoque racional que predomina entre las clases dominantes, mayoritariamente hombres, de la sociedad moderna y a la cultura del espectáculo y la lógica económica de maximización de beneficios de la industria audiovisual.

En ese sentido, nos parece posible sostener que la adopción de la zona forma parte de un proceso de pacificación y sustitución de valores que en el fútbol español pretendía una modernización del mismo para hacerlo más atractivo a nuevos estratos sociales pero sobre todo, y dado el particular contexto sociopolítico español, para generar una Transición política del fútbol español desde los valores de la dictadura, muy marcados por la masculinidad hegemónica, hasta ser aceptado y perdonado por amplios sectores sociales que le consideraban cómplice del régimen. Solo entonces podía intentar la integración del fútbol en la cultura de consumo y del espectáculo que se estaba desarrollando. Por tanto, el fútbol español sigue en términos generales el camino que estaba siguiendo el fútbol y el deporte en el plano internacional, pero al mismo tiempo

tiene en sus antecedentes históricos una excepcionalidad que explica la forma que adoptaron los debates futbolísticos españoles y la profundidad del cambio.

Finalmente, concluiremos la discusión con una reflexión sobre el fútbol profesional como trabajo y su organización. Aunque puntuales, son varias las reflexiones que se han ido generando sobre la organización del fútbol como reflejo de la organización del trabajo. De ahí que haya habido autores que hayan sostenido que la WM sería la versión futbolística del fordismo y el Fútbol Total holandés la versión postfordista. Creemos que esta investigación permite hacer análisis más finos en función de sus resultados. Lo primero que nos parece evidente es que el futbolista, si tiene un carácter definitorio es el artesanal. El fútbol es una práctica que se juzga por un rendimiento en término de eficacia, pero con un componente artístico que deriva de la maestría en el oficio. Además, el futbolista tiene un control artesanal sobre su trabajo, pues nadie puede decirle cómo ejecutarlo una vez considerado profesional. El mismo equipo funciona fundamentalmente como un pequeño taller artesano en el que la legitimidad la da el conocimiento práctico. A pesar de ello, es evidente que la WM se inspiraba del fordismo para simplificar en lo posible las tareas defensivas y así lograr una supuesta mayor eficacia, y al mismo tiempo una descualificación del defensa, abaratando su contratación. Y es igualmente cierto que es la zona, en mucha mayor medida que el Fútbol Total, la que combina los dos rasgos fundamentales del postfordismo: aumento de la autonomía del trabajo y de la complejidad de las tareas al mismo tiempo que agudización de la dependencia del conjunto y de las exigencias cognitivas y temporales de las tareas. Es decir, autonomía e interdependencia simultáneas. En el mismo sentido, es también claro que las ideas de la zona sobre la polivalencia y el tratamiento de la información refieren a la organización en red que comenzaba a desarrollarse en esos tiempos, reforzando la idea de afinidad electiva con la que iniciábamos esta introducción.

Esa afinidad electiva entre defensa en zona, desarrollo del espectáculo deportivo, pacificación, nuevos públicos y enfoque racional y abstracto del fútbol constituye la principal aportación de esta investigación, y con ella terminaremos esta exposición en una breve conclusión, junto con las limitaciones de la misma y las posibles líneas futuras de investigación.

CAPÍTULO 2

MARCO TEÓRICO

CAPÍTULO 2: MARCO TEÓRICO

La hipótesis central de esta investigación es que la defensa en zona, además de ser un dispositivo futbolístico que intenta mejorar el rendimiento y por tanto los resultados, es también un producto cultural de su tiempo, y que como tal está influida por su contexto social y presenta afinidades electivas con éste, es decir, que la zona además de responder a la necesidad de los equipos de ganar partidos respondía también a la necesidad de un juego más espectacular y atractivo para los nuevos públicos y el nuevo modelo de negocio que se ponía en marcha en ese momento, caracterizado por un desplazamiento desde la competición deportiva hacia la industria del espectáculo.

Se trata de contextualizar el surgimiento de la zona en su contexto social, y para ello el marco teórico estará dividido en dos capítulos, el sociológico y el futbolístico.

En la primera parte se situará el fútbol español de aquellos años dentro del contexto europeo y de los cambios que le atravesaban, fundamentalmente una aceleración del proceso de mercantilización y de mediatización, por el que clubes convertidos en sociedades anónimas aumentaron su dependencia de los medios de comunicación de masas. Una vez establecido el contexto social y económico, se describirán los oficios de futbolista y entrenador apoyándonos en la obra de Pierre Bourdieu y sus nociones de campo, capital y habitus. De esta forma podremos conocer cuál es el marco normativo y de valores en el que se desarrolla la práctica profesional.

La segunda parte de la fundamentación teórica se centrará en el estudio de la táctica futbolística. Comenzaremos por ofrecer una visión sociológica sobre la génesis de la táctica como resultado de procesos sociales. Posteriormente repasaremos la evolución de los sistemas de juego con especial énfasis en los dispositivos defensivos asociados. Finalizaremos el apartado con una revisión de la literatura técnica que nos permita desarrollar definiciones operativas de la defensa individual y la defensa en zona y sus

variantes y evoluciones, fundamentalmente la diferencia entre la defensa en zona practicada hasta los años ochenta y la surgida en el momento de esta investigación.

Todo ello nos permitirá situar el cambio de la defensa individual a la defensa en zona en su contexto social y deportivo, de forma que estemos en condiciones de desentrañar las claves y consecuencias del proceso.

2.1. El fútbol profesional desde la sociología

En este primer capítulo de nuestro marco teórico, procederemos a fundamentar nuestra investigación en el conocimiento sociológico previo. Para ello abordaremos los cambios que se estaban produciendo en el fútbol europeo y español como industria del espectáculo y las características fundamentales del mundo profesional de los futbolistas y entrenadores que se integran en él.

2.1.1. La transformación del espectáculo del fútbol profesional

Las décadas de los ochenta y noventa del siglo XX vieron un proceso de transformación acelerada del deporte. Esta transformación tiene dos vectores que siendo relativamente independientes, actuaron de forma conjunta en la generación de un nuevo modelo: la mediatización del deporte y su mercantilización. Por un lado, el deporte quedó definitivamente integrado en el complejo mediático con la generalización de las retransmisiones y la programación deportiva. Por otro lado, el deporte adoptó un enfoque empresarial de su gestión, centrándose en la explotación comercial de su producto. Ambos fenómenos fueron simultáneos y se retroalimentaron, dando lugar al deporte mediatizado y mercantilizado que conocemos hoy en día y que se conoce como deporte espectáculo.

Evidentemente, estos cambios afectaron profundamente al fútbol profesional europeo y al español. Esos cambios tuvieron lugar además fundamentalmente en el periodo de tiempo analizado en esta investigación, por lo que proveen de un contexto para la transformación táctica de la defensa individual a la zona, y permiten entender mejor el momento en el que se produce y el sentido de dicho cambio. Por ello, pasaremos a estudiar en detalle el cambio en el caso del fútbol profesional europeo, con especial detalle para el caso español.

En primer lugar, tuvo lugar la transformación en muchos países de los clubes deportivos tradicionales en sociedades anónimas y su organización en torno a ligas profesionales más o menos independientes de las federaciones, en el caso español con el surgimiento de las sociedades anónimas deportivas y la Liga de Fútbol Profesional (LFP).

En segundo lugar, por la conversión del futbolista en trabajador asalariado de pleno derecho y el fin del derecho de los mecanismos de retención. El proceso en España se generó en España a partir de las luchas sindicales del sindicato de futbolistas, mientras que a escala europea se hubo de esperar a la sentencia Bosman de 1995, que declaró ilegales los mecanismos de retención e instituyó la libertad de movimientos a escala europea. Todo ello tuvo como consecuencia el aumento de la libertad y capacidad negociadora de los futbolistas, también de sus salarios y finalmente de su movilidad, todo lo cual les hizo perder su arraigo en las comunidades, convertidos en estrellas mediáticas internacionales.

En tercer lugar, esas estructuras profesionalizadas se encontraron con la aparición de los nuevos operadores privados de televisión, que generaron un aumento exponencial de los ingresos por retransmisión, y directamente relacionado con ello, un aumento de los ingresos por patrocinio. El caso paradigmático en España fueron los contratos firmados por la LFP con los canales autonómicos y Canal +. Todo ello dentro de una nueva estrategia de búsqueda de nuevas fuentes de ingresos que llevan también al desarrollo del merchandising y que en último término hace que los clubes dependan más de estos conceptos que de las tradicionales taquillas.

Y en cuarto y último lugar, al mismo tiempo se produce un cambio en el perfil del público, primero porque la modernización de los estadios y la conversión de todas las plazas en sentadas provocada por los casos de violencia y las tragedias como la de Hillsborough hace más cara la asistencia al campo, fomentando un consumo familiar y de clase media, y en segundo lugar, porque el crecimiento de las audiencias televisivas cambia el protagonismo desde las gradas de los estadios hasta los salones de las casas. Ambos procesos terminan por modificar el consumo del fútbol y los valores asociados

al mismo, perdiendo parte de su carácter de rivalidad y competición y centrándose en mayor medida en el espectáculo.

A continuación nos detendremos con más detalles en cada una de estas cuatro dimensiones del cambio, todas ellas interrelacionadas.

2.1.1.1. Profesionalización y conversión en sociedades anónimas

Desde finales de la década de los setenta hasta principios de los noventa, el modelo europeo de organización de las competiciones deportivas sufrió una importante transformación. En el eje de esta transformación se situó el status jurídico de los principales protagonistas de la competición, los clubes de fútbol.

El modelo europeo, en contraposición al estadounidense, se ha fundamentado desde sus orígenes en dos instituciones: la federación y el club. En el origen de la práctica deportiva organizada se situó, desde finales del siglo XIX, el club deportivo. Este se constituía como asociación, es decir, como agrupación privada sin ánimo de lucro para la promoción de ciertas prácticas o ideas. Los miembros de la asociación eran los dueños efectivos del club, y a través de formas como las asambleas elegían a una junta directiva encargada de gestionar el día a día de la organización.

Al mismo tiempo, estos clubes, en colaboración con las instituciones estatales, fueron creando asociaciones nacionales en las que integrarse, que recibieron el nombre de federaciones. Las federaciones, siguiendo el mismo patrón jurídico, eran asociaciones privadas (más o menos subvencionadas o integradas en el aparato estatal) a las que se les reconocía el derecho exclusivo de organizar competiciones. Es decir, correspondía a las federaciones validar a las distintas competiciones como oficiales. Así, con el paso de los años, las federaciones construyeron en cada disciplina deportiva un sistema reglamentado y jerarquizado de competiciones, que incluían todos los niveles posibles de competición en un todo integrado, desde la competición nacional hasta las distintas subdivisiones hasta llegar a las competiciones locales, incluyendo también los mecanismos de paso de una competición a otra (descensos y ascensos).

El espíritu de las federaciones se entroncaba en el espíritu del amateurismo del movimiento olímpico, es decir, que las federaciones eran organizaciones para el fomento del deporte en todos los niveles y edades, sin relación o motivación directa con el profesionalismo o el lucro.

Por el contrario, el modelo estadounidense siempre estuvo fundamentado en la profesionalización y la mercantilización. Tanto los clubes como las ligas se constituyeron como empresas privadas con ánimo de lucro, y su objetivo fue desde un principio la obtención de beneficios mediante el cobro de distintos cánones (venta de entradas, derechos de retransmisión o de merchandising). Es decir, que desde un principio surgió una práctica profesional deportiva con la misma lógica que la de cualquier otra industria cultural como el cine o los espectáculos teatrales.

Aunque el fenómeno del profesionalismo en el fútbol se remonta casi a sus propios orígenes (de formas más o menos explícitas), este hecho se circunscribió en la mayoría de países al status del deportista profesional, es decir, al cobro de un salario por la práctica deportiva. Sin embargo, el status de asociación de los clubes se mantuvo constante hasta la década de los ochenta. Es en ese momento cuando los clubes y competiciones sufrieron un proceso de conversión en sociedades anónimas que forzó un proceso de profesionalización de sus estructuras y de cambio en sus valores y objetivos. Durante décadas, a pesar de llevar a cabo una actividad más o menos mercantil y laboral, fueron instituciones integradas en sus comunidades y representativas de estas. A pesar de los altos ingresos que generaban, los clubes se regían por una dirección voluntaria y amateur, tenían escasas estructuras de gestión y se limitaban a preocuparse por el rendimiento deportivo del equipo. La principal estrategia de maximización de las ganancias consistía en aumentar el aforo de los estadios. Los años ochenta y noventa van a ver su conversión en entidades completamente profesionalizadas, con estructuras similares a las de cualquier empresa privada, y lanzados a la obtención de ingresos económicos como vía de afianzar su posición deportiva.

Estos cambios tuvieron lugar en la mayor parte de países siguiendo itinerarios propios en función de sus particularidades culturales, sociales y económicas. Por ejemplo, en el

caso de la liga italiana, sus clubs, tras acumular fuertes deudas como en el caso español, fueron obligados a transformarse en sociedades anónimas en 1981, con la particularidad de que éstas carecían de ánimo de lucro y debían reinvertir sus posibles beneficios en la actividad deportiva (Terol, 1998).

En Francia podemos encontrar similitudes con el caso italiano. Los clubes, asociaciones sin ánimo de lucro, acumularon una importante deuda (90 millones de francos en 1983) y varios entraron en quiebra. El Gobierno desarrolló una ley en 1984 que obligaba a los clubes con mayores ingresos a convertir a sus equipos profesionales en sociedades anónimas deportivas, con la particularidad de que la asociación de origen debía mantener un tercio de las acciones, para así tener una minoría de bloqueo. Casi todos los grandes clubes se transformaron en este tipo de sociedades, que aunque de carácter comercial, no podían dar beneficios a los accionistas. Como en el caso español, la intención era aumentar el control financiero de los clubes, para lo cual también se creó un organismo supervisor, la Direction Nationale de Contrôle de Gestion (DNCG), en 1990. Todo ello llevó a la aparición de un nuevo tipo de presidente, más interesado en los beneficios económicos y de imagen para sus empresas y con una visión muy comercial y profesional, como el presidente del Olympique de Marsella, Bernard Tapie, en oposición a la figura tradicional del presidente, que solía ser alguien relacionado con la industria local y que permanecía en un segundo plano (Hare, 2003).

Los países nórdicos también han adoptado un modelo de gestión empresarial, pero con dos diferencias decisivas, la primera, que el proceso fue voluntario y no provocado por una situación de quiebra, y la segunda, que los clubes no se transformaron en sociedades anónimas, sino que firmaron convenios de colaboración con entidades privadas a las que transfirieron sus equipos profesionales, pero manteniendo el control de las escuelas y otras actividades amateurs (Gammelsæter & Jakobsen, 2008; Gammelsæter, 2009). Además, los países nórdicos poseen otra particularidad, como es la adopción tardía del profesionalismo: Suecia en 1967, Dinamarca en 1978 y Noruega en 1991. De hecho, tanto Dinamarca como Noruega permitieron la participación de sociedades anónimas al mismo tiempo que el profesionalismo de los jugadores, por lo que ambas han sufrido un proceso de transformación muy rápido que les ha hecho situarse en cabeza en el proceso, con clubes daneses cotizando en bolsa desde 1987.

El caso alemán se caracteriza, al igual que los países nórdicos, por un profesionalismo tardío, que no empezó hasta 1963, con la creación de la Bundesliga, y que no fue completo hasta la supresión de los límites salariales en 1972 (Merkel, 2007). Dentro de esta pauta, la participación de capital privado también se realizó por el método nórdico, es decir, el traspaso del equipo profesional a una compañía privada, pero no tuvo lugar hasta 1999 y además con la salvedad de que el club de origen debía mantener al menos el 51% de las acciones, lo que reforzaba los frenos a una completa comercialización (Wilkesmann & Blutner, 2002).

El caso inglés presenta diferencias sustanciales respecto al resto de países europeos. El primero es que los clubes ingleses fueron desde un principio propiedad privada, sin que se haya conocido el modelo de los clubes asociación. Sin embargo, los clubes ingleses también sufrieron una importante transformación marcada por dos hitos: la creación de la Premier League y la firma del contrato de retransmisión con la cadena por satélite Sky Sport (J. M. Williams, 1994; J. Williams, 2006).

La creación de la Premier League supuso un mayor grado de independencia por parte de los clubes de primera división respecto al resto de clubes. Los primeros podían negociar por su cuenta los contratos televisivos, aunque posteriormente cediesen parte de sus ingresos al resto de clubes pertenecientes a la FA. Los clubes ingleses fueron también pioneros en entrar a cotizar en bolsa, decisión que tomó el Tottenham Hotspurs en 1983.

La transformación de los clubes españoles en sociedades anónimas deportivas (SAD) tiene su origen, como en los casos italiano y francés, en una situación económica insostenible. Ya desde la década de los setenta se acumulaban las deudas, lo que provocaba las críticas de la prensa deportiva. Se hablaba de que los dirigentes de los clubes eran no solo incompetentes, sino fundamentalmente irresponsables. Se trataba fundamentalmente de ricos empresarios que optaban a la presidencia de los clubes por afán de notoriedad social. Su desconocimiento sobre el funcionamiento del fútbol profesional hacía que sus gestiones fuesen casi siempre un fracaso. El funcionamiento de los clubes, que no exigían ninguna responsabilidad a los directivos, hacía que su fracaso se saldase únicamente con su dimisión, sin que se le pudiese exigir

responsabilidades financieras. Así, los clubes estaban abocados a un permanente déficit, puesto que los nuevos presidentes prometían y gastaban dinero que no era suyo, y cuando las deudas eran inasumibles, dimitían. Se daba el caso, incluso, de que al tener que avalar personalmente algún gasto, recuperasen el dinero del aval antes de dimitir o exigiesen el pago una vez fuera de la junta directiva.

Llegar a la presidencia o a la directiva, es una auténtica bicoca. Nada se exige. Todo se puede conseguir. Hace usted tres promesas, y a vivir. Si las cosas van mal, cesa el entrenador y la rueda vuelve a comenzar. Y si algún día la situación se ha hecho ya insostenible, se anuncia la marcha y el que venga atrás que peche con las consecuencias y con los errores del que se va. (García, 1974, p. 22)

Lo cierto es que el fútbol español acumulaba deudas año tras año que terminaron situándolo en una posición insostenible. Probablemente el origen no estaba únicamente en la gestión irresponsable de sus dirigentes, sino en el agotamiento de un modelo de negocio enfrentando a una serie de cambios sociales, fundamentalmente un cambio en el consumo de los españoles ante el aumento de las opciones de ocio, con la generalización de la televisión y un aumento de la renta disponible que les permitía a los españoles acceder a nuevos productos. Ello derivó en un continuo descenso a los estadios, que junto con la inflación de la época obligaba a los clubes a aumentar los precios de las entradas, provocando el rechazo del público y nuevas bajadas en la asistencia (Bonaut, 2010; Simón, 2012). A ello se unían elementos estructurales del sistema, como el aumento constante de los precios de los traspasos y de los salarios, y circunstancias excepcionales, en este caso el endeudamiento de los clubes para reformar sus estadios con motivo de la preparación del Mundial “82.

La FIFA exigía una serie de reformas en los estadios sede del Mundial para acomodarse a sus estándares de comodidad, aforo y servicios a los medios de comunicación. El comité organizador del Mundial tenía por tanto la obligación de generar un proceso de modernización de los estadios, pero al mismo tiempo intentaba que en un contexto de crisis económica, esos costes no repercutiesen, o lo hiciesen en la menor medida posible, sobre los contribuyentes. Además, parte de esas mejoras serían permanentes, y serían disfrutadas por los clubes y ayuntamientos propietarios de las instalaciones.

Se llegó entonces a una solución mixta: las reformas circunstanciales que serían revertidas tras el Mundial, como por ejemplo la ampliación de las zonas de prensa para dar cobijo a la prensa internacional desplazada, sería sufragada por el comité con fondos públicos, mientras que las mejoras permanentes, fundamentalmente el aumento del aforo, lo sería mediante créditos contraídos por los dueños de los estadios, al Banco de Fomento de la Construcción en el caso de los clubes, y al Banco de Desarrollo Local en el caso de los ayuntamientos, ambos públicos (Simón, 2012). Aunque únicamente se construyó un nuevo estadio, en Valladolid, lo cierto es que los clubes se comprometieron en grandes obras, endeudándose por un total de 4.917.252, casi 5.000 millones de pesetas a pagar en once años con un 11% de interés, mientras que el comité organizador invertiría otros 2.150 millones de pesetas (García Candau, 1980; Simón, 2012).

Inmediatamente después de la celebración del Mundial⁸² y la victoria socialista en las elecciones de ese año se comprobó que los créditos asumidos por los clubes eran impagables. Desde un primer momento hubo voces que alertaron contra los excesivos gastos que se podían contraer, y a la posibilidad de que en un contexto de disminución de la asistencia, operaciones como el aumento de los aforos eran en realidad un coste de muy difícil rentabilización. El dinero se debía además a bancos públicos, lo que convertía el problema en político, más aún si tenemos en cuenta que gran parte del resto de la deuda acumulada lo era con Hacienda y la Seguridad Social. Los responsables del deporte en el PSOE habían manifestado además repetidas veces que el deporte profesional no debía recibir en principio ningún tipo de privilegio, por considerarse un negocio (Abadía i Naudí, 2011; PSOE, 1989; Simón, 2012).

La estrategia de los clubes pasó desde un primer momento por obtener una parte de los ingresos de las quinielas para pagar la deuda. Ya desde finales de la década de los setenta uno de sus objetivos fue lograr obtener un porcentaje de los ingresos de las quinielas directamente para ellos, como supuestos generadores del negocio. Con el gobierno de UCD lograron un primer éxito al ver reconocidos sus derechos de imagen y el lucro que el Estado obtenía explotándolos, por los que recibieron el 1% de lo obtenido como pago por esa cesión de derechos (Terol, 1998).

A pesar de las declaraciones pasadas, tras el Mundial el Gobierno socialista inició una negociación que no era pues inédita, con la recién constituida Liga Nacional de Fútbol Profesional (LNFP). Se trataba ahora, sin embargo, de pivotar la negociación en torno a un plan de saneamiento que volviese a hacerlos viables, y no tanto en el reconocimiento de unos derechos económicos. Este plan se firmó en Junio 1985 entre la recién creada LFP y el CSD presidido por Román Cuyàs. Previo a la firma del plan, la liga realizó una auditoría de los estados financieros de los clubes que mostró una deuda acumulada de 20.727 millones de pesetas. El plan de saneamiento establecía que esas deudas serían transferidas a la Liga, que se haría cargo del pago, y para ello tendría acceso a un 2,5% extra de los ingresos por taquillas. El plan fracasó rápidamente por una concatenación de factores: por un lado, al traspasar sus deudas a la liga, los clubes se encontraron con una nueva liquidez que utilizaron en recomenzar la escalada de fichajes y nuevo endeudamiento, que no pudo ser frenada por la LFP, lo que constituía un fracaso en su recién estrenado papel de fiscalizadora de los clubes. Al mismo tiempo que la deuda aumentaba incumpliendo el compromiso previo, los ingresos por las quinielas se desplomaban debido a la introducción de nuevos juegos de azar por parte del Estado –Bonoloto y Primitiva (Cazorla, 1990; Martín, 2004; Terol, 1998). Si los ingresos de la quiniela habían supuesto más de 65.000 millones de pesetas en la temporada anterior a la firma del convenio, la 83/84, en la temporada 87/88 no llegarían a los 22.000 (Alcoba López, 1991).

En consecuencia, rápidamente se llegó al convencimiento de que el plan de saneamiento había fracasado y cuando el nuevo presidente del CSD, Javier Gómez Navarro, manifestó la voluntad política del gobierno de escribir una nueva Ley del Deporte, estaba claro que uno de sus principales objetivos debía ser lograr el control económico de los clubes, y que la idea básica de la nueva legislación sería la separación definitiva del deporte aficionado del profesional, necesitado de un marco jurídico propio. Los socialistas presumieron de generar un debate abierto en la sociedad civil sobre la nueva ley para llegar a un consenso con la comunidad del deporte (PSOE, 1989). Cazorla (1990) afirma que el diagnóstico del problema era comúnmente compartido, y se centraba en lograr que los directivos de los clubes asumiesen una responsabilidad más clara y directa en los endeudamientos que generaban en sus

clubes. Se consideraba en ese momento que estos directivos no tenían responsabilidad jurídica sobre el club, y que por tanto era imposible perseguirles judicialmente por sus excesos, lo que provocaba la gestión a corto plazo y el endeudamiento. Hemos visto que esta era también la opinión de amplios sectores periodísticos. Además, los clubes no tenían capacidad de captar nuevo capital, reduciendo sus posibilidades de financiación al crédito. Finalmente, esa gestión no profesional carecía además de órganos de control y auditoría tanto internos como externos.

Las divergencias surgían a la hora de proponer alternativas al modelo actual: para algunas voces, era imprescindible mantener el formato asociativo que garantizaba la representatividad social de la sociedad y su funcionamiento democrático, y se trataría por tanto de introducir cambios en el marco jurídico de las asociaciones para aclarar la responsabilidad civil y penal de los directivos y los socios y crear mecanismos de control financiero. Para otros, esta responsabilidad no sería nunca necesaria, y para generar un marco jurídico de responsabilidad para los dirigentes, era necesario transformar los clubes en sociedades anónimas, siguiendo el ejemplo de Italia, para que estos se rigiesen por las normas de transparencia y rendición de cuentas de la empresa privada.

La posibilidad de transformación de los clubes en sociedades anónimas, si bien no era visto como especialmente problemático desde sectores jurídicos o políticos, sí lo era entre los clubes, especialmente entre aquellos con una mayor carga simbólica y representatividad social, que verían desaparecer instituciones fuertemente enraizadas en las comunidades locales y convertidas en meras empresas. En general, los clubes se encontraban divididos ante el proyecto, lo que les impidió ofrecer una postura común, menos aún de oposición al plan. La crítica situación económica les hacía conscientes de la necesidad de un cambio, sobre todo teniendo en cuenta que aceptar las condiciones del gobierno era la única vía para acceder al plan de saneamiento gubernamental (Alcoba, 1992).

Gómez Navarro se decidió finalmente por el modelo de las sociedades anónimas deportivas como el único capaz de garantizar la racionalidad en la gestión de los clubes,

poniéndolo de manifiesto en numerosas ocasiones, incluyendo el prólogo del libro de Cazorla:

Las Sociedades Anónimas Deportivas surgen en España como una necesidad ineludible en la búsqueda de un modelo jurídico de responsabilidad en el deporte profesional. (...) El deporte profesional de equipo estaba destinado a la catástrofe; no hay más que ver los resultados de la gestión, especialmente del fútbol, en los últimos años. (1990, p. 18)

A pesar de ello, la presión política es enorme, y finalmente logra la inclusión de una salvedad en el proceso de conversión, por la cual aquellos clubes con un saldo patrimonial neto en los últimos cuatro años no estarían obligados a tomar parte en el proceso. Ese criterio eximía precisamente a F.C. Barcelona y Athletic de Bilbao, los clubes más politizados, junto con el poder fáctico del Real Madrid y el pequeño club de Osasuna, que en todos los años de despilfarro se había caracterizado por el equilibrio presupuestario (Alcoba, 1992; Cazorla, 1990).

Según la Ley del Deporte de 1990, las nuevas Sociedades Anónimas Deportivas serían similares a las sociedades anónimas corrientes salvo por algunas excepciones, como la imposibilidad de tener presencias accionariales significativas en más de una a la vez, para garantizar la limpieza de la competición. La transformación en SAD fue criticada desde aquellos sectores que defendían la continuidad de los clubes y su carácter distintivo frente a la empresa privada, pues entendían que se producía una enajenación de un bien que hasta ese momento era de los socios, para pasar a manos privadas. De alguna forma, se estaban expropiando los clubes a sus legítimos dueños, que con sus cuotas habían construido el patrimonio, lo que generaba dudas incluso de constitucionalidad (Carretero, 1992). Ese es también el origen del único movimiento de los socios de los clubes para oponerse al proceso: cinco socios del Valencia C.F. impugnaron los acuerdos de la junta por los que se convertía en SAD, llegando incluso a plantear una demanda de inconstitucionalidad sobre la transformación de los clubes en SADs que sería rechazada por el Constitucional en 1995 (Terol, 1998). Estas críticas, sin embargo, fueron silenciadas dentro del consenso general sobre la irresponsabilidad de las directivas de los clubes en la gestión económica, y la necesidad de aumentar su responsabilidad. Evidencia de ese consenso mediático es que la principal intención del

opositor Sáenz de Santa María Vierna para criticar públicamente el proceso era “dejar constancia para el futuro de que al tiempo de aprobarse la Ley del Deporte había opiniones contrarias a la solución prevista en la Ley” (Carretero, 1992, p. 133).

Además, la nueva ley también desarrollaba un modelo para la LFP y sus relaciones con la Federación: a partir de ese momento, la LFP sería la responsable de la organización de la Liga, y la pertenencia a la misma condición obligatoria para competir. Esta quedaría constituida definitivamente como entidad jurídica con capacidad de firmar contratos y regular las relaciones del fútbol profesional. Quedaba separada de la Federación en cuanto a la organización de la competición, y tan solo quedaría unida a esta para los arbitrajes, la justicia deportiva y las licencias internacionales. Igualmente, sería labor de la LFP mantener el control económico de los clubes para evitar un nuevo proceso de endeudamiento, para lo cual la Liga obtenía poderes sancionadores sobre sus miembros, a los que podía expulsar o descender de categoría por motivos económicos y presupuestarios (Cazorla, 1990).

Para lograr una conversión en sociedades anónimas es además necesario sanear las cuentas de los clubes para hacerlos atractivos a posibles accionistas, por lo que se crea el segundo plan de saneamiento. A 30 de junio de 1989, el CSD considera que la deuda global se sitúa en 29.848 millones de pesetas, de los cuales 16.000 millones corresponden a instituciones públicas. Para reducirla, la LFP se hará cargo, una vez más, de la deuda pública, es decir, la de los bancos públicos, Hacienda y Seguridad Social, y la pagará a través de los ingresos de las quinielas recibidos. Concretamente, recibirá además del tradicional 1% de las quinielas, otro 7,5% de éstas, directamente del CSD, con un mínimo anual de 1.800 millones de pesetas. Esos pagos se alargarán hasta 2002, cuando se consideraba que estaría completamente pagada la deuda con las administraciones. La deuda privada deberá pagarla con los ingresos propios, como derechos de televisión (Cazorla, 1990; Martín, 2004; Terol, 1998).

2.1.1.2. La normalización del status laboral de los futbolistas

A la gestión semiamateur y escasamente profesionalizada de los clubes le correspondía una similar relación con los jugadores. El profesionalismo se impuso en muchos países,

por ejemplo desde muy primera hora en Inglaterra, donde la competición se abrió a profesionales ya en 1888 (Wahl, 1997). Otros países, especialmente del norte de Europa, mantuvieron el amateurismo hasta después de la Segunda Guerra Mundial e incluso más allá, como fue el caso de Alemania y los países nórdicos fundamentalmente (Gammelsæter, 2009; Wilkesmann & Blutner, 2002). Sin embargo, incluso en los países con competiciones oficialmente amateurs, rápidamente se generalizaron los pagos a los futbolistas por distintos conceptos, especialmente por desplazamiento, dedicación o pérdida de horas de trabajo, es decir, se producía un profesionalismo encubierto (Gammelsæter, 2009).

Pero incluso en los países que permitían oficialmente el profesionalismo, lo cierto es que su estatus no era como el de cualquier otro trabajador, sino que se encontraban en un régimen jurídico ambiguo a medio camino entre el asalariado y el deportista. Fundamentalmente, los clubes tenían una serie de derechos sobre los jugadores que impedían a estos cambiar de club así como negociar libremente sus contratos. Aunque las figuras variaban de un país a otro, en todos estaba establecido algún tipo de derecho de retención que permitía a los clubes mantener a los jugadores a cambio de ciertas mejoras de contrato, limitaba los posibles aumentos salariales y dejaba la decisión de un cambio de club en último término en las manos de los clubes.

Ello reducía considerablemente la movilidad de los jugadores y su capacidad de negociación, lo que hacía más infrecuentes los cambios de equipo y permitía que muchos jugadores desarrollasen su carrera en un solo club. Todo ello aumentaba considerablemente la identificación del jugador con el club y con su comunidad, convirtiéndolo en héroe y representante de esta. Pero además, su escasa capacidad negociadora mantenía bajos los salarios, haciendo que aunque pudiese considerársele un trabajador privilegiado, no dejase de mantener un estilo de vida equiparable al del resto de miembros de la comunidad. Su presencia mediática limitada también hacía que aunque pudieran obtener ingresos por patrocinios, estos no marcaran una diferencia sustancial.

Este sistema se fue modificando con el tiempo en toda Europa a través de las luchas de los futbolistas y sus asociaciones. Por ejemplo, en Inglaterra, tras un comienzo basado

en la libertad de contratación, desde principios del siglo XX se establecieron barreras a la libre fijación de salarios y al libre movimiento de jugadores. Se establecieron salarios máximos que se podían pagar a los jugadores, junto con una serie de gratificaciones extraordinarias basadas en el rendimiento y la antigüedad. Se pretendía así evitar que se produjese un efecto inflacionario en los salarios por la competencia entre clubes para contratar a los mejores futbolistas.

Al mismo tiempo, los jugadores no podían decidir libremente el cambio de un club a otro, pues el club de origen tenía derecho a retener al jugador siempre que igualase los términos de su anterior contrato. Solo cuando el club decidiese no renovar el contrato del jugador, éste, al quedar libre, podría decidir a qué club quería trasladarse. Esto significaba que el jugador permanecería en su primer club si este así lo deseaba durante toda su carrera. Por el contrario, el club necesitaba el consentimiento del jugador para poder traspasarlo a otro club, consentimiento por el que el jugador recibía una compensación económica.

El sistema se mantuvo hasta 1961, cuando una demanda de la Professional Footballers' Association terminó con la prohibición del límite salarial. Dos años más tarde, el jugador George Eastman reclamó también ante los tribunales el derecho a cambiar de equipo, que fue parcialmente reconocido. A partir de ese momento, los clubes no podían retener a un jugador sin ofrecerle al menos una renovación por las mismas condiciones que tenía hasta ese momento. También se creaba una comisión independiente por si existía un conflicto entre jugador y club, que producía resoluciones vinculantes. Finalmente, los jugadores que no eran renovados por sus clubes podían moverse libremente a otro. En los años setenta se produjo otro cambio, por el cual las renovaciones debían mejorar el contrato precedente. Todo ello llevó a la paulatina desaparición del contrato anual, mayoritario en la primera mitad del siglo, y a la firma de contratos de mayor duración para asegurar así la continuidad de los jugadores (Harding & Taylor, 2003; Smart, 2005).

También en el caso español los cambios vinieron a través de la lucha de los futbolistas, en este caso a través de la acción sindical protagonizada por la Asociación de Futbolistas Españoles (AFE). Ya desde los años sesenta y setenta habían comenzado las

denuncias sobre el fraude de ley que constituía la relación profesional del futbolista con el club y los prejuicios para el primero (Botines, 1975; García Candau, 1980; Martín, 1976). Los clubes de fútbol eran oficialmente asociaciones sin ánimo de lucro para el fomento del deporte, y los futbolistas eran por tanto practicantes amateurs, y no profesionales o trabajadores, independientemente de que su actividad deportiva implicase dedicación exclusiva y fuese la fuente principal de ingresos del individuo. Por tanto, los emolumentos recibidos por los futbolistas no lo eran en concepto de salario por una actividad, sino en términos de compensación por su actividad deportiva. Es decir, los futbolistas profesionales eran jurídicamente deportistas amateurs que recibían compensaciones económicas por parte de sus clubes por su dedicación.

Es por esto que la situación jurídica de los deportistas profesionales era distinta de la cualquier otro trabajador, puesto que los contratos que les relacionaban con sus clubes no eran contratos laborales sino de otra especie. Estos contratos, además, no estaban regidos por la legislación laboral, como el Fuero del Trabajo, sino que respondían a la legislación deportiva, en concreto, a la legislación particular de cada Federación. Cuando tenían lugar discrepancias entre club y jugador, debía presentarse recurso a la Federación, y si el resultado no era satisfactorio presentar queja a la Dirección Nacional de Deportes, pero nunca ante los tribunales de justicia.

En consecuencia, los futbolistas profesionales no solo no estaban regidos por la legislación laboral nacional y quedaban fuera de la Seguridad Social. Por tanto, ni cotizaban, ni tenían pensión ni protección frente a las lesiones, que podían ser motivo de despido.

También tenían, y es esto lo más importante, capacidad para evitar la salida de los jugadores del club, a través del derecho de retención. Este funcionaba de la siguiente forma. Al finalizar el contrato, el club dueño de los derechos federativos del jugador podía retenerle automáticamente únicamente mediante el aumento de un 10% en su salario. Al mismo tiempo, podía situarle al finalizar cada temporada, si así lo decidía, en la lista de transferibles, lo que permitía a los otros clubes a realizar ofertas por el jugador. Oficialmente, el jugador solo podía ser transferido con su acuerdo previo, pero los clubes disponían de una gran cantidad de medidas coercitivas, desde el

alejamiento del equipo hasta las multas económicas, para ejercer el derecho de traspaso de forma discrecional. Por lo tanto, el único criterio para el cambio de club de un jugador era el acuerdo entre equipos sobre el precio del traspaso.

En cuanto al salario de los jugadores, no hemos encontrado, como en otros países, un límite salarial, si bien este podía venir impuesto de forma indirecta por la modalidad del derecho de retención que limitaba al 10% el aumento salarial de un contrato a otro. La fijación de las primas sigue un modelo similar al inglés: una prima por fichaje, de pago anual, y luego toda una serie de primas por rendimiento, fundamentalmente partidos jugados en Liga y Copa.

La década de los setenta va a ver aparecer una serie de sentencias contrarias al modelo desde la propia legislación franquista, por las que se establecía que las relaciones entre técnicos y deportistas con los clubes y federaciones eran laborales. En 1972 tuvo lugar una especialmente importante, pues trataba específicamente el caso de un futbolista profesional, sentencias que establecían la relación laboral entre deportista y club y aplicándole a esta la legislación laboral. Estas sentencias tenían sin embargo una particularidad en el caso del fútbol: se trataba siempre de futbolistas retirados, pues los jugadores en activo no se atrevían a llevar a los clubes a los tribunales ordinarios, primero, por la posibilidad inmediata del ostracismo, y segundo porque, mientras que las sentencias ordinarias podían tardar años en aparecer, y las sanciones federativas que acarrea ese comportamiento eran de aplicación inmediata, lo que podía suponer el fin de la carrera deportista del futbolista.

Es por ello que con la llegada de la democracia se forma la AFE, para defender los derechos de los futbolistas de manera colectiva. La propia democracia comenzó ya a reconocerles ciertos derechos, como la Ley de Relaciones Laborales 8 de Abril de 1976 que reconocía que los futbolistas eran trabajadores, si bien de carácter especial, y se comprometía a desarrollar un reglamento específico para ellos que sin embargo nunca llevó a cabo. Ese estado de indeterminación llevó al fútbol profesional a la “confusión y el caos” (Sagardoy, Olea, & Ostolaza, 1991), pues se mantenía abierta una lucha permanente entre futbolistas por un lado y clubes y federación por el otro, sin que quedase claro que jurisdicción debía seguirse, si la deportiva o la laboral.

La ley admitía la posibilidad de que se realizasen contratos de duración determinada, lo que podía ser interpretado como el fin del derecho de retención, pero fue una posibilidad que nadie exploró en un ambiente de inseguridad jurídica, sobre todo de los futbolistas. Todo ello llevó a la AFE a convocar su primera huelga, que tuvo un enorme seguimiento y causó un enorme revuelo e impacto en la opinión pública. Los futbolistas paralizaron el fútbol profesional –Primera, Segunda y Segunda B, 78 equipos y dos mil futbolistas– la jornada del 2 de Marzo de 1979 y los clubes reaccionaron imponiendo una multa del 10% del salario a todos los participantes. La AFE reclamó a los tribunales la multa, y éstos le dieron la razón, pues se trataba del ejercicio legal a la huelga en un conflicto laboral. Los clubes debieron entonces cambiar de estrategia y reconocer a la AFE como interlocutora, hasta la firma en Julio de 1979 del primer acuerdo entre ambos para regular las relaciones laborales, con intervención de la federación (Sagardoy et al., 1991).

De ese acuerdo surgía un derecho de retención modulado por una serie de prórrogas pero en absoluto desaparecido. Las prórrogas se ponían en función de la edad del futbolista, de la siguiente forma: a los jugadores que terminasen su primer contrato profesional se les podría prorrogar por un máximo de cuatro temporadas; a los menores de 26 años, se les podrá prorrogar por un máximo de tres temporadas; a los mayores de 26 y menos de 30, por dos años; a los mayores de 30, solo por un año. Al mismo tiempo, se establecían unas indemnizaciones por formación y promoción que el nuevo club debía pagar al antiguo. Estas cláusulas debían ser pactadas entre el antiguo y el nuevo club, y que en caso de no llegarse a acuerdo, fijaría la federación. Sin embargo, la ausencia de acuerdo no influiría en el jugador, que desde un primer momento podría incorporarse y trabajar en el nuevo club (Carceller & Guerrero, 1981). Para la AFE esta compensación era en realidad un derecho de retención encubierto, pero entendieron que el acuerdo era un buen primer paso y el mantenimiento del derecho de retención les permitía ofrecer una buena imagen a la opinión pública, es decir, “evitar en primer lugar que sobre sus espaldas y las de los futbolistas se cargara el demagógico “sambenito” de que se mataba el fútbol” (Carceller & Guerrero, 1981, p. 137).

El reconocimiento de la relación laboral se repetía en el Estatuto de los Trabajadores aprobado en 1980, y era desarrollado en el Real Decreto de 5 de Febrero de 1981. En él se definía a los deportistas profesionales como a todos aquellos que recibiesen remuneración por parte de un club o asociación por una práctica deportiva regular. Aunque la definición dejaba fuera ciertas modalidades como el tenis, era evidente que sí englobaba al fútbol, para quién parecía estar pensada. Otra limitación era que aunque reconocía la relación laboral, exigía para que fuese aceptada como tal la existencia de una licencia federativa a nombre del deportista, lo cual, además de confundir el ámbito deportivo con el laboral, ofrecía a clubes y federaciones la posibilidad de bloquear las contrataciones de los jugadores simplemente no tramitándolas en caso de conflicto. En cuanto al derecho de retención, lo eliminaba de la legislación, pero abría la puerta a que se incluyesen en los acuerdos colectivos, dando de esta forma respaldo a las prórrogas firmadas por la AFE y los clubes en 1979 (Sagardoy et al., 1991).

Además, el decreto también preveía la posibilidad de que el jugador decidiese dejar el club antes de la finalización del contrato, algo no contemplado en los acuerdos previos. En una relación laboral normal, el trabajador solo debía cumplir con un tiempo de preaviso para romper una relación laboral, pero en el caso especial de los deportistas profesionales, el decreto establecía que si no mediaba causa justificada, sería la magistratura quién debería determinar una indemnización a pagar por parte del jugador, además de la ficha cobrada, dependiendo de la valoración del daño causado. En caso de que el futbolista fichase por otro club en menos de un año, sería ese nuevo club sería responsable subsidiario de pagar la indemnización (Rubio, 2002).

A pesar de los avances, la AFE no entendió satisfechas sus demandas laborales con este decreto, manteniendo el conflicto abierto. Además, seguía sin ver reconocidas algunas de sus demandas tradicionales que tenían que ver con la administración, como su inclusión en la Seguridad Social y el derecho al seguro de desempleo. Por ello se llevaron a cabo dos huelgas más en la temporada 1981/82, la primera al inicio de la temporada, que fue un éxito, y la segunda al final, que fracasó por las presiones de los clubes que se jugaban su futuro deportivo. Este segundo fracaso provocó la dimisión

de la dirección de la AFE y una cierta desarticulación del colectivo, que no volvería a organizarse hasta unos años después (Simón, 2012).

Ya con el gobierno socialista se retomaron las movilizaciones en la temporada 84/85. Los socialistas tenían una sensibilidad cercana a la AFE como colectivo trabajador –y su visión de los clubes como búnker político– por lo que con una huelga exitosa mediante, aprobaron un nuevo decreto que derogaba el anterior en materia de relaciones laborales de los deportistas profesionales en Junio de 1985. La principal novedad era la supresión definitiva del derecho de retención, pues desaparecían las compensaciones por preparación y formación. El decreto habría la vía para que alguna forma de compensación quedase establecida, eso sí, mediante negociación colectiva (Sagardoy et al., 1991).

En cuanto a la ruptura del contrato por parte del futbolista, se suprimía la necesidad de devolver la ficha, que era un salario legítimamente ganado, pero se mantenía el derecho del club a indemnización, quedaba a expensas de lo que pudiese decidir un juez. Una vía demasiado lenta e insegura para ser ejercida por los jugadores, aunque en principio el jugador podía ser contratado inmediatamente y no esperar al resultado judicial (Sagardoy et al., 1991).

Los acuerdos de 1979 habían caducado en 1983, por lo que la AFE consideraba que no había convenio colectivo vigente, mientras que los clubes consideraban que el de 1979 seguía en vigor hasta que no se firmase uno nuevo. En ausencia de un nuevo convenio firmado, el decreto suponía en opinión de los futbolistas y del gobierno la liberación de los jugadores del derecho de retención. Los clubes, sin embargo, firmaron en el mismo junio de 1985 un acuerdo privado entre ellos para mantener las compensaciones por formación y promoción, ya sin ninguna obligación legal para hacerlo. El acuerdo suponía que el club que no llegase a un acuerdo con el club de origen de su nuevo jugador no podría inscribirlo en la competición, por lo que el jugador no podría jugar. El acuerdo fue llevado a los tribunales por la AFE, que entendía que se limitaba el derecho al trabajo. El Tribunal Central de Trabajo dio la razón a la AFE en marzo de 1986, pero no quedaba claro si ello impedía a los clubes continuar actuando y pagando las indemnizaciones como si estuviera vigente (Rubio, 2002).

Sin embargo, el pacto únicamente sobrevivió esa temporada, la 85/86. En el verano de 1986, mientras equipos como el Real Madrid negociaban voluntariamente con los clubes y pagaban las indemnizaciones, el Atlético de Madrid presidido todavía por Vicente Calderón comenzó a fichar jugadores con contrato finalizado sin pagar la indemnización, y el pacto de caballeros se desvaneció.

El derecho de retención aún tuvo una reaparición. Tras años de conflicto, clubes y jugadores firmaron un nuevo convenio colectivo en el verano de 1987 que incluía compensaciones por formación para los menores de 25 años. Los clubes debían incluir a los jugadores en esa situación con contrato a finalizar ese año en una lista, incluyendo la indemnización que exigían recibir y que el club de destino debía abonar. Pero al mismo tiempo se establecía un sistema de prórroga automática de un año que podía ser ejercida por el jugador si después de haber sido incluido en la lista, no era fichado por otro club. En ese año, su salario recibiría un aumento del 7% de la indemnización solicitada por el club (Sagardoy et al., 1991). Paradójicamente, el sistema apenas tuvo uso y terminó por abandonarse, pues los clubes no querían arriesgarse a firmar los aumentos de sueldo, siendo ellos los que perdieron el interés por el derecho de retención.

Los jugadores eran por tanto libres de cambiar de club al finalizar el contrato, y solo quedaba retenidos durante la duración del mismo. Su rescisión unilateral parecía un proceso muy arriesgado por el riesgo de tener que pagar una alta indemnización, al mismo tiempo que uno se enemistaba con la patronal de clubes. Sin embargo, poco después un jugador de la cantera del Atlético de Madrid, Paco Llorente, logró incluir en su contrato una cláusula estableciendo la compensación, de forma que no fuese el juez quien tuviese que decidirlo. Los servicios jurídicos del Atlético de Madrid aceptaron, y se incluyó una cláusula muy alta para un juvenil. Cuando Llorente explotó la temporada siguiente, la 86/87, la cláusula pasó a ser irrisoria, el Real Madrid la pagó a mitad de temporada y el jugador dejó el club.

Lo que podía haber sido un error del club en aceptar esa cláusula, terminó generalizándose en todo el fútbol nacional, sobre todo después de que el portero Toni fuese condenado a pagar solo 10 millones de pesetas al Zaragoza por romper su

relación de forma unilateral en ausencia de cláusula de indemnización fijada en 1993 (Irurzun, 2005). Cuando años después la sentencia Bosman eliminó el derecho de retención y señaló el camino hacia las cláusulas de rescisión, España ya llevaba años utilizándolas. El concepto en sí es discutido por los juristas, que dudan de su legalidad –pues nada puede impedir a un individuo cambiar de trabajo– y de la desproporcionalidad y abusos que pueden cometer los clubes, pero a pesar de ello se ha institucionalizado (Rubio, 2002).

En cuanto a la inclusión de los jugadores en el régimen general de la Seguridad Social, debió esperarse también al gobierno socialista: al mismo tiempo que se desarrollaba el decreto d 1985, primero se les incluyó por ley en ese mismo año de 1985, se desarrolló en un decreto de 1986 y se aprobó una orden específica en 1987 (Rubio, 2002).

Junto con el derecho de retención de los clubes estaba el control de los flujos migratorios. La posibilidad de contratar jugadores extranjeros fue una prerrogativa de las competiciones nacionales, cuya política varió con el tiempo. En Italia, por ejemplo, se abrió el mercado a los no nacionales en los años cincuenta para cerrarse posteriormente. Sin embargo, el control sobre estas disposiciones por parte de los organismos nacionales se quebró con el desarrollo institucional de Europa. Una primera sentencia de los años setenta estableció que los futbolistas, como trabajadores, tenían derecho a ejercer su profesión en cualquier país de la Comunidad, bajo la protección del derecho a la libre circulación de trabajadores. Ello forzó a las competiciones nacionales a permitir la entrada de futbolistas extranjeros, si bien estas mantuvieron o impusieron sistemas de cuotas.

Posteriormente, en 1995, se produjo la famosa sentencia Bosman, por la cual, y bajo el mismo principio, se consideraba ilegal cualquier cuota de extranjeros pertenecientes a la Comunidad Europea en las competiciones nacionales, lo que abrió el mercado a la libre circulación de jugadores. Como consecuencia, los clubes más poderosos económicamente tuvieron la posibilidad de contratar a los mejores jugadores de las ligas menos potentes económicamente, produciéndose un proceso de concentración de los mejores jugadores en las ligas y clubes más importantes.

Pero esta decisión era una derivada del auténtico objeto del juicio, que era el derecho de retención. La sentencia lo declaró ilegal, por lo que un jugador que terminase contrato era libre para iniciar una nueva relación laboral con el equipo que deseara. De esta forma, se terminaba con los pagos pactados entre clubes por los traspasos en casos de extinción de contrato, liberando al jugador de permanecer indefinidamente en un club.

En consecuencia, la capacidad de negociación y de libertad de los jugadores se vio enormemente ampliada, teniendo como consecuencia un aumento de los salarios de los jugadores y de su poder dentro de los clubes. Si bien los futbolistas siempre tuvieron ingresos por encima de la media, los últimos años han visto un aumento exponencial de la distancia entre los ingresos de los futbolistas y la del trabajador medio. Por ejemplo, podemos ver en Harding (2003), el desarrollo del salario del medio centro titular del equipo inglés Tottenham Hotspurs a lo largo de las décadas: este era 1,3 veces el salario medio a principios de los años sesenta, ascendía ligeramente a 1,5 veces en la década de los setenta, se multiplicaba en los ochenta hasta 3,9 veces el salario medio inglés y era 8 veces superior al salario medio en los años noventa. Los clubes además debieron modificar su estrategia de contratación, ampliando el número de años de contrato e introduciendo cláusulas compensatorias en caso de ruptura unilateral del contrato (Smart, 2005).

Junto con este aumento de los salarios, se ha producido un crecimiento paralelo de los ingresos por publicidad e imagen. Esta siempre ha sido una práctica habitual entre los jugadores, pero lo que era un complemento del sueldo se convirtió, con la llegada de la sociedad de consumo, en ingresos que superaban ampliamente los recibidos por la práctica deportiva. Ya en los años sesenta, el jugador inglés más carismático, George Best, ganaba 2000 libras a la semana como jugador y 250.000 libras en ingresos por publicidad (Harding & Taylor, 2003).

Finalmente, el giro definitivo se produjo con la llegada de las retransmisiones televisivas. Estas aumentaron la presencia de los futbolistas, que pasaron a integrarse en el circuito mediático como personajes públicos. Los futbolistas siempre fueron conocidos entre los aficionados al fútbol (y de ahí que desde un principio desarrollasen

una actividad paralela de patrocinio), pero la televisión los convirtió en famosos para amplios sectores sociales que hasta ahora ignoraban su existencia o no podían reconocerlos. Es decir, pasaron a ser celebridades, al mismo nivel y en el mismo contexto que las estrellas del espectáculo. Esto suponía que su celebridad, además de ser global, no se fundamentaba en su rendimiento deportivo, sino en su presencia en los medios de comunicación. Su rendimiento deportivo era necesario para hacerles populares, pero una vez alcanzado el status de celebridad, su mantenimiento dependía de su presencia constante en los medios, indiferentemente de la causa.

Una vez convertidos en celebridades, que además tenían asociados una serie de valores fuera del alcance de otros famosos como actores o músicos, como la competitividad, el sacrificio, etc., los mismos intereses que llevaron a las grandes multinacionales a firmar acuerdos de patrocinio con los clubes les llevaron a hacer lo propio con los jugadores. Los ingresos de éstos se dispararon, pero más importante aún, pasaron a depender más de la publicidad que de su trabajo como futbolistas. Como estrellas mediáticas, los jugadores debieron desarrollar a su alrededor completos equipos de relaciones públicas, agentes, asesores y ayudantes que les ayudaban a moldear y mantener su imagen pública.

Se producía así una ruptura con la estructura tradicional del fútbol profesional, basado en la lealtad al club y en la relación con los seguidores. Para los futbolistas, su relación con los medios y su presencia pública resultaba más importante que la valoración que de sus actuaciones realizaban los seguidores de sus clubes. Además, la recuperada libertad de movimientos aumentó la frecuencia de sus cambios de club, lo que redujo aún más la relación de lealtad entre futbolistas y seguidores. Los futbolistas, que funcionaron durante mucho tiempo como héroes locales, es decir, representantes de una comunidad en la escena nacional o internacional con una serie de rasgos de carácter y un talento excepcional que les hacían extraordinarios, se convertían en estrellas mediáticas, junto con los miembros de la industria del espectáculo como actores y cantantes (Giulianotti, 2000; Smart, 2005; J. M. Williams, 1994).

2.1.1.3. La transformación del modelo de negocio

Los cambios jurídicos y organizacionales habrían tenido un impacto muy diferente si no hubiesen coincidido con un cambio en el modelo de negocio y de las fuentes de ingresos de los clubes. Y es que la transformación del mercado audiovisual por la ruptura del monopolio de las televisiones públicas y la multiplicación de operadores y canales aumentó exponencialmente los ingresos, pero también dio a los clubes una exposición pública renovada que fue utilizada para desarrollar nuevas fuente de ingresos, como los patrocinios o el merchandising. El resultado fue una transformación del modelo de sostenerse sobre las taquillas a sostenerse en el triángulo derechos de televisión, patrocinios y merchandising.

Por supuesto, los medios han mantenido desde siempre una relación simbiótica con el deporte desde su nacimiento, empezando por la prensa, siguiendo por la radio y finalmente la televisión (Mason, 1994; Whannel, 2002). En último término, la relación entre medios y deporte es el resultado del proceso de industrialización de las sociedades occidentales y el surgimiento de la sociedad de consumo (Rowe, 2003; Sandvoss, 2003). Durante mucho tiempo, los medios estuvieron interesados en el deporte por la capacidad de atraer al público y de aumentar su notoriedad. Los deportes eran atractivos porque con su calendario de competiciones tenían una regularidad que favorecía la programación, y al mismo tiempo su distribución en temporadas permitía recomenzar una y otra vez con un nuevo interés en el resultado. Esa emoción por el resultado era otro de los atractivos del deporte, pues aumentaba la emoción e interés de las audiencias, además de por supuesto la existencia de grandes estrellas (Jarvie, 2006; Rowe, 2003; Whannel, 2002). Por el contrario, el interés del deporte en aliarse a los medios de comunicación fue durante mucho tiempo reducida, pues aunque les interesaba la notoriedad que alcanzaban gracias a la cobertura mediática y la posibilidad de atraer nuevos seguidores, no tenían problemas para llenar los espacios físicos en donde las demostraciones deportivas tenían lugar. Ese contexto general comenzó a cambiar con las retransmisiones en directo de los eventos deportivos por televisión, que comenzaron a ser posibles durante la década de los sesenta, y terminaron de transformarse con el cambio en el panorama mediático que se operó en los años ochenta.

En esos años se desarrollaron tecnologías y cambios normativos que aumentaron notablemente la oferta televisiva (Miller, 1999). En el caso de los Estados Unidos con la irrupción del cable, y en el de Europa Occidental con la ruptura del monopolio de las televisiones públicas a favor de nuevos operadores privados y la posterior aparición de la televisión por satélite, que aumentó aún más la competencia. En ese momento, el equilibrio establecido entre pocos operadores televisivos y pocas competiciones deportivas, que mantenía los derechos de retransmisión en precios limitados, quedó roto, y se formó una nueva situación en la que muchos operadores competían por una oferta limitada de competiciones deportivas capaces de generar gran atención pública. Como resultado, los precios de los derechos de retransmisión se multiplicaron, convirtiendo a estos en la principal fuente de ingresos de ligas, clubes y competiciones deportivas (Boyle & Haynes, 2003; Jeanrenaud & Késenne, 2006). Los precios llegaron incluso a impedir cualquier rentabilidad económica para las cadenas, lo que no impidió su inflación, al entender las cadenas que eran la mejor forma de aumentar su reputación y de atraer al público. Además, los operadores, en su búsqueda de beneficios y gracias además a las posibilidades técnicas, pasaron a convertir muchos de los eventos deportivos que se ofrecían gratuitamente en las televisiones públicas en eventos privados accesibles únicamente previo pago, perdiendo así su cualidad de bienes de interés público (Miller, 1999). A pesar de las nuevas estrategias de rentabilización, los pagos astronómicos hacen casi imposible rentabilizar la inversión, hasta el punto de que no solo generan pérdidas, sino que llevan a la bancarrota a las corporaciones, como en el caso de ITV en Inglaterra (Boyle & Haynes, 2003; Gratton & Solberg, 2007).

Al mismo tiempo, el número de nuevas horas de emisión de las nuevas cadenas debía ser rellenado, por lo que los deportes, y no solo los más demandados, se convirtieron en productos atractivos para las televisiones, especialmente en el caso de nuevas cadenas temáticas. Las horas de emisión de programas deportivos y retransmisiones se multiplicaron, hasta el punto de que las cadenas mostraron interés también por deportes más minoritarios. Para éstos, la televisión era una oportunidad de ganar visibilidad y aumentar el número de aficionados, por lo que en su dependencia de la

televisión han terminado incluso pagando por ser retransmitidos en algunas situaciones (Miller, 1999; Rowe, 2003).

Todo ello hizo a los deportes dependientes de los medios de comunicación, y estos a su vez fueron capaces de imponer cambios en los propios deportes para adaptarse a sus intereses y maximizar su rentabilidad. Así, se materializaron desde cambios en los horarios hasta cambios en las propias reglas del deporte, como el caso de la introducción del tie-break en el tenis. Los medios de comunicación no solo fuerzan cambios para hacer más atractivos sus productos, sino que proyectan una imagen del deporte acorde con sus intereses: la espectacularización, la búsqueda de la emoción y la acción, y la creación de un relato sensacionalista y de unas estrellas que acaparen la atención pública. En la propia generación del producto, con la introducción de la narración y de las amplias posibilidades técnicas de la realización, ofrecen un producto que difiere del experimentado en directo, gracias a las repeticiones, la multiplicación de puntos de vista o la ralentización de imágenes, y que también selecciona lo que se ve y lo que no se ve, promoviendo ciertas imágenes y ocultando otras, tanto en la realización como en las propias decisiones de los deportes y deportistas cubiertos, con una preponderancia del deporte profesional masculino (García, Moragas, & Gómez, 1994; Jarvie, 2006; Rowe, 2003; Whannel, 2002).

Esos cambios se producían en un contexto de concentración mediática e internacionalización de estos grandes grupos, capaces de marcar la agenda del deporte. Esta globalización deportiva se conjuntaba con la globalización económica y cultural en marcha. Un concepto controvertido que sin embargo permite sintetizar el aumento de las transacciones económicas y el comercio global, así como de una paulatina penetración cultural de los valores occidentales a través de los medios (Jarvie, 2006). El proceso de globalización en sí puede rastrearse hasta los inicios mismos del deporte, pues las organizaciones deportivas siempre han sido internacionales, y la propia expansión del deporte fue fruto de la internacionalización económica y el colonialismo del siglo XIX. Es cierto, sin embargo, que desde la década de los sesenta han aumentado el intercambio de deportistas, las competiciones internacionales, la cobertura mediática de éstas y de otras competiciones (Maguire, 1994). En el campo del deporte, se produjo la universalización de ciertas grandes

competiciones deportivas, retransmitidas en todo el mundo, permitiendo la entrada de los grandes deportes en nuevos mercados, y la paulatina creación de un mercado global de deportistas profesionales. Esta globalización cultural no puede considerarse como un proceso unidireccional y pasivo, sino que es contestada, negociada y transformada por los actores locales. Los grados de libertad y resistencia de los distintos actores es sujeto de controversia, entre aquellos que la consideran muy limitada por el poder económico y cultural de las grandes corporaciones y quienes lo ven como un proceso de interrelación y codependencia (Andrews & Ritzer, 2007; Maguire, 1994).

En el caso concreto del fútbol europeo, la presencia de cámaras fue un hecho común en los estadios de fútbol ya desde el final de la Primera Guerra Mundial, por ejemplo en Inglaterra a través de la BBC. Estas grabaciones estaban dirigidas en un primer momento a los noticieros cinematográficos, dada la baja penetración de la televisión, y aunque tuvieron su impacto en la popularización de este deporte, no afectaron significativamente al modo en que el fútbol era consumido, pues se trataba de resúmenes que se proyectaban días después de que tuviese lugar el encuentro. Mayor impacto en la popularidad del juego tuvieron en un primer momento la prensa de masas, cuyo nacimiento puede datarse a principios del siglo XIX y que desde un principio tuvieron espacios específicos dedicados a la información deportiva, y tras la Gran Guerra la retransmisión, esta sí en directo, efectuada por la radio (Sandvoss, 2003; Smart, 2005).

Hubo que esperar a la generalización en los hogares de los aparatos de televisión, a partir de la década de los cincuenta, para que este medio tuviese un impacto significativo en el fútbol profesional. Desde principios de los sesenta la BBC en Inglaterra emitió un programa resumen de los partidos el fin de semana (Sandvoss, 2003; J. M. Williams, 1994). Otros hitos los constituyeron la retransmisión en directo de los partidos de la Copa del Mundo, en Inglaterra en 1966, y la primera retransmisión en color, en el Mundial de México 1970. Sin embargo, la retransmisión de competiciones de clubes se vio limitada durante mucho tiempo a puntuales retransmisiones de competiciones europeas, y de forma aún más excepcional a partidos de las competiciones domésticas. Durante mucho tiempo, los clubes se

negaron a firmar acuerdos con las televisiones por miedo a que las retransmisiones hiciesen descender el número de asistentes a los campos.

Sin embargo, la irrupción en la década de los ochenta de las televisiones privadas, ávidas de productos que ofrecer a sus televidentes, junto con el cambio en el modelo jurídico de los clubes, modificó radicalmente el escenario, generalizándose las retransmisiones de las competiciones locales y europeas a principios de la década de los noventa.

En Italia, uno de los nuevos propietarios de los clubes recientemente convertidos en sociedades anónimas también estuvo detrás de la constitución de la primera cadena privada de televisión. Fue el nuevo propietario del A.C. Milán, Silvio Berlusconi, quien formó las primeras cadenas privadas a través del grupo Fininvest. Sin embargo, y aunque como en otros países la televisión pública transmitió partidos puntuales durante décadas y resúmenes de las mejores jugadas de los partidos (Bonaut, 2010), no fue hasta la llegada de la televisión de pago que no se empezaron a retransmitir partidos del campeonato local de forma sistemática, en la temporada 1993-94. Por supuesto, esta retransmisión supuso un aumento exponencial de los ingresos de los clubes (Padovani, 2007).

También en Francia el cambio en el modelo de organización coincide con la aparición de las televisiones privadas, concretamente del canal de pago Canal +, que desde 1984 comienza la emisión de partidos del campeonato nacional, hasta llegar a emitir uno semanal a partir de 1993. Además, en 1990 se hace con el control del Paris Saint Germain (PSG), con la intención de aumentar la competencia en el campeonato y por tanto el interés por el mismo. Posteriormente, en 1996, apareció el formato de pago por visión, con la televisión por satélite, y también bajo control de Canal +. En todo ese proceso los beneficios por derechos de retransmisión no hacen sino aumentar, pasando de 320.000 francos por partido el primer año a 2 millones de francos en 1990, al mismo tiempo que la dependencia sobre estos, pues el porcentaje de los ingresos provenientes de la televisión sobre el total pasa del 1% en 1980 al 23% en 1990 y al 50% en el año 2000 (Hare, 2003).

El aumento de los ingresos por retransmisión de los partidos también ha sido una constante en los países nórdicos, llevando a conflictos entre las federaciones y las ligas tanto en Noruega como en Dinamarca.

En Alemania, hasta mediados de los años ochenta no se retransmitía ningún partido de liga, pero la televisión pública pagaba por emitir un resumen de las mejores jugadas (El País 1983). La llegada de las televisiones comerciales en 1984 supuso, como en el resto de países, el comienzo de grandes contratos, sobre todo teniendo en cuenta que los clubes alemanes desde un principio adoptaron el modelo de derechos centralizados, por el que los clubes se unían para vender los derechos del campeonato en un movimiento que fue denunciado como práctica monopolística pero finalmente autorizado (Meier, 2003).

En el caso inglés, la firma del contrato de retransmisión con la cadena por satélite Sky Sport (Sandvoss, 2003; J. M. Williams, 1994) supuso una auténtica revolución que coincidió con la creación de la Premier League. Los ingresos se multiplicaron y pasaron a depender fundamentalmente de las retransmisiones televisivas.

En cuanto al caso español, vemos que al igual que en el resto del entorno europeo, el profundo análisis llevado a cabo a través de los años por Joseba Bonaut (2009, 2010, 2013, 2014) ha mostrado la íntima relación que desde un primer momento mantuvieron la televisión y el deporte, y muy especialmente el fútbol. El deporte está ligado a todos los grandes hitos de la televisión tanto en el periodo franquista como en la democracia, especialmente en el caso de los grandes avances técnicos: la primera retransmisión al aire libre, el primer uso de la señal europea, la llegada del color a toda España... Este fenómeno es especialmente determinante en la década de los ochenta, al convertirse España en organizadora de los dos grandes eventos deportivos a escala mundial, primero el Mundial de Fútbol de 1982, y diez años después los JJOO de Barcelona '92. Ambos momentos suponen una enorme inversión económica que permitió, entre otras cosas, extender la cobertura del segundo canal por todo el país en el caso de los mundiales.

Igualmente, el deporte en España ha sido siempre un producto de máximo interés para la televisión, consciente del potencial que tenía para lograr grandes índices de

audiencia. En ese sentido, las polémicas entre la televisión y el fútbol por el los derechos de retransmisión es tan antigua como la propia televisión. Ya en 1959 el gobierno emitió un decreto por el cual TVE tenía el derecho de retransmitir eventos deportivos de interés general, comenzando por el Real Madrid-Barcelona que se jugaría en pocos días. Sin embargo, los límites impuestos por el régimen hicieron que el franquismo fuera un periodo de relativa estabilidad en las retransmisiones futbolísticas, siendo España el primer país europeo con partidos semanales en televisión ya en la década de los sesenta, cuando en Inglaterra todavía no podían verse más que resúmenes de los partidos (Bonaut, 2010).

La época de la Transición y los primeros años de la democracia ven aparecer los conflictos en torno a las retransmisiones debido a dos circunstancias excepcionales: una era esta crisis financiera que venimos describiendo y que situaba a los clubes en una situación mucho más dramática y por tanto con mayor necesidad de aumentar sus ingresos. Y la otra, la propia apertura democrática, que daba paso a una gestión abierta de los conflictos y a un mayor margen de negociación por parte de los clubes frente al periodo dictatorial.

A partir de 1979, los conflictos se sucedieron entre los clubes y TVE, entonces la única cadena existente. Ese año, los clubes, que consideraban que el dinero que recibían de las retransmisiones no compensaban la caída de espectadores en los estadios que se acentuaba año tras año, decidieron romper el acuerdo existente hasta ese momento, que comportaba la retransmisión de un número de partidos al año pactado previamente que se acercaba a uno por semana. Los clubes, de acuerdo con Pablo Porta, decidieron exigir un aumento de 5 a 15 millones por partido, y TVE se negó. Eso dio lugar al fin de las retransmisiones salvo en casos puntuales rodeados de conflicto, hasta que en 1981 se logró un nuevo acuerdo por el cual TVE pagaría 288 millones por la nueva temporada 81/82, a cambio de dos partidos mensuales el sábado por la tarde y los resúmenes de los partidos para Estudio Estadio. El modelo de acuerdo, sin embargo, era de corta duración, provocando grandes tensiones y fluctuaciones en los precios. De nuevo se hubo de negociar para la siguiente temporada 82/83, en la que el dinero alcanzó los 541 millones de pesetas por 18 partidos. Al año siguiente, la factura se había reducido a los 318 millones por los mismos 18 partidos (Bonaut, 2010).

Esa misma temporada comenzaron las emisiones de las cadenas autonómicas, que desde un primer momento se mostraron muy interesadas en el fútbol en directo, generando conflictos puntuales con TVE. Ante el inicio de la competencia, la Liga pensó en pedir 1.000 millones para la temporada 84/85, pero TVE se negó a un acuerdo que consideraba injustificado y solo se terminaron firmando acuerdos con las autonómicas y TVE para emitir resúmenes. En la temporada siguiente el monopolio sobre el fútbol en directo quedó definitivamente roto. La Liga firmó acuerdos con TVE y con las autonómicas para la emisión de entre 8 y 12 encuentros en el caso de la cadena nacional y entre 3 y 8 en el caso de las autonómicas (Bonaut, 2010).

Tras un año con este modelo, en la temporada 87/88 se produjo el pacto entre TVE y las autonómicas para compartir los derechos, ante el aumento de los precios. Se firmó un acuerdo de dos años y 36 partidos por temporada por 2.800 millones de pesetas, 1.400 millones al año, el triple que el acuerdo de los 541 millones de la temporada 82/83. Pero solo dos años después, para la temporada 1990/91, la llegada de Canal Plus multiplicó aún más los precios, con la firma del acuerdo conjunto de la FORTA por 58.000 millones de pesetas –7.250 millones por temporada–, 12.000 de los cuáles correspondían a la cadena de pago por el partido codificado (Bonaut, 2010).

La multiplicación de los ingresos por televisión tuvo el mismo efecto que en el resto de Europa: el descenso del peso de la taquilla en los ingresos de los clubes y la preponderancia de los ingresos televisivos. Ello genera una relación de dependencia con la televisión, y la necesidad de adaptarse a sus demandas en lo que se refiere a horarios, fechas de competición, etc. Se produce además un aumento de los ingresos atípicos por publicidad y patrocinio, en parte porque comienzan a desarrollarse estrategias específicas para su explotación, pero también por el aumento de la exposición mediática que llevan aparejadas las retransmisiones televisivas. Por ejemplo, en 1994 17 de los 20 equipos de Primera División ya tenían firmados acuerdos de patrocinio, incluyendo en muchos casos la presencia de la marca en las camisetas (Carroggio, 1994).

Todo ello forma parte de un proceso más amplio en el que, como en el resto de Europa, el deporte se mediatiza y la televisión se *deportiviza*, en una sinergia que no

hace sino aumentar a lo largo de los años y que llega hasta nuestros días (Bourg & Nys, 1994; García et al., 1994). En primer lugar, se produce un aumento continuado de la presencia de los programas deportivos en televisión, entre los que destacan las retransmisiones pero donde surgen también los primeros espacios de debate y entretenimiento con la llegada de los nuevos operadores. Además, a partir de 1987, con la llegada de Pilar Miró a la dirección de TVE, la segunda cadena se convierte en contenedor de productos deportivos durante el fin de semana, decisión que también tomará la televisión autonómica catalana para su segundo canal, lo que crea lo más parecido a canales temáticos deportivos.

Ese interés de la televisión por el deporte no beneficia únicamente al fútbol, sino que lo hace también con otros deportes. Por un lado, visibiliza los deportes minoritarios en las cadenas públicas, haciéndoles dependientes de ésta, pero también beneficia económicamente a otros deportes, y en especial al baloncesto. Su explosión en los años ochenta se produce dentro de una organización, la ACB, pionera en la profesionalización de la competición, la autonomía frente a la federación, y la importancia concedida a la televisión. Sus buenos índices de audiencia, además, les permite pasar de pagar por ser retransmitidos a firmar un acuerdo con TVE en el año 1988 de tres años por 2000 millones de pesetas (Bonaut, 2009; Jiménez, 1992).

Como vemos, la aparición de las retransmisiones televisivas de los campeonatos nacionales supuso un enorme y doble cambio: aumentaron los ingresos, lo que supuso mejoras en las instalaciones, número de empleados, salarios, profesionalización de las estructuras, etc. y al mismo tiempo cambió la dependencia financiera de los clubes, de estar financiados por los ingresos de taquilla a estarlo por los derechos de retransmisión, lo cual provocó una disminución del peso de socios y aficionados y un aumento de la importancia de los telespectadores.

Esa pérdida de peso del aficionado tradicional y de los ingresos por taquilla y abonos en el devenir económico del club no hizo sino acelerarse a partir de ese momento, pues a medida que el deporte ganaba presencia en los medios de comunicación, los clubes se convertían en plataformas aún más interesantes para la publicidad y el patrocinio de las grandes marcas, que tenían un producto que garantizaban grandes

audiencias y un vínculo emocional con los productos mucho más difícil de conseguir con la publicidad tradicional. Y así los eventos deportivos no solo se mediatizaron, sino que fueron invadidos por el patrocinio tanto de los eventos deportivos, como de las instituciones y los propios deportistas, convertidos en estrellas mediáticas (Smart, 2005).

Los clubes, recién transformados en entidades mercantiles no hicieron sino aprovechar esas posibilidades, aumentando la comercialización del fútbol profesional, es decir, de la búsqueda y creación de nuevos espacios y fuentes de ingresos. Para empezar, los clubes expandieron sus actividades hacia nuevos sectores, como las agencias de viaje o incluso los seguros (Sandvoss, 2003). Al mismo tiempo, multiplicaron la producción de merchandising con nuevos productos, empezando por las camisetas del equipo pero llegando a vender cualquier producto bajo la marca del club. Se iniciaba así un cambio de lógica acorde con el desarrollo del contexto económico: de clubes deportivos se pasaba a empresas comerciales que intentaban maximizar el valor de su marca y explotarla comercialmente.

Además, la retransmisión de los encuentros por televisión no solo supuso un aumento de ingresos gracias a los contratos firmados, sino que supuso un aumento de la exposición mediática de los clubes (junto con el aumento de la información deportiva en los medios que acarreó) que los convirtieron en soportes extremadamente atractivos para el patrocinio por parte de las principales multinacionales. Estos ingresos por patrocinio y por las diferentes alianzas con empresas supusieron un aumento igual de considerable de sus ingresos, de modo que a la finalización del proceso, los ingresos de los clubes dependían del circuito establecido entre retransmisiones deportivas, presencia mediática y firma de contratos de patrocinio. Este circuito no solo es esencial para los clubes, sino también para los medios y las empresas, como indica la compra de participaciones mayoritarias de clubes por parte de los imperios mediáticos, –BSky en Inglaterra y Canal + en Francia– que tratan de establecer una integración vertical de su negocio, y de las grandes multinacionales –Bayer o Peugeot– interesadas en asociar sus marcas a instituciones deportivas.

Todo ello no hizo sino aumentar la mercantilización del deporte y su dependencia de las grandes corporaciones. El aumento de los ingresos también genera luchas por los recursos económicos entre los clubes que se reproduce paralelamente a la competición deportiva y que adquiere incluso preeminencia, pues es el éxito económico el que garantiza más que nunca el éxito deportivo a través de las posibilidades de gasto de los clubes. Como consecuencia última, esto lleva a una concentración de la riqueza en los principales actores y la consiguiente polarización de los clubes entre aquellos con una presencia mediática internacional y altos ingresos y aquellos clubes humildes que no pueden acceder a los ingresos proporcionados por la dupla televisión-patrocinio (Jeanrenaud & Késenne, 2006; Sandvoss, 2003) y la consiguiente desigualdad en las competiciones (Gerrard, 2006).

Este hecho dislocó la relación tradicional entre el seguidor-espectador y el club. Su participación en el espectáculo deportivo se hizo mucho menos necesaria desde el punto de vista estrictamente económico, pero de cierta forma aumentó desde el punto de vista mediático: la presencia de los hinchas en los estadios se convirtió en un elemento importante del atractivo televisivo de la retransmisión (Sandvoss, 2003).

Los propios estadios sufrieron una transformación similar para adaptarse al nuevo contexto que transformó la experiencia del aficionado. La conversión tiene su origen en las tragedias de los años ochenta y para Paramio y colaboradores (Paramio, Buraimo, & Campos, 2008) constituye, recogiendo la clasificación de Bale (1993) el paso hacia el estadio postmoderno. El modelo fue potenciado desde los gobiernos e instituciones deportivas, que impusieron una presión normativa sobre los clubes para que modernizaran sus estadios. Aunque Inglaterra fue protagonista en la implantación de estos nuevos estadios, fue en el Mundial de Italia 90 cuando por primera vez se vio la transformación tanto de la disposición de los estadios como de sus objetivos. El conjunto de los estadios participantes eliminaron las localidades de pie y transformaron todo su espacio en localidades de asiento. Se buscaba una mayor comodidad del espectador, así como una mayor seguridad y facilidad de acceso (Giulianotti, 2000; J. M. Williams, 1994).

En el caso inglés, el nacimiento de la Premier League coincidió con el informe sobre los sucesos de Hillsborough (Taylor, 1989), que puso de relieve los fallos de los estadios ingleses, la mayoría de principios de siglo, en materia de seguridad, circulación de espectadores y control de masas. Fundamentalmente, se obligó a los clubes a seguir el modelo italiano y eliminar los asientos de pie, y al mismo tiempo a eliminar las vallas y barreras que separaban a espectadores y jugadores, dando lugar a nuevo tipo de estadio (Bale, 1993; Paramio et al., 2008; Paramio, 2004).

Los nuevos estadios se caracterizaban así por un diseño innovador que pretendía mejorar la comodidad, la seguridad y la accesibilidad, y sobre todo permitir una mayor explotación comercial tanto de las áreas deportivas como no deportivas. Este aumento de la explotación comercial se convirtió posteriormente en un elemento clave de los desarrollos posteriores, y en concreto, la búsqueda de ingresos no únicamente en los días de partido, sino durante todo el año, siguiendo el modelo de los centros comerciales y parques temáticos para convertirlos en “catedrales del consumo”. Se buscaba así que los estadios fuesen multifuncionales, es decir, que pudiesen acoger todo tipo de acontecimientos, y al mismo tiempo desarrollar estrategias para atraer público los días sin partido, como los tours por el estadio o los museos del club, lo que Gibson denomina “turismo deportivo nostálgico” (Paramio et al., 2008; Paramio, 2004).

Este giro estratégico coincidió con los cambios en los planteamientos urbanísticos de las grandes metrópolis, por lo que se creó una sinergia entre clubes e instituciones políticas para convertir a los estadios en centros turísticos y en edificios icónicos, contruidos por grandes arquitectos y capaces de atraer turismo a la ciudad, dentro de sus planes de renovación. Es decir, se buscaba atraer a los estadios nuevos públicos aparte de los seguidores tradicionales (Paramio et al., 2008; Paramio, 2004).

En el desarrollo de los nuevos estadios también tuvo un peso importante las estrategias mediáticas y las alianzas con los medios de comunicación. Se buscaba facilitar las retransmisiones y hacer más espectaculares las mismas, de forma que se pudiese atraer público virtual, aquel que no puede asistir a los partidos por su lejanía

geográfica pero que se convierte en nuevos mercados a explotar, como el caso de Asia (Paramio, 2004).

Para todo ello son importantes las inversiones en nuevas tecnologías, como techos retráctiles, pantallas gigantes, equipos de audio y asientos modulares, todo lo cual termina por encarecer su construcción. Por ello, los estadios posmodernos se convierten en enormes inversiones que deben ser rentabilizadas, lo que se convierte en otro vector impulsor de la comercialización del espacio. Tal y como afirma el responsable de las últimas mejoras en el Estadio Bernabéu, recogidas por González (2004), se trata de convertir un estadio “en una unidad de negocio multidisciplinar (...) en evolucionar desde “un estadio de domingos a un centro de utilidad continua” (González, 2004, p. 91).

Parte de estas evoluciones fueron convertidas en obligatorias con posterioridad por la UEFA a través de una serie de directivas para aquellos clubes participantes en competiciones europeas. A pesar de ello, el ritmo de implantación de estos estadios posmodernos varió entre países, siendo su adopción en España relativamente tardía, pues no fue hasta el nuevo siglo que los clubes tomaron esta dirección.

El resultado de todo el proceso fue mejorar la experiencia del espectador-consumidor, que no quedaba reducida a la contemplación del partido sino que se convertía en una experiencia de ocio global. Se buscaba así acercarse al modelo estadounidense para aumentar los ingresos no provenientes de las taquillas, hasta entonces la principal y casi única fuente de ingresos de los clubes europeos.

Pero las reformas tuvieron un impacto sobre el perfil del público asistente. La reducción del número de localidades y la supresión de las localidades de pie tuvo como efecto inmediato un aumento del precio de las entradas para compensar el descenso en la capacidad, aumento que excluyó parcialmente a los espectadores de rentas más bajas. Como al mismo tiempo la experiencia se hizo más cómoda y segura, se potenció la entrada de un público de mayor nivel adquisitivo a la búsqueda no tanto de una experiencia identitaria (la que ofrecía a los seguidores tradicionales) y sí a la búsqueda de una experiencia de ocio. En países como Inglaterra, ello supuso la expulsión de la clase obrera, tradicionalmente ligada al fútbol, y su sustitución por miembros de la

nueva clase media, profesionales y universitarios, junto con un público más familiar y feminizado, a pesar de la resistencia ofrecida por los seguidores tradicionales (Bale, 1993; Giulianotti, 2000; King, 1997; J. Williams, 2006).

2.1.1.4. Cambios en el público y en el consumo del fútbol

Las transformaciones que sufrió el fútbol profesional durante todo el período terminaron por afectar a la composición del público. En primer lugar, como hemos visto, el aumento del precio de las entradas tuvo como consecuencia la expulsión parcial de la clase obrera de los estadios, fenómeno especialmente perceptible en países como Inglaterra, en el que el fútbol siempre fue un pasatiempo considerado de baja cultura y asociado a esta clase. Pero no solo aumentaron los precios de las entradas, sino que los clubes desarrollaron políticas dirigidas explícitamente a atraer a nuevos públicos. En Inglaterra se hizo especial hincapié en el control y represión del comportamiento del público: se prohibieron los insultos y cualquier comportamiento indecoroso, se excluyeron a ciertos individuos de entrar en los estadios e incluso algunos clubes limitaron expresamente la posibilidad de que los aficionados se pusieran de pie (Sandvoss, 2003; J. Williams, 2006). El resultado fue la desaparición de los actos de hooliganismo y violencia en los campos y una pacificación y civilización del comportamiento, y fundamentalmente una pérdida del carácter fundamentalmente masculino, tanto en composición del público como en actitudes, tradicionalmente asociados al fútbol.

Además, con la inclusión de toda una serie de servicios y espectáculos antes, durante y después del partido, junto con una política específica de precios, se buscó atraer a un público familiar que entendiese la asistencia al partido como una experiencia global de ocio, con posibilidad de comer, realizar actividades antes del partido y asistir a espectáculos, siguiendo el modelo americano. Se trataba, al mismo tiempo que de atraer a un público familiar y de ingresos superiores, de aumentar el gasto por espectador, es decir, de maximizar el rendimiento de las instalaciones (Sandvoss, 2003).

Por otro lado, conforme ha aumentado la presencia mediática de los clubes y estos se han convertido en marcas globales se ha producido, como hemos visto, una modificación de la composición de los ingresos: estos no solo provienen ahora fundamentalmente de la televisión, los patrocinios y el merchandising, sino que los consumidores provienen cada vez más de espacios geográficos alejados del lugar donde están establecidos los equipos. En el estudio de Sandvoss (2003), el responsable comercial del Bayer Leverkusen afirmaba que solo el 20% de sus ingresos tenía un origen nacional. Los clubes, por tanto, deben cuidar principalmente su imagen mediática e internacional, lo que les lleva al mismo tiempo a descuidar su relación con la comunidad en la que se insertan y al cultivar una imagen neutra, alejada de cualquier connotación política o social (Sandvoss, 2003).

En esta tarea de desterritorialización (Sandvoss, 2003) juega un papel determinante la televisión. Esta no solo hace posible el consumo de los partidos de los clubes a nivel global, con la generación de aficionados virtuales que ello conlleva, sino que, por su propio funcionamiento, tiende a emitir un mensaje neutro, centrado únicamente en el juego de los equipos y sin ninguna connotación local. Los espectadores apenas reciben información sobre el contexto cultural del partido que observan, ni sobre la historia o rivalidades de los clubes que participan ni de sus aficiones, sino que fundamentalmente reciben un relato higienizado en el que únicamente se observa el terreno de juego y en el que son guiados por comentaristas que también se centran en el juego (Sandvoss, 2003).

El eje del acontecimiento es ahora la retransmisión televisiva, lo que aumenta la importancia de la espectacularización del juego, con la introducción de numerosas cámaras y avances técnicos, pero también con la consciente modificación de los reglamentos por parte de los actores institucionales para hacerlo más atractivo para los espectadores, como los cambios introducidos por la FIFA durante el Mundial de Italia 90 con la prohibición para los porteros de recoger con la mano los pases de los compañeros o la introducción de múltiples balones, todo con la idea de reducir los tiempos muertos (Giulianotti, 2000; Sandvoss, 2003).

El espectador televisivo, además, realiza un consumo del evento deportivo mucho más distanciado, lo que le lleva a adoptar una posición más reflexiva y crítica, características que también poseen los nuevos aficionados de clase media en los campos (Giulianotti, 2000). Este distanciamiento es identificado por Sandvoss (2003) como constitutivo de la experiencia televisiva, que en su opinión sacrifica la experiencia en aras de la información, es decir, permite al espectador conocer todo lo que está ocurriendo en el campo, al contrario que el aficionado en el campo, que solo ve una parte, pero limita el grado de experiencia subjetiva, pues tiene una única visión del acontecimiento que depende de los códigos de la retransmisión televisiva.

Pero esta desterritorialización y pérdida de experiencia no han sido los únicos efectos de la televisión, pues estos se han dejado sentir también sobre la forma de consumir el partido en directo. Los horarios de los partidos son decididos ahora en función de los intereses de los medios, por lo que se extienden y varían los horarios de juego para alcanzar el mayor tiempo posible de emisión. Esto trastoca las tradiciones y rituales asociados al fútbol, que por ejemplo en Inglaterra estaban íntimamente unidos a la tarde del sábado e incluían toda una serie de acciones altamente ritualizadas.

Si a esta deslocalización de los partidos se une a la reducción del número de entradas, que obliga a los aficionados a realizar sus compras con anticipación por la elevada demanda, la asistencia al fútbol se convierte en una actividad de ocio que necesita ser planificada y que es vivida como algo especial, una actividad no rutinaria pero altamente estructurada. Los seguidores no pueden decidir ir al campo en el último momento, y excepto los abonados, tampoco pueden incluirlo en su rutina habitual, menos aún teniendo en cuenta la variabilidad horaria (Sandvoss, 2003).

En resumen, se ha producido una disneylandización de la experiencia en el campo al mismo tiempo que se creaba un consumo virtual, distanciado y neutro a través de la televisión, modificando no solo la composición del público interesado, que ha aumentado en número y variado en origen social, sino ante todo los valores y experiencias asociados a su práctica.

Es en este contexto de mercantilización y apertura a nuevos públicos del que participó el fútbol español fue en el que tuvo lugar el paso de la defensa individual a la defensa

en zona. En este sentido, hemos visto que los medios, las instituciones políticas y deportivas, los patrocinadores, los clubes y el nuevo público estaba interesado en promocionar un fútbol más espectacular, más atractivo para una mayor cantidad de públicos, menos masculino y menos connotado social y políticamente, que pudiese ser interpretado desde un punto de vista más reflexivo e intelectual. Una primera pregunta deberá ser por tanto si la defensa en zona tiene afinidades electivas con esta nueva comprensión del negocio del fútbol.

2.1.2. La cultura profesional en los equipos de fútbol profesional

Una vez que comprendemos la transformación que estaba viviendo el fútbol español en aquellos años y lo que estaba en juego en ese periodo histórico, una transformación del fútbol hacia un negocio basado en el espectáculo, nos centraremos ahora en conocer cómo se integraban los profesionales en esa industria y cuáles han sido tradicionalmente los rasgos principales de su cultura profesional y de sus identidades.

Para ello nos apoyaremos en primer lugar en los trabajos de Pierre Bourdieu sobre las nociones de campo, capital y habitus, entendiendo que futbolistas y entrenadores se encuentran en un campo autónomo en el que luchan por mejorar su posición y por imponer el valor de sus capitales, partiendo de unas identidades propias, unos habitus, generados por su propia posición en el campo.

Con ese marco teórico nos acercaremos a la literatura disponible sobre futbolistas profesionales y entrenadores, en la que veremos que existe una cultura compartida caracterizada por una masculinidad agresiva, el valor del sacrificio, la competitividad y el sometimiento a normas, y complejas relaciones de poder entre todos los actores en un contexto de inestabilidad y cambio.

2.1.2.1. Campo, capital y habitus en la obra de Pierre Bourdieu

El sociólogo francés parte de la idea del *espacio social* como fundamento de la interacción. La noción de espacio permite generar una visión topográfica de la sociedad en la cual a partir de una serie de variables se puede construir un mapa

social. En este mapa, los individuos ocupan posiciones que están más o menos cerca las unas de las otras y que también pueden jerarquizarse en nociones de superior o inferior, más o menos privilegiadas o dominantes. El concepto de espacio también permite una definición relacional de éste, es decir, su forma depende de las posiciones de los actores, y al mismo tiempo, en tanto que espacio, puede ser atravesado y transformado: un individuo puede moverse por él, mejorando o empeorando su posición, pero también puede cambiar la forma global que toma el espacio, variando la posición relativa de los agentes. Y es que la posición de los agentes solo puede determinarse en función de las posiciones de todos ellos y de las relaciones que establecen, es decir, y esta es otra noción fundamental de Bourdieu, que lo real es relacional, que todo se define en función de las posiciones de los demás.

Esas posiciones vienen determinadas por la posesión de capital. El *capital* es otro de los términos clave y debe entenderse como toda cualidad o posesión que tiene un valor social. En tanto en cuanto solo tiene valor porque el resto de la sociedad o de un grupo social lo desea, el capital no tiene valor real, y de nuevo solo puede definirse relacionalmente, en función del valor que le dan los demás. El capital no es, además, únicamente económico, sino que se encuentra en todo objeto simbólico que sea objeto de interés y existen por tanto multitud de capitales distintos, como el cultural, el físico, el relacional, etc.

Pero el espacio social no solo cambia, sino que lo hace en parte por las acciones y estrategias de los actores que intentan mejorar su posición. Es por eso que el espacio social debe ser entendido como un “campo de fuerzas cuya necesidad se impone a los agentes que se han adentrado en él, y como un campo de luchas dentro del cual los agentes se enfrentan” (Bourdieu, 1997, p. 49).

No solo los espacios sociales son múltiples, sino que la distinta valoración de los capitales en distintos espacios genera campos autónomos, con sus propias leyes de valor del capital, que hacen que unos tipos de capital valgan más que otros. En ese sentido, podríamos hablar de que futbolistas y entrenadores comparten un espacio social, el del fútbol, que se organiza como campo, es decir, que en su interior los actores están posicionados en posiciones superiores e inferiores los unos de los otros

en función de un capital futbolístico que se fija a partir de la experiencia acumulada, los éxitos cosechados, la valoración que se hacen de sus cualidades, los equipos en los que juega o entrena, etc. Al mismo tiempo, los actores luchan permanentemente por mejorar su posición, ya sea aumentando su capital o mejorando la valoración que de él se hace, lo que confiere al campo un aspecto dinámico, en permanente transformación.

Las distintas formas de capital solo tienen valor si así son percibidos por otros sujetos, y en cada campo hay una economía simbólica que define el valor de cada uno y las formas de transformación e intercambio de ese capital. Todos los capitales pueden transformarse los unos en los otros, a unas tasas de cambio variables (Bourdieu, 1997, p. 18). En el caso del campo futbolístico, es evidente que a mayor capital futbolístico le corresponderá un mayor capital económico y un mayor prestigio o capital social.

Es además a partir de esa posición social que se genera lo que Bourdieu denomina *habitus*, un principio que “retraduce las características intrínsecas y relacionales de una posición en un estilo de vida unitario” (Bourdieu, 1997, p. 19). El *habitus* está determinado socialmente y determina la comprensión de la realidad social del individuo, porque no es únicamente un estilo de vida, sino que este se funda en “esquemas clasificatorios, principios de clasificación, principios de visión y de división, aficiones, diferentes” (Bourdieu, 1997, p. 20). De esta forma, la visión del mundo del individuo depende de su posición y de las relaciones sociales que establece y las instituciones sociales en las que se integra a lo largo de su vida y especialmente de la familia, lugar de aprendizaje en la infancia de los principales esquemas cognitivos. Esos esquemas de clasificación generan un gusto, una preferencia por ciertas prácticas que se funda en valores morales y que por tanto surgen como naturales, íntimos. Constituyen una forma de estar en el mundo, se articulan en sistemas simbólicos completos.

En el caso que nos ocupa, el capital futbolístico disponible para cada actor generaría un *habitus*, una forma de entender el mundo, que incluiría cláusulas morales y gustos estéticos en relación al fútbol: lo que se puede y no se puede hacer o la opinión sobre cómo se debe jugar al fútbol dependería del recorrido biográfico y de la posición social

del individuo, de forma que los porteros, los defensas o los delanteros desarrollarían distintos habitus, pero también los jugadores de grandes equipos frente a los de equipos menores, o los jugadores titulares frente a los suplentes.

El habitus, junto con unos gustos genera una acción, una intervención en el campo. Esa intervención se fundamenta en los esquemas de visión y división del mundo que conforman el habitus, y se expresan en una razón práctica, una forma de entender los problemas del agente en el campo y su forma de actuar en él, en una lucha constante por mejorar su posición. Si los sujetos están constantemente luchando por los beneficios del campo, podría tratarse de un utilitarismo racional. Sin embargo, el habitus es una entidad infra-lingüística, inconsciente, desarrollado a través de los años hasta constituir una visión del universo que implica una forma de entenderlo y categorizarlo, de actuar en él y de percibirlo, que deshecha cualquier comportamiento racional en el sentido utilitario del término. Se trataría de comportamientos razonables, y no racionales, es decir, ajustados al mundo social en el que operan, fruto de una *razón práctica*, conocimiento desarrollado en el intercambio social. Más aún si tenemos en cuenta que los actores se implican en el campo, interiorizan sus valores y luchas más allá de una aprehensión racional, lo que Bourdieu denomina *illusio*, esa actitud de los actores de implicarse en la realidad como si de un juego se tratara, es decir, respetando sus normas, interesándose por el resultado y comprometiéndose con la partida.

En el campo, por tanto, hay actores con un capital y un habitus luchando por mejorar su posición. Para Bourdieu son muy importantes las posiciones superiores, hegemónicas, porque ellas ejercen un dominio simbólico sobre el campo, una posición que otorga la capacidad de decidir cómo funciona éste, las normas de valoración del capital y de sus tasas de cambio, pues poseen el *capital simbólico*, entendido como el reconocimiento que un actor obtiene y el poder que le confiere para obligar a los demás a llevar a cabo sus deseos, el acto “casi mágico” de impartir una orden y que sea obedecida (Bourdieu, 1997, p. 173). Esa capacidad de hacer obedecer una orden constituye la *violencia simbólica*, la capacidad de los agentes para imponer su voluntad sin recurrir a la violencia.

Esa capacidad solo es posible a partir de una aceptación colectiva de unos esquemas de percepción y de unos valores compartidos que se experimentan como naturales, consensuados por la comunidad, y cuyo trabajo histórico de imposición ha sido borrado. Esa red de significados y valores compartidos Bourdieu la denomina *doxa*, e incluye siempre una justificación de la posición privilegiada de las posiciones superiores.

El campo futbolístico debe por tanto tener una *doxa*, un sentido común compartido y no problematizado que defina qué es lo importante en el fútbol y quienes ocupan las posiciones superiores, una *doxa* que en realidad es el resultado de esa violencia simbólica ejercida por las posiciones dominantes del campo.

Tenemos por tanto un campo, en el que interactúan jugadores y entrenadores y que tratan, a través de una lucha dinámica, de mejorar sus posiciones en el campo, y lo hacen a partir de unas identidades, unos *habitus*, marcados por sus trayectorias sociales y sus capacidades –capitales– futbolísticos.

¿Qué sabemos sobre el funcionamiento del campo del fútbol profesional, de sus actores y de las luchas que lo atraviesan? En los últimos años se han llevado a cabo varias investigaciones que pueden ayudar a definir sus principales rasgos.

2.1.2.2. La sociología de los oficios de futbolista y entrenador

En primer lugar, un espacio social se constituye como campo autónomo cuando en su interior se lucha y se valora por un capital específico que no se encuentra en otros. El deporte de competición se caracteriza por la búsqueda de resultados, de victorias deportivas, para lo cual se entiende que debe tenerse un tipo de capital propio, que podríamos llamar deportivo. Ese capital el que marca las diferencias entre los miembros del campo, ya dispongan de más o de menos de este. En su trabajo sobre los boxeadores, Loïc Wacquant (2006) emplea el término más específico de capital físico o corporal para definir todas aquellas cualidades necesarias para triunfar en la profesión, tanto la fuerza o el tamaño como la agilidad, la técnica y la inteligencia aplicada, es

decir la lectura táctica, algo que podríamos sin duda extender a todo tipo de deportistas, incluyendo a los futbolistas.

Es a partir de ese capital corporal que los boxeadores, los deportistas, desarrollan un habitus propio que incluye una identidad íntima y una relación específica con su cuerpo. De ahí la idea de Wacquant de que los deportistas profesionales tienen a su cuerpo como su fuente de ingresos y status, y es por tanto ese capital físico el que deben cuidar, utilizar y aumentar. Para ello, se encuentran siempre en un equilibrio inestable entre el desgaste inevitable del cuerpo en la competición y el entrenamiento para obtener un rendimiento y la necesidad de que este no sufra en exceso para no terminar precipitadamente su carrera, lo que hace decir a Wacquant que “hay que usar el cuerpo sin desgastarlo” (2006, p. 122). Para ello, debe desarrollar una relación de conocimiento íntimo de su cuerpo que le permita regularlo para adaptarse a las exigencias del trabajo sin ponerlo en riesgo. La dependencia del capital físico es absoluta y al mismo tiempo este sufre un desgaste permanente que termina siempre con su extinción a una edad temprana, por lo que la carrera profesional y la estabilidad económica dependen de su gestión, lo que les hace expertos en su cuerpo.

Wacquant también incide en que el desarrollo del conocimiento deportivo se hace a través de una práctica cotidiana, en una repetición de gestos y de acciones que alcanzan su máxima dificultad y provecho en la reproducción de las condiciones del enfrentamiento deportivo, en el caso del boxeo, con la técnica del sparring. Se desarrolla a través de esa práctica inteligencia corporal, no racionalizada, en la que los gestos técnicos no solo se perfeccionan, sino que se integran en unos esquemas de conocimiento y de práctica que permiten ejecutarlos en el momento y la forma correcta. Para desarrollar esa capacidad, los movimientos deben naturalizarse, interiorizarse a través de la práctica, hasta que estos movimientos pierden toda conciencia y son dirigidos por el cuerpo, que es quien acumula los saberes técnicos, mucho más que la conciencia intelectual, que debe ser borrada, o puesta en suspenso, y dejar que el cuerpo responda a los estímulos de forma espontánea. Es el cuerpo el que acumula la inteligencia y el que actúa como un ser autónomo, evitando cualquier reflexión o proceso racional que retrasaría la toma de decisiones. La capacidad del

boxeador de razonar “se ha convertido en una facultad de su organismo indiviso” (Wacquant, 2006, p. 96).

Pero además de las prácticas, o junto con las prácticas, se desarrolla el conocimiento y aceptación de una ética profesional que expresa los valores de la comunidad. En el caso del boxeo esta ética puede resumirse como “ascetismo mundano” (Wacquant, 2006, p. 135), que supone aceptar un régimen monacal que incluye la prohibición de ciertos alimentos, el alejamiento de las relaciones sociales y la abstinencia sexual. Todo ello se resumen en el concepto de “sacrificio” (Wacquant, 2006, p. 149) que refleja la inmersión total del boxeador en su práctica y la consideración de esta como su prioridad vital, porque refleja en un momento dado su propio yo. Al mismo tiempo, la pertenencia a la comunidad, además de suponer aceptar sus normas, confiere también los privilegios de pertenecer a ésta, la camaradería, el reconocimiento de los pares y el orgullo de haber logrado disciplinar el propio cuerpo.

Finalmente, Wacquant observa que puesto que se trata de un conocimiento práctico, no racionalizado, el sistema de aprendizaje es “un modo de inculcación implícito, práctico y colectivo” (Wacquant, 2006, p. 98), a través de la observación de uno mismo y de los otros, del consejo que se recibe tanto del entrenador como de los compañeros y de la práctica y repetición. Los entrenadores que Wacquant encuentra rechazan la teorización en principios escritos porque entienden que la única fuente de conocimiento es la práctica del boxeo, el tiempo pasado como el análisis de los combates o de los adversarios, porque sus prácticas se inscriben en una tradición y en una moral que implica además del trabajo ascético, la aceptación de las jerarquías y las formas de aprendizaje tradicionales.

Muchos de estos rasgos los reencontramos en los estudios que se han llevado a cabo específicamente en el mundo del fútbol, aunque en muchas ocasiones haya sido entre futbolistas juveniles aspirantes al profesionalismo, por la dificultad intrínseca de acceder a los profesionales.

Por ejemplo, los estudios han encontrado entre los jóvenes aspirantes la misma inversión emocional e identitaria con su rol de futbolistas que encontró Wacquant entre los boxeadores. Es por ello que McGillivray, Fearn y McIntosh (2005) llegan a la

conclusión de que el fútbol coloniza toda su vida hasta que su condición de futbolistas viene a representar su yo más íntimo, su personalidad e identidad profundas, y explicaban este comportamiento porque la socialización dentro de los clubes les hacía ver la carrera profesional como un sueño y al mismo tiempo como inevitable, produciendo un absoluto compromiso con el campo del fútbol profesional y sus reglas, a pesar de la dificultad objetiva de lograrlo. Esa misma contradicción entre expectativas y realidad hacía que Bertrand (2009) recurriese al empleo de la vocación para explicar el compromiso emocional y la perseverancia de los jóvenes futbolistas respecto a su carrera profesional, una vocación que se transformaba en necesidad psicológica para superar las sucesivas crisis periódicas de toda carrera futbolística asociadas a lesiones o cambios de status. Similares conclusiones encontramos en Brown y Potrac (2009) que también observaron hasta qué punto los jóvenes futbolistas están inmersos en el fútbol mucho antes de llegar al profesionalismo y cómo el proceso de formación basado en la selección permanente les obliga a sacrificar cualquier otra dimensión de su vida y al mismo tiempo a convertir al fútbol en el núcleo de su identidad.

Junto con esta profunda inversión psicológica en el rol de futbolista, los estudios encuentran también una cultura profesional fundamentada en el sacrificio, la subordinación y la competitividad, todo ello como conformador de una masculinidad deseable. Tanto Bertrand (2009) con aspirantes a futbolistas como Roderick (2003) con profesionales encuentran una glorificación del dolor y de la capacidad de aguante de los futbolistas, y específicamente de soportar golpes y jugar lesionados o con dolor. Para este último, parte de la buena actitud requerida de los jugadores implicaba que jugasen con dolor y sin estar totalmente recuperados de sus lesiones, como muestra a la vez de su compromiso con el equipo y de su masculinidad. Al mismo tiempo, este aparente comportamiento voluntario enmascara las enormes presiones que reciben los jugadores para poner en segundo plano su salud, por medio de tácticas de aislamiento por parte del equipo técnico y el médico.

Junto con la normalización del dolor y la capacidad de sacrificio se fomenta una actitud de subordinación, la conformidad a normas y el compromiso con los superiores. Parker (1996), que estudió a jóvenes futbolistas ingleses que aún no habían dado el salto a

profesionales, comprobó como los formadores priorizaban sobre todo una conducta de subordinación y conformidad a las reglas, y lo mismo hicieron Cushion y Jones (2006) pues observaron que los entrenadores valoraban el sentido de la disciplina y obediencia, la buena actitud, por encima de valores técnicos o tácticos, y que en función de esa actitud clasificaban a los jugadores y les daban diferente trato, creándose grupos diferentes en función del status. Toda esa gestión del grupo era además considerada legítima por sus miembros, pues las relaciones de poder quedaban ocultas bajo la creencia compartida de que todo se hacía por el bien del jugador y el enorme capital simbólico acumulado por los entrenadores como referencias. Al mismo tiempo, el grupo en su conjunto penalizaba cualquier intento de un jugador por mostrarse excesivamente voluntarioso o colaborador, pues se entendía además que solo pretendía ganar el aprecio de sus entrenadores. Todo ello situaba a los jugadores en una posición contradictoria, pues necesitaban mejorar su posición en un ambiente competitivo y al mismo tiempo no perder el respeto del grupo de pares. En el caso de los profesionales, Roderick (2003) destaca que la buena actitud que espera del futbolista la cultura profesional incluye el compromiso y subordinación al entrenador y las necesidades del equipo, hasta el punto de, como ya mencionamos, poner la salud propia en un segundo plano.

Finalmente, nos encontramos con la competitividad y la agresividad muestras superiores de masculinidad. Una cultura compartida que ha sido identificada en jóvenes tanto por Parker (1996) como por Llopis (2008) en España. El primero habla de una exigencia constante de muestras de una voluntad de ganar en cada ámbito y momento, transformando todo en una oportunidad competitiva, un comportamiento que no es mero requisito formal, sino que era interiorizado como rasgo de la personalidad por los jóvenes futbolistas. En el caso de Llopis, en su estudio de las prácticas en las categorías inferiores de los clubes, encontró la misma construcción de una masculinidad similar a la de sus colegas ingleses, basada en la fuerza física, la agresividad y la competitividad, lo que este autor relaciona con el concepto de masculinidad hegemónica de Connell, un modelo que se impone como forma de dominio sobre las mujeres y sobre aquellas masculinidades que no se adaptan al modelo, y que aunque no es mayoritaria, sí permite a los hombres beneficiarse de su

dominio de forma indirecta, en lo que denominó masculinidad cómplice. El rol de inductores de la masculinidad hegemónica es asumido tanto por padres como por entrenadores, que consideran parte de su tarea convertir a los jóvenes futbolistas en hombres en el sentido más patriarcal del término y hacen creer a los aprendices que este es el único camino para triunfar profesionalmente. Los jóvenes futbolistas son por tanto socializados en esta masculinidad, que además asocian con el mundo adulto de los futbolistas profesionales, reforzando su prestigio y legitimidad.

Esa cultura desarrollada en los años formativos llega hasta la etapa de profesionales, donde Roderick (2003) identifica que esa buena actitud incluye además del sacrificio y el sometimiento, mostrarse agresivo hasta el límite en los entrenamientos como estrategia de los recién llegados adquieran el respeto del grupo. Sin embargo, esa competitividad y agresividad se insertan en un ambiente profesional que es mucho más contradictorio. Los futbolistas, como sabían todos los aspirantes de los estudios mencionados y destacan los entrevistados por Roderick, desarrollan una carrera profesional marcada por la inseguridad dentro de un mercado laboral extraordinariamente competitivo, con escasez de plazas disponibles, lo que inevitablemente exacerba su competitividad. La carrera profesional se ejerce bajo el constante escrutinio y evaluación del público, la prensa y los entrenadores, que pueden variar su opinión constantemente, por lo que la posición y status no son irreversibles, sino que están constantemente en juego.

Al mismo tiempo es una carrera profesional especialmente vulnerable y difícil de planificar, puesto que está sujeta a cambios imprevistos, algunos definitivos, como las lesiones, y otros menos como la pérdida de forma o de confianza de un entrenador. Además, la carrera del futbolista está muy determinada por su corta duración, que conlleva un proceso de envejecimiento acelerado del que son conscientes a la hora de tomar decisiones profesionales y financieras, y por tanto la necesidad de usar el cuerpo sin gastarlo que identificaba Wacquant (2006).

En ese ambiente soterradamente competitivo entre compañeros, lo que aparentemente es compañerismo y espíritu de equipo es en realidad lucha por alcanzar la titularidad. Por ello, los jugadores que no juegan admiten alegrarse por los

resultados negativos del equipo, que ven como oportunidades para volver a jugar. Al mismo tiempo, también saben que las lesiones de los compañeros también pueden abrirles puertas y viceversa, que las lesiones propias son momentos en los que el jugador pierde su posición en el equipo, y debe intentar recuperarse lo antes posible – o continuar jugando– para limitar los daños que esa pérdida de posición pueden generar, tanto en su status y prestigio como en las consecuencias económicas que se derivan de estos.

En general, la sensación es que el discurso oficial de la buena actitud es una forma de control social ejercido por el club y el entrenador para evitar las tensiones, pero bajo él subyace un individualismo extremo en el que cada uno debe mirar por sus propios intereses. Eso incluye también a los jugadores como colectivo respecto al club y el entrenador: si en los inicios de su carrera están dispuestos a sacrificarse para demostrar esa buena actitud, con el paso del tiempo son más proclives a anteponer sus intereses a los del club, generalmente como reacción a experiencias previas en las que han visto que el club y el entrenador hacen lo mismo, sin que se desarrolle una sincera relación de solidaridad. El cinismo es pues generalizado a medida que se avanza en la carrera profesional, y deja de primar el amor por el juego, la vocación de la que hablaba Bertrand (2009) por las consideraciones económicas.

Esas consecuencias económicas y profesionales están siempre muy presentes en un mundo que en muchos casos se basa en contratos relativamente cortos, que introducen tensión e inseguridad en los jugadores a medida que se acerca el final de los mismos. Son esos momentos de especial tensión los que identifica Roderick (2003) junto con los cambios de equipo. Excepción hecha de los traspasos a equipos mejores, que pueden inscribirse como mejoras profesionales y no hacen sino aumentar la autoestima de los jugadores, la mayoría de cambios son a equipos similares o inferiores, y son el producto de una situación en la que el jugador no tiene la confianza del entrenador y no juega. El traspaso es siempre bienvenido porque para el jugador supone una confirmación de su valía, puesta en duda por su situación, lo que refuerza su autoestima.

En general, Roderick (2003) encuentra que los jugadores nunca consideran que no jueguen merecidamente, y prefieren explicar estos fenómenos como mala suerte o falta de conexión con un entrenador concreto. En cualquier caso, los futbolistas necesitan jugar partidos, no solo porque de ello depende su prestigio y carrera profesional, sino también porque es la única manera de desarrollarse personalmente y sentirse útiles, y por tanto de mantener su identidad y autoestima. Aquel que no juega, no existe, dice Roderick.

Es en ese contexto de competitividad exacerbada y máxima inestabilidad que emerge la figura del entrenador, responsable de la gestión de ese grupo de deportistas profesionales que dependen los unos de los otros y al mismo tiempo se enfrentan por un número limitado de plazas. Los estudios de Kelly (2006; 2008) se centran en la figura del entrenador inglés. Kelly considera que esta funciona bajo el modelo de la autoridad tradicional de Weber, en la que el entrenador ejerce su autoridad sin límites claros y normas formales, lo que le permite un alto grado de discrecionalidad a la hora de repartir castigos y recompensas. Esto hace además que las normas y comportamientos cambien constantemente con cada cambio de entrenador. En sus entrevistas a jugadores profesionales, Kelly identificó de hecho un uso y abuso del insulto y la agresividad como modos de gestión del grupo, que en muchos casos tenían aterrorizados a los jugadores, especialmente los más jóvenes. Esta deriva autoritaria era además aceptada por el grupo como parte de la cultura profesional del fútbol, e incluso valorada positivamente como mecanismo de motivación por algunos jugadores. De nuevo se remite a la cultura hipermasculina y agresiva del fútbol profesional.

Al mismo tiempo, su conocimiento no es objetivo y verificable por diplomas o evaluaciones, sino que se basa en su experiencia acumulada, fundamentalmente como jugadores, y su genio individual. Los entrenadores ingleses son especialmente escépticos ante la enseñanza formal, y no la consideran necesaria para desarrollar su trabajo, valorando sobre todo esa vivencia previa como jugadores. Existe de hecho una tendencia a rechazar los conocimientos intelectuales y a quienes los poseen dentro del fútbol inglés, muy marcado por el origen obrero de sus profesionales y la evidente

preponderancia del capital corporal sobre el intelectual en la formación de la posición social.

En general, los entrenadores han formado una comunidad muy cerrada que tampoco deseaba compartir métodos, pues suponía dar ventajas a los rivales. En esa comunidad cerrada, el conocimiento se traspasaba de forma tradicional y oral, en una comunidad de práctica cerrada. Es por lo que algunos autores hablan del entrenamiento tradicional como artesanía –*craft coaching*– lo que explicaría la falta de entusiasmo de los entrenadores por los diplomas y la educación formal, que nunca fue el lugar donde estaba la información más actual. Al mismo tiempo, los entrenadores siempre han utilizado los conocimientos y mejoras a su alcance, buscando mejorar el rendimiento de sus atletas. Se trata de un proceso de modernización que sin embargo no es sistemático y abierto, como el científico, por la particularidad del entorno competitivo. No es hasta la llegada de las ciencias del deporte tras la segunda guerra mundial, y sobre todo bajo la influencia de los países soviéticos, que la fisiología coloniza el entrenamiento y desbanca poco a poco las técnicas tradicionales (Day, 2011). Esta llegada supone sin embargo un desafío, podemos entender, para los deportes con mayor peso técnico-táctico, en el que la formación física es complementaria. También debe ponerse en diálogo con las afirmaciones de Kelly (2008) sobre la escasa estructuración y formalización de la actividad de los entrenadores en medio de las estructuras profesionalizadas de los clubes. Parece que si la actividad de los entrenadores ha estado ligada tradicionalmente a una práctica artesanal, aún lo ha estado más en el fútbol, donde se conjuga el enorme peso de lo técnico-táctico, el componente de gestión de grupos y emocional y el carácter cerrado del mundo del fútbol profesional.

Los estudios de Jones, Potrac y Cushion (Potrac, Jones, & Cushion, 2007; Potrac & Jones, 2009a, 2009b), van más allá e intentan desentrañar la gestión del entrenador en un equipo como una constante negociación con el resto de actores involucrados, directivos, ayudantes y jugadores. La noción de micropolítica indica que los entrenadores deben hacer uso de una multitud de técnicas para mantener su imagen frente al resto de actores, manipulando su imagen para mantener la confianza de los deportistas en ellos y en sus programas de entrenamiento y juego. Esto supone admitir

que el poder de los entrenadores no es total, sino que se enfrentan a resistencias por parte de los propios jugadores y deben desarrollar estrategias para asegurar su posición que no son necesariamente disciplinarias, sino que también tienen mucho de convencimiento por la práctica y relaciones personales.

Tenemos por tanto una primera noción teórica que sitúa a los futbolistas y entrenadores como partícipes de un campo, el del fútbol profesional. Dentro de ese campo, como en cualquier otro, luchan por el poder simbólico y tratan de imponer sus discursos frente a los demás actores, y mediante esa lucha se jerarquizan y se distribuyen en el espacio.

En el caso del deporte profesional, surge la noción de capital corporal para expresar los conocimientos, cualidades y capacidades que atesoran los deportistas para aumentar su prestigio y status en el campo, y que a su vez se puede transformar en capital social y económico.

En lo que respecta al fútbol, se constata la existencia de una cultura profesional altamente masculinizada, que glorifica el dolor, el sacrificio por el equipo y la violencia, lo que sería la solicitud al profesional de que consuma su capital corporal. Este, a su vez, debe intentar guardarlo para poder alargar su carrera profesional y evitar riesgos y consumos innecesarios que puedan acortarla.

Pero además, los entrenadores y jugadores se encuentran en una lucha inestable por el poder simbólico dentro de los clubes. Todos ellos, por tanto, negocian y luchan constantemente para imponer su visión y sus intereses como los del grupo. En esa lucha, el entrenador dispone de un poder oficial cercano al de la autoridad tradicional weberiana, sin apenas cortapisas o contrapoderes, pero al mismo tiempo ese poder se ve limitado por una serie de prácticas oficiosas y dependencias de los jugadores y de los resultados que limitan su poder.

En ese contexto de luchas en el campo la táctica es uno más de esos terrenos contestados en el que se enfrentan entrenadores y jugadores y de la que depende también los procesos de acumulación y transformación del capital. Cómo se juega determina en parte quién juega y conlleva una jerarquía y una escala de valores. Pero

esta lucha en el interior del equipo y de la comunidad profesional tiene lugar a su vez en el interior de una lucha mayor, que es la posición del fútbol profesional dentro de la industria del espectáculo y del entretenimiento. Y esa posición estaba cambiando radicalmente en los mismos años en que la zona hacía su aparición, afectando y siendo afectada por el proceso.

2.2. El desarrollo táctico del fútbol

Una vez descrito el contexto social en el que se inserta el fútbol profesional, tanto en su aspecto macro –la evolución de la industria del espectáculo deportivo– como en su aspecto micro –las relaciones entre futbolistas y entrenadores–, es el momento de insertar el desarrollo específicamente táctico del fútbol en ese marco social.

El capítulo se dividirá así en dos apartados, en primer lugar una descripción de la evolución de los sistemas de juego, y en segundo lugar una revisión de la literatura técnica sobre la defensa individual y la zonal para desarrollar definiciones de ambas.

Comenzaremos por tanto por un análisis de la evolución táctica del fútbol introduciendo una mirada sociológica. Ello supone afirmar que la táctica y los sistemas de juego no son únicamente resultado del reglamento y de la búsqueda del éxito deportivo, sino también de la sociedad en la que se integra y con la que interactúa.

Que los sistemas de juego dependen de la sociedad en la que se desarrollan es al mismo tiempo una noción extendida del sentido común no científico, como cuando se afirma que los distintos países tienen un estilo, una escuela futbolística diferenciada, y una hipótesis sociológica escasamente desarrollada en la literatura sociológica, que ha preferido dejar este campo de análisis a las ciencias del deporte.

Podemos sin embargo hacer referencia a varios autores que han desarrollado esta idea. En primer lugar nos referiremos a un autor que a lo largo de su trayectoria se ha mantenido siempre en la frontera entre ambas disciplinas, Pierre Parlebas (2002) y su praxeología. Este autor, que asume el punto de vista sistémico, define el juego deportivo como conjunto de elementos en interacción unos con otros. Dentro de estos, va más allá al diferenciar entre juegos psicomotores, sin interacción con otros

individuos, y sociomotores, en los que sí la hay. Los juegos sociomotores son aquellos en los que “el sujeto está en una estructura de intercambios que da alcance y sentido a sus realizaciones” (Parlebas, 2002, p. 71), es decir, que es la estructura del juego – estructura social– la que otorga el sentido a la acción individual. Como vemos, desde el propio uso del prefijo *socio*, Parlebas entiende el juego deportivo como una interacción social. Más aún, considera que aunque la forma que toma la interacción es el resultado de las reglas, considera también que los juegos deportivos tienen una etnomotricidad (Parlebas, 2002), es decir, que la forma de practicarlos está social e históricamente determinada, lo que explica que el mismo juego se practique de forma diferente en distintos países y tiempos, es decir, que las prácticas deportivas están socialmente determinadas. Esa determinación social se vería reflejada, a nuestro entender, en la táctica, que es precisamente la organización de esa etnomotricidad.

Esta etnomotricidad podemos rastrearla en el fútbol en el trabajo de tres sociólogos muy diferentes: el marxista Rigauer, en su obra *Sport & Work* (1981), el español Vicente Verdú en *Fútbol: Mitos, Ritos y Símbolos* (1980) y en los tiempos actuales el inglés Giulianotti, que le dedica un capítulo en su tratado *Football: A sociology of the global game* (2000). En los tres casos el hilo con el que se enlaza la táctica a la sociedad es la organización del trabajo, es decir, que para los tres autores la táctica, en cuanto en tanto es organización de individuos para un fin, recibe la influencia e inspiración de las formas de organizar el trabajo en el contexto social ampliado.

La obra de Rigauer *Sport and Work* dedica varias páginas a describir a los equipos como organizaciones sociales orientadas a un objetivo, con una división de funciones y una serie de posiciones con roles establecidos. Considera evidente que las propias denominaciones de las posiciones –portero, lateral, delantero– implican una posición espacial, una función a cumplir y un rol con expectativas asociadas, es decir, que cumplen con la definición de una posición social.

Dentro de esa organización primigenia por puestos, Rigauer avanza una posible evolución sociohistórica: los equipos amateurs se caracterizarían por la cooperación, entendida como la posibilidad de que los jugadores se organicen autónomamente entre ellos para decidir cómo llevar a cabo la tarea, y por tanto puedan improvisar en

cada momento y ayudarse cuando lo necesiten. Sin embargo, a medida que aumenta la racionalización técnica propia del profesionalismo, se da una cooperación estructural, en la cual, como en la línea de montaje, cada jugador tiene una serie de tareas que cumplir, determinadas técnicamente, y de las que no puede salir, tampoco para ayudar a un compañero de manera espontánea:

Cooperación ahora significa “la división del trabajo y el trabajo cooperativo técnicamente condicionado”. Uno puede observar un desarrollo similar en el equipo moderno: en lugar de “estructura técnica” de la fábrica tenemos la concepción racional de las tácticas, que imponen al jugador individual hábitos predeterminados de cooperación. La misma concepción de equipo sitúa a cada jugador en un lugar fijo con tareas precisas y especializadas (por ejemplo, impedir a un oponente que ejecute su plan de juego). Las decisiones arbitrarias no son ya posibles. Las “ayudas” espontáneas son hechas más difíciles de forma intencionada, porque implican el riesgo de desentenderse de las tareas obligatorias” (Rigauer, 1981, pp. 53-4)

La obra, sin embargo, no penetra más allá de estas descripciones genéricas, pues su objetivo era obtener una panorámica del deporte, sin entrar en análisis detallados. Al mismo tiempo, la evolución descrita no se corresponde con el desarrollo histórico de la táctica, por lo que tiene que ser visto más como hipótesis que como resultado de una investigación sistemática. Su interés radica, sin embargo, en proponer que los equipos deportivos pueden y deben ser asimilados a las organizaciones productivas.

En España, Verdú (1980) propuso un análisis similar pero ampliado e inserto en el desarrollo histórico del fútbol. Para este autor, la táctica sería expresión de la sociedad en la que se desarrolla, y por ello sería posible identificar tres grandes periodos tácticos que corresponden con las etapas de la evolución capitalista: al capitalismo primitivo o de extorsión le correspondería el fútbol digamos amateur, en el que se busca fundamentalmente el gol por la jugada individual, y llegaría hasta los inicios del siglo XX. En ella, los cuerpos “funcionan como masas físicas” (Verdú, 1980, p. 124).

La segunda gran etapa sería la del capitalismo desarrollado de producción, e iría desde esos principios de siglo hasta la década de los setenta. En ella, los cuerpos de los futbolistas actuarían como “piezas acopladas a máquinas y en organismos” (Verdú,

1980, p. 124). Su máxima expresión será la táctica de WM, que es a la táctica lo que la cadena fordista a la fábrica. Simplifica y divide las tareas y reduce la autonomía espacial y funcional del futbolista hasta hacerle parte de un engranaje. Al mismo tiempo, los jerarquiza situándolos física y socialmente. En esa construcción social que para Verdú es patriarcal, existe un eje valorativo que coincide con el de las líneas de juego: cuanto más arriba en el campo, mejor valorado se está. Además, cada puesto acoge una serie de funciones y de valores que generaba imágenes tipificadas de los futbolistas que permitían su mitificación.

Finalmente, el capitalismo desarrollado de consumo daría lugar a su propia táctica a partir de las innovaciones del Fútbol Total holandés. Este último modelo se caracterizaría por la transformación de los cuerpos en signos, “sujetos a un código que asegura su intercambiabilidad y circulación óptima” (Verdú, 1980, p. 124). Es entonces cuando surgiría, en ese contexto de signos intercambiables, la noción de todos atacan y todos defienden, que implica la disolución de las jerarquías y divisiones internas dando lugar a un todo indeterminado en el que se comparten funciones y se dificulta la identificación simbólica. Se pasa a “una formación herbácea y tupida, inteligible como conjunto, apreciable como escena” (Verdú, 1980, p. 92). El Fútbol Total sería la señal de un advenimiento todavía no completamente realizado, pues aún no han sido completamente eliminados los puestos y las categorías, pero se trata de una tendencia que solo puede acentuarse desde el momento que coincide con la lógica superior del desarrollo capitalista.

La intención propuesta en estos dos ejemplos de entender la táctica como expresión de la organización funcional y simbólica del equipo apenas ha sido trabajada por los académicos, que “han contribuido relativamente poco a nuestra comprensión de los estilos de juego y las técnicas del fútbol” porque estos han “ignorado sus dimensiones estética y táctica” (Giulianotti, 2000, p. 127). Sin embargo, al igual que nosotros Giulianotti está convencido de que la táctica es “un problema sociológico” puesto que la táctica refleja “la tensión ontológica entre la acción y la estructura” entre “lo individual y lo colectivo, la acción y la estructura” (Giulianotti, 2000, pp. 127-8).

Además, al igual que Verdú considera que el fútbol tiene fuertes similitudes con el trabajo, pues los futbolistas están integrados en relaciones estructuradas, tiene su propia división del trabajo y reciben un trabajo táctico para mantener un comportamiento (Giulianotti, 2000, p. 127). Continúa su reflexión con un análisis histórico, que admite puramente conjetural, en el que subraya una noción compartida por muchos: que las primeras expresiones del fútbol, el kick and rush, basadas en todos atacan y nadie defiende, responden al ethos amateur y elitista de los primeros practicantes. Los subsiguientes desarrollos tácticos, que coinciden con el mayor énfasis en la defensa y sobre todo con el surgimiento del pase, el passing game, serían el resultado de la llegada de los jugadores escoceses de clase obrera, con una mucha mayor visión de la solidaridad y la colaboración. También para él la WM es una expresión de la ideología fordista en lo que tiene de control, simplificación y limitación de la autonomía. Y se expresaría el cambio de momento histórico con la aparición del Fútbol Total, que Giulianotti equipara a la cadena de montaje japonesa. Como vemos, tanto Verdú como Giulianotti coinciden en interpretar el fútbol holandés como la expresión de un cambio más profundo en la sociedad y la economía, el giro hacia el capitalismo de consumo.

Como vemos, la discusión de las tácticas ha permanecido en un estado embrionario y solo ha recibido un análisis teórico, fruto casi más de un divertimento que de una observación rigurosa y un auténtico trabajo de documentación histórica. Y sin embargo, cuando seguidamente recorramos la evolución de los sistemas de juego en el fútbol veremos que la convicción de este origen social de la forma de jugar anima muchos de los comentarios a lo largo de la historia, y se ve reflejado en el nacimiento de tácticas particulares y estilos de juego nacionales. La táctica es por tanto no solo organización a la búsqueda de la eficiencia, sino también terreno social disputado.

2.2.1. La evolución de los sistemas de juego y sus dispositivos defensivos

2.2.1.1. La Formación en Pirámide y su defensa zonal

La descripción de los sistemas de juego comienza en este apartado por el primer sistema táctico estable y del que podemos decir que tenía un funcionamiento defensivo desarrollado: la Formación en Pirámide o Sistema Clásico, dejando a un lado las primeras formaciones desarrolladas antes de la profesionalización del fútbol.

Desde los orígenes de la Liga inglesa en 1888 hasta el año 1925, la Formación en Pirámide se instituyó como hegemónica en el fútbol mundial, siendo el sistema de mayor longevidad que ha vivido este deporte, y a través del cual la mayoría de culturas tomó contacto con él a finales del siglo XIX a través de los expatriados británicos.

Figura 1: 1-2-3-5

El modelo, conocido como Formación en Pirámide (y que posteriormente sería denominado Sistema Clásico), consistía en un 1-2-3-5, y suponía ante todo la culminación del proceso de especialización y división del trabajo comenzado con la institución de la FA, desde los días en que nadie defendía y todos intentaban meter gol en una inmensa melé. El paulatino retraso de jugadores y la búsqueda de la ocupación racional del espacio dio lugar finalmente a la Formación en Pirámide, en la que cada jugador tenía asignada una posición y una función táctica, a las que iban asociadas una serie de roles y características técnicas y físicas.

Así, encontramos en este sistema las líneas claramente diferenciadas entre defensa, centro del campo y delantera. En concreto, existían dos defensas, tres

centrocampistas, repartidos entre un medio centro y dos medios-alas por las bandas, y cinco delanteros, distribuidos en dos extremos, uno por banda, un delantero centro y dos interiores.

Los dos defensas, full-backs en terminología inglesa, eran la línea más retrasada. Cuando el equipo defendía, se situaban delante de la portería a la altura de la línea del área. Según el lado por el que viniese el ataque, el defensa de ese lado salía al encuentro del delantero con balón y el otro se encargaba del delantero centro. Su principal gesto técnico era el despeje, sin que se necesitase de ellos cualidades técnicas, sino fuerza y velocidad (Csanádi, 1963; Ferrández, 1996; Geronazzo, 1980; Lacuesta, 1997).

La línea de tres centrocampistas estaba formada por un medio centro y un centrocampista a cada lado. El medio centro, en funciones defensivas, era el encargado de ayudar a los defensas en las defensas muy prolongadas. Una vez recuperado el balón, era el encargado de conectar con los delanteros, especialmente con los interiores, y en muchas ocasiones sumarse al ataque, por lo que tenía importantes responsabilidades ofensivas. Tenía por tanto una tarea doble, ataque y defensa, y su puesto era clave para otorgar consistencia al equipo y mantenerlo unido, convirtiéndose en el líder del equipo (Csanádi, 1963; Ferrández, 1996; Geronazzo, 1980; Wilson, 2009).

Los dos medios-alas se situaban en una posición intermedia entre los extremos y los interiores contrarios, en ángulo, de forma que pudiesen vigilar a ambos, por lo que lo más importante era su velocidad y fuerza para hacer frente a unos u otros. En ataque no participaban en exceso, y cuando uno de ellos avanzaba más allá del medio campo recibía la cobertura de uno de los defensas (Csanádi, 1963; Geronazzo, 1980; Lacuesta, 1997).

En la delantera, aunque comenzaron posicionándose en línea, las tareas terminaron estando divididas. La mayoría de autores europeos considera que los interiores evolucionaban en la zona entre el medio campo y el área contraria. Debían recoger los pases del medio centro y prolongar a los extremos o al delantero centro. Aunque con tareas fundamentalmente ofensivas, uno solía serlo más que el otro, que colaboraba

con el medio centro en la tarea de controlar las evoluciones del medio centro adversario y de los interiores. En cualquier caso, se les suponía de gran calidad técnica, visión de juego y pase (Csanádi, 1963; Ferrández, 1996; Lacuesta, 1997).

Los dos extremos permanecían pegados a la banda, e intentaban desmarcarse de los medios-alas contrarios, bien mediante el regate, o bien aprovechando el espacio detrás de ellos, buscando llegar hasta la línea de fondo para centrar en busca del delantero centro. Debían ser por lo tanto rápidos y de gran calidad técnica en el regate y en el pase (Ferrández, 1996; Geronazzo, 1980; Lacuesta, 1997; Mercé, 2000).

Finalmente, el delantero centro permanecía en el área a la espera de los centros de extremos e interiores. Era sobre todo un especialista en el remate, que acompañaba de una gran envergadura, para aprovechar los centros aéreos, y una gran fuerza o corpulencia para luchar contra los defensas (Ferrández, 1996; Lacuesta, 1997).

La ley del fuera de juego determinaba los planteamientos tácticos, que se reflejaban en la disposición territorial. Primero, porque puesto que la ley situaba en fuera de juego a aquellos que no tuviesen tres jugadores entre ellos y la portería, los dos defensas al adelantarse y subir líneas obligaban a los delanteros a retrasarse. De hecho, cuando el equipo atacaba, todo el equipo excepto los dos defensas se situaban en campo contrario. Un defensa permanecía retrasado, mientras que el otro se situaba al borde del medio campo. Si su equipo perdía el balón, este último pasaba al campo contrario, dejando en posición irregular a quien superase la línea del medio campo (*one-back system*). Esto obligaba a los delanteros del equipo contrario a situarse en su propio campo y, en consecuencia, debían iniciar los ataques desde allí, muy lejos de la portería rival (Csanádi, 1963; Geronazzo, 1980; Lacuesta, 1997; Mercé, 2000; Olivós, 1978).

Figura 2: 1-2-3-5
Posicionamiento ofensivo

Segundo, porque cuando se producía la pérdida y el equipo pasaba a defender, la estructura y funcionamiento defensivo se basaba en el fuera de juego. La defensa se organizaba en dos líneas: una primera línea constituida por los tres medios y una segunda línea compuesta por los dos defensas. Cada una de estas líneas se situaba en diagonal, orientadas hacia el lado por el que avanzaba el ataque. El jugador más adelantado de la línea defensiva marcaba la línea del fuera de juego, impidiendo que ningún atacante se acercase al área. Al mismo tiempo que mantenía a los atacantes alejados, la disposición en diagonal permitía la realización de coberturas sucesivas si alguno de ellos era superado (Geronazzo, 1980; Mercé, 2000; Oliveira, 1949; Zubeldía & Geronazzo, 1965).

Así, cuando el ataque avanzaba a través de uno de los extremos, el medio-ala tenía la función de enfrentarse a este en primer lugar e impedir su avance. Lo hacía en una posición muy adelantada de su propio campo, dentro de la lógica de mantener al ataque alejado del área. El defensor de su lado quedaba por detrás de él y algo más centrado, dispuesto a realizar la cobertura y al mismo tiempo controlando al interior por si el extremo decidiese apoyarse en él. El defensa del otro lado, más retrasado, además de poder hacer la cobertura a cualquiera de sus compañeros, vigilaba al delantero centro. El medio-ala contrario, también retrasado, se encargaba de vigilar

tanto al interior como al extremo de su lado, que no suponían un peligro inmediato. El medio-centro podía tanto ayudar con la defensa del delantero centro como vigilar al medio-centro contrario, que probablemente se incorporaría al ataque (Geronazzo, 1980; Oliveira, 1949).

Si el extremo lograba efectivamente deshacerse del medio derecha, las coberturas debían sucederse: el defensa más cercano iría al encuentro del extremo, mientras que o bien el defensa izquierdo pasaría a ocuparse del interior derecho y el medio centro del delantero centro o viceversa. El medio izquierdo se acercaría más al interior izquierda y el extremo izquierda quedaría momentáneamente libre, siendo el menos peligroso por estar más alejado del balón. El medio derecho, superado por el extremo, recuperaría su posición ocupándose en lo posible del medio centro contrario (Oliveira, 1949).

Figura 4: 1-2-3-5
Coberturas por derecha

Otra posibilidad era que, situado ya el ataque en campo contrario, uno de los defensas se adelantase en diagonal, para dejar en fuera de juego a jugadores que iban a recibir el balón en ese momento, lo que constituía la primera trampa del fuera de juego (Geronazzo, 1980; Mercé, 2000).

Este aprovechamiento de la ley del fuera de juego determinaba la posición tan adelantada de los medios-alas, pues era la forma de reducir el espacio en el que el ataque podía moverse y obligarle a iniciar los ataques muy retrasados. Al mismo tiempo, constituía la principal vía de desequilibrio ofensivo pues esta posición avanzada creaba al mismo tiempo grandes espacios a sus espaldas. Por eso, ya fuese con el pase al espacio o con el regate, la superación de los medios-alas por los extremos era una variante crítica del juego. Provocaba el desequilibrio de la defensa, como hemos visto, generando una sucesión de coberturas. Si alguna no se realizaba correctamente, aparecían las inferioridades numéricas en el campo, y aun cuando estas se realizaban ordenadamente, se creaban situaciones de uno contra uno (Geronazzo, 1980; Lacuesta, 1997). Además, según avanzaba el balón, el resto de jugadores podía a su vez avanzar, pues dejaban de estar en fuera de juego, por lo que llevar la pelota hacia el fondo era una variable crítica (Olivós, 1978). Esto explica el

protagonismo de los extremos y la tradición del pase desde la línea de fondo (Geronazzo, 1980; Lacuesta, 1997; Zubeldía & Geronazzo, 1965).

Al mismo tiempo, la posición pegada a la banda del extremo obligaba al medio-ala a desplazarse a la banda, lo que dejaba al medio-centro con todo el centro del campo por cubrir, a merced de los movimientos de los interiores, lo que obligaba a uno de los interiores a realizar tareas defensivas (Lacuesta, 1997). Además, de esta disposición se infería que, durante los ataques prolongados, no existían apenas espacios libres, pues todos los jugadores estaban en un campo, lo que provocaba una tendencia al pase largo (Lacuesta, 1997).

Por todo ello, vemos que la ley del fuera de juego definía las posiciones defensivas y la propia lógica del sistema, constituyéndose en el principal factor explicativo de la estrategia defensiva, y explicando por qué dos únicos defensas puros podían contener ataques de cinco delanteros.

Utilizando la terminología actual, deberíamos decir que se trataba de una defensa zonal porque cada jugador tenía una zona asignada sobre la que actuaba. Los jugadores no tenían asignados jugadores contrarios de forma explícita, pero al encontrarse siempre en la misma zona, tendían a encontrarse siempre con los mismos contrarios, aunque con variaciones: los defensas debían salir a derecha e izquierda para tapar las incursiones de los extremos, pero también encargarse del delantero centro o de los interiores que penetrasen en el área; igualmente, el medio centro se las veía con los dos interiores dependiendo del lado por el que se desarrollase la jugada o podían ayudar a parar al delantero centro; los medios-alas tendían a enfrentarse siempre a los extremos de su lado, pero también debían ocuparse de los interiores (Csanádi, 1963; Geronazzo, 1980; Olivós, 1978). Solo cuando el ataque se prolongaba y tanto defensores como atacantes permanecían un tiempo suficiente en el área, se terminaban por crear marcaciones más o menos individuales, fruto de la igualdad numérica entre ataque y defensa y de la distribución espacial de ambos (Oliveira, 1949).

También, al igual que la defensa zonal moderna, se basaba en la reducción del espacio disponible para los contrarios, mediante el uso de la norma del fuera de juego, pero

con los jugadores posicionados en vertical y no en horizontal, pues esa era la forma más eficiente de impedir a los contrarios participar de la jugada (Csanádi, 1963; Oliveira, 1949; Olivós, 1978; Zubeldía & Geronazzo, 1965).

La llegada y consolidación del Sistema Piramidal coincidió con la completa profesionalización del fútbol, dejando atrás el amateurismo marrón y experimentando la llegada masiva de jugadores de clase obrera y especialmente escoceses, representantes de la cultura del pase (Harding & Taylor, 2003). Es normal por tanto que en un contexto profesional, se desarrollase un sistema que introducía una clara división de tareas y una evidente vocación de eficiencia y de búsqueda de la victoria, a pesar de los altos números de atacantes.

Cuando el fútbol se expandió al resto del mundo de la mano del comercio británico, el Sistema Piramidal llegó como parte de él. Sin embargo, el ethos profesional que le acompañaba, de solidaridad, colaboración y disciplina táctica no fue adoptado fuera de Inglaterra mientras la práctica del fútbol se llevó a cabo por amateurs. Verdú (1980) refiere las quejas que esta falta de colaboración de sus compañeros provocaba en los ingleses asentados en España, que veían como los jugadores cambiaban constantemente de posiciones y despreciaban la posibilidad de pasar la pelota. Es decir, que la división del trabajo y el cumplimiento de tareas específicas dependen para su cumplimiento del adecuado espíritu del juego, y ese espíritu tiende a desarrollarse conforme se desarrolla el profesionalismo.

Sin embargo, la popularidad del fútbol aumentaba año a año, se fundaban clubes, se creaban federaciones nacionales (España en 1913), surgía la FIFA (1904), se llevaban a cabo partidos internacionales entre las primeras selecciones nacionales, los clubes ingleses y escoceses realizaban tours de exhibición y poco a poco se establecían los campeonatos nacionales. A partir de la década de los veinte, el fútbol se convertiría en espectáculo de masas en muchos de estos países, dando lugar a fenómenos de amateurismo marrón que desembocarían antes o después en el profesionalismo, y se desarrollaban al mismo tiempo las primeras reflexiones autóctonas sobre el juego y los primeros estilos nacionales, todo ello bajo el auspicio de la Formación en Pirámide.

Uno de los primeros países en hacerlo fue Argentina, cuyo desarrollo de un estilo o concepción propia sobre el fútbol estuvo ligado al desarrollo de una identidad nacional, pues el fútbol, como muestran los estudios de Archetti (Archetti, 2003a, 2003b, 2008), también sirvió desde principios del siglo XX como aglutinador y creador de una identidad cultural entre las clases populares llegadas con la inmigración masiva e instaladas en las ciudades en un enorme proceso de urbanización y modernización. En ese contexto, la identidad nacional de las viejas clases dominantes agrícolas, encarnadas en el ideal romántico del gaucho, era incapaz de generar un sentimiento de pertenencia o de lealtad nacional. Es entonces cuando surge el fútbol, fenómeno extranjero, moderno y urbano como generador de una nueva identidad de la mano de los periodistas de la revista *El Gráfico*, representantes de las clases medias urbanas y no de las élites tradicionales.

Sin embargo, ese estilo propio tiene resonancias nacionalistas: se construye frente al supuesto estilo inglés y reivindica la figura del criollo, el hijo de la inmigración, como nuevo representante del estilo argentino. Ese estilo tiene una figura fundamental, y es la gambeta, el regate o dribbling. En contraposición a los anglosajones, los argentinos usan y abusan de ésta, dándole al juego un sentido artístico y de autoexpresión desconocido antes. El estilo criollo se fundamenta en la inteligencia, la capacidad de improvisación, la habilidad, el engaño y en la búsqueda de la belleza estética frente a la fuerza, la potencia, la nobleza y simplicidad del fútbol inglés, que recuerda a una máquina (Archetti, 2003a). Más aún, mientras que el estilo inglés sale del colegio, el argentino lo hace del potrero, del solar vacío, donde los pibes juegan libremente e improvisan. Años más tarde dirá el entrenador Alejandro Scopelli “fuimos, antes que futbolistas, malabaristas de potreros” (Scopelli, 1970, p. 27). Todo ello queda ejemplificado en el mito fundacional de Lalin y Seoane, dos jugadores de Independiente de los años 20. Lalin es un extremo habilidoso centrado en el disfrute; Seoane es un centro delantero práctico a la búsqueda de la victoria. En el descanso, y tras una primera parte en la que Lalin se ha dedicado a divertirse con el balón y a epatar a la grada, Seoane le pide que le haga simplemente un pase al área, que él convertirá en gol, para poder ganar el partido. En la segunda parte, Lalin hace el pase y

Seoane lo convierte. Se acerca y le dice “ves, marcamos un gol y ganamos”, a lo que Lalin responde: “sí, pero así no me divierto” (Archetti, 2003a).

Ese estilo será conocido como *la nuestra*. Constituirá a partir de ese momento el punto de partida y moldeará todo debate futbolístico en la Argentina. Sin embargo, el debate, como anunciamos, será universal y se producirá de forma independiente en otros puntos geográficos, pues la tensión juego/competición lo alberga siempre como potencialidad.

Por ejemplo, debates similares encontramos también en Brasil. Como en el caso argentino, el fútbol llegará de la mano de los ingleses y será ante todo en sus primeras décadas expresión de su colonia y posteriormente de las élites brasileñas y de su juventud educada en Europa. Los primeros clubes serán clubes en el sentido británico, cerrados y con una voluntad elitista por la que rechazarán a todo aquel que no pertenezca a la clase social adecuada.

Posteriormente, conforme el fútbol se popularice y se independice de las élites, surgirá una figura a través de la cual expresará su identidad brasileña, el mestizo. Si en Argentina es el criollo el representante de esa sensibilidad distinta, aquí serán los hijos de la mezcla racial, los negros y los mulatos, quienes portarán esa bandera. Brasil será el país del mulato, de la hibridación cultural fundamentada en la convivencia, en la relación informal y personal, en los sentimientos y las emociones.

Al mismo tiempo, Brasil sufriría también un proceso de urbanización y modernización por el cual el negro saldría de la hacienda, el lugar fundacional de la sociedad brasileña y en ese proceso traumático, el fútbol sería visto como una forma de socialización en el nuevo contexto, de expresión y encaje de esas pulsiones tradicionales e irracionalistas que el negro traería consigo a la ciudad. El fútbol estaría enmarcado en esas mismas prácticas híbridas como la samba o la capoeira, fruto de la mezcla de culturas y razas que es lo propio del Brasil, como sostenía Gilberto Freire en el prólogo del libro seminal sobre el fútbol brasileño de Mario Filho, *O negro no foot-ball brasileiro* (1947) y continuado por Damatta (1994).

El negro aportaba al fútbol brasileño un enorme talento, relacionado con su cultura física del baile, al mismo tiempo que una gran inventiva e imaginación. Finalmente le otorgaba la cualidad lúdica, convirtiendo al fútbol ante todo en una experiencia estética. Los jugadores jugaban fundamentalmente para divertir, emocionar y asombrar al público con sus acciones particulares, y solo de forma muy secundaria con la intención de imponerse en el resultado. El público respondía apoyando al genio improvisador, creando una relación simbiótica entre este y la torcida, es decir, apoyando la misma concepción del fútbol como deleite visual que hemos visto en Argentina.

Esa distinta forma de ver el fútbol será explicado como una muestra de la conexión del negro con las corrientes irracionales, vitalistas, de su cultura africana. La oposición se expresará entre dionisiacos y apolíneos, es decir, entre el instinto vital y la racionalidad. El fútbol brasileño sería el fútbol del instinto, de la animalidad, frente al fútbol europeo, caracterizado por la racionalidad y la eficiencia. El futbolista brasileño desarrollaría una relación especial con la pelota, una relación amorosa, de seducción, que le haría dueño y maestro de la misma (Gil, 1994).

La cultura futbolística centroeuropea alrededor del Imperio Austrohúngaro nos permite introducir otro matiz, pues en este caso el arte del fútbol no se vinculará al instinto natural sino al genio intelectual. El fútbol llegó allí, como no podía ser de otra manera, de la mano de la colonia inglesa. Fue adoptado rápidamente por las elites burguesas, que buscaban reproducir el espíritu amateur asociado a la aristocracia británica. Sin embargo, también fue adoptado por las clases populares y muy especialmente por la burguesía intelectual urbana. De hecho, se trató fundamentalmente en esos años de un fenómeno urbano de las grandes ciudades del imperio: Viena, Budapest y Praga, fundamentalmente la primera (Wilson, 2009).

La intelectualidad vienesa acogió el fútbol más que como una práctica física como una actividad artística, y como tal pasaron a defenderla y promocionarla con entusiasmo. Para los años veinte existía ya una liga semiprofesional que congregaba a entre 40.000 y 50.000 personas en los estadios. En ese contexto nació un estilo propio, que sería conocido como el remolino del Danubio. Sus creadores fueron dos entrenadores, el

expatriado escocés Jimmy Hogan, que enseñó la teoría del passing game escocés, y el entrenador del equipo nacional austríaco Hugo Meisl. Ambos coincidían en la necesidad de una mayor movilidad de los jugadores y en la prioridad de conservar el balón y moverlo mediante pases (Wilson, 2009).

Junto a ellos aparece la figura del delantero centro Sindelaar, que crearía una nueva forma de entender la posición. De complexión frágil, es descrito como un hombre de inmensa inteligencia táctica y capacidad técnica, alejado de la figura del delantero centro corpulento y rompedor hegemónica hasta ese momento. Los intelectuales vieneses no dudaron en calificarle como un genio, capaz de crear al mismo nivel que poetas o artistas (Wilson, 2009). Esas cualidades le hacían retrasarse naturalmente hacia el centro del campo para generar y construir el juego, convirtiéndose en el primer falso delantero de la historia.

A su alrededor, el juego austríaco se basaba en un uso sistemático y virtuoso de los pases y las combinaciones y de un constante cambio de posiciones entre los miembros de la línea atacante, motivo por el que se les caracterizaba como un remolino (Wilson 2008). La idea era la polivalencia de todos los jugadores. Un sistema de clara vocación ofensiva, atribuyéndosele a su creador, el entrenador Hugo Meisl, la frase “la mejor defensa es un buen ataque” (Ferrández, 1996). De nuevo, el propio Meisl definió el fútbol inglés como “pobre” desde un punto de vista estético por demasiado simple y encorsetado, mientras los ingleses definirían el juego austríaco como hermoso pero poco práctico (Wilson, 2009).

Si el Wunderteam representa la expresión de la visión intelectual sobre el fútbol, el estilo italiano de entreguerras ha quedado inevitablemente marcado por su asociación con el régimen fascista y por una voluntad de triunfo que llevó al Método –como se le conoció– a alzarse con los campeonatos mundiales de 1934 y 1938 de la mano del entrenador Vittorio Pozzo.

El Método era el perfeccionamiento del sistema aplicado por el austriaco Arpad Weisz del Inter de Milán (Mercé, 2000). Se trataba de un esquema fundamentalmente defensivo. En él, el medio centro, que ya hemos visto que en Inglaterra se había retrasado para incrustarse en la defensa, también baja, pero queda con la

responsabilidad de marcar estrechamente al delantero sin llegar a situarse por detrás de los defensores. Los dos medios-alas marcan de forma igualmente cercana a los dos extremos, y los interiores bajan mucho más para convertirse en la primera línea defensiva. Esto permite que los dos defensas permanezcan libres para cortar cualquier avance del atacante (Csanádi, 1963; Ferrández, 1996; Mercé, 2000; Wilson, 2009).

El espíritu del modelo es dejarse dominar, situando siete hombres en tareas defensivas y una vez recuperado el control de la pelota, la intención es lanzar rápidamente contraataques enviando el balón a los tres delanteros (Csanádi, 1963). Estos, por primera vez, tenían instrucciones de moverse libremente por todo el ataque, intercambiando posiciones y tirando desmarques, para aprovechar los espacios creados por la ofensiva contraria (Mercé, 2000).

Por encima de la disposición táctica, el equipo tenía dos rasgos peculiares. Por un lado, el uso de los mejores jugadores argentinos emigrados a Italia como futbolistas profesionales tras el Mundial de 1930, y nacionalizados en función de sus orígenes italianos. Por el otro, la agresividad con la que jugaban, que para muchos era reflejo de su ethos fascista.

Desde luego, la organización de la Copa del Mundo de 1934 por el régimen fue utilizada como arma de propaganda, y el propio dictador dejó claro que solo esperaba la victoria de su equipo. Pozzo mismo era cuando menos un firme nacionalista, que consideraba la disciplina y la entrega como cualidades indispensables de un equipo ganador. Esta entrega del individuo a un bien superior, junto con la disciplina, la entrega y el sacrificio que se esperaba de los jugadores italianos, conecta directamente con los ideales fascistas, que aspiraban a crear esa sociedad orgánica en el que el individuo se fundiese con el colectivo (Martin, 2004; Perna, 1969; Wilson, 2009).

Sin embargo, es poco probable que los argentinos nacionalizados fuesen fascistas ni que creyesen en un estilo antitético al argentino en el que se habían formado. De hecho, el fascismo debió trabajar el discurso para defender su italianidad, pues fueron vistos con suspicacia en un principio, pues como comentaba un periodista de la época, “el arte de los sudamericanos es jugar el juego, nuestro arte es resolverlo” (Martin, 2004).

Sea cual fuere el grado de fascistización, lo cierto es que el equipo ha quedado en la memoria futbolística por su violencia, a pesar de considerarse ellos como representantes del fútbol más espectacular (Martin, 2004). Una vez finalizado el partido contra Inglaterra en 1934, tras proclamarse campeones del mundo, y que pasó a la historia con el sobrenombre de la Batalla de Highbury, (Wilson, 2009), uno de sus participantes, el inglés Charlie Buchan, dijo “yo creía conocer todas las variedades de faltas, pero en el curso de este encuentro vi una docena que no podía suponer que existieran” (Escartín, 1947, p. 49).

Esa voluntad defensiva era quizás criticable en el caso italiano, plagado de estrellas internacionales, pero comenzaba a aceptarse en el caso de los equipos inferiores. El caso paradigmático en aquellos años fue el del cerrojo suizo. Fue uno de los primeros ejemplos en los que un equipo que se consideraba inferior al resto ponía en práctica una táctica de forma sistemática para reducir esa distancia en la calidad de los jugadores y lograr resultados, en principio, por encima de sus posibilidades. Inventado por el entrenador suizo Karl Rappan, en él, de los dos defensas, uno marcaba de forma individual al delantero centro y el otro quedaba libre para realizar cortes y coberturas. Los dos medios-alas también defendían de forma individual a los extremos, lo que constituía en realidad una defensa de cuatro, mientras que el medio centro y uno de los interiores defendían en zona al resto de posibles atacantes. En el ataque únicamente participaban un interior y los tres delanteros (Csanádi, 1963; Ferrández, 1996; Mercé, 2000; Oliveira, 1949; Wilson, 2009). Su mayor debilidad era que la superioridad numérica que creaba en la defensa se perdía en el medio campo, donde por un medio y dos interiores del equipo que practicaba el Verrou, un equipo en formación clásica podía tener a los dos interiores, al medio centro y aprovechar la incorporación de los medios-alas (Wilson, 2009).

2.2.1.2. El nacimiento de la WM y de la defensa individual

La Formación en Pirámide funcionó en todos aquellos años como referencia y único sistema táctico que se practicaba. Consolidó la división por líneas y dio lugar a unos puestos que han permanecido en la cultura futbolística o se han transformado con ella.

Creó también el primer sistema defensivo estable y tácticamente complejo. Y a su alrededor nacieron los primeros debates futbolísticos y los primeros estilos nacionales. Probablemente su hegemonía se hubiera prolongado si no hubiese sido por una modificación en la norma que terminó generando, no sin resistencia, un cambio táctico.

El desencadenante fue que la efectividad que supuestamente había alcanzado el uso de la trampa del fuera de juego en la liga inglesa hasta provocar un descenso de los goles y, en consecuencia, del interés de los partidos y de la asistencia a los campos (Say, 1996; Wilson, 2010). La FA tomó cartas en el asunto, y en 1925 hizo modificar la regla del fuera de juego por la International Board, de forma que tuviesen que ser solo dos los jugadores por detrás del atacante (el portero y un defensa, lo que constituye la regla hoy en día). De forma irónica, podemos señalar que según Giulianotti (2000), citando a Meisl (1955) la regla fue asumida por la FIFA a pesar de que el resto de países no sentía la necesidad de modificarla pues sus jugadores habían encontrado formas efectivas de evitar la trampa del fuera de juego. A pesar de ello, y dado el ascendente de los ingleses sobre el resto de países, la regla fue modificada.

La primera temporada con la nueva regla del fuera de juego vio un aumento del cincuenta por ciento (Say, 1996) de los goles en Inglaterra: de 4700 a 6373 goles (Morris, 1982) y de una media de 2.58 por partido a una de 3.69 (Wilson, 2010). Los defensas, sin la protección del fuera de juego, se veían en constante inferioridad numérica e impotentes para contener los ataques rivales. Si hasta ese momento la defensa se había organizado verticalmente, mediante la trampa del fuera de juego, ahora se necesitaba redistribuirla horizontalmente, pues era imposible evitar que los delanteros recibiesen el balón (Mercé, 2000; Olivós, 1978).

Eran las circunstancias propicias para una innovación táctica que restaurase el equilibrio entre defensa y ataque, y fue el entrenador del Arsenal, Herbert Chapman, quien se dio cuenta de que hasta entonces había escasas diferencias entre los equipos, y que el campeonato lo ganaba aquel con “más aciertos o más suerte que los demás”, por lo que si él inventaba “alguna cosa que causara sorpresa en los demás equipos (...) tardarían al menos tres años en encontrar una réplica” (Ferrández, 1996, p. 130)

Es interesante remarcar que en esta declaración hay implícita una consideración sobre el valor de la táctica. Para Chapman, antes de la WM el resultado de la competición dependía de los aciertos o la suerte, es decir, de lo que podríamos denominar el talento individual de los componentes del equipo y de su forma natural, o espontánea, de relacionarse. Su convicción es que desde fuera del campo, mediante un análisis de las condiciones del juego y el desarrollo de un plan teórico (táctica) se puede influir en el desarrollo del juego de forma que el resultado final no dependa únicamente de la intuición de los jugadores. De esta forma, la táctica sería una forma de anular las virtudes del rival, o potenciar las propias, de forma que *artificialmente*, se pudiese manipular el resultado *natural* del juego, dejado a sus propias dinámicas. Vemos pues la aparición en este relato de la figura del entrenador como algo más que un capataz o preparador físico para convertirse en un estratega de cuya inteligencia depende el resultado del partido por encima, o al mismo nivel, que del talento de los jugadores. Existiría, en potencia, una contradicción (que se acentuará más tarde) entre el talento o el desarrollo espontáneo del juego, y la sabiduría del entrenador. Este intervencionismo del entrenador será una de las polémicas que traerá consigo la WM.

La evolución del nuevo sistema no fue sin embargo tan rápida y evidente, sino que se constituyó a partir del método de ensayo y error y con la colaboración activa de sus jugadores, especialmente del interior Charlie Bucham (Csanádi, 1963; Mercé, 2000; Say, 1996; Wilson, 2009). En un primer momento, como también comenzaban a hacer otros equipos (Say, 1996; Wilson, 2009), el Arsenal retrasó al medio centro (*centre-half*) para ocuparse de tareas defensivas, concretamente actuar como escoba incrustado entre los dos defensas (*full-backs*), en una formación 1-3-2-5. De esta forma se reducían los espacios en defensa, pero estos reaparecían en el medio centro, por lo que a los pocos partidos Chapman retrasó a uno de los interiores (*inside forwards*) para que ocupase el espacio dejado libre por el medio centro, de forma que la formación sería 1-3-3-4.

El sistema se fue perfeccionando hasta encontrar la estabilidad necesaria: el medio centro, convertido en defensa central (*centre-back*), pasó de actuar como escoba a ocuparse del delantero centro (*center-forward*), mientras que los defensas originales (*full-backs*) se abrían para ocuparse de los extremos (*wingers*), dando lugar al puesto y

función del lateral, en una línea de tres defensas. Los otros dos delanteros, los interiores, pasaban a ser responsabilidad de los dos centrocampistas de cada banda (*centre-left* y *centre-right*), que tomaban una posición centrada. A su vez, los interiores se ocupaban de los centrocampistas contrarios en caso de que se incorporasen al ataque, lo que dejaba libres a los dos extremos y al delantero centro, que en cualquier caso quedaban emparejados naturalmente con los dos laterales y el central del equipo contrario, teniendo en cuenta que, evidentemente, todos los equipos habían retrasado a un jugador a la línea defensiva para evitar el exceso de espacios. Era la formación 1-3-2-2-3, conocida como WM por su aspecto al inicio del juego o Cuadrado Mágico por la disposición de los dos medio centros y los dos interiores (Csanádi, 1963; Oliveira, 1949; Wilson, 2009).

La intención táctica del sistema estaba volcada al contraataque y el pase largo. El equipo en WM, al retrasar a siete de los diez jugadores de campo a tareas defensivas, atraía al equipo contrario hacia su área, y cuando recuperaba la pelota, los interiores hacían uso de rápidos pases largos a los extremos o el delantero centro desmarcados (Say, 1996). Otra peculiaridad del sistema original de Chapman era la preferencia por los desmarques diagonales hacia el interior por parte de los extremos, frente a la tendencia ya establecida del desmarque por la banda y el centro de cabeza al área (Morris, 1982; Say, 1996; Wilson, 2009).

Esta tendencia al pase largo se vio reforzada posteriormente en la adaptación que el resto de clubes hicieron del modelo del Arsenal, pero sin embargo no hicieron lo mismo con los movimientos diagonales de los extremos. El resultado es el canon más o menos establecido del juego inglés, con la combinación de pases largos con centros al área en busca de la cabeza del delantero centro (Wilson, 2010).

Figura 5: 1-3-2-2-3
W-M
Cuadrado Mágico

La primera modificación respecto al Sistema Clásico eran los roles de los jugadores: los dos defensas, al abrirse para cubrir a los extremos, se convertían en laterales, jugadores defensivos mucho más retrasados que los previos medios-alas. Al mismo tiempo, solo quedaba un defensa central, que no intercambiaba su posición ni se dividía el trabajo con ningún compañero, sino que pasaba a ocuparse en exclusiva del delantero centro. De una tarea compleja y cambiante pasaba a una mucho más simple y claramente delimitada.

En el medio campo, el medio centro era sustituido por dos centrocampistas, los volantes, que podían así ocupar mejor el espacio. Sus tareas eran similares a la del medio centro, pero con un menor protagonismo en el juego. En defensa, marcaban a los interiores contrarios, y una vez recuperada la posesión, debían enlazar con los interiores.

Esta evolución suponía el fin del medio centro, que había sido en el Sistema Clásico el eje en torno al que se organizaba el equipo y el jugador de mayor influencia en el juego. En los primeros momentos, el medio centro fue retrasado a la posición de

defensa central, pero la realidad es que eso suponía, por un lado, degradar jerárquicamente a un jugador hasta ese momento protagonista, que se veía limitado a tareas únicamente destructivas, y al mismo tiempo en muchas ocasiones asignarle funciones para las que no estaba preparado. El nuevo defensa central debía ser capaz de controlar a un delantero centro fuerte y físico, por lo que debía tener las mismas características de potencia, fuerza y envergadura. El resultado fue que ese rol debió cumplirlo otro jugador, y el medio centro pasó a compartir su posición con otro volante o perdió su puesto.

La posición de los interiores no sufría modificaciones, pero en defensa debían encargarse de los volantes contrarios si intentaban participar en el ataque, mientras que en ataque debían buscar el desmarque en el momento mismo de la recuperación del balón, para combinar con la delantera. La creación del juego en el centro del campo era pues responsabilidad de los dos medios y sobre todo de los dos interiores, los jugadores más creativos y combinativos del equipo. Los cuatro constituían el *cuadrado mágico*, y de su coordinación, inspiración y calidad dependía el juego del equipo, por lo que en ataque gozaban de mucha movilidad para intentar generar espacios y oportunidades.

Los extremos veían modificada su mecánica porque, al encontrarse los laterales mucho más retrasados, podían situarse más cerca del área pero desaparecían los espacios a sus espaldas. Al mismo tiempo, esa reducción del espacio les forzaba a adentrarse más frecuentemente en el área para el remate.

El delantero centro apenas variaba sus funciones, el remate y la creación de espacios, y seguía estando caracterizado por su fuerza física y envergadura (Ferrández, 1996; Geronazzo, 1980; Mercé, 2000; Oliveira, 1949; Say, 1996; Wilson, 2009).

La segunda modificación cualitativa del nuevo sistema es que la defensa dejaba de organizarse en torno al espacio y se organizaba en torno al jugador. La defensa en el sistema piramidal se apoyaba en la ley del fuera de juego para anular a los atacantes, lo que permitía defender de forma eficiente con solo dos defensores puros. Era una defensa basada en la gestión del espacio. Desaparecida esa posibilidad por el cambio en el fuera de juego, la referencia de la defensa pasan a ser los jugadores atacantes,

dando lugar a la defensa individual y al nacimiento de los marcajes (Escartín, 1947; García del Ramo, 1965; Oliveira, 1949; Olivós, 1978; Panzeri, 2011;) Scopelli 1957. Si antes los jugadores debían vérselas con distintos jugadores a lo largo del partido, a partir de ahora van a tener una serie de enfrentamientos individuales. Como consecuencia de esta referencia a los atacantes y a la ausencia del recurso al fuera de juego, el equipo se alarga, porque la defensa no puede subir en bloque como hacía en el Sistema Clásico, lo que hace que las líneas estén más separadas y haya más área de juego efectiva (Oliveira, 1949), lo que en España se conocería como *tierra de nadie* (Escartín, 1947).

Cuando se produzca un desequilibrio fruto del regate o el desmarque, se producirán coberturas consecutivas, que dependerán del sistema táctico del equipo: si el extremo burla a su defensor lateral, puede ser el defensa central quien se desplace a cubrirle, mientras que el otro lateral basculará para defender al delantero centro, y el volante retrocederá para ocuparse del extremo del otro lado (García del Ramo, 1960; Geronazzo, 1980). En lugar del central, puede ser el volante de ese lado el encargado de realizar la cobertura, en cuyo caso el lateral superado buscará cubrir al interior que el volante ha dejado libre.

La mecánica es similar a la del sistema anterior, con una similar disposición en diagonal Oliveira (1949) Geronazzo (1980), pero no se hará un uso sistemático de ella como sucedía con los defensas del Sistema Clásico, que cambiaban constantemente de atacante. Por el contrario, la defensa se convierte, principalmente, en una responsabilidad individual a través del concepto de la marca (García del Ramo, 1960; Geronazzo, 1980; Oliveira, 1949; Zubeldía & Geronazzo, 1965) basada en la regla por cada atacante un defensor (Oliveira, 1949). Así, una adaptación a una modificación de la norma que pretendía únicamente ocupar mejor los espacios en defensa dio lugar a una transformación en los roles individuales y en las vivencias asociadas (Mercé, 2000; Olivós, 1978).

Aunque se trata de una defensa individual, sigue teniendo una referencia zonal, pues cada jugador se mantiene en una zona, que coincide con la zona de influencia de su jugador asignado y en la que ejerce el marcaje (Olivós, 1978). En principio, los límites

de actuación de cada defensor variaban de equipo en equipo y estaban sujetos a discusiones tácticas, pues se entendía que los defensores no podían seguir a los atacantes allí donde fuesen, especialmente cuando se retrasaban mucho. Sin embargo, los defensores debían mantener una defensa individual suficientemente estricta para evitar que se produjesen situaciones de dos contra uno o que apareciesen jugadores libres en los límites entre una zona y otra (Oliveira, 1949).

Por eso, las evoluciones tácticas en ataque se centraron en modificar las posiciones de los atacantes, bien mediante permutas entre ellos, o bien desplazándoles hacia zonas no habituales, situándoles bien en zonas más retrasadas, donde sus defensores asignados no se adentraban normalmente, o más adelantadas, a donde no solían seguirles. Si los defensores no les seguían, quedaban libres, y si por el contrario se decidían a perseguirles, se creaban espacios en las zonas abandonadas que otros podían aprovechar. Estas innovaciones fueron respondidas a su vez por cambios en la defensa. Por un lado, se buscaba obtener espacios libres, y por el otro, neutralizarlos (Ferrández, 1996; Geronazzo, 1980; Mercé, 2000; Oliveira, 1949; Olivós, 1978).

Las variables eran casi infinitas, y surgieron así por ejemplo *la punta de lanza*, en la que el delantero centro se retrasaba a posiciones de interior, y un interior se adelantaba (Geronazzo, 1980); *la doble punta de lanza*, en la que un interior se convertía en delantero y el otro bajaba al medio campo (Ferrández, 1996; Geronazzo, 1980); *la MM*, en la que se invertían las posiciones de los cinco delanteros, con los dos extremos y el delantero retrasados y los dos interiores adelantados (Geronazzo, 1980); *la WM quebrada, punta de lanza o del interior retrasado*, en la que el delantero se retrasaba, y su espacio lo ocupaba por sorpresa uno de los interiores, mientras el otro se retrasa para construir, y al mismo tiempo un extremo se situaba muy avanzado mientras que el otro se retrasaba (Ferrández, 1996); *la V invertida o Abanico*, en la que los extremos se retrasaban, y cuando los laterales, con marca individual, les seguían, el espacio era ocupado por los interiores (Ferrández, 1996); *la VM*, en la que el delantero se retrasaba para hacer las funciones del constructor del juego, dejando el centro del área libre para que llegasen los interiores (Ferrández, 1996; Geronazzo, 1980; Oliveira, 1949); y *la raíz cuadrada* de Pozzo, por la que uno de los interiores se adelantaba a

posiciones de los delanteros, a la altura del delantero y del extremo de su lado, creando superioridades (Ferrández, 1996; Geronazzo, 1980).

Pero la WM no se impuso sin polémica en el mundo futbolístico. Primero, tardó en conocerse y comprenderse, porque el espléndido aislamiento del fútbol inglés les mantuvo alejados de los Campeonatos del Mundo hasta el de 1950, por lo que no fue hasta la década de los cuarenta que la WM, en el caso de Sudamérica por el regreso de entrenadores y futbolistas huyendo de la guerra, y en el caso europeo a la finalización de esta. Pero una vez llegada, la polémica la acompañó durante años, no tanto por su utilidad, sino por sus consecuencias sobre el espíritu del juego.

Nos hemos referido ya a la desaparición del medio centro, figura esencial del juego hasta ese momento. Su desaparición generó polémicas generales y particulares, en equipos concretos. Para muchos participantes, el medio centro era un componente esencial de su forma de entender el fútbol. Por el contrario, los defensores de la WM entendían que aferrarse al medio centro era dar la espalda al progreso.

El debate se reprodujo en Brasil, en Argentina, en Italia o en Europa Central, y también en España, donde la polémica alcanzó altas cotas de acritud, como muestran las reflexiones del entrenador argentino afincado en España Alejandro Scopelli años después sobre los defensores del Sistema Clásico, según él defendido por “los viejos jugadores” para quienes “todo tiempo pasado fue mejor”, un colectivo al que tacha de “sentimentalistas”, de “no tener la menor idea” y de ejercer la “crítica despiadada”. De hecho, el enfrentamiento en España duraría años, y la implantación de la WM no se haría definitiva hasta finales de los años cuarenta, cuando tras una serie de derrotas del combinado nacional la Federación implantó la WM y forzó la conversión de los entrenadores a través de la Escuela Nacional de Entrenadores. De hecho, el libro sobre la WM de Oliveira (1949) es en realidad un manual solicitado por la federación para introducir el sistema en España.

Y es que la polémica se enconaba porque no se trataba únicamente del medio centro, sino de la pérdida de libertad y polivalencia que el sistema llevaba implícito y el creciente papel del entrenador en el diseño táctico. Uno de sus mayores críticos, el inglés Willy Meisl, decía preguntar a un entrenador si era verdad que “cuando tus

muchachos saltan al campo les esperas al borde del foso, les vas retirando los cerebros a medida que van saliendo, los guardas en el frigorífico, y se los devuelves finalizado el encuentro” (Lodziak, 1977, pp. 8-9).

Para Meisl, el gran problema del fútbol tras la WM es que los jugadores se obsesionaban siguiendo las instrucciones del entrenador y perdían cualquier capacidad de inventiva, de iniciativa y de espontaneidad, lo cual no solo iba en detrimento de la belleza del juego, sino en último término de su eficacia, de su capacidad para lograr victorias, porque cuando el jugador se veía en situaciones inesperadas, era incapaz de tomar decisiones propias acostumbrado como estaba únicamente a seguir las pautas del entrenador.

Ese entrenador había tomado la llegada de la WM como una ocasión excepcional para aplicar conceptos abstractos al juego, para planificar y diseñar estrategias como un mariscal de campo, lo que le hacía estar extremadamente entusiasmado con la novedad. Como el propio Scopelli reconoce, en aquella época eran muchos los entrenadores que creían que “la lucha quedaba así supeditada a la mejor y más afortunada aplicación del tablero” (Scopelli, 1970, p. 91).

Pero para que esa aplicación fuese exitosa, primero había que reconvertir a los jugadores a la WM, y especialmente al marcaje individual, para lo cual había que dar “agotadoras explicaciones teóricas” y “machacar sobre el tablero la evolución producida (...) sin posibilidad de discusión” y es que “acostumbrado a un juego más liberal, sin las órdenes precisas ni terminantes que entonces fueron necesarias, el jugador vivía en la ignorancia táctica” (Scopelli, 1970, pp. 90-1). Todo ello fue un “periodo de verdadera tortura” que dio lugar al “hombre táctico” (Scopelli, 1970, pp. 90-1).

Es decir, que los jugadores debieron, en primer lugar, aprender toda una serie de conceptos teóricos que les eran ajenos, o que más exactamente, practicaban de forma intuitiva y fruto de dinámicas colectivas asentadas en la práctica, en el conocimiento mutuo de los compañeros. En segundo lugar, debían, para ponerlas en práctica, renunciar a parte de su propia individualidad, de su libertad, y del propio disfrute en el campo, en pos de un objetivo común, que solo podía ser la victoria.

Eso dejaba al entrenador como auténtico factótum del equipo, enfrentado al entrenador contrario, el auténtico rival, en una partida de ajedrez, o como lo define Scopelli, de *esgrima* sobre la pizarra cuyo producto fueron precisamente las distintas variantes de la WM que acabamos de observar. Esas variantes eran propuestas y desafíos que un entrenador lanzaba al otro, en un juego de acertijos que el más inteligente lograría desequilibrar a su favor.

Evidentemente, un cambio tan drástico en el imaginario colectivo no podía pasar sin críticas en aquellos países con una cultura futbolística ligada a la creatividad y a la idolatría de los genios y artistas del balón. En Argentina, donde se idolatraba al medio centro, según Scopelli la WM debió ser adoptada bajo cuerda, de manera subrepticia, bajo la presión de la prensa, empeñada en defender el Sistema Clásico y el medio centro como hechos culturales propios de la identidad nacional. Por eso, cuando Tarrío llevó la WM a finales de los años 30 a Argentina, se aceptó la línea de tres pero el cambio se llevó a cabo de manera distinta: el medio centro permaneció en su puesto y fue uno de los medios alas el que bajó a defender. De esta forma, el dorsal 5 seguía estando en el medio campo y durante más de diez años los argentinos negaron jugar la WM o hacer el marcaje, con la excusa de que ellos mantenían al medio centro ofensivo y que “no marcaban, sino que solo se recostaban”, de forma que a pesar de salir “al campo con la consigna estricta de marcar, manifestaban luego con la mayor tranquilidad que nuestro fútbol no practicaba el sistema” (Scopelli, 1970, pp. 178-9).

Aunque para Scopelli la WM, al negar los espacios en las bandas obligaba a un juego más técnico, la opinión mayoritaria sin embargo fue que la WM, por el contrario, permitía nivelar a los equipos y reducir las oportunidades y ventajas de aquellos con mejores cualidades, es decir, ofrecía armas a los equipos pequeños para vencer o al menos igualar los partidos con los grandes. Esto podía ser visto como una ventaja de la nueva táctica o precisamente como su mayor inconveniente, al permitir contrarrestar a las grandes estrellas y el juego vistoso y atacante. La WM era vista fundamentalmente como una táctica defensiva, diseñada para contrarrestar al otro más que para desarrollar las propias virtudes.

También era, como hemos visto, una simplificación de las tareas de los defensas, y de nuevo aquí surgían las opiniones contrapuestas. Lo que para Hernández Coronado (1955) permitía acabar con una eterna polémica, sobre si los medios alas debían marcar a los interiores o a los extremos, para los defensores del Sistema Clásico como Panzeri (2011) era una pérdida de flexibilidad e inteligencia que limitaba a los jugadores. Para el miembro de La Máquina de River y colaborador de éste, Carlos Peucelle, la defensa individual había llegado como si fuera “la bomba atómica o la penicilina”, para después ser vencida por la movilidad e inteligencia de los atacantes y su capacidad para “desorganizar lo ajeno” (Peucelle, 1975, p. 112).

2.2.1.3. La defensa de cuatro hombres y el líbero

A pesar de las críticas a la WM, lo cierto es que en un fútbol cada vez más profesionalizado, las preocupaciones defensivas no hacían sino aumentar paulatinamente, y los siguientes cuarenta años vieron aumentar paulatinamente el número de defensas, desde los tres de la WM, pasando por los cuatro del 1-4-2-4, el 1-4-3-3 y el 1-4-4-2 hasta llegar a la línea de cinco que parecía poder imponerse en la década de los ochenta.

La primera de estas preocupaciones defensivas siempre había sido cómo responder ante un atacante que superase al defensor y quedase libre de marca. Tras el cambio de la regla del fuera de juego, desde el propio Sistema Piramidal hubo intentos, como el cerrojo suizo, de situar algún hombre libre detrás de la defensa para realizar esas coberturas. Con la WM, ese tipo de estrategias continuaron, lo que implicaba que la línea defensiva constaba de cuatro hombres, pero como ese cuarto hombre seguía siendo nominalmente centrocampista, el sistema seguía considerándose de tres defensas (Geronazzo, 1980; Scopelli, 1957; Wilson, 2009). Un ejemplo de ello fue la diagonal brasileña, en la que uno de los volantes retrasaba su posición casi hasta la defensa, el interior del mismo lado hacia lo propio y se formaba en el centro del campo un paralelogramo cercano al rombo (Ferrández Sebastián, 1996; Wilson, 2010). La línea de cuatro estaba casi formada, pero en realidad se parecía más a un 1-3-3-4.

¿Quién jugó por primera vez con una defensa de cuatro hombres? Geronazzo (1980), seguido por Ferrández (1996) sostiene que fue la selección húngara de 1954, que retrasó al interior Zakarias a la defensa ante la voluntad ofensiva del otro volante, Bozsik, y sobre todo la posición retrasada del delantero centro Heidegkuti. La explicación del sistema húngaro difiere en Wilson (2010), que apoyándose en los apuntes del propio seleccionador húngaro, Gustav Sebes, llega a la conclusión de que Zakarias no era un defensa, y que por tanto se trataba de un 1-3-3-4. Otro autor, Mercé (2000) considera el dispositivo táctico húngaro como una MM, es decir, la inversión de la punta de ataque, y al mismo tiempo el retraso de uno de los medios a posiciones más defensivas, por lo que, como Wilson, lo considera como una evolución de la WM más que como un 1-4-2-4 propiamente dicho, aunque claramente lo anticipa. Para Moreno (1998), sin embargo, sí constituye ya un 1-4-2-4.

Fuese o no una defensa de cuatro la presentada por Hungría, la consagración definitiva de la línea de cuatro por un equipo jugando clara y explícitamente con ella vino con su utilización por parte de la campeona en el Mundial de 1958, Brasil. El desarrollo del 1-4-2-4 ya venía anunciado por la diagonal brasileña, pero lo que era una tendencia, que uno de los volantes se retrasase más que el otro, se convertía en un cambio posicional definitivo. Tanto Mercé (2000) como Wilson (Wilson, 2010) coinciden en atribuir el nuevo sistema al entrenador Martim Francisco en 1951 en el equipo de Vila Nova, mientras que Giulianotti (2000) entiende que fue una innovación de la selección paraguaya no reconocida. Geronazzo (1980) declara que la primera vez que el 4-2-4 pudo verse en un torneo internacional fue en el Sudamericano de Lima de 1957, mientras que Mera (1962) apunta al Panamericano de Chile de 1952.

Más importante que su autor o la fecha de su creación es la idea defendida por Lacuesta (1997) y Wilson (2010) de que este cambio táctico en la selección brasileña obedece al trauma de la final del Mundial de 1954 en Brasil, el conocido como Maracanazo. La derrota frente a Uruguay por 2-1 se produjo porque en los dos goles, el extremo logró deshacerse de su marcador y encarar la portería, y en ambos casos el central se vio en una situación de dos contra uno entre el extremo y el delantero centro. Esta opinión coincide con las críticas recibidas en Brasil por el nuevo sistema recogidas por Geronazzo (1980) y Ferrández (1996), que entendían que la evolución

netamente defensiva se había producido únicamente porque en ese partido un volante no había realizado la cobertura que le correspondía. En cualquier caso, queda claro que el nuevo sistema fue entendido como una nueva evolución defensiva en el fútbol.

La línea del mediocampo quedaba constituida por tan solo dos jugadores, que debían realizar una triple tarea, ayudar en tareas defensivas, una vez recuperado el balón, conectar con los atacantes, y finalmente apoyar a estos en el ataque, de forma alternativa, nunca los dos a la vez. Su función doble de defensa y ataque hacía que no se les pudiese considerar jugadores defensivos, como en el caso de los medios de la WM, lo que daba lugar al nacimiento de los centrocampistas, que asumían las funciones de los medios-volantes y de los interiores. Quedaban arriba cuatro delanteros, dos extremos y dos delanteros centros, y el esquema alcanzaba un nuevo equilibrio, con seis defensores potenciales y seis atacantes potenciales pero con gran dependencia del despliegue físico de los centrocampistas, exigidos a recorrer arriba y abajo todo el campo y al mismo tiempo mantener la ejecución técnica necesaria para trasladar el balón al ataque (Mera, 1962; Mercé, 2000; Wilson, 2009; Zubeldía & Geronazzo, 1965).

La necesidad de jugadores muy especiales para esta tarea hizo que su aplicación por otros equipos no siempre resultase exitosa (Ferrández, 1996; Geronazzo, 1980; Mera, 1962; Mercé, 2000; Moreno, 1998). Se apunta además que en el modelo aplicado por Brasil el extremo izquierdo, Zagallo, tenía órdenes explícitas de ayudar a los centrocampistas en labores defensivas, compensando así la tendencia muy ofensiva del extremo derecho, Garrincha. De hecho, Wilson (2010) recoge que en Brasil se distinguía entre los tres defensas y el cuarto, que tenía la misión de apoyar a los centrocampistas en el ataque, lo que supone que el 1-4-2-4 era un 1-3-3-4 en ataque y un 1-4-3-3 en defensa.

Así mismo, se entendía que era una táctica centrada en el contraataque, puesto que la inferioridad en el centro del campo hacía que la tendencia natural del equipo fuese la de retrasar a los cuatro defensas y los dos volantes, y atacar en rápidos contraataques en oleadas una vez recuperado el balón (Zubeldía & Geronazzo, 1965).

A esta nueva disposición, Brasil añadió otra innovación, la defensa zonal en línea, creada por Zezé Moreira en el Fluminense, que otorgaba una mayor libertad a los laterales y centrales para incorporarse al ataque (Ferrández, 1996; Mercé, 2000; Wilson, 2009). La línea defensiva se situaba muy arriba, de forma que, por un lado, se provocase el fuera de juego y, al mismo tiempo, las líneas se mantuviesen muy juntas, reduciendo el espacio de juego para los atacantes y dando seguridad a los dos centrocampistas para llevar a cabo la presión sobre los contrarios, lo que se llamaba *bloque* (Moreno, 1998; Tassara, 1978). Además, los laterales tenían explícitamente la tarea de sumarse al ataque, pues disponían de la cobertura de uno de los volantes (Geronazzo, 1980; Mera, 1962).

Figura 6: 1-4-2-4
Brasil 1958

El éxito de Brasil en el Mundial de 1958 hizo que se popularizase en Europa el 1-4-2-4, pero sobre todo que se aceptase la defensa de cuatro. Sin embargo, la defensa en línea no fue adoptada masivamente ni en Europa ni en otros países sudamericanos, especialmente Argentina. En su lugar, se instituyó una posición específica detrás de la línea defensiva tradicional para salir al corte cuando se produjese una ruptura de la marca o un desborde: el líbero. De esta forma, se mantenía el uso de la marca individual, pero se eliminaban hasta cierto punto las coberturas consecutivas de la WM, pues los marcadores no necesitaban acudir en ayuda del compañero superado y

podían mantenerse con sus pares, dejando esa responsabilidad al líbero. Así, las marcas se hicieron más estrechas y pudieron llevarse a cabo por todo el campo.

El primer antecedente de este puesto era, evidentemente, el cerrojo suizo, con la diferencia de que el cerrojo era una evolución del Sistema Clásico. La primera utilización de un jugador para las coberturas desde la WM, es decir, partiendo de una línea de tres a la que se le añadía un cuarto hombre, fue el Béton –cemento– francés, de donde es originario. En este sistema, uno de los dos volantes se incorporaba a la defensa y se situaba por detrás de esta línea, desplazándose a derecha e izquierda para cortar los avances que la superasen. (Ferrández, 1996; Geronazzo, 1980).

Pero quiénes sin duda popularizaron el uso del líbero, y dieron origen a la palabra, fueron los italianos a través del *catenaccio* (Ferrández, 1996; Morris, 1982; Wilson, 2009). Para éstos, el Sistema, como conocían a la WM por oposición al Método, nombre que recibía el Sistema Piramidal desde los tiempos de Pozzo, tenía una debilidad, y es que en el centro de la defensa, donde la pirámide disponía de dos hombres, la WM tan solo disponía de uno. En Italia, de los dos defensas clásicos uno iba siempre al balón y el otro permanecía en el área, anticipando la figura del líbero. La WM suponía la desaparición de ese hombre extra que quedaba retrasado por si se producía la ruptura. Por ello, a lo largo de la década se sucedieron las pruebas para recuperar la seguridad defensiva hasta que se llegó a fijar la posición específica del libre, que generalmente fue un lateral reciclado (Perna, 1969; Wilson, 2009).

Se trataba principalmente de una táctica ejecutada por parte de equipos pequeños que se enfrentaban a grandes equipos repletos de estrellas extranjeras. Su primer aplicador en un equipo aspirante al título fue Alfredo Foni en el Inter de Milán (Ferrández Sebastián, 1996; Wilson, 2010), en la temporada 1952-53. Hasta ese momento la liga italiana era una liga con muchos goles, pero esa temporada el Inter ganó el título marcando 46 goles en 34 partidos, por 98 del campeón del año anterior, la Juventus, o los 118 del Milán dos años antes, pero solo recibió 24 por los 34 que la Juventus había concedido el año anterior (Gispert, 1982).

El principio del *catenaccio* era por tanto retrasar a un jugador, preferiblemente un extremo, a marcar al extremo contrario, convertido así en lateral, de forma que uno de

los laterales quedase libre para hacer de líbero por detrás de la defensa (es en ese momento en el que surge el apelativo). El líbero tendría funciones puramente destructivas, acudiendo al corte cuando se producía una ruptura del marcaje, mientras que el extremo reconvertido tenía la función ofensiva de incorporarse también al ataque, por lo que los italianos le denominaron *tornante*, puesto que debía volver desde el ataque para ocupar posiciones defensivas. Cuando este sube, o lo hace cualquier otro, el líbero toma temporalmente la marca.

El objetivo del sistema era dejarse dominar, provocando que el equipo contrario añadiese efectivos al ataque, para una vez recuperado el balón, lanzar rápidos contraataques con pases largos a los delanteros y a los defensas que se incorporaban por sorpresa. De hecho, al generar una superioridad en defensa, se producía una inferioridad en ataque. El hombre que quedaba libre en el equipo contrario podía entonces incorporarse al ataque, pero si lo hacía, “contribuye inconscientemente a que el equipo que juega el cerrojo se salga con la suya; ser dominado para poder contraatacar con mayor fortuna” pero si no se hace “el equipo adolecerá inevitablemente de falta de fuerza ofensiva” (Herrera, 1962, p. 244).

El sistema fue ampliamente criticado por excesivamente defensivo, lo que no impidió su triunfo y generalización en Italia. Sus grandes exponentes fueron el Milán de Nereo

Rocco y el Inter de Milán de Helenio Herrera en los años sesenta, que ganaron dos Copas de Europa cada uno. Las críticas se generalizarían en Europa con los éxitos italianos por el exceso de precauciones defensivas. Según Stefan Kovacs, Herrera respondía diciendo “Estoy aquí para ganar (...) Si otros quieren jugar de otro modo, que lo hagan” (Kovacs, 1976, p. 43). Es decir, que su obligación era buscar la eficacia, para lo cual había que renunciar a la creatividad y a la libertad individual, o como también decía, “los buenos directores de cine no piden a sus actores que brillen, sino que se adapten” (Herrera, 1962, p. 216), tras lo que traspasaría a su estrella argentina Angelillo por no ser capaz de sufrir esa adaptación.

Se trataba de una adaptación dura para los delanteros, y especialmente los formados en los países sudamericanos. La estrella brasileña Amarildo tras cuatro años en el AC Milán decía: “no puedo comprender el juego de este equipo y de seguir así no marcaré más de dos goles en todo el campeonato (...) preferiría que me pusieran en la reserva” (Gispert, 1982, p. 173)

Algunos, como Panzeri (2011), sostendrán que la fortaleza defensiva era en realidad debilidad y cobardía, miedo a perder. Para contrarrestar las críticas, los entrenadores defensores de métodos defensivos utilizarán el supuesto carácter científico, evolucionado, de sus tácticas, que responden a “una sociedad de tendencia tecnocrática” en la que “el que no busca la perfección es rápidamente rebasado” (Kovacs, 1976, p. 45). La respuesta esencialista fue siempre que el fútbol no evoluciona porque depende de los jugadores, que son los mismos, o en palabras de Peucelle, “el fútbol es siempre lo que sea el material humano que lo juega” (Gispert, 1982, p. 196). Vemos pues, una vez más, reproducido el debate generado con la introducción de la WM entre esencialistas y científicos, que resurge a cada innovación táctica.

La corriente científicista impuso rápidamente la idea de que el líbero era además, mucho más efectivo que la defensa en línea y que la defensa en zona en general, y como prueba mostraban que “los alemanes y los italianos, que no creen más que en la eficiencia, pasaron directamente del WM al libre” (Kovacs, 1976, p. 81). Lo cierto es que los equipos brasileños mantuvieron la zona, como algunos argentinos y otros equipos de países de fútbol considerado latino, como el Benfica de Eusebio (Kovacs,

1976), pero en líneas generales la figura del líbero se impuso en todo el fútbol mundial como sinónimo de eficiencia y la zona fue utilizada de forma residual.

La defensa de cuatro otorgaba una gran seguridad defensiva, pero el 1-4-2-4 despoblaba el centro del campo y era tremendamente exigente, tanto en defensa como en ataque, con los centrocampistas. Para remediarlo, lo que era una tendencia en 1958 se convirtió en norma para los brasileños en el Mundial de Chile de 1962, en el que el propio Zagallo actuó definitivamente como centrocampista, creando el 1-4-3-3. (Lacuesta, 1997; Mercé, 2000; Moreno, 1998; Morris, 1982; Wilson, 2009).

El 1-4-2-4 fue así un sistema breve, pero el cambio a la defensa de cuatro hombres y el líbero se confirmó como permanente, pues el nuevo 1-4-3-3 no modificó ese funcionamiento defensivo, tan solo redistribuyó las posiciones con tres centrocampistas, y tres delanteros, los cuales recuperaban la distribución tradicional de dos extremos y un delantero centro (Geronazzo, 1980; Mercé, 2000; Morris, 1982).

Lo que sí fue modificándose paulatinamente a partir de la década de los setenta fue la función de líbero, pues se llegó a la conclusión de que, puesto que no tenía marca que realizar podía igualmente sumarse al ataque creando una superioridad en el centro del campo. En el mismo sentido, al ser él el que realizaba el corte, solía ser él quien comenzaba también la jugada. Todo ello hizo que a partir de un jugador puramente defensivo surgiese un jugador distinto, que en defensa debía tener una gran capacidad de análisis del juego, sentido táctico y anticipación, y al construir el ataque debía añadir una gran calidad técnica (Ferrández, 1996; Mercé, 2000; Moreno, 1998). Todo ello lo convertía en una especie de nuevo medio centro, es decir, una figura carismática que acaparaba el protagonismo (Verdú, 1980).

Figura 8: 1-4-3-3
Europa

Aunque el sistema 1-4-3-3 fue el predominante a partir de su utilización por Brasil en el Mundial de 1962 y hasta el Mundial de 1978 (Moreno, 1998), desde la década de los sesenta comienza a desarrollarse también el 1-4-4-2 en Inglaterra, hasta que en los años ochenta ambos sistemas constituían las dos principales variantes tácticas que se podían utilizar.

Tal y como su denominación indica, el sistema supone retrasar a uno de los delanteros al centro del campo para configurar una línea de cuatro. Sin embargo, ese movimiento supone, ante todo, el cambio de la configuración del ataque: los extremos desaparecen, y los dos delanteros que permanecen son los dos delanteros centros, debiendo repartirse el espacio (Ferrández, 1996; Mercé, 2000; Wilson, 2009). Esa desaparición de los extremos supone que el espacio dejado en la banda debe ser ocupado alternativamente por los delanteros, que caen a la banda desmarcándose, o por los centrocampistas de banda, que deben llegar hasta posiciones ofensivas (Mercé, 2000; Wilson, 2009). En este modelo es muy importante la capacidad física de los dos de banda, pues deben atacar, combinar en el centro del campo y cumplir tareas defensivas (Moreno, 1998; Wilson, 2009).

El origen del sistema está en la selección inglesa que conquistó la Copa del Mundo de 1966 en Inglaterra (Ferrández, 1996; Moreno, 1998; Wilson, 2009). La novedad fundamental está en esa ruptura con los extremos y su sustitución por dos jugadores que no respondían al clásico perfil del extremo, rápido y habilidoso, sino que junto a una técnica aceptable, tenían fuerza física y gran resistencia. Al mismo tiempo, disponía de dos delanteros que realizaban constantes desmarques a las bandas, aprovechando el espacio dejado libre, y ayudaban en defensa, y tampoco se correspondían con el canon del delantero goleador o rompedor inglés. Se trataba de un 1-4-1-3-2 o un 1-4-4-2 en rombo. Pero el cambio más significativo era la desaparición del extremo clásico y su sustitución por jugadores de banda polivalentes, lo que al igual que con el medio centro, generó una agria polémica en Inglaterra que solo fue solventada con la victoria en el Mundial (Wilson, 2010).

Figura 9: 1-4-4-2
Inglaterra 1966

La posición de esos cuatro centrocampistas podía y ha sido modificada para adaptarse a diferentes intenciones tácticas: los cuatro centrocampistas podían situarse los cuatro en línea, en una formación de rombo, con uno de ellos claramente retrasado y los otros tres más adelantados o con los dos mediocentros retrasados y los dos jugadores de banda más adelantados, en posición de extremos retrasados. A su vez, la disposición de los delanteros también podía variar, con dos delanteros puros, un

delantero y un extremo, dos extremos, o con un media punta y un delantero (Ferrández, 1996; Geronazzo, 1980; Mercé, 2000). Incluso, puede retrasarse a uno de los delanteros al medio campo, en un 1-4-5-1 (Moreno, 1998; Morris, 1982).

A partir del 1-4-4-2, los clubes ingleses evolucionarían a lo largo de la década de los setenta el sistema defensivo hasta llegar a una defensa en línea similar a la brasileña, dos centrales distribuidos horizontalmente y sin líbero, que denominaron *flat-four*. Esto implicaba acabar con la especialización entre líbero y marcador, pidiéndole a este último que fuese capaz de jugar la pelota como lo hacía el líbero. También retomarían la idea de la defensa en línea, subiéndola de forma que se provocase el fuera de juego. Este modelo conduciría a los clubes ingleses a dominar la Copa De Europa en siete ocasiones en las ocho temporadas entre la 1977/78 y la 1983/84 (Wilson, 2009).

Mientras los ingleses desarrollaban el 1-4-4-2 y la defensa en línea sin ser apenas copiados, una pequeña revolución se estaba preparando en Holanda que pondría en jaque a la defensa individual, el conocido como Fútbol Total. Nacido en el Ajax de Amsterdam y trasladado posteriormente a la selección holandesa por su máximo exponente, el entrenador Rinus Michels, se fundamentaba en una idea: todos defienden y todos atacan.

Ello significaba que cuando el equipo tenía el balón, todos los jugadores debían participar del ataque y moverse sin balón buscando el espacio y el desmarque. A esto se le unían las permutaciones constantes, con intercambios de posición no solo entre jugadores de una misma línea, sino también entre jugadores de líneas distintas, lo que extremaba las necesidades de coordinación, pues cuando un defensor atacaba, su posición debía ser cubierta por un compañero. Este intercambio permanente de posiciones, frente a una mayoría de equipos que realizaba una defensa individual por todo el campo, generaba gran confusión en los contrarios y la aparición y aprovechamiento de muchos espacios libres (Michels, 1982). De hecho, los rivales al perseguir a su marca dejaban espacios libres que eran ocupados rápidamente por los holandeses en velocidad, aumentando la ventaja al recibir el balón. Si el jugador no recibía el balón en ese momento, abandonaba el espacio para que otro lo ocupase posteriormente, también en movimiento. Es decir, se trataba de mantener a todo el

equipo moviéndose constantemente para que cuando se generasen los espacios libres, estos se ocupasen en el momento justo de recibir el balón, multiplicando el peligro (Tassara, 1978; Wilson, 2009).

El sistema también hacía especial hincapié en ocupar el campo de forma que fuese lo más grande posible al atacar, por lo que todas las posiciones a lo ancho del campo eran ocupadas, especialmente las bandas, de forma que las defensas contrarias debiesen abrirse. Los jugadores debían intentar acompañar constantemente a sus compañeros, ofreciéndoles líneas de pase para permitir un juego fluido en el que el poseedor del balón siempre tuviese varias opciones para dar una continuidad fácil a la jugada (Tassara, 1978).

Si ofensivamente se pretendía hacer el campo lo más grande posible, defensivamente se trataba de lo contrario, de reducirlo al máximo. Se utilizaba para ello un pressing sistemático y en todo el campo. Desde el momento en que tenía lugar la pérdida del balón, cada jugador debía iniciar la marca sobre el jugador más cercano, independientemente de su posición teórica en el campo. Esto era aún más conveniente teniendo en cuenta que el intercambio de posiciones durante el ataque les dejaba fuera de sus posiciones naturales. El momento crítico era precisamente el de la pérdida: si todos los jugadores no se ponían a defender al unísono, o no se distribuían adecuadamente las marcas, aparecían espacios y jugadores libres. Por eso, no bastaba con ejercer una marca individual, sino que el marcador debía preocuparse específicamente por bloquear la línea de pase hacia su defendido, pues la intención era que el jugador con el balón no tuviese a quien pasárselo. Bien ejecutado, el resultado del pressing era la recuperación inmediata del balón, muchas veces cerca del área contraria, pues los defensores no estaban acostumbrados a recibir presión (Michels, 1982).

Junto con el pressing, el otro fundamento táctico era el uso del fuera de juego. Tanto el Ajax como la selección holandesa practicaban la trampa del fuera de juego, es decir, subían líneas inmediatamente de despejarlo, de forma muy agresiva, de manera que dejase en fuera de juego a varios atacantes. Hasta entonces, la trampa del fuera de juego había sido vista con suspicacia tanto en Europa como en América, pues se

entendía que bastaba un pase bombeado al espacio liberado para superar a toda la defensa. Esta idea se explicaba porque la trampa del fuera de juego se asociaba a la defensa en línea, que había sido puesta en práctica por Brasil con el 1-4-2-4 y abandonada paulatinamente a favor del libre y la marcación, como ya vimos.

La diferencia en este caso era que se realizaba conjuntamente con el pressing, lo que reducía enormemente el tiempo y el espacio del poseedor del balón para ejecutar ese pase bombeado. Así, si este estaba correctamente presionado y marcado, era imposible que pudiese ejecutar el pase con precisión, y el balón era recuperado por la defensa. Pero además, el avance de las líneas no se limitaba al fuera de juego, sino que los equipos holandeses mantenían la línea defensiva muy arriba durante el ataque, lo que reducía la distancia entre líneas y jugadores facilitando el desdoble, el intercambio de posiciones y las coberturas de los defensas lanzados al ataque. Y de nuevo, cuando al perder la pelota, los defensas contrarios intentaran los desplazamientos largos para salir de la presión, caerían en fuera de juego (Michels, 1982).

Un principio subyacente a todos estos planteamientos es el de la polivalencia, pues los jugadores no solo debían dominar todos los gestos técnicos, sino también ser capaces de desenvolverse en todas las posiciones y en todas las situaciones tácticas (Michels, 1982). Otro principio era el de la interdependencia, por la cual todos los jugadores dependían los unos de los otros, pues estaban constantemente intercambiándose posiciones y cubriendo los huecos de los compañeros. También hemos de hablar de automatización, puesto que todos esos movimientos, eran el resultado de muchos años de juego en común y eran ejecutados de forma instintiva (Wilson, 2009). Todo ello suponía una subversión de la jerarquía tradicional de los equipos en un doble sentido: por un lado, exigía de los mejores jugadores, las estrellas, el mismo compromiso defensivo que a los defensas, y a estos una participación en ataque similar a la de los delanteros, lo que suponía una democratización del funcionamiento, pues igualaba a todos en derechos y deberes (Tassara, 1978; Wilson, 2009). Al mismo tiempo, aumentaba de tal modo las exigencias sobre los futbolistas, que no podía hablarse únicamente de un fútbol total, sino también de futbolistas totales, “once leones que pelean fieramente para ganar un balón, y se transforman luego en once

artistas creadores, de personalidad ofensiva para llegar al marco rival” (Tassara, 1978, p. 22).

También fue evidente desde un primer momento que este sistema de juego conllevaba un enorme despliegue y desgaste físico, y no solamente de algunos jugadores, sino de todos ellos. Se pretendía ejercer el pressing en todo el campo, atacar con rapidez y movilidad constantes y salir de la defensa a la carrera. Por eso desde un principio se entendió que la preparación física era esencial para poder practicar realmente el fútbol total (Michels, 1982; Tassara, 1978; Wilson, 2009).

El Fútbol Total tuvo una gran acogida entre todos los sectores del fútbol, de manera sorprendente teniendo en cuenta las continuas polémicas que hemos ido siguiendo. Para los defensores del juego de ataque, los holandeses eran la prueba de que no era necesario replegarse compulsivamente y mantener una actitud de espera, sino que se podía practicar un juego alegre y ofensivo y obtener buenos resultados. También suponían una reivindicación de su idea de libertad del jugador, pues en los equipos holandeses todos los jugadores podían atacar y eran libres para improvisar. De hecho, tanto Dante Panzeri como Carlos Peucelle no dudaban en adscribir a la Naranja Mecánica a la tradición de River, elevándola y al mismo tiempo reduciendo su impacto, diciendo que “el mal llamado juego holandés (lo había hecho River del 41 al 46)” (Peucelle, 1975, p. 21).

Por el contrario, para los defensores de la disciplina táctica y la búsqueda de la seguridad defensiva, también el equipo holandés era digno de elogio, pues combinaba un enorme despliegue físico, fruto de una preparación física exhaustiva y a todas luces científica, con una gran disciplina y sacrificio para poder ejecutar el pressing. Efectivamente, todos los jugadores debían estar comprometidos con el equipo, de forma que unos y otros se cubriesen mutuamente cuando se lanzaban al ataque, sin importar si el que debía retrasarse a cubrir una posición era defensa, centrocampista o delantero. Igualmente, para que el pressing fuera efectivo todos debían también ejecutarlo coordinadamente y con entusiasmo, el sistema se derrumbaba. El resultado era una extraordinaria capacidad defensiva, a la altura del mejor *catenaccio*, y sobre

todo una visión del “fútbol del futuro, jugado con hombres identificados, técnica y espiritualmente, con un cometido de sacrificio” (Lorenzo, 1977, p. 26)

Esta coincidencia en el elogio muestra la doble contradicción que generaba el modelo holandés: por un lado, parecía implicar que el talento no estaba reñido con el sacrificio. Por el otro, abría la posibilidad de utilizar la táctica no únicamente para defender sino para atacar, y no solo para disciplinar sino para dar libertad al jugador. Por tanto, era posible un fútbol atacante, creativo y libre y al mismo tiempo organizado y preocupado por el resultado. El Fútbol Total era el fútbol del pasado, y simultáneamente el fútbol del futuro.

Pero incluso los defensores del fútbol ofensivo no podían negar que había algo de novedad en el sistema holandés, que no era únicamente una vuelta a los orígenes. El Fútbol Total estaba destinado a ser, ante todo, el fútbol del futuro. Los jugadores serían grandes atletas al mismo tiempo que genios del balón, totalmente polivalentes, capaces de jugar en cualquier posición, inteligentes tácticamente para cambiar durante el partido, y con un enorme compromiso y capacidad de sacrificio puestos al servicio de una idea. Sin embargo, con el tiempo los entrenadores fueron llegando a la conclusión de muy pocos jugadores eran capaces de practicar el Fútbol Total: a unos les faltaban las condiciones técnicas, a otros la capacidad física, a unos terceros el compromiso... El propio Michels explicaría que en Barcelona no tenía los jugadores ni de la calidad, ni de la resistencia ni de la voluntad de los del Ajax, y sin ellos, simplemente, “no se puede jugar” (Michels, 1982, p. 128). A fin de cuentas, puede que la Holanda del 74 fuese la excepción a la regla, él mismo no creyendo que “el público vuelva a ver otra vez fútbol de tan elevada calidad como aquel” (Michels, 1982, p. 140).

Es decir, que las innovaciones tácticas de Holanda, la polivalencia, los intercambios, la automatización, la interdependencia y simultaneidad de los movimientos, el pressing y el fuera de juego, eran aptos solo para grandes jugadores, y por tanto no eran auténticos progresos universales, generalizables a todos los equipos y jugadores, sino características excepcionales de jugadores únicos, una anomalía histórica que no se

repetiría. Y de hecho, el fútbol mundial nunca llegaría a tomar el camino del fútbol total, aunque si recuperaría parte de sus trazos años más tarde.

2.2.1.4. El panorama táctico de la década de los ochenta

Quizás el impacto más duradero del Fútbol Total fue sobre la defensa individual. La idea de que se podía ser efectivo persiguiendo a los atacantes por todo el campo y todo el tiempo perdió peso ante las contradicciones en las que un movimiento coordinado podía generarle.

Por ello, mientras que los ingleses desarrollaban la defensa en zona, otros apostaban por aumentar aún más el número de defensores, hasta sumar cinco. Con esa defensa de cinco lograba ganar la Copa del Mundo de 1986 Argentina, entrenada por Carlos Salvador Bilardo. Lo cierto es que no se trataba únicamente de incorporar defensas, sino también un cierto criterio zonal a la defensa, pues en este sistema los dos centrales marcadores se distribuían zonalmente, es decir, marcaban a los delanteros que se posicionaban en su zona, y a ellos se añadía un líbero por detrás. Esta abundancia defensiva hacía que los laterales se encontrasen muy libres, y pudiesen sumarse constantemente al ataque, razón por la que serían conocidos como carrileros. En consecuencia, los tres centrocampistas dejaban libres las bandas y se desplazan al centro. De estos tres, uno quedaba más retrasado y centrado, de nuevo ocupado de defender y realizar coberturas y los otros dos se incorporaban al ataque alternativamente (Lacuesta, 1997; Mercé, 2000).

La línea de cinco se popularizaría en otros países y equipos y sería utilizado por la Alemania campeona del mundo en 1990. La fórmula de los cinco defensas permitía mantener la figura del líbero al mismo tiempo que introducía el reparto zonal de los marcajes. De esta forma, se mantenía el último recurso del hombre libre para acudir al corte, pero se evitaban las largas persecuciones de los centrales a los delanteros (Mercé, 2000).

Figura 10: 1-5-3-2
Argentina 1986

Ambas evoluciones, la zona inglesa y la defensa de cinco, expresaban una lenta evolución frente a la preponderancia aún de la defensa individual y el líbero. Ello puede verse en los informes técnicos de la FIFA de las copas del Mundo de 1982 y 1986. En España ‘82, el informe declara la existencia de tres tipos de defensa: primero, la marcación habitual con una línea de cuatro defensas con un líbero y marcación individual por todo el campo; segundo, una defensa completamente zonal, que fue practicada únicamente por Brasil; y tercero, una defensa individual atrás, con un líbero y tres marcadores, y el resto en zona. Por lo tanto, la defensa individual en la última línea era aún muy mayoritaria (FIFA, 1982).

Por el contrario, en México 86 (FIFA, 1986) se afirmaba que la defensa individual por todo el campo tendía a desaparecer, y en el centro del campo se reservaban las defensas individuales para los creadores de juego. En la línea defensiva, el informe destaca que la defensa de cuatro con líbero y marcador era minoritaria frente a las defensas de cinco hombres, utilizadas entre otros por Argentina, España, Dinamarca y Uruguay, y que mantenían la figura del líbero, y las defensas totalmente zonales, que no eran patrimonio exclusivo de Brasil, sino que habían sido usadas también por países como Inglaterra, Escocia, Irlanda del Norte, Portugal o Irak. Expresamente señalaba que:

En los últimos años, la forma de pensar se ha ido orientando cada vez más hacia la pelota. A través del rodeo del jugador que tiene la pelota, se le pone presión para que actúe precipitadamente con un pase inofensivo hacia atrás o un cruce corto. El jugador en posesión del balón muchas veces no fue atacado directamente con un tackle. La interceptación de pases precipitados e imprecisos se hizo más importante. Un funcionamiento defensivo como este requiere de una defensa muy elástica. Los defensores reciben una alta demanda de flexibilidad física y mental. Deben ser capaces de adaptarse constantemente a nuevas situaciones. Los defensas agresivos que tratan de intimidar a sus oponentes con un excesivo compromiso y exagerada dureza son minoría hoy en día. (FIFA, 1986, p. 184)

Esa evolución hacia el balón como primera referencia se va a acelerar en Europa con la irrupción de Arrigo Sacchi. Él va a popularizar la zona hasta generalizarla en todo el continente, incluyendo España, lo que constituye el motivo de esta investigación. Ello se debe, en primer lugar, al éxito de Sacchi, con dos Copas de Europa consecutivas, pero sobre todo a la imagen de superioridad que transmiten sus victorias (Wilson, 2009).

Pero además de situar históricamente esta investigación, este repaso de la evolución táctica nos ha servido también para tomar contacto con los principales debates surgidos a lo largo del tiempo. Fundamentalmente, el fútbol aparece atravesado por una tensión entre su carácter estético y su carácter competitivo. Desde los tiempos de la Formación en Pirámide y el surgimiento de los estilos nacionales, pasando por la adopción de la WM o el nacimiento del líbero, existe un permanente debate entre quienes creen que lo más importante en el fútbol es la creación de belleza y quienes creen que lo es el resultado final obtenido.

Los defensores de la belleza suelen, al mismo tiempo, destacar la figura del jugador como artista, como hombre lleno de talento que se expresa en el campo con libertad. Este artista suele ser, al mismo tiempo, refractario a las ideas de disciplina y esfuerzo.

Es precisamente esa falta de compromiso lo que le achacará el defensor del aspecto competitivo del fútbol. Para éste, los jugadores son pagados para lograr victorias, y son las victorias lo único que queda después de los partidos. Para obtenerlas, los jugadores

deben comprometerse y sacrificarse por una idea común, resultado de la reflexión *científica* del entrenador.

La irrupción del fútbol total nos ha permitido ver que existen contradicciones en ambos bloques, que incorporan en su interior valores distintos y no totalmente homogéneos. Los holandeses demostraron que el desarrollo táctico no estaba reñido con el fútbol ofensivo. Es decir, que la racionalización y sistematización no son unívocamente defensivas, sino que también se pueden utilizar para atacar mejor. Igualmente, al mostrar el sacrificio y compromiso de sus estrellas, mostró que la creatividad no excluye el esfuerzo y viceversa. Todas estas contradicciones resurgirán en el análisis posterior y servirán para explicar los resultados, al mismo tiempo que éstos deben servir para aclarar las contradicciones.

2.2.2. Los sistemas defensivos en el fútbol

Tras el repaso histórico a la evolución de los sistemas de juego, sabemos ahora que desde la introducción de la WM la defensa individual se había hecho mayoritaria, a excepción de Brasil y en menor medida Argentina. También lo había hecho el líbero como figura encargada de dar estabilidad a esa defensa individual. Igualmente, sabemos que a partir de Inglaterra y Brasil, la defensa en zona iba ganando partidarios en la década de los ochenta, y que se convertiría en mayoritaria tras los triunfos de Arrigo Sacchi con el Milán a finales de la década.

Nos interesa ahora saber en qué consistían exactamente la defensa individual y la defensa en zona para responder a la pregunta clave de por qué la defensa individual, que se había mostrado superior durante décadas, deja su lugar a la defensa en zona, que había sido minoritaria durante todo ese periodo. Más concretamente, la cuestión está en saber si la defensa en zona sufrió modificaciones que explicarían su repentino éxito, es decir, si había aumentado su eficacia y como consecuencia había pasado a considerarse superior a la defensa individual.

Para ello, comenzaremos analizando la literatura técnica previa a la sustitución de la defensa individual por la zonal, para saber cómo se entendían y cómo funcionaban

ambos mecanismos hasta ese momento. Es el caso de siete manuales: *Fútbol. Principios básicos, sistemas de juego, tácticas* de Arpad Csanádi, publicado en España en 1963, pero escrito originalmente en 1956; *Le football*, de Jean Dufour, en la edición de 1970 de un texto original de 1962; *Football, technique, jeu, entraînement* de Fredo Garel, publicado en 1969; *Football coaching. For play at all levels* publicado en 1974, del entrenador inglés Jago, Gordon; *Football, la technique, la tactique, l'entraînement* del entrenador Robert Herbin, escrito en colaboración con el periodista Jean Philippe Rethacker en 1976; *Técnica y táctica del fútbol*, del entrenador Argentino Geronazzo de Argentina, publicado originalmente en 1975, y que aquí trabajaremos en una edición de 1983; e *Iniciación a la táctica y a la estrategia* del español Alberto López Ramos, de 1982.

En un segundo momento, trazaremos las evoluciones de ambos dispositivos tal y como son recogidos por la literatura posterior, y específicamente los cambios en la zona, pues tal y como veremos las definiciones y funcionamiento de la defensa individual apenas variaron, en consonancia con el proceso de abandono en marcha. La búsqueda bibliográfica nos ha permitido identificar otros cuatro manuales de entrenamiento que definen ambos tipos de defensa: *Fútbol. Entrenamiento de la técnica, la táctica y la condición física*, de 1998, escrito por el alemán Gerhard Bauer; el manual de la RFEF escrito por Mariano Moreno en la edición de 1998, *Táctica, estrategia y sistemas de juego. Curso Nivel 3 Entrenador nacional de fútbol*; la obra de Jorge F. F. Castelo *Fútbol, Estructura y dinámica del juego*, de 1999; y *Jugar en defensa*, de Jens Bangsbo y Birger Peitersen, de 2002. A ellos hay que sumar cinco textos contemporáneos que se centran exclusivamente en la defensa zonal: *Fútbol en zona* de Felice Accame (1995); *La zona en el fútbol* de Raúl Caneda Pérez (1999), *Entrenamiento de los conceptos tácticos defensivos* de Manuel Conde y Argimiro Alonso (2006), *Defensa en zona en el fútbol*, de Nuno Amieiro (2007), y *Fundamentos del fútbol y del fútbol sala* de Pino Ortega, Cruz Sánchez y Moreno Contreras (2010). Aunque citaremos las ediciones mencionadas, en el texto se tendrán como referencia las fechas originales de publicación, más representativas del momento futbolístico en el que se crearon.

La diversidad geográfica y temporal permitirá ofrecer una visión comparativa según los distintos países y también según los periodos históricos, especialmente importante si

tenemos en cuenta que los dispositivos defensivos también se ven afectados por los cambios históricos en los sistemas de juego, como vimos en el caso del paso del Sistema Piramidal a la WM. Precisamente, todos los textos seleccionados son posteriores a la WM, puesto que fue en ese momento cuando nació la idea del marcaje y de la defensa individual, uno de los dispositivos más utilizados. Y también por ese motivo se ha elegido la presentación cronológica, pues permite percibir mejor la transformación del contexto histórico.

Tres de los textos estaban originalmente en francés, los de Dufour, Garel y Herbin, y uno en inglés, el de Gordon. Para todos ellos se presentan traducciones al español hechas por el autor.

2.2.2.1. Defensa individual, defensa en zona y defensas mixtas

Tal y como vimos en la perspectiva histórica, la defensa individual como tal era desconocida hasta la llegada de la WM. Esta supuso la aparición del *marcaje*, es decir, de la posibilidad de que un defensor tuviese un contrario asignado en exclusiva y le persiguiese por todo el campo intentando dificultarle el juego en la medida de lo posible. La idea fundamental de esa defensa que nace es que cada contrario tenga un defensor responsable de marcarle, de forma que todos los contrarios estén marcados al mismo tiempo.

Esta idea es la que subyace en todas las definiciones encontradas de la defensa individual. El manual más antiguo, aquel de Csanádi (1963) la define como aquella en la que “cada defensa tiene un adversario al cual tiene que marcar, bloquear” (1963, p. 397); Dufour seis años más tarde habla de que “cada jugador del equipo situado en defensa marca o vigila a un jugador contrario determinado” (1970, p. 66). Apenas encontramos diferencias en Garel cuando afirma que “cada atacante adversario es tomado por un defensor designado” (1969, p. 230), ni en el inglés Jago, que dice que “cada defensor tiene la tarea de cubrir a un delantero contrario” (1974, p. 67). Herbin incluso especifica que el defensor “debe atarse desde el principio del partido y no perderle de vista durante una hora y media, y sobre todo cuando el equipo contrario tiene el balón” (1976, p. 108). Esa persecución por todo el campo también la recoge el

argentino Geronazzo al decir que la marcación se llevará a cabo “por todos los sectores del campo” (1980, p. 171) y la repite ya en los años ochenta el español López Ramos (A. López, 1982, pp. 94-5).

Tenemos por tanto una definición altamente homogénea de la defensa individual, que consistiría en que cada defensor tuviese un atacante asignado y debiese perseguirle por todo el campo impidiéndole jugar. Csanádi, Garel y Geronazzo, especifican que la forma de realizar el marcaje varía en función de la cercanía a la portería, pues cuanto más cerca, y por tanto mayor peligro de gol, más estrecha deberá ser la marca, mientras que cuanto más alejados de la portería más distancia entre defensor y atacante se podrá permitir. Además de la forma de defender, es esencial la elección de los emparejamientos. Si únicamente se atendiese a las posiciones naturales de los jugadores –lateral derecho se encarga de extremo izquierdo, por ejemplo– puede ocurrir que “frente a un atacante de pocas cualidades tengamos uno de nuestros defensas más formados, o viceversa” (Csanádi, 1963, p. 365), y es ahí donde el entrenador deberá utilizar sus conocimientos para generar los emparejamientos más igualados posibles.

Una vez atendida esta necesidad, la consecuencia inmediata de la defensa individual sería obtener una igualdad numérica en todo momento en defensa, lo que es señalado como una ventaja de este dispositivo defensivo por parte de Csanádi, Garel, y la garantía de que en todo momento todo jugador que pueda recibir el balón estará marcado, como señalan los propios Csanádi y Garel, pero también López Ramos, todo lo cual otorgaría a la defensa individual una gran estabilidad y seguridad. Dufour sugiere que esta marcación individual tiene además un alto coste psicológico para los atacantes, que ven anulada su participación en el juego.

Junto con la seguridad que genera y el desgaste de los contrarios, los autores también destacan las ventajas que ofrece la simplicidad del modelo. Para Garel ello “permite concentración, atención y esfuerzo” (1969, p. 231), y Herbin dice que “el rol del defensor que marca en individual es así muy claro, muy preciso, muy simple” (1976, p. 109) y en la misma línea se expresa López Ramos.

El reverso de esta simplicidad y claridad es que los jugadores, concentrados en su tarea individual pierdan el sentido de “la responsabilidad colectiva” (Csanádi, 1963, p. 365), generando una situación en la que “cada uno va a lo suyo” (Garel, 1969, p. 231). Se pierde involucración porque las tareas son individuales, pero también porque la iniciativa, la expresión de la personalidad y la libertad quedan limitadas, pues el defensor actúa en función del atacante (Herbin, 1976, p. 109). Esa responsabilidad hace también que, por un lado, los defensores no puedan incorporarse al ataque pues deben mantener la marca –lo que reduce aún más su libertad– y que los delanteros reduzcan su presencia ofensiva al ser ellos mismos responsables de marcar a los defensas contrarios.

Junto con esta limitación de la iniciativa y simplificación de las tareas surge la constatación de la gran exigencia física del modelo que genera esa persecución permanente y agobiante, lo que hace decir a Garel que se trata de “una organización predominantemente atlética” (Garel, 1969, p. 231). Ello exige del defensor prontitud, decisión y combatividad (Herbin, 1976, p. 109), además de “velocidad, fuerza, potencia, resistencia” y unas ciertas cualidades psicológicas, como “sentido del sacrificio y humildad” (A. López, 1982, p. 96). Esto hace decir ya en 1962 a Dufour que se corre el riesgo de privilegiar la elección de jugadores físicos por encima de los técnicos (Dufour, 1970, p. 67).

Aunque a primera vista parecería que la defensa individual se caracteriza por su estabilidad y seguridad, lo cierto es que también existen potenciales desequilibrios tácticos que afectarían a la eficacia del dispositivo. En primer lugar, que al estar obligado el defensor a seguir a su par asignado, este puede desplazarse de su zona habitual, arrastrando al defensa y generando un espacio libre, como subrayan Garel y López Ramos. De hecho, históricamente esta fue la respuesta de los ataques a la defensa individual de la WM, ya fuese mediante el intercambio de posiciones entre delanteros como mediante retrasos de la posición o desplazamientos laterales, como vimos en el caso de la selección húngara de los años cincuenta.

En segundo lugar, al tratarse de enfrentamientos individuales, ante el error o la superación de un jugador implica riesgos enormes porque la cobertura no existe

(Garel, 1969, p. 231). Ello hace, en primer lugar, que los defensas eviten acciones arriesgadas y sobre todo limiten las acciones de anticipación, que en caso de fracaso supondrían un grave riesgo.

La defensa individual se encuentra pues ante dos fuentes potenciales de desequilibrio: por un lado, “la aplicación rígida del marcaje puede acarrear la desorganización temporal del muro defensivo” (Csanádi, 1963, p. 365) debido a los arrastres que se generan. Por el otro, la superación de un defensor por un atacante, un fenómeno consustancial al fútbol, pone en riesgo todo el entramado defensivo. La respuesta que fue construyéndose con el paso de los años fue la generalización de la figura del líbero.

El líbero está ausente del análisis de Csanádi, que lo desconocía, y es considerado por Dufour (1970, p. 61) únicamente como parte del sistema de *béton*, una variante más que un sistema defensivo en sí mismo. En Garel encontramos la primera discusión del puesto, y en ella el autor afirma que si se decide que las coberturas las ejerza un jugador determinado, al que llama satélite, ello implicará que las marcas del resto de defensores sean estrictamente individuales, porque la distancia entre ellos hará imposible las coberturas (1969, p. 216). Es decir, el líbero implicaría una defensa individual, pero no al contrario, se podría tener una defensa individual sin líbero. Para Herbin también una defensa individual puede contener o no un líbero, pero su uso se habría generalizado en los años setenta en Europa bajo el sistema del 1-4-3-3 (1976, p. 112).

Desde la perspectiva inglesa, la defensa individual equivale al líbero, pues sería la respuesta a las vulnerabilidades inherentes al modelo. Se trata de una particularidad de la Europa Continental que los ingleses no suelen practicar, porque al tener un hombre libre atrás inevitablemente se dispone de un atacante menos arriba (Jago, 1974, p. 67). Esa obligatoriedad de jugar con líbero en la defensa individual es retomada desde Argentina por Geronazzo, que añade que ello supone dejar “de lado” los fundamentos de la táctica defensiva, como son la defensa escalonada, la cobertura y el relevo, “pues el defensa libre o cerrojista es quien se encarga de suplantarlos en aquellas funciones” (1980, p. 171). En los mismos términos se pronuncia López Ramos

(1982, p. 115), que considera una defensa individual sin líbero como demasiado arriesgada.

Si las definiciones que encontrábamos respecto a la defensa individual eran muy similares, también lo son en el caso de la zona, pues todas giran alrededor de la noción de que los jugadores se reparten el espacio de juego por zonas de actuación, sobre las que tendrán responsabilidad. Csanádi habla de que “el defensa actúa en un terreno determinado de antemano” (1963, p. 362); Dufour de ocupar “una porción de terreno” (1970, p. 67), Garel de que cada jugador es “responsable de una zona” (1969, p. 228), y lo mismo afirma Jago (1974, p. 67). Por último, Herbin habla de ser responsable de un “pasillo” (1976, p. 110), Geronazzo habla de “repartición de zonas” (1980, p. 146) y López Ramos de “zonas del terreno” (1982, p. 96).

La siguiente cuestión a dilucidar es cómo deben actuar los defensores en su zona de responsabilidad, fundamentalmente qué deben hacer cuando un contrario la penetra. Dufour habla de “intervenir” cuando alguien penetra en la zona, sin especificar el contenido de la intervención (1970, p.67). Garel repite el término intervenir, pero especifica que esa intervención se produce únicamente cuando quien penetra en su zona es el jugador con balón, pues en caso contrario no debe ocuparse de la posición de los adversarios (1969, p.228). En el caso de Jago, se trata de una “responsabilidad” que pasa por el marcaje estrecho de cualquiera que penetra la zona, y que no se debe abandonar hasta que el marcaje se ha pasado a otro compañero (1974, p.67). Contradictoriamente, Herbin señala que el defensor debe centrarse en mantener el bloque unido del equipo, “sin tener en cuenta al adversario y sus movimientos” para inmediatamente después decir que debe “vigilar y atacar” a cualquier contrario que penetra su zona de responsabilidad. Finalmente, reencontramos afirmaciones expresas del marcaje por parte de Geronazzo (1980, p.144) y de López Ramos, que afirma que se trata de “marcar al jugador atacante que entre en ella” (1982, p.96).

Y es que junto con esta responsabilidad individual de ocuparse de aquel que penetra en el área asignada, encontramos en las descripciones de la zona una segunda responsabilidad, en este caso colectiva, que consiste en impedir el avance del ataque constituyendo un bloque entre el balón y la portería, desplazándose para ello en

función del recorrido del esférico para oponerse siempre a su avance (Dufour, 1970, p. 67; Garel, 1969, p. 228; A. López, 1982, p. 96).

De esta forma se acumulan hombres entre portería y balón y se reducen los espacios delante de la portería, por lo que el equipo contrario se ve obligado bien a intentar penetrar por las bandas, bien a realizar pases laterales o hacia atrás, o bien a intentar tiros desde posiciones alejadas (Garel, 1969, p. 229; A. López, 1982, p. 116). La intención fundamental no sería por tanto el robo del balón, sino obligar a los atacantes a pasarse el balón entre ellos en zonas sin peligro, e intentar interceptar el balón cuando se produzca un pase defectuoso fruto de la compresión del espacio.

Esa acumulación de hombres frente a la portería implica para casi todos los autores salvo Herbin y Jago un repliegue intensivo frente al área, provocado por la imposibilidad de ocupar los espacios eficazmente en todo el campo, ni siquiera en el medio campo propio, porque quedarían excesivos espacios libres entre los defensores, que serían aprovechados por los atacantes (Csanádi, 1963, p. 427; Dufour, 1970, p. 68; Garel, 1969, p. 229; Geronazzo, 1980, p. 172; A. López, 1982, p. 118).

Es por eso que la defensa en zona solo podrá ser eficaz si se apoya en un repliegue a las inmediaciones del área, que permite reducir el espacio disponible con la ayuda de la línea de fondo. Así posicionados, sí es posible reducir los espacios hasta colapsar el ataque, y entonces “la trampa es evidente: la facilidad se convierte repentinamente en dificultad para moverse dentro de terrenos chicos y ante áreas muy pobladas” (Geronazzo, 1980, p. 144).

Al mismo tiempo, y como consecuencia de esta elección táctica, el equipo atacante tenderá a adelantar a sus jugadores, lo que ofrecerá numerosos espacios libres al equipo defensor en el momento de la recuperación. En ese momento, “el contraataque puede desarrollarse rápidamente, puesto que existen espacios libres en el campo contrario” (Garel, 1969, p. 229). La zona se caracterizará por una mentalidad ofensiva, orientada al ataque en su forma de contraataque rápido, pues “los problemas de marcación quedan reducidos a esperar en el embudo el ataque rival y por ello todos los sentidos están puestos en la creación, que se convierte en una tarea absorbente” (Geronazzo, 1980, p. 146).

El propio Geronazzo considera que existe una afinidad esencial entre la defensa en zona y el contraataque, por lo que los considera dispositivos tácticos de un mismo estilo de juego, el “fútbol de contraataque” y la “defensa en zona” son para él sinónimos:

La defensa zonal es la marcación que zagueros y volantes ejercen en espacios reducidos en el fondo de la defensa. El medio campo se cede al equipo rival, mientras el bloque defensivo se retira hasta los alrededores del área de penal o “zona de peligro”, para luego hacer frente a la ofensiva adversaria. El contraataque veloz es el corolario final de este sistema de juego. (Geronazzo, 1980, p. 172)

Dufour, Garel y López Ramos afirman que la defensa se dispondrá en líneas escalonadas. La línea más cercana al balón intentará recuperarlo, mientras que la línea más retrasada deberá, según Dufour, impedir el acceso a la zona de tiro, entendemos que del resto de atacantes, y según Garel, cubrirá a la línea avanzada, es decir, se posicionará de forma que pueda realizar la cobertura. Los tres autores coinciden en señalar que cuando una línea sea superada, será tarea de la siguiente enfrentarse al poseedor del balón e intentar recuperarlo (Dufour, 1970, pp. 67-8; Garel, 1969, p. 229; A. López, 1982, p. 96).

Por el contrario, ni Csánádi, ni Herbin ni Geronazzo hacen mención en sus análisis a la constitución de distintas líneas. Podemos suponer que también ellos entienden que el equipo deba situarse en varias líneas, pues sus concepciones tácticas parten de una distribución por líneas y puestos tradicional (defensas, centrocampistas, delanteros), pero no explicitan cómo deberían comportarse cada una de ellas. De manera tentativa, podemos proponer que estos autores, si tenían en mente un repliegue intensivo como fundamento de la zona (aunque Herbin tampoco lo menciona), considerasen que en un espacio de juego tan reducido las líneas ortodoxas no eran la mejor forma de describir el dispositivo táctico.

Herbin sí hace referencia a lo que denomina una *cobertura corredora*, es decir, que los defensores deben realizar las coberturas de sus compañeros cercanos superados y ellos a su vez recibirán la cobertura de otro compañero cercano. Incluso afirma que se

debe acudir en ayuda de un compañero cuando uno mismo no tenga ningún atacante del que ocuparse de forma a garantizar “la ley sagrada del dos contra uno” (1976, p. 110). Esa noción de la zona como generadora de superioridad únicamente la encontramos repetida en Garel (1969, p. 229) y es de difícil puesta en práctica, pues supondría al menos abandonar la zona asignada, cuestión que no encontramos en ningún otro autor. Por tanto, la creación de superioridades numéricas no es un rasgo compartido en la literatura de la época.

Así fundamentada, la zona también presenta ventajas y desventajas expresadas por ciertos autores. Dufour (1970, p. 68), Garel (1969, p. 228) y López Ramos (1982, p. 117) coinciden en que protege la zona crítica frente a la portería, reduce los espacios disponibles y fuerza al contrario a realizar disparos lejanos. Al mismo tiempo, el trabajo colectivo permite solventar los fallos individuales, lo que genera un auténtico espíritu colectivo y el desarrollo de una solidaridad. Esa protección permite además al defensor que arriesgue en sus acciones, lo que favorece la interceptación. Y estas interceptaciones a su vez facilitan el contraataque, que como vimos es la consecuencia natural de esta defensa en zona retrasada que invita al ataque a dejar amplios espacios a su espalda. Como además los jugadores no han perdido su posición durante la fase defensiva, al recuperar el balón se encuentran en una buena posición para iniciar el ataque y tienen amplias opciones de pase. A estas ventajas López Ramos añade que la defensa en zona supondría un menor esfuerzo físico y un mayor uso de la inteligencia del jugador, al mismo tiempo que promovería un sentido de solidaridad colectiva.

También existen sin embargo desventajas en la defensa en zona. En el caso de Csanádi son tantas que su uso queda limitado a aquellos casos los que los atacantes nos superen en “pericia y capacidad física” o nuestra única intención sea “impedir que el adversario alcance un gol” (1963, p. 426). Esta opinión se basa fundamentalmente en que el repliegue intensivo que conlleva la hace una táctica excesivamente defensiva que refrenan el “espíritu combativo” de los jugadores, favorece el desarrollo de “métodos mecánicos” y retarda la “formación de los propios ataques” (1963, p. 365).

Debemos tener en cuenta que el entrenador húngaro escribía en pleno apogeo de la WM, y entendía la defensa zonal –“territorial”– fundamentalmente como la defensa

piramidal. Los siguientes autores no son tan drásticos, pero sí señalan que la zona, al ser únicamente efectiva cerca del área, deja la iniciativa y amplios espacios al rival, especialmente en las bandas, que este puede aprovechar si mueve el balón con rapidez de un lado a otro (Dufour, 1970, p. 62). A estas consideraciones añade Garel que el hecho de que los jugadores se sepan protegidos puede tener un efecto perverso, pues en lugar de permitirles arriesgarse les puede hacer tomar una actitud pasiva, la misma que pueden tomar aquellos alejados del balón al no sentirse concernidos por la jugada (1969, pp. 229-30). López Ramos coincide con ellos y añade una desventaja táctica: la zona “permite la superioridad numérica del adversario al existir la posibilidad de que dos o más jugadores atacantes invadan la zona de un defensor a la vez (1982, p. 118).

Además de estas desventajas, este recorrido nos ha permitido identificar una tensión permanente entre la responsabilidad de marcar al atacante que penetra en la zona de responsabilidad y la responsabilidad de mantener al equipo unido y estar disponible para realizar las coberturas necesarias. La clave reside en cuál sea la función de los jugadores de segunda línea y aquellos alejados del balón: ejercer un marcaje individual sobre los atacantes o mantenerse como cobertura de la primera línea previendo que pueda ser superada.

Si entendemos que los jugadores marcan individualmente a quién penetre en su zona, cuando el poseedor del balón supere una línea de presión, el defensor de la segunda línea encargado de enfrentarlo estará probablemente realizando un marcaje sobre algún otro atacante, al que deberá abandonar. Por lo tanto, otro defensor deberá realizarle la cobertura y a este a su vez otro compañero, en una sucesión de coberturas. Nos encontraríamos por tanto ante una defensa individual que utiliza un criterio espacial para determinar a qué atacante marca cada defensor, pero que a partir de este reparto actuaría como una defensa individual ortodoxa.

Si por el contrario, entendemos que la segunda línea deberá centrarse en la posible cobertura de la línea de presión, el jugador con balón será la primera referencia del defensor incluso cuando no se encuentre en su zona, pues debe estar preparado para ayudar a un compañero superado. Ello implica que los jugadores deben estar atentos

al juego y no únicamente al marcaje, lo que de alguna forma supone que éste, si se realiza, no será muy estrecho, pues eso impediría mantener la atención sobre el juego.

Una dificultad similar encontramos al pensar en el desplazamiento en función del balón, que supone que el defensor debe elegir, cuando el balón se encuentra en la banda contraria, entre permanecer junto al jugador en su zona o desplazarse con el resto del equipo. Y aún tenemos que resolver la vulnerabilidad expuesta por López Ramos ante la ocupación de una zona por dos atacantes, momento en el que no queda claro que deberá o podrá hacer el defensor.

Es por todo ello que la zona únicamente será capaz, bajo este funcionamiento, de garantizar simultáneamente el bloque defensivo frente al balón, el mantenimiento de los defensores en sus zonas de responsabilidad, la marca o vigilancia de los adversarios que la penetran y una distancia entre líneas y compañeros tan estrecha que permita las coberturas mutuas e impida las superioridades numéricas del contrario si todo ello se ejecuta desde un repliegue intensivo frente a la portería. Solo en espacios muy reducidos es posible mantener una marcación estrecha al mismo tiempo que se está atento a las coberturas y al desplazamiento del balón, o llegado el caso, simplemente se puede generar una acumulación suficiente de jugadores para que el ataque no encuentre espacios libres, independientemente de los marcajes establecidos.

La revisión efectuada hasta el momento nos ha permitido ver que existían dos modelos puros de defensa, pero que ambos tenían fuertes vulnerabilidades. La fragilidad de la defensa individual frente a los cambios de posición y la superación de los defensores fue evidente a los pocos años de su introducción, lo que hace decir ya al propio Csanádi que los movimientos en profundidad y transversales de los delanteros “han obligado a la defensa a modificar parcialmente el principio defensivo basado en el marcaje riguroso” (1963, p. 364).

Al mismo tiempo, la dificultad de compaginar el marcaje individual en la zona y el bloque defensivo hacía que la zona solo se pudiese practicar acompañada de un repliegue defensivo que cedía la iniciativa al rival y dejaba al equipo a expensas del contraataque.

Es por ello que todos los textos hacen referencias a mejoras de los sistemas originales que pretenderían solventar sus limitaciones o compaginar lo mejor de ambos, y que pueden resumirse bajo la idea de *defensas mixtas*. Estas defensas consisten fundamentalmente en incluir un criterio espacial en el funcionamiento de la defensa individual.

En primer lugar, la persecución de jugadores por todo el campo tenía numerosas desventajas, por lo que rápidamente los equipos pasaron a asignar a cada defensor un espacio en el campo, su zona natural de desempeño, en cuyo interior defenderían individualmente a todo aquel que lo penetrase. Si el jugador marcado abandonaba esa zona, el defensor abandonaba su marca y traspasaba esa responsabilidad al defensor situado en la nueva zona ocupada por el atacante. Esa es la solución propuesta por Csanádi (1963, p. 427), aún con una defensa de tres, y por Garel, Dufour y Herbin ya con la defensa de cuatro. Sin embargo, mientras que para el autor húngaro ello sigue siendo una defensa individual, para los franceses el hecho de abandonar parcialmente el criterio individual les hace considerar que en este caso no podemos hablar de defensa individual, sino de defensas mixtas (Dufour, 1970, p. 61; Garel, 1969, p. 232; Herbin, 1976, p. 112), que conjugan la referencia espacial de la zona con la seguridad del marcaje individual. Una idea similar encontramos en Geronazzo, que se refiere a este tipo de defensa como defensa combinada o defensa “hombre a hombre en zona” (Geronazzo, 1980, p. 172). Y esas marcas individuales limitadas a un espacio coinciden con la definición que Jago hace de la zona (1974, p. 67). Por su parte, el español López Ramos (1982, p. 98)) modifica parcialmente la definición de la defensa mixta, pues entiende que el defensor siempre se sitúa en una zona, pero una vez el atacante la penetra, le seguirá allá donde vaya, incluso fuera de su zona. Es decir, que tomará la marca de quien penetre en su zona, pero luego no la abandonará hasta que no finalice la jugada. De hecho, López Ramos coincide con Gordon en entender que un marcaje individual limitado a una zona es defensa en zona (1982, p. 96). Paradójicamente, en este caso defensa individual y en zona serían idénticas mientras que el atacante no decidiese abandonar su área natural de desempeño.

Llegados a este punto observamos que por encima de la diferente terminología empleada y de los matices en el funcionamiento, nos encontramos ante un sistema

defensivo muy similar en todos los casos, que supone asignar zonas de responsabilidad a los defensores, donde ejercerán la defensa individual. De esta forma se solventaría el problema de los espacios generados por los arrastres y la consiguiente desorganización defensiva. Junto con este criterio, los autores también coinciden en añadir un mecanismo para solventar el otro problema recurrente de la defensa individual, que era la superación de su par por un atacante: la cobertura en diagonal.

Ya el propio Csanádi la describe ampliamente, recalando que esta supone que los defensores se vayan retrasando conforme se sitúan más lejos del balón, construyendo así una línea diagonal que va desde el defensor más cercano al balón hasta el defensa más alejado que será también el más retrasado. De esta forma, el jugador más adelantado será el lateral que se enfrenta al poseedor del balón y el más retrasado el lateral del lado contrario. Esto posibilita las coberturas sucesivas, pues “si, por ejemplo, el extremo rebasa al defensa lateral izquierdo, el defensa central puede cruzarse fácilmente en su camino” (1963, p. 400). Si eso ocurre, su marca sobre el delantero centro deberá ser tomada por el lateral del otro lado, generando un movimiento de coberturas similares. Y lo mismo sucederá si el desequilibrio sucede en otra parte del campo (1963, pp. 402-3).

Ello implica que los defensores no solo deben estar atentos a su marca, sino que deben “controlar en cada momento del juego su posición relativa al enemigo y a sus propios compañeros de defensa” (Csanádi, 1963, p. 363), de forma que en cada momento puedan garantizar la marca y al mismo tiempo acudir a la cobertura del compañero en apuros.

La cobertura en diagonal es descrita en términos similares por Dufour (1970, p. 63) y Garel (1969, p. 241), y Geronazzo dedica varias páginas a describir cuáles deben ser los movimientos de cobertura según cuál sea el defensor superado y en qué zona del campo tenga lugar, un diseño que debe llevar a cabo el entrenador hasta “estructurar un completo sistema de marcación como si fuese un mecanismo de relojería” (1980, p. 146).

Queda por responder la cuestión de en qué se diferencian estas defensas mixtas de la defensa en zona que venimos de analizar. Dufour habla de que las defensas mixtas son

de predominio zonal o de predominio individual (1970, p. 69) dando a entender que habría un continuo entre ambas formas puras y que la defensa mixta no tendría una entidad propia, sino que sería únicamente su mezcla. Lo mismo sugiere Garel al decir que hay que elegir entre un “espíritu dominante” zonal o individual (1969, p. 233) y especifica que la cobertura al compañero sería mayor que en la defensa individual – inexistente– y el marcaje más estrecho que en la zona, es decir, que se mantendría un equilibrio entre la necesidad de cubrir al compañero y la de marcar al propio atacante. Herbin entiende que se trata de una defensa mixta porque el defensor no abandona su zona para seguir a su par, pero sí efectúa un marcaje, lo que indicaría que ese *vigilar y atacar* de la defensa en zona no podía considerarse como tal (1976, p. 129). Añade además que esta defensa no invalida la función del líbero, que puede compatibilizarse y que de hecho es esa combinación la más utilizada en Europa en ese momento. Para López Ramos la diferenciación es más fácil, puesto que en su caso en la defensa mixta se sigue al par por todo el campo una vez iniciada la jugada, y la diferencia con la zona sería por tanto evidente.

De todo ello se deduciría que el marcaje que los defensores efectuaban en la defensa en zona no sería un marcaje hablando de forma estricta, sino algún tipo de vigilancia o control. Como diferenciar entre marcaje y vigilancia parece difícil, entendemos que una vez más se trata de una cuestión espacial, del lugar donde se realiza el marcaje. Parece que la zona, al replegarse y crear ese amontonamiento de jugadores, limitaba el marcaje a las inmediaciones del área, donde además era imposible distinguir entre marcaje y vigilancia. Por el contrario, la intención de estas defensas mixtas es, manteniendo la referencia espacial, realizar el marcaje por todo el campo, o al menos por todo el campo propio, recuperando así la iniciativa. Ese es precisamente la principal funcionalidad de la cobertura en diagonal, ocupar el campo longitudinalmente. Es lo que sostiene Geronazzo, que la defensa combinada sería imprescindible para llevar a cabo lo que él denomina *fútbol en bloque*, que defiende en “todos los sectores del campo” porque procura el “control del medio campo, atacar y defender en masa”, mientras que por el contrario, el *fútbol de contraataque* brasileño, que regala el medio campo y ataca en oleadas, se fundamenta en una defensa en zona con “marcación férrea solamente a la altura del área del penal” (1980, p. 129).

Si retomamos todo lo analizado hasta ahora y lo contextualizamos en el recorrido histórico precedente, tendremos que en un principio la WM propuso una defensa individual rígida, en la que cada defensor seguía a su par por todo el campo. Este sistema era más efectivo que la defensa piramidal basada en el fuera de juego, que se había hecho impracticable con el cambio de la norma del fuera de juego, por lo que se impuso como mayoritario en casi todo el mundo.

Sin embargo, las debilidades de una defensa individual estricta fueron rápidamente evidentes, tal y como hemos analizado, lo que llevó a dos estrategias diferenciadas: o bien la introducción de un hombre libre encargado de las coberturas, o bien la introducción de un criterio espacial en la marca y un sistema de coberturas. El líbero triunfó en todo el mundo en un primer momento y posteriormente quedó fuertemente establecido en la Europa Continental hasta los años ochenta, mientras que ingleses y hasta cierto punto los argentinos terminaron diseñando sistemas de coberturas completos que les permitían llevar a cabo marcajes individuales limitados a zonas del campo sin ceder espacio al rival. Esas defensas, ya fuesen denominadas zonales o mixtas, se diferenciaban de la defensa individual únicamente en el abandono de la marca cuando el atacante se alejaba demasiado, pero tenían en el marcaje individual su fundamento.

La zona pura quedó limitada a ciertos equipos y tradiciones, y en especial la brasileña. Allí, se prefirió ceder espacio al rival y acumular hombres frente a la portería para garantizar la libertad ofensiva de sus jugadores.

Esta visión de conjunto coincide con la expresada en el informe técnico de la Copa del Mundo de 1982, que coincide con la publicación del último libro analizado en este epígrafe, el de López Ramos. La defensa zonal pura fue utilizada únicamente por Brasil, mientras que el líbero era utilizado por el resto de equipos, incluida Argentina, muchos de ellos sin embargo hacían un reparto espacial de la responsabilidad en el medio campo y probablemente intercambiaban marcas en defensa cuando los delanteros cambiaban posiciones.

Se tratará a continuación de establecer las posibles evoluciones en los sistemas defensivos que expliquen el paso de esta situación de hegemonía de una defensa con líbero y marcaciones individuales a una defensa zonal a lo largo de la década.

2.2.2.2. El surgimiento de una nueva zona: zona tradicional y zona moderna

La revisión de la literatura sobre los sistemas defensivos nos ha permitido construir definiciones de la defensa individual y la defensa zonal, y se trata ahora de ver si tuvo lugar la irrupción de una nueva forma de entenderlas a partir de los años ochenta.

En ese sentido observamos que junto con dos manuales que definen la zona de forma similar a lo expresado hasta ahora, *Fútbol. Entrenamiento de la técnica, la táctica y la condición física*, escrito por Gerhard Bauer de 1998 y el texto de la Escuela Nacional de Entrenadores escrito por Mariano Moreno *Táctica, estrategia y sistemas de juego*, en su edición de 1998, encontramos primero una serie de textos que identifican dos tipos de defensa en zona, una tradicional, y una nueva zona fundamentada en el control del espacio. Estos textos son los de Jorge F. F. Castelo *Fútbol, Estructura y dinámica del juego* de 1999, y *Jugar en defensa*, de Jens Bangsbo y Birger Peitersen, de 2002 y *Fundamentos del fútbol y del fútbol sala* de Pino, De la Cruz y Moreno (2010). De forma suplementaria encontramos otros cinco textos contemporáneos que se centran exclusivamente en esa nueva defensa zonal sin hacer referencia ni a la defensa individual ni a la defensa en zona tradicional. Estos textos son: *Fútbol en zona* de Felice Accame (1995), *La zona en el fútbol* de Raúl Caneda Pérez (1999), *Entrenamiento de los conceptos tácticos defensivos* de Manuel Conde y Argimiro Alonso (2006), *Defensa en zona en el fútbol*, de Nuno Amieiro (2007).

Comenzando con los dos primeros textos, el de Bauer (1998, p. 108) y Moreno (1998, p. 105), ambos definen la zona tal y como ya vimos como la asignación de unos espacios de responsabilidad donde el jugador debe marcar a quién la penetre. Es decir, que claramente se indica que dentro de cada zona se llevará a cabo una marcación individual.

Ambos autores coinciden también en señalar que el momento más crítico en este sistema defensivo es cuando un jugador abandona una zona para penetrar en otra. En ese momento debe producirse un cambio de marcas, por el que el jugador de la zona original “entrega” (Bauer, 1998, p.107) la responsabilidad de la marca al responsable de la nueva zona, lo que exige “gran atención y necesita de una perfecta cohesión y entendimiento del bloque defensivo” (Moreno, 1998, p.105).

Moreno menciona explícitamente la existencia de líneas defensivas, y remarca la importancia de que permanezcan juntas para evitar la aparición de espacios. Aunque Bauer no las menciona, pero sí subraya que, cuando un defensor sea desbordado, el compañero más cercano deberá realizarle la cobertura, siendo responsabilidad del primer defensa ocupar posteriormente la posición que el compañero que le ayudó abandonó. Esta declaración no solo supone un reconocimiento implícito de la existencia de líneas, sino que también supone afirmar que, además de marcar al jugador en su zona, el defensor tiene la obligación de mantenerse atento al juego para poder ayudar a sus compañeros.

Este autor no profundiza más en los posibles desacoplamientos de la defensa en zona, cosa que sí hace Moreno. Al igual que los autores anteriores, destaca que se pueden producir superioridades numéricas cuando dos atacantes ocupen una misma zona, como también pueden surgir espacios en las bandas cuando el equipo se concentre en el centro. Y también repite los argumentos sobre una posible falta de agresividad y mayor espacio a los rivales por tratarse de una defensa en zona. En definitiva, “de faltar plena atención y sentido del sacrificio difícilmente habrá efectividad” (Moreno, 1998, p.106).

Al mismo tiempo, también reafirma algunas de las ventajas que vimos anteriormente asociadas a la zona: permite a los jugadores desenvolverse en su zona habitual y explotar sus mejores características, así como desarrollar su capacidad ofensiva. Al mismo tiempo, reduce los espacios al rival, especialmente en las zonas de tiro.

Como vemos, ambas descripciones coinciden con las realizadas por los autores previos, si bien difieren en una característica fundamental: ninguno de los dos autores menciona la existencia de un repliegue intensivo cerca del área, ni tampoco la

subsiguiente vocación de contraataque. De hecho, Moreno incluso explicita que la línea defensiva podrá situarse más o menos distante de la portería, y Bauer comenta que, por un lado, la defensa zonal se juega generalmente con una defensa en línea, es decir, buscando el fuera de juego, y que es posible completarla con un pressing en todo el campo que supone también la subida de las líneas (Moreno, 1998, p.106; Bauer, 1998, p.98).

Por lo tanto, los dos autores consideran posible ocupar el espacio de forma efectiva sin recurrir al retraso de las posiciones. Para ello incorporan dos herramientas tácticas ausentes de las definiciones previas: el fuera de juego y el pressing. Como hemos ido viendo, ambas herramientas eran conocidas previamente, pero se consideraba que el fuera de juego era una herramienta ocasional y poco efectiva a largo plazo, mientras que el pressing no se asociaba con un tipo de defensa concreto, sino con la actitud de delanteros y centrocampistas.

Sin embargo, así como la defensa en línea se considera una herramienta conocida desde los años cincuenta, el nacimiento del pressing es más reciente, situándose en los años setenta. Como vimos al hablar del Fútbol Total, el creador del pressing Rinus Michels lo entendía como parte de una defensa individual, por lo que podemos suponer que su uso combinado con el fuera de juego y la zona es una variación reciente cuyo desarrollo puede explicar en parte las diferentes visiones de la zona que surgieron en los años noventa. Para confirmar la hipótesis, debemos continuar con nuestra exploración de los modelos zonales.

En ese sentido, hemos encontrado tres textos, *Fútbol, Estructura y dinámica del juego* de Jorge F. F. Castelo (1999), *Jugar en defensa*, de Jens Bangsbo y Birger Peitersen (2002), y *Fundamentos del fútbol y del fútbol sala*, de José Pino et al. (2010), que definen dos modelos de zona, uno basado en el marcaje individual y otro basado en la ocupación de los espacios.

Comencemos por el trabajo de Bangsbo y Peitersen (2002). Estos autores sostienen que, partiendo de una definición común de la defensa en zona, que sería aquella en la que cada jugador es responsable de una zona del campo (2002, p.89), existen dos tipos de defensas zonales. Uno sería la defensa zonal con marcaje al jugador, en la que cada

defensa marca al contrario que entra en su zona (2002, p.92) y que Castelo llama simplemente defensa en zona (1999, p. 136). A estas definiciones ambos títulos añaden las características habituales, como la división del equipo en líneas, limitación del espacio cerca del área, así como las ventajas y desventajas que ya otros autores mencionaron: se pueden crear superioridades numéricas si se ocupa un espacio con dos atacantes, y generar una cierta permisividad y falta de responsabilidad entre los defensores; por el contrario, permite al jugador ocupar la zona más habitual y adaptada a sus características, supone un menor esfuerzo físico y la colaboración permite solventar los errores individuales.

Pero al mismo tiempo ambos textos definen otro tipo de defensa zonal, llamada en el caso de Bangsbo y Peitersen defensa zonal con marcaje en zona (2002, p.90) y en el caso de Castelo, zona presionante (1999, p.137). Los primeros inciden en que los defensores se mueven en relación con sus compañeros, dando importancia secundaria a la marca individual, mientras que Castelo pone el énfasis en bloquear las zonas peligrosas y centrarse en cortar las líneas de pase.

Ambos documentos también inciden en la necesidad de que todo el equipo se mueva como un bloque en función de la posición del balón, manteniendo distancias cortas entre ellos, horizontal y verticalmente (Bangsbo & Peitersen, 2002, p.90). Para ello, los jugadores no solo deben desplazarse en bloque, sino que deben juntarse alrededor del balón, para bloquear posibles líneas de pase, aunque eso suponga que el defensor salga de esas zonas teóricamente asignadas, que se supeditan a las necesidades de la basculación y el cierre de espacios (Castelo, 1999, p.137).

En este caso, el marcaje individual al atacante en la zona se sustituye por una vigilancia simultánea del atacante, de la evolución del balón y del resto de compañeros, que son los que definirán la posición que el defensor individual ocupa en el campo (Bangsbo & Peitersen, 2002, p.80). En este tipo de defensa, además, el objetivo es ocupar todo el espacio, es decir, que no se limitan a retrasarse a las inmediaciones del área, sino que aspiran a defender en todo el campo (Bangsbo & Peitersen, 2002, p.91), puesto que utilizan el pressing y la línea como formas de reducir el espacio hacia arriba.

Finalmente, la obra de Pino y colaboradores (Pino, De la cruz, & Moreno, 2010) también incide en la misma diferenciación, aunque de nuevo nos encontramos con una diferencia terminológica. En primer lugar, la defensa en zona es aquella en la que “la ocupación de la zona inicialmente asignada a cada jugador se convierte en principio de actuación fundamental que marca toda la tarea” (2010, p.332). Dentro de esta concepción, existe la defensa zonal en línea de tiro, en la que:

La zona asignada sigue siendo lo fundamental, pero el oponente directo se convierte en un indicio más importante, al que se debe marcar muy cercano a esa línea de tiro de manera permanente aunque el balón se encuentre alejado. (2010, p. 333)

Mientras que en la defensa zonal en bloque defensivo “los defensores actúan en todo momento en bloque como unidad protegiendo la zona donde se encuentre el balón, cuya situación determina los desplazamientos de los jugadores” (2010, p.333). El objetivo de esta defensa es obtener una constante superioridad numérica alrededor del balón, que constituye la referencia dominante del sistema.

Vemos en estos tres autores que, partiendo de un sistema defensivo largamente establecido se ha ido desarrollando un nuevo sistema que subordina la marcación de los jugadores a la ocupación y protección de espacios en función de la posición del balón y del resto de compañeros, referencias que se encuentran por encima de la referencia individual de marcaje.

Encontramos, tanto en estos autores como entre aquellos del tercer grupo, que únicamente definen este nuevo modelo defensivo, referencias a este aspecto evolutivo, histórico, de los modelos zonales. Por ejemplo, ya recogimos la afirmación de Bangsbo y Peitersen del origen inglés de esta nueva zona (2002, p.90) mientras que Caneda considera que:

Con el tiempo el concepto zonal se ha ido enriqueciendo, puesto que a partir del posicionamiento clásico de repliegue y espera que le niega el espacio al contrario a través del agrupamiento, se ha ido evolucionando a una zona que procura impedir al contrario la gestación de su juego, para lo que utiliza dos factores como la presión y la línea adelantada (1999, p. 68)

Y Amieiro (2007, p. 48) siguiendo a Valdano (2002) sitúa este cambio en las innovaciones del entrenador italiano Arrigo Sacchi, que al incorporar el pressing a la zona habría dado lugar a la zona presionante que caracterizaba Castelo (1999).

Vemos por tanto que el nuevo modelo de zona tiene un elemento básico, la referencia del espacio por encima del atacante, y dos herramientas para controlar ese espacio, el pressing y la defensa en línea. Con esta idea nos adentramos en los estudios exclusivos de la zona moderna. Esta idea de una defensa en zona con el espacio como referencia fundamental es el eje de una serie de trabajos que ni siquiera tienen en cuenta la existencia de otros modelos, y que son *Fútbol en zona*, de Felice Accame (1994), *La zona en el fútbol* de Raúl Caneda (1999), *Entrenamiento de los conceptos tácticos defensivos* de Manuel Conde y Argimiro Alonso (2006), *Defensa en zona en el fútbol*, de Nuno Amieiro (2007), y *Fundamentos tácticos defensivos* de Argimiro Alonso (2009). La referencia más antigua, Accame (1994) lo es más aún si consideramos que fue escrito originalmente en 1983, pero se incluye en este grupo porque hace una definición de la zona como referencia principal. De alguna forma, si la obra de López Ramos (1982) cierra el tiempo de la defensa tradicional, Accame abre el tiempo de la nueva defensa zonal, reforzando así la idea de la década de los ochenta como periodo fundamentalmente transicional.

La nueva defensa en zona busca, como acabamos de decir, controlar el espacio. De esta forma se pretende eliminar el principal inconveniente de la defensa en zona tradicional, que como hemos visto se mostraba incapaz de abarcar todo el espacio de juego y se veía forzada a asumir una posición de repliegue cerca del área.

Para poder ocupar todo el espacio, y sustituir una defensa en profundidad por una defensa en amplitud, es necesario en primer lugar reducir el espacio efectivo de juego. Es aquí donde juega un papel esencial la defensa en línea. Al situar a la última línea defensiva en una línea horizontal, se logra anular el espacio detrás de ésta, haciéndolo impracticable. No se trata de ejecutar la trampa del fuera de juego de forma ocasional, sino de mantener una barrera permanente al avance de los atacantes, obligándoles a retrasar sus posiciones, es decir, que cuando se produce el fuera de juego “se trata

más de un fuera de juego obtenido por defecto del atacante que por mérito propio” (Caneda, 1999, p. 80).

La línea horizontal permitirá que la última línea avance sin peligro de verse sorprendida a sus espaldas, lo que a su vez permitirá que el equipo se encuentre mucho más compacto, con menores distancias verticales entre líneas.

Su existencia nos posibilita la gestión del espacio de juego efectivo en profundidad. Esto es, nos permite disminuir la profundidad del proceso ofensivo del adversario, y por tanto, dificultar la creación de espacios libres. (Amieiro, 2007, p. 46)

Para lograr que el equipo sea aún más compacto, las distancias horizontales entre jugadores también serán reducidas, juntándose alrededor del balón. Se logrará así el objetivo prioritario de esta defensa, que es el colapso del espacio alrededor del balón mediante una permanente superioridad numérica (Caneda, 1999, p.69). Se trata de “procurar hacer el “campo pequeño”, creando superioridad numérica junto a la pelota y reduciéndole el espacio y el tiempo en el campo” (Amieiro, 2007, p. 39).

El balón, constituye, por tanto, la primera y principal referencia de la defensa. Es en torno a él en torno al cual deben organizarse y situarse los jugadores en el momento defensivo, y el que determinará en primer lugar sus posiciones. Junto a esta primera referencia, los jugadores deberán de tener en cuenta también a los compañeros, para conjuntamente, cerrar los espacios (Conde y Alonso 2006, p.89).

En suma, los espacios como gran “referencia-objetivo”, de “marcaje”, la posición del balón y, en función de ésta, la posición de los compañeros como principales “referencias de posicionamiento”, son tres presupuestos tácticos fundamentales, quizás los más importantes, de esta forma de organización defensiva. Son estas referencias defensivas que, cuando están correctamente articuladas, nos permiten obtener superioridad posicional, temporal y numérica en defensa. (Amieiro, 2007, p. 96)

Evidentemente, si el equipo bascula hacia el lado del balón, el lado contrario permanecerá relativamente desocupado y libre. Es lo que se conoce como la creación de una zona activa y otra pasiva. En la zona activa, alrededor del balón, se concentran

los defensores, mientras que la zona pasiva, a sus espaldas, se encontrará mucho menos ocupada. Para evitar que esta descompensación pueda ser aprovechada por los atacantes, es esencial utilizar el tiempo de desplazamiento del balón para bascular hasta ocupar la zona en la que este se encuentre, que se convertirá así en la nueva zona activa. Es la basculación “defensiva en conjunto, junto con el aprovechamiento de la regla del fuera de juego las que nos dan la posibilidad de concretizar tal intención” (Amieiro, 2007, p. 197).

El equipo por lo tanto se mantiene permanentemente posicionado en función de la posición del balón, de forma que a su alrededor siempre haya una alta densidad y los espacios libres se generen en los lugares más alejados de éste. Incluso en desplazamientos largos de banda a banda el equipo debe tener tiempo de bascular mientras el balón se desplaza, de forma que, para el momento en el que llegue a la zona pasiva, esta ya esté convenientemente ocupada y sea, por tanto, la zona activa.

Para que ello sea posible, no solo es necesaria la basculación rápida del equipo, sino que es también imprescindible que el poseedor del balón se encuentre permanentemente atacado por los jugadores más cercanos, de forma que vea reducidos su espacio y tiempo de reacción, así como su campo visual y sus opciones de pase.

En definitiva, se trata de colocar al equipo adversario y, en particular, al jugador en posesión de la pelota, bajo una fuerte reducción espacio-temporal para de ese modo inducirlo a error y recuperar el balón. (Amieiro, 2007, p. 51)

Es aquí donde entra otro aspecto capital de esta defensa: el comportamiento diferenciado del jugador sobre el balón respecto al resto. El primero debe intentar recuperar la pelota o al menos incomodar a su poseedor, el resto de jugadores tienen una doble tarea: por un lado, mantener una posición que les permita realizar la cobertura al defensor sobre el balón si este es superado; y al mismo tiempo situarse de forma que bloqueen tanto los espacios a donde puede dirigirse el atacante como las líneas de pase hacia sus compañeros.

Mientras que sobre el poseedor del balón se activa el marcaje al hombre, con los potenciales receptores se efectúa una estrategia de marcaje por anticipación que persigue el objetivo de dar cobertura a las trayectorias de pase potencialmente más peligrosas. (Caneda, 1999, p. 69)

Se trata de, aprovechando la reducción del espacio lograda con la línea y la basculación, generar un pressing constante sobre el balón que provoque el fallo de su poseedor. Así, defensa en línea y pressing eran para Accame en 1983 “métodos opcionales de privilegio no exclusivo, pero potencialmente preferentes” (1995, p.55), pero para los autores más modernos ya se han convertido en “elecciones condicionadas” (Caneda, 1999, p.77), es decir, en herramientas que no son exclusivas de la defensa en zona, pero que son necesarias para poner en práctica la zona moderna de forma eficaz, pues esta se basa en la reducción del espacio.

Puesto que seguramente sea imposible bloquear todas las líneas de pase, la defensa tenderá a bloquear aquellos espacios más peligrosos, especialmente los que supongan un avance del balón, forzando al ataque a jugar de forma predecible y en dirección horizontal o hacia atrás, movimientos ambos de menor peligro.

La gran preocupación es, por eso, “cerrar como equipo” los espacios de juego más valiosos (los espacios próximos al balón), para así condicionar al equipo adversario. (Ameiro, 2007, p. 31)

En esto es similar a la zona tradicional, con dos diferencias: primera, el lugar donde tiene lugar: en lugar de darse en las cercanías del área, la presión en la zona moderna puede ejercerse en cualquier parte del campo, y de preferencia lo más adelantada posible, de forma “que permita recuperar el balón en una zona lo más próxima a la portería contraria, facilitando así la participación directa en el ataque-contraataque de cualquier jugador” (Caneda, 1999, p.68)

Y en segundo lugar que la intención no es solo alejar el balón de zonas de peligro, sino llevarlo conscientemente allí donde el equipo tiene más posibilidades de recuperarlo, que no es sino donde el espacio es menor para el atacante:

Se debe considerar como un fundamento básico saber orientar el ataque contrario hacia donde tiene limitado su margen de maniobra, donde se

puede reducir su campo visual, por lo que es importante saber provocar el ataque del contrario hacia la banda, para reducir sus posibilidades de ataque. (Caneda, 1999, p. 78)

Todo lo anterior puede ser analizado en función del concepto clave de marcaje. En primer lugar, mientras que en la defensa tradicional los defensores tenían como prioridad marcar a quien entrase en su zona, en la zona moderna la prioridad será el cierre de los espacios, de forma que un atacante solo deberá ser marcado como consecuencia de esta voluntad. Es decir, “no hablamos del marcaje al hombre como tal, sino del marcaje situacional al hombre” (Caneda, 1999, p.70) o en palabras de Amieiro, “cualquier “marcaje próximo” a un adversario sin balón es siempre circunstancial y consecuencia de esa ocupación espacial racional” (2007, p.31). De hecho, la forma principal que adoptará este marcaje será la anticipación, pues se buscará prioritariamente interceptar los pases del jugador presionado.

Igualmente, otra de las ideas de la zona tradicional pierde su sentido en este contexto. Muchos teóricos subrayaban que era posible generar superioridades numéricas del ataque situando a dos jugadores en la misma zona. En la defensa moderna, se situarán alrededor del balón tantos jugadores como sean necesarios para controlar el espacio, siendo las distancias entre defensores muy reducidas, lo que no solo impedirá cualquier superioridad del ataque, sino que generará una superioridad numérica constante alrededor del balón.

De ahí que las zonas de responsabilidad de cada jugador no sean fijas y permanentes, sino que vienen determinadas por la evolución del juego, pudiendo reducirse o ampliarse las distancias entre jugadores en forma de acordeón simultáneamente en distintas partes del terreno de juego: más estrechas cerca del balón y posiblemente más amplias lejos de éste. Por eso los jugadores superarán sus zonas teóricas asignadas e invadirán las zonas de los compañeros cuando el juego así lo requiera. Típicamente, el lateral del lado contrario a donde se desarrolla el juego terminará situado en la posición del central de su lado cuando todo el equipo bascule a la banda contraria.

No teniendo todos los espacios el mismo valor, no tiene sentido atribuir a cada jugador siempre la misma zona. Cada jugador, coordinación con sus compañeros, debe cerrar diferentes espacios, según la posición de la pelota. (Amieiro, 2007, p. 189)

Por lo tanto, vemos como la referencia fundamental en este sistema defensivo es el balón. Seguidamente, deberá mantenerse la distancia con los compañeros tanto vertical como horizontalmente. Finalmente, deberá tenerse en cuenta los desplazamientos de los atacantes para ocupar y bloquear los espacios de manera dinámica. Lo que quiere decir que los jugadores deberán mantener múltiples referencias visuales, lo que les obligará a variar su posición y su mirada para alcanzar todo el campo.

Mantener una orientación postural, la cual estará en función de la posición del balón y que, al mismo tiempo, nos permita controlar a los adversarios y la colocación de nuestros compañeros. (Conde y Alonso, 2006, p. 91)

Y al mismo tiempo deberán mantener una comunicación visual y oral permanente con sus compañeros para coordinar sus movimientos.

Finalmente, hemos de referirnos a las consecuencias que para el ataque y para las transiciones defensa-ataque y ataque-defensa tiene la defensa en zona moderna. Para Caneda, la zona es un sistema defensivo, que sin embargo garantiza la mejor posición para iniciar posteriormente los ataques, puesto que los jugadores ya estarán situados adecuadamente y el conjunto de los espacios ocupados de forma racional, reuniendo así todos los momentos del juego, de forma que “el fútbol se convierte en un juego de un solo cuerpo y no se distingue claramente la fase de defensa de la de ataque, como ocurre en otros deportes” (1999, p. 78)

Amieiro (2007) va más allá, hasta afirmar que la zona es un sistema comprensivo de todas las facetas del juego, tanto el ataque y la defensa, como las transiciones, permitiendo adaptarse a lo que, siguiendo a Frade (2002), denomina “la entereza inquebrantable del juego”. Es decir, sería ilusorio separar los distintos momentos del juego puesto que este pasa de unos a otros constantemente, por lo que el sistema de juego debe dar respuesta a todos ellos de forma coherente y completa.

Esto es, precisamente, lo que lograría la zona, estructurar y preparar al equipo para adaptarse de forma natural a cualquier evolución y momento manteniendo un equilibrio posicional constante que le permita estar preparado para defender cuando ataca y para atacar cuando defiende:

Se trata de asegurar la permanente gestión colectiva del espacio y del tiempo en el juego, para el dominio de los momentos de transición ataque-defensa. Consideramos por eso que esta cuestión del equilibrio defensivo en ataque debe requerir un “pensamiento zonal”. (Amieiro, 2007 p. 135).

La zona se convertiría así no en un sistema defensivo, sino en una filosofía de juego que daría respuesta al juego en su totalidad, un “pensamiento zonal”.

Esta noción de totalidad debe aplicarse también no solo al juego, sino al equipo, que en la zona moderna actúa como un todo, por lo que las acciones y posiciones de los jugadores dependerán del desarrollo del juego y de las acciones y posiciones de sus compañeros, es decir, que los comportamientos se definirán de forma relacional, o situacional según Caneda, pero siempre en función del resto de comportamientos y no de manera aislada.

Esto es, respetando un referente colectivo, las tareas individuales de los jugadores tendrán que relacionarse y regularse entre sí. Solo así el “todo” (el equipo que se defiende) será mayor que la suma de las “partes” que lo constituyen (los comportamientos táctico-técnicos de cada jugador). (Amieiro, 2007 p. 59)

El equipo actuará como un sistema, sin necesidad de ser dirigido por un miembro concreto, como ocurría con la trampa del fuera de juego en la concepción clásica. Por el contrario, será la identificación de patrones de comportamientos la que desencadene las respuestas del equipo:

La existencia de señales/indicadores (referencias colectivas) que, cuando están debidamente identificados, lleven a los jugadores a pensar en la función de la misma intención al mismo tiempo y, con eso, el equipo actúe como un “todo” al defender. (Amieiro, 2007, p.111)

De esta forma, el equipo actuará al unísono, desarrollando sinergias, es decir, efectos mayores que la suma de las partes, o en las palabras de Julio Garganta recogidas por Amieiro, como si se tratase de un organismo vivo:

La zona es (...) defender como un tejido y no como un conjunto de células.

En el tejido, la individualidad celular se diluye en lo colectivo, lo individual solo existe en el conjunto. Fuera de ahí ¡es únicamente ruido!

En vez de transformar las tareas defensivas en una prueba de estafetas, las transformamos en un tejido vivo que actúa en conjunto. En un tejido inteligente que se va adaptando y que, fundamentalmente, va induciendo adaptaciones en el rival, o sea, que va adoptando formas y movimientos en el sentido de sacar ventaja con ello. (Amieiro, 2007, p.109)

Tras este recorrido por la literatura técnica estamos en condiciones de afirmar la existencia de dos sistemas defensivos zonales, que hemos denominado defensa en zona tradicional y defensa en zona moderna.

Ambas parten de una premisa básica compartida, la asignación de espacios de responsabilidad a los jugadores.

En el caso de la defensa en zona tradicional, estos espacios sirven de referencia para el ejercicio de la responsabilidad del marcaje, es decir, definen en qué área el marcaje de un atacante será responsabilidad de un defensor particular. En esta zona, el defensor deberá ejercer un marcaje individual sobre el atacante similar al de la defensa individual, pero cuando este atacante salga de la zona delimitada, la responsabilidad del marcaje pasará al defensor responsable de la zona anexa en la que este haya penetrado.

Por el contrario, en la defensa en zona moderna el defensor no tendrá un espacio fijo asignado, sino que este variará en función de la situación del balón y las circunstancias del juego. La referencia principal por tanto no será espacial sino funcional, es decir, las funciones que deberá realizar en función del contexto y que vendrán definidas por el funcionamiento colectivo del equipo. Esas funciones se desarrollarán en un espacio, como es evidente, pero no se tratará ni de proteger un espacio concreto ni de marcar a un jugador en particular, sino de colaborar con el resto de elementos del equipo para

alcanzar los objetivos comunes: evitar el gol, alejar el balón de las áreas críticas, dificultar su avance y finalmente recuperar el balón.

Así, mientras que la defensa en zona tradicional divide el campo en áreas y asigna un jugador a cada área con unas tareas propias e individuales, en la defensa en zona moderna el espacio será compartido y gestionado por el equipo en su conjunto, sin que puedan distinguirse zonas o tareas individuales. Mientras que la defensa en zona tradicional, siguiendo a Frade, propone una adición de espacios y tareas, la defensa en zona moderna plantea un funcionamiento colectivo e integrado de efectos multiplicativos, es decir, mayor que la suma de las partes. En ese sentido, únicamente la totalidad que es el equipo puede considerarse como el sujeto, sin que tenga sentido referirse a las tareas o funciones de los individuos, que variarán a cada momento en función de las necesidades de ese “organismo vivo” que es el equipo.

El análisis de la literatura sobre los métodos defensivos, junto con la revisión previa de la literatura sobre la evolución de los sistemas de juego nos permiten por tanto situar el contorno histórico de esta investigación. A lo largo de los años ochenta, nuevas formas de entender la defensa en zona, que permitían aumentar su eficacia y alcance, fueron haciendo aparición. El éxito continuado de estos modelos provocó su adaptación generalizada, desbancando a la defensa individual con líbero como el modelo mayoritario en Europa. La vivencia de ese proceso en España por parte de los miembros de la comunidad del fútbol profesional, inmersos además en un profundo cambio de modelo de negocio e institucional, constituye el objeto de esta investigación.

CAPÍTULO 3

METODOLOGÍA

CAPÍTULO 3: METODOLOGÍA

El siguiente capítulo explicita las principales operaciones metodológicas llevadas a cabo en el proceso investigador, desde la construcción de la hipótesis y los objetivos, pasando por la selección de las herramientas de investigación hasta el proceso de análisis del material.

3.1. Hipótesis

La hipótesis fundamental es que la táctica es un producto socialmente determinado y determinante, que se modela en función de las condiciones sociales e históricas de su producción y al mismo tiempo modela la apropiación que el sujeto hace de su práctica y que la sociedad tiene de ésta.

En consecuencia, se puede extraer una hipótesis operativa que es la siguiente: el paso de la defensa individual a la defensa en zona se explica en parte por el contexto social y al mismo tiempo modifica la imagen social del fútbol profesional y las prácticas e identidades de los agentes inscritos en ella.

3.2. Objetivos

Los objetivos de la presente investigación son los siguientes:

- Describir las características de la zona y los valores y discursos asociados a ésta.
- Determinar cómo el contexto social influyó en la recepción, aceptación e instauración de la zona en el fútbol profesional español.
- Identificar los cambios en la cultura profesional y en los habitus de los futbolistas y entrenadores profesionales provocados por la zona.
- Señalar las modificaciones en la cultura del fútbol profesional español y su relación con el cambio institucional y económico en marcha.

3.3. Método

3.3.1. Aproximación cualitativa

En función del objetivo central de la investigación se consideró que el uso de técnicas cualitativas de investigación era la elección más apropiada para determinar las motivaciones de los actores y sus sistemas de creencias.

Para Ortí, la investigación cualitativa es fundamentalmente una metodología del análisis del discurso. Como tal, se ocupa de la comunicación simbólica que se estructura a través del lenguaje como sistema de signos y que al mismo tiempo es utilizada por los sujetos para expresar su subjetividad, transformándola en habla, en producción concreta. Es por tanto una técnica necesaria cuando se pretende conocer los motivos y deseos profundos, la interpretación motivacional de los individuos y su imbricación en el universo estructural de los discursos, la dimensión semántica. El sentido tanto personal como social de los discursos. Esa construcción simbólica no equivale al conjunto de lo real social, pues limitando su autonomía están, en un nivel macro, los hechos entendidos como proceso de producción material de bienes, y en un nivel micro, la propia estructura psicológica de los individuos y su constitución biológica. Esos límites limitan la significación del discurso, que contrariamente a las corrientes estructuralistas, no es un libre juego en función de las normas del lenguaje que se impone a unos sujetos pasivos que son hablados por el discurso. Esta crítica a los enfoques estructuralistas o textualistas es compartida por Alonso (1998), pues ambos rechazan que el individuo no sea más que un receptáculo de discursos sociales sobre los que no tienen ningún control, sino que por el contrario el discurso tiene un límite en el contexto social, que es el que lo posibilita y explica.

Por tanto, el análisis del discurso nos permite dibujar el mapa de fuerzas de las posiciones ideológicas, su “estructura significativa y la dialéctica interna” (Ortí, 1996, p. 191), pero la cuantificación del peso de esas posiciones en la realidad social será tarea de la técnica cuantitativa, pues el análisis del discurso es incapaz de hacerlo. Es por eso que para él técnicas cuantitativas y cualitativas son complementarias por deficiencia, pues cada una llega donde la otra no puede: la técnica cuantitativa permite conocer la distribución de casos, pero la construcción de las categorías del discurso corresponde a un trabajo cualitativo. Aunque, de alguna forma, lo cualitativo sería previo a lo

cuantitativo, pues es el trabajo de categorización el que permitiría la cuantificación posterior, Ortí prefiere describir la relación como de complementariedad y no de dependencia, como hace Ibáñez. Lo que sí comparten es la idea de que la técnica cuantitativa es distributiva, informa de la distribución de ciertos hechos o cualidades en la población, mientras que la técnica cualitativa es estructural busca identificar el orden social, y por tanto ordenar la realidad. Para Ortí, el análisis del discurso, si bien es técnica estructural, no es la única posible estrategia para alcanzar ese conocimiento del orden social, tarea que dejada solo en manos de este análisis corre el riesgo de confundir el todo, la sociedad, con una parte, el discurso.

El análisis del discurso siempre es interpretativo porque el lenguaje, aunque es un sistema coherente de signos, el proceso de comunicación no es perfecto e inteligible externamente, sino que necesita de la interpretación del receptor, es tendente a equívocos y ambigüedades, y sobre todo porque el sentido último del discurso, el por qué y el para qué, no son nunca explícitos, sino que deben desentrañarse, esto es interpretarse. Como interpretación, su capacidad para describir fielmente la realidad estará siempre en entredicho, pues será una visión parcial y subjetiva, pero si se quiere alcanzar una producción es inevitable atreverse con el abismo de “la cuestión radical del sentido del discurso” (Ortí, 1996, p.201).

La posible crítica de falta de objetividad de la metodología cualitativa tiene su respuesta en la oculta subjetividad de la metodología cuantitativa. En la construcción del objeto y en la organización de los datos, siempre hay una operación de interpretación que da sentido a la realidad y que parte de la subjetividad. Proponer que la metodología cualitativa no sería fiable por falta de objetividad es no entender que toda investigación sociológica, en tanto en cuanto que supone la implicación de un sujeto analista, conlleva ya un ejercicio subjetivo, la “inevitabilidad epistemológica de la interpretación en el análisis sociológico” (Ortí, 1996, p.207). En último término, la interpretación es necesaria como paso de la construcción teórica, y es la teoría la que da sentido y estructura al dato. Es decir, que la distribución de los fenómenos conlleva una creación de categorías que revela el análisis estructural del que las técnicas cualitativas forman parte, pero la organización en un todo coherente de esas categorías, la revelación de una lógica sistémica, es una operación teórica superior que

es aún más profundamente subjetiva, y que si por tanto es menos científica en el sentido positivista, permite obtener “las conclusiones de mayor relevancia” (Ortí, 1996, p.209), esto es, un esquema comprensivo de la realidad social. El ejercicio teórico es necesario para entender la realidad, pero provoca la puesta en cuestión del edificio epistemológico del positivismo, pues si entendemos la realidad a través de teorías, es imposible hablar de un saber objetivo, pues el saber será siempre el resultado de la dialéctica entre teoría y práctica. Entonces, “el *enfoque cuantitativo* y el *enfoque cualitativo* no se contraponen así mediante la falsa dicotomía de “*lo verificable*” y “*lo no verificable*”, sino en cuanto dos distintas formas de la *interpenetración de la teoría con la realidad*” (Ortí, 1996, p.213) y ambos igualmente limitados en su capacidad de explicación de la realidad social.

En esa interpenetración, el papel de la metodología cualitativa es la interpretación del discurso, entendida como la identificación de los procesos en marcha del preconsciente ideológico, las “significaciones y valores implícitos del discurso” (Ortí, 1996, p.198), gracias a la capacidad que tiene cualquier discurso de combinar lo que se dice explícitamente, con el contenido ideológico implícito, latente, bajo la forma de lo que no se dice pero se sugiere y de lo que se dice sin querer. Ese contenido ideológico es revelado por el análisis semántico y semiológico que permite descubrir las relaciones de sentido complejas de los conceptos entre sí y con referentes e ideas superiores, que refieren a una forma de ver el mundo, una ideología. Esta ideología debe ser puesta en relación con los procesos sociales, es decir, el análisis del discurso permite establecer una relación dialéctica entre realidad social y formaciones discursivas, yendo y viniendo del individuo a la sociedad y viceversa hasta identificar lo que de social está en la interpretación que el individuo hace de la realidad. Es decir, que “el contexto de su interpretación está representado por una visión global de la situación y del proceso histórico en que emergen los discursos ideológicos” (Ortí, 1996, p.202). Una búsqueda de la génesis sociohistórica del discurso que debe ser pragmática en el sentido bourdiesiano, es decir, encuadrada en “el campo de las prácticas sociales efectivas” (Ortí, 1996, p.202) y no como construcciones abstractos y posiciones ideológicas idealizadas. Es esa imbricación sociohistórica la que hace de cada habla un proceso de producción único y propio del agente, y no la simple

reproducción de estructuras idiomáticas universales (estructuralismo) o profundas de la personalidad (psicoanálisis).

Puesto que, como venimos sosteniendo siguiendo a Ortí, cada una de las técnicas cualitativas no son más que herramientas parciales y limitadas, “solo una minúscula ventana, que parece abrirse, de forma aleatoria, a cualquier parte de tan vasto e indefinido horizonte” (Ortí, 1996, p.212), es necesaria desarrollar la mayor complementariedad posible entre ellas. Por ello, se decidió utilizar fundamentalmente la entrevista en profundidad pero complementarla con el análisis documental.

3.3.1.1. Análisis documental

El carácter histórico de la investigación, por tratarse de un fenómeno concluido, hacía necesario el acopio de información documental que permitiese reconstruir la época y al mismo tiempo contextualizar los discursos recogidos. Era pues una estrategia necesaria para enriquecer la investigación.

Al mismo tiempo podía ser utilizada como herramienta de triangulación, enfrentando sus discursos a los de los entrevistados. Lo importante era aplicar una mirada sociológica a la hora de analizarla partiendo del tipo de verdad que produce, entender que la prensa debe ser interrogada no como registro del hecho, sino como expresión de una ideología, y a la que por tanto se le puede someter al mismo análisis del discurso que a una entrevista en profundidad. Por tanto, los discursos periodísticos son interpretados y en ese sentido transformados.

Como tal, debía tener una cierta representatividad, motivo por el cual se eligieron lo que eran de alguna forma los extremos ideológicos en el campo deportivo de la época: la visión renovadora de El País con la visión tradicional de Marca. No se llevó a cabo un análisis sistemático de la producción periodística –lo que hubiera sido simplemente inabordable– sino que a partir de una primera lectura completa de la prensa se recurrió a ella para contrastar y contextualizar afirmaciones y preparar entrevistas.

Como estrategia alternativamente, se realizaron búsquedas específicas a través de Internet de aquellas temáticas o sujetos que surgían en las entrevistas y revestían interés, y así se pudo acceder a entrevistas periodísticas o reportajes sobre personajes

o eventos de la época que ayudan en ese trabajo de contextualización. En este caso, los medios no se redujeron a El País y Marca, sino a toda fuente documental online disponible.

3.3.1.2. Entrevistas en profundidad

El análisis del discurso necesita de discursos que analizar. Por ello, se desarrollan técnicas concretas que son sino dispositivos de producción de discursos: el grupo de discusión y la entrevista en profundidad, cada uno con sus contextos, operaciones, potencialidades y límites.

En este caso, se ha optado por la entrevista en profundidad. Para Ortí e Ibáñez, el grupo de discusión configura un contexto más adecuado para hacer emerger el discurso ideológico del grupo de referencia por encima de las interpretaciones individuales precisamente por su carácter grupal, pero también porque el contexto de producción está expresamente diseñado para generar la idea del grupo como un trabajo, una práctica ligada a un objetivo, entre los propios participantes.

Sin embargo, la entrevista en profundidad también tiene sus propias potencialidades. Como en el grupo de discusión, lo que se busca en la entrevista personal no es la individualidad del sujeto, su personalidad íntima expresada, sino por el contrario lo que en él depende de su constitución social, de su posición de clase y su grupo de referencia. La praxis social del grupo de referencia, sus mitos y creencias, su formación afectiva, todo ello emerge en el sentido que el sujeto da a su acción y que se expresa a través del discurso, “la forma social de la estructura de su personalidad” (Ortí, 1996, p.215).

Tiene, en realidad, los mismos objetivos que el grupo de discusión, y Ortí considera al segundo como técnica más efectiva para generar esos discursos tipificados de una posición social. La entrevista en profundidad tendría como única ventaja la creación de un espacio de interacción muy intenso entre entrevistado y entrevistador. Ello permite la aclaración de significados y una relación de comunicación más estrecha y más exhaustiva que genera también una empatía e intimidad distintas entre entrevistado y entrevistador y puede dar lugar a una mayor confianza que permite la expresión no solo del discurso del grupo social de referencia, lo que el entrevistado cree que debe

decir, sino la expresión a través de esa intimidad de su resistencia o incomodidad ante el discurso dominante, es decir, permite expresar en cierta forma la disidencia y el sufrimiento psíquico que implica la conformidad.

Alonso (1998) coincide en afirmar que la subjetividad es la principal característica de la entrevista en profundidad, entendida como expresión emotiva que muestra la posición del hablante frente al objeto hablado, es decir, que infiere sobre lo que se habla su opinión, valores y experiencia vivida, lo que focaliza el discurso no tanto en “los metalenguajes de colectivos centralmente estructurados, sino en las situaciones de descentramiento y de diferencia expresa” (Alonso, 1998, p.2). Además, la entrevista tiene la capacidad de hacer hablar al sujeto sobre sus prácticas, y no solo sobre sus ideas, a contextualizar estas en un comportamiento, a través de las preguntas biográficas, las que le sitúan como agente en un momento concreto. Nos permitiría así interpretar el discurso ideológico en su relación dialéctica con su práctica, observar sus límites o capacidad de imposición, y las tensiones que en ese quehacer acompañan a los sujetos, las contradicciones que implican.

El yo de la entrevista se construye como yo narrativo, como un yo que se cuenta historias para comprenderse, y que desde ese momento es fruto de una construcción narrativa y social, de un encaje del individuo en su contexto. Como construcción deformada de una memoria subjetiva, la entrevista no puede ser reflejo real de lo acontecido, ni siquiera de lo experimentado en el momento real por el interlocutor, sino entendida como construcción del pasado desde el presente, como intento de dar sentido a una serie de eventos y de situarse en ellos. Como construcción, el foco por tanto debe situarse en la relación de comunicación entre entrevistado y entrevistador, en el “juego de estrategias comunicativas” (Alonso, 1998, p.5) que no depende tanto de las reglas del lenguaje como de la interacción social de ambos como sujetos sociales y la creación conjunta del discurso.

La entrevista en profundidad es por tanto también una conversación, y en ese sentido el papel del entrevistador es crítico como dinamizador y como conductor de la entrevista, y también en su capacidad para adaptarse al entrevistado y adaptar la entrevista a éste, de forma que pueda producirse ese contexto de libertad percibida y

de confianza. En ese sentido, el orden de las preguntas, la forma de plantearlas y el rol global que debe asumir el entrevistador deben variar de una entrevista a otra para obtener el máximo rendimiento. El entrevistador debe ser, por tanto, “debe no solo ser un oyente empático, sino también un buen conversador, capaz de mantener un diálogo, y ser un teórico social, enlazando respuestas y contenidos en un amplio campo de conocimiento” (Alonso, 1998, p.8). Al mismo tiempo, la entrevista es una construcción discursiva única, y no un proceso de recogida de datos estandarizable, lo que significa que cada relación de comunicación es distinta y no reproducible, y por tanto no equiparable a un experimento científico en términos de replicabilidad o falsabilidad: la entrevista es un hecho único cogeneratedo por entrevistado y entrevistador en un momento y contexto único, y por tanto solo puede ser valorada por “sus resultados finales, por la riqueza heurística de las producciones discursivas obtenidas de ella” (Alonso, 1998, p.10).

En ese contexto comunicativo, Alonso distingue tres elementos: por un lado, la interacción se fundamenta en un contrato comunicativo que establece las responsabilidades de cada uno y los límites de la comunicación. El pacto es implícito, sobre códigos lingüísticos y reglas sociales, y explícito, pues el entrevistado deben, para producir un discurso significativo, saber cuál es el objeto de estudio y los términos en que su discurso va a ser utilizado. En ese pacto queda explícitamente determinada la posición directiva del entrevistador, que tiene el derecho aceptado de dirigir la entrevista hacia sus intereses.

Se produce a partir de ese momento un juego verbal, la experiencia de la conversación, con sus propias normas lógicas, pero que está supeditada a un juego social, a una distribución implícita de roles que es en último término un juego de poderes. En ese juego, el entrevistador debe adaptarse al entrevistado y adoptar una estrategia de presentación de sí mismo tanto en el lenguaje como en los gestos que permita el desarrollo de la confianza con el entrevistado. Como sostiene Ibáñez, la técnica cualitativa sigue el modelo de la confesión, y por tanto pretende generar confidencias, expresiones íntimas de la subjetividad que pueden ser sensibles o mostrar debilidad. Es por eso que siguiendo a Bourdieu Alonso recomienda reducir al

máximo la violencia simbólica que moviliza en cualquier contexto el experto, en este caso el investigador.

La principal particularidad de este estudio frente a otros similares es el carácter de los entrevistados, y con ello nos referimos a su condición de antiguos futbolistas profesionales. Ello los sitúa en una posición social elevada en muchos casos, fruto del capital económico acumulado, pero también con un status, todavía años después, de notoriedad social, de amplio capital social que los posiciona también en estratos superiores de la jerarquía social pero que sobre todo les dan una particular consciencia de sí mismos. Todo individuo actúa para la sociedad, cumpliendo los papeles que esta requiere y adaptándose a los distintos roles. El problema de los exfutbolistas es que esa representación social se hace más necesaria en tanto en cuanto no hablan únicamente para el entrevistador, sino que lo hacen, o creen estar haciéndolo, para la opinión pública. En ese sentido, ponen en juego su prestigio social al hablar, y es por tanto una operación especialmente arriesgada que les hace estar alerta y contener en la medida de lo posible su expresión emocional. El futbolista aprende desde muy joven a desconfiar de la entrevista, y tiene además un discurso estereotipado ya construido fruto de su contacto con los medios de comunicación, un contacto que no hace sino reforzar su desconfianza. Las estrategias de dilación y rodeo que utilizan en ese contexto comunicativo son también perfectamente aplicables a la entrevista en profundidad, lo que hace que, en realidad el entrevistador se enfrente a un experto en ser entrevistado, que no tiene nada de ese acercamiento inocente y por tanto vulnerable del entrevistado habitual. Finalmente, muchos de ellos son exfutbolistas pero no por ello se han desligado del fútbol, sino que siguen en él como entrenadores, comentaristas, etc. Por tanto, son miembros activos del campo y siguen comprometidos en él, y por tanto están inmersos en la lucha por su futuro profesional y económico.

En definitiva, es muy difícil que los exfutbolistas bajen la guardia, reduciendo las posibilidades de establecer ese contexto de confianza en el que se produce la confesión. La confesión tiene por objetivo hacer relucir como hemos visto la tensión entre la ideología de referencia y el individuo, lo que hay de inadaptación o conflicto, y expresa por tanto una cierta divergencia de la norma que para expresarse necesita del

contexto comunicacional adecuado. Alternativamente, como estrategia de investigación se intentaba siempre que era posible ligar los discursos a los hechos, como modo de hacer emerger esa contradicción por el método de recuperar recuerdos de elementos fácticos, limitados, donde el margen de interpretación fuese más limitado. Por ejemplo, recuerdos concretos de las disposiciones tácticas y de los entrenamientos de ciertos entrenadores o épocas. La otra estrategia fue simplemente la triangulación entre distintos colectivos, que incluyó a entrenadores, periodistas y árbitros. Aunque lo que acaba de ser expresado de los futbolistas es aplicable a los otros grupos, los intereses contradictorios de cada uno de estos grupos nos permitieron contextualizar a los unos con los discursos de los otros, favoreciendo la revelación de los discursos y prácticas que cada colectivo intentaba ocultar.

El grado de resistencia a la herramienta depende de varios factores, como el grado de celebridad que el futbolista retiene o cree haber retenido, su perfil público actual – presencia en los medios de comunicación–, su status reconocido como futbolista o su edad, es decir, del tiempo que lleva retirado.

Además de ser figuras públicas, los exfutbolistas son expertos en la temática abordada. Aunque uno de los primeros actos de la entrevista consistía en la explicación de que se buscaba fundamentalmente recordar la experiencia vivida, lo cierto es que los entrevistados tenían tendencia a expresar sus ideas generales sobre el fútbol. Esto terminó resultando muy interesante pues permitía contextualizar los discursos prácticos en los discursos ideológicos que los animaban, pero también se corría el riesgo de desviarse completamente del tema. Sin embargo, la reconducción de la conversación era opción especialmente problemática porque al considerarse expertos los entrevistados tendían a renegociar durante la entrevista el contrato de comunicación desafiando la idea de que el entrevistador tenía derecho a elegir el tema de la conversación. Es decir, en función de su posición como figuras públicas y expertos consideraban que tenían derechos a dirigir la conversación o al menos a expresar ciertos puntos de vista.

Este hecho nos remite al de la violencia simbólica expresado previamente. Lo cierto es que la posición superior del entrevistador en tanto que tal, se veía profundamente

contrarrestado por la posición social y cultural del futbolista. Es decir, el futbolista no solo tenía un status social superior, sino una reconocida competencia sobre el tema a tratar muy por encima de la del entrevistador. El reconocimiento de esta superioridad era una exigencia implícita del contrato de comunicación para que la entrevista se desarrollase sin incidentes, pues en muchos casos la entrevista era vista como un acto desinteresado que incluía el sacrificio del tiempo del entrevistado. Esto es así en cualquier entrevista en profundidad, pero el carácter de personaje público con una agenda apretada reforzaba esta idea. Por todo ello, el entrevistador debía lograr por un lado que el entrevistado reconociese su competencia sobre el tema mediante algún comentario experto, pero al mismo tiempo no contradecir las ideas teóricas el entrevistado ni cuestionar su conocimiento superior. Por todo ello, lo cierto es que las conversaciones se desarrollaban en una dialéctica en la que entrevistador y entrevistado pasaban por los roles de dominador y dominado alternativamente.

3.4. Diseño metodológico

La investigación cualitativa se fundamenta en una cierta flexibilidad en su diseño, pues parte de la idea de que los datos que van emergiendo pueden hacer variar la noción que se tenía del objeto y del mejor modo de aproximarse a él. Por tanto, una investigación cualitativa es un proceso en marcha en el que los distintos elementos interactúan entre ellos y se modifican alternativamente. Para que ello sea posible es necesario aceptar la confluencia temporal de las distintas fases tradicionales del proyecto: el diseño metodológico, la recogida de datos y el análisis tienen lugar simultáneamente, lo que permite adaptarlos entre ellos en función de los resultados que van surgiendo. Así, puede ser necesario ampliar el número de entrevistas de ciertos perfiles o modificar el guión de entrevista para incluir temas emergentes del análisis o contrastar puntos de vista. Ello implica que el diseño no es una estructura cerrada, sino que se continúa definiendo en todos los momentos de la investigación a través de decisiones de diseño (Janesick, 1994). Lo mismo puede afirmarse de la pregunta de investigación, que inicialmente debe ser suficientemente amplia para no cerrar el campo y permitir, a través de la investigación, delimitar los auténticos campos de interés (Corbin & Strauss, 1990).

3.4.1. Guión de entrevista

La entrevista en profundidad es una conversación, y por tanto es crítico no interrumpir el flujo, pero al mismo tiempo el investigador debe ser capaz de dirigir la conversación hacia los temas que le interesan, haciéndolos surgir de manera natural. Por ello, el investigador desarrolló un guión temático que se utilizaba únicamente como guía preparatoria de las entrevistas. Este guión se muestra en el Anexo 1, pero podemos decir que se componía de un bloque temático sobre el contexto futbolístico antes de la llegada de la zona, tanto económico como deportivo, otro bloque el conocimiento y contacto con la zona, otro sobre lo que supuso jugar en zona y un último bloque sobre las consecuencias sobre los valores y construcciones simbólicas del fútbol. Finalmente, también se desarrollaron bloques específicos para cada grupo de entrevistados, entrenadores y futbolistas por un lado, más centrado en aspectos tácticos y del equipo, de periodistas, centrado en las consecuencias sociales, y de los árbitros, centrado en las consecuencias de la zona sobre su labor y el contexto disciplinario.

Cada entrevista particular no incluía todas las dimensiones, lo que hubiera requerido de horas o de varias entrevistas, sino que unas con otras se complementaban, siendo cada una de ellas personalizada para las características concretas de cada entrevistado. Sería gracias a la variabilidad en el muestreo que todas ellas serían abordadas desde una pluralidad de puntos de vista.

3.4.2. Muestreo

Se realizó un muestreo teórico (Valles, 2000) que buscaba alcanzar la máxima variabilidad, limitada únicamente por la accesibilidad.

La primera medida para garantizar la variabilidad fue la inclusión de la mayor variedad posible de perfiles profesionales como variable principal de segmentación. Junto con los futbolistas y entrenadores se incluyeron preparadores físicos, periodistas, historiadores y árbitros, con el fin de complementar los puntos de vista y sobre todo de ofrecer una mirada externa al núcleo profesional que permitiese aumentar la capacidad de triangulación de los textos.

La distinción entre futbolistas, entrenadores y periodistas se mostró porosa, pues rápidamente se constató que los individuos pasaban de una posición a otra con

facilidad, encontrándonos con futbolistas-entrenadores y futbolistas-periodistas. Sin embargo, ello tenía la riqueza de doblar la experiencia de los participantes, que podían referir sus experiencias de dos momentos históricos y dos roles distintos.

En la misma línea, se incluyó como variante determinante la edad, puesto que al tratarse de un fenómeno históricamente determinado, la experiencia de la zona debía variar significativamente según el momento de la carrera profesional en que se produjese.

Dentro del colectivo de futbolistas, se tuvieron en cuenta dos variables. En primer lugar, la posición del jugador en el campo siguiendo la división tradicional por líneas, portería, defensa, medio campo y delantera; pero también las subdivisiones dentro de cada línea, y en concreto la distinción entre líberos, centrales y laterales en defensa, y la de jugadores de banda y jugadores de centro del campo –volantes, pivotes...– en el medio campo.

En segundo lugar se buscó introducir variación en los recorridos competitivos de los entrevistados, es decir, partiendo de que futbolista profesional es aquel que ha recibido un salario por su práctica, sea en Primera, Segunda División o Segunda B, que hubiesen estado en equipos de distinto nivel, suponiendo que eso determinaría la experiencia y visión que tuviesen del juego. Posteriormente se constató que a lo largo de su carrera la gran mayoría de futbolistas pasan por una gran variedad de situaciones competitivas desde su juventud a sus últimos años, por lo que esta variedad era fácil de garantizar. Aún así, se hizo un esfuerzo por representar todos los niveles del fútbol español.

Visto así, surgen numerosísimas combinaciones posibles de variables que dan lugar a infinidad de perfiles. No se trataba de lograr un entrevistado para cada perfil posible, sino garantizar la heterogeneidad de itinerarios vitales para obtener la mayor variación en el discurso y por tanto garantizar la saturación discursiva. Fue este criterio de saturación (Callejo 2001) el que determinó el momento de la terminación del trabajo de campo, cuando se alcanzó la saturación del corpus, cuando todas las diferencias ya se han manifestado, y saturación de sentido, cuando no surgen nuevas posiciones ideológicas.

3.4.3. Captación

Para realizar la captación se utilizó una técnica de bola de nieve. A partir de los contactos profesionales disponibles gracias a los directores de investigación, se pidió a los participantes que pusiesen en contacto al investigador con nuevos participantes potenciales.

3.4.4. Participantes

Se realizaron un total de treinta y una entrevistas. La categorización de los participantes es conflictiva, pues ya mencionamos que muchos de ellos pertenecían a más de una de las categorías de la variable profesional. Además de referirnos al Anexo X, donde vienen explicitados los perfiles, podemos decir que de los treinta y un participantes, catorce estaban activos como futbolistas profesionales durante el periodo a analizar y diez lo estuvieron como entrenadores y uno como preparador físico, para un total de veinticuatro profesionales activos, pues uno de ellos fue jugador y entrenador en el periodo analizado (1982-1995).

De entre los catorce futbolistas, siete eran defensas, cinco de los cuales actuaban en el centro de la defensa, uno de entre ellos como líbero, y dos laterales. Además, había un centrocampista defensivo, un media punta y un centrocampista de banda. Junto con ellos se encontraban tres delanteros y un portero.

Dos de los futbolistas en activo habían pasado al periodismo una vez colgadas las botas. Ocho de ellos realizaron después el curso de entrenadores para convertirse en profesionales.

Los diez entrenadores habían sido futbolistas, con mayor o menor desempeño: seis habían jugado en Primera División, uno en Segunda División, y tres en categorías inferiores, dos de ellos retirados jóvenes por lesiones.

De los tres árbitros, dos arbitraban en Primera División en el periodo analizado y uno lo hacía en categorías inferiores.

También se incluyeron tres periodistas y un historiador.

3.4.5. Procedimiento

Tras realizar el contacto, se procedía a concertar una cita para la realización de la entrevista. Los espacios en las que estas se realizaron variaron grandemente. Se privilegió la realización en un espacio neutro, como un espacio público, pero en ciertos casos se tuvo que recurrir a los lugares de trabajo de los entrevistados, por motivos de tiempo. Para ampliar las posibilidades de captación se recurrió a participantes fuera del ámbito geográfico del entrevistador, lo que unido a la ausencia de medios económicos obligó a realizar las entrevistas por teléfono. Ello dista de ser la situación ideal para una técnica que se basa en la conversación, y que por tanto depende como vimos del contexto comunicacional, de la conexión personal de entrevistador y entrevistado y de la comunicación no verbal. Sin embargo, decidió llevarse a cabo así porque se entendió que los beneficios que generaba en variedad superaban a las pérdidas en riqueza informativa. Finalmente, se llevaron a cabo 20 entrevistas presenciales, 9 telefónicas y 2 por videoconferencia.

En una ocasión, durante la realización de la entrevista un segundo futbolista profesional apareció en el lugar, dado que se trataba de un espacio público, y se integró espontáneamente en la conversación, y su discurso fue recogido debido a su interés intrínseco, aunque no se pudo realizar una entrevista en profundidad posterior por falta de tiempo del participante, a pesar del interés mostrado.

El entrevistador mantuvo un cuaderno de campo y diario de investigación, en el que realizaba informes de cada entrevista en las que reflejaba la información pertinente sobre el momento de la entrevista, el lugar, los posibles elementos externos influyentes, la comunicación no verbal de los participantes y las nociones teóricas o analíticas surgidas espontáneamente, para contextualizar y enriquecer el análisis posterior.

En el caso de las entrevistas presenciales, se ofrecía a los participantes una representación en papel de un campo de fútbol para que en él pudiesen llevar a cabo las explicaciones que considerasen pertinentes. Esos diagramas fueron archivados por el investigador y posteriormente utilizados para entender las transcripciones y sobre todo las ideas que se pretendían transmitir. Gracias a eso la descripción de los

diagramas se encuentre entre corchetes en los verbatims que aparecen más adelante cuando se considera pertinente.

Las entrevistas tuvieron una duración de entre 30 y 120 minutos, dependiendo de la disponibilidad y del contexto. Todas fueron recogidas con una grabadora y transcritas por el investigador para su posterior análisis, quedando a disposición del tribunal si así lo desean sus miembros.

3.4.6. Análisis de los datos

Partimos de la idea de que el análisis debe ser, como dice Ortí, sociohermenéutico y praxeológico. Es decir, debe dar cuenta del origen histórico y social de los discursos, su genealogía, y al mismo tiempo de su constitución en la práctica por agentes socialmente posicionados, su fundamentación como razones prácticas, en la terminología de Bourdieu. Por tanto, el análisis cualitativo debe permitir generar un marco teórico que explique los discursos como resultado de una práctica social históricamente constituida.

Este análisis se dividirá en una serie de tareas. En primer lugar, un análisis puramente semántico, focalizado en el significado literal de las palabras. En ese momento, que Ortí denomina intratextual, se procedió a segmentar, categorizar y codificar en un proceso recursivo. La segmentación consistió en dividir el conjunto de datos en segmentos significativos que presentasen una coherencia interna. El tamaño de estas unidades era variable, pudiendo estar constituidos tanto por palabras como por frases, párrafos o intervenciones completas. Tan solo se tenía como límite que las selecciones tuviesen un sentido autónomo independiente del contexto, es decir, que estuviesen dotadas de inteligibilidad.

Esas unidades fueron con posterioridad categorizadas. Las unidades son organizadas en función de su similitud o divergencia en función de categorías de clasificación, que fueron tanto temáticas pero también en función de los perfiles de los entrevistados, en función del tipo de lenguaje y el momento de aparición. El punto de partida fueron las categorías teóricas que sirvieron para definir los perfiles de los participantes, pero se trató de un proceso abierto en el que el propio análisis iba mostrando o sugiriendo nuevas estrategias de categorización según iban surgiendo nuevos temas. Así, a través

del análisis la categorización primigenia se enriquece, avanza y se modifica, dando lugar a la creación de nuevas categorías que ayudan a explicar mejor los datos. Una vez creadas las categorías de análisis, los textos son de nuevo codificados en función de éstas de forma que puedan ser agrupados y sometidos a un análisis sistemático.

Evidentemente, el análisis no tiene el carácter lineal que se acaba de exponer, sino que las tres operaciones, segmentación, categorización y codificación se realizan de manera dialéctica, influyéndose las unas a las otras y dando lugar a continuas operaciones de resegmentación, recategorización y recodificación, de forma que a medida que se afina el análisis y surge nuevos temas o propuestas analíticas, estas pueden desarrollarse y ponerse a prueba en los textos.

Una vez finalizado el análisis semántico, es el momento de construir un marco teórico explicativo, el paso a lo que Ortí considera análisis transtextual, la apertura del texto a la realidad social amplia y a la teorización. El paso sucesivo del culturema al ideologema y al historema. Es decir, siguiendo a Alonso (1998), introducir el texto en su contexto situacional, dónde y cómo ha sido producido; el contexto semiótico, como se relaciona con otros textos producidos; el contexto social en el que se sitúa el texto y el hablante; su contexto histórico y el contexto cultural, simbólico o ideológico.

Eso debe permitirnos integrar los discursos en un marco que debe dar cuenta de las posiciones de los sujetos, de su pertenencia a grupos sociales concretos en conflicto, y al mismo tiempo integrarlas en el recorrido histórico cambiante de la sociedad en su conjunto y del estado de la sociedad y de sus luchas: polarización, sistematización, contextualización y dialectización, en términos de Ortí.

El análisis fue realizado con la ayuda del programa informático de análisis de textos Atlas.ti 6.

3.4.7. Criterios de calidad

La cuestión de las garantías que pueden presentar las investigaciones cualitativas es siempre objeto de polémica, derivada de esa oposición tradicional entre técnicas cuantitativas y cualitativas. Como hemos visto, Alonso (1998) considera que, teniendo en cuenta que la entrevista en profundidad involucra necesariamente la subjetividad

del investigador en un acto comunicativo que crea el objeto, y no simplemente lo descubre, las nociones tradicionales de veracidad o credibilidad están fuera de lugar, y el único elemento de juicio es la propia calidad teórica surgida de la investigación.

Otros autores, han seguido la idea de Strauss y Corbin (1990) de que si bien los criterios de calidad de las técnicas cuantitativas no son aplicables a lo cualitativo, es necesario desarrollar criterios propios que garanticen la calidad y rigor de la investigación cualitativa. Así, una de las propuestas más aceptadas es la de Erlandson y colegas (Erlandson, Harris, Skipper, & Allen, 1993), que determina tres criterios para garantizar la validez y fiabilidad de los datos: credibilidad, transferibilidad y dependibilidad.

La credibilidad, que sería el equivalente a la validez interna cuantitativa, se interroga sobre hasta qué punto los datos obtenidos son representativos de la realidad estudiada. Para ello, sugieren una serie de criterios, de entre los cuales solo una parte pueden aplicarse a las entrevistas en profundidad:

- Triangulación de métodos: en este caso, se recurrió tanto a las entrevistas en profundidad, que fueron complementadas por los diarios de campo, como al análisis documental.
- Participación de otros investigadores: el análisis fue validado por los directores de la investigación, que aportaron sus puntos de vista y correcciones.
- Acopio de documentación: se complementó con el análisis de prensa y la lectura de toda la literatura sobre el tema que se pudo identificar.
- Registro de cuadernos de campo y diario de investigación, ambos se llevaron a cabo.

La transferibilidad, o generalización, debe garantizarse a través del muestreo, que debe generar una muestra significativa. Descrito previamente, se considera que el muestreo teórico fue de gran exhaustividad en consonancia con esta idea.

Finalmente, la dependibilidad se refiere a la consistencia, y se practica a través de un análisis de investigadores externos que tengan acceso a la mayor información posible sobre el proceso de investigación. En este caso, además del control que supone la

dirección de la tesis, que ya participa en la triangulación del análisis, podemos entender que no existe auditoría externa de mayor rigor que el propio tribunal de doctorado ante el que se presenta esta tesis.

En cualquier caso, y a pesar de todas las precauciones metodológicas apuntadas, lo cierto es que epistemológicamente el análisis cualitativo, como sostiene Alonso, crea el objeto desde la subjetividad del investigador, por lo que en último término la objetividad de la investigación no puede considerarse en función de criterios positivistas, y será el resultado teórico el que en último término garantice la pertinencia de la investigación.

CAPÍTULO 4

RESULTADOS

CAPÍTULO 4: RESULTADOS

Comienza ahora la exposición de los resultados fruto del análisis llevado a cabo de las entrevistas en profundidad realizadas y contextualizadas por el análisis documental. Esta exposición va a seguir el criterio temporal en su exposición, pues entendemos que es la mejor manera de garantizar la claridad del ejercicio. En primer lugar, por tanto, analizaremos cómo era el fútbol español en los primeros años ochenta, antes de la llegada de la zona. Posteriormente, nos centraremos en cómo fue el proceso del cambio, por un lado contextualizándolo en las luchas simbólicas que estaban teniendo lugar en el fútbol profesional en esos años, y por el otro observando su aplicación práctica en los equipos y su recepción por parte de la comunidad futbolística. Seguidamente, dedicaremos un capítulo a las consecuencias que sobre las prácticas, las relaciones de poder y los valores de futbolistas y entrenadores tuvo la zona. Concluiremos los resultados tratando de aclarar las líneas ideológicas alrededor de las cuales se construyó el debate sobre la zona, unas líneas que deben ser capaces a su vez de iluminar el carácter de las luchas en el campo, la formación del capital valorado en el mismo y las posiciones de poder de los distintos actores. Es decir, que debe permitirnos construir el espacio social del fútbol profesional, el campo de luchas teórico en el sentido de Bourdieu, como expresión de las distancias sociales y las afinidades entre posiciones.

4.1. El fútbol español antes de la zona

Para calibrar el impacto que la defensa en zona pudo tener sobre el fútbol español, es preciso conocer primero cómo se entendía ese fútbol, cómo se jugaba y quién lo jugaba, es decir, cuál era la filosofía y los valores que animaban el fútbol, como esos

valores se desarrollaban en un estilo de juego que se plasmaba en el campo y cómo eran los entrenadores que aplicaban y los futbolistas que lo llevaban a cabo.

Diremos, antes de profundizar en cada aspecto, que el fútbol que los entrevistados conocieron antes de la llegada de la zona aparece caracterizado por dos rasgos fundamentales, su masculinidad y su carácter práctico. El fútbol español era, desde luego, un centro de expresión de la masculinidad tradicional, competitiva y agresiva, que se expresaba sobre todo en los códigos de honor que protegían el uso de la violencia y que se amparaban en un ambiente social de comprensión hacia lo que se consideraba la expresión natural de la masculinidad. Esa concepción derivaba hacia la comprensión del fútbol como enfrentamiento identitario entre dos comunidades, en el cual todo medio era legítimo, incluida la violencia.

Todo ese andamiaje ideológico del fútbol español se condensaba en la noción de *la furia*. Ésta, en línea con la ideología falangista oficial, era ante todo una exaltación de la voluntad como valor central del fútbol español, junto con un cierto militarismo, en consonancia también con aquella aspiración del ejército franquista de España como cuartel. Pero esa furia era también la expresión de una inferioridad técnica y física respecto al resto de potencias europeas, que eran a su vez el reflejo del subdesarrollo económico. Al mismo tiempo podía ser utilizada como coartada victimista, como velo de ese mismo retraso. Esa furia, sin embargo, aparecía cada vez más problematizada con la llegada de la Transición, pues por primera vez podía afirmarse abiertamente que la voluntad y el sacrificio habían fracasado a la hora de proporcionar victorias.

Junto con la visión identitaria del fútbol surgía también una profunda creencia en el carácter práctico e intuitivo del fútbol, es decir, se sostenía una visión empiricista del conocimiento, basada en la práctica directa. De esta idea se derivaba la firme creencia de que el fútbol dependía fundamentalmente de los jugadores y de su talento. Era en función de la calidad de estos y de sus cualidades particulares que se definían los sistemas de juego y los marcajes, y en función de la calidad percibida de los equipos se decidía en cada momento la actitud general del equipo en cada partido. De ahí veremos que surge la idea generalizada de jugar en función del rival, que remite a la idea más general de jugar en función de las circunstancias y de entender el desarrollo y

resultado del partido determinados por esas circunstancias, puesto que como fenómeno refractario a la reflexión, cada partido era un evento único y comprensible únicamente a través de la participación directa en el mismo.

Esa idea de adaptación a las circunstancias cambiantes generaba una visión conservadora, que derivaba en un funcionamiento táctico y estratégico que negaba la construcción del juego desde atrás y priorizaba el juego por los extremos y el contraataque. Se utilizaba también masivamente el sistema 1-4-4-2 y una defensa individual que se había ido flexibilizando y que incluía un criterio espacial a la marca, impidiendo las persecuciones generalizadas por todo el campo. A pesar de la sensación de atraso percibido que ese modelo genera en los entrevistados hoy, probablemente se trataba de un funcionamiento similar al de otros países. Sin embargo, retrospectivamente su vínculo con *la furia* hacía aparecer a todos estos rasgos como otras caras del aislamiento y retraso español, epitomizado en ese juego al *pelotazo* tan denostado por las siguientes generaciones.

En ese contexto, el entrenador, estaba encargado de mantener el estado físico y emocional del grupo y tenía su principal misión táctica precisamente en la selección de los jugadores y de los emparejamientos a partir del análisis de las circunstancias concretas de cada partido y de cada rival. Cualquier idea de actuar en función de principios de juego abstracto, de planes de juego predeterminados o estilos de juego permanentes caía por su propio peso ante la idea de que quien determinaba el resultado eran los jugadores, tanto propios como rivales, y que era en función de estos que había que diseñar cualquier estrategia. Lo que para los periodistas es hoy prueba de la ignorancia de los entrenadores es en realidad la muestra de que la comunidad futbolística española no creía en la posibilidad de establecer teorías sobre el fútbol, y que por el contrario solo la experiencia práctica del jugador en el campo, y la experiencia práctica acumulada del entrenador exjugador, podían llegar desentrañar de forma instintiva, irreflexiva, los secretos del juego.

No todos los jugadores, sin embargo, tenían el mismo conocimiento del juego. Si se puede categorizar como inteligencia ese conocimiento intrínseco, corporal, que los futbolistas tienen, se produce en el fútbol español de la época una clara división entre

quienes tienen y quienes no tienen esa inteligencia, entre defensores y atacantes. Esa división generaba una marcada división de tareas y también de estatus, pues no se trataba simplemente de una división del trabajo, sino de la consciente devaluación del trabajo físico y el trabajo defensivo, que no era considerado jugar propiamente al fútbol, frente al trabajo con la pelota, que se asemejaba a un trabajo intelectual, fundamentado en la cualificación técnica del jugador. Los centrales eran *centralones*, y los delanteros se escaqueaban como podían de las tareas defensivas que les parecían un despilfarro de sus cualidades. Surge entonces una imagen de unos equipos profundamente estratificados en los que sin embargo se mantenía un discurso oficial de trabajo en equipo que intentaba ocultar las contradicciones intrínsecas de la profesión.

4.1.1. La cultura futbolística española a la llegada de la zona

Para hablar de la imagen que el fútbol español tenía en la sociedad española es inevitable referirnos al periodo de la dictadura franquista que acababa de terminar. Y es que el fútbol había sido, sin duda, un elemento central de la cultura del franquismo, lo que llevó a Vázquez Montalbán a hablar del “nacional-futbolismo” (Dávila, 1973, p. 44) como ideología oficiosa del régimen. Ello hizo que durante la Transición y en los primeros años de democracia el fútbol debiese soportar una pesada carga negativa, pues era considerado por amplios sectores de la población como un vehículo de propaganda del régimen, de expresión del nacionalismo español y de desmovilización política de la clase obrera. El fútbol habría sido promocionado como droga social para evitar que los ciudadanos se involucrasen en política, y lo habría hecho además con el beneplácito y colaboración de sus dirigentes. Efectivamente, el Real Madrid había ejercido una importante labor diplomática que no se limitaba a mostrar una buena imagen de España, sino que incluía el seguimiento de consignas expedidas desde los medios diplomáticos (García Candau, 1980; Shaw, 1987).

Además, se consideraba que el mundo deportivo era un representante del búnker político, puesto que sus dirigentes, tanto federativos como de clubes, provenían de los sectores más conservadores del régimen y apenas habían sido sustituidos con la

apertura política (García Candau, 1980). Efectivamente, los más destacados presidentes de clubes, como Bernabéu o Calderón no ocultaban su credo conservador, y difícilmente podría haber sido de otra forma en unos clubes obligados a incluir a dos falangistas en sus direcciones. Ese perfil se reproducía en el resto de instituciones, incluyendo presidentes de federación y demás administradores del deporte (Shaw, 1987).

Era, por tanto, vilipendiado por amplios sectores de la izquierda y de su intelectualidad, que de hecho ignoraron el fenómeno y lo marginaron de sus preocupaciones durante la dictadura, ignorando un fenómeno central de la cultura española y de este modo, cómo decía Santiago Seguro, “no haciendo sus deberes” (Valdano, 2002). Los intelectuales de izquierda, por lo tanto, lo consideraban oficialmente como el opio del pueblo, y aquellos que eran seguidores del fenómeno, lo hacían en secreto hasta la llegada de la democracia, como reconocía García Hortelano en el prólogo del libro de García Candau (1980).

Pero no solo la izquierda proyectaba su crítica sobre el fútbol. La prensa deportiva, una vez recuperada su libertad, dio lugar a fenómenos como el de José María García o la revista satírica Barrabás (1973-78) que expresaban, como ya vimos, la idea de que el fútbol español estaba anticuado y dirigido por incompetentes (Botines, 1975; García, 1974). Una crítica que actuó como necesaria catarsis para gran parte de los aficionados (B. López, 2011). Esa sensación de decadencia y retraso histórico se extendía a los valores que el propio juego proyectaba a la sociedad, a las prácticas sociales de los actores en el campo, en los vestuarios y en la prensa:

... yo conocí el fútbol cuando era una cosa muy castrense, muy blanco y negro, muy esforzada, muy de macho de pelo en pecho y tal, de anuncio de coñac y de puros. (Alfredo Relaño)

Es decir, que el fútbol replicaba en su interior los valores privilegiados por el régimen franquista al menos en su versión más tradicionalista, aquellos que habían ido siendo abandonados paulatinamente durante el desarrollismo. De alguna forma, la imagen del fútbol estaba anclada en la posguerra, cuando se destacaba el carácter racial del jugador español y su compromiso con el destino nacional. Esa imagen del fútbol

español estaba ligada a dos conjuntos de valores semejantes pero con contradicciones: por un lado, el estilo latino de juego, caracterizado por el brío, el coraje, el pundonor y también por la improvisación genial y el talento individual. Al mismo tiempo, los valores propios del estamento militar, que si bien coincidían en la celebración del valor y de la temeridad, solicitaban también la disciplina y el sometimiento a la jerarquía.

...y el modelo anterior tiene que ver con cosas... con Roberto Alcázar y Pedrín, con ese tipo de valores. Valor para ayudar al compañero pero casi desde un punto de vista estrictamente militar, heroico. (Carlos Martínez)

El gusto español valoraba por encima de todo el compromiso y el esfuerzo, “esa carrera sin sentido golpeándose contra la valla de la publicidad para evitar el saque de banda” (Carlos Martínez) y consideraba la capacidad técnica casi con sospecha, como si fuese una coartada para eludir el esfuerzo físico. Se trataría de una visión profundamente instaurada, y que se observaba en las dificultades que jugadores técnicos como Panizo (Unzueta) o Luis Suárez (Montalbán) habían tenido a lo largo de los años para lograr el reconocimiento. Al mismo tiempo, se sospechaba también de toda reflexión intelectual sobre el fútbol, primando una interpretación pasional e instintiva del fútbol. Todo ello reflejaba una preeminencia de una masculinidad agresiva y primaria, fundamentada en la fuerza, el instinto, el sacrificio y la voluntad, la misma que hemos visto descrita en el marco teórico como habitual en el mundo del fútbol, pero que en este caso era también el reflejo de una ideología oficial. La llegada de la democracia no había modificado sustancialmente esta comprensión del fútbol, que seguía presente a través de figuras clave de entrenadores como Javier Clemente o Maguregui:

En esa época todavía se estaba hablando de entrenadores que se dedicaban más a gritar y a apelar a la testiculina y a la solidaridad desde el punto de vista no del dibujo táctico sino de los valores casi militares que una evolución más intelectual del fútbol. (Carlos Martínez)

Esa concepción castrense, bélica, del fútbol definía también cómo eran entendidos los enfrentamientos entre equipos y la propia competición futbolística. La idea que explicaba las actitudes e identidades de los actores entonces era la consideración de

que un partido de fútbol era ante todo un enfrentamiento, un combate, y que por tanto todos los medios eran legítimos para obtener el triunfo, incluyendo todos los recursos disponibles que se pudiesen movilizar. Podríamos decir que se consideraba que todo era fútbol. Es decir, el fútbol no se limitaba a lo que ocurría en el terreno de juego, al desempeño de los jugadores en su interacción con el balón y entre ellos, lo que podríamos denominar el desarrollo del juego, sino que todo lo que sucedía alrededor de ese hecho y todos los que actuaban alrededor del mismo pertenecían al fenómeno futbolístico, no de una manera externa o circunstancial, sino como partes constitutivas del mismo. Eran fútbol todas las estrategias y recursos en manos del club para garantizar la victoria de su equipo. Era fútbol también la capacidad del público para influir en el resultado final a través del condicionamiento del rival y especialmente del árbitro. Y también eran fútbol las desviaciones e infracciones de la norma llevadas a cabo por los propios jugadores, desde el ejercicio de la violencia física, pasando por las trampas y los engaños hasta las tácticas psicológicas con intención de amedrentar, condicionar o sugestionar al rival, incluyendo insultos o formas más o menos elaboradas de acoso psicológico. Y cuando decimos que también todo ello era fútbol queremos decir primero que influían en el resultado deportivo, y segundo que esa influencia era percibida como legítima, y por tanto también debía ser tenida en cuenta y puesta en práctica de manera activa.

Ese consenso social sobre las conductas y actitudes esperables por parte de sus miembros, sobre lo que era legítimo hacer y lo que no lo era, constituía un marco moral normativo. Este marco trascendía la norma escrita, en este caso el reglamento, pues por un lado regulaba actuaciones que no estaban contempladas en él, y por el otro se situaba en una posición de preeminencia frente a la norma escrita, es decir, prevalecía en caso de contradicción entre ambas.

En el caso concreto de los clubes, hemos dicho que estos estaban legitimados para movilizar cualquier recurso disponible en su favor. En lo que se refiere al desarrollo del partido, el club tenía a su alcance, fundamentalmente, la capacidad de manipular las condiciones de juego y en especial el terreno de juego. Esto podía realizarse de dos formas: manipulando el tamaño del terreno de juego, dentro de los límites

reglamentarios, y modificando las condiciones del césped, ya fuese mojándolo, embarrándolo, o deteriorándolo:

Todavía existía la costumbre de enfangar los terrenos de juego para imposibilitar el juego del rival. O sea, esto, probablemente se lo cuentan a un chaval de 20 años y no se lo puede creer, pero había entrenadores, especialmente en el norte, que ponían el terreno de juego a base de agua y a base de pisarlo... o sea ahora no se entrena en el campo por no estropearlo, pues había entrenadores en aquella época que llevaban a los juveniles a destrozar el campo porque venía el Real Madrid. (Carlos Martínez)

La modificación del terreno de juego era pues una acción táctica, realizada con la intención de obtener un beneficio mediante la anulación parcial de las ventajas del rival, fundamentalmente una asumida superioridad técnica. En segundo lugar, esa decisión táctica era tomada por el entrenador, que no permanecía ajeno a las maquinaciones del club sino que por el contrario las dirigía, no siendo de hecho maquinaciones sino herramientas de trabajo legítimas. En tercer lugar, no se contemplaba que como consecuencia del deterioro del terreno el juego pudiese perder en atractivo porque este no estaba ligado única o principalmente a la estética, sino a la emoción. Y en cuarto lugar, y directamente relacionado con el anterior, porque quedaba implícito que el interés prioritario del público no era disfrutar de un espectáculo, sino ver ganar a su equipo. Solo así puede entenderse que la decisión del entrenador de impedir que se pudiesen realizar acciones técnicas de mérito durante el partido fuese comprendida y apoyada por el club y por los aficionados. Pero lo más importante es remarcar que no existía una frontera entre medios internos y externos. El condicionamiento del césped se situaba en el mismo plano que la elección de la alineación o de los marcajes.

Que al público no le importase que el entrenador estropeará el campo para impedir el juego engarza con el segundo elemento, y es que el público, al que le interesaba fundamentalmente la victoria de su equipo por encima de cualquier otra consideración, tenía entonces un rol fundamental en la consecución de ese objetivo. No era espectador pasivo, sino que colaboraba de manera trascendental en el

rendimiento del equipo. Por supuesto, lo hacía apoyando al equipo y dándole ánimos, pero sobre todo ocupándose de generar un ambiente de presión emocional que afectase el rendimiento del equipo contrario y muy especialmente del árbitro. Las aficiones siempre han tenido este rol en el fútbol, y siempre se han pretendido protagonistas de los partidos, pero la realidad es que en aquellos años existía una influencia palpable que se traducía en un criterio arbitral distinto para locales y visitantes que los propios jugadores tenían interiorizado y al que adaptaban su comportamiento. El mecanismo por el cual los aficionados coaccionaban al árbitro era simplemente la violencia:

En la época donde yo estaba en primera, o antes cuando iba de juez de línea, o en los años 70, era masiva. Es decir, en Valencia eran las naranjas, manzanas en Bilbao, piedras en Murcia... eso yo lo he vivido. (...) esa violencia, además tan peligrosa, que es que te lancen objetos, a veces botellas, a veces piedras, a veces botes de cerveza, a veces naranjas, y que han producido verdaderas desgracias, algunas irreparables (...) El ir al fútbol y tirar cosas al campo, parecía parte del espectáculo, romano... Almohadillas, botes, el árbitro saliendo protegido con los escudos policiales, eso lo he vivido directamente, en muchas ocasiones. (Juan Antonio Fernández Marín)

Una violencia que obligaba, o se creía que obligaba, a instalar las vallas en los campos, para impedir en la medida de lo posible el lanzamiento de objetos y las invasiones de campo. Y sin embargo, no se trata de una violencia vinculada a los grupos organizados, a los hooligans, sino que era más bien una violencia como vemos tradicional, ritual y legitimada por el conjunto del público del estadio. No es el resultado de una desviación o una subcultura juvenil, sino la expresión de lo que se considera un derecho de protesta.

A partir de ahí, los futbolistas locales tenían el camino expedito para coaccionar a su vez a los visitantes, que sabían que los primeros gozaban de un mayor margen en el ejercicio de la violencia:

Jugar fuera de casa era una temeridad entonces. Porque la gente no se cortaba nada. Me imagino que nosotros también lo hacíamos. Siempre

había esa especie de intención de intimidación del rival, intentar achicarlo moralmente, intentar ablandarlo para tú poner tus condiciones. Pero esto lo hacían todos los equipos, fuera donde fuera. (Miguel Pardeza)

Se trataba de generar un ambiente intimidatorio para el rival, que se sintiese víctima de un contexto de impunidad. La conducta del público y la del jugador se retroalimentaban: el público aplaudía las acciones violentas, el jugador se sentía reivindicado, y sus acciones a su vez enardecían al público. De hecho, parte de estas acciones tienen como objetivo declarado generar ese clima de agresividad en el público que aumente la presión ambiental.

Tengo 20 ejemplos, pero me acuerdo de un Real Madrid-Rapid de Viena, Hansi Krankl, delantero del Rapid o del Austria, me parece que era el Rapid, además me acuerdo que iba de verde, yo era muy jovencito. Goyo Benito, últimos años de central del Real Madrid, se escapa por la banda Krankl, y Benito desde el centro de la defensa va corriendo hacia él, le había ganado la espalda al lateral, va corriendo hacia él, todo el estadio jaleando ¡UEHHHH! Le pega una hostia, salta volando Krankl, pero vamos, saltó, vamos, salió a dos metros fuera de la banda, ¡y una ovación! O sea, era como cuando celebraban el saque de puerta, esto que empezaba la genta EHHHHHH! Pues esto igual. Celebraban la gran hostia que le había dado. (Paco González)

Es decir, que el público no solo amparaba, sino que celebraba esa violencia y animaba a sus jugadores a explotar esa vía mediante lo que no eran comportamientos aislados sino rituales establecidos, con sus símbolos, sus señales y sus rutinas –“¡Mata Benito! era un grito del Bernabéu” (Juan Antonio Fernández Marín)–. Lo cual es coherente con su propio comportamiento, que como hemos visto incluía la expresión de su disconformidad mediante la violencia, especialmente dirigida hacia el árbitro. El público, por tanto, únicamente esperaba del jugador el mismo grado de compromiso que él mismo mostraba hacia el equipo.

Llegamos así al comportamiento de los futbolistas en el campo. Hemos dicho que, como criterio general, los futbolistas se encontraban sumidos en un enfrentamiento en el que consideraban que todos los medios a su alcance, legales o no, eran legítimos

para alcanzar sus objetivos, y el primero de ellos la violencia. Las faltas, que “ahora serían casi todas de tarjeta roja” (Alfonso Cortijo) se sucedían durante el partido bajo un criterio reglamentario mucho más laxo, que retrospectivamente es considerado por los propios árbitros como una excesiva “permisividad” por su parte (Juan Antonio Fernández Marín). Y es que la tarjeta amarilla necesitaba, primero, de reiteración. Independientemente de la dureza de la entrada, la primera o la segunda faltas no podían ser tarjetas. Pero además, la reiteración en sí misma tampoco era motivo de amonestación. La amonestación venía por la reiteración de faltas graves. Cualquier falta leve, como obstrucciones o agarrones no serían nunca tarjeta. Tampoco lo serían las fuertes cometidas al principio del partido. En consecuencia, la tarjeta llegaría ya en la segunda parte, si tenía que realizar alguna entrada más dura por una situación de peligro. Y una vez vista la tarjeta amarilla, sería muy difícil ver una segunda. El jugador, por tanto, podía mantenerse dentro de estos límites fijados realizando acciones antirreglamentarias sin riesgo.

¿Antes, entrada por detrás? La verdad, te mataban. Minuto dos de partido, vas a recibir y ¡paf! Para avisarte, “oye tú, el partido no va a ser fácil”. Y el árbitro llegaba y decía, “la próxima, tal, vale”. La siguiente, minuto 10 de partido, venías otra vez, tal. “La próxima que hagas ya te tengo que enseñar tarjeta amarilla”. (...)Es imposible jugar, viejo. Si cada vez que recibes te hacen falta. Y el árbitro permite, permite y permite. (Emilio Butragueño)

Pero además, como recordaba Butragueño, la violencia no solo buscaba una ventaja inmediata, táctica, al cortar una situación de peligro, sino también establecer un clima de miedo e inseguridad en la relación establecida entre defensa y delantero. Así, el defensa avisaba al delantero de cuales “eran mis armas, si en el córner le he hecho esto, si entraba en el área lo que le podía pasar” (Juanma López) y esa intimidación se extendía a los próximos enfrentamientos en el conjunto del partido, de forma que “no te olvides de mi para otras veces que nos encontremos” (José Antonio Martín, *Petón*). Todo ello en el contexto de una defensa individual que estudiaremos posteriormente, pero que era terreno abonado para una violencia de baja intensidad, permanentemente en la frontera entre lo que es o no falta, y fuera muchas veces de la zona activa de juego y por tanto de la vista del árbitro, que hacía del juego algo más

farragoso, más pesado, menos fluido, “lleno de encontronazos, de golpes, de agarrones, patadas, de expulsiones” (Miguel Pardeza) y de todo un juego subterráneo que incluía la provocación, el intercambio verbal y cualquier método de desestabilización que se le pudiese ocurrir al jugador. En ese duelo que se establecía, primaba tanto o más que la capacidad técnico-táctica el perfil psicológico del futbolista, el “me pico tú me picas, a ver quién cae más rápido” (Miguel Ángel García), en ocasiones promovidas por los entrenadores, que sugerían a sus subordinados “pícalo para que le echen” (Alfonso Cortijo). Guerras psicológicas que, al igual que la violencia, podían detenerse al finalizar el partido o dar lugar a enemistades prolongadas, incluyendo “ofertas de venganza” (Juan Manuel Fernández Marín). Todo ello se desarrollaba fuera del radar del árbitro, que no tenía medios para controlar todo lo que sucedía en el campo, pues existían multitud de ángulos muertos que permitían el surgimiento de esa cultura de la impunidad.

Esa violencia tenía su corolario en acciones de extrema dureza que podían considerarse como agresiones. Esas acciones tenían, cotidianamente, consecuencias muy graves para la salud de los jugadores, hasta el punto de poner en peligro sus carreras deportivas. *Felines* tuvo como consecuencia de dos entradas dos fracturas de tibia, y en una de ellas perdió el menisco, lo que le tuvo un año fuera y podía haber acabado con su carrera profesional. Y como él recuerda, al “bestia” responsable de la segunda rotura “no le sacaron ni tarjeta”. Y sin embargo, el delantero estaba en una posición contradictoria, porque en su equipo había defensas que, como decía Miguel Pardeza, también hacían lo mismo. Eso llevaba a una justificación de la violencia por parte de sus víctimas, los delanteros, que asumían que los defensas “hacían su labor” (Emilio Butragueño), es decir, su trabajo, que era en último término el mismo que el suyo, jugar al fútbol y ganar partidos.

La cuestión por tanto es que la relación de los futbolistas con la violencia se encuadraba dentro de su ética profesional y de su entendimiento de la profesión. En ese sentido, es evidente que, más allá de la violencia, ha existido siempre un discurso, compartido por parte de los futbolistas, por el cual ellos son profesionales que están ganando el sustento de su familia en el campo, y que por ello cualquier acción está justificada al tratarse de la propia supervivencia:

En un campo, yo soy tu mayor pesadilla. Me da igual el minuto que sea, pero tú no vas a hacerme a mí ningún daño. Nunca. Y yo no proporcionaba daño, yo no era de dar, si yo daba era accidente. ¿Pero cómo voy a darle yo en el minuto quince o cinco, si tengo 85 minutos para que me dé él? No me jodas. Yo le voy a dar coba... tal, no, bien, ahí. A ti, estoy toda la semana pensando en ti, tú eres el enemigo, tú eres un tipo que está robándome a mí mi reputación, la comida de mi familia, la letra de mi casa. Tú eres un puto estorbo en mi vida. (Michael Robinson)

Es decir, que su principal lealtad no es hacia el mundo del deporte, entendido en sus ideales amateurs, sino hacia el mundo del trabajo y más aún del libre mercado, con su lucha despiadada por la supervivencia. En ese contexto, es evidente que la violencia será una más de las herramientas legítimas –“parte de mi trabajo” (Sergio Corino)– para asegurar *el pan de mis hijos*, y que los contrarios no serán en último término sino obstáculos. También el árbitro será considerado como tal, y no como representante de una autoridad legítima, lo que es muy importante si tenemos en cuenta que a partir de ese momento el código profesional se situará por encima del reglamento, y que pasase lo que pasase en el partido “todo quedaba en el campo” (José Manuel Barla). Una ley del silencio que proviene del mutuo reconocimiento como actores legítimos, pues entre profesionales “lo que pasó no pasó nada, tú defendías lo tuyo y yo defendía lo mío” (Sergio Corino).

Pero el código de honor no es simplemente un salvoconducto para actuar sin ninguna cortapisa moral. No se trata de justificar la violencia, sino de admitir que “es parte del fútbol” (Sergio Corino), como la guerra lo sería de la naturaleza humana. Deben imponerse límites y gradaciones a las acciones permitidas, pero también debe ofrecerse reconocimiento y autoestima a aquellos que la ejercen por el propio imperativo de su profesión. Los defensas en particular actúan siempre al límite del reglamento, en una zona gris de la moralidad y necesitan sentir que lo que hacen no está mal, que están protegidos por la comprensión de la comunidad profesional. Es el caso de la violencia táctica, cuando hay que “dar una patada” (Sergio Corino), y también cuando la violencia se produce como consecuencia de la disputa del balón o al intentar robarlo, el código moral establecía que no podía hablarse propiamente de

violencia, sino de “entrar fuerte al balón” (Alfonso Cortijo), un concepto que varía históricamente, y que, como el propio Cortijo dijo, probablemente se traduciría en tarjeta roja en el fútbol actual. Pero lo importante es que el eufemismo reformula la violencia bajo un aspecto positivo, de nobleza, valentía y cumplimiento del deber. El código también protege la autodefensa en situaciones en las que el árbitro no es de utilidad, como saltar con los codos abiertos en un balón aéreo, momento en el que el defensa no va a “dar a un contrario, voy a protegerme, si no le doy yo, me da él a mí” (Sergio Corino).

Y sin embargo, en aquellos días en los que el nivel de violencia permitido era tan alto, y frecuentes las lesiones graves por su culpa, el simple recurso a un código no era suficiente para lidiar con los problemas morales que se presentaban, como la posibilidad de retirar a un compañero por una mala entrada. Para soportar esas consecuencias era necesaria la inconsciencia:

Y luego porque tampoco teníamos dos dedos de cabeza. ¿Cuántos jugadores se han retirado por lesiones porque has ido a un, en un momento malo, y has entrado con todo, sabiendo que si lo quitas de en medio es un jugador menos, y si encima es importante? Lo que pasa es que si a un jugador lo tienes para esas cosas, pero no creo que nadie... (Miguel Ángel)

Es importante esta reflexión por muchos motivos, pero sobre todo porque admite que dentro de lo que un futbolista toma en consideración al realizar una acción, aunque sea en milésimas de segundo, son las posibles consecuencias para el otro, y que al mismo tiempo esta consideración no puede, o no tiende, a ponerse por encima del resto. Por el contrario, debe ser apartada, puesta en suspenso frente a la ética profesional. Para poder realizar este movimiento, es necesario de alguna forma poner en suspenso la capacidad ética universal, no tener *dos dedos de cabeza* para actuar dentro de una semiinconsciencia que permita, si se produce la tragedia, convencerse de que no existía mala fe. Hay pues una cierta voluntariedad, y al mismo tiempo una dejación de las consecuencias al azar. Se trata de alguna forma de la suspensión del juicio ético sobre la propia acción mediante la renuncia a extraer las posibles consecuencias de ésta. En términos de Weber, se trata de una acción sujeta a una ética de la convicción (esto es lo que debo hacer como defensa) frente a una ética de la

responsabilidad (no puedo hacer eso si sé que puede tener consecuencias graves para el otro). Es en ese frágil balance en el que se mueve siempre el futbolista en lo que respecta a la violencia: mantenerse fiel a su ética profesional, que es la que le garantiza su supervivencia y su sustento, sin llegar a provocar consecuencias fatales que afectarían a su propia autoestima.

Pero la reflexión de Miguel Ángel también es importante porque de nuevo pone el foco en el entrenador, en la institución, que son quienes tienen a ese jugador *para esas cosas* igual que pedía *picar* a uno para que le echasen. Remite a una institucionalización de la violencia, a una cultura ocupacional en la que los comportamientos peligrosos suceden sin que sea necesario ni que el entrenador lo pida ni que el jugador lo haga conscientemente, pero con la complicidad de todo el entramado social.

Un entorno que estaba permanentemente en una dialéctica de la confrontación, inflamado a través de la prensa y de los discursos públicos de directivos y entrenadores que llamaban a la victoria “por lo civil o por lo criminal” en un enfrentamiento entre dos clubs en donde lo único importante era lograr la victoria, y para ello se exigía “el amor ciego a una bandera” (Alfredo Relaño), el compromiso de todos los miembros del club y el uso de todos los medios a su alcance, porque en último término, todo era fútbol.

4.1.2. El estilo de juego

Esa visión del fútbol como enfrentamiento identitario entre dos comunidades en el que triunfaría aquel que mostrase mayor compromiso y mayor entrega quedaba probablemente epitomizada en el mito de *la furia española*. Un mito que por otra parte comenzó a ser puesto en duda ya desde los años sesenta, no solo por parte de la crítica más comprometida, como la de Vázquez Montalbán (Davila, 1972) sino desde las propias instituciones, como el entonces presidente de la Federación, José Luis Costa, que admitía en un prólogo de un libro sobre la selección en 1969 que los aficionados debían sentirse “un poco defraudados al leer resúmenes y estadísticas de nuestro equipo nacional” (Hernández, 1969). Desde entonces, España no se había

clasificado para la fase final del Mundial de 1970 en México, ni para la Eurocopa de 1972 ni para el Mundial de 1974. Había llegado a cuartos de final en la Eurocopa de 1976, eliminados por la República Federal Alemana a doble partido, y vuelto a un Mundial en 1978 para caer en la fase de grupos. Logró finalmente clasificarse para una fase final de una Eurocopa en 1980 que ahora era de 8 equipos, pero fue el peor equipo de su grupo. El fracaso del Mundial 1982 sería quizás el epítome de todo un periodo de intrascendencia internacional (Rivero, 2011; Simón, 2012).

Por su parte, los clubes de fútbol habían gozado de considerable éxito al comienzo de las competiciones europeas, gracias al concurso de las grandes estrellas extranjeras. A las cinco Copas de Europa del Real Madrid había que sumarle la Recopa conseguida por el Atlético de Madrid la temporada 1961/62 y 3 Copas de Feria del Barcelona, dos del Valencia y una del Zaragoza. La prohibición de la importación de jugadores coincidió también con una paulatina pérdida de su posición de preeminencia en el concierto europeo. Tras la última Copa de Europa del Real Madrid en la temporada 1965/66, eso sí con el equipo *yeyé* compuesto únicamente por españoles, pasaron 12 años hasta que España tuvo un nuevo campeón continental, con el título de la Recopa para el Barcelona en la temporada 1978/79, y otros 25 años hasta que el mismo Barcelona dio un título de Campeón de Europa al fútbol español en la temporada 1991/92.

Ese fracaso continuado era una evidencia en los primeros años 80 para técnicos, federativos y periodistas, que además veían en *la furia* una coartada para los fracasos, pues se caracterizaba por una aceptación implícita de la inferioridad física de los jugadores españoles, que debía ser suplida por una superioridad moral y anímica que permitía superar a los rivales. De esta forma, era la entrega, el sacrificio, la voluntad y la determinación lo que hacía triunfar a los equipos españoles frente a los extranjeros, y al mismo tiempo parecería que éstos tenían una ventaja ilegítima, que su superioridad física, por ser natural o racial, era injusta, pues no habían hecho nada para ser merecedores de ella. Cuando la derrota llegaba, que era habitualmente, siempre se podía achacar a un factor exógeno, insuperable.

Sin embargo, se hacía cada vez más evidente que *la furia* no solo era victimista, sino que ocultaba las auténticas razones del fracaso. Y en ese sentido surgen un diagnóstico doble para explicar la falta de éxitos, por un lado una inferioridad no física, sino técnica, que constituía una variable ya no natural sino social, es decir, que podía trabajarse y mejorarse, y que también había sido abandonada a favor de ese fútbol pasional y esforzado, y por el otro la ausencia de una idea de juego:

La verdad es que no teníamos calidad. Mucho correr, mucho correr, mucho correr ¿y qué? ¿Y el balón qué? (...) Yo he conocido algunos, compañeros, otros en los cursos de entrenadores, y dialogando que se nos va la calidad, que no tenemos calidad, que el fútbol español, la calidad era de los extranjeros que venían. ¿O no? Es que destacaban. Pero el español... (...)Porque, vamos a ver, antes el fútbol, mira, España ha tenido siempre lo de la furia famosa y tal y cual. Yo nunca... ¿eso qué es, lo de la furia? Y ya sabes lo que es, pun, pan, pan. (Mariano Moreno)

Es decir, que *la furia*, al centrarse en valores puramente emocionales o morales, omitía cualquier racionalización, cualquier idea del juego. No se trata tanto de proponer grandes teorizaciones como de simplemente desarrollar una idea que pudiera aplicarse, basada en algún tipo de filosofía o concepción global. Por el contrario, la furia no tenía ninguna propuesta de juego más allá de lo que los jugadores pudieran improvisar o crear en el terreno de juego. El fútbol español era “lo más simple que había” (Paco González). Esa ausencia de estilo, de reflexión sobre el juego, hacía que de lo único que se hablase y lo único que se valorase fuesen los jugadores y las jugadas individuales. El fútbol no tendría una lógica superior, sino que sería únicamente la suma de momentos, de actuaciones individuales. El desarrollo temporal se convierte en una adición de acciones consecutivas, sin ilación entre ellas, sin que unas explicasen a las otras ni pudiesen agruparse o interpretarse como resultado de tendencias o procesos. Así, podía ser más frecuente y racional apelar a la suerte o a factores no estrictamente futbolísticos para explicar los resultados, o a acciones puntuales y determinantes. Al mismo tiempo, los jugadores estaban aislados unos de otros, su rendimiento valorado de forma individual sin ponerse en relación con el resto del

equipo ni con el desarrollo global del partido. Este sería una sucesión de acontecimientos y no una narración coherente.

Para nada, para nada. El Madrid llegó a cinco finales en el 81, y yo creo que si le preguntas a cualquier aficionado que tuviera más de 15 años en el 91 cómo jugaba, ni Dios se acuerda de nada. Sí, te acuerdas de los huevos que tenía Stielike, y que Cunningham era muy rápido, y que Juanito era muy bueno y que a veces se le iba la cabeza, y qué bien remataba Santillana de cabeza, y que la defensa, bueno, era mejorable pero estaba Camachín ahí que era joven y le podías mandar marcajes individuales contra el que fuera. Pero no te dicen, ¿pero el Madrid dominaba? Nadie lo sabe, porque es que en realidad como no te fijabas en eso, solo te fijabas en las jugadas, no en el juego. (Paco González)

Todo ese estilo de juego se inserta además en un momento previo a la explosión mediática en el que el contacto con otros estilos y otras formas de entender el juego era mucho más limitado. Así, no solo los estilos nacionales, sino los estilos locales o de club podían mantenerse sin que fuesen desafiados por otros modelos o puestos en duda ante fracasos, lo que hacía “muy difícil predicar un cambio” (Carlos Martínez).

Es evidente que, a pesar de esta visión del fútbol español como cristalización de una masculinidad agresiva y anti-intelectual, este no podía ser totalmente refractario a la táctica, la estrategia o los sistemas de juego, aunque solo fuese porque es imposible jugar sin ellos. Por el contrario, el fútbol español sí tenía una teoría futbolística, aunque no estuviese conscientemente teorizada o públicamente debatida.

En concreto, el fútbol español extraía sus planteamientos tácticos y estratégicos de esa primera máxima que acabamos de enunciar, que se trataba de un fenómeno inmune a la racionalización, y que debía por tanto entenderse como un fenómeno siempre contingente e impredecible. Si los partidos no se regían por lógicas globales o patrones, sino que eran el resultado de circunstancias fortuitas y de la actuación individual de los jugadores, ello significaba que cada partido era único e irrepetible, sometido a una serie de circunstancias variables a las que el equipo debía adaptarse.

Existían, por supuesto, una primera serie de condicionantes estructurales que marcaban el planteamiento inicial. En primer lugar, el equipo contrario. Frente a ideas posteriores sobre la necesidad de mantener un estilo constante o unas ideas de juego, el fútbol de los ochenta veía con normalidad “jugar en relación a lo que jugaba el rival” (José Manuel Barla), lo que implicaba partir del análisis de la inferioridad económica y deportiva. Cuanto mayor era esta, más se consideraba aceptable adoptar planteamientos conservadores y defensivos en un partido. Los equipos pequeños tenían asumidos que debían replegarse frente a los grandes y esperar su oportunidad, y únicamente cuando este repliegue alcanzaba niveles patológicos podía emitirse la crítica con la habitual mención al “autobús” (Paco González) asociado habitualmente a Maguregui.

Pero no era únicamente la diferencia deportiva lo que definía la estrategia, sino que también se daba mucha importancia a la condición de local y visitante, algo lógico después de comprobar la permisividad arbitral con la violencia. Ello permitía que en casa los equipos se mostrasen más agresivos y ofensivos, mientras que fuera de casa se veía normal una actitud defensiva que buscaba el empate. Esa actitud quedaba plasmada por ejemplo en los positivos que se ganaban fuera de casa y los negativos que se perdían de local, y sobre todo en la idea de la media inglesa, por la cual un rendimiento óptimo consistiría en ganar los partidos como local y empatar en las salidas. No se trataba de que se considerase el empate visitante como un resultado aceptable, sino de que era ese el resultado que se buscaba conscientemente: es decir, los equipos adoptaban un repliegue mucho más intensivo y una actitud mucho más conservadora fuera de casa, independientemente del nivel del rival, y ello se consideraba una razonable adaptación a las circunstancias, una decisión que se tomaba previamente, no como resultado del desarrollo del partido.

Por todo ello, una actitud defensiva, cuando las circunstancias así lo solicitaban, no tenía ninguna connotación negativa, sino que era considerada como el comportamiento más lógico, y por tanto más legítimo. Por encima de cualquier idea de juego que se tuviese, estaba la búsqueda de la eficiencia. Esa búsqueda incluía adoptar una posición reactiva y renunciar a imponer el planteamiento propio o a condicionar al rival si se consideraba que este se situaba en una posición de ventaja. Mariano Moreno

relató que, cuando ante una visita al Bernabéu uno de sus jugadores manifestó que en vez de tener que preocuparse por Velázquez, sería mejor que Velázquez se preocupase por él, tuvo que reconvenirle:

“Venga para acá, quiero hablar con usted. Usted ¿Quién se cree que es? O sea, vamos a ir al Santiago Bernabéu y ¿usted quiere que Velázquez le marque a usted? ¿Qué méritos ha hecho usted con el equipo nacional o aquí?”. (Mariano Moreno)

A Moreno le resultaba inconcebible la idea de condicionar el juego de un rival superior, y tenía muy claro que debía ajustar a su equipo a las circunstancias concretas del partido. Se asumía la inferioridad como consustancial y como determinante de la configuración táctica y los roles a desarrollar. La propuesta de su jugador era tácticamente inapropiada porque rompía la lógica futbolística según la cual los roles activo y reactivo se distribuían en función de la calidad de los equipos y de los jugadores y de la condición de local y visitante.

En resumen, el fútbol español se caracterizaba por un enfoque contingente y oportunista. Los sistemas tácticos de los equipos se amoldaban a las circunstancias de cada partido, de la situación en la clasificación, del rival y de las propias potencialidades. No se pretendía tener un estilo de juego definido ni tener un protagonismo que implicase llevar el peso del partido, ni se consideraba que ese protagonismo tuviese un mayor mérito o mayor eficiencia que otras estrategias. De hecho, se consideraba que la estrategia adecuada la generaba el potencial del equipo, y que por tanto cada uno de ellos tenía un planteamiento que le era más adecuado.

El sistema de juego 1-4-4-2 era el hegemónico, habiéndose ido abandonando paulatinamente el 1-4-3-3, aunque aún se utilizaba. Los dos delanteros tenían perfiles complementarios, siendo uno de ellos un rematador de potencia física y el otro más habilidoso y jugando en posiciones más retrasadas. Cuando este delantero asumía ciertas funciones defensivas y retrasaba su posición hasta poder considerarse un media punta, el sistema podía interpretarse como un 1-4-5-1. También se jugaba con la disposición de los puntas en el eje horizontal para crear asimetrías, pero lo más importante es que los hombres de banda, ya fuesen interiores en una línea de cuatro o

extremos en una línea de tres, habían asumido hacía tiempo responsabilidades defensivas, fundamentalmente colaborar con su lateral y vigilar al lateral contrario, lo que implicaba un desgaste físico y que “si te tocaba un lateral que subía mucho pues te obligaba a jugar mucho en tu campo” (Miguel Pardeza), unas servidumbres defensivas que se asumían en mejor o peor grado en función del jugador y su estatus: mientras José Manuel Barla asumía que en un equipo pequeño como el Cádiz “el que no ayudaba poco tenía que hacer”, Pardeza llevaba sus obligaciones defensivas con suspicacia y cierta resistencia. En cuanto a los medios, uno solía ser más defensivo y el otro más ofensivo, y en defensa, que analizaremos posteriormente en profundidad, se jugaba con dos laterales, marcador y líbero.

Ofensivamente, existían dos vías prioritarias de ataque, el contraataque rápido y el juego por bandas. Cuando se recuperaba el balón en posiciones retrasadas, era muy habitual el uso del desplazamiento en largo (peyorativamente conocido como *pelotazo*). Se consideraba que los defensas no tenían cualidades ofensivas como para construir el juego desde atrás, y se prefería evitar la pérdida en espacios peligrosos. Por ello, las órdenes eran “si hay pase se la doy al centrocampista y si no busco balón largo” (Pablo Díaz). De hecho, se prefería el despeje antes que un pase arriesgado o de difícil ejecución, lo que también limitaba la capacidad ofensiva del equipo. Además, era un tiempo en el que aún era legal la cesión al portero, por lo que otra acción habitual para iniciar el ataque era la cesión al portero, y que él de nuevo sacase en largo. De nuevo por la asunción implícita de la falta de capacidad técnica de los defensas que hacían la recuperación.

El repliegue intensivo y la profusión de balones largos hacían del contraataque una forma privilegiada de ataque. Había equipos que directamente evitaban la elaboración en el medio campo y buscaban sistemáticamente los balones largos al punta, como los de Clemente, que se fundamentaban en el “juego directo” (Miguel Ángel). El contraataque no era únicamente para los equipos inferiores o menores, sino también parte del estilo de equipos de primera línea, como el Atlético de Madrid, que eran “muy conservadores”, según un miembro de su cuerpo técnico en los setenta como Mariano Moreno.

Cuando se debía realizar un ataque ante una defensa organizada, se buscaba principalmente el juego de desborde por las bandas y los centros al área, y en esa función era donde destacaban los extremos, piezas claves del juego de un equipo y extremadamente valorados y muy especializados en ese juego de desborde y centro, pero poco proclives a meterse por dentro. El extremo sí podía recibir la ayuda del lateral, que se incorporaba al ataque ocasionalmente cuando identificaba una ocasión propicia, en cuyo caso debía recibir la cobertura de un compañero, que muchas veces era el propio interior. Ese juego de estilo inglés no era tampoco exclusivo de equipos del norte o equipos menores, sino que era practicado, o se percibía como practicado también por los grandes equipos, como el Real Madrid en la época de Santillana.

Defensivamente, se prefería, en primer lugar, defender cerca del área propia, por el “miedo a los 30 metros” (Miguel Ángel) detrás de la defensa. Esto significaba que se renunciaba a realizar presiones en campo contrario o tras la pérdida, salvo circunstancias muy favorables. En su lugar, tras la pérdida se realizaba un repliegue intensivo que dejaba espacio al contrario para empezar la presión en campo propio. Se consideraba que el repliegue daba una mayor consistencia defensiva, y que el pressing podía ser un gran riesgo. Una actitud conservadora que tampoco se veía con suspicacia, pues se fundamentaba en la idea de aguantar y aprovechar el contraataque. Cuando un equipo perdía el balón “lo primero que hacíamos era replugar. Es lo que se decía, ya vendrán” (Mariano Moreno).

Ese fútbol conservador y centrado en el contraataque fundamentaba su solidez defensiva en la defensa individual. Tal y como hemos visto en el marco teórico, la defensa individual se organizaba habitualmente en torno a una línea defensiva de cuatro hombres compuesta por un central, un líbero y dos laterales. El central se encargaba del delantero, y los laterales de los hombres de banda, mientras que el líbero se situaba por detrás para realizar las coberturas a los compañeros que fuesen desbordados. Si los contrarios adoptaban un 1-4-3-3, este posicionamiento encajaría de forma simétrica con un ataque formado por un delantero centro y dos extremos. Si además estos atacantes se mantenían estáticos en sus zonas teóricas (izquierda, centro y derecha), los defensas no tendrían más que ejercer la marca en sus zonas naturales, y se produciría un perfecto acoplamiento por pares como el que se

generaba en la WM y que había dado lugar a la defensa individual en un primer momento, sin que hubiese que planificar ninguna variante. En ausencia de desplazamiento de los jugadores fuera de sus zonas de acción, tendríamos una defensa que era al mismo tiempo individual, porque se fundamentaba en la marca, y zonal, porque los jugadores permanecían siempre en el mismo lugar.

La evolución del fútbol hizo que esta estabilidad espacial se rompiese por ambos lados: los defensas, especialmente, los laterales, comenzaron a incorporarse al ataque, gracias a una mejora de la forma física, generando la necesidad de unas coberturas que implicaban que otro jugador debía tomar su marca en el doble sentido de seguir al jugador y de ocupar su espacio. Estos desplazamientos debían organizarse mediante coberturas y permutas planificadas: ante la subida de un lateral, o bien el líbero, o el medio defensivo o el propio interior debía tomar su posición, y el espacio abandonado por este debía ser a su vez ocupado por otro.

Al mismo tiempo, los equipos comprendieron desde un principio que la forma de desorganizar al contrario y generar espacios libres era arrastrar a los defensas, es decir, los movimientos que tenían por objetivo alejar al defensor de su zona natural para crear un espacio que pudiese ser aprovechado por otro atacante o situar al defensor en posiciones que no eran las más adecuadas para sus capacidades. Esos movimientos de arrastre hicieron que para el momento de esta investigación, la década de los ochenta, se hubiese abandonado como principio general una marca estricta por todo el campo para los atacantes:

... no creo que el hacer un marcaje al hombre implicaría el variar la zona, que si tú marcas al delantero o al extremo izquierda, y el extremo izquierda se te va a la banda derecha, y tú haces un marcaje individual, te encontrarías jugando de lateral... constantemente cambiando, igual la posición. Yo creo que lo principal es que más o menos tú marcabas al hombre, pero según en la zona que te ubicabas. (Miguel Ángel Nadal)

Se trataba de desarrollar límites al marcaje individual y mecanismos compensadores para sus contradicciones. En principio, se había incluido un principio espacial dentro del marcaje individual: los defensores marcarían a sus pares dentro de sus áreas de

referencia, pero no saldrían de estas para perseguirles por todo el campo, sino que se intercambiarían las marcas con sus compañeros. Ese principio general estaba sometido sin embargo a continuas tensiones. Por ejemplo, si un extremo “se iba a la otra banda avisábamos al compañero porque había cambio seguro y lo cogería el otro” (Alfonso Cortijo), y el cambio se haría al inicio de la acción de juego o tras un parón, pero si el movimiento se producía en el transcurso de una acción de juego, con un extremo desplazándose al centro o un delantero cayendo a banda, lo normal era que se mantuviese la marca y el central cayese a banda y el lateral siguiese al extremo hacia el interior, porque quién debería tomar esa marca estaba a su vez marcando a otro jugador y se producía así el espacio deseado por el ataque. Esa continuación de la marca durante la jugada es la que hace decir a Mikel Etxarri que se trataría de un “marcaje mixto”, acorde con las definiciones del manual de la Federación (Moreno, 1998).

Junto con los cambios de marca y la referencia espacial, el mecanismo compensador fundamental era por supuesto la figura del líbero. Su principal función era precisamente ocupar los espacios libres que se generaban por los arrastres de los atacantes. También debía acudir al corte cuando un compañero era superado, otra fuente permanente de peligro. Aunque existía esa cobertura, lo cierto es que los atacantes tenían la sensación de que si superaban a su par –y este no paraba la jugada con una acción violenta– se les generaban importantes posibilidades ofensivas, lo que hacía a la defensa individual dependiente del acierto continuado de todos sus miembros, pues podían “buscarte la ruina en un movimiento” (José Manuel Barla). También la posición retrasada del líbero habilitaba el espacio a la espalda de los laterales, permitía que un pase “para un costadito” te pudiese hacer “un boquete” (Iñaki Sáez).

Los acoples defensivos, en cualquier caso, dependían del funcionamiento ofensivo y del sistema de juego empleado por el contrario. Si este utilizaba un 1-4-3-3, la defensa de cuatro se acoplaba perfectamente al ataque. Si por el contrario el adversario jugaba con dos delanteros, lo normal es que el más avanzado, que coincidía con ser el más fuerte y rematador, era tomado por el central marcador, pero para ocuparse del segundo delantero existían variantes. En el Real Madrid, “cuando el contrario jugaba

con dos delanteros, muchas veces Camacho venía aquí y el Gordo le ayudaba aquí en el lateral” (Emilio Butragueño).

Es este un ejemplo de ruptura de la ocupación espacial por el marcaje. Primero, se prefiere asignar la marca al lateral antes que prescindir del líbero. El espacio que deja no es ocupado por un jugador en funciones de lateral, lo que sería una defensa de cinco, sino que Gordillo debe “ayudar” a su compañero, lo que indica que ni Camacho abandona totalmente su responsabilidad como lateral, ni esta es asumida totalmente por Gordillo. Al mismo tiempo, Gordillo no recibe una ayuda similar para ocupar su banda, por lo que esta queda despoblada. Como la referencia es individual, no importa que solo haya un jugador en esa banda, puesto que dado que el contrario estaría jugando un 1-4-4-2, también ellos dispondrían de un solo efectivo allí. Si otro jugador decidiese ocupar ese espacio, no se produciría un dos contra uno con Gordillo porque junto con el contrario vendría su par asignado o el jugador más cercano espacialmente, en este caso Martín Vázquez. La dificultad sería para Gordillo, que tras bajar al área a defender al interior contrario, tendría que subir la banda hasta ocupar la posición de un extremo. Un desgaste físico que él podía asumir, lo que nos lleva a considerar que el funcionamiento de los equipos estaba en función de las cualidades personales de los jugadores: la solución a los dos delanteros sería distinta si Gordillo no estaba disponible.

En cuanto a la línea media, se daba una situación paradójica. Por un lado, su funcionamiento defensivo era zonal, con un reparto de posiciones en el campo y sin marcajes individuales. Al mismo tiempo, era en esta zona donde de forma más habitual se producían marcajes individuales estrictos, es decir, que se realizaban por todo el campo. Esto es así porque lo que seguía siendo una práctica habitual era la realización de un marcaje individual a la estrella del equipo contrario, sobre todo al creador de juego de cuya capacidad dependiese la construcción del ataque contrario.

...normalmente jugábamos en zona pero yo sí he vivido que había un futbolista, un compañero nuestro, que tenía que seguir al hombre, y como se decía, si va al vestuario pues lo sigues hasta las duchas. Normalmente era al que el míster nos decía que era el importante del equipo. (José Manuel Barla)

En ausencia de marcajes individuales, el medio más retrasado tendía a “meterse entre los centrales, y ayudar a marcar a los delanteros” (Miguel Ángel Nadal). Los interiores bajaban hasta estar en situación de colaborar con sus laterales, prestando especial atención a los laterales contrarios, si se decidían a subir al ataque. De nuevo nos encontramos con una situación que puede ser entendida como marcaje individual, pues el extremo marcaba siempre al lateral, o zonal, si entendemos que ello era resultado únicamente de su coincidencia espacial. Lo cierto es que el interior no perseguía al lateral allí donde fuese, pero también que el movimiento de este era muy estereotipado, reduciéndose a subir la banda. Además, muy raramente se producía la subida de los dos laterales, por lo que mientras el interior del lado del balón apoyaba a su lateral, el del lado contrario se dedicaba a “bascular y cerrar un poquito para ayudar al medio campo” (José Manuel Barla) siguiendo un criterio zonal.

Todo ello muestra que la defensa individual aspiraba, en esos años, a compaginar la ocupación equilibrada de los espacios con el seguimiento de todos los atacantes, y que no abandonaba completamente el espacio para centrarse en el jugador. Esa hibridación entre defensa individual y defensa en zona hace difícil su clasificación y da lugar a una heterogeneidad de opiniones entre los entrevistados. En algunos casos se entiende que solo podemos hablar de defensa individual en el caso de marcaciones fijas en todo momento a los mismos jugadores y por todo el campo, mientras que si hay referencia espacial, se trata de zona, pues como decían las definiciones de los manuales, “dentro del espacio tengo que marcar a alguien” (Ángel Cappa). Para otros, como Miguel Ángel Nadal o Alberto Giráldez, si se realizan marcajes individuales, aunque se distribuyan espacialmente, se trata de una defensa individual. La realidad es que la distribución espacial de las marcas junto con la tendencia de los ataques a no variar posiciones hacía que, como venimos viendo, la diferencia entre una marca zonal y una individual fuese puramente teórica, pues la experiencia subjetiva era la de la existencia de “parejas de hecho” (José Manuel Barla) y de haber sufrido marcajes individuales “prácticamente durante toda mi carrera” (Miguel Pardeza). Por ello, otros jugadores que también fueron marcados individualmente prefieren utilizar la existencia o no de libre como criterio de diferenciación, como Butragueño, que aunque admite la distribución espacial en su equipo rechaza que fuese una zona porque

aunque “Chendo nunca se movía de aquí y rara vez Camacho se movía de aquí” sin embargo “jugábamos con un libre y un central”.

Recuperando nuestro marco teórico, es evidente que el origen de estas contradicciones provienen de esa diferenciación entre lo que hemos llamado zona tradicional y zona moderna. Para muchos, la zona tradicional no era realmente zona. Preguntado por la diferencia entre ambas, Víctor Muñoz responde:

Esa es la verdadera zona. O sea, tú, o sea, si tú te dedicas una zona, y marcas al hombre en esa zona, es prácticamente un mixto, sería marcaje mixto, zona mixta. Tú estás en esta posición y no te vas a ir a esta, pero estás marcando a este hombre. Pero si tú le das más importancia al balón, después al adversario y después, que esto es un poco la diferencia, balón, adversario y compañero. (Víctor Muñoz)

Esas diferencias de criterio son una prueba de que una definición atemporal o puramente formal de la zona está condenada al fracaso, porque en realidad la zona y la defensa individual son conceptos históricos sujetos al cambio y que se han entendido de distintas formas en diferentes momentos y lugares. Si por el contrario optamos por definirlos históricamente y en su relación con los sistemas de juego, vemos que el modelo de la defensa individual y la defensa en zona tradicional fueron confluyendo a lo largo de los años setenta y ochenta hasta generar un modelo híbrido en el que se complementaban el uso del líbero con la marcación por zonas y los marcajes individuales que no existe como tal en los libros.

Así, un equipo corriente español jugaría con un líbero que sin embargo a veces se retrasaría mucho y otras veces se situaría casi a la altura de su central, incluso intercambiándose las funciones con este según el lado del ataque o los movimientos de los delanteros, y teniendo además en cuenta si había uno o dos delanteros y sus especificidades. Al mismo tiempo, los laterales permanecerían en su zona, pero una vez iniciada la jugada seguirían el marcaje del interior o del extremo allá donde fuese y recibirían la ayuda de su interior para cerrar el espacio dejado, unos interiores que así por momentos bascularían con el equipo entorpeciendo el avance, pero que en otras ocasiones se verían obligados a marcar a los laterales contrarios que doblaban la

banda. Mientras tanto, un centrocampista ayudaría a los centrales con los delanteros, quizás dedicando atención especial al segundo punta o al media punta rival, incluso marcándole estrechamente en caso de tener gran calidad, mientras que los medios sobrantes, si los hubiera, y los delanteros, se distribuirían espacialmente y flotarían delante de su línea defensiva intentando obstaculizar el avance rival.

Ese mismo equipo introduciría modificaciones en su funcionamiento especialmente diseñadas para contrarrestar a su adversario particular de cada jornada: si jugaba con dos delanteros, debería decidir si haría un marcaje individual a ambos o solo a uno, y en el primer caso, quién sería el encargado de realizar el segundo marcaje junto con el central. También hasta dónde y en qué situaciones se seguiría a esos delanteros, según fuesen sus cualidades y movimientos habituales. Además, debería evaluar si existía alguna pieza decisiva en el equipo contrario que mereciese la pena marcar individualmente por todo el campo, quién sería el encargado de su marca y cómo se repartirían el espacio los jugadores libres de marcación individual. Es en este sentido en el que Barla decía, en el epígrafe anterior, que en su época sí se jugaba en función del rival, porque cada semana se modificaba el funcionamiento del equipo según el rival a enfrentar. Y es por eso que la defensa individual se había hecho más compleja a partir de esa primigenia idea de *cada uno sigue a uno*:

También tienes que entrenarlo, porque si él sale de una zona porque le lleva el contrario pues tienes que tratar un poco de equilibrar esa zona, que todo tiene... nada es así de sencillo, correr ahí. (Vicente Miera)

4.1.3. El perfil de los entrenadores y los métodos de entrenamiento

Todo este entramado táctico estaba en manos de los entrenadores, que eran de forma generalizada exfutbolistas. Su presencia es lógica si tenemos en cuenta que el fútbol era considerado una actividad ajena a la racionalización, en la que por tanto el conocimiento solo podía provenir de la experiencia práctica, es decir, de los años de carrera activa como futbolista. Eran pues los propios jugadores los que a lo largo de su carrera habían acumulado los conocimientos y por tanto se daba por hecho que “un

tío que ha estado 30 años, desde juvenil hasta que se ha retirado a los 40, va a saber de fútbol” (Paco González).

Ese conocimiento práctico, mezclado con el componente racial e impulsivo del fútbol español daba lugar a un perfil de entrenador que primaba un enfoque directo, escasamente reflexionado y reproductor de esa masculinidad agresiva, que quedaba resumido en la frase con la que justificaban su hegemonía profesional: “tengo los cojones pelados de estar en los banquillos” (Alfredo Relaño). Es decir, que su consideración de expertos no provenía de ninguna educación formal ni producción intelectual, sino de su experiencia íntima del fenómeno, al mismo tiempo que de forma implícita se minusvaloraba cualquier conocimiento que no viniese de esa misma comunidad.

Los entrenadores de los años sesenta y setenta eran por tanto exfutbolistas, y como tales compartían en muchos casos un origen humilde y el abandono temprano de los estudios para tener una carrera futbolística y ganar “más que mi padre con 17 años” (David Vidal), es decir, como una de las pocas oportunidades de movilidad social. Al retirarse, continúa Vidal, “los mejores exjugadores se metían a técnicos” sin más formación específica que sus experiencias como jugadores. En consecuencia, una vez en los equipos apenas dejaban una verdadera impronta en la forma de jugar de sus equipos o en la formación de sus jugadores. Por ejemplo, *Felines* dice que de sus entrenadores en categorías modestas ni se acuerda, y que cree que salían “a jugar los partidos y ya está”, o recuerda como caricaturizaban esas lagunas a través de la anécdota de una supuesta consigna táctica: “el siete y el once juegan abiertos, el nueve en el centro, los dos extremos centran y el nueve remata”. Es decir, que el entrenador sabía lo que había que hacer, pero no sabía ni cómo conseguirlo ni cómo entrenarlo.

Esa falta de formación con la llegaban los entrenadores es destacada por el propio Mariano Moreno, responsable a partir de los años setenta de la Escuela Nacional de Entrenadores, que considera que en aquellas décadas esta no ofrecía una formación adecuada, pues estaba masificada y carecían de medios –“no había nada”–, empezando por los propios manuales de entrenamiento.

Todo ello hacía que los entrenadores hasta la década de los 80 pudiesen alcanzar la élite sin una formación completa, con el único bagaje de su experiencia como jugadores, y que por tanto simplemente replicasen lo que ellos habían conocido en sus equipos como jugadores:

A lo mejor eras exjugador, habías jugado hasta los 30 y algo, que antes se acababan las carreras antes, o con 29, 30, y empezabas a entrenar y a los 40, 35, tenías un equipo de primera que dirigías tú, o segunda o segunda b, y no tenías lo que tienes ahora de información de todo tipo. Entonces, ¿qué hacías? Lo que habías hecho hasta ese momento. (Alberto Giráldez)

Junto con esa ausencia de formación estaba la propia ausencia de una comunidad de ideas, de intercambio entre profesionales, ni de forma informal ni a través de de textos o referencias escritas. Por un lado los entrenadores siempre se han resistido a compartir sus ideas y métodos de entrenamiento con otros colegas simplemente por miedo a ser copiados o neutralizados, lo que convierte el diálogo entre entrenadores en un “tabú” (Víctor Muñoz) que hace que únicamente se comparta información, o al menos diálogo, cuando existe una relación de amistad y confianza que debe cultivarse en el tiempo, pero “no vas preguntando al entrenador” (Vicente Miera).

Por el otro lado, tampoco existían medios formales de intercambio de información, como charlas, seminarios o publicaciones, que generasen un conocimiento compartido y una comunidad de saberes públicos y abiertos. Por el contrario, era muy difícil encontrar referencias escritas, y los entrenadores debían buscarse las formas de aumentar sus conocimientos:

Nosotros locos entonces por encontrar algún detalle, y tener un papelito y copiar algunas cositas que veíamos en entrenadores. Yo iba a ver al Atlético de Madrid, al Real Madrid, los equipos que cogíamos por aquí cerca. A ver cositas, a ver ejercicios. No había nada escrito, o casi nada, caramba. O nada que yo tuviera, por ejemplo. (Félix Bardera, *Felines*)

A la falta de formación habría que añadir el supuesto aislamiento en el que se encontraban los entrenadores españoles. Esta afirmación es al menos controvertida, pues los entrenadores estaban en contacto con la realidad internacional de varias

formas. En primer lugar, los equipos españoles participaban cada año en las competiciones europeas de clubes, y por tanto tenían un contacto periódico con otras formas de entender el fútbol. Al tratarse de encuentros de competición es evidente que los entrenadores no intercambiaban impresiones ni métodos, pero existía la experiencia directa del terreno de juego. Sin embargo, estos enfrentamientos internacionales no han sido mencionados por ninguno de los entrevistados como fuente de conocimientos o de novedades, como si el ambiente de la competición impidiese un proceso de reflexión.

En segundo lugar, el fútbol español ha recibido un flujo constante de entrenadores extranjeros a lo largo de las décadas. Desde Míster Petland y el resto de británicos que llegaron en los albores de la profesionalización, pasando por Míster Kiplin o Míster Bagge, que llegaron en los años cuarenta para “facilitar la adopción de la WM” (Bernardo Salazar) o el checo Dautik en los años cincuenta o el brasileño Otto Gloria en los sesenta, siempre ha habido entrenadores foráneos entrenando en la Liga. Si analizamos los datos de la década de los setenta, entre la temporada 1969/70 y la 1979/80 38 entrenadores extranjeros trabajaron en el país. De ellos, el grupo más numeroso fue el de los sudamericanos, que constituyeron exactamente la mitad, 19, con predominio de los argentinos, 11, y que debieron ser por tanto la principal influencia futbolística. También son muy numerosos quienes tienen un pasado como jugadores en España, 18, lo que indica que se trataba en muchos casos de entrenadores que hacía décadas que vivían en el país y que quizás no sean una referencia adecuada para medir la apertura a la innovación. Pero encontramos también ejemplos de apertura, como el fichaje de dos ingleses, dos austríacos o un alemán, y sobre todo el de Rinus Michels, el representante de la modernidad futbolística por antonomasia, que ficha por el Barça en 1971.

La mayor influencia de la década, sin embargo, será de los yugoslavos, representantes, de algún modo, del nuevo entrenador internacional: Boskov, Plavic o Miljanic desarrollarán su carrera por todo el continente europeo, dándoles una pátina de cosmopolitismo y de conocimiento de las distintas culturas futbolísticas. El origen de su llegada está en la derrota de España frente a Yugoslavia en la fase de clasificación para la Copa del Mundo de 1974. Estos entrenadores van a ser conocidos sobre todo

por sus métodos de preparación física. Si en los cuarenta fue la WM y en los cincuenta el 1-4-2-4, los setenta van a ser la década del *fútbol fuerza* y la preparación física. Junto con ellos van a llegar otros entrenadores conocidos por sus métodos extenuantes, como el austríaco *látigo* Merkel que hacía a sus jugadores “dar todo el perímetro del campo del Atlético de Madrid corriendo, con dos balones medicinales de tres kilos” (Javier Irureta). Sin embargo, esta metodología no era en absoluto arcaica o atrasada, sino la que en ese momento en Europa (o así se percibía desde aquí) podía considerarse hegemónica, por lo que el argumento del aislamiento es necesario reformularlo, y decir que España recibía un flujo constante de entrenadores extranjeros que aportaban sus métodos, aunque estos entrenadores foráneos no eran necesariamente representantes de la vanguardia futbolística.

Por el contrario, quienes apenas salían al extranjero no ya para trabajar, sino para ampliar conocimientos, eran los españoles, como confirma Vicente Miera cuando recuerda su viaje al Europeo de 1976 y añade que “en aquella época no viajaba nadie, en España no viajaba nadie”. El énfasis de Miera, que repite dos veces la ausencia de viajes al extranjero, pretende remarcar que más que en una cuestión legal o económica, esa falta de viajes se insertaba en un hábito cultural de aislamiento y pensamiento autárquico. En ese contexto, aquellos que salían eran tratados casi como valientes exploradores esperados con esperanza y curiosidad:

Me acuerdo cuando fueron los primeros entrenadores españoles fuera de España, cuando volvían siempre les pedíamos unas impresiones de cómo se trabajaba allí, el trabajo fundamental, las ideas, y hay tipos de trabajo que te orientaban muchísimo. Si nosotros aquí es que estábamos a cero. (Félix Bardera, *Felines*)

Finalmente, también debemos tener en cuenta que había muchas menos partidos televisados, lo que limitaba la posibilidad de abrir los horizontes, lo que como en el caso del público dificultaba un cambio de mentalidad o cualquier proceso modernizador.

¿Cómo concebían su trabajo estos exfutbolistas metidos a entrenadores con escasa formación pero una gran experiencia práctica? Digamos que este era una declinación

natural del principio rector que hemos venido exponiendo: el carácter subjetivo y práctico del fútbol. Ello quiere decir que, al igual que los entrenadores recibían su legitimidad de su experiencia como futbolistas, sus pupilos también eran reconocidos como detentadores de un conocimiento práctico sobre el fútbol que les otorgaba una cierta autonomía en el campo de juego. Es decir, que puesto que el entrenador sabía de fútbol porque había sido futbolistas, era lógico que admitiese que sus jugadores, futbolistas en activo, también sabían de fútbol. Ello nos lleva a la consideración de que los futbolistas, en tanto que profesionales, eran considerados trabajadores cualificados y formados con capacidad de juicio propio, de ahí la autonomía mencionada. Por ello, cuando preguntado Miguel Ángel sobre las correcciones o aprendizajes en los entrenamientos por parte del entrenador, respondió espontáneamente:

Pero yo como digo, yo llegué ahí en Primera y a mí no me tenían que decir cuando tenía que hacer una cobertura, cuando tengo que cambiar con un compañero. Es que eso ya lo tenía, por eso se habían fijado en ti. (Miguel Ángel)

Es decir, que el futbolista ya sabía jugar al fútbol, y por tanto no era competencia del entrenador decirle o enseñarle cómo debía hacerlo. En consecuencia, se consideraba que el entrenador no tenía una misión formativa o pedagógica en el equipo. Iñaki Sáez recuerda un único entrenador en su carrera que le diese consejos sobre su forma de jugar, y ese entrenador fue el yugoslavo Plavic, “un entrenador de enseñar” y con el que se construía una relación pedagógica, por lo que terminó siendo su principal referente para dedicarse a entrenar. El resto, se caracterizaban porque “hablaban muy poco” y “echaban broncas”.

Su funciones eran por tanto ejecutiva –elegir a los que iban a jugar– y de liderazgo –manejar disciplinaria y emocionalmente al grupo. Como bisagra entre estas dos dimensiones se encontraba un rol fundamental, como era la asignación de responsabilidades: qué debía hacer cada uno. Esa asignación tenía lugar en un momento crítico, como era la charla en el vestuario antes de salir al campo. Y sin embargo, encontramos al respecto recuerdos contradictorios, desde Miguel Pardeza diciendo que “la charla era muy liviana” a Fernando Giner recordando que para

algunos entrenadores era una hora de charla, “de uno por uno ir diciéndole tú tienes que hacer esto, y tú esto, y tú esto”.

Esta aparente contradicción se resuelve si desarrollamos lo que en ese momento se consideraban consideraciones tácticas: puesto que la defensa individual dividía el enfrentamiento en una serie de enfrentamientos individuales, las órdenes de los entrenadores debían referirse al comportamiento de los jugadores en cada uno de estos duelos. Podían hacerse consideraciones generales sobre la intención del equipo para afrontar el partido, pero no podía profundizarse en ellas cuando el comportamiento de los jugadores iba a depender del de sus pares asignados y cuando el trabajo coordinado de dos o más jugadores en una misma acción era muy limitado. Es el caso de la anécdota referida previamente sobre el marcaje de Velázquez: Moreno da instrucciones tácticas que se refieren a cómo juega el contrario y a cómo contrarrestarlo, pero ese consejo se ofrece únicamente a aquel que se va a encargar de su marca. Si las órdenes eran individuales, es normal que éstas pudiesen alargarse en el tiempo, pues el entrenador debía preparar un plan de acción personalizado para cada jugador, que tuviese en cuenta sus características particulares y las de su par, fuese atacante o defensor: “Te decía te vas a enfrentar a un jugador que es rápido y no sé qué, vale” (Miguel Ángel).

Es por eso que, recordando a los entrenadores de Iñaki Sáez, pudiese existir un perfil de entrenadores que apenas se comunicasen con sus jugadores porque esa comunicación no entraba dentro del acuerdo implícito sobre responsabilidades: las del entrenador eran mantener en forma al grupo y elegir a los mejores. Hecho esto, ¿de qué tendría que hablar con unos profesionales que ya sabían todo lo que había que saber sobre el fútbol? Una vez distribuidos los puestos y las marcas, “cada uno cumplía su función” (Fernando Giner)

Antes es que tú ya sabías prácticamente todo. El entrenador te ponía en la pizarra, tú aquí, tú aquí y tú aquí, y tú sabes que eso tienes que hacer estas cosas, tú tienes que hacer estas. Pero no te las decía. (Miguel Ángel)

Previamente, el entrenador debía haber elegido el once inicial, y lo que es más importante, los emparejamientos. Era esta la auténtica decisión crítica por la que el

entrenador sería juzgado futbolísticamente, pues provenía directamente de ese conocimiento intransferible e intuitivo originado en su experiencia y que le da esa imagen enigmática y genial que Gil (2004) denomina el entrenador hechicero, capaz de idear en el último momento un cambio de pares o posiciones, en ocasiones inverosímil, pero que al funcionar demuestra su talento intuitivo. Es decir, que fundamentalmente el entrenador era pagado por acertar en los emparejamientos, razón por la cual podía variar las alineaciones de una semana para otra o cambiar a los jugadores de posiciones.

Este instinto para elegir a los jugadores y situarlos en el campo tenía también un componente de psicología, de conocimiento íntimo de los jugadores. Cuando en una ocasión un equipo de Moreno debía enfrentar al Real Madrid, un jugador le pidió que le diese la marca de Santillana. Mostró tal “convicción” que Moreno le dio la marca y fue un éxito, con el equipo ganando 1-0. Moreno consideró en aquella ocasión que la confianza íntima de un jugador también era un valor determinante a la hora de decidir una táctica, es decir, que esta no se diseñaba únicamente en función de las cualidades objetivas, observables de los jugadores (velocidad, manejo de balón) sino también de las más imponderables y difusas cualidades psicológico-emocionales. Para lo cual, evidentemente, era necesario un conocimiento íntimo del futbolista como ser humano que provenía, a su vez, de su experiencia previa como tales.

El partido era por tanto el resultado de los diez enfrentamientos individuales que los entrenadores proponían. Bujadin Boskov lo tenía claro, “si eres superior hombre por hombre debes defender al hombre, y si no eres superior debes defender en zona”, le dijo a Alfredo Relaño. Es decir, que la suma individual de los talentos constituía el valor de un equipo, y que por tanto “un equipo técnicamente bueno y físicamente bueno ganaba siempre” (José Antonio Martín, *Petón*). El enfrentamiento quedaba así segmentado, convertido en una suma de duelos individuales en los que cada pareja enfrentaba sus capacidades hasta ver quién se imponía. En ese contexto, se perdía la noción de enfrentamiento colectivo, de relación entre todas las partes que componen lo que está sucediendo, y el partido tomaba un cariz aditivo, en el que el resultado del partido parecía depender de la suma de los resultados de los encuentros individuales, “porque no era la forma de jugar sino los jugadores” (Víctor Muñoz). Si ese carácter

aditivo lo sumamos a la visión del partido como un desarrollo impredecible y contingente dependiente de la inspiración de los jugadores y de las circunstancias, tenemos un cuadro en el que realmente las expectativas de control del partido o planificación por parte del entrenador son extremadamente limitadas, inserto como está en un contexto de caos impredecible.

Directamente ligada a los emparejamientos estaba la motivación. La imagen de los entrenadores españoles de la época está muy ligada, sobre todo para los entrevistados más jóvenes, con la del entrenador emocional, que hace apelaciones a la masculinidad y valores como el orgullo y la pasión y las llamadas a la *testiculina*. Es muy posible que no todos fuesen así, pero también lo es que esta corriente estaba muy presente en el fútbol español. Lo que está claro es que esas tácticas motivacionales estaban unidas intrínsecamente con el componente táctico: al plantear un juego de duelos individuales, las decisiones tácticas se tomaban también basadas en cuestiones psicológicas, y por la misma razón, la motivación tenía un componente táctico, pues buscaba evitar que el jugador quedase en una inferioridad psicológica respecto a su par.

La impresión de las generaciones posteriores, o que presenciaron el cambio, podría ser que no había ningún tipo de conocimiento táctico en su trabajo, y que por lo tanto su única función era la de alinear a los jugadores, dicho peyorativamente, “eran alineadores” (Paco González). Y sin embargo, en ese contexto, la alineación precisamente era un trabajo de precisión que requería los más finos conocimientos.

Además de asignar las marcas, describir a los contrarios, motivar a los jugadores y exigirles que cumpliesen con sus tareas, ¿existía algún tipo de trabajo táctico colectivo? Los jugadores no lo recuerdan, pero los entrenadores entienden que ese trabajo se hacía muchas veces sin que los futbolistas se apercibiesen, debido a su falta de conciencia táctica, y otras veces no se acometía por la misma carencia. Vicente Miera considera que el jugador “no se entera de casi nada” y Mariano Moreno considera que los jugadores eran “tácticamente muy cortos” y que le fue muy difícil intentar aplicar ciertas ideas. Para implementar la trampa del fuera de juego, estuvo tres meses practicando, “porque cuando me salían tres se quedaba uno, cuando salía

este se quedaban los otros”. Es decir, que los problemas surgían cuando se intentaba desarrollar prácticas colectivas y coordinadas que implicaban una lectura táctica del juego: identificar el momento y ejecutar la acción coordinadamente. A lo que habría que añadir la secular indiferencia de los futbolistas y resistencia al trabajo, a quienes “tú no te puedes hacer ni idea de cuantas veces estás hablando y les sale por el lado derecho y les entra por el izquierdo” (Mikel Etxarri).

Los entrenadores daban órdenes y no explicaban los conceptos, y los jugadores no se hacían preguntas de “por qué se hacían las cosas” (Víctor Muñoz). Para Ángel Cappa se trataba de que:

Querían jugadores obedientes, y no jugadores pensantes. Jugadores que el entrenador le decía, tú vas por acá, y llegas aquí, y haz tal cosa. El jugador cumplía. Y entonces poco a poco se iba desinteresando del juego. Él, estando fuerte, y cumpliendo lo que le decía el entrenador, ya había cumplido con el juego. Con su profesión. (Ángel Cappa)

Y es que el futbolista era un profesional en el desempeño de su trabajo. La autonomía del jugador llegaba hasta donde empezaba la autoridad del entrenador, que se centraba en lo que el jugador debía o no debía hacer. El entrenador exigía del jugador que cumpliera una serie de tareas y que mostrara su compromiso y entusiasmo en ellas, pero no le decía ni le mostraba como debía hacerlas, eso recaía dentro de las competencias adquiridas del jugador. Al mismo tiempo, el jugador no cuestionaba las tareas asignadas, no ponía en juego su lectura personal del juego y no llevaba a cabo acciones para las que no estaba autorizado, y en ese sentido delegaba la visión estratégica, la labor intelectual, en el entrenador. Mientras no invadiese las competencias de este último, estaba realizando correctamente su labor, aunque las ejecutase incorrectamente. Podía refugiarse en las normas para inhibirse de su responsabilidad, podía de alguna forma desarrollar una participación rutinaria, un enfoque burocrático del juego. Si diferenciamos entre el qué hacer y el cómo hacerlo, entre los procesos y los resultados, tendremos que la autonomía se conservaba en el primer ámbito y la disciplina en el segundo.

De esta forma, se establecía una relación paternalista entre entrenador y jugadores, porque el primero no creía ni que los jugadores fuesen capaces de entender explicaciones complejas ni que ello fuese necesario para lograr resultados, y al mismo tiempo los futbolistas se infantilizaban, delegando responsabilidades sobre el entrenador.

Lo cierto es que en último término el jugador siempre actúa de manera instintiva, poniendo en práctica las rutinas y comportamientos interiorizados sin hacer uso de un proceso consciente de análisis. La cuestión es si esos comportamientos han sido trabajados previamente o responden a las inclinaciones y la experiencia individual. Es el momento por tanto de hablar del entrenamiento que, evidentemente, desarrollaba la misma lógica que hemos ido viendo hasta ahora.

En ese sentido, los últimos años habían visto una importante evolución, con la sustitución de un cierto modelo natural, o tradicional de entrenamiento, por el entrenamiento científico que surgía de las universidades y los deportes individuales.

Quienes fueron futbolistas en los sesenta y setenta aún recuerdan ese modelo natural de entrenamiento que ya comenzaba a ser desplazado, y que consistía fundamentalmente en “soplar, fu, fu, y a jugar partidos” (Félix Barderas, *Felines*). Es decir, dar unas vueltas al campo hasta romper a sudar y después comenzar a jugar. Para algunos, una prueba más de la falta de formación de las generaciones anteriores:

Antes se trabajaba muy poco. Yo fui futbolista vulgar, mediocre, y en segunda división estaba harto ya de dar vueltas al campo y le dije “¡míster, llevamos ya 20 vueltas!”. Estaba leyendo el periódico en la grada. No había preparador físico, no había entrenador de portero, no había psicólogo, no había nada, estaba él. “Tranquilo David, tranquilo, una vuelta más, vale”. Y luego pues a jugar, los grandes a los grandes y los pequeños a los pequeños.
(David Vidal)

Y sin embargo, para otros suponía al menos el mantenimiento del “juego” (Alberto Giráldez) frente a las corrientes analíticas que llegarían después, un modelo tradicional del que solo quedaban excepciones en los años ochenta. En este modelo tradicional, los jugadores tampoco recibían instrucciones o practicaban comportamientos

colectivos, pero al estar constantemente jugando, tenía más fresco el juego en su memoria motriz y estaban más acostumbrados a analizar situaciones y a tomar decisiones, aunque solo fuese porque se le presentaban con mayor frecuencia.

Los años setenta son, sin embargo, los de la llegada de los preparadores físicos y de las teorías del entrenamiento del atletismo y otros deportes individuales, gracias también en parte a la llegada de esos entrenadores yugoslavos como Miljanic, que introdujo al primer preparador físico en el Real Madrid en 1974, y a los primeros licenciados en INEF. La preparación física era entonces considerada como la principal vía de modernización del fútbol –“el fútbol viene por ahí” le dijo el gerente del Athletic a Iñaki Sáez en 1977– y por tanto una prioridad de los clubes.

Estos preparadores físicos de los setenta y primeros ochenta provenían del atletismo, y por tanto fue de esta actividad de donde trasladaron sus conocimientos. Este era el caso del preparador más célebre y más influyente en la esfera académica, Carlos Álvarez del Villar. Estos preparadores propugnaban la separación entre preparación física y técnica por ausencia de métodos para hacerla compatible, entendiendo que las intensidades que podían obtenerse con una preparación específicamente física no lo eran con el balón de por medio. Fueron los años en los que se popularizaron herramientas como el balón medicinal y actividades como la carrera campo a través, de forma que *Felines* se conocía “todos los hoyos que había en la Casa de Campo”.

Retrospectivamente, el mayor problema era que al disociar la preparación física de la técnica y la táctica, el propio trabajo físico no estaba adaptado al tipo de esfuerzos que posteriormente eran necesarios durante el partido, lo que reducía su eficacia:

En aquella época se llevaba pues la preparación física que se hacía en atletismo, nada más. Todo preparador físico venía del atletismo, y quería modificar o quería cambiar y meterse en el fútbol pero a través del atletismo. Y no tiene nada que ver, porque tú estás corriendo sin balón, y en línea recta, y aquí estás con un balón, con unas piernas que te están entrando, y que tienes que estar saltando y driblando y haciendo de todo. Entonces eso nosotros no lo hacíamos. Nosotros era correr carreras rectas casi siempre. (Miguel Ángel)

Pero más polémica aún era la noción implícita de que en el *fútbol fuerza* o en el *fútbol total*, en el fútbol del futuro, la preparación física tenía una preeminencia absoluta sobre el resto, hasta el punto de que la capacidad física era mucho más importante para evaluar a un jugador que su dominio de balón, lo que llevaba a Álvarez del Villar a afirmar que “un jugador atleta con un discreto dominio de la técnica del fútbol puede ser un superjugador” (1983, p.13). No se trataba de una extravagancia, sino una idea que se extendía internacionalmente (Kovacs, 1976, p. 267; Lorenzo, 1977, p. 77), lo que de nuevo pone en duda el supuesto aislamiento nacional.

En ese contexto, era lógico pensar que la preparación física era la clave para el éxito. A pesar de ello, la llegada de los preparadores fue difícil por la amenaza que suponía un nuevo conocimiento, no fundamentado en la práctica futbolística, para la autoridad del entrenador. Unos recelos que quedaban claro en la propia dedicatoria del manual de Álvarez del Villar, que dedicaba su obra a “los poquísimos Presidentes del Fútbol Español que creyó (sic) en los Preparadores Físicos” (Álvarez del Villar, 1983, p. 15).

A pesar de estas primeras dificultades, los preparadores físicos fueron encontrando su sitio en los equipos profesionales, y en muchos casos se les consideró corresponsables de los éxitos de los equipos, empezando por el propio Álvarez del Villar, que según *Felines* logró que en su Rayo “aparte de la calidad que atesoraban muchos de mis compañeros, pues es que además corríamos todos como gacelas”. De hecho, es lógico pensar que si el futbolista ya sabe todo lo que puede saber y no tiene nada que mejorar, el mejor empleo posible del tiempo es la preparación física, que supondrá un valor diferencial frente al resto.

Su éxito fue tan rotundo, y la aplicación de la preparación física analítica tan extendida, que si en otros ámbitos de la investigación se podrá constatar una heterogeneidad en los discursos o las prácticas, en lo que se refiere a la programación del entrenamiento hemos recogido una casi absoluta unanimidad. El entrenamiento semanal se organizaba en torno a un trabajo físico intensivo durante la semana combinado con algo de entrenamiento técnico y la figura central del partidillo del jueves:

Yo cuando llego al primer equipo la semana era... jugábamos el domingo, porque siempre se jugaba el domingo, antes no se televisaban los partidos.

Lunes solía ser descanso, martes paliza física. Miércoles física y técnica. Jueves partido de entrenamiento. Viernes baño y masaje. Y sábado fútbol-tenis. Esa era la semana, y el domingo partido. Esa era la semana cada semana. O sea, ese era el plan semanal. Cada semana. (Emilio Butragueño)

De esta imagen surgen dos consideraciones preliminares: primero, la ya mencionada separación entre los elementos técnicos y físicos del entrenamiento; y segundo, la ausencia de ejercicios propiamente tácticos. En cuanto a lo segundo, no hacemos sino incidir en lo recogido anteriormente: en un mundo de marcajes individuales, los ejercicios tácticos carecerían de sentido y oportunidad.

Pero además esos ejercicios técnicos eran casi los mismos para todos los jugadores, sin apenas un trabajo específico por líneas. Cuando este existía, era de nuevo un trabajo técnico de poca carga táctica, más allá de consideraciones generales. Esta situación alcanzaba su paroxismo en la figura de los porteros, que eran vistos casi como entes extraños al equipo, hasta el punto de generarse una total autogestión por la que los porteros “hacíamos el trabajo que nosotros entendíamos que teníamos que hacer” (José Francisco Molina).

Esa falta de individualización del entrenamiento, o de variación en función de las necesidades de los jugadores o de grupos de jugadores, junto con la repetición de una rutina muy establecida era el resultado de las creencias del colectivo de entrenadores, pero también de su soledad y de su falta de medios. Hasta la llegada de los preparadores físicos, muchas veces el entrenador estaba solo con el grupo, y era responsable de todos los aspectos del equipo y del entrenamiento, por lo que “el entrenador no podía con 25 jugadores” (David Vidal).

El entrenamiento táctico propiamente dicho era el del partidillo del jueves. Era el momento de corregir a los jugadores sobre el terreno, en acción. Sin embargo, ningún jugador ha recordado que estos partidos se caracterizasen por las lecciones y correcciones recibidas, sino más bien, en ausencia de comentarios, por la pasividad del entrenador. Probablemente este aprovechaba para evaluar a sus jugadores y tomar las decisiones finales sobre la alineación, pero queda claro que no aprovechaba los

partidos para realizar un trabajo táctico sistemático, de corrección de posiciones o comportamientos.

El partidillo, además, era generalmente entre titulares y suplentes. Ambos grupos recibían un tratamiento diferenciado, pues los titulares debían entrenar pensando en el equipo contrario y en los pares a los que tendrían que enfrentarse, mientras que el equipo suplente, en principio, solo debía mantenerse en forma y evitar perder la motivación. Eso provocaba una divergencia en la formación que llegaba a generar disfunciones en el partido:

Antes no se tenía en cuenta los que no iban a jugar. Antes el entrenador sabía la alineación previamente desde el lunes para el domingo. Y entonces claro, los que iban de reserva, los movimientos tácticos, o los marcajes al hombre, o los marcajes en estrategia, no los tenían en cuenta. Tú salías del banquillo, salía un compañero del banquillo y no sabía “¡hostias...! Vale yo juego aquí pero si hay una jugada, un córner, una falta, un saque de banda, ¿yo a quién marco, qué hago? (Fernando Giner)

El entrenador, por tanto, elegía a los once, los distribuía y los aleccionaba. Lo que ocurría después en el campo no era realmente su responsabilidad, pues ello supondría reconocerle una importancia que el mismo rechazaba, sabiendo como sabía que su autoridad se fundamentaba en el saber práctico que había acumulado en todos esos años en los banquillos.

4.1.4. El perfil de los jugadores

A lo largo de estas páginas venimos describiendo una comunidad, la futbolística, que se sustentaba sobre la creencia de que el fútbol era una práctica subjetiva, intransferible, y que por tanto el conocimiento se hacía carne, de forma inconsciente, en los futbolistas. Es decir, que ellos serían meros transmisores de un talento, de una inspiración, que les vendría de forma natural, espontánea. Se trata de una construcción discursiva habitual en el mundo del fútbol que sostiene que los futbolistas nacen, no se hacen, y que por tanto el mejor espacio para la formación de

los futbolistas es la calle, el juego espontáneo y desorganizado, y no la escuela. La adaptación española del mito del potrero:

Por eso te digo, que técnicamente antes había futbolistas por todas las calles y pueblos y barrios que te encontrabas en Madrid de una calidad extraordinaria. ¡Es que estábamos todo el día con la pelota, todo el día!
(Félix Barderas, *Felines*)

Esa creencia era también reflejo de las pobres condiciones estructurales del deporte español, incluyendo el fútbol. Los futbolistas entrevistados que llegaron a la profesionalidad en los años ochenta no provenían de escuelas o canteras como tales, sino de pequeños clubes sin apenas medios, y cuando saltaban a las categorías inferiores de un club importante ya estaban prácticamente formados, con dieciséis o diecisiete años, pues en muchos casos la cantera de un club se limitaba al equipo juvenil. Lo cierto es que la construcción de las grandes infraestructuras formativas de los clubes corresponden a los años setenta, como la escuela de Mareo del Sporting de Gijón o Lezama del Athletic de Bilbao, y no es hasta que entrevistamos a los jugadores que debutaron ya en la década de los noventa que encontramos jugadores captados por estas instituciones en edad formativa.

Tampoco existían entonces las escuelas municipales, y los clubes modestos tenían muchos menos recursos. Hemos encontrado en López Herrerías (1977) datos sobre el número de licencias federativas en España, y lo cierto es que muestran una penetración del fútbol federado mucho menor en España que en las potencias futbolísticas del momento. Mientras Italia y Francia se situaban entre 10 y 15 licencias por cada 10.000 habitantes, Alemania más de 40 y Holanda más de 50, España estaba en 3. Menos fichas no implican necesariamente menos practicantes, si tenemos en cuenta el fútbol informal y que el fútbol fue durante décadas casi el único divertimento de los niños españoles, pero sí refleja una menor estructura, acorde con el subdesarrollo deportivo español durante el franquismo. De hecho, el impacto de conocer de primera mano el fútbol holandés en una pretemporada le hace decir al jugador del Barça Gallego que si España constase con esos medios, “los futbolistas nacerían como conejos” (López, 1977, p. 24).

A todo ello hay que añadir el bajo nivel formativo de los responsables de esa tarea, los propios entrenadores de los niños, que solían ser “un exfutbolista o el maestro de la escuela” (David Vidal) que hacían “lo que habían visto de pequeños, o lo que habían visto en la televisión” (Xavi Aguado). Si los entrenadores de máximo nivel desconfiaban y apenas disponían de educación formal, los de las categorías inferiores y los clubes humildes eran directamente voluntarios con ganas de ayudar. Por ello, no era realmente hasta que no llegaban a la profesionalidad que no tenían contacto con auténticos profesionales, y entonces tenían que “buscarse la vida” (Xavi Aguado) para poder adaptarse en un nivel ya de máxima exigencia. Dependían entonces de que sus entrenadores pudiesen o quisiesen sacar tiempo para su formación, llegando incluso a cambiarle de posición para situarle “donde tiene más posibilidades de rendir” (David Vidal).

Los jugadores surgían de un fútbol modesto en el que los entrenadores eran exjugadores de más o menos nivel o voluntarios surgidos de la comunidad, y llegaban a la alta competición sin apenas recibir formación ni encuadramiento. Y sin embargo, cuando un par de años después se afianzaban en Primera División, los entrenadores ya no tenían que decirles nada porque ya lo sabían, “por eso se habían fijado en ti” (Miguel Ángel). El futbolista era un profesional completo que sin embargo había tenido una formación prácticamente autodidacta, si tenemos en cuenta la poca formación de sus maestros, cuando no lo había sido directamente en la calle. Esa formación espontánea, sensorial y apenas planificada tenía como consecuencia precisamente una comprensión intuitiva, prerreflexiva del fútbol, que coincidía con la idea del talento natural. Por eso Miguel Ángel, al mismo tiempo que consideraba tener todos los conocimientos necesarios para su profesión, decía posteriormente:

No, yo, yo lo sigo diciendo, yo llevo, fíjate, en los doce años jugando a nivel ya de competición, y desde los 15 como profesional. Yo me he retirado, y no sabía nada de fútbol. Estoy siendo entrenador y sigo sin saber de fútbol. Y no porque corriera detrás de un tío, sino porque me he quedado con muchas dudas y muchos conceptos, que con lo que hay ahora, aprendería la leche. (Miguel Ángel)

Estamos hablando de un líbero que tenía la capacidad de leer el desarrollo del juego y la responsabilidad de dar estabilidad y seguridad a su equipo con sus coberturas, además de ordenar a su equipo. Es decir, que se le presupone un alto grado de inteligencia táctica, la capacidad de predecir e intuir los acontecimientos y tomar decisiones acertadas basándose en su conocimiento del juego. Y sin embargo viene a decir que al carecer de una formación teórica, de un método para sistematizar la información, no era capaz de identificar regularidades en el juego y extraer principios generales del juego, sino que actuaba únicamente por intuición, improvisando siempre y al mismo tiempo ejerciendo el método de dejarse llevar por su instinto. Podía saberlo todo y no saber nada al mismo tiempo.

Junto con esta confianza en el talento natural, el futbolista profesional español se caracterizaba por su especialización. Esta empezaba de forma temprana, y tenía un primer criterio altamente discriminante: el físico. En un fútbol muy exigente, y sobre todo muy violento, los jugadores más menudos tenían muy difícil, sino imposible, hacerse un hueco teniendo en cuenta que “les van a dar dos patadas y los van a matar” (Paco González). Es decir, que el nivel de violencia, como hemos ido viendo, definía el perfil de futbolista, las posibilidades profesionales de los aspirantes, y también el fútbol que se podía hacer.

De hecho, en aquellos años, “a los que medíamos 1”98 como yo pues nos ponían de extremos” (Félix Barderas, *Felines*), lo que implica que si uno era bajito, también debía ser rápido y habilidoso, constituyendo un perfil cerrado al que había que añadir la capacidad de soportar la violencia de los defensas, consentida por los árbitros y jaleada por la grada.

Digo, es que antes, por eso nos daban tantas patadas. La gente que éramos un poco así habilidosos, estábamos crucificados. ¡¿A ver quién toca el domingo, me cago en la leche?! (Félix Barderas, *Felines*)

Si los delanteros pequeños y habilidosos apenas tenían sitio en el fútbol profesional, los defensas corpulentos y contundentes no solo tenían vía abierta al profesionalismo, sino que tenían el cariño y consideración de su público. Eran de hecho “queridísimos” (Paco González) y “muy aplaudidos” (Miguel Ángel Nadal), y terminaban

convirtiéndose en los “paladines y los ídolos de la afición” (Carlos Martínez) porque representaban esa entrega y sacrificio que se consideraban los atributos más deseables en ese fútbol guerrero y emocional. El defensa “leñador” era un tipo de futbolista respetado y legitimado, que podía portar sus acciones violentas como si fuesen “medallas o las muescas en el Colt” (Juan Antonio Fernández Marín). La violencia formaba parte del ethos del defensa, que expresaba así su identidad y su profesión futbolística. Se producía una retroalimentación mutua de público y jugador, uno apoyando las conductas violentas, el otro respondiendo a la confianza puesta en él. Esos códigos de honor que mencionábamos antes, junto con la aprobación social recibida, hacía que las conductas violentas fuesen parte de la identidad del jugador, de su autoestima y de sus valores sociales. Su dureza era una expresión de su compromiso con el equipo, de su lealtad sincera hacia unos colores, y también de su hombría y masculinidad.

Esa sobreabundancia de masculinidad compensaba el que era el gran déficit de los defensas de entonces: su reducida capacidad técnica con el balón. Era este un rasgo consustancial que potenciaba, u obligaba, al juego de balones largos y contraataque que se practicaba entonces. En realidad, resulta equívoco instituir una relación causal en esta relación, pues los defensas eran conformados –por ausencia– en esa incapacidad técnica y después seleccionados siguiendo otros criterios ajenos a la calidad técnica, por lo que no se trata de que se jugase con balones largos porque los defensas no estuviesen capacitados, ni de que los defensas no aprendiesen a jugar el balón porque no se les exigiese, sino que se trataba de dos fenómenos que se alimentaban mutuamente y que se inscribían en la comprensión global que se tenía del fútbol, y que incluía la existencia, como dos categorías distintas e inconfundibles, de defensas y delanteros. Como nos dice Miguel Ángel Nadal, todo ello dependía del “concepto del fútbol” que se tenía, de una mentalidad histórica. Eso explica, por ejemplo, que cuando un defensa extranjero llegaba al fútbol nacional y mostraba una alta capacitación técnica, se le adelantase su posición, como fueron el caso de Wolf o de Breitner.

Todo ello quiere decir que se producía una primera ruptura del juego en sus supuestas dos fases fundamentales, atacar y defender. E idealmente se dedicaban esfuerzos

distintos y separados a cada una de estas actividades. Por tanto, los defensas debían prioritariamente defender y ser expertos en esa función, y solamente participar del ataque si sus obligaciones defensivas se lo permitían, constituyendo un aporte extra deseable pero en absoluto necesario:

Yo creo y es mi opinión que un defensa primero es defensa, y cuando vaya a subir es para sorprender. Entonces bueno, la mentalidad suya debe ser defender y que no le superen y que no te creen peligro, y luego ya si estás sobrado y surge la opción subir. Y el atacante todo lo contrario, tienes que preocuparte de crear peligro, y lógicamente cuando pierdas el balón pues volver a la zona y ahí pues ayudar lo que puedas el tema defensivo. (José Manuel Barla)

Por todo ello, el perfil de los defensas tendía a ser muy defensivo, y por ello queremos decir que tenían muy desarrolladas las habilidades necesarias para el desempeño defensivo, y escasamente desarrolladas las del ofensivo, hasta el punto que “difícilmente te podían hacer un centro” (Miguel Ángel Nadal), y lo que es más sintomático del tipo de selección que se llevaba a cabo, aunque fuese técnicamente capaz de ejecutarlo, probablemente no podría hacerlo porque “tenían muchas dificultades para dar cualquier pase o una línea, no veían las líneas de pase” (Javier Irureta).

El déficit ofensivo no implicaba únicamente especialización, sino también jerarquización. Miguel Ángel Nadal afirma espontáneamente que quizás se defendía al hombre porque “principalmente lo que quiero es que un tío que no sabe jugar al fútbol que no toque la pelota”. Ello implica que defender no es *jugar al fútbol*, y que jugar al fútbol quedaría reducido a las habilidades con el balón o al menos a las ofensivas. Las habilidades defensivas tienen así otra naturaleza, inferior, quizás porque se entiende que cualquiera puede alcanzarlas. Que los delanteros son mejores jugadores que los defensas es quizás un hecho objetivo, o al menos un lugar común entre los aficionados, pero nos referimos aquí a la estratificación en el seno del grupo, del vestuario. Y es aquí donde aparece constantemente una jerarquización soterrada que aparece en los discursos a través del humor:

Porque este... me estoy acordando de un hombre ahora, y digo este no tenía ni idea, para salir con el balón controlado, si la cogía, ni para pasarla en corto. A este yo a muchos les decía, cuando era jugador, “dámela, cuando tú aprendas ya te la dejo” Es broma, ¿eh? Pero vamos, como nos llevábamos muy bien nos admitíamos estas chorradas. (Félix Barderas, *Felines*)

También pueden identificarse estas tensiones en la propia actitud de los delanteros frente a sus propias responsabilidades defensivas. En ese sentido, Miguel Pardeza admite que los delanteros entonces tenían un menor sentido de la disciplina, que el delantero “lo que quería era jugar para arriba y para atrás que defendiera el defensa” y Michael Robinson directamente afirma que “a mí me la sudaba eso de defender”. El delantero era individualista por definición, y de nuevo porque a través de su formación se le había permitido si a cambio había demostrado poseer ese talento natural para lograr lo que es el mayor valor del juego: los goles.

Pero no todos los defensas eran iguales. Entre los miembros de la línea defensiva surgía una figura adornada con ribetes míticos y capacidades extraordinarias: el líbero. Los líberos acumulan menciones elogiosas –“magníficos”, “tocaban la pelota de cine” (Bernardo Salazar)–, constituían figuras míticas para la afición e iconos de una época y disfrutaban de una posición privilegiada. O dicho más claramente:

Sí bueno, yo creo que antiguamente era el típico hombre libre, que jugaba por detrás, el que salía con el balón controlado y el que se llevaba todos los aplausos, y luego estaba el pobre del central que era el que se llevaba todos los palos y el que se comía todos los marrones (José Manuel Barla)

El líbero se distinguía del resto de defensas en esa capacidad ofensiva con la que “podían haber jugado en otro puesto sin ningún problema” (Bernardo Salazar). En lugar de ser un jugador limitado que solo había podido llegar a defensa, era un jugador que de alguna forma había elegido su posición en el campo. De hecho, era muchas veces un centrocampista reconvertido, no un auténtico defensa. De alguna forma, es un extraño a la posición defensiva que siempre mantendrá esa alteridad, ese origen diferente que le diferencia en su status. Jugar en defensa es siempre una forma de

degradación, de pérdida, pues en general cuanto más retrasado se juega, menos estatus se posee. El libre, de alguna forma, o bien se sacrifica por el equipo, retrasándose para permitirle una buena salida de balón, o bien se refugia en la defensa, renunciando al medio campo por ser una posición más exigente, de mayor desgaste.

Al contrario que el central, el líbero “no era agresivo, no iba por arriba, o se despistaba en la marca” (José Manuel Barla), pero en lugar de ser criticado por esa falta de compromiso, esa cierta bohemia, era idolatrado por la afición y recibía el permiso del entrenador para desarrollar una tarea con muchas menos exigencias debido a su calidad técnica. De nuevo la distinta valoración de cualidades, la jerarquización que da lugar a distintos derechos y deberes en función de la calidad técnica, rompiendo así la igualdad nominal de todos los miembros de un equipo:

Era muy fácil, para mí era muy fácil. Para mí era muy fácil porque siempre salía con el balón libre, con mucho espacio, y cuando venían a quitármelo no me lo quitaban porque lo pasaba. Entonces era muy fácil. Jugaba siempre muy recuperado, más que mis compañeros, porque corría menos, yo nada más que corría de un lado a otro y en cambio ellos tenían que atacar y defender y yo solamente detrás. Me cansaba más cuando era central (risas) y tenía más compromiso. (Miguel Ángel)

Una distribución tan desequilibrada de derechos y deberes creaba inevitablemente una jerarquía simbólica: Carmelo, el líbero del Cádiz, era apodado “el Mariscal de la Bahía”, mientras Benito en el Real Madrid era conocido como “Hacha de Guerra”. Es la distancia simbólica entre la dirección intelectual y la ejecución material y esas diferencias se trasladaban al equipo y a las relaciones entre jugadores.

Es que es lo que te estoy diciendo, nosotros somos los que recogemos el trabajo. Nosotros lo hacemos bonito y lo feo lo hacen ellos. Yo siempre lo he dicho, yo me beneficio de tu trabajo. Yo se lo decía a él, tú no dejes pasar al tío, si dejas pasar al tío el balón no puede pasar, si pasa el balón, tienes que parar al tío, si no va a chocar conmigo, y tú estás para eso, para que tú te choques y yo me lleve las luces. Yo las medallitas, tú a lo tuyo. Eso siempre lo hemos dicho. (Miguel Ángel)

Vemos que Miguel Ángel recurre de nuevo al humor para expresar un conflicto latente. La realidad era que el resto de defensas sufrían el desgaste físico y psicológico de la marca, y el líbero se aprovechaba de su trabajo –“se los dejábamos ya muertos” (Fernando Giner)– y se quedaban con el reconocimiento social. Para ello había que tener una cualidad que paradójicamente no estaba especialmente valorada en el fútbol de la época, como era la inteligencia. Había que ser “muy listo” (Fernando Giner) y “saberlo hacer” (Miguel Ángel) y no todos estaban capacitados. Los centrales carecían de salida de balón y lectura táctica como para ejercer las funciones del líbero. Porque este, además de las coberturas, debía organizar al equipo desde su privilegiada posición retrasada. Esa labor se hacía básicamente a base de hablar, y Miguel Ángel admite que “hablaba mucho” y que sus compañeros de hecho le advertían que era “demasiado hablador”. De nuevo, si el líbero hacía bromas sobre la incapacidad técnica de los defensas, estos podían cuestionar su autoridad también en broma, poniendo en duda de alguna forma que ordenarles en el campo fuese realmente su responsabilidad.

Esta representación a través del humor de un enfrentamiento expresa una conflictiva, y es que no se trataba únicamente del reconocimiento de la afición, sino del contenido del trabajo, de la responsabilidad y del status en el interior del equipo. El puesto de líbero era un puesto deseado, y aunque “había centrales que no podían ser líberos” (Miguel Ángel), cuando sí los había se habría una competición entre ambos defensas por el puesto, con un defensa esperando una lesión o circunstancia anómala para aprovechar su oportunidad.

Esa fue una situación más frecuente con el paso de los años, a medida que el *concepto de fútbol* cambiaba y también lo hacía el proceso formativo, pero durante muchos años los centrales llegaban a los equipos todos “cortados por el mismo molde” (Miguel Ángel García).

Ese molde era el proceso de formación y selección, que empezaba en las categorías inferiores y por el que, en el momento de dar el salto a profesionales, los jugadores ya eran una cosa u otra, centrales o líberos. No solo porque así se les hubiese inculcado, sino porque así se habían ido seleccionando en función de sus cualidades naturales,

para cubrir las necesidades tácticas de los equipos, su mercado de trabajo. Y todo ello bajo un principio general que era el resultado lógico de la defensa individual: “si aprendes a marcar ganarás dinero” (José Antonio Martín, *Petón*).

Y es que todo el devenir profesional del defensor giraba en torno a la marca. Era en función de su rendimiento marcando a su par que era evaluado y valorado. El mayor éxito de un marcador era lograr anular al rival, y lograrlo podía suponer un alto reconocimiento futbolístico y social, sobre todo cuando se trataba de grandes estrellas, como aquel famoso marcaje de Mangirón a Alfredo Di Stefano. Si tu par asignado no tocaba la pelota, “eras el mejor del partido” (Pablo Díaz). Para ello, quedaba claro que toda la concentración del defensor, todos sus sentidos, debían ponerse en la anulación de su rival, y es aquí donde aparecen las llamadas a seguirle “hasta las duchas” (José Manuel Barla) o “al servicio” (Miguel Ángel). Tras el partido, la evaluación del jugador era fácil, tanto para su entrenador y compañeros como para él mismo. Por ejemplo, José Manuel Barla recordaba un marcaje individual que tuvo que realizar sobre Fernando Redondo cuando estaba en el Tenerife, y en el que tuvo éxito, y concluye: “Quizás por eso me acuerde más que de otro que seguro que me buscó la ruina”. Es verdad que puede que en otras ocasiones no realizase un marcaje tan efectivo, pero lo significativo es que recuerda este partido porque la sensación de trabajo bien hecho es evidentemente más clara y definida cuando la tarea encomendada también lo es. Podemos imaginar entonces que para un central era fácil saber cómo lo había hecho en el partido simplemente a través de los goles realizados por el delantero centro. Esto, por supuesto, también tiene efectos perversos, fundamentalmente el desvincular el rendimiento del jugador del destino del colectivo, no solo porque puedes terminar satisfecho un partido saldado con derrota si tu marcaje ha sido efectivo, fomentando una “falta de responsabilidad colectiva” (Ángel Cappa), sino porque ese planteamiento funcional llevado al extremo termina siendo directamente perjudicial:

A mí me ha pasado en Tenerife, ir un jugador del equipo contrario, del Tenerife, atacando, llegando al área, haber driblado a nuestro central, estar nuestro lateral izquierdo aquí, ha driblado a nuestro central, nuestro portero, no sé si era Buyo, aquí, va atacando, ha driblado al central, a este

le ha pillado aquí no sé por qué motivo, el extremo está aquí y yo gritando desde aquí “¡entra, entra!” porque si entra pasa para acá, igual le deja en fuera de juego, o intercepta, ensucias la jugada, pero no, el pavo llegó hasta aquí y marcó. Y cuando yo llego hasta aquí y le digo “¿pero qué haces gilipollas, macho?” y dice “sí, para que luego el míster diga que el que ha marcado ha sido el mío, no, no”. Pues eso se daba. (José Antonio Martín, *Petón*)

La marca individual exponía al que cometía el error y protegía a quién evitaba implicarse en el funcionamiento colectivo. Si ese jugador en concreto dejó que el delantero marcara solo, es porque tenía una experiencia acumulada de broncas o reconvenciones de entrenadores por haber fallado en la marca. Es decir, lo que puede ser una visión excesivamente simplista de la defensa individual se extendía al vestuario, en el que uno sabía que sería responsabilizado, señalado, si el autor del gol era tu responsabilidad. Los defensas son reacios sin embargo a admitir esa condena por parte de compañeros o entrenadores, pues les sitúa evidentemente en una posición muy vulnerable, y prefieren recurrir al concepto de responsabilidad colectiva.

Sin embargo, es cierto que el defensa marcador no solo estaba siendo juzgado por su marca, sino que todo su mundo social giraba en torno a esta. Su identidad se construía en torno a la oposición con el delantero.

No era que ignoraran el ataque, había algún lateral que subía. Pero a la hora de defender, como muchos seres humanos en la vida, necesitamos referencias. Necesitamos alguien en quién cagarnos, alguien para amarnos. Un defensor necesita un enemigo, este va a marcar sobre mi cadáver. (...) El defensor no sabe, porque nace, que yo soy un destructor, no me hagas a mí pensar. Yo estoy pagado por pegarme con alguien, y estoy pagado por destruir, no me hagas pensar. (Michael Robinson)

La marca individual generaba un marco en el que el defensor olvidaba el contexto general del juego, porque ni era su responsabilidad ni su responsabilidad le permitía ocuparse de nada que no fuese su marca. La referencia que constituía el contrario marcado era constante, pues se mantenían juntos durante todo el partido. Era en función de esa referencia que se movía en el campo, el punto a partir del cual se

interpretaba todo lo que estaba pasando y al punto al que siempre se volvía. Todo ello simplificaba la realidad, limitaba los estímulos pertinentes y en general simplificaba el trabajo del defensor, que podía así terminar simplificado él mismo, apenas exigido más allá de sus capacidades físicas. Es así como se llega a la figura del defensor que no sabe *jugar al fútbol*, que ni siquiera puede *pensarlo*.

Y viceversa, porque igual que el defensa vivía del delantero, este entendía su misión también como una misión individual, un juego “de hombre contra hombre” (Miguel Pardeza) en el cual iba a pasar todo el partido con alguien pegado, pero alguien al que si le superaba tendría muchas posibilidades de lograr hacer daño. Había que conocer al defensor, a esa *pareja de hecho* que se repetía muchas veces temporada tras temporada, y aprovechar sus puntos débiles, “si sabías que tu marcador tenía dificultades para controlarte por la izquierda le salías por la izquierda, si tenía por la derecha, por la derecha” (Miguel Pardeza). Un trabajo que ocupaba no solo el partido, sino toda la semana, en la que dependiendo del probable marcador, estarías “toda la semana agobiado” (José Manuel Barla) pensando en alguna solución, pero que al mismo tiempo ofrecía también la tranquilidad de tener una referencia, tanto práctica, como eje desde el que generar el espacio para crear peligro, como simbólica.

Es que al hombre sabes dónde lo tienes. Sabes dónde está. Sabes dónde está, es decir, si tú me sigues, yo me voy al área. A parte en aquella época no tiraban fuera de juego, ni nada por el estilo. Yo de repente me iba aquí y tenía un tipo ahí. ¿Sabes? Entonces claro, tenías una referencia (...) Antes era normalmente tu defensa y ya está. Entonces si eludías a tu defensa se te habría ahí el panorama. (Emilio Butragueño)

Pero el defensa marcador, agresivo y sacrificado, obsesionado con su marca y pagado para anularle, no era un futbolista desprovisto de cualidades. En primer lugar, tenían el carácter adecuado, que puede resumirse en un concepto: “cumplidor” (Fernando Giner). Es decir, un jugador que evitase la improvisación, que valorase el trabajo y la disciplina, y que antepusiese siempre las necesidades del equipo a las suyas. Incluso los laterales, que iban teniendo cierta obligación de sumarse al ataque para desatascar los partidos, sabían que aunque podían subir al ataque si veían una buena oportunidad, lo importante era “defender, y no atacar”:

Hombre, antes se pedían otras cosas, defender, y no atacar, y ahora después ya se pide más. Yo en ese momento pues tenía bastante fuerza y me gustaba subir la banda, entonces pues aprovechaba. Entraba bastante, he hecho goles, en los córneres subía y he hecho de jugada, ¿no? (Alfonso Cortijo)

La proyección ofensiva no era un requisito del puesto, en todo caso un extra fruto del gusto personal. Por eso Cortijo sabe de lo excepcional, o poco habitual, de un lateral que hiciese goles “de jugada”. En general, era más común que el lateral fuese un jugador dedicado fundamentalmente a su labor de marcaje del extremo, limitado en su manejo de balón y con escasa proyección ofensiva, al que no se le recordaba “pasar del medio del campo” (Sergio Corino).

Porque lo importante era esa función defensiva, y por eso los defensas destacaban porque “se concentraban muy bien, anticipaban bien, iban bien de cabeza” (Javier Irureta). En el caso del central, a ello había que añadir la envergadura y la fuerza para enfrentarse al delantero tanque del equipo contrario. De poco podía servir un central con manejo de balón pero incapaz de impedir los remates de cabeza del delantero contrario. De hecho, los defensas sin esas cualidades eran clasificados inmediatamente cuanto menos como líberos, como hizo Irureta con un defensa “pequeño y muy habilidoso” pero “menos seguro para central”.

Y es que central aparece como una categoría no solo futbolística, sino humana. Se repiten las referencias a que los *centrales antes eran centrales* dando a entender que la mera denominación conlleva la connotación, que explica de por sí las cualidades futbolísticas y de carácter. ¿Qué era finalmente un central?

Goyo Benito, que tampoco eran un dechado de técnica, pero de fuerza... le tuve también en el Rayo, de fuerza, de valentía, de salto, de correr, de ¡buaahhh! Era un fenómeno. Suplía muchas carencias técnicas con todo lo que tenía, que le sobraba de todo. He conocido, ya te digo, defensas con una clase excepcional. (Félix Bardera, *Felines*)

El central, central se caracterizaba, en sus figuras más excepcionales, por la sobreabundancia, por un exceso de vitalidad y de energía que le permitía suplir

cualquier otra carencia hasta el punto de ser superior a muchos otros jugadores más dotados técnicamente. Se trata de una condición que es en parte física, pero sobre todo es psicológica y emocional. Es ese compromiso, esa voluntad que venimos encontrando a lo largo de estas páginas y que era especialmente valorada entonces, y sobre todo en el puesto de defensa, como representante de la dimensión más intuitiva, más primaria del fútbol. Y es que el mismo que destacaba la incapacidad de los defensas para dar un pase considera a Benito como un *fenómeno con una clase excepcional*. Es decir, que esa vitalidad, ese compromiso en la labor y esa fuerza también podían considerarse cualidades extraordinarias y deseables. En los años setenta y ochenta no la limitación técnica de los defensas no era tanto un déficit como una parte indisociable de su identidad, que no resultaba problemática siempre y cuando se tuviese clara la estratificación social de la que formaba parte.

Y sin embargo, ese central que era experto en secar delanteros, y que tenía las cualidades apropiadas para ello, recibe retrospectivamente adjetivos peyorativos en nuestras entrevistas: eran *centralones, centrales leñeros, defensas guarros, intimidadores, duros, que se dedican solo a dar patadas*. Quienes fueron ídolos de la afición se han convertido en representantes de un tiempo a olvidar marcado por la violencia y el atraso. Se ha generado pues una nueva narrativa, con un nuevo gusto y un nuevo estilo hegemónico, que reinterpreta la historia. Su eclosión y consolidación son el objeto del siguiente capítulo.

4.2. Los años de la implantación de la zona (1988-95)

Hemos visto, por un lado, la configuración del fútbol profesional antes de la llegada de la zona, específicamente la forma de entender el juego y los valores asociados. Igualmente, hemos observado como en los años ochenta tanto el estilo futbolístico como la organización institucional del fútbol pasaban por una crisis. La crisis institucional no era monopolio del fútbol español, sino que este compartía a grandes rasgos una problemática similar con el resto de la industria europea. El fútbol profesional como campo de fuerzas estaba sufriendo una profunda transformación como consecuencia de la irrupción de nuevos actores y el declive acelerado de otros.

Por ello, los cambios en el fútbol español siguieron un patrón similar al del resto de países –conversión en sociedades anónimas, aumento de los ingresos por televisión, liberalización del mercado de jugadores–, algo lógico si tenemos en cuenta que el contexto de problemas económicos de los clubes e irrupción de las televisiones privadas era compartido en toda Europa.

Todo ello no debe llevarnos, sin embargo, a adoptar una postura funcionalista en la que la forma particular que el fútbol español terminó tomando sea el resultado teleológico de la adaptación a las fuerzas y necesidades sociales y económicas, y considerar por tanto que el resultado final era el único posible. Las particularidades del fútbol español y la lucha establecida en el campo del fútbol profesional por parte de los actores llevaron a un resultado final que no era ni predecible ni cerrado de antemano. Específicamente, debemos señalar dos elementos distintivos del contexto español. Primero, la posición particular del fútbol dentro de la industria cultural española y del campo ideológico –su consideración de colaborador de la dictadura– y la presión subsiguiente para su reforma democrática y su modernización. Segundo, la particular consciencia del fútbol español como poderoso económicamente y en total decadencia deportivamente, que permitía la puesta en cuestión del estilo de juego y de todas las tradiciones estrictamente futbolísticas.

Como resultado de estas y otras particularidades, el paisaje institucional después de la batalla tomó formas singulares respecto al resto de Europa, como por ejemplo el mantenimiento del estatuto de asociación para cuatro clubes, fruto del capital simbólico que fueron capaces de movilizar, o la liberalización del mercado de jugadores por causas específicamente españolas mucho antes de la sentencia del caso Bosman.

Pero donde el cambio tomó un carácter más singular fue en el campo simbólico, en los esquemas de comprensión y clasificación del mundo del fútbol español. Si tuviésemos que resumir en un concepto el sentido del cambio experimentado en esos años, diríamos que es la historia de un cambio de paradigma, desde el fútbol entendido como competición al fútbol entendido como espectáculo. Hemos visto cómo la cultura futbolística española consideraba cada partido de fútbol como un enfrentamiento

entre dos comunidades, cada una de ellas recurriendo a todos sus recursos para tratar de imponerse. En este contexto, la lealtad de clubes, aficionados, entrenadores y jugadores estaba, en primer lugar, con el club entendido como una comunidad, y solo de forma secundaria con los otros clubes, jugadores y aficiones. El club representaba la comunidad, basado en relaciones de afecto y cercanía, mientras que la Liga era en el mejor de los casos una asociación formal, basada en el respeto de las normas y la colaboración funcional. Esta consideración identitaria del fútbol se mantenía en permanente tensión dialéctica con la concepción del fútbol como negocio y la progresiva profesionalización de sus estructuras, un proceso imparable desde el nacimiento del fútbol en España –y en el mundo. Hemos visto como ya en la década de los cincuenta Pablo Hernández Coronado, lo más parecido a un gestor profesional de la época, se quejaba de que consideraciones patrióticas se inmiscuyesen en lo que él consideraba un negocio. Sin embargo, la postura de Coronado seguía siendo minoritaria ya entrados en la década de los ochenta, manteniendo la concepción del fútbol como enfrentamiento comunitario el dominio simbólico del fútbol.

Cuando, como consecuencia de la transformación del campo, el fútbol como espectáculo se impone en la lucha simbólica, se sustituye una lógica del enfrentamiento por una lógica de la colaboración. Se trata de una inversión de las lealtades por la cual la primera lealtad es hacia el fútbol entendido como institución – *la familia del fútbol*– y secundariamente hacia el club de pertenencia. Al igual que anteriormente la preeminencia del fútbol identitario no suponía la desaparición del fútbol negocio, en este caso tampoco el fútbol identitario desapareció, simplemente adoptó la postura de subordinación que anteriormente tenía el fútbol negocio. Además, ese cambio se expresó de distinta forma para cada tipo de actor. Entre los clubes, la creación de la LFP es el momento simbólico que marca el momento en el que los clubes admiten que el interés de la competición, de la industria, está por encima de sus intereses particulares. La conversión en sociedades anónimas marca el mismo cambio: de asociaciones representantes de intereses particulares, a empresas del espectáculo que buscan el éxito de su producto. Por el contrario, el mantenimiento de una gestión económica desastrosa alejada de la búsqueda de beneficios apunta

también a las corrientes pasionales y comunitarias que siguieron existiendo en los clubes.

Quizás el cambio más completo se produjo entre los jugadores, pues supuso fundamentalmente el desarrollo de una nueva conciencia profesional que se impuso a la identidad previa de representante de una comunidad. La crítica social a los futbolistas como interesados únicamente en el dinero es la traducción en términos cotidianos de esa preeminencia de la condición profesional sobre la identitaria. Esa conciencia profesional es causa de la profesionalización, pues genera el impulso para la organización sindical del colectivo, y consecuencia a su vez de los logros de esa lucha sindical. El fin del derecho de retención generó, fundamentalmente, un crecimiento exponencial de la movilidad. A medida que se hacía más extraña la figura del jugador de club, crecía la figura del jugador nómada, que por un lado anteponía sus intereses económicos –y por tanto su concepción del fútbol como carrera profesional, su interés por mantener esa carrera y su rechazo a sacrificarla por el club– y por otro lado aumentaba esa conciencia de pertenencia a un colectivo profesional por encima del club, convertido en mero empleador, lo que necesariamente modificaba las lealtades. Cuantos más clubes conociese un jugador, con más compañeros entraría en contacto pero sobre todo más consciente sería de que el rival de hoy podía ser el compañero de mañana, y que era absurdo plantear los encuentros como rivalidades antagónicas, esenciales, cuando todos eran profesionales. Esta concepción del jugador como profesional tiene incidencia directa en la comprensión de la violencia: solo un jugador firmemente anclado en su club y sin perspectivas de cambio puede ejercer la violencia y no pensar en las consecuencias biográficas de sus acciones sobre sus compañeros.

Si los futbolistas representan el cambio más desarrollado, el público es seguramente el menos evidente. Como acto de consumo, el aficionado al fútbol elige un deporte y un equipo para representarle. Cada deporte tiene una serie de valores que denotan una posición social y un habitus asociado, por lo que la elección de un deporte entre todos los disponibles marca una elección simbólica. Dentro del fútbol, se elige un club –o se es socializado en uno– en un segundo acto de distinción frente a otros grupos y de integración en el grupo de referencia. Por tanto, en el interior del aficionado al fútbol conviven el amor por el club y el amor por el juego en una lucha permanente en el que

uno de los dos debe tomar una posición de preeminencia. La operación simbólica consiste entonces en potenciar su condición de espectador –de amante del juego– por encima de su condición de hinch –amante de un equipo. Se tratará siempre de una operación inacabada y especialmente difícil en el caso del aficionado, que no obtiene recompensas económicas en el cambio, en todo caso simbólicas.

Todo este proceso, que recordemos no es un proceso limpio y dirigido, sino el resultado de luchas internas en el campo, toma en el plano simbólico superior la forma de una lucha por imponer la consciencia de que un cambio es necesario *por el bien del fútbol*. El contenido de ese cambio será el objeto de las próximas páginas, pero es importante señalar que, al hilo de lo expuesto hasta ahora, lo importante no es describir lo que se entiende por lo mejor para el fútbol, sino resaltar la construcción simbólica del *fútbol* como el sujeto protagonista del cambio. Hablar del bien del fútbol supone entender el fútbol como realidad con entidad propia, como ente individual distinto de sus componentes, que existe y tiene unos intereses específicos que están por encima de los intereses particulares. La emergencia del fútbol como sujeto es en realidad el resultado de su irrupción como problema. Mientras el fútbol fue un éxito social y económico, los actores inmersos en el campo consideraron que sus intereses y los de los demás eran antagónicos e irreconciliables. Fue la puesta en riesgo de la mera existencia del fútbol profesional como campo, la crisis estructural que amenazaba ruina, la que forzó a los actores a tomar consciencia de la existencia del campo y de su posición de dependencia mutua.

Dice Bourdieu que lo que todos los miembros de un campo comparten es la *illusio*, la creencia en que el juego social que se desarrolla en el interior del campo tiene un valor y un sentido. Acciones que para alguien externo a un campo resultarían irracionales, son perfectamente razonables para sus actores, y por recompensas que otros apenas valorarían esos mismos actores están dispuestos a dar su vida. La *illusio* se funda en un autoengaño, esa renuncia a observarse desde fuera y a comprender que todo es un juego, que lo que se valora en un campo apenas tiene valor un real. Como ejemplo, los actores del campo de la política institucional, siempre en desacuerdo salvo en el hecho de la importancia de esa misma política.

Por ello, la toma de conciencia reflexiva por parte de los actores de la existencia del fútbol profesional como campo tiene un cierto sentido de ruptura de la *illusio*, de puesta en riesgo de esa inconsciencia, porque sustituir la lealtad de club por la lealtad al campeonato supone en último término negar la importancia de la competición, aceptar que es solo un simulacro para entretener a la gente, que de alguna forma, los futbolistas no son más que actores como en la lucha libre. Mantener la ilusión de la competición es necesario para que los actores permanezcan en él y esta pueda existir:

Por eso, yo te digo que cuando veas a tanta gente besarse el escudo cuando marcan un gol, están diciendo, “esto me va a valer una pasta y cuando llegue de aquí me suben el sueldo”. Cosas de estas. Yo... yo no puedo aguantar el fútbol. (Félix Barderas, *Felines*)

Una vez superado ese riesgo y establecida la existencia de un campo común, la lucha se traslada a imponer los intereses particulares de cada grupo como el interés general, identificar los intereses de clase con los intereses generales, forma definitiva de la hegemonía. Para ello, un grupo emergente debe ser capaz de poner en cuestión lo que hasta ese momento se ha considerado el interés general. Esa puesta en cuestión instituye un proceso constituyente o revolucionario, una oportunidad extremadamente infrecuente para transformar la lógica del campo –sus leyes de cambio y de valoración del capital– y por tanto la posición de cada actor en el mismo.

Si *por el bien del fútbol* se transformaron los clubes en sociedades anónimas y se liberalizó el mercado de jugadores, también se transformaron los valores puramente futbolísticos dentro de esta lógica de sustitución del enfrentamiento por la colaboración. En el plano futbolístico, surgió un nuevo discurso, el discurso sobre el buen fútbol, que siguiendo la tradición argentina, sostenía la necesidad de promocionar la vocación ofensiva y la calidad técnica y la pacificación como medios para garantizar el espectáculo, es decir, invirtiendo los valores tradicionales del fútbol español y dando preeminencia a su condición de espectáculo por encima de su condición de competición y de búsqueda del resultado.

Ese proceso de sustitución fue largo y atravesado de luchas abiertas entre los actores del campo que la resistían o la apoyaban, y de una dimensión discursiva y de otra

práctica. En el plano discursivo, surge una nueva generación de periodistas que siguiendo la escuela argentina representada por Jorge Valdano promocionaron la idea de que existían unos principios racionales del juego que garantizaban el espectáculo y la victoria. Al mismo tiempo, surge una nueva generación de entrenadores que ponen en práctica esos principios, liderados por la figura seminal de Johan Cruyff, que gracias a sus triunfos convierte una posición teórica en una constatación práctica. La presión de ambos movimientos, el cultural y mediático y el deportivo, provoca una reacción por parte de la comunidad futbolística y se entabla una lucha abierta en la prensa y en el campo. Ambas son finalmente ganadas por la corriente renovadora, pues su representación mediática, el Grupo Prisa, obtiene una posición hegemónica en los medios de comunicación, y su representación deportiva, el Barcelona de Johan Cruyff, logra una hegemonía similar en el plano deportivo que obliga a los entrenadores a adaptarse a las nuevas condiciones y exigencias.

¿Cuál es el rol de la zona en todo este proceso? Como veremos, la zona aparecía, a través de la tradición argentina, como un elemento constitutivo del discurso del buen juego y al mismo tiempo, a partir de la aportación de Arrigo Sacchi, una eficiencia práctica capaz de sustentar las pretensiones fácticas, la idea de que jugando bien se gana más, de ese mismo discurso.

4.2.1. La emergencia de un nuevo discurso: Buen fútbol por el bien del fútbol

Como hemos visto, el fútbol español de principios de los años ochenta adolecía, a juicio de sus críticos, de reflexión y se sostenía sobre un modelo de juego, *la furia*, que se caracterizaba precisamente por su vacuidad intelectual.

En ese *erial intelectual* (Seguro), va a surgir un discurso alternativo que se comporta como su antagonista en el campo de la lucha discursiva, y que como tal va a disputarle su posición de dominio del campo. Ese discurso será construido por una nueva generación de periodistas, alrededor del Grupo Prisa y Alfredo Relaño y de las enseñanzas de los representantes en España de la tradición argentina, representada en un primer momento por César Luis Menotti y después por Jorge Valdano y Ángel Cappa. Lo que en un primer momento es una posición minoritaria defendida por la

redacción de deportes de El País, dirigida por Alfredo Relaño, se transforma con los años en una presencia mediática dominante, tras la adquisición de la Cadena Ser – responsable del estelar Carrusel Deportivo– por el grupo Prisa y poco después con el comienzo de las retransmisiones de la liga por parte de Canal +.

Ese grupo de periodistas que llegaron a ocupar posiciones dominantes en la prensa deportiva española está fuertemente influido, a través de Jorge Valdano, por las ideas sobre el buen fútbol surgidas en Argentina en los años veinte a partir de la revista El Gráfico y actualizadas por César Luis Menotti y por el propio Jorge Valdano. Ese pensamiento gira en torno a una idea fuerza, la de que el fútbol es, ante todo, un juego. Es decir, que la dimensión lúdica es la esencial del fútbol, y que el resto de consideraciones deben subordinarse a ésta.

Para el futbolista se trata por tanto de jugar, de divertirse, y uno se divierte porque se expresa, porque se desarrolla como persona, porque crea. En definitiva, el juego es una forma de autorrealización. Por tanto, el jugador profesional debe divertirse, aunque esté trabajando, para así ser leal a las razones por las que se hizo futbolista, a ese recuerdo del goce de la infancia, y porque solo divirtiéndose puede expresar su mejor versión. Puesto que el fútbol es creación, el único elemento para juzgar el valor de un futbolista es el talento. El talento es esa capacidad para la creación, esa combinación de picardía, inventiva y habilidad que es casi inaprensible y es al mismo tiempo la expresión íntima y única de la personalidad del jugador. El talento, así entendido, es mucho más importante que cualquier variable física que pueda ser medida.

Para el que acude al estadio, el fútbol es un espectáculo y por tanto el público es espectador por encima de hinchas. Esto es así porque el máximo goce que se obtiene viendo fútbol no es la victoria, sino la experiencia de la belleza y el goce que lleva aparejada. Es la belleza de los equipos lo que realmente queda en el recuerdo, lo que genera las emociones más profundas, muy por encima del resultado.

Por lo tanto, no se puede buscar la victoria desde el sacrificio de la creatividad del jugador y del goce estético del espectador, de su aburrimiento, puesto que eso es traicionar el espíritu del fútbol, que es el espíritu de la alegría. Ese espíritu de la alegría

no es contingente, sino consustancial al fútbol, es el reglamento “el que en definitiva nos avala cuando afirmamos que el fútbol es un juego de alegría, creación, arte, pensamiento, habilidad e inteligencia” (Menotti, 1986, p. 23) porque al prohibir la violencia, obliga al jugador a utilizar su inteligencia y su imaginación y al medir la victoria por el número de goles, fomenta el ataque, obliga a ser protagonista y a desarrollar las propias cualidades a través de la posesión del balón, o en uno de sus aforismos más famosos, a elegir ser torero en vez de toro.

Es en este sentido en el que surge el concepto de jugar bien, que es al mismo tiempo intuitivo y difícilmente definible. Pero una de las paradojas fundamentales del fútbol es que jugar bien –sea como sea definido– no garantiza la victoria. Se trata de un absurdo lógico y un problema ético si tenemos en cuenta que una competición es un sistema objetivo de delimitar al mejor. Si no es así, la competición no es justa y por tanto no se recompensa el jugar bien. Menotti salva esta objeción afirmando que jugar bien garantiza la victoria tendencialmente, es decir, que a largo plazo el que juega bien gana más partidos que el que no lo hace.

En contraposición a los que juegan bien, están quienes se olvidan de jugar y se centran únicamente en ganar. Para ello, no solo traicionan el espíritu del juego imponiendo tácticas defensivas, sino que violan la letra mediante el uso de la violencia. El uso de la violencia y de las trampas es la expresión de una forma de entender el fútbol basado en el enfrentamiento identitario que deshumaniza al rival (Menotti, 1986, pp. 39-40).

Esa es la forma extrema de deslealtad. De hecho, el argentino defiende la zona porque la considera el sistema más efectivo en ausencia de violencia. Es únicamente la permisividad de los árbitros con la violencia en los marcajes individuales lo que explica su supervivencia, una permisividad que contraviene el reglamento, que permite expulsar al jugador únicamente por la reiteración en las faltas, esa reiteración de la que hablaba Butragueño que nunca era sancionada. El fútbol pueda desarrollarse en un clima de impunidad, y los jugadores deben ser protegidos para que puedan desarrollar su trabajo, que es dar espectáculo.

Vemos así cómo las ideas argentinas se distinguían de la cultura futbolística española en varios aspectos relevantes. El primero de todo, el tener convicciones y un sistema

de pensamiento articulado. En segundo lugar, que su teorización incluía un método para lograr la victoria basado en desarrollar el talento individual y jugar ofensivamente. En tercer lugar, por su rechazo de la violencia y su concepción de que esta no formaba parte del juego. En cuarto lugar, en su idea del fútbol como espectáculo y del aficionado como espectador a la búsqueda de belleza estética.

Pero lo más importante es que su noción de jugar bien al fútbol implica la existencia de una forma correcta de jugar que solo es posible si el juego en sí mismo tiene unas leyes propias, una lógica distintiva. Es la idea de la existencia del juego lo primero que impacta en las nuevas generaciones de periodistas:

Pero era fácil. Yo empiezo en la radio con 19 años que es cuando estaba empezando Valdano como comentarista más o menos. Y tú sabías quién te estaba enseñando y quién no. Y el año de Menotti, yo con Menotti aprendía en las ruedas de prensa... porque te hablaban de cosas que los otros entrenadores, pues eso, los otros entrenadores, Clemente y estos, te decían, este árbitro es bueno o malo, el campo está embarrado o está seco, de otras condiciones pero no de la condición del juego. (Paco González)

Precisamente nos hemos referido en el capítulo anterior a cómo la conclusión generalizada del fútbol español era que el resultado dependía fundamentalmente de factores incontrolables, de la suerte, las circunstancias y el arbitraje, y que por ello mismo era refractario a cualquier reflexión intelectual. Por eso mismo, en una de sus constantes polémicas con Menotti, Clemente va a declarar que:

... cuando habla de fútbol no se le entiende nada y cuando insulta sí. Seguramente esto significa que cuando habla de fútbol no quiere que sepamos lo que dice porque si no, nos partiríamos de risa. (...)A Menotti le oyes después de los partidos y le cambias el nombre de los equipos que nombra y todas sus declaraciones son iguales, da lo mismo cuando juega contra el Valencia, contra la Real, contra el Madrid... Siempre es la misma entrevista. (Ramos, 1988)

Vemos aquí la distinción esencial. González considera que Menotti hablaba del juego, mientras que Clemente entendía que era precisamente del juego de lo que no hablaba, puesto que sus ruedas de prensa no variaban de un partido a otro. Esta contradicción

nos aclara el sentido que el término *juego* toma en la construcción teórica en ciernes: para el vasco son el árbitro, las condiciones climáticas, los imprevistos del juego o las particularidades de cada contrario, todo aquello que es específico de un partido, lo que lo determina. Y puesto que en cada partido concurre una combinación específica de circunstancias, cada uno de ellos es único, tiene su propia lógica y su propia explicación. Mientras, para Menotti es el desarrollo del juego, el despliegue técnico-táctico de los equipos, lo fundamental, y el resto lo accesorio, incapaz de modificar la sustancia universal del juego. Eso hace que para Menotti todos los partidos sean hasta cierto punto el mismo porque en todos ellos se desarrollan los mismos principios del juego, que son universales.

Es en ese sentido en el que se utiliza el término *juego* para referirse al fútbol, y así usado efectúa dos operaciones. En un primer sentido, el término *juego* se utiliza precisamente para definir lo que es el fútbol. Este queda así limitado a las interacciones entre los futbolistas y la pelota, y deja fuera todo lo demás: el público, las decisiones arbitrales, el estado del terreno de juego, la significación sociopolítica del evento, etc. Es decir, se extrae el enfrentamiento deportivo del enfrentamiento social, que hasta ese momento subsumía en una unidad indivisible a todos los componentes del fenómeno.

Si la primera operación era de descomposición, la segunda es de integración. Hasta ese momento, el fútbol era una suma de momentos y de individuos, de jugadas y de jugadores alejado de toda lógica y guiado por impulsos y golpes de suerte. El término *juego* pretendía componer una unidad que diese sentido al conjunto de interacciones entre jugadores y su desarrollo en el tiempo. La creación de una teoría, de unos principios abstractos que permitiesen articular y clasificar, dar sentido a lo que ocurría en el campo. La teoría implicaba, a su vez, un lenguaje para nombrar lo que se descubría, para nombrar todas esas realidades que el análisis identificaba y categorizaba, porque “la manera de entender que tenemos los seres humanos es precisamente pensándolo y poniéndole palabras al pensamiento” (Ángel Cappa). Un lenguaje que como expresión de conceptos y generalidades tenía un componente intelectual que rompía con el discurso habitual de los entrenadores, y es que “de repente oías hablar a Menotti, o a Valdano o a cualquiera, a Maturana, o a cualquier

de ellos, y tenían un léxico mucho más amplio del que teníamos nosotros” (Paco González).

Con ese lenguaje era posible generar una narración, entendida como ordenación de la sucesión de eventos por una línea argumental, por una relación de causas y efectos derivadas de una lógica superior que permitía dar sentido, interpretar lo que se estaba viendo, y que se situaba por encima de los acontecimientos particulares, como los goles. La conversión del fútbol en un relato sujeto a una gramática y a una sintaxis.

Pero además, si entendemos que existe un conjunto de principios universales que explican el juego, un análisis objetivo de su lógica interna permite deducir la forma más efectiva de jugar. Es decir, se podría llegar a una definición universal de lo que es jugar bien –técnicamente– al fútbol. No se trataba, en ningún caso, de un análisis científico en el sentido que ha tomado el análisis del juego en las ciencias del deporte, sino de una deriva discursiva, de una condensación histórica de observaciones, discusiones y generalizaciones.

Nosotros, hace un tiempo bastante largo del siglo pasado, en Argentina había un afán de perfeccionismo permanente. Buscábamos la perfección permanentemente en la jugada. Yo siempre cuento que mi papá que era peluquero, en la peluquería de mi papá se estaba discutiendo una hora si el 9 había hecho bien en tirar a puerta o tendría que haberle dado la pelota al 10. Entonces eso se discutía, por más que hubiera sido gol o no. Porque se buscaba la perfección de la jugada. Eran perfeccionistas, éramos. (Ángel Cappa)

Jugar bien sería, en esta tradición, adaptarse a las necesidades de la jugada, percibir, elegir y ejecutar de forma óptima en cada momento. Dada una situación de juego, con los rivales posicionados y comportándose de forma concreta y el balón en un sitio determinado, habría una colocación y un comportamiento de todos los miembros del equipo que serían superiores al resto de opciones. Para determinarlo, habría que recurrir a los principios del juego y al cálculo de beneficios y riesgos de cada posible comportamiento. En el ejemplo de Cappa, dependería de si el 10 estaba o no marcado, si lo estaba el 9, si en el tiempo del pase podía incorporarse algún defensa a estorbar la acción, del ángulo de tiro de cada uno de ellos y de sus probabilidades de marcar, etc.

Este sería el análisis micro, pero en función de los principios del juego se podrían obtener una serie de criterios de organización para todo el equipo en distintos momentos y situaciones, como cuándo y cómo replegar, así como unas pautas de comportamiento para los jugadores, como a quién pasar en cada momento o cómo elegir la orientación del ataque. Todo ello constituiría una guía para juzgar el juego de un equipo como más o menos virtuoso, practicantes de un mejor o peor fútbol, en una búsqueda permanente de la perfección. Tras décadas de desarrollo, en ese momento la escuela argentina tenía claro cuáles eran esas guías de comportamiento:

Ya me cansé de la pregunta: ¿Qué es jugar bien al fútbol? Llegó Portugal acomodado en zona y se puso a tocar la pelota entendiendo que cada lugar del campo tiene su velocidad y su dificultad. Todos tocan y se ofrecen; el bordado empieza desde atrás, donde hay que asegurar la salida sin riesgos, el medio centro distribuye con sentido común, los medios de los lados pisan la raya de banda y se muestran en diagonal, el cuarto centrocampista es el transgresor que inventa cosas raras para arriesgar la búsqueda del gol y todos juntos se suman al delantero en la llegada. Es gol o no, ganarán o perderán, pero al final del partido ingleses, españoles, italianos y búlgaros coinciden en el juicio: “Maravilloso”. ¿Ah, sí? Entonces no pregunten más qué es jugar bien. Es eso. (Valdano, 1997, p. 17)

Defensa en zona, prioridad del toque y circulación del balón, ataques estáticos con muchos jugadores incorporándose, permiso para la creatividad, potenciación de la calidad técnico-táctica... más o menos esa era la propuesta argentina que comenzó a tomar protagonismo en los medios a partir de la presencia de Jorge Valdano y de su prédica en las redacciones deportivas de ese Grupo Prisa controlado por su amigo y seguidor Alfredo Relaño. Y es que toda esta construcción teórica era en un principio ajena completamente a la cultura futbolística española. Debía ser pues explicada, más aún, necesitaba ser predicada y extendida, y para ello la función del grupo Prisa como es inestimable. Desde esa plataforma, la nueva generación de periodistas se van a lanzar a la explicación del juego, y ese hablar del juego constituirá su objetivo principal, rompiendo con una tradición del periodismo deportivo que se basaba fundamentalmente en dar la noticia y tomaba como fenómeno secundario el análisis del juego.

Por el contrario, para ellos el análisis era precisamente el núcleo de su labor periodística. Y esa certeza implicaba una doble premisa: que como hemos dicho el fútbol como objeto era cognoscible, comprensible, susceptible de análisis racional, y que el público, el aficionado de a pie, tenía la capacidad de conocerlo. En ambos casos operaba una ruptura con el pensamiento previo. Primero, porque como hemos visto en el mundo del fútbol dominaba la idea de que el conocimiento futbolístico era intuitivo, imposible de generalizar ni de transmitir, impermeable a la sistematización y al conocimiento abstracto. En segundo lugar, porque al tratarse de un conocimiento surgido e inscrito en las prácticas corporales, únicamente el que había participado de esas prácticas podía alcanzar un verdadero conocimiento, es decir, que este estaba reservado a jugadores y exjugadores convertidos en entrenadores. Por tanto, quedaban excluidos los periodistas y los aficionados:

Y ahí Clemente tenía mucha gracia explicando que la vaca de ¿cómo se llamaba? De Iballondo. Sí, porque el Athletic entrenaba cerca de unos prados donde había una vaca, y decía esa vaca lleva treinta años viendo fútbol y no tenía ni idea de fútbol. Él lo decía para meterse con los periodistas: sí, vosotros venís a todos los entrenamientos pero como la vaca de Iballondo que lleva treinta años viendo fútbol y no se entera de nada.

(Paco González)

El mismo argumento podía aplicarse a los aficionados, y venía a decir que únicamente observar desde fuera el fútbol no garantizaba ningún conocimiento verdadero, por el contrario aseguraba la ignorancia. Los aficionados eran por tanto únicamente espectadores, mirones, con un conocimiento superficial, “dominado por un sentido de la espectacularidad” (Miguel Pardeza) que les impediría ver “lo que hay realmente detrás” (Vicente Miera).

Frente a esta postura, la de los periodistas de Prisa era que tanto los periodistas como los aficionados podían conocer. Eso implicaba que el fútbol podía ser reducido a principios universales; que esos principios podían ser aprendidos intelectualmente, no solo por la práctica; y que cualquiera que recibiese la formación apropiada podía llegar a entenderlos. Y sostenían todo ello como proyecto, no como realidad: había que

encontrar esos principios, desarrollar herramientas para explicarlos y conseguir que la gente los integrase.

Sí, sí, la redacción de El País siempre estuvo en esa línea. Sí, yo estuve también de redactor jefe antes de... Aparte a El País le pega, porque la propia inspiración de El País es un poco, como te diría, de la *Ilustración*. A lo mejor es una palabra muy elevada para eso, pero tiene que ver. (Alfredo Relaño)

El uso por Relaño del término *Ilustración* es especialmente útil para entender el proceso si tenemos en cuenta cuál era el contenido de ese proyecto político: liberar al hombre de las cadenas de la superstición y la ignorancia y elevarle a ser racional, y al mismo tiempo reconocerle el derecho como ciudadano a opinar y regir su propio destino en tanto en cuanto que ser dotado de razón. La *Ilustración* era una definición y al mismo tiempo un proyecto de ser humano. De igual manera, en el caso del fútbol se trataba de reconocer al aficionado su capacidad potencial de conocer y por tanto de opinar, pero al mismo tiempo su necesidad de ser educado para romper con esa comprensión instintiva y pasional del fútbol dominante hasta ese momento. Para alcanzar esa ruptura era necesario mostrar el juego tal y como es, y al mismo tiempo explicarlo, teorizarlo.

La primera herramienta que surge entonces es simplemente la difusión de ideas y el debate. Cuando Relaño llega a la Cadena SER, encarga un espacio a Jorge Valdano, que se llamará La Cátedra de Valdano.

Y era exactamente eso, “¡oh diablos! se pueden tener discursos sobre el fútbol” (...) Entonces no era eso, entonces era que alguien se metiera en el bar o donde estaba todo el mundo pegando gritos, y dijera “esperad, y vamos a ponernos a hablar de esto, a ver ¿Por qué ha pasado esto?” Y hacer un debate. Era... era completamente contracultural. (Carlos Martínez)

Se trataba de generar un espacio para el debate que permitiese la confrontación de ideas. La discusión futbolística era hasta entonces como la de un *bar*. Era pasional, centrada en las emociones partidistas y por tanto en el resultado y en su circunstancia, como el arbitraje. En segundo lugar, no era comunicación en su justo término porque

el ruido de la conversación entendido como desestructuración y caos la hacía imposible. El objetivo era generar un contexto para posibilitar un debate abierto en el que cupiese cualquier postura. Sin pretenderlo, Martínez parece remitir a una concepción *habermasiana* del espacio público como lugar de la formación de la opinión pública. Para que exista democracia, el ciudadano debe poder formarse una opinión informada, y esa opinión informada solo es posible como resultado del debate abierto y equilibrado entre todas las opciones políticas. Por eso recordábamos que en la tradición ilustrada la capacidad racional del ser humano le otorga derechos políticos, –soberanía nacional– y para que esos derechos sean ejercidos de forma real el ciudadano debe estar formado e informado. Hasta ese momento, el juego como tal se le “hurtaba” al aficionado, dejándole “con el 3-0 del domingo, y si había sido de cabeza o de fuera del área y ya está, ya valía todo” (Carlos Martínez). Se le negaba su legítimo derecho y se le mantenía sumido en la ignorancia y la superstición para afianzar las posiciones de poder de quienes controlaban el campo, los profesionales y el proyecto político de Prisa era restablecer al aficionado como ciudadano.

Para vencer a la superstición era fundamental el rol de la educación, y la dimensión didáctica del nuevo discurso estuvo clara desde un primer momento, “no decir esto es el fútbol y lo demás no existe” sino “en gastar energías en explicar las cosas (Carlos Martínez), es decir, de ofrecer información para un proceso deliberativo abierto y reflexivo.

El contenido de esa didáctica tuvo desde un principio un alto contenido teórico, especialmente a través de El Día Después. En primer lugar, por la inclusión en ese programa de una sección exclusiva de análisis táctico de los partidos y los equipos, primero con el uso de la pizarra cibernética y posteriormente con una reproducción del campo de Atocha. El análisis táctico era fuertemente abstracto, pues reducía a los jugadores a puntos o fichas, los extraía del contexto del partido y permitía la emergencia de principios de juego. Además, se hacía un esfuerzo especial por explicar los funcionamientos tácticos y los sistemas de juego, especialmente si eran novedosos, como la zona. No era únicamente la promoción de ciertas ideas o novedades, sino su inclusión en esa idea-fuerza de que el fútbol era también un trabajo intelectual.

Me acuerdo un partido que era un Valladolid-Albacete, era Maturana contra Benito Floro, se veía eso, un rectángulo trapezoide que se movía, a veces se convertía en trapecio, y se movía así todo acompasado.(...) Eso es lo que tratábamos de explicar cuando poníamos eso ahí arriba de un partido que a la gente le importa tres cojones, salvo a las minorías de Albacete y Valladolid, es para explicar qué coño es esto del fútbol, que no es echar una pelota y once en calzoncillos que corren, sino que hay un trabajo intelectual por encima de eso. (Alfredo Relaño)

Esa consciencia del fútbol como construcción teórica no era evidente ni siquiera para los propios técnicos de televisión. Es interesante profundizar en esta anécdota para ver hasta qué punto el espectador y el técnico tuvieron que ser reeducados en esta nueva concepción del fútbol:

Me acuerdo que poníamos las cámaras arriba, fue muy difícil que los cámaras se acostumbraran, en realidad solo te pido que pongas la cámara arriba en el córner de más arriba y no muevas el objetivo, en cuanto acercas el objetivo me estás jodiendo. (...) Y eso nos salió a la segunda, porque a la primera porque en cuanto quería acercar porque había una ocasión de gol pues jodía el asunto. (Alfredo Relaño)

Hasta ese momento el fútbol, también para los cámaras, era una sucesión de jugadas sin sentido que desembocaban en lo único que realmente era significativo de aquella amalgama de carreras y choques: los goles. Y esos goles u ocasiones centraban el interés de todo el mundo y dejaban en un segundo plano cualquier otra consideración. Por ello, al cámara le resultaba extraño que el interés pudiese no estar en los goles, sino en algo en donde, aparentemente, no pasaba nada. La construcción teórica del fútbol supone crear previamente una nueva serie de signos para solo en un segundo momento poder ser identificados.

Eso incluye un cambio en la propia narración del partido, pues esta debe incluir la explicación, la aclaración de la lógica del partido. No se puede simplemente narra el partido como una sucesión de hechos aislados “menganito, zutanito, fuera dentro o al palo” (Paco González) sino incluirlos dentro de un marco que explica y da sentido a lo que se está viendo. De esta forma, aumenta la riqueza de la información que recibe el

receptor, pues se le incluye un contexto para interpretarlo. Junto con el nuevo narrador, surge la figura del experto como aquel responsable de interpretar lo que se está viendo, de dar “un diagnóstico. Llámame de alguna forma un médico del balompié. Voy haciendo diagnósticos, ponte hielo, tómate una pastilla. (Michael Robinson).

Se trata de “tener una charla y ayudarles a ver lo que está pasando” (Michael Robinson), es decir, de una relación pedagógica, desde una posición neutra y desapasionada. El resultado no depende de los errores puntuales de un jugador, a la mala suerte o a la actuación del árbitro, sino de un patrón consistente de juego que puede ser analizado. Si análisis y resultado divergen, la importancia se otorga al análisis, es decir, que se puede decir “qué mal que hemos jugado aunque hayamos ganado” (Paco González).

Junto con ese trabajo formativo está el trabajo informativo. Es decir, enseñar en el doble sentido de hacer comprender y de hacer visible. Mostrar todo lo que ocurre en el terreno de juego y que el aficionado no podía ver por simple imposibilidad humana mediante mecanismos puramente tecnológicos, a través de los recursos de la realización. En el campo, cada espectador tenía un punto de vista limitado. La televisión, por el contrario, multiplicaba los puntos de vista –y en el caso de las nuevas transmisiones suponía triplicar el número de cámaras desde las cinco habituales– los complementaba y los completaba con otros nuevos que permitían ver cosas que hasta el momento no podían verse:

O sea, todos los medios técnicos que estaban designados a la transmisión, que cada vez eran más, tenían que ver con desentrañar el juego. O sea, Víctor no ponía 14 cámaras por poner 14 cámaras. Poníamos una cámara aquí porque desde esta posición vamos a poder ver esta cosa que hasta ahora se nos escapa. El ángulo contrario, los dobles fuera de juego, las cámaras detrás de la portería. (Carlos Martínez)

Sin embargo, de todos los nuevos ángulos aplicados a las retransmisiones, el más significativo para la nueva construcción narrativa del fútbol era el más simple de todos, el plano general, que se alejó para abarcar más campo por una decisión editorial

expresa: Alfredo Relaño quería “que se vieran todos”. Y es que la decisión de mostrar a los veinte es una decisión ideológica, responde a una comprensión del fútbol que jerarquiza los elementos: cuanto más se retrasa la cámara, menos peso tiene el individuo y más peso tiene el equipo. Para entender lo que está pasando en el campo ya no hay que atender ni al gesto técnico del jugador –cómo está controlando o golpeando la pelota– ni a su personalidad carismática –quién tiene el balón– sino al conjunto de relaciones en el que está inmerso –dónde están en cada momento sus compañeros y rivales– pues eso permitirá prever cuales son las posibilidades de desarrollo de la jugada en función de los límites estructurales a los que se enfrenta, el contraste de posicionamientos tácticos. La ampliación del plano general es una afirmación del carácter intelectual del juego. A la construcción de un sentido general, de una narración literaria del partido le acompaña la creación de un punto de vista para expresar esa nueva visión, y ese punto de vista es el plano general ampliado.

Pero no solo se ven más cosas, sino que se ven más veces y mejor, lo que supone también entender mejor lo que ha pasado. Si el plano general te ofrece una narración omnisciente de lo que sucede, los planos cortos te permiten posteriormente entender en profundidad lo que has visto, cosas que en el campo transcurren en un instante sin que el aficionado sepa exactamente cómo ha pasado. Esa visión detenida, ralentizada y multiplicada no solo es más informativa, también es más bella. La ruleta de Zidane “es un espectáculo en sí, pero si lo ves desde siete cámaras, con siete repeticiones, es más espectáculo” (Alfredo Relaño).

La realización televisiva de Canal + buscaba desentrañar el juego, pero también elevarlo estéticamente, convertirlo en espectáculo. Eso era una obligación desde el momento en el que el modelo de negocio dependía de lograr atraer a espectadores dispuestos a pagar por lo que se ofrecía, que en realidad ya estaba disponible en las televisiones autonómicas en abierto en ese momento.

Sí, tener todas las innovaciones posibles, porque siendo como era, estaba concebido como un club privado, el que se abone tiene que tener privilegios. Ahí convencí fácilmente a la casa de que había que traer más cámaras, y desde luego estar muy atentos a cualquier innovación que hubiera y ponerla. Que si había en Canal + Francia tenían un trenecito por la

banda, el travelling, que era difícil de manejar, pero de cuando en cuando daba un plano bueno. Luego la cámara ahí arriba, luego la super slow motion, que apareció en Alemania, no había más que una en Europa y la alquilábamos el fin de semana y se marchaban y costaba un huevo, para cuatro repeticiones muy bonitas, Quince, dieciséis cámaras y eso. (Alfredo Relaño)

Junto con el enaltecimiento estético está el enaltecimiento emocional. La conversión del partido de fútbol en un acontecimiento. Para ello, la retransmisión echa mano de la enorme riqueza de mitos, ritos y símbolos que acumula el fútbol. El nuevo fútbol no reniega de ellos, sino que por el contrario intenta insertarse en esa tradición reinterpretándola y extirpando aquellos significados que no le interesan. En realidad satura de significado el fútbol realzando todas sus significaciones. En ese sentido, otra de las aportaciones capitales de Canal + es el previo del partido, cuyo objetivo explícito es informar de lo que se va a ver a continuación, pero implícitamente lo que pretende es crear un estado de espera, de excitación, la convicción de que “aquí va a pasar algo” (Michael Robinson). La televisión recoge el simbolismo del fútbol, lo procesa y utiliza las herramientas del discurso audiovisual para multiplicarlo. Si esa hipérbole es excesiva, el espectador resiente la falsedad, el emisor está intentando vender un producto. Por tanto, se debe mantener un equilibrio sutil que mantenga la relación entre significante y significado, no situar al primero por encima del segundo, “no empujarle, no mandarle y tal. Porque si esto no está, yo no tengo nada” (Michael Robinson).

El programa político era pues “explicar el juego, explicarlo con las mejores imágenes posibles, con las imágenes más bellas posibles, y además explicar a la gente cosas que no sabía y que se perdía” (Carlos Martínez).

Todo ello buscaba dirigirse a un nuevo aficionado y al mismo tiempo crearlo a través de esa acción pedagógica e ilustradora que debe poner en primer plano la dimensión estética –que siempre existió– de la experiencia de ver un partido de fútbol. Se busca transformar la consciencia de sí mismo del seguidor y convertirlo en crítico y en consumidor. Alfredo Relaño resume así la intención: “Ya no es comer para saciarse, es la gastronomía como cultura”.

Si seguimos la metáfora de la gastronomía, tenemos que esta supone a aquel que come la capacidad para distinguir la calidad y para valorarla. Quién se considera gastrónomo se considera al mismo tiempo experto, es decir, con formación y criterio para juzgar, y amante de la comida, buscador de una experiencia sensorial y estética. La crítica gastronómica es una crítica construida sobre principios de distinción y valoración, y no el simple resultado de una sensación en el paladar. Considerar al hincha en esos términos significa alejarle de la visión de este como ser primario y pasional y otorgarle una capacidad intelectual para “comprender por qué le gusta más el fútbol, o el fútbol de este equipo que el fútbol del otro” (Paco González).

Al mismo tiempo, la gastronomía tiene una connotación de búsqueda, de experimentación, de variedad. O lo que es lo mismo, la gastronomía solo es posible en un contexto de variedad de ofertas. Es en ese sentido en el que el seguidor asume un rol de consumidor:

Va descubriendo más cosas, hay que fijarse, las puede aprovechar o no, pero ya tienes una oferta, ya no es solo pan y jamón, ya hay un montón de cosas más que te pueden gustar o no. Está muy bien el pan con jamón, pero a lo mejor hay muchas cosas más, y además te puedes comer el pan y el jamón y otras cosas. (Alfredo Relaño)

El pan y el jamón es la experiencia pasional de la victoria de su equipo, que es un fenómeno intenso pero limitado y autorrefencial, se gana o se pierde. El juicio estético es abierto, porque se puede posar sobre cualquier fenómeno, permite la apreciación del otro y amplía indefinidamente el campo de aplicación. Se empieza por el rival del día, se sigue por los primeros de la clasificación, después todos los equipos de la Liga, más tarde los campeonatos extranjeros... No significa que el hincha pierda su afiliación local, sino que en su dimensión de consumidor está abierto a nuevas experiencias que no trabajarán al nivel emocional sino al intelectual.

No sabemos las audiencias cómo funcionan, pero es muy claro que la mayoría de la gente que se abona a la televisión de pago, por nuestras encuestas, se declara muy claramente partidario de un equipo. Luego hay mucha gente que le gusta el fútbol, y que además de gustarle un equipo... yo creo que mucha gente es normal, entre comillas, es decir, le gusta su

equipo, sufre o es feliz con su equipo pero le gusta el fútbol en general.

(Carlos Martínez)

Lo normal –que es siempre una construcción– es ser capaz de apreciar la calidad en el otro y de equilibrar su amor por el juego con el amor por su equipo. Un relajamiento de la pulsión identitaria que es consecuencia de una apreciación intelectual que ejercida como práctica cotidiana tiende a generar un cierto relativismo y un descenso de la agresividad que permite atraer a nuevos públicos, en especial el femenino (Paco González).

En definitiva, al nuevo espectador le gusta su equipo, pero sobre todo le gusta el fútbol. Ese fue el lema de la primera campaña de Canal + para atraer abonados a través de los partidos del domingo, “Me gusta el fútbol”. Y es que es la culminación lógica de toda la construcción simbólica: al suspender la dimensión agonística solo queda un juego, el juego, *the beautiful game*.

Esa voluntad de dar preeminencia al espectáculo por encima de la competición estaba en el núcleo de las convicciones éticas de los nuevos actores, pero también en el interés último de sus empleadores, los medios de comunicación. Todo aquello que alejase al fútbol de las connotaciones machistas y reaccionarias y lo hiciese más espectacular lo hacía más atractivo como producto en un momento, y Canal + trabajaba para darle “un aire de modernidad al fútbol en España”, en la misma línea que, por ejemplo, la LFP cuando creó el lema de La Liga de las Estrellas, y sabemos que la misma idea estaba recorriendo todo el fútbol europeo. En ese sentido, Canal + tenía a Canal + Francia en el accionariado, y ellos ya llevaban años retransmitiendo el fútbol francés. Alfredo Relaño habló con los responsables franceses y tomó de ellos no solo recursos, sino una idea general de lo que debía ser la retransmisión, por lo que “la inspiración de las transmisiones venía de Canal + Francia” (Alfredo Relaño). El debate español es seguramente localmente específico, pero la espectacularización del fútbol constituía la agenda de los medios a nivel internacional.

El discurso sobre el buen fútbol aterriza por tanto en España en un momento crucial para el fútbol profesional: atravesados por una crisis económica que amenaza su viabilidad, cada vez menos atractivo para el público ante los nuevos modos de

consumo y con una imagen caduca y anquilosada, invadido por el fenómeno de los hooligans y la violencia en las gradas y sumido también en una crisis deportiva y de modelo, tras los repetidos fracasos de la selección y los clubes. El resultado será una época convulsa, de enfrentamiento abiertos y grandes transformaciones, que dará lugar a un nuevo paradigma y transformará las posiciones de los actores en el campo y en el que la zona será una de las protagonistas.

4.2.2. Pacificación en el campo y en la grada

Una de las tesis fundamentales de Menotti era que la permisividad con la violencia era la que impedía que el buen fútbol mostrase su verdadera superioridad sobre otros modelos de juego. El control de la violencia era por tanto uno de los ejes estratégicos del debate futbolístico, y una condición previa necesaria para que el discurso sobre el buen juego pudiese triunfar en el plano teórico: sin pacificación no se puede comprobar la superioridad técnico-táctica. A mayor pacificación, mayor espacio para el desarrollo de esos principios universales del juego.

Por tanto, desde un primer momento, para los profesionales de Canal + existía desde un primer momento el imperativo de mostrar y denunciar la violencia, para lo que tenían una sección en El Día Después, “el único sitio donde podías ver la intención del área” (Carlos Martínez). Esa denuncia engarzaba con el discurso general que venimos analizando sobre el juego y el bien del fútbol. El equipo de Canal + entendía “el fútbol de otra manera mucho más moderna, y que tenía que ver más con el espectáculo más que con otra cosa” (Carlos Martínez) una visión en la que la violencia era éticamente reprobable, y mala para la industria del fútbol. Si el fútbol es un espectáculo, sus ejecutantes, los futbolistas, son los artistas. El interés del espectáculo reside en verles actuar la mayor cantidad posible de veces y en su máximo nivel, y por tanto hay que proteger “al futbolista como espectáculo” (Miguel Ángel Nadal) y denunciar “cualquier persecución a futbolistas de talento a base de la violencia y de la patada” (Carlos Martínez). Porque de entre los futbolistas, aquellos con talento son los más deseados y valorados, y quienes realmente garantizan en último término el interés del público, porque “a la gente además lo que le gustaba son los jugadores... o sea, yo con mis

respetos a Goiko le he entrenado cuarenta mil veces, pero la gente prefiere ver a Maradona que a Goikoetxea (Rubinos Pérez). Es decir, que en el fútbol entendido como espectáculo, los aficionados acuden a ver a los futbolistas, que son por tanto lo más valioso. Protegerles sería, por tanto, “bueno para el fútbol” (Emilio Butragueño). Se trataba de expulsar a la violencia del fútbol, cuando como hemos visto hasta ese momento se consideraba consustancial al mismo. Esta no se expulsa porque sea éticamente reprochable, sino porque no es parte del fútbol, que es un juego.

Y lo cierto es que la violencia en el terreno de juego producía cada vez mayor repugnancia moral. En primer lugar, porque por primera vez era visibilizada gracias a las cámaras de televisión. Ello fue efecto de la multiplicación de cámaras en el campo, primero porque las retransmisiones se hacían con más cámaras, y segundo por la proliferación de la información deportiva con la aparición de los canales privados, con sus programas deportivos, debates e informativos.

Existía pues una capacidad técnica que se utilizaba para desarrollar una elección narrativa, como es utilizar las repeticiones para mostrar las entradas y faltas. Ello es posible porque, gracias a la proliferación de cámaras hay planos más cercanos y también diferentes de la misma acción, es decir, sería imposible repetir una acción *siete veces* desde un único punto de vista, lo que en conjunto ofrece una acción de gran fuerza visual, bordeando el sensacionalismo. Se produce así un primer rechazo en el espectador, pues no es lo mismo ver una patada una vez sobre el campo, que ver “varias veces repetida una hostia...” (Paco González).

La potencia sensacionalista de la violencia en televisión aumentó su condena, pero no se puede entender la exigencia de controlar la violencia en el campo sin la violencia en la grada, que se había convertido en motivo de preocupación para la opinión pública. Aunque la violencia de las aficiones estuviese en realidad en decadencia (Durán) lo cierto es que las acciones de los hinchas radicales ocupaban las portadas, especialmente tras las tragedias de Heysel y Hillsborough y sobre todo en España tras el incidente de Sarrià, que provocó una serie de medidas legislativas –ley del deporte, creación de la Comisión Antiviolenencia...–, que lograron erradicar los comportamientos violentos del público, especialmente los rituales,

como esos lanzamientos de objetos que hoy en día están “casi desterrados” (Juan Antonio Fernández Marín), hasta reducirse los comportamientos violentos a “una violencia verbal” (Rubinos Pérez). Es decir, que en ese circuito de retroalimentación entre violencia en el campo y en el estadio, uno de los elementos fue eliminado, y el otro, evidentemente, quedaba señalado.

Por ello, conforme el discurso sobre la violencia y el bien del fútbol iba calando cada vez más en la opinión pública, aumentaba la presión para que esa protección al jugador se materializase por parte de los organismos rectores. Esa presión incluía a la propia comunidad futbolística, que iba constatando que la violencia ya no podía considerarse como expresión adecuada de la masculinidad.

Es decir, la nobleza, la fuerza, eso yo creo que estaba, estuvo y estará bien visto, pero claro, cuando ya se exceden los límites, y sobre todo cuando como te digo lo que determina muchísimo es la lesión, y si es la lesión grave de un jugador, eso es lo que realmente determina el cambio y la reacción de esto ya no puede seguir por este camino, hay que proteger al jugador. Sobre todo la lesión es el punto determinante del cambio. (José María García Aranda)

Lo cierto es que en esa misma época se sucedieron varias modificaciones del reglamento por parte de la FIFA que tenían precisamente la intención de aumentar la protección del atacante y de aumentar el número de goles. Puesto que ese movimiento coincide, como vimos en el marco teórico, con la irrupción de la televisión y la búsqueda de mayores y más variadas audiencias, podría parecer lógico pensar que estos cambios se hicieron con un cierto afán mercantilista, de mejora del producto para las televisiones. Desde luego, no fue la situación específica del fútbol español la que generó estas modificaciones, por lo que puede constatarse la existencia de un momento similar de la evolución en todo el fútbol profesional.

En este caso, la FIFA operó en dos niveles: por un lado modificaciones del reglamento, por el otro modificaciones en las directrices a los árbitros a la hora de aplicar ese reglamento. El primer cambio legal, en 1990, fue la consideración de que cualquier falta que se realizase a un jugador que disponía de una clara ocasión de gol sería

tarjeta roja. Hasta ese momento ese tipo de faltas, como el resto, se juzgaban independientemente de la situación en la que se producía, por lo que un jugador que derribaba a otro cuando este se marchaba solo hacia el área podía no recibir amonestación o recibir una tarjeta amarilla si el derribo era con violencia. En consecuencia, los defensas y porteros se veían incentivados a derribar a estos jugadores, pues evitaban una ocasión de gol sin apenas perjuicio propio, mientras que con la nueva norma el penalti es expulsión, por lo que “ante el bueno, concedo el gol o hago penalti, bueno concedo el gol porque si hago penalti es muy posible que el gol sea igual y encima mi equipo se va a quedar con uno menos” (José Francisco Molina).

En principio, esta modificación no buscaba eliminar el uso desproporcionado de la violencia, sino garantizar que las ocasiones de gol se pudiesen materializar. Años más tarde, en 1998, se produjo otro cambio reglamentario: la consideración de que toda entrada por detrás sin posibilidad de jugar el balón conllevase tarjeta roja. Lo cierto es que esas acciones ya podían ser consideradas como merecedoras de expulsión en función de los criterios vigentes, pero aquello equivalía a una obligación que evitaba la necesidad de que el árbitro ejerciese su juicio.

Y es que el verdadero cambio en el arbitraje fue el de las directrices a los árbitros y su comportamiento en el campo, y ese cambio se produjo antes del cambio de la entrada por detrás. Sin necesidad de cambios reglamentarios, lo cierto es que el listón disciplinario subió, y pasaron a considerarse dignas de amonestación acciones que hasta ese momento quedaban libres. Un primer acercamiento al comportamiento arbitral a lo largo del tiempo nos lo puede dar el uso de tarjetas amarillas y rojas. Como vemos en el gráfico, tras unos primeros años de rodaje, entre la temporada 76/77 y la 82/83 las tarjetas amarillas estaban estabilizadas alrededor de las dos por partido (máximo de 2.28, mínimo de 1.92). En los años siguientes aumentan las tarjetas amarillas, que llegan a alcanzar las 2.93 por partido en la temporada 85/86, para volver a bajar hasta las 2.53 en la 87/88. A partir de ahí, se disparan hasta alcanzar un pico de 5.24 tarjetas amarillas en la temporada 95/96.

Tabla 1: Promedio de tarjetas amarillas

Fuente: elaboración propia con datos de BDFútbol.com

Tabla 2: Promedio de tarjetas rojas

Fuente: elaboración propia con datos de BDFútbol.com

Por su parte, las tarjetas rojas se mantienen entre 0,1 y 0,2 por partido hasta la temporada 89/90 (0.22), para doblarse en los años siguientes hasta alcanzar también un pico en la 95/96 (0.45).

Preguntado por este aumento exponencial en el uso de las tarjetas desde finales de los años ochenta, Fernández Marín no duda:

El nivel disciplinario. Tiene también al menos doble entrada. Uno, desde luego, fruto de esa presión que el propio fútbol ha generado de protección al jugador. Es decir, los árbitros hoy en día es tal la encomienda que tienen, es mucho mayor de protección del jugador y del juego. Es decir, que las situaciones de probablemente de incremento de amarillas es también fruto de la clarificación de qué debe ser y qué no. (Juan Antonio Fernández Marín)

Y Antonio Rubinos Pérez y José María García Aranda coinciden en que el cambio no se origina en los árbitros, que únicamente aplican los criterios que se definen por parte de las instituciones, y que fueron estas las que respondieron a “los espectadores, la prensa, los medios de comunicación” que piden se dan cuenta de que esto, la violencia, “hay que controlarlo de otra manera” (José María García Aranda). Solo entonces “las organizaciones, el gobierno del fútbol, le dice a los árbitros”, porque “los árbitros no pueden tomar la decisión por ellos mismo” (Antonio Rubinos Pérez).

Lo que cambió fue por un lado la clarificación de lo que era tarjeta amarilla, que pasó a ser toda acción mínimamente violenta, y por otro lado la insistencia de los organismos a sus árbitros para que aplicasen el nuevo criterio. Los árbitros entienden que ellos no deciden lo que es o no falta y lo que merece o no amonestación, sino que son meros ejecutores del reglamento y las indicaciones del gobierno del fútbol. Sin embargo, lo cierto es que el propio Fernández Marín admite que antes los árbitros eran excesivamente permisivos porque en España se interpretaba la violencia como parte de la cultura masculina y agresiva que por entonces era hegemónica en el fútbol, la *nobleza* de la que habla García Aranda. Todo ello se inscribe en el amplio margen para la interpretación del que goza el árbitro del reglamento, que a su vez está inevitablemente influido por su contexto social.

Un ejemplo de esa capacidad de modulación que la sociedad ejerce sobre el reglamento era esa contextualización de la entrada de la que nos hablaba Butragueño, aquello de que las tres primeras solo se advertía, y que las faltas sin violencia no se tenían en cuenta a la hora de entender que había reiteración. Ese tipo de interpretaciones de la ley son las que fueron suprimidas por los organismos internacionales y las federaciones, y para ello debieron inevitablemente cambiar el marco conceptual de sus árbitros sobre lo que era el fútbol.

Pero además de cambiar los criterios del arbitraje y la consideración que se tenía de la violencia, las instituciones estaban además generando un contexto en el que ese nuevo consenso pudiese expresarse. Es decir, al pacificar las gradas estaban ofreciendo una seguridad física y moral al árbitro para que ejerciese ese nuevo criterio más estricto. Aunque los árbitros lo rechacen, hemos visto como los jugadores entendían que la presión del público modificaba el criterio arbitral y permitía una mayor violencia al equipo de casa. Con el fin de los lanzamientos de objetos y las agresiones, el público perdió gran parte de su capacidad de coaccionar al árbitro y modificar su juicio, aunque fuese de forma inconsciente. La capacidad de intimidación del público dejó de considerarse también como parte del fútbol y como herramienta legítima del club para condicionar el resultado.

En términos más amplios, se trataba de un nuevo paso en el proceso de expulsión del fútbol de elementos ajenos al rendimiento técnico-táctico. Miguel Ángel Nadal tiene muy claro la importancia del arbitraje en el control de la violencia, y que la violencia permitida da forma al fútbol que se practica, es uno de los condicionantes fundamentales del estilo, porque “el árbitro naturalmente participa muchísimo sobre el cambio del estilo de juego, porque eso te permite según qué cosas o no” (Miguel Ángel Nadal).

Para empezar, el aumento del castigo impidió seguir ejecutando ciertas acciones, y sobre todo obliga a introducir un cálculo de probabilidades en situaciones en las que antes podía ignorarse. El control emocional aparece entonces como clave para mantener esa proporcionalidad entre medios y fines que justifica la racionalidad de la acción. Solo manteniendo las emociones bajo control –no solo la agresividad, sino

también el miedo o la ansiedad– se puede ejercer el nivel adecuado de violencia, que debe mantenerse en esa tensión entre la contundencia que garantiza la efectividad y la contención que impide la sanción. Esto supone una novedad, sin duda, frente a la promoción de la expresión de la masculinidad agresiva y la emocionalidad desatada que describían el comportamiento de los marcadores de los años setenta y ochenta. Los defensas, a partir de ese momento, “van todos fuertes, pero bueno, se miden más” (Alfonso Cortijo).

El control emocional no implica sin embargo un cambio ético. Los defensas se adaptan al nivel disciplinario sin modificar su código profesional. Siguen haciendo todo lo necesario para ganar el partido, pero el catálogo de acciones a su disposición se ha reducido a medida que muchas de ellas dejaban de ser rentables.

La regla ha ido cambiando continuamente, todos los años están cambiando algunas reglas y cada vez se está pitando las entradas duras. Antes había muchas entradas, la verdad que fuertes, y si las ves ahora pues serían casi todas de tarjeta roja. (Alfonso Cortijo)

Junto con el aumento de los castigos hay que recordar el efecto que las retransmisiones de Canal + tuvieron, con aquella voluntad de descubrir todo aquello que permanecía oculto, y esto incluía las acciones antirreglamentarias: “¿Por qué poníamos cámaras detrás de las porterías que no se habían puesto? Porque había jugadas enmarañadas en los córneres y en las zonas de ataque, posibles penaltis que no se veían” (Carlos Martínez). Es decir, que casi de un día para otro los límites de los futbolistas se transformaron:

Cuando vino Canal+, por ejemplo que era una cadena que te metía diez cámaras en el campo, y claro, en esa época se hacían cosas que ahora serían impensables, no serían impensables porque se siguen haciendo, pero ahora se ven. Ahora que un jugador le escupa a otro, o que le pise cuando el balón ya se ha ido, antes se hacía, se sigue haciendo lo que pasa es que ahora se ve y antes no se veía. (Sergio Corino)

Es decir, que la televisión y el aumento del nivel disciplinario redujeron o eliminaron la posible ventaja que proporcionaba la violencia psicológica, las acciones encubiertas y

el exceso de contundencia. En esto los jugadores debieron asumir que a partir de entonces su comportamiento se juzgaría en tres niveles. Primero, cualquier acción ilegal que hubiese pasado desapercibida por el árbitro podría ser revisada por los comités de competición, por lo que se limita la impunidad del directo, y “como te graben, pues también te cae lo que te tenga que caer aunque el partido haya terminado” (José Manuel Barla). Segundo, aun cuando su comportamiento no genere una sanción retroactiva, será incorporado a los criterios que los árbitros, que “también te estudian” (Alfonso Cortijo) y lo tendrán en cuenta a la hora de arbitrarle en próximos encuentros: si pasa a ser considerado duro, con tendencia a usar el juego subterráneo o las trampas, recibirá una atención extra por parte del colegiado. Finalmente, sus acciones pueden generar un escándalo en la opinión pública y el jugador “denunciado en el mundo entero” (Miguel Pardeza), algo que aunque tenga consecuencias difusas para su carrera profesional, afectará a su autoestima y es preferible evitar.

En consecuencia, las acciones más violentas con el balón de por medio fueron desapareciendo, mientras que toda la tarea de desgaste psicológico y juego subterráneo se fue reduciendo conforme aumentaba su exposición y crecía la represión, pero no ha desaparecido, sino que “se hace lo que se puede” (José Francisco Molina).

Por lo tanto, no habría habido un cambio en el comportamiento ético de los defensas y futbolistas en general, que no son “mejor persona que hace 30 años”, (Juan Antonio Fernández Marín), sino que estarían controlados por una serie de medidas coercitivas que modificarían el cálculo riesgo/beneficios:

Los arbitrajes son más estrictos que antes. Ahora hay más cámaras. Te pueden pillar te caen cinco o seis partidos. Te andas con pies de plomo en hacer acciones que antes las podías hacer y ya no. Pues la permisividad antes era diferente, había más, y ahora hay menos. En la época que empezó la televisión, pues ya te tenías que andar con pies de plomo. Porque antes, de hacer una cosa, para tu beneficio, aunque estuviera feo, lo podías hacer, pero ahora te pillan. (Sergio Corino)

A medida que se pacificaba el terreno de juego, aumentaba el espacio para la puesta en práctica de las ideas del buen juego, que como bien decía Menotti, eran impracticables en un contexto de impunidad de la violencia. Y así, en esos años de finales de los ochenta y primeros noventa van a surgir dos modelos de éxito asociados a este discurso y que van a dominar el fútbol europeo y nacional: el A.C. Milán de Arrigo Sacchi y el F.C. Barcelona de Johan Cruyff. Ambos equipos van a ser utilizados como ejemplo por la corriente renovadora del fútbol, que sin embargo va a encontrar una fuerte oposición entre la comunidad futbolística española, especialmente entre los entrenadores, que ven peligrar su posición y la hegemonía de sus ideas. Finalmente, la llegada de entrenadores extranjeros y de nuevas generaciones de entrenadores nacionales, junto con el éxito deportivo de las nuevas ideas, van a terminar por imponer éstas en el discurso y el imaginario nacional. Entre esas nuevas ideas destacará la defensa en zona, que permitirá conjugar la libertad y belleza estética del fútbol con la eficiencia, y por ello estará en el centro de los debates.

4.2.3. Cruyff y Sacchi

La corriente renovadora disponía de un discurso articulado y de unas formas propias de expresarlo. Sin embargo, también necesitaba de un ejemplo real, de una encarnación de la idea porque, en definitiva, el fútbol seguían siendo, como recordaba Clemente, los resultados. Y esa función de Mesías la cumplió Johan Cruyff. Su impacto, su legado, el cruyffismo en general, sido ampliamente reconocido en España, hasta poder decirse que “ese movimiento ha hecho que España sea campeona del mundo” (Michael Robinson). Y ese impacto se centra precisamente en los encargados de desarrollar el pensamiento futbolístico, los entrenadores, para algunos de los cuales Cruyff habría hecho “una gran revolución en el fútbol” (David Vidal).

Aunque ahora es recordado por sus éxitos, estos no llegaron de manera inmediata. En sus primeros dos años logró una Recopa y una Copa del Rey, poco bagaje frente a las ligas del Real Madrid, y solo su prestigio como jugador y su significancia social le mantenían en el puesto. Pero en su tercer año logró la Liga 1990/91 con una ventaja de 10 puntos frente al segundo, y al año siguiente haría doblete logrando el título más

ansiado, la Copa de Europa, en la final de Wembley frente a la Sampdoria. Terminaría logrando cuatro ligas consecutivas, una racha que solo Jorge Valdano podría frenar en la temporada 1994/95 con el Real Madrid. Tras terminar tercero al año siguiente Cruyff dejaría el club como el entrenador más exitoso de su historia y responsable de un cambio completo de mentalidad en el club gracias a algo pocas veces visto o reconocido en el fútbol español, “el equipo empieza a jugar muy bien al fútbol, y a ganar jugando muy bien al fútbol” (Carlos Martínez).

Que Cruyff lograra victorias fue fundamental, puesto que en un fútbol que valoraba exclusivamente los resultados, sus llamadas a valorar el juego eran acogidas en los primeros tiempos con suspicacias. Tras perder la Supercopa de Europa frente al Milán en diciembre de 1989, en su segunda temporada, tras negarse a valorar la falta de goles, un periodista le preguntó con sorna, “O sea, que todos debemos empezar a diferenciar lo que es el espectáculo de los resultados, ¿no?” (Barceló, 1989).

Ese jugar bien al fútbol estaba relacionado con el principal rasgo de su filosofía, la vocación ofensiva. En unos años en los que era muy común jugar con cinco defensas, él lo hacía con solo tres, “y en el centro había uno lento que era Koeman, o sea que lo que quería es que sacase bien la pelota” (José Antonio Martín, *Petón*). Unos riesgos nunca vistos en España, que incluso ponían en aprietos a sus defensores, que veían que “el sufrimiento grande es cuando tú quieres adelantar la línea defensiva y no tienes suficientes hombres para marcar. El sufrimiento venía a lo mejor algunas veces cuando en el Barcelona, jugando con tres defensas” (Miguel Ángel Nadal).

Pero los riesgos en defensas surgían de una lógica previa, que establecía que el equipo debía defender lo menos posible y mantener el control del balón, y por tanto atacar, la gran parte del partido: “Ellos lo que quieren es jugar bien, tener la pelota, que no la tenga el contrario” (José Antonio Martín, *Petón*), es decir, la noción ahora común de que la mejor defensa es tener la pelota. Esa idea suponía invertir la lógica dominante, que establecía que si lo que uno quería era seguridad defensiva, debía retrasar su posición, acumular jugadores y prepararse para defender. Según esa misma lógica, el sistema de Cruyff debía haberle cosechado un rotundo fracaso, y sin embargo, “era increíble, no había quién le metiera mano (David Vidal).

Para mantener el balón, Cruyff entendía que la cualidad más importante de un jugador no era ni su físico, ni siquiera su técnica, sino su inteligencia, otro rasgo herético tanto para los defensores del sacrificio como los de los futbolistas atletas. Esa primacía de la táctica se reflejaba en su selección de jugadores: defensas lentos pero con manejo de balón, extremos como Goikoetxea reconvertidos en defensas, medios centros como Guardiola cuya principal función era distribuir y no robar balones... pero sobre todo la valoración de los jugadores por su inteligencia, su sentido táctico:

Eusebio, jugador inteligente, le ponían de lateral derecho, ¡a Eusebio de lateral derecho, ya me contarás! Lento, bajito, de cabeza era un desastre, pero jugaba bien al fútbol y era inteligente. Me decía Johan Cruyff sobre él, es lento pero siempre llega. Pues ahí lo tienes, el tipo es lento pero siempre llega. (Emilio Butragueño)

Más allá de esa vocación ofensiva y confianza en la inteligencia, las opiniones sobre los planteamientos tácticos de Cruyff divergen. Para algunos, Cruyff sería un ejemplo de primacía del juego natural, espontáneo, pero no del diseño táctico (Emilio Butragueño). Para otros, Cruyff fue el primero que en España “la defensa en línea la metía a cuatro metros del centro del campo” (Fernando Giner) y que la acompañaba con presión sobre el balón de los delanteros. Mercé (2000) afirma que comenzó al hombre, pero que posteriormente se fue decantando por la zona, lo que coincide con los comentarios de Luis Suárez durante la retransmisión de la final de Wembley, donde habla de los “defensas marcadores” del Barcelona que se “desenganchan de su directo adversario” (TVE 20 de Mayo de 1992).

Sea como fuere, lo cierto es que aquel era, a pesar de sus estrellas, el Barcelona de Cruyff, cuya personalidad se imponía sobre el equipo. Surgía la figura del fútbol de autor, del entrenador como creador del juego por encima de los futbolistas, basado no en sus cualidades directivas o carisma, sino en su talento: “tenía mucho más talento que todos los demás (...) él tenía ya mucho talento como jugador y mucho talento como entrenador” (David Vidal).

El F.C. Barcelona se convirtió en “un modelo de éxito y de referencia” (Carlos Martínez), pero no lo logró únicamente generando un juego ofensivo y atractivo para

el espectador, o mediante un discurso sugerente, sino derrotando a otros entrenadores con otras tácticas. Es decir, ganando.

El otro gran modelo de éxito de aquellos años es el Arrigo Sacchi, con la particularidad, en este caso, de que se trató de un modelo ligado inextricablemente a la zona como sistema defensivo. Y es que, a pesar de que entrenadores como Menotti o Venables habían practicado la zona con sus equipos, la respuesta espontánea de los entrevistados al preguntar por la zona es recordar que de “la zona se empezó a hablar con Sacchi” (Miguel Pardeza). Es decir, que independientemente de una posible genealogía de la zona, su aparición en el debate público está ligada a aquel Milán.

Las condiciones para ello eran perfectas, pues Sacchi y su Milán se enfrentaron dos años consecutivos al equipo que en aquellos momentos se consideraba en España que practicaba el mejor fútbol que se había visto, la Quinta del Buitre, y que estaba destinada a lograr la Copa de Europa. El equipo no solo gozaba del respeto de la comunidad futbolística, sino que era además un fenómeno social y sus jugadores ídolos para los niños y adolescentes de España. Eran un fenómeno mediático que acaparaba la atención de la sociedad española. Ya Valdano los había bautizado como *el brazo deportivo de La Movida* para reforzar esa idea de modernidad y diversión que aportaba el grupo al fútbol español. Su enfrentamiento con el Milán garantizaba por tanto la atención de toda España, y no solo de la España futbolística.

Dadas estas condiciones, era inevitable que el 5-0 del partido de vuelta en San Siro de la temporada 1988/89 fuese casi un evento generacional de enormes consecuencias para el fútbol y el país. Más importante que el resultado era la sensación de inmensa superioridad que hace parecer que se trate de “mayores contra niños de seis años” y la convicción de que esa superioridad tenía un fundamento táctico, que “estos saben hacer una cosa... ¡Esto es trampa! ¡No se les puede ganar!” (Carlos Martínez).

¿Cómo había logrado el Milán de Arrigo Sacchi generar esa sensación de superioridad? No se trataba de una cuestión de disposición de los jugadores, pues se organizaban en un ortodoxo 1-4-4-1-1. La novedad estribaba en un funcionamiento táctico tremendamente elaborado que además introducía una serie de novedades en el funcionamiento tradicional de la zona que multiplicaban su efectividad. Ese

funcionamiento se fundaba sobre una presión coordinada que permitía reducir los espacios y que a su vez era el resultado de la puesta en marcha de varios mecanismos simultáneos y programados.

Estos comenzaban por un perfeccionamiento de la defensa en línea inglesa, automatizando su funcionamiento de tal modo, y coordinándolo de forma tan precisa, que era posible mantenerla en posiciones muy avanzadas de manera permanente, reduciendo así el campo disponible a lo largo para el rival. La línea defensiva reaccionaba y “en función de cómo se desarrollaba la jugada, paf, iban y volvían, iban y volvían” (Emilio Butragueño), reduciendo el espacio hacia adelante o, en situaciones de peligro o desplazamientos largos, reculando a posiciones más retrasadas. Ese comportamiento colectivo de la línea defensiva dependía en primer lugar de la lectura de la jugada y la intención del rival y de las señales que se derivaban, pero también del comportamiento de los compañeros de las líneas superiores y muy especialmente de la función de dirección que ejercía Franco Baresi.

Aquel partido que os decía antes del fuera de juego, iba a sacar Buyo en largo, y entonces los demás estaban mirándole a él, y según lo que él hacía lo hacían los demás. ¡No miraban la pelota! Yo estaba sorprendido, yo decía, ¿pero bueno esto qué es? El tipo cuando iba a sacar Buyo hacía paf, y todos iban con él, ¡porque le miraban a él, no miraban la pelota! Fíjate hasta qué punto, ¿no? Confiaban tanto en él que decían, lo que haga... y el paf, un grito, y nos dejaban en fuera de juego, algo espectacular. (Emilio Butragueño)

Al avanzar la línea defensiva, inevitablemente se generaba un espacio a sus espaldas que podía ser aprovechado por los rivales para enviar balones en profundidad. Para evitarlo, el Milán lo acompañaba con fuerte presión sobre el balón que impedía al jugador con la posesión tener tiempo para pensar o para ejecutar cómodamente el gesto técnico, lo que le impedía aprovechar el espacio a la espalda del defensa. Pero esa presión además no se limitaba a incordiar al jugador con balón, sino que de forma colectiva y coordinada dirigía el juego del contrario a los lugares menos adecuados para ellos. Es decir, que en primer lugar decidían previamente qué pasillos y qué pases iban a permitir, obligando al contrario a comportarse como ellos querían, y por tanto

tomando la iniciativa del juego a pesar de no tener el balón. Esa intención estratégica era llevar al equipo a la banda, donde contaban con el aliado natural de la línea lateral, que reducía aún más el espacio, obligando a los contrarios a deshacerse del balón sin precisión, generalmente en un desplazamiento largo que terminaría fuera o provocando un fuera de juego.

En segundo lugar, la presión era zonal, puesto que no se realizaba en función de la marca individual, pero en un sentido más profundo porque no defendían al hombre sino al espacio, es decir, no permanecían en zonas fijas que fuesen su responsabilidad ni marcaban a los rivales que se encontraban cerca de su posición, sino que bloqueaban los espacios por los que no querían que pasase el balón, es decir, defendían las líneas de pase.

Para ello, evidentemente, necesitaban generar una superioridad numérica alrededor del balón, de forma que hubiese más de un jugador presionando o tapando al jugador con balón. Esto lo lograban volcando al equipo sobre el lado en el que se encontraba el balón, y abandonando los espacios más alejados de este, lo que más tarde se popularizaría como lado fuerte y lado débil. Al volcarse sobre un lado no solo obtenían superioridad numérica alrededor del balón, sino que reducían el espacio de juego efectivo, pues este no era ya el conjunto del terreno de juego, sino una zona limitada al espacio en el que los jugadores podían ejecutar un pase bajo presión con garantías de precisión. Al mismo tiempo, reducida la zona útil, se reducían las distancias entre defensores horizontal y verticalmente, aumentando la densidad de la defensa. El campo se había hecho más estrecho en el eje horizontal, y más corto en el eje vertical, hasta que el contrario sentía “no saber por dónde salir. Es que era imposible. Era una red. Es decir, miraras por donde miraras nada más que veías rayas rojas y negras por todos lados” (Miguel Ángel).

El jugador con balón se encontraba arrinconado en una banda, sin ninguna línea de pase ni espacio para progresar, viéndose obligado a realizar entregas defectuosas o despejes. Hasta cierto punto, el Milán no pretendía que los jugadores que iban a la presión sobre el balón lo recuperasen directamente mediante un robo, sino en provocar el error del rival.

Sí, pero no te iban a la presión, ellos iban a la línea de pase. Que a ti no te sobrepase nunca, que ya habrá un compañero que se aprovechará del pase ya dificultoso. Ya va a tener que buscar un pase demasiado preciso. Si lo hay preciso bien, si no lo hay, hay robo. Y eso es lo que ellos manejaban muy bien. La anticipación. (Miguel Ángel)

El resultado final para aquellos que se enfrentaban al Milán era la impotencia, la sensación de que “el portero del Milán, es que podía ser mi hija” porque “ni te dejaban llegar a la línea de fondo a centrar. Es que era una cosa asombrosa” (Emilio Butragueño). Más aún, se trataba de una sensación de otredad, de desplazamiento, de estar jugando, de alguna forma, a deportes distintos:

Vamos a ver, tú, es que estos, cuando digo que cambiaron el fútbol, lo que provocaron es que la manera de pensar de aquel que tuviera la pelota tenía que ser diferente. Es decir, esto es como si nosotros estamos en una tierra, y tú tienes la información sobre lo que hay en esa tierra, y ahí sabes los animales que hay, el peligro que corres, dónde estás seguro, dónde no estás seguro. De repente, te levantas una mañana y esa tierra ha cambiado, y entonces te enfrentas a algo desconocido. Y a partir de ahí tú empiezas con la información que te va llegando a comportarte de una manera concreta para sobrevivir. Pues esto es igual, teníamos unos rivales que actuaban de una manera, y tú tenías en la cabeza la manera de combatirlos, y una idea de juego, y una idea de cómo asociarte con tus compañeros para ganar. Y de repente llegan estos, con otro planteamiento totalmente diferente, y ante ese planteamiento tienes que improvisar, y mientras improvisas, estudias, tal, pasan dos años. Pasan dos años. Esa es la historia. (Emilio Butragueño)

El Milán de Sacchi producía el efecto de estar frente a lo desconocido, a la radical novedad que obliga a replantearse todos los esquemas utilizados hasta ese momento para interpretar la realidad. El Milán convertía en obsoletos todos los esquemas cognitivos, todos los conocimientos y todas las herramientas existentes y que eran decantación de años de práctica frente a la defensa individual, para la que estaban perfectamente adaptados. Se trataba de una vivencia, de una representación, de “una

puesta en escena que tenía muy poco que con lo que estaba acostumbrado” (Miguel Pardeza).

Puesta en escena es un concepto espacial, es decir, era el espacio del fútbol el que había cambiado, la reducción de espacios hacía que los movimientos, los desplazamientos de balón, los desmarques, el aspecto general del juego cambiase, desde la metáfora topográfica de Butragueño, el mapa no coincidía con el territorio, estabas con un mapa de un país distinto, por lo que no era reconocible para quién tenía unos mapas visuales y cognitivos distintos, como si no se tratase de fútbol.

Y de todas las novedades, sin duda la más impactante para Butragueño había sido el hecho de ver a los defensas despreocuparse del balón y atender únicamente a los movimientos de Baresi, replicándolos. Confiar en el compañero en lugar de en la información que se recibe directamente por los sentidos era completamente contraintuitivo. La confianza debe ser máxima para poner la responsabilidad propia en manos de otra persona cuando uno tiene los recursos para evaluar por sí mismo la acción más correcta. En un fútbol de duelos individuales, en el que hemos visto que los jugadores guardaban celosamente la autonomía sobre el cómo, nada podía resultar más chocante que unos jugadores que renunciaban a esa autonomía, y además parecían confiar de tal modo en el plan, que aquello no les suponía ningún temor. La ausencia de temor indicaba confianza en Baresi, confianza en el plan del entrenador, y en la capacidad del equipo para ejecutarlo correctamente. El freno para el uso de la defensa en línea siempre fue la creencia en su imposible aplicación efectiva, con todos los jugadores coordinados, y ese es el obstáculo que el Milán parecía haber salvado. Para lograrlo, era inevitable pensar en la cantidad de trabajo que podía conllevar en el entrenamiento, una cantidad casi inconcebible para los jugadores acostumbrados al modelo de entrenamiento que vimos en el primer capítulo, centrado en la preparación física y sin apenas táctica. El resultado de todo ese trabajo táctico, de todo ese entrenamiento, era que el equipo actuaba de forma armónica, “como si fuera un ente” (Alberto Giráldez).

4.2.4. La lucha por la hegemonía

El discurso del buen juego, las ideas tácticas de Cruyff y la zona de Sacchi constituyeron en esos años un totum revolutum que daría lugar a un discurso homogéneo, que ocultaba posibles incoherencias, y que buscaba sustituir al hegemónico. Es por ello que la aparición de la zona debe ser estudiada en este contexto, puesto que sin este es imposible entender los debates que suscitó.

Es que lo que tú llamas zona yo lo llevo unido a otras historias, que es: zona, posesión, ser protagonista del partido, querer atacar, fútbol ofensivo. O sea, todo ese paquete más o menos viene junto. Si ya le metes el apellido Sacchi, también presión. (Paco González)

Como vemos, el discurso del buen fútbol sostenía fundamentalmente que el fútbol era ante todo juego y espectáculo, lo que exigía la libertad de los jugadores para disfrutar del juego y la generación de una experiencia estética para los aficionados, convertidos en espectadores. Las ideas de Cruyff incidían en esta línea, añadiendo esa preeminencia de la inteligencia sobre la fuerza y esa valentía para tomar riesgos y mantener un modelo pese a los fracasos. Por su parte, Sacchi aportaba la confianza en un acercamiento abstracto, racional al fútbol que se entendía como una oportunidad de modernización, de alejamiento de la masculinidad tradicional imperante. Es decir, se trataba de convertir al fútbol en un fenómeno estético y racional.

Ese discurso del buen fútbol no era puramente abstracto, contenía instrucciones y principios concretos que hemos ido viendo: defensa en zona, búsqueda de la posesión, jugadores de talento, vocación ofensiva... Si esa forma de jugar al fútbol hubiese sido manifiestamente superior a la que ponía en práctica el fútbol español hasta ese momento, lo lógico es que hubiese sido aceptada sin problemas, más aún si el modelo estaba dando la hegemonía del fútbol nacional al F.C. Barcelona. Sin embargo, una parte de la comunidad de entrenadores, liderados por Javier Clemente, se va a oponer con virulencia a estas ideas, partiendo de la negación de su premisa fundamental: no solo esa no era la mejor forma de jugar, sino que los supuestos principios del fútbol en los que se basaba no eran tales, puesto que no venían de la experiencia práctica. El buen fútbol eran un montón de teorías vacías y alguien como Jorge Valdano era “un milongas, que todo era mentira, que era un vendedor de humo, que el filósofo” (Carlos Martínez).

Esa resistencia frente a un modelo aparentemente ganador solo puede entenderse si aceptamos que el debate no era estrictamente futbolístico, técnico-táctico, sino que afectaba a esferas más amplias, como eran los valores de la comunidad futbolística y la identidad y el estatus de sus miembros. Y es que el discurso renovador posaba dos amenazas: por un lado pretendía sustituir la preeminencia de la competición por la del espectáculo; por el otro, promocionaba una comprensión racional, abstracta del fútbol, por encima de la aprehensión directa y sensible a través de la práctica.

En el primer caso, el problema de fondo con el buen juego no era si realmente producía mejores resultados, sino que incluía de forma implícita una visión ética y estética, porque los nuevos entrenadores como Jorge Valdano, Pacho Maturana o Johan Cruyff “vestían todo bajo el argumento principal de que no solo importa ganar sino cómo se gana, y jugando de esta manera se gana más” (Paco González).

La clave es que aunque aparentemente el desarrollo teórico renovador era puramente instrumental, pues al final *de esta manera se gana más*, lo cierto es que incluía una cláusula ética previa, por la cual importa no solo ganar, sino *cómo se gana*. Ese *cómo* es la clave de bóveda de la construcción teórica porque remite a una exigencia ética. Si siempre gana quien juega mejor, jugar bien es una necesidad evidente, y declarar que se aspira a jugar bien para ganar es una obviedad vacía, pues todos lo hacen. Declarar que importa cómo se gana implica cortocircuitar la relación entre buen juego y victoria. Implica admitir que jugar bien no siempre lleva a la victoria, y que por tanto hay varios caminos para ganar pero solo uno de ellos es éticamente correcto. Ese camino correcto coincide con el planteamiento técnicamente óptimo previamente identificado, y no seguirlo manifiesta una voluntad de desviarse del buen camino para buscar atajos o trampas que lleven a la victoria. De alguna forma, se está negando el derecho a disentir de su análisis teórico y haciendo un juicio de intenciones: quienes no juegan siguiendo sus principios saben que obran mal, pero perseveran porque priorizan el resultado material, la victoria, al comportamiento ético.

Yo tengo una teoría que es si quieres demasiado radical, en el mundo del fútbol hay un montón de gente que estimaba, pues lo que te decía del discurso, que el fútbol era ellos, que ellos sí que sabían de fútbol, y en

realidad no sabían nada, lo único de lo que sabían es de ganar o de perder, entonces, no había principios, si no había resultados. (Carlos Martínez)

Por eso se mezcla continuamente en los discursos el juicio técnico con el ético. No tener principios futbolísticos evidencia únicamente que el fútbol español era oportunista, validaba cualquier planteamiento siempre que llevase a la victoria. Pero Martínez considera ese relativismo como una forma de ventajismo que permite juzgar las ideas a posteriori sin atender a su valía intrínseca. Sin embargo, si como decíamos el fútbol es una competición, lo más lógico es juzgar las ideas en función del resultado. Y si en su búsqueda de resultados se cambia de principios, no se está haciendo más que seguir la lógica de la competición. La condena viene porque los principios futbolísticos son también principios éticos, o más bien porque mantener los principios futbolísticos es una demanda ética. Por lo tanto, esos principios deben mantenerse aunque supongan la derrota:

La historia es vieja: el Valladolid tenía problemas y su entrenador peligraba. Maturana podía estar lleno de dudas, pero sus conceptos no se negocian. Le tocó perder, que en esta profesión es morir un poco, y lo hace, como advirtió, sin traicionarse. Mientras él mantenga su lealtad, yo no tengo ningún inconveniente en renovar mi admiración. (Valdano, 2002, p.214)

Si un entrenador admite haber traicionado sus principios para asegurar un resultado, entonces puede ser censurado éticamente. Pero si un entrenador afirma que su único principio es hacer todo lo necesario para ganar, porque ganar es lo único que importa y no el cómo, entonces es imposible que traicione sus principios por un planteamiento táctico. En su caso, jugar bien será hacer lo necesario para ganar. Ese es el punto de vista del colectivo representado por Clemente, que no podían ver cuál era el pecado en replegarse y defender un resultado. La auténtica divergencia entre ambos grupos son por tanto los principios universales que consideran que rigen el fútbol y que determinan lo que cada uno de ellos considera jugar bien. La mera existencia de un debate sobre cuáles son estos principios indica que no son universales, visto que están envueltos en polémica permanente. Y lo están porque de manera sutil se produce siempre un desplazamiento desde lo que son principios descriptivos hacia principios normativos, de lo que es a lo que debe ser. Y los principios normativos no pueden ser

neutros, sino que siempre expresan una opinión, y por tanto una postura ética y estética.

De manera breve, los principios de Valdano y Cappa les llevaban a considerar como más eficiente el juego ofensivo y la creatividad y talento de los jugadores, mientras que a Clemente le indicaban que la forma de jugar dependería del partido, y que bien podía ser el toque o el pelotazo, dependiendo de lo que se necesitase para ganar – generalmente el pelotazo. Ambos, en la cadena lógica de argumentación que va desde situaciones simples como el del ejemplo de Cappa hasta la complejidad de un estilo de juego, comenzaban a divergir en sus respuestas hasta llegar a concepciones opuestas sobre lo que era jugar bien. Y divergían en sus respuestas porque a medida que aumenta la complejidad se hace más imposible determinar objetivamente la respuesta correcta, hasta tener un sistema tan complejo, el enfrentamiento de once contra once, que solo soporta las opiniones.

Así, en algún momento se abandona el terreno de la descripción para entrar en el de la opinión. No hay justificación científica del juego de ataque combinado como no la hay del de contraataque, tan solo hay opiniones. En último término, cada individuo desarrolla unos principios universales supuestamente objetivos que no hacen sino blindar su opinión con una argumentación aparentemente científica. No existen pues principios universales del juego, o los que existen no pueden por sí mismos decirnos cómo debemos jugar. En consecuencia, las distintas formas de jugar no son sino opiniones, gustos, que al mismo tiempo refuerzan el universo ético y estético del individuo en el plano superior.

Por tanto, cuando uno afirma la necesidad de jugar bien al fútbol, está cumplimentando la definición de *bien* con sus principios, y desde estos principios está emitiendo un juicio ético que excluye simbólicamente otras formas de entender el fútbol. De hecho, el vocablo *bien* incorpora en su definición el debate ético y el técnico: según la RAE significa tanto *según es debido* como *de manera adecuada para algún fin*, es decir, adecuación a un mandato moral o solución técnica a un problema. Al aplicarse sobre el vocablo *fútbol*, refiere inmediatamente a una delimitación, a una división entre lo que es (buen) fútbol y lo que no es (buen) fútbol. Es decir, que el

debate sobre la definición del buen fútbol es un debate sobre la definición del fútbol a secas. Para el que enuncia, fútbol y buen fútbol son sinónimos e intercambiables, porque lo que queda fuera de ellos no es (buen) fútbol.

Jugar bien al fútbol no se trataba por tanto de una manera de jugar *mejor* al fútbol, sino de jugar *diferente*, de un cambio del lenguaje y de los principios éticos y estéticos asociados al fútbol y por ello era percibido por un colectivo importante como una amenaza a su propia identidad y a sus privilegios. De ahí que la lucha discursiva sea también lucha por la posición en el campo, sobre el acceso de los individuos a puestos de poder y de prestigio y en general a su estatus:

...el discurso original de esto es lo nuestro, esto es nuestro, que es el discurso de la vieja guardia, esto es nuestro y estos son unos indocumentados vendefantas que han venido aquí. (Carlos Martínez)

En este contexto, la posición de Johan Cruyff es al mismo tiempo paradójica y determinante. Es paradójica porque es un defensor del conocimiento práctico del fútbol que sin embargo sostiene que ese conocimiento indica que la mejor estrategia es jugar bien al fútbol. Cruyff tenía el respeto de todos como uno de los mejores futbolistas de todos los tiempos. Al mismo tiempo, llegó a ejercer sin carnet de entrenador, pues consideraba su conocimiento del juego tan práctico, tan innato, tan intuitivo, y sobre todo tan demostrado en el campo, que ni siquiera consideraba que tuviese que demostrarlo con un examen. Era por tanto un defensor de que la legitimidad venía directamente de sus cualidades futbolísticas. Tampoco su discurso era especialmente elaborado o retórico (amén de sus dificultades con el idioma), por lo que difícilmente podía ser catalogado como poeta o filósofo, como en el caso de Valdano. Y sin embargo, defendía el buen fútbol y encima lo hacía con títulos, con evidencias prácticas de su efectividad.

Y decíamos que también fue decisiva porque fue su peso específico y su éxito el que hizo posible la reflexión sobre el juego y la noción de que se puede tener un estilo, una opinión que defender, permitió al fútbol “tener una mente más abierta” e insufló “una corriente de aire fresco” (Alberto Giráldez).

La posición de Arrigo Sacchi no podría haber sido más opuesta. Él va a protagonizar el debate sobre la zona en España, y de manera más importante, el debate sobre el lugar del conocimiento intelectual, de la reflexión, en el fútbol. Un debate que va a reproducir tensiones similares a las observadas en el caso del buen fútbol. Y es que lo que aquí se ventila no es, de nuevo, una manera más eficiente de ganar, sino el origen del conocimiento futbolístico y sus representantes legítimos. Y ello porque la superioridad táctica del Milán era tan impactante, que la primera reacción era entender que sus victorias se debían a que disponían de “una idea mucho más poderosa” (Miguel Pardeza).

Surgía entonces el debate sobre la responsabilidad de las victorias y el reparto de méritos entre entrenador y futbolistas. ¿Era el Milán el equipo de Sacchi o el equipo de los tres holandeses, Gullit, Van Basten y Rijkaard? ¿La zona presionante de Sacchi suponía una ruptura en la evolución táctica, una novedad radical? ¿Todo el mundo podía aspirar a jugar como ellos? ¿Qué valores llevaba asociada y qué consecuencias tenía para el fútbol? Y es entonces frente a quienes como Butragueño se sentían en territorio inexplorado, surgen voces que cuestionan o modulan el peso de la disposición táctica del Milán sobre el resultado final:

Ya bueno, es que el fútbol yo creo que lo admite todo. El fútbol, como te comento, se pueden hacer tantas cosas, y lo bueno es que seas capaz de combatir lo que te pongan y tú pues sorprenderlos con tus armas. Entonces bueno, que el Milán le metiera cinco al Madrid fue por cómo, lo que tú dices, mucho se destacó el tema del achique de espacios, pero quizás si no le hubiera hecho el achique de espacios también le hubiera metido cinco.

(José Manuel Barla)

La disposición táctica del Milán aparecía en un primer momento como superior al resto. Esa superioridad implicaba que el fútbol mejora mediante innovaciones, y que esas innovaciones convierten en obsoletas las disposiciones tácticas a las que superan. Por lo tanto, deben ser abandonadas y todos los equipos deben adoptar la innovación. Por el contrario, al afirmar que el fútbol admite todo lo que se afirma es que no existen tácticas superiores las unas a las otras, sino que todas son herramientas a disposición de los equipos que tienen ventajas e inconvenientes y que en cada momento habrá

una que sea más adecuada. A cada táctica le corresponderá un antídoto táctico, y por tanto la lucha táctica existirá, pero consistirá en ir variando en función del rival y del momento hasta lograr una victoria que siempre será parcial, no definitiva. Una vez igualadas todas las tácticas, se neutraliza el carácter de cambio de paradigma de la obra de Sacchi:

... es que ese día al Milán le salió todo y el Madrid se vio sorprendido por la forma de jugar del Milán que bueno, pues... Pero ¿eso pasa?, pues pasa, que antes lo debían de tener previsto porque el partido anterior aquí fue ya un empate a uno, le anularon un gol al Milán que posiblemente era legal, que podía haber ganado el Milán ya aquí, y ya habían jugado aquí también bastante al fuera de juego, o sea que no era una novedad, y el entrenador del Madrid tenía que saber, entonces era muy fácil ver partidos en Eurovisión de unos y otros, el Milán era un equipo conocido, no era como en los años cincuenta, que te tocaba uno que no sabías ni quiénes eran los futbolistas. Bueno, pues le salió bien, y en cambio al otro le salió mal.

(Bernardo Salazar)

Al calificar la táctica del Milán como jugar al fuera de juego, se reintroduce en la tradición futbolística, perdiendo el carácter de ruptura, y al mismo tiempo se reapropia, pierde el carácter de otredad para formar parte de lo conocido, por oposición a esa experiencia de Butragueño de encontrarse en un nuevo mundo. En lugar de situar al Milán en un eje diacrónico, de evolución o revolución, lo sitúa en un eje sincrónico, equiparándolo al resto de equipos del momento. Así, el entrenador del Real Madrid no supo contraponer una táctica a un planteamiento ya conocido, el del fuera de juego. Además, se refuerza el carácter circunstancial del resultado: en otras circunstancias, con otros detalles, el resultado habría sido distinto, y por tanto el 5-0 no evidencia una diferencia estructural, ese jugar a otra cosa, sino un accidente contingente, un mal día no generalizable.

Normalizar el dispositivo táctico es indispensable para recomponer la jerarquía tradicional entre entrenador y jugadores, y volver a situar a estos últimos como factores más determinantes del juego. Para ello, el dispositivo táctico pasa de ser una imposición, una especie de formateo de los jugadores para convertirse en una

adaptación y un aprovechamiento de las condiciones de éstos. Así, en el mejor de los casos Sacchi habría diseñado una táctica adecuada a los jugadores de los que disponía, que eran los que la hacían posible, sin los cuales “no puedes hacer ese tipo de juego” (Bernardo Salazar). Y dentro de este grupo de jugadores, es muy significativo el rol otorgado a Baresi. Podría ser que sin él, sin su rol como director de línea, la defensa de Sacchi hubiese sido impracticable, hasta el punto de que “más que el Milán de Sacchi era el Milán de Baresi” (Mikel Etxarri).

Como vemos, todo ese debate giraba en torno a la figura de Sacchi, y no por casualidad Etxarri se revolvía ante la idea de nombrar a un equipo por su entrenador, el Milán de Sacchi. Quizás la polémica en torno a él hubiese sido menor si no hubiese sido por su propia figura. Y es que Arrigo Sacchi era sin duda el opuesto de la idea del entrenador como se entendía en España: primero, tenía un discurso articulado y unas formas corteses con la prensa desconocidas aquí –“tu coges a Sacchi en esa época y lo pones al lado del entrenador medio español y no pega ni en la foto” (Carlos Martínez). Segundo, basaba su autoridad sobre el juego en una idea, una teoría sobre cómo el fútbol debía jugarse. Tercero, y quizás lo más importante, era un desconocido que no atesoraba el mayor capital que por entonces se asociaba a un entrenador: la experiencia como jugador. Sacchi apenas había jugado en el equipo de su pueblo, y debía considerársele como un auténtico outsider del fútbol. Este hecho reforzaba la segunda característica: no solo tenía una idea, sino que esta parecía haberla generado desde fuera del fútbol, como mero observador, y por tanto era fruto únicamente del análisis racional, objetivo del juego.

Para los renovadores, eso solo podía ser positivo, pues “solo desde fuera del fútbol se podía hacer una evolución como la que hizo” (Carlos Martínez). Ese perfil personal tan heterodoxo habría logrado, además, una revolución futbolística que era, ante todo, intelectual. Se trataba de un trabajo de reflexión y racionalización de constantes y principios del juego que permitía un desarrollo armónico que no surgía de la experiencia ni de la improvisación, sino del trabajo intelectual. La teoría se imponía sobre la práctica, devaluando los valores de la intuición y la experiencia, hasta el punto de que el fútbol ya no sería de los futbolistas sino de los entrenadores, que “desde el banquillo podían hacer milagros” (Carlos Martínez).

El entrenador alcanzaba así un nuevo protagonismo. Ya habían existido previamente entrenadores estrella, conocidos por su capacidad para revolucionar equipos o llevarles al éxito, pero su rol estaba inevitablemente unido, en el imaginario popular, a sus cualidades como motivadores o como preparadores físicos. Sacchi es “el que empieza a cambiar el fútbol moderno, y a cambiar un poco la relevancia de la figura del entrenador (...) el que reivindica o el que enaltece la figura del entrenador como un estratega” (Miguel Pardeza).

Su visión iba incluso más allá, pues Sacchi pretendía controlar de tal modo el juego que su objetivo último, su utopía, era “jugar sin portero” (Emilio Butragueño). Aspiraba en definitiva a determinar externamente el desarrollo de los partidos en su totalidad, pues llegado un momento, una ejecución perfecta de un planteamiento teórico llevaría a un desarrollo mecánico del juego, de causa-consecuencia, previsto por él, inalterable por cualesquiera circunstancias, incluidos los jugadores. Sería como si el fútbol fuese un acertijo, y él lo hubiese resuelto, haciendo innecesario seguir jugándolo: ya se conocía la forma perfecta de hacerlo. El evidente punto de megalomanía totalitaria o de cándido idealismo que refleja la anécdota no debe ocultar que Sacchi estuvo cercano a lograr su objetivo, si atendemos a las palabras previas de Butragueño cuando decía que *el portero podía haber sido mi hija*. Es natural que un fenómeno así provocase una mezcla de hilaridad y de animadversión llevada por el pánico. Sacchi proponía una inversión de los valores, la definitiva sustitución del jugador por el entrenador.

El carácter obsesivo, iluminado de Sacchi era sin embargo imprescindible para lograr ese movimiento coordinado, ese actuar como un solo cuerpo que había hecho especial al Milán. Ese comportamiento era el fruto de un entrenamiento sistemático, repetitivo, constante, con un punto también aquí fanático en el sentido religioso. Cuando Iñaki Sáez visitó Milanello le pareció que entrenaban “como si fuera misa” y para Butragueño el final del ciclo tuvo que ver con esa extrema exigencia del método, “una obsesión” frente a la que se rebelaron los jugadores una vez alcanzada la gloria. Quizás la frase más conocida sobre este aspecto evangelizador de Sacchi fue la que se le atribuye a Van Basten, hastiado de sus ejercicios tácticos en los entrenamientos: “tú no quieres vencer, quieres convencer” (Wilson, 2008).

Y Sacchi convenció. Para aquellos que siguieron su evangelio, el Milán no era solo un equipo ganador, avasallador, sino un equipo con toda una serie de valores encomiables. La solidaridad y el compromiso no eran valores nuevos, pero sí lo era su fusión con la inteligencia, lo que generaba un fútbol “más virtuoso, digamos, más elegante, más noble, más solidario, en el que se reparten mejor las responsabilidades” (Alfredo Relaño). Ese mejor reparto de las responsabilidades tiene una esfera ética y otra técnica. Por un lado, el Milán pedía de todos los jugadores que participasen de la fase defensiva, y a todos les otorgaba tareas específicas y obligatorias, lo que redundaba en un reparto más equitativo de las cargas entre defensas y delanteros. Pero por el otro lado, el diseño táctico limitaba esos esfuerzos, los repartía de una forma más equilibrada evitando, por ejemplo, ese enorme desgaste físico que implicaba el Fútbol Total. Ese reparto medido favorecía esa sensación de armonía del conjunto, de virtud como contención y equilibrio, que daba el Milán. Frente a la fogosidad explosiva de Holanda, el Milán aparecía como una verdadera “máquina” (Miguel Pardeza) en el sentido de regularidad, de predictibilidad. Los adjetivos recogidos para describir su juego así lo atestiguan: verle era “bonito” (José Antonio Martín, *Petón*), practicaba un fútbol “virtuoso” y “elegante” (Alfredo Relaño), su funcionamiento táctico era “sutil” (Carlos Martínez) y el trabajo de Sacchi “exquisito” (José Antonio Martín, *Petón*). Ninguna palabra con resonancias emocionales, ausencia total de épica y de esos valores militares, masculinos, tan queridos por el fútbol español. Precisamente por eso, Sacchi ofrecía una salida viable a aquellos que desde España querían modernizar su fútbol, hasta el punto de convertirse “en una especie de fetiche” (Carlos Martínez).

Es decir, en un ejemplo o ídolo que podía exhibirse y al que se podía recurrir en cualquier discusión o polémica para demostrar la validez de una racionalización del juego, de un abandono del fútbol de “anuncio de coñac y puros”. Es en el contexto de la guerra cultural que comienza a librarse que la figura de Sacchi revela toda su trascendencia. Su éxito coincide con el apostolado de Valdano sobre la zona, y con la irrupción de Cruyff en el fútbol español. De hecho, Julio César Iglesias titula su columna, tras la primera Copa de Europa, *¡Viva Sacchi!* (Iglesias, 1989), y atacará expresamente a quienes pretenden negar la novedad de su táctica:

Los inquisidores están aislando a toda prisa en sus memorias de escayola un pretexto para seguir pontificando que *en fútbol* está *todo inventado*. Dirán que cierto equipo ya practicaba el achique de espacios en Pernambuco allá por los años cuarenta (...) pero se equivocarán de nuevo. Como toda biografía revolucionaria, *Sacchi* es la historia de un atrevimiento.

Igualmente, Valdano mostrará su entusiasmo por su obra y la ligará directamente al ideario de Menotti:

Cuando Arrigo Sacchi forzó el candado italiano para abrir la puerta al espectáculo y al triunfo, el aficionado descubrió un nuevo tipo de belleza: la que produce un equipo que no tiene el balón. La sinfonía del Milán, agresiva y armoniosa, trataba al rival con letra de tango: “Como juega el gato maula el mísero ratón”. (...) Además de Arrigo Sacchi los profetas mayores de esta propuesta son el portugués Arthur Jorge, el colombiano Pacho Maturana y el argentino César Luis Menotti. Con actitudes más o menos ofensivas, todos coinciden en el fanático respeto de la filosofía zonal. Todos ellos son inteligentes, lo que ayuda a la reflexión, y en todos hay también un punto de soberbia que garantiza la lealtad tanto como la obcecación. Hacen bien, porque han dignificado al futbolista, al relegar la primaria idea muscular que se tenía del fútbol. (Jorge Valdano, 2002, p. 143)

Vemos en estas palabras una serie de rasgos familiares. Los defensores de la zona son “profetas”, es decir, que tienen para Valdano una concepción cuasi religiosa de la zona como una fe que debe ser extendida; y que esa fe no solo no es compartida por la comunidad, sino rechazada y atacada, que el defensor de la zona se encuentra, de alguna manera, como los primeros cristianos, evangelizando un territorio hostil. La segunda idea es que estos profetas tienen, como todos los profetas, confianza ciega en la fe revelada y en su condición de tales, lo que les lleva a mostrar cierta soberbia en sus actitudes, como pretender jugar sin portero. La tercera, que la zona es, de por sí, un sistema más bello e inteligente, o más bello por inteligente, que la defensa individual. Y cuarta, que la mayor inteligencia del dispositivo se extiende al jugador, autorizado para pensar, y que por tanto tiene un carácter liberador y éticamente benéfico.

Existía sin embargo una omisión que tornaba en cierto modo el argumento en falacia: el Milán no era un equipo ofensivo en el sentido tradicional, menottista del término, sino más bien conservador, de contraataque. De hecho, en el contexto de la nuestra podría considerarse casi herético afirmar que Sacchi había creado un nuevo tipo de belleza, la del equipo sin balón. Esa admiración por el funcionamiento armónico como un solo hombre del equipo era compartida por muchos, como hemos ido viendo, pero no era generalizada. Lo cierto es que la propuesta milanista podía interpretarse de forma contraria, como una táctica negativa que solo pretendía negar al rival, sin arriesgar ofensivamente ni implicarse creativamente:

Que para muchos perjudicó al fútbol, ¿por qué? Porque esto es lo que de alguna manera obligó, para empezar a pensar más rápido, pero claro esto contrarrestaba al rival, la brillantez del rival, en lugar de decir, oye vamos a ser mejores que ellos jugando al fútbol, no, voy a anular sus virtudes, y a partir de ahí con las mías voy a ganar. Basado todo en una estructura defensiva muy sólida para no permitir al otro que llegase a la portería.

(Emilio Butragueño)

Priorizar la anulación del adversario en lugar de las virtudes propias ha sido siempre, de alguna forma, el credo de los entrenadores y equipos conservadores, los mismos criticados por Menotti y Valdano. El choque estético que producía el Milán ocultó temporalmente esa realidad para la mayoría de observadores. No fue quizás hasta que el Milán comenzó a ser imitado por sus competidores para intentar alcanzarle que las consecuencias dañinas de la propuesta de Sacchi no fueron evidentes:

Yo me acuerdo un partido que fue la apoteosis de eso, que no me gustó nada, aunque a mí gustaba mucho el Milán de Sacchi, pero cuando se enfrentó a lo mismo... Un partido frente al Olympique de Marsella (...) La verdad es que las dos líneas defensivas casi eran tangentes con el círculo central, te digo exagerándote muy poco, y en ese ancho del terreno, en esa poca porción de terreno se jugaba todo, entonces todo ahí era un galimatías y en cuanto salía el balón era fuera de juego. Fue un partido rolo. (Alfredo Relaño)

Ese potencial negativo de la zona, el hecho de que la zona no fuese necesariamente ofensiva ni hermosa, quedó oculto en la recepción que se hizo de Sacchi. Por el contrario, el discurso de la defensa zonal como un nuevo modelo de fútbol, inteligente, ofensivo y colectivo, se fue conformando hasta estar completamente asumido por la opinión pública, que lo tomó como un todo coherente e indivisible.

Frente a esa bandera de la belleza estética y de la comprensión racional del juego, los conservadores defendían la lucha agonística y la comprensión práctica e intuitiva. Los renovadores creían que los conservadores criticaban a Valdano y compañía por ignorancia, porque “les estaban hablando de violines cuando ellos solo tenían trombones, o le daban al tambor” (Paco González). Y para los conservadores esos violines les sonaban desafinados, porque no consideraban que se pudiese obtener auténtico conocimiento de una reflexión teórica, pues entendían que la expresión práctica del fútbol es intraducible al lenguaje, es ante todo sensaciones y expresiones automatizadas, un lenguaje corporal. De ahí que acusasen a los renovadores de filósofos o poetas únicamente por tener “la mala costumbre de poner sujeto, verbo y predicado” (Ángel Cappa).

Esta es sin embargo la expresión idealizada de un enfrentamiento, en el que como resultado del mismo las posiciones se polarizan y estereotipan. Lo cierto es que es imposible jugar al fútbol sin terminar generando una serie de conceptos para explicarlo. Del mismo modo, el fútbol español tenía un funcionamiento táctico, una idea de juego, aunque se vistiese bajo una forma de enfrentamiento pasional. Por eso, frente a la claridad de las oposiciones que surgen del discurso se esconde una segunda complejidad. Cuando desde la corriente renovadora se pidió a los profesionales que explicasen el juego, se encontraron que estos sí sostenían la práctica sobre un discurso:

Ahora bien, casi siempre que hacíamos esas cosas nos encontrábamos con que nuestra tesis era la correcta, que es que no se habla de romper piernas en los vestuarios, que es lo que el discurso antiguo pretendía imponer, sino que se hablaba del juego. Y era terriblemente enriquecedor, o sea éramos nosotros los que defendíamos más que los propios profesionales del juego que tenían muchas cosas que compartir en positivo. (Carlos Martínez)

Este extracto refleja las contradicciones profundas de ambos bandos. Por un lado, los renovadores sostenían que no había discurso en el fútbol español más allá del *patapún parriba*, pero resulta que sí lo había. En ese caso, el fútbol español no era ese búnker atávico alérgico a la reflexión intelectual, sino que simplemente tenía, como hemos ido viendo, otra forma de entender el fútbol.

En el lado opuesto, los conservadores se declaraban contrarios a la reflexión intelectual y la ridiculizaban, cuando en realidad de puertas adentro la practicaban diariamente y estaba institucionalizada como parte de su práctica. Su discurso público sobre la testiculina no era más que una fachada que encubriría su verdadera práctica.

Pero no se trata únicamente de malos entendidos o estrategias para imponer las ideas propias. Creemos que, por un lado, la irrupción de la corriente renovadora provocó una toma de conciencia entre los profesionales de su propia construcción teórica, de que sus conceptos futbolísticos eran un saber complejo y valioso. Al mismo tiempo, el enfrentamiento obligó a los actores a posicionarse en uno u otro bando, y los bandos a su vez se vieron obligados a radicalizar sus posiciones y a tratar de desacreditar las de sus contrarios. De nuevo es importante recordar que antes del advenimiento del nuevo lenguaje, Clemente no era el representante de un ala conservadora del fútbol – que por otra parte no existía– sino que era considerado como un estudioso y conocedor del fútbol, es decir, que parte de su capital simbólico provenía de su reconocido capital intelectual.

Todos estos matices saltaron por la borda durante la guerra cultural que se generó. Esa guerra tomó la forma de un enfrentamiento entre entrenadores, como Valdano y Clemente, pero también un enfrentamiento entre grupos de comunicación, fundamentalmente el Grupo Prisa y la Cadena COPE. Los periodistas entrevistados son conscientes de su función como transformadores del discurso, de su papel activo en la lucha, hasta el punto de afirmar que “esa etapa es bonita mirada con el tiempo porque ahí sí que hay una pelea muy directa en los medios” (Carlos Martínez).

En ese debate, los conservadores adoptaron una posición defensiva porque los renovadores lograron imponer una idea clave, como era que su propuesta trataba de modernizar el fútbol, hacerle evolucionar. Aceptado ese presupuesto, la postura

renovadora se identifica con el progreso, que en el contexto español de la época es una idea especialmente poderosa si tenemos en cuenta que era la idea fuerza de un momento histórico marcado por la voluntad de dejar atrás la dictadura y progresar hasta equipararse a las democracias avanzadas de occidente. El cambio en el discurso futbolístico es parte del cambio social, da “una sensación de modernidad, de pasar de eso que es medio atrabiliario, con una perspectiva de evolución de algo más presentable” (Carlos Martínez). Esos nuevos valores no podían sino constituir un cambio positivo para el conjunto del fútbol profesional amenazado de quiebra. Aquello que los conservadores no entendían es que “eso iba a ser bueno para la salud del fútbol” (Paco González).

Es decir, que la espectacularización era una estrategia de salida de la crisis que debía ser compartida por todos los actores del fútbol, desde el momento en que debían estar unidos en la lucha por su supervivencia. La expresión *bueno para el fútbol* implica por tanto el paso de una lógica del enfrentamiento a una lógica de la cooperación, el reconocimiento de unos intereses comunes de todos los clubes y todos los profesionales que están por encima de intereses particulares. Y el principal interés de todos ellos era recuperar el interés del público, que para los renovadores se alejaba del fútbol porque rechazaban su retórica “ya estaba inquietando y hartando a la gente” (Alfredo Relaño).

Es decir, que la llegada de un nuevo lenguaje no solo era atractivo por lo que generaba de enriquecimiento futbolístico, sino sobre todo porque marcaba una ruptura simbólica con un pasado que se quería dejar atrás para construir un fútbol “más elaborado y sofisticado y menos macho y brutal” (Alfredo Relaño). Entendido así, ese momento histórico constituye en realidad la Transición, en el sentido sociopolítico, del fútbol español.

4.2.5. La zona en el debate

Hemos visto que la recepción de la zona de Sacchi se llevó a cabo dentro del debate sobre el buen fútbol que se desarrollaba en España. Se trata ahora de ver, en el contexto de esa lucha, cómo la zona llegó realmente a imponerse en los equipos

españoles. Para alguien cuya trayectoria estuvo tan marcado por Sacchi como Emilio Butragueño, el efecto de sus victorias fue inmediato, y “a partir de ahí todo el mundo empezó a jugar en zona aquí en España” (Emilio Butragueño). La historia, sin embargo, parece haber sido más complicada. El propio Butragueño considera que él mismo no jugó en zona hasta la llegada de Benito Floro en la temporada 1992/93, cuatro años después de la primera eliminación europea.

El impacto del Milán de Sacchi fue tan grande, que en buena lógica se debería haber esperado un efecto imitación inmediato. Sus máximos rivales en la competición europea opusieron un funcionamiento táctico simétrico en los años inmediatamente posteriores. Por el contrario, parece que el fútbol español no comprendió inmediatamente las consecuencias de la propuesta milanista, que simplemente “no lo cogieron” (Miguel Ángel García). Parece que ni Real Madrid ni Barcelona copiaron el funcionamiento defensivo italiano inmediatamente. Tampoco lo hizo ningún equipo español, al menos que pudiese quedar en la memoria de los entrevistados o en las crónicas periodísticas. No hubo, por tanto, imitación inmediata.

Y sin embargo Butragueño no es el único para el que hay una disonancia entre lo que es el recuerdo espontáneo de un proceso relativamente rápido y la experiencia propia de unos remanentes de defensas individuales que se extienden mucho más en el tiempo. Alfonso Cortijo cree recordar que la zona empezó en el año 1989 o 1990, y de hacer zona en el Cádiz con Ildo Maneiro a pesar de tener de titular a Carmelo, el mariscal de la bahía. Posteriormente afirma que con Bilardo en Sevilla en la temporada 92/93 marcaba al hombre, “pero a donde iba” para terminar diciendo “pero yo creo que lo quitó, lo quitó y se metió en zona”. Se observa cómo la zona es vista desde el presente como algo tan natural y consustancial al fútbol, que se tiene la sensación de una implementación inmediata, que incluso hace extraño al entrevistado pensar que en la temporada 92/93 Bilardo pudiese mantener los marcajes individuales. Son los recuerdos directos de los entrenamientos los que le sacan de dudas, pero no eliminan la extrañeza que le lleva a pensar que seguramente *la quitaría*.

En la misma línea, se ha recogido la idea de que el Milán de Sacchi impactó profundamente a los entrenadores, “, y no solo eso, sino que muchos de ellos viajaron

a Milán a estudiar sus métodos. Y sin embargo, no hemos encontrado reconocimiento de esa influencia salvo en Iñaki Sáez, que efectivamente fue a Italia, y en Víctor Muñoz, reconocido defensor de sus ideas.

Contrastan estos ejemplos con el caso de Xavi Aguado, que jugó zona en el Sabadell en la temporada 88/89 siguiendo el ejemplo del Barça de Venables y la retomó poco después en Zaragoza con Víctor Fernández, o el de Alberto Giráldez, que desde que trabajó con Valdano en la temporada 91/92 entró “en un flujo de táctica zonal” y nunca volvió a ver marcajes individuales.

Estos testimonios comienzan a situar la aplicación efectiva de la zona en los primeros años noventa, terminado el momento de gloria del Milán de Sacchi, pero sobre todo que no fue un proceso rápido ni generalizado, sino irregular y dependiente de los equipos y las trayectorias, por lo que los entrevistados, a falta de un hito histórico al que referirse, no son capaces de datar el momento, porque “no te das mucha cuenta” (Sergio Corino) y nadie se atrevería a “decir el 16 de Julio...” (Javier Irureta).

Esa percepción generalizada entre técnicos y futbolistas contrasta con esa impresión de momento revolucionario que pervive en la memoria de los periodistas, y es también contradictoria con otra concepción arraigada de forma generalizada entre la comunidad profesional, y es que “aquel Milán ganó un poco la mirada de los entrenadores” (Miguel Pardeza) y que la defensa en zona “se puso de moda con el Milán de Sacchi” (Mikel Etxarri).

Es decir, que hubo un momento en el que la zona protagonizaba los debates y atraía a los entrenadores, en parte por la atención mediática que se le reservaba desde la prensa renovadora, que aparecía en ese momento como firmes defensores de la zona y la entendían como un recurso irrenunciable y como una muestra de modernidad, de aceptación de los nuevos tiempos. No jugar en zona era considerado incomprensible, casi herético, y muestra de una mentalidad retrógrada incapaz de adaptarse a los tiempos, una rémora del pasado. Una presión que se hacía notar entre los entrenadores, que veían como la prensa decía que “jugar al hombre era anticuado” (Víctor Muñoz), o “una vergüenza” (José Antonio Martín, *Petón*).

Esa presión, junto con el puro convencimiento de una parte de la comunidad de entrenadores, iba haciendo mella, y “el marcaje al hombre fue perdiendo con el devenir de los años, y los mismos entrenadores, yo creo que potencia. Y es verdad, pudo ser además hasta mal visto, como poco progresista, un tanto conservador” (Javier Irureta). La zona aparecía como el futuro del fútbol, y por tanto era inútil resistirse al progreso, más aún cuando parecía que todos los grandes equipos la practicaban, y “cada vez que veíamos un partido de televisión, estaban los cuatro ahí firmemente coaccionados a que jugaran de esa manera” hasta el punto de rendirse y aceptar “que teníamos que estar como los demás. Y que era una época más moderno, y que teníamos que incluirnos en ella” (Félix Bardera, *Felines*).

Todo ello hacía que, por encima de sus posibles ventajas, la zona recibiese la resistencia de aquellos que no querían sucumbir a las modas, sino adoptar la táctica más adecuada para sus jugadores, como Vicente Miera, que se pregunta sobre quienes la aplicaban: “¿están capacitados los jugadores para hacer eso? ¿Lo has entrenado suficiente o es porque está de moda?”. Definir la zona como moda implica afirmar que se trata un proceso de emulación que no está basado en certezas, sino en seguir una tendencia solo porque los demás lo están haciendo, en un comportamiento de rebaño. Implica también que hasta cierto punto esa moda tiene limitaciones o defectos que quedan ocultos por la imagen externa del fenómeno. La zona se habría puesto de moda y los entrenadores la habrían aplicado únicamente por la presión externa para mantener una imagen de modernidad.

Por eso muchos entrenadores, especialmente los que atesoraban más años en la profesión, ignoraron o rechazaron la idea, “murieron con sus ideas” de un fútbol “muy de marca, y muy físicos, y muy poco llamativos para el espectador en la cuestión de ver algo hermoso” (Alberto Giráldez). Se trataba de muchos años practicando y defendiendo la defensa individual como la más eficiente, y esa defensa además estaba asociada a sus propios valores e identidades. Para algunos entrenadores que acumulaban ya en ese momento una larga trayectoria, que *tenían los cojones pelados de estar en los banquillos*, la zona no solo amenazaba sus conocimientos tácticos sino que ponían en duda sus convicciones éticas: lo que era importante, lo que había que

hacer para ganar, la definición misma de fútbol. De ellos solo podía esperarse una abierta resistencia al cambio.

Para otros se trataba simplemente de que si bien la zona no cuestionaba sus principios e identidad, no por ello era necesariamente virtuosa como solución táctica, y sobre todo, como hemos visto al hablar de modelos y modas, no tenía por qué ser el sistema más adecuado para los equipos que entrenaban y los perfiles de los jugadores. Porque la zona suponía un gesto, la supresión del líbero, que mientras abría unos caminos cerraba otros. Para los equipos que disponían de un líbero, la zona suponía perder un recurso táctico muy valioso: el hombre capaz de ir al corte, de anticiparse, y después sacar el balón jugado. Una pieza crítica, extremadamente valiosa, quedaba fuera. Al mismo tiempo, como hemos visto, el líbero destacaba en su visión del juego y salida del balón, pero solía flaquear en las tareas de marcación. El puesto de líbero, en el que esos jugadores se habían construido, potenciaba sus virtudes y escondía sus limitaciones, como expresa Vicente Miera al hablar de uno de sus equipos: “jugábamos un poco más con libre porque él jugaba bien, sacaba la pelota y tal, pero era un hombre que en movimientos cortos tenía problemas”.

Se trataba por tanto de implantar la zona en equipos con líberos y marcadores. Unos líberos con menos disciplina en la marca y unos centrales que no estaban acostumbrados a tener que elegir entre varias opciones de marca y menos aún en sacar el balón jugado. En ese contexto surge una alternativa que permite introducir una marcación zonal en la defensa y al mismo tiempo mantener la figura del líbero: el 1-5-3-2. Bilardo la consideraba invento suyo en el Mundial de 1986, y el importador de la táctica en España fue John Benjamin Toshack, que la instituyó con éxito al llegar a la Real Sociedad en la temporada 85/86 y posteriormente en el Real Madrid a partir de la 89/90.

En el 1-5-3-2 se recurre por un lado a dos centrales, que se dividen el espacio zonalmente. Puede realizar una marcación individual, zonal o mixta, es decir, pueden marcar siempre al mismo delantero, hacerlo al que penetre en su zona o comenzar en zona y seguir en defensa individual hasta el final de la jugada. Por otro lado, se mantiene la figura del líbero. Como en principio el equipo tiene superioridad numérica,

el líbero puede situarse por detrás de los centrales o aprovechar esta superioridad para situarse por delante, ocupándose de cerrar espacios en el medio campo y actuar de alguna forma como pivote defensivo. Igualmente, al disponer de cinco efectivos, los laterales aumentaban su perfil ofensivo –se les denominaba carrileros– y debían incorporarse al ataque habitualmente para generar superioridades numéricas. En ese momento, la línea defensiva basculaba para tapar el hueco en lo que era prácticamente una línea de cuatro.

¿Era el 1-5-3-2 una defensa zonal? Hemos visto que para Butragueño y Aguado el criterio con el que se realizaban los marcajes era casi zonal, pero la persistencia del líbero hacía que definitivamente no se pudiese considerar una defensa zonal. Los centrales, sin embargo, se intercambiaban las marcas y mantenían referencias espaciales. Se trataba de un híbrido perfecto entre defensa individual y zonal que permitía aprovechar las virtudes de los jugadores, especialmente si se disponía de defensas con perfiles marcados, como Javier Irureta, que en “el Racing en Primera tenía dos centrales fuertes y un libre, y entonces jugábamos con tres y dos carrileros”.

Por ello, muchos de los entrevistados recuerdan un momento de sus carreras en el que jugaron con línea de cinco: los mencionados Butragueño y Aguado, Cortijo en el Sevilla, Pablo Díaz en el Sporting, Irureta lo utilizó en el Racing, Mikel Etxarri en el Éibar... de hecho, Pablo Díaz considera que su éxito se debió a “que se puso de moda”.

El 1-5-3-2 ha quedado olvidado en la historia del fútbol como un tipo de excentricidad, pero en un momento histórico parecía que iba a convertirse en el sistema de referencia, sobre todo tras el éxito de Toshack en España y de Bilardo en México 86. Tras ser utilizado por los cuatro semifinalistas del Mundial de Italia 90, Irureta escribió un análisis táctico del campeonato en *El entrenador español* en el que lo denominaba el “sistema de referencia” (1990:28) y opinaba esto sobre su futuro: “¿Tiene futuro este sistema? Yo entiendo que sí lo va a tener, y será espectacular si hay calidad en los hombres creativos y atacantes, y atrayente para el espectador como ocurrió esta temporada con el Real Madrid” (Irureta 1990:30).

El caso de Irureta nos muestra una vez más cómo el relato histórico hegemónico moldea las memorias individuales. Al hablar de los sistemas que había utilizado, en dos

ocasiones manifiesta que él siempre ha jugado en zona. Sin embargo, a la época del Racing con defensa de cinco añade posteriormente la del Oviedo. En la carrera de Irureta los años del Oviedo y el Racing son consecutivos, y van desde la temporada 89/90 a la 93/94, precisamente los años de la transición a la zona y también de la popularidad de la defensa de cinco. Sin embargo, esta defensa ha quedado de alguna forma orillada por la zona, y se tiende a olvidar en los recuerdos espontáneos, de la misma forma que Cortijo olvidaba que Bilardo aún practicaba la defensa individual.

Cuando al cabo de los años los entrenadores fueron abandonando el 1-5-3-2, para volver a la línea de cuatro, la defensa zonal en línea ya se había experimentado y consolidado en otros equipos y por otros entrenadores, y sobre todo se tenía “la ventaja de que los jugadores que ya venían del fútbol base ya lo tenían poco a poco dominado” (Xavi Aguado).

Junto con la defensa de cinco, otro camino intermedio entre la defensa en zona de Sacchi y la defensa individual era la zona sudamericana. En una entrevista en 1992, Camacho respondía así al periodista que señalaba que frente a la modernidad de la zona él representaba “el clasicismo de la defensa al hombre”:

Eso es equivocado. En el Madrid [de Floro] la gente también marca. Y el Rayo también juega en zona, pero marcando. Jugamos con dos marcadores, como el 80% de los equipos, incluso el Barcelona. Lo que pasa es que dentro de la zona hay que apretar. No vale decir yo cubro estos diez metros y el resto del campo no existe. Mi equipo lo que no hace es la línea.
(Miguélez, 1992)

Lo cual supone una perfecta definición de las dos ideas que convivían en ese momento sobre la zona: por un lado, reparto zonal de los marcajes, y por el otro, defensa sobre el balón y las líneas de pase, lo que Camacho caracteriza como hacer la línea y, peyorativamente, como no marcar a nadie. Existían, por tanto, dos zonas conviviendo en aquella época: la zona sudamericana, que para los jugadores no suponía más que una vuelta a los relevos sucesivos de la WM, ante la ausencia de líbero, pero mantenía el marcaje individual en la zona, y la zona de Sacchi, que suponía abandonar la idea del marcaje para adoptar la basculación y la presión. Una solución de compromiso, o

transicional, sería por tanto abandonar la figura del líbero, pero mantener la idea de marcaje. Aunque el entrenador consideraría que estaba realizando una defensa en zona, vemos que un periodista comprometido con la revolución zonal ni por un momento compraría la idea.

Pero además eran tiempos contradictorios, en los que la marcación no era un recuerdo del pasado, ya casi olvidado, como es hoy en día, sino una práctica reciente y fácilmente recuperable, incluso por los personajes más inesperados. La siguiente anécdota refiere perfectamente el ambiente de transición de aquellos años, en las que las fronteras aún no estaban fijadas:

Jorge Valdano me acuerdo de un año en el que se ganó 2-0 Tenerife al Barcelona, te lo cuento como anécdota. Acaba el partido y Guardiola como jugador, que tenía ya una buena relación con Jorge, se nos acercó al vestuario y le dijo “Jorge ¿cómo me pones un marcaje al hombre, tú que eres zona? ¿Cómo me haces eso?” y le dice “yo soy un entrenador y tengo que sacar ventaja, la culpa es tuya que no sabes cómo salir de un marcaje individual”. Y entonces le explicó cómo había que hacer, que en realidad no es correr, sino que hay que pararse, situarse en una zona donde menos, digo cuando tienes la pelota, Guardiola tenía que haberse colocado en un espacio en el que sus compañeros pudieran actuar y él no, y él arrancar en vez de estar trotando todo el rato (Alberto Giráldez)

La anécdota tiene varias lecturas. La primera es que existe una diferencia entre los debates teóricos y la toma de decisiones en la práctica, pues Valdano decidió sacrificar sus creencias, incluyendo la dignidad del hombre destinado a marcar a Guardiola (Dertycia) en favor de un resultado positivo. La segunda es que incluso para Valdano había ocasiones en las que la defensa individual podía ser más eficiente que la zonal, lo que pone en duda la superioridad absoluta de la zona. La tercera es que Valdano, a pesar de su oposición a la defensa individual, estaba aún familiarizado con ella de forma que podía encargarla a un jugador, que a su vez sabría ejecutarla. La cuarta es que ya en ese momento Guardiola podía exponer una crítica moral, no táctica, al marcaje, lo que habla de cuánto había cuajado la prédica del propio Valdano. La quinta, que al contrario que Valdano, Guardiola, por su juventud y el juego del Barça,

no tenía las herramientas para zafarse de una defensa individual: las nuevas generaciones iban perdiendo los conocimientos de las anteriores ante su falta de uso.

En cualquier caso, vemos que el colectivo de entrenadores establecidos no eran los más entusiastas defensores de la zona, y en muchos casos tampoco los más preparados, como el propio *Felines*, que admite que su introducción se hizo “con muchos defectos (...) porque no estábamos preparados ni los entrenadores ni los futbolistas”.

Parece claro por ello que no eran los más adecuados para llevar a cabo la tarea, una tarea que si bien podía parecer innecesaria a los técnicos, se convirtió en urgente para muchos directivos que en plena explosión mediática y económica querían imitar el fútbol espectacular de Cruyff como una forma de “ganar, jugar bien y ganar adeptos” (Carlos Martínez). Es en ese momento en el que surgen dos colectivos dispuestos a asumir el riesgo: los entrenadores extranjeros y los jóvenes entrenadores españoles.

En el caso de los extranjeros, a partir de 1986 se va a producir una explosión. En la temporada 1986/87 habrá 10, en la siguiente 12, y en la temporada 1988/89 se alcanzará el récord absoluto con 18 extranjeros entrenando en una sola temporada. En los diez años que van de la temporada 1986/87 a la 1996/97 60 entrenadores nacidos fuera de España trabajarán como primeros técnicos en la primera división. De entre ellos van a destacar algunos que llegaron con el propósito declarado de sus jefes de modernizar y embellecer el fútbol nacional, como los holandeses, el alemán Jupp Heynckes y el mismísimo Pacho Maturana.

Quizás el mayor éxito de aquella ola fue el Valencia de Guus Hiddink. El holandés llegó en la temporada 1991/92 y permaneció tres años, terminando el Valencia cuarto en los dos primeros años, y séptimo el último, en el que fue cesado en Noviembre tras ser eliminado en Copa de la UEFA y vuelto a contratar en Marzo. Para Fernando Giner, la llegada de Hiddink marcó un antes y un después. Hiddink transformó los entrenamientos, la concepción táctica del equipo y la forma de entender el fútbol. Por supuesto, introdujo la defensa en zona, pero ese cambio era parte de uno superior.

En primer lugar, introdujo el balón en todos los entrenamientos, todos los días. La parte física se integró con la técnica y la táctica. Eso hacía que se dedicase mucho más tiempo a practicar cómo se quería jugar. Y ese fue otro cambio, se pasó a querer jugar de una manera, es decir, a definir los movimientos colectivos en cada momento del partido: cuando había que ir a la presión, cómo hacerla, cuando no... Los jugadores aprendieron a desenvolverse bajo distintos sistemas tácticos que podían variar durante el partido en función de las circunstancias, y en cada uno de esos sistemas tenían una serie de procesos, de secuencias, que llevaban a cabo de forma coordinada. Esa coordinación era muy importante porque eliminaba la improvisación y el individualismo, incluso el bien entendido: los esfuerzos individuales excesivos, fruto del compromiso o la voluntad, eran sustituidos por movimientos coordinados.

Finalmente, Hiddink tenía una idea ofensiva del fútbol, como representante de la escuela holandesa, pero que no era una simple voluntad de atacar, sino que estaba inserta en el funcionamiento táctico. El ataque también podía planificarse para generar sorpresas, ventajas y superioridades numéricas de forma estratégica y estructural, no fruto de la inspiración. Y además de todo eso, el reconocimiento de la hinchada de “que el mejor fútbol que se ha hecho fue la época de Hiddink” (Fernando Giner).

Pero Hiddink no tuvo un periplo exento de problemas. Cuando en su tercera temporada Hiddink, tras ser líder de la liga, fue eliminado en UEFA, el director deportivo Pasarín y el responsable de la formación Real emitieron un informe solicitando su destitución porque “la mayoría de los jugadores están con exceso de peso, señal clara de falta de trabajo físico. El fútbol actual requiere otro tipo de trabajo en el que existen mayores exigencias físicas...” (Blay, 1993).

Los técnicos españoles sospechaban que aquellos entrenamientos divertidos y sin aparente sufrimiento no podían ser adecuados para un equipo profesional. Y su caso no fue el único, ni el del único holandés. También Bert Jacobs, llegado al Sporting, entonces un equipo de media tabla, para implantar el modelo holandés sufrió la crítica de los preparadores físicos. Pablo Díaz, igual que Giner, recuerda con agradecimiento la irrupción del balón en los entrenamientos, “un cambio muy grande, grande y agradecido, porque un futbolista correr sin balón a correr con balón hay una gran

diferencia”, y recuerda el cambio en el concepto del fútbol, “de la seguridad defensiva a coger un entrenador y decir que en el momento que robes es tocar, y tocar el balón, y llegar arriba, y me acuerdo que estábamos encantados”.

Pero a pesar de los jugadores tenían confianza y tenían la percepción de estar jugando bien, los resultados no acompañaron, dejando a Díaz en la duda sobre el motivo, si fue el físico o la falta de adaptación del equipo a las nuevas ideas. Quién sí tenía claro los motivos del fracaso era, precisamente, el preparador físico del Sporting, que manifestó públicamente su opinión cuando Jacobs ya había sido cesado. Una opinión que incluía la noción de que integrar el trabajo físico con lo técnico y lo táctico eran *pamplinas*:

Ya no sirven pamplinas como sucedía cuando estaba Jacobs, ahora hay que cumplir las órdenes del entrenador y el cuerpo técnico y dejar a un lado la costumbre de usar la ley del mínimo esfuerzo. Los jugadores carecen de resistencia específica y fuerza. Esto ocurre porque con el anterior técnico no se trabajaron estos aspectos y ahora salen las consecuencias. (Allongo, 1993)

También la llegada de Jupp Heynckes supuso un cambio en el juego tradicional del Athletic de Bilbao. Su cantero llevaba años, en parte gracias al trabajo de Iñaki Sáez, buscando modernizar su fútbol –“teníamos siempre la sensación de que éramos un equipo que jugábamos mucho el pase largo” (Iñaki Sáez)– y los métodos de entrenamiento con viajes a Milanello o a visitar el fútbol argentino. Ahora, con Heynckes, se vivieron unos años en los que “se pretendía dominar más el juego, ser más poseedor del balón (...) y bueno, pues, en momentos a parte de la casta, pues el hecho de llevar el peso de los partidos también funcionaba” (Sergio Corino).

En este grupo de extranjeros defensores de la zona también hay que hacer mención a Pacho Maturana. Para muchos de los entrevistados, Maturana era una figura tan eminente en lo que respecta a la zona como pudiera serlo Sacchi. De hecho, en aquellos años tenía una reputación similar de revolucionario, de ser “el maestro de todos, el que lo lleva al cientifismo” (José Antonio Martín, *Petón*). De hecho, el Maturana del Valladolid generaba los mismos problemas que el Milán al Real Madrid de la Quinta: “defensa presionante, siempre en zona, aquel que recibe de espaldas,

inmediatamente no le dejamos darse la vuelta” (Emilio Butragueño). Y es que Maturana fue el primero en la liga española en plantear una zona presionante con la referencia espacial y del balón, haciendo recurso a la noción de lado fuerte y lado débil.

Pero eso sí lo hacía muy bien por ejemplo Maturana, la pelota caía en la derecha y te dabas cuenta que tenías al lateral, al medio centro, al otro interior que te venía e incluso un delantero. Con lo cual muchas veces, cuando venías a recibir, hacían una especie de celada y te la quitaban con bastante facilidad. Ellos te comprimían. De lo que se trataba con la zona sencillamente en ese momento era de reducir todo el espacio posible. Con la referencia del balón, si la pelota estaba aquí se basculaba todo aquí y te comprimía, era, no sé cómo explicarte, era como, te hacían así y te hacían así [señala con las manos dos líneas, primero una vertical y luego otra horizontal, señalando la compresión del espacio]. Te metían en una especie de red de araña y era difícil salir (Miguel Pardeza)

Al igual que Sacchi, Maturana también era conocido por las técnicas que utilizaba para lograr que sus equipos se comportasen como un solo hombre. La más famosa de ellas, la de atar a los jugadores con cuerdas elásticas entre ellos, para que se acostumbrasen a las distancias que debían mantener entre ellos y a moverse acompasadamente. Aunque Maturana tenía una mayor voluntad ofensiva que Sacchi, ese tipo de entrenamientos tácticos eran igualmente novedosos y marcaban también la voluntad de programar al equipo, de automatizar una serie de movimientos complejos que, como hemos visto, eran desconocidos antes de eso.

Maturana llegó en la temporada 90/91 al Valladolid, donde estaría una temporada y media, y tendría otro periplo español en el Atlético de Madrid de Jesús Gil en la temporada 94/95, donde como era habitual en esos tiempos no terminó su primera temporada. Su experiencia no puede considerarse exitosa en cuanto a resultados, pero sí fue apoyado por la prensa e insertado en esa voluntad de transformar el discurso futbolístico. Hemos visto como Paco González le situaba en el mismo grupo que a Menotti y a Valdano, y que el propio Valdano en su faceta de comentarista se preocupó de elogiarle y de situarle entre los profetas de la zona.

En general, vemos que aunque no podemos afirmar que todos los entrenadores extranjeros vinieron con la idea de introducir la zona y modernizar el discurso, quienes sí lo hicieron tuvieron un fuerte impacto y contribuyeron, con la ayuda de los medios, a afianzar ese nuevo discurso naciente en el cual la voluntad ofensiva de Cruyff se daba la mano con el funcionamiento colectivo de la zona para generar esa idea del fútbol como espectáculo y como ciencia.

Junto con la llegada de los entrenadores extranjeros, se fue produciendo un natural relevo generacional. Los jóvenes entrenadores españoles eran mucho más partidarios de la zona que los más veteranos. Entre los jóvenes, surgen además fenómenos como el de Sacchi: entrenadores sin experiencia previa como futbolistas de alto nivel. Víctor Fernández, Benito Floro, Fernando Vázquez o Juanma Lillo son, precisamente, los máximos defensores de las ideas del italiano y específicamente de la zona. Esta nueva generación fue de alguna forma causa de la introducción de la zona y al mismo tiempo efecto del cambio en el discurso hegemónico. Fue el contexto generado por la Quinta, Cruyff y el periodismo renovador el que les permitió tener la oportunidad de entrenar en el máximo nivel a jóvenes desconocidos provenientes de categorías humildes del fútbol español e imponer sus ideas radicalmente nuevas, algo que “nadie se lo hubiera permitido cinco años atrás” (Carlos Martínez).

Entrenadores desconocidos en el máximo nivel, pero que sin embargo eran figuras clave en el fútbol modesto, como Benito Floro “que era, podíamos decir, era un referente en la Comunidad Valenciana. Cómo él entrenaba” (José Francisco Molina). Y es que mientras que hemos visto la resistencia de los entrenadores de máximo nivel a introducir la zona en sus equipos, lo contrario sucedía en los niveles inferiores del fútbol español, donde “muchísima gente (...) jugaba diez metros a la derecha de la línea del centro, diez metros a la izquierda, se jugaba en una franja de 20-25 metros” (Antonio Rubinos Pérez). Un recuerdo que coincide con el de jugadores que se hicieron profesionales a comienzos de la década, como Pablo Díaz o José Francisco Molina, que recuerdan haber jugado una zona moderna con línea en las categorías inferiores. Parece por tanto que donde se estaba viviendo la irrupción de Sacchi como una revolución era entre los entrenadores de las categorías inferiores, de las escuelas de fútbol, de los equipos modestos y amateurs.

Y es que de ese fútbol modesto salieron Fernando Vázquez, entrenador en Segunda B hasta que dio el salto a primera con el Compostela, el propio Floro, que tras trabajar en muchos clubes modestos de la Comunidad Valenciana llevó al Albacete de Segunda B a Primera División, y Juanma Lillo, que hizo lo propio con el Salamanca. No fue fácil sin embargo para estos entrenadores hacerse un hueco, y recibieron las mismas suspicacias que Sacchi. El hecho de no haber sido jugadores de élite fue siempre un hándicap para ellos contra el que tuvieron que luchar. Para quienes defienden la filosofía de una mayor conciencia táctica y colectiva que llegó con la zona, “esta gente que no habían sido jugadores de alto nivel, pues les costó más, pero al fin y al cabo, el fútbol siempre hay hueco para los buenos, y ellos eran buenos y tenían que entrar sí o sí” (Xavi Aguado). Es decir, que haber sido jugador de élite proporciona una serie de contactos y una notoriedad que facilita la inserción laboral como entrenador. Para llegar a entrenador de élite sin haber sido jugador había que hacerse un hueco en un mercado extremadamente competitivo y cerrado, en el que no primaban necesariamente las capacidades profesionales. Pero en Aguado hay una defensa de la meritocracia en un contexto profesional que no se fundamenta exclusiva o principalmente del talento.

Para sus críticos, no se trataba tanto del talento para entrenar como del origen y la forma de sus ideas. En la comprensión hegemónica del fútbol hasta ese momento se consideraba, como hemos ido viendo, que el conocimiento futbolístico provenía de la práctica, y en concreto de la práctica como futbolista. Esto no significaba que cuanto mejor futbolista se hubiese sido, mejor entrenador, pero sí que esa comprensión directa, intuitiva del juego que era necesaria para dirigir a un equipo solo podía obtenerse en el campo. El ejemplo de Sacchi suponía reconocer la posibilidad de que un análisis externo y formal, deductivo y no inductivo, pudiese ser tan eficiente como el tradicional, y en consecuencia situaba al entrenador en una dimensión distinta al jugador. Hasta entonces el entrenador tenía el mismo conocimiento que el futbolista pero ampliado, refinado por la experiencia. Con Sacchi, el conocimiento del entrenador aparece como distinto, de diferente origen al del jugador. Y de imponer ese conocimiento sobre el del jugador, especialmente a la hora de jugar, de “hacer una organización y coger a los jugadores que le sirvan a la organización “ (Miguel Pardeza)

en lugar de adaptarse a los jugadores. Es ese origen distinto el que permite a gente sin experiencia como futbolistas reclamar su adecuación para la profesión de entrenador, una legitimidad que debe ser defendida y que no está asegurada, como explicitan estas palabras de Fernando Vázquez al hablar de las críticas recibidas en una entrevista:

¿Qué entrenador no ha descendido a un equipo? ¿Y yo, por hacerlo una vez, soy una mierda? No hay derecho que ésa sea la percepción que se tiene de mí. Lo que pasa es que yo no soy nadie. Soy Fernando Vázquez, vengo de una aldea... (Sanz, 2002)

A pesar de lo cual esa generación se caracterizó por la radicalidad con la que defendieron sus ideas, eran “gente que irrumpió con fuerza, gente joven que no habían sido futbolistas, y ya se les notaba que creían mucho en esta forma de entender el juego y sobre todo de defender” (Xavi Aguado), hasta el punto de creer poder imponer sus ideas en cualquier contexto, como Víctor Muñoz, que recuerda que siguiendo su compromiso con las ideas de Sacchi, creía que “era el rey del mambo, la defensa la ponía en medio campo” hasta que en Primera División descubrió que bastaba con que la línea fallase una vez para recibir un gol en contra, y debió modular su agresividad, diseñar “dónde hay que hacer la línea, dónde hay que arriesgar”. Había por supuesto límites a la zona, pero vemos que aquella primera generación estaba dispuesta a llevar sus ideas al extremo en un primer momento, actuaban como convencidos apóstoles de la buena nueva.

La razón de su apostolado es que concebían la zona no solo como un dispositivo táctico revolucionario, sino sobre todo como una cuestión ética y estética. Para algunos la defensa individual no solo era ineficiente, sino opresora y conculcadora de derechos, no podían “concebir que un futbolista pueda incluso aceptar que le sometan a... [realizar un marcaje individual]. Hacen una cuestión de principios, de fundamentos futbolísticos” (José Antonio Martín, *Petón*). Se trataba para ellos, como para Valdano, de una cuestión ética, de la dignidad del futbolista, y por tanto no era negociable. La zona no entraba dentro del catálogo de herramientas tácticas que podían seleccionarse en función de la plantilla o de los rivales, sino que era el fundamento de todo el funcionamiento del equipo precisamente porque era la manera de asegurar la

libertad y dignidad del futbolista. Por tanto, antes se debía enseñar a un futbolista a jugar en zona, o hacerle jugarla aunque no la dominase, que utilizar una defensa individual, con la que el futbolista estuviese más a gusto, pero que sin él saberlo estuviese socavando sus derechos. Preguntado por la zona, Carlos Martínez responde con el que es probablemente el aforismo más famoso de Lillo, “cuando dijo aquello de que para jugar en zona había que vivir en zona” (Carlos Martínez).

Pero aún siendo una misma generación, poseían perfiles distintos. Mientras que Juanma Lillo se situaba “más hacia el lado de Maturana, menos Sacchi” (José Antonio Martín, *Petón*), es decir, más preocupado por la libertad y la voluntad ofensiva siguiendo la estela de Valdano, otros como Benito Floro se situaban más cerca de Sacchi y priorizaban la automatización de movimientos, con lo que ello conlleva de repeticiones en los entrenamientos. Floro tenía un planteamiento muy estricto y obsesivo en los entrenamientos, “le gustaba todo trabajarlo mucho” (Pablo Díaz). Esa tensión entre quienes primaban el ataque y quienes primaban el orden quedaba oculta bajo el apoyo de la prensa renovadora, que no hacía distinciones, y que elogió igualmente a unos y a otros.

Tenemos por tanto un proceso de implantación continuado pero irregular en los primeros años 90. Entrenadores al final de sus carreras que negaban la novedad, otros más jóvenes que intentaban negociar y retardar su implantación, y una nueva generación, apoyada por los medios y por entrenadores extranjeros, que propugnaban una aplicación inmediata. En ese contexto cada club siguió su propio camino en función de sus urgencias y sus estructuras. En función de las decisiones de los clubes a la hora de elegir los perfiles de entrenador, convivieron defensas zonales muy radicales con defensas de cinco y defensas individuales. La cuestión ahora es saber cómo era la implantación de una defensa zonal en un equipo, y qué consecuencias tenía para la comunidad profesional de jugadores, entrenadores y preparadores físicos.

4.2.6. La introducción de la zona en los equipos

Hemos hablado previamente de las concepciones tácticas de los entrenadores, de lo que creían era la mejor forma de maximizar el rendimiento del equipo. Sin embargo,

no podemos pensar que los cambios tácticos son únicamente reformulaciones del funcionamiento del equipo en el vacío social, entendiendo al equipo únicamente como sistema autorregulado que busca optimizar su funcionamiento. Los equipos son también comunidades humanas formadas por individuos particulares, insertos en un campo de luchas y portadores de aspiraciones e identidades propias. Los cambios tácticos son también cambios políticos, es decir, modifican las posiciones de los actores en el grupo y su capital económico y simbólico.

Por ejemplo, un central de fuerte componente físico y escasa capacidad técnico-táctica que se ve desplazado de la titularidad por un central más joven y con mayor adecuación a los requerimientos tácticos de su entrenador no pensará simplemente en la mejora que eso produce en el funcionamiento del equipo, sino que se verá afectado personalmente en su carrera profesional, en su status y en su posición laboral en el equipo, en sus prospecciones de futuras renovaciones o mejoras salariales, al mismo tiempo que verá afectada su identidad, fuertemente unida a su rendimiento deportivo. Experimentará una sensación de desclasamiento y falta de autoestima, y una mayor tensión y stress. Es improbable que acepte su degradación pacíficamente por el bien del equipo. Como dice David Vidal, “para meter a un joven, en alta competición, pues hay que sacar igual al veterano, al que es amigo de la prensa, al capitán, al que lleva allí ya 200 partidos, y para eso hay que tener agallas y hay que saber seleccionar bien a los chicos, no te puedes equivocar. Como te equivoques te cepillan” (David Vidal).

Como vemos, lo más probable es que intente modificar su situación recurriendo a su capital simbólico acumulado y a su capital relacional, a sus contactos y conocimiento del medio. Y dependiendo del éxito del equipo y de sus estrategias, puede llegar a amenazar la posición del entrenador, siempre tan vulnerable al resultado inmediato.

Igualmente, los vestuarios tienen su propia cultura interna, con sus normas y valores dominantes que reflejan los intereses de las posiciones dominantes. A principios de los años ochenta, todavía era común el tratamiento diferenciado de los jugadores en función del status adquirido, así como ciertas formas de socialización en el grupo caracterizadas por la jerarquía y la masculinidad:

Yo cuando llegué al Español, veías que todos tenían su taburete, su mesa, sus sillas para sentarse, y a mí me dijeron, “no chico, esto se gana, tú la ropa en la esquinita y luego ya ganarás el asiento”. Y yo me cambiaba en una esquina. (Miguel Ángel)

Pero es que además los jugadores, en función de su capital simbólico, tienen poder para modular las relaciones en el interior del vestuario, y esto se aplica especialmente a los veteranos, aunque cada vez sea menor su capacidad de maniobra. Una capacidad que ha ido descendiendo con el tiempo, pero que hacía que en los años ochenta todavía “mandasen mucho” y fuesen algo “caciques” (David Vidal). Aunque el entrenador es la autoridad máxima, lo cierto es que su poder no es absoluto y no puede ejercerse únicamente de manera autoritaria, porque en realidad debe convivir con esos veteranos y jugadores con un capital simbólico que les permite resistir o confrontar de manera soterrada las decisiones del entrenador, hasta el punto de poder buscar conscientemente su destitución, “de decir, oye, esto se tiene que acabar porque con este nos vamos a la mierda” (Alberto Giráldez).

Por lo tanto, el entrenador necesita ganarse su confianza y su compromiso, pero es una tarea imposible en la que nunca podrá contentar a todos. En último término, la relación de los jugadores es de competición mutua por un puesto, y por tanto a pesar de los discursos, prima el interés individual, por lo que “el jugador de fútbol al final busca su beneficio propio” y si “luego si llega Febrero y no han jugado nada, te van a querer matar todos” (Alberto Giráldez). No es tanto describir a los equipos como grupos en permanente estado de guerra y confrontación, sino explicitar que en su interior hay intereses y posiciones contrapuestas, que no son totalmente integrables por el entrenador, pero que una de sus tareas principales es precisamente gestionar esos conflictos y obtener la confianza del grupo, más allá de derivas autoritarias.

Junto con la gestión del grupo, están también los límites económicos del club y la autonomía real del entrenador para confeccionar la plantilla, mucho más limitada de lo que podría parecer, y que se parece más bien a una acomodación, en la “la plantilla está en un 80% o un 90% está ya condicionada de un año para otro y hay

jugadores que tienen tres años de contrato y tienes que respetarles en muchas cosas” (Javier Irureta). Y eso afecta directamente a decisiones tácticas, como precisamente no poder “jugar en línea, y jugar muy adelantada la línea si tienes gente muy lenta en el centro de la defensa” (Javier Irureta).

La introducción de la zona debe pues enmarcarse en este contexto de lucha, negociación y límites, más aún si tenemos en cuenta que la zona tenía el potencial de modificar las posiciones y status de los jugadores en función de los nuevos requerimientos que implicaba.

Por tanto, dada una situación real y unas plantillas concretas, puede ocurrir que no solo se tengan los jugadores para jugar con defensa individual, sino que además no se tengan los jugadores para una defensa zonal, y el entrenador debe adaptarse a las circunstancias. Y es que los jugadores tienen unos límites en su capacidad de adaptación y transformación, unos límites que se van reduciendo con el tiempo, “jugadores a veces que se encorsetan en un estilo de trabajo determinado, y son muy buenos en eso, y sin embargo cualquier tipo de variación, pues sufren bastante” (Javier Irureta).

Los jugadores sufren cuando se les pide hacer lo contrario de lo que llevan años haciendo, sobre todo porque esa práctica está unida a una serie de convenciones, de comprensiones íntimas sobre el juego en las que han crecido. Es difícil para los jugadores que empiezan su carrera profesional, pero más aún para quienes llevan años al máximo nivel haciendo otra cosa, para veteranos con ese capital simbólico del que hablábamos. Dice Miguel Ángel García que si “a mí con 30 años me viene un entrenador y me dice, “oye, que ahora vamos a jugar en zona, y cada vez que tú veas que hay un balón atrás, un pase atrás, tienes que sacar la línea”, te lo haré la primera vez, la segunda vez me voy para atrás”.

En ese contexto, un cambio como la defensa en zona, que supone cambiar todos esos mecanismos y automatismos desarrollados a lo largo de años de práctica, puede suponer una enorme dificultad. ¿Cómo fue ese proceso de cambio? Las historias recogidas muestran itinerarios distintos. Vemos, por ejemplo, que hubo entrenadores que prefirieron probar con sistemas alternativos, como la defensa de cinco, para evitar

tener que perder al líbero, y al mismo tiempo pedir a ciertos jugadores que hiciesen cosas para las que no estaban preparados en los momentos finales de su carrera. Por lo tanto, muchos jugadores en el declinar de su carrera quizás no llegaron a experimentar la zona, a tener que lidiar con ella. Por ejemplo, Miguel Ángel, cuya última temporada fue la 91/92, jugó en zona con Clemente, pero nunca llegó a practicar la línea ni la basculación. Por ello, una primera impresión es que los más veteranos no se vieron afectados, que simplemente “les dejaron extinguirse sin traumas” (José Antonio Martín, *Petón*).

Además, existían diversos recursos o prácticas que de alguna forma reflejaban el momento de transición y el peso del capital simbólico, el poder de los jugadores en un club y un vestuario. Así, podía darse el caso de que se jugase una zona sobre el papel, pero en el campo un jugador veterano jugase como líbero, o tuviese tendencia a hacerlo:

Sí, él jugaba con la línea, lo que pasa es que allí teníamos un jugador que era Lema, que era veterano así, que también le gustaba tirarse un poquitín atrás. Entonces bueno, ahí también al principio, pues bueno, quizás jugábamos no con un libre descarado, pero si libraba alguien, tu sabes que hay jugadores listos y veteranos y se pueden, pues proteger con que sea el compañero el que marque pues mejor. (José Manuel Barla)

Hay testigos que sí recuerdan casos en los que la zona afectó a las carreras profesionales de algunos futbolistas, que las vieron declinar más rápidamente que si no hubiese habido el cambio. No quizás desclasamientos repentinos, sino una leve pero continuada bajada, porque “si un jugador no sabe decidir, no sabe tomar esas decisiones en el momento justo, poco a poco se ve privado de la titularidad” (Xavi Aguado). Porque independientemente del ritmo del cambio, la dirección estaba clara, y era hacia una mayor conciencia táctica y preparación, sobre todo en la fase defensiva. Los entrenadores cada vez “querían incidir más en el aspecto táctico (...) y los entrenamientos eran más destinados a eso, a fomentar esa coordinación” (Xavi Aguado).

La clave está quizás en la velocidad, o la radicalidad con la que un entrenador pretendiese imponer la zona. Si consentía que el jugador siguiese utilizando la referencia del marcaje, o que se retrasase para librar o cualquier otra estrategia informal de pacto entre futbolistas, puede que ese jugador no tuviese problemas. Si por el contrario, el entrenador tuviese la voluntad de implantar rápidamente una zona en línea, las consecuencias podían ser más dramáticas, como la llegada de un nuevo entrenador en el Éibar que aun habiendo sido los menos goleados de Segunda, “dio la baja a tres de mis defensas titulares” porque no les creía capaces de adaptarse al nuevo funcionamiento táctico (Mikel Etxarri).

Existían opciones intermedias, dependiendo de las posibilidades del equipo. Por ejemplo, fichar a un jugador con la tarea de ayudar, de formar a sus compañeros en la zona, como el caso de Jimmi Hagan, central llegado al Celta con Addison y que “ayudó a otros centrales que había allí” porque les costaba desarrollar ese funcionamiento colectivo y al mismo tiempo la zona les parecía una “modernidad absurda” (Alberto Giráldez). Y es que hay que recordar que los defensas, en ese momento, estaban acostumbrados a la marca. La marca era un referente táctico, pero también emocional e identitario:

Hasta que el cruyffismo llega, muy pre ochenta, defensores eran de talante. Defensivos. No era que ignoraran el ataque, había algún lateral que subía. Pero a la hora de defender, como muchos seres humanos en la vida, necesitamos referencias. Necesitamos alguien en quién cagarnos, alguien para amarnos. Un defensor necesita un enemigo, este va a marcar sobre mi cadáver. Y luego le decimos, pero no es él en concreto, tío. Y se abre un abanico, y le hace la vida complicada, porque ahora ya tengo que pensar. (...) No he conocido un central en mi carrera futbolística, que estuviese cómodo marcando en zona. Nunca, ninguno en mi carrera deportiva. (Michael Robinson)

Si la defensa individual se construía alrededor de esos duelos individuales en los que se desarrollaba una relación íntima con el contrario y donde también era fácil establecer las responsabilidades y evaluar el rendimiento individual, la zona deshace esa relación a través de la cual los marcadores se han definido y han interpretado el mundo, y

además les hace desarrollar una serie nueva de cualidades entre las que destaca la toma de decisiones: observar, analizar, ejecutar. Esa falta de referencia, además, genera una sensación nueva, la angustia generada por la incertidumbre.

Porque el cambio para una persona, como un central, que tiene siempre una referencia, que tener una referencia sí es fácil, en todos los aspectos, porque tú puedes tener una colocación con el equipo pero tienes una referencia, al delantero lo tengo ahí, y yo me voy moviendo en función del equipo, pero le tengo a un metro, metro y medio, siempre puedes rectificar. La zona no, la zona está ahí, tú vas para allá, y a este le olvidas, ya le coge el otro. Esa sensación, lo que él te está explicando, para un central, es muy difícil. (...) Para mí como central me cuesta mucho. Es la verdad.

(Juanma López)

No es solo el tener que pensar o tomar un nuevo protagonismo, sino el perder el control sobre el juego, el tener que de alguna forma aceptar una porción mucho mayor de imprevisibilidad y también de confianza en el otro, que es siempre un acto de fe, porque la rectificación ya no depende de uno mismo, sino que debe delegarse en los demás. Y esos demás se sitúan además a la espalda del central, fuera de su vista. Es la aparición de todo un mundo invisible, a la espalda del defensa, que no controla, el que genera esa sensación de inseguridad. Sobre todo porque por encima de las disposiciones tácticas está la cultura profesional de aquellos defensas, que determinaba que la responsabilidad última siempre era suya, por mucha zona que se utilizase.

Al mismo tiempo, la zona también suponía una oportunidad de mejorar su estatus para los defensas centrales. La división entre líberos y centrales tenía un fundamento técnico, basado en las capacidades y los perfiles de los jugadores, pero también un fundamento cultural, una táctica que se imponía sobre esos mismos perfiles de los jugadores. Podía ocurrir que el equipo sí tuviese dos centrales para jugar en zona, pero que en este caso la táctica no se adaptaba a esas condiciones de los jugadores, sino que por el contrario perpetuaba los roles clásicos. Estaban además las ya referidas tensiones en el vestuario a cuenta del capital simbólico de uno y otro puesto, unas tensiones que “gracias a Dios” (José Manuel Barla) de alguna forma se disolvían con la

nueva disposición, porque se repartían “las cargas esas y los marcajes a los centrales de la misma forma” (Fernando Giner). Por lo tanto, la defensa zonal amenazaba usos, costumbres y valores, pero también ofrecía oportunidades, sobre todo una mayor autonomía, que eran valoradas especialmente por los defensas.

Para poder beneficiarse de las oportunidades, sin embargo, había que ser un jugador *criterioso*, en cuyo caso asumía el cambio de forma natural y positiva o “pun, pun, ejercicio y listo” (Alfonso Cortijo). Era más fácil cuanto “más inteligente y más talentoso” (Ángel Cappa) fuera el jugador, y los jugadores con talento eran más numerosos cuanto más arriba se situaban en el campo. Quizás por eso otro proceso identificado fue la reconversión de centrocampistas en defensas, no como fruto de la edad o la comodidad, sino de la necesidad del equipo de otro perfil en las posiciones defensivas. Específicamente, la noción de que defender “no era solamente el despejar el balón, si no, era el intentar jugar (...) el concepto de juego” (Miguel Ángel Nadal).

Y si a medida que aumentaba el talento aumentaba la facilidad para la transformación, podía darse el caso de que esta llegase a pasar desapercibida. Mientras Xavi Aguado destaca de Víctor Fernández específicamente su trabajo zonal, su carácter de “enamorado” del sistema y su integración en el funcionamiento del equipo como un “fundamento” que impuso de forma “categórica”, para Pardeza la defensa del Zaragoza por parte de delanteros y medios era únicamente repliegue y acumulación, “una estrategia muy ramplona”. Así, para Aguado Víctor Fernández era discípulo directo de Sacchi, y para Pardeza lo era de Cruyff, para uno su equipo defendía científicamente y para el otro se amontonaba y preocupaba solo por atacar. Cada jugador, en función de su propia identidad, destaca unos aspectos u otros de una misma realidad, pero lo cierto es que Pardeza pudo atravesar la transición defensiva sin apenas sobresaltos.

Otra cosa distinta era el ataque. A pesar de su entendimiento instintivo del fútbol Pardeza sí recuerda que la llegada de la zona requirió de una adaptación. Primero, porque el delantero perdía él también su referencia, a través de la que normalmente estructuraba su comportamiento. Y también porque en lugar de encontrarse en lucha de uno contra uno, el delantero recibía esas “celadas” de varios jugadores que eran

desconocidas previamente. Así, los movimientos habituales dejaban de funcionar y las referencias espaciales, como los espacios entre defensores, desaparecían. Como comentaba Butragueño sobre el Milán, el mapa cognitivo ya no describía el territorio, y era necesario desarrollar toda una serie de nuevos movimientos, de nuevas estrategias para resultar eficaz. La adaptación, sin embargo, siguió el mismo mecanismo práctico e intuitivo que los delanteros han desarrollado durante décadas: “¿Cuál eran los trucos? No tengo ni idea. Me imagino que tocar la pelota, no sé. (Miguel Pardeza).

Pero mientras los ya establecidos se veían en un nuevo territorio, y en ocasiones fuera de su hábitat natural, las nuevas generaciones explotaban de manera natural las nuevas posibilidades. Mientras que para Butragueño la línea era un problema, para Raúl era una oportunidad, “moviéndose de posición de fuera de juego a habilitada, de fuera de juego a habilitada” (Juan Antonio Fernández Marín) hasta aprovechar su momento. Esas nuevas generaciones crecían, poco a poco, formados en la zona. Pablo Díaz es un ejemplo de un jugador que fue formado prácticamente en zona y que apenas recuerda jugar con libre, y que además retrasó su posición para ofrecer más recursos al puesto de lateral, a partir del experimento en línea de cinco. Díaz rechaza su propia modernidad, la inscribe en la evolución general del fútbol, de forma que el cambio en los perfiles de los jugadores y en las exigencias tendrían lugar simultáneamente, y sin embargo reconoce que el perfil de los defensas estaba cambiando por la llegada de nuevos jugadores:

Que no es llegar yo y decir ahora jugamos en zona y antes jugábamos al hombre. No me ha tocado a mí sustituir a nadie y cambiar totalmente el estilo, para nada. (...) Pero es que tampoco te puedo decir no es que dos años antes, un año antes, no, porque justo antes de llegar yo en el primer equipo del Sporting había subido Abelardo. Abelardo era un tío que subía con balón, sin balón, que se incorporaba al ataque... me coge a mí todo como muy cambiado, no me coge a mí el fútbol antiguo. No lo he cogido tanto. (Pablo Díaz)

En el caso de los porteros, la afinidad electiva entre zona y jugador sí aparece más clara, como en el caso de José Francisco Molina y su llegada al Albacete en Diciembre por petición expresa de Benito Floro, precisamente porque “yo leía el juego, que yo

leía los desmarques, leía los pases y podía anticipar, sabía dónde iba a ir el balón”. A ello añadía la capacidad de jugar con el pie, “pegarla para arriba” según él y bastante más según los observadores, pero se trataba sobre todo de ejercer la función de líbero desde detrás de la defensa, algo para lo que muy pocos porteros estaban preparados en ese momento.

Sí lo iban estando los nuevos porteros, pero también los nuevos defensas, medios y delanteros. Estos nuevos perfiles van acaparando el mercado laboral, en el caso específico de los defensas, mediante la contratación de esos centrales “más o menos parejos” (José Manuel Barla), ambos capaces de defender y de jugar el balón, de ser agresivos y de leer la jugada. Se produce entonces una cohabitación generacional, y los entrenadores se apoyan en el trabajo de sus compañeros en categorías inferiores para poder ir incorporando el trabajo zonal a sus equipos. En conjunto, fue un proceso complejo del que participaron varias generaciones de técnicos y futbolistas. Para algunos supuso una liberación y una mejora en su estatus, pero para otros supuso una crisis en sus carreras futbolísticas que varió sus trayectorias vitales y transformó sus identidades: de tener unas cualidades perfectamente adaptadas a las exigencias, a ver cómo éstas dejaban de ser necesarias o se convertían en secundarias frente a otras que no dominaban. La capacidad de adaptación fue decisiva en el proceso, pero paradójicamente esta se reducía a medida que aumentaba la experiencia, porque hacía más difícil cambiar hábitos y automatismos que estaban fijados en la memoria corporal de los jugadores. No se produjo sin embargo un proceso de liquidación de los antiguos marcadores, sino que en muchos casos estos tuvieron el suficiente capital simbólico para ralentizar el cambio y adaptarlo a sus necesidades.

Situar el punto de llegada, el momento en el que la zona había suplantado completamente a la defensa individual es complejo, aunque la reconstrucción de los recuerdos de muchos entrevistados tiende a situar ese momento alrededor de ese año 1995 que hemos elegido por su simbolismo. Pero lo importante es que para mediados de la década de los noventa los equipos, en situación de normalidad, jugaban en zona y el líbero era ya una figura del pasado. Para Pablo Díaz, que debutó en Primera en la temporada 1990/91 con 18 años, la defensa individual siempre fue algo lejano, casi desconocido, y que generaba una nostálgica admiración que le hace decir sobre sus

inicios: “Quizás el hecho por lo que comentaba antes, haberme llegado a enfrentar a Carmelo y decir, el último gran líbero del fútbol español (Pablo Díaz). Carmelo, el Mariscal de la Bahía, representaba a un líbero que desde principios de la década aparecía como una figura en extinción, investida de poderes mágicos y digna de reverencia, pero destinada a desaparecer. Por encima del cambio concreto en los equipos, el cambio cultural se estaba completando rápidamente.

4.3. Las consecuencias de la zona para el campo del fútbol profesional

Nos centramos ahora en analizar cómo cambió el fútbol español a raíz de la introducción de la zona. Tras una primera descripción de lo que nuestros entrevistados entienden por defender en zona, pasamos a detallar los cambios acaecidos. En primer lugar, cambios en el entrenamiento, con la integración del trabajo táctico junto con el técnico y el físico, y el nuevo protagonismo del balón. En segundo lugar, cambios en el rol del entrenador, con un rol decisivo en el funcionamiento táctico colectivo y con nuevas funciones, de formación y educación del jugador y de gestión del creciente equipo de entrenamiento. Finalmente, cambios en las competencias requeridas a los jugadores profesionales, y por ende cambios en los perfiles y en los estatus y capitales de estos.

4.3.1. La zona en funcionamiento

Hemos visto como la defensa en zona se fue imponiendo progresivamente a través de los años noventa hasta generalizarse en todos los equipos y convertirse en el canon defensivo. Pero, ¿cómo definían los participantes esa defensa en zona? Muchos de los rasgos han ido apareciendo en la descripción del propio proceso, pero es importante sintetizar y ordenar esa información.

En primer lugar, de forma similar a las definiciones de la zona en la literatura técnica, la zona es definida fundamentalmente como una defensa basada en el espacio, por oposición a la defensa individual, que se fundamentaba en el individuo. Esta definición implica que el equipo organiza el espacio, y a partir de esa organización distribuye a los jugadores. Es lo que se conoce como la *ocupación racional de los espacios*. Cada

jugador recibirá un espacio de similares proporciones para actuar, más grande o más pequeño según sea el espacio total a repartir: “si aquí hubiera tres jugadores, este espacio hay que repartirlo entre tres, si hubiera dos, entre dos, y si hubiera uno habría que repartirlo entre uno” (Víctor Muñoz). Si los jugadores se distribuyen el espacio equitativamente, en un principio las distancias entre todos ellos serán las mismas horizontal y verticalmente, sin que ello sea óbice para que esas distancias se modifiquen con el transcurso de la jugada.

Se pretende así que “las zonas estén bien ocupadas” (Mikel Etxarri) para “tener cubierto cualquier espacio” (Xavi Aguado). Sin embargo, tal y como ya sabemos por la literatura, es imposible ocupar todos los espacios simultáneamente, por lo que se debe elegir qué espacios ocupar. Esto implica jerarquizarlos, definiéndose cuáles son los más valiosos y deben protegerse prioritariamente. Los entrevistados coinciden en señalar el área y su frontal como la zona más peligrosa, y por tanto la que debe protegerse de forma prioritaria, porque siendo el objetivo del juego conseguir un gol, “¿dónde se consigue? En la portería” (Alberto Giráldez). Por tanto, se trata de evitar que el contrario con balón se encuentre en zonas de remate. Puesto que además los goles se consiguen con el balón, es este el otro elemento imprescindible junto con la portería, lo que le convierte en el primer referente de la defensa. El equipo debe interponerse entre el balón y la portería, de manera que este encuentre obstáculos para avanzar, moviéndose en función de su posición para estar siempre en condiciones de oponer resistencia a su avance.

Como vimos con el Milán, si el balón es la referencia, son los espacios más cercanos a este los más interesantes para ocupar, mientras que los más alejados representan un peligro menos inmediato. Por ello se desatienden hasta cierto punto los estos espacios y se concentra al equipo cerca del balón, la noción de lado fuerte y lado débil, hasta el punto que, por ejemplo, “los equipos ya presionan sobre el fuera de banda abandonando igual te digo la tercera no te voy a decir, pero la cuarta parte del lado opuesto no hay ningún jugador” (Mikel Etxarri).

El balón, sin embargo, se mueve constantemente de un lado a otro del campo, variando la línea que va de él a la portería y por tanto la posición requerida del equipo

defensor. Por tanto, el equipo debe moverse constantemente en función del balón, lo que se conoce como basculación. Esa basculación, en principio, debe permitir que el equipo mantenga la posición, aprovechando el tiempo de desplazamiento del balón para recomponerse, incluso en desplazamientos largos, “porque una pelota viajando sesenta y tanto metros por el aire, si es por el aire, pues tarda dos segundos y medio, y yo en dos segundos, uno y medio yo recorro los doce metros que necesito” (Alberto Giráldez).

El abandono de los espacios más alejados aumenta la concentración de jugadores delante del balón, reduciendo los espacios libres en esa zona –aunque deje otros libres. Esa reducción de espacios permite a la defensa no solo impedir la progresión del balón, sino recuperar la pelota mediante la presión. Sin embargo, para lograr una presión efectiva no basta con reducir el espacio horizontalmente, desocupando el área alejada del balón, sino que es también necesario reducir el espacio verticalmente, lo que se consigue con una defensa en línea horizontal, que empuja al equipo rival hacia atrás, impidiéndole de esta forma acercarse a la portería al contrario, al menos no directamente, “que el rival tiene que hacer mucho más para llegar a la portería y no solo colgar balones” (Xavi Aguado). Contrariamente a la noción previa de que la manera de proteger la portería era replegarse alrededor del área, en este caso se considera que cuanto más lejos se mantenga al rival, menor será el peligro, por lo que el objetivo pasaría a ser “que el balón estuviese en su campo” (Fernando Giner), lo que implica adelantar las líneas todo lo posible.

El espacio a la espalda de la defensa pasa a ser responsabilidad del portero, que debe asumir la función de cobertura que realizaba el líbero en la defensa individual, como vimos en el caso de José Francisco Molina, pero también debe asumir la función de leer el juego y reajustar a sus compañeros, lo cual le implica de una forma nueva en el juego, porque “aunque no estés participando en el juego, estás participando porque estás viviendo el partido y estás intentando ayudar a los compañeros en cualquier despiste que puedas tener” (José Antonio Molina).

Una vez reducido el espacio horizontal y verticalmente la presión se puede realizar con mayor facilidad y seguridad. Para ello se crean al menos dos líneas, una primera

encargada de abordar al poseedor del balón, y otra detrás en labores de cobertura. El jugador más cercano al poseedor del balón debe siempre acercarse a él e intentar el robo, mientras los jugadores a su alrededor cierran las líneas de pase que puedan resultar más peligrosas –no es posible cerrar todos los caminos– permitiendo aquellas que se prefieren, generalmente desplazamientos laterales y hacia atrás, o “se entretenga con la pelota, y yo fuerce el error o le arrebate la pelota” (Ángel Cappa). Que el jugador con balón esté presionado es fundamental, pues “si tú al que tiene el balón le das posibilidades de pase, es un chollo” (Fernando Giner). La acumulación de jugadores alrededor del balón lo facilita, pues uno de las ventajas críticas que genera la zona es la superioridad numérica alrededor del balón, permitiendo situaciones, las “celadas” de las que hablaba Miguel Pardeza, en las que “te podían presionar dos o tres jugadores” (José Manuel Barla) provocando el error y la recuperación.

Pero para que la presión sea efectiva, debe ser coordinada y ejecutada colectivamente, y sobre todo debe ser selectiva, activada en los momentos que el equipo considera propicios. Puede tratarse del momento después de la pérdida, de pases hacia atrás, de despejes del equipo propio o de momentos en que el contrario está en banda, todos ellos momentos en los que el contrario se encuentra en una situación vulnerable, sea numérica o posicional, pero sobre todo deben ser momentos colectivamente identificados en función de “mensajes, y hay distintas, digamos, señales, que hacen que yo vaya hacia delante o vaya hacia atrás” (Ángel Cappa).

Es decir, que como aprendió Víctor Muñoz, no se trata de presionar siempre y de mantener la línea defensiva alta en cualquier circunstancia, sino de adaptar el comportamiento del equipo al momento de juego. En esa tarea es fundamental los miembros de la línea defensiva, que con su comportamiento “marcan las pautas al equipo” (Xavi Aguado) arrastrando a los compañeros hacia atrás o empujándoles hacia delante.

Los jugadores, por tanto, deben estarse continuamente moviendo en función de la posición del balón, pero también de los compañeros. Para subir la línea o replegar, para iniciar la presión, para bascular manteniendo las distancias. Eso hace que se pueda decir que tras el balón, la segunda referencia son los compañeros, por encima

de los rivales. O mejor dicho, que la importancia del rival está mediatizada por sus posibilidades de entrar en juego: si éstas son nulas o insignificantes, es decir, no es un posible receptor de un pase, la preferencia la tiene mantener la unidad del equipo:

Porque en muchos casos, ¿es relevante que el jugador que estoy marcando yo se vaya a una posición en la que no interviene y yo le siga? No, no es relevante para proteger la portería. Ese es un problema secundario, mi problema principal es pues ir detrás de. Si soy lateral, detrás del central que va por ahí. (Alberto Giráldez)

La posición de los jugadores depende pues de la posición de los demás elementos del partido, balón, compañeros y rivales y las necesidades que de ello se derivan para el equipo. Si al principio hablábamos de que cada jugador recibe una zona sobre la que tiene responsabilidad, vemos que en realidad “nadie tiene la zona fija, sino que debe ir ocupando racionalmente el espacio, mirando al rival, al compañero y al balón” (Xavi Aguado). En consecuencia, las zonas se definen de manera relacional, en función de los demás, y por tanto “no son espacios físicos” sino funciones, porque cuando debido a la basculación un lateral ocupa la posición de central, en ese momento “eres central” (Alberto Giráldez). Es decir, que dado que los jugadores pasan por distintas zonas a lo largo del partido, y que cada zona tiene asignada distintas tareas, hablar de zonas sería una manera más cómoda e intuitiva de definir lo que en realidad son tareas o funciones.

Y es que más allá de órdenes o tareas predeterminadas, se trata de que el equipo responda colectivamente a las acciones del rival y se reajuste constantemente ante los desequilibrios que provoca. Los desequilibrios son parte consustancial del juego, pues el rival con sus movimientos los provoca constantemente. Los desajustes son por tanto normales, inevitables, y forman parte del proceso natural de defender, pues el fútbol no sería sino el “continuo desequilibrio que hay que estar equilibrándolo continuamente” (Mikel Etxarri). Cuando la ocasión de gol llega no es por el arrastre de un defensor o la salida de este de su zona, sino porque el resto del equipo no se ha reajustado adecuadamente.

Sí, como te he dicho antes, hay zonas del campo donde si un delantero hace un desmarque tienes que seguirle, porque en esa zona ya no puedes encomendarle esa tarea a otro compañero. Tú tienes en esa zona que ir a por el rival, y es el propio compañero, cercano, que se da cuenta de ese desajuste, tiene que ocupar la zona donde ha desocupado el anterior compañero. Y eso lo que hace es el acordeón que decimos, que todo el equipo reacciones ante ese desajuste y trate de ocupar las zonas descubiertas por esa atracción del rival que trata de buscar que el compañero que ha desocupado esa zona genere un hueco que pueda ocupar un rival. (Xavi Aguado)

De hecho, deberíamos hablar de reajustes constantes, más que de desajustes. Esos reajustes implican en la zona a todo el equipo, porque el movimiento que realiza un jugador para cubrir el espacio –y las funciones– dejado por un compañero genera a su vez otro espacio libre que debe ser cubierto por un tercero, y así sucesivamente hasta que el equilibrio es nuevamente alcanzado. Cuanto más eficientemente se realice el reajuste, más simultáneamente se moverán todos los jugadores, limitando el tiempo y el espacio dejados al rival. Una ejecución perfecta llevará al equipo a moverse al unísono, sin que los desajustes sean perceptibles, generando esa impresión de armonía, de *acordeón*. Para ello, el equipo debe ser concebido como el único sujeto, subsumido en su interior a los jugadores, porque es el equipo como todo “el que tiene que reaccionar ante los problemas que se puedan originar” (Xavi Aguado).

La zona, aunque es capaz de reajustarse y adaptarse constantemente a las demandas del juego, necesita que muchos elementos se comporten virtuosamente hasta actuar al unísono. Su eficacia en esos primeros años de Sacchi es indudable, pues colapsaba completamente el ataque y daba esa sensación de *trampa*, de *mayores contra niños* de la que hemos hablado. Con el tiempo, sin embargo, el ataque también fue desarrollando sus propias estrategias para superar la presión que suponía la zona. Para ello, debe intentar explotar fundamentalmente esos desajustes que surgen de los desequilibrios y descompensaciones entre los elementos del sistema. Las mejores oportunidades para ello son las situaciones de ambigüedad, los momentos en los que las interpretaciones de los jugadores pueden diferir.

Los atacantes deben por tanto tratar de posicionarse y actuar de forma que generen dudas a los defensas sobre cómo actuar. De ahí que se privilegien los espacios entre líneas, como la posición del media punta que “hace daño porque está entre líneas, y al estar entre líneas no sabes quién marcarlo” (Fernando Giner). No solo no se sabe de quién es la responsabilidad, sino que además son situaciones en las que cualquiera de las respuestas tiene desventajas y genera desequilibrios que pueden ser aprovechados. Los defensas tienen claro que “tiene que salir uno a marcarlo” (Fernando Giner) pero también una solución óptima porque “tienes dos problemas, es lo que él te está explicando. Si tú no le sigues, él recibe solo y se puede dar la vuelta, y si no te hace el desmarque” (Juanma López).

Vemos como los atacantes en la zona deben jugar con la intención del defensor, con sus predicciones y suposiciones y con sus obligaciones para con el sistema defensivo. Obligarle a elegir entre sus múltiples referencias –balón, compañeros, otros rivales– para que en esa elección se equivoque y aprovechar el error. El ejemplo más paradigmático es aquel que señalaba López: la obligación de bascular siguiendo al equipo hace que se dé la espalda al delantero, del que solo se puede imaginar lo que está haciendo y confiar en que un compañero le estará marcando; un delantero inteligente puede sacar mucho provecho de esta situación:

Un día hablando con Alkorta. Alkorta y Santi Cañizares están en el Canal Plus. Y Alkorta me decía: el que mejor se desmarcaba, el vago de Romario. Se desmarcaba andando o quedando quieto. Porque la inercia del juego va a un lado o al otro y él se quedaba quieto. (Michael Robinson)

Los momentos en los que el juego es enérgico, en los que se acelera, aumentan los estímulos, aumentan las opciones y cambia el contexto de forma más rápida, modificando a su vez estímulos y opciones. Al defensa se le acumula el trabajo mental, y es entonces cuando al priorizar estímulos puede dejar en segundo término alguno de los que debe tener en cuenta, siendo lo más probable que olvide precisamente aquel que menos señales emite, que mejor se camufla haciendo lo contrario que el resto, quedándose quieto. Lo mismo se puede decir del “l típico desmarque de apoyo, que es avanzar dos pasos y volver atrás” (Fernando Giner) o un “movimiento de engaño, que vas para allá, que vas para el otro lado” (Juan Manuel López) o jugar como Raúl

constantemente con el fuera de juego. Se trata, en todos los casos, de obligar al defensa a pensar –aquello que Robinson consideraba que todo defensa odiaba– de jugar con su percepción, con los estímulos y con su cálculo de posibilidades. Modificarle constantemente el contexto para que no solo le sea difícil elegir correctamente, sino que la propia dificultad le genere una ansiedad que a su vez le haga elegir aún peor. Finalmente, es una cuestión de “yo juego contigo, y creo espacios” (Mikel Etxarri). Generar el error en la toma de decisiones se convierte en la principal prioridad, y el juego mental entre delantero y defensa se transforma: lo que antes era provocación verbal y búsqueda de una respuesta emocional o agresiva, ahora es provocación táctica, búsqueda de la ansiedad y los nervios.

Si este es el comportamiento individual de los jugadores, el ataque como colectivo también debe desarrollar nuevas mecánicas y procesos. Frente a la presión sobre el balón y la superioridad numérica de la defensa en las zonas estratégicas, el ataque debe fundamentalmente mejorar y acelerar su circulación del balón. En primer lugar, la zona supone una nueva reducción del tiempo para pensar del que dispone el poseedor del balón, del “oye chaval, tú para, mira y pasa” que recibió como consejo Vicente Miera en sus comienzos, a estar obligado a que “antes de recibir la pelota, ya tienes que saber la siguiente acción”. Para poder hacerlo con eficacia, el control es determinante, pues es el que permite ganar ese tiempo para poder ejecutar la acción señalada. Si todo el mundo controla y pasa el balón correctamente, “le das velocidad al juego y no te dan tiempo a que te presionen” (José Manuel Barla). Incluso, si se consigue llevar el balón lo suficientemente rápido al otro lado, es posible llegar antes que la defensa, “si tenías gente rápida, entre que basculabas y tal te podías meter” (Miguel Pardeza).

La defensa en zona generaba por tanto indirectamente una nueva forma de enfocar el ataque que necesariamente debía centrarse más en la circulación del balón y también conllevaba mayor paciencia e inteligencia táctica para leer y aprovechar los desajustes, muchos de ellos de apenas unos instantes. Esa mayor paciencia con el balón es lo que al inicio Aguado consideraba *hacer algo más*. Si, como hemos visto, el fútbol español se caracterizaba por los ataques directos, el contraataque y el juego por bandas, era también porque el dispositivo defensivo individual lo permitía y por tanto en cierta

medida lo promocionaba, haciendo disfuncional las combinaciones en el centro del campo cuando se podía llegar al área con un solo desplazamiento largo. La zona por tanto no solo modifica el comportamiento de los defensas, sino que cierra muchos de los caminos habituales del ataque español y le obliga a desarrollar nuevos recursos innecesarios hasta ese momento.

4.3.2. El entrenador y el entrenamiento de la zona

4.3.2.1. Diseño táctico y pedagogía

Cuando repasamos, como acabamos de hacer, los rasgos principales de la defensa zonal, observamos claramente que se trata de un mecanismo de gran complejidad. Esa complejidad deriva fundamentalmente de la exigencia de ese accionar coordinado y virtuoso de todo el equipo como un único ente o sujeto. Para ello, los jugadores deben saber qué hacer en todo momento, para lo cual hay que dar y practicar una serie de pautas, señales y códigos comunes para interpretar el juego, y eso no puede venir únicamente de unas nociones teóricas, sino que debe ser planificado y trabajado sistemáticamente, generado a base de “currar, trabajar” hasta que, por ejemplo, “los cuatro de atrás sean uno” (José Francisco Molina). Se trata, en última instancia de generar un idioma común, porque, “todos tenemos una manera de interpretar el juego, pero colectivamente debemos intentar en la zona interpretarlo de la misma manera” (Alberto Giráldez).

Esa creación de un lenguaje común es la gran novedad en la labor de los entrenadores tras la llegada de la zona. Y es que la defensa individual no estaba exenta de complejidad, pero esta era limitada. Por el contrario, la zona introduce una gran cantidad de acciones y funciones a realizar, y sobre todo la forma de ejecutarlas varía en función del sistema de juego utilizado, del lugar en el que se realizan y de las decisiones tácticas del entrenador:

Tú, si viene el adversario con el balón, tú lo puedes orientar hacia un lado o hacia otro. Este, defiende orientándolo hacia aquí o hacia aquí [hacia dentro o hacia fuera]. Normalmente, lo clásico es orientarlo hacia la banda.

Donde no hay... aquí se cierra porque el espacio está... pero, dependiendo de las situaciones, dependiendo de las posiciones donde se hace esto, por qué no meterlo hacia aquí [hacia dentro], y aquí hacer dos contra uno. (...) Esto sería ya el límite de la zona, ¿vale? (Víctor Muñoz)

En este caso, la decisión de llevar al contrario hacia dentro o hacia fuera depende de la *situación*, posiciones de compañeros y rivales, inferioridad o superioridad numérica, jugadores rebasados por el balón, opciones de pase, y también del lugar, de la posición del balón, tanto en el eje vertical, más o menos cercano al área, como horizontal, más o menos centrado. Es necesario tomar una decisión en función del contexto, y ese contexto varía en cada momento del partido, siendo difícil encontrar dos momentos iguales que requieran la misma decisión. Pero más significativo aún es que la decisión debe tomarse analizando la situación, pero interpretándola en función de una serie de normas de actuación y parámetros de análisis que han sido definidos previamente por el entrenador. En la declaración de Víctor Muñoz queda claro que es el entrenador el que *decide* si hay que llevarlo hacia dentro o hacia fuera. Evidentemente, el entrenador no puede tomar esa decisión durante el juego, pero debe ser capaz mediante el entrenamiento de explicitar cuáles deben ser los criterios para decidir, cuál es la respuesta correcta en cada situación, y por tanto que comportamiento espera del jugador. Es el *límite de la zona*, es decir, el punto en el que la visión estratégica del entrenador llega a la porción significativa de juego más pequeña, el enfrentamiento entre atacante con balón y defensor, y es un límite mucho más extremo que el de la defensa individual, pues esta dejó la ejecución práctica en el momento concreto en manos del jugador. Aquí, sin embargo, las acciones de los jugadores están condicionadas por el planteamiento táctico del partido hasta en sus más pequeños detalles. El jugador sigue eligiendo qué hacer, pero la guía que lo asesora incluye respuestas para cada elemento del juego.

Esa decisión esta imbricada en el plan estratégico del equipo, y además no se toma aislada en el contexto del duelo individual entre el poseedor del balón y su defensor, sino que está unida en una cadena de dependencias con el resto de defensores:

No, no, yo sé que este va a salir aquí y lo va a dirigir hacia dentro o se... o sea, lo que no puede hacer un jugador es defenderlo así [de frente]. Y

entonces la zona lo que significa es jugar coordinados, esta zona juega coordinado con esta línea. Si esta da indicación de, con la posición del cuerpo puedes dar indicación, es decir, si yo me pongo así de frente, tú puedes salir por aquí o por aquí, pero si me pongo así ¿por dónde vas a salir? Y ahí está mi compañero para robarte la cartera. ¿Vale? Eso son principios que pueden ponerse en práctica para jugar en equipo, para jugar en conjunto. (Víctor Muñoz)

La decisión de llevarle hacia dentro o hacia fuera se ejerce en una doble dependencia, del defensor con el resto de compañeros, que con su posición y comportamiento posibilitan la acción, y de éstos con el primero, que al mismo tiempo obliga a los compañeros a adecuar posición y comportamiento a las señales que envía con su cuerpo. Es decir, se produce un proceso de comunicación permanente en las dos direcciones, a través del lenguaje del cuerpo, que permite ajustar a unos y otros su comportamiento. Esa comunicación e influencia recíproca no se limitan a los más cercanos al balón, sino que implica a todo el equipo, pues como una cadena cada jugador ajusta su comportamiento al de sus pares más cercanos. Para que la comunicación sea posible, es necesario compartir un lenguaje, que incluye no solo el significado de la posición del cuerpo, sino una gramática compartida, unas reglas de sintaxis que garantizan la comunicación. Esas reglas gramaticales son las que debe construir el entrenador, de forma que los jugadores interpreten la posición del cuerpo de un compañero como una señal para adoptar toda una serie de comportamientos y para interpretar lo que suceda dentro de un lenguaje compartido.

¿Cuáles son los componentes de esa gramática que debe crear el entrenador? En primer lugar, debe tomar una serie de decisiones sobre la disposición espacial. No simplemente sobre lo que se conoce como sistemas de juego (1-4-4-2, 1-4-3-3, etc.) sino de la posición del equipo en el eje vertical: cuánto más arriba se sitúe el equipo, menor espacio dejará al rival para desenvolverse, y por tanto mayor presión podrá ejercer, pero también dejará más espacio a la espalda de su defensa y más riesgo estará asumiendo. Esa tendencia espacial determina una actitud general del equipo, un estilo. Si el equipo mantiene una línea defensiva muy arriba, estará también apostando por la presión rápida sobre el balón para intentar recuperar rápido, y por

tanto preferirá desenvolverse en campo contrario y con balón. Si el equipo mantiene una línea retrasada en toda la fase defensiva, estará alejándose de la portería contraria y por tanto atrayendo al contrario hacia la propia, liberando espacios para el contraataque.

Esa posición debe entenderse de forma dinámica, pues no es fija, sino que varía en función del desarrollo de la jugada. El equipo tendrá una serie de referencias espaciales para situarse según los distintos momentos del partido: durante el ataque, al inicio de la fase defensiva, en momentos de dominio territorial del contrario, en saques de banda, etc. El comportamiento concreto en cada una de estas situaciones debe ser definido por el entrenador, identificando además las señales a las que el equipo debe estar atento para actuar de una manera o de otra. Un equipo trabajado es aquel que “como sabe cuando tiene que apretar, cuando no, cuando tiene que achicar, cuando no, cuando tiene que salir, cuando no” y eso “es un trabajo tan grande que ese es el mérito que tiene el entrenador en ese momento” (Sergio Corino).

Pero además debe dar las pautas para realizar todos esos comportamientos. Esas pautas comienzan por decidir los objetivos, por ejemplo, llevar al contrario hacia dentro o hacia afuera. Pero pueden ser más específicos, como intentar condicionar al rival para que jugadores concretos realicen acciones determinadas o se encuentren en situaciones concretas, de forma que “se estudia al rival, cómo le vamos a presionar, dónde le vamos a presionar, cuál es el jugador más débil” (Miguel Ángel), lo que incluye los movimientos de los jugadores propios y las posibles respuestas de los contrarios.

Se trata de ofrecer guías a los jugadores sobre su posición en el campo, los roles asignados y el comportamiento asociado a esos roles. No se trata de sistemas de juego estereotipados, sino de educar a los jugadores para que sepan “cómo se crea espacio, dónde queremos orientar el juego” en función no de sistemas o divisiones sino entendiendo el fútbol como un continuo dinámico en el que hay que saber “qué hacemos cuando tenemos balón y qué hacemos cuándo el rival tiene el balón” (Radomir Antic). Generar una red de significados compartidos en la que el equipo como conjunto realiza movimientos, reacciona, se reajusta y genera situaciones

favorables de forma predeterminada. De esta forma, el equipo no pierde el equilibrio aunque aumente el número de atacantes o dirija el ataque hacia un punto concreto.

La gente está mejor colocada, la gente sabe exactamente reconvertir posiciones, reconvertir esquemas de juego, del 4-4-2 al 4-3-3 o incluso al 3-5-2... o sea, hay jugadores que se van incorporando al ataque, con lo cual haces superioridad en el centro del campo, pero lo vas haciendo por líneas, no es que uno está físicamente bien y pega un arranque y se va a la delantera y estás haciendo superioridad con él. No, eso desaparece. Está controlado todo. (Fernando Giner)

Solo entonces, cuando el equipo desarrolla modelos de comportamiento, por los cuáles ocupa unos espacios de una determinada forma, y los cambios se producen de una forma pautada, podemos decir que “empieza a tratarse más en serio el tema de estrategias, y de sistemas tácticos de juego” (Fernando Giner). Pero para que ese flujo de posiciones y funciones se produzca, los jugadores no solo deben estar familiarizadas con estas, sino ser también capaces de identificar el comportamiento propio que requiere cada momento del juego, y esa también es tarea del entrenador.

Estas transformaciones del equipo de las que hablamos en función del momento y de los objetivos del equipo comprenden también, y muy especialmente, los momentos de pérdida y recuperación de balón, momentos críticos porque se transforman los objetivos del equipo y por tanto debe hacerlo su comportamiento. Esto implica que todos los miembros del equipo se mantienen activos durante todo el tiempo de juego, porque tienen funciones asignadas que cumplir incluso cuando no están participando directamente en el juego.

Y todo ello es tarea del entrenador, no solo definir el funcionamiento, sino ponerlo en práctica a través del entrenamiento y lograr que los jugadores lo entiendan y lo apliquen correctamente. Debe, por ejemplo, identificar que si un central que tiene que abandonar su puesto por un balón en profundidad “el pivote tiene que estar ahí, metiéndose entre los dos centrales” (Javier Irureta). Pero hablamos de pautas, de criterios para guiar la toma de decisiones y no de órdenes cerradas aplicables de forma automática, porque la su aplicación variará según el contexto. Así, si por ejemplo

“estás jugando en zona y los dos centrales se les pone en medio el delantero centro, pues en función de la orientación que esté el balón le tendrá que coger el que está más atrás o más adelante” (Javier Irureta). En este caso, la tarea de controlar al delantero recae en uno u otro central en función de las circunstancias del juego, que se analizan según un patrón común de conducta y cuya respuesta siempre es relacional, es decir, dependiente de las acciones y posiciones del resto de elementos.

La clave es generar ese lenguaje común que permita interpretar igual las situaciones por todo el equipo, de forma que el reajuste se produzca de forma armónica, como un *acordeón*. Cuanto más compartido sea el lenguaje, más capacidad tendrá el equipo de anticipar al unísono las situaciones del juego, haciendo que los espacios se reduzcan y los desajustes se eliminen, creando, de alguna forma, una comunicación virtuosa sin ruido.

Los ejemplos de estas pautas se pueden multiplicar hasta el infinito, pero lo determinante es que cuando unimos todos los componentes tenemos ese patrón complejo de funcionamiento abierto en red. Por eso Muñoz habla de *pinceladas*, porque entiende que el conjunto de patrones y criterios de decisión, aplicados al conjunto de situaciones y jugadores ofrece un infinito número de situaciones que no pueden reducirse a un conjunto cerrado de órdenes. Para organizar ese caos, es necesario que el entrenador se cree “una escala táctica” (Víctor Muñoz) de principios, subprincipios y subsubprincipios que jerarquice y ordene el flujo. La creación y aplicación de esa escala táctica es la gran aportación de la zona a la figura del entrenador.

Por todo lo visto hasta ahora, si hay algo que caracteriza la zona moderna es que no es intuitiva. Aunque parece que la zona sería la forma natural, espontánea, de defender (Lillo dixit), lo cierto es que hemos visto que se trata de un sistema muy complejo, práctica y teóricamente, que debe ser estudiado y trabajado para ser asimilado. Queda lejos por tanto de la aparente simplicidad de la zona como distribución racional de los jugadores sobre el campo, como un esfuerzo compartido y solidario que surge de forma espontánea de la experiencia comunitaria de un equipo. Por el contrario, se trata de un acto de racionalidad y de teoría que exige un pensamiento abstracto, tanto

por parte del entrenador como por parte de los futbolistas. Estos deben por tanto asimilar una gran cantidad de nociones teóricas, que les obligan además a ejercer su capacidad para tomar decisiones.

Esta complejidad nos lleva a la otra característica de este tipo de entrenamiento, que es su carácter pedagógico. Como vimos, el entrenamiento previo no pretendía enseñar nada al jugador, que ya lo sabía todo, sino mantenerle en forma, física y técnicamente. Para ello eran suficientes unos ejercicios que el jugador ya sabía hacer y de los cuáles no tenía ningún aprendizaje que extraer. Ahora se trata, por el contrario, de enseñar al jugador a hacer cosas, y fundamentalmente a identificar los estímulos relevantes y tomar las decisiones adecuadas. El entrenador, por tanto, debe comportarse como un profesor con sus alumnos:

Yo me considero, yo no soy entrenador, yo soy profesor de fútbol, me entiende usted, el que entrena es el preparador físico, a ver si sabemos expresarnos. (...) Nosotros somos profesores del juego. Prueba de ello que Capello u otros técnicos como Mourinho entrenaban en zapatillas. Quiere decir que algunos no se ponen ni las botas. (David Vidal)

La distinción entre zapatillas y botas tiene un fuerte contenido simbólico. Los entrenadores habían sido fundamentalmente jugadores retirados. Su ascendencia sobre el grupo venía por sus conocimientos –logrados como jugador– y por su currículo como futbolista. Ante las dudas del grupo, siempre podían mostrar sus habilidades con el balón para reforzar su legitimidad. No calzarse las botas indica que no son futbolistas, sino entrenadores –*profesores*– y que por tanto su ascendencia proviene de sus conocimientos teóricos específicos, no de lo que aprendieron como jugadores. De hecho, no esperan enseñarles prácticamente a los jugadores cómo deben hacerlo, y ni siquiera creen que tengan que ser capaces de hacerlo. Su trabajo se justifica porque saben más de fútbol –unos conocimientos distintos a los de los jugadores– y son capaces de transmitir y aplicar ese conocimiento para que los jugadores mejoren y el equipo rinda.

Entrenador y jugador se sitúan por tanto en una relación pedagógica, de aprendizaje. Esto implica que una de las funciones del entrenador es formar al jugador, hacerle

progresar. El aprendizaje exige del profesor que tenga los conocimientos, que los pueda explicar y comunicar, y que sea capaz de convencer al alumno. El jugador debe entender por qué su entrenador prefiere que oriente al contrario hacia dentro en unas situaciones y hacia afuera en otras, por qué presionar en ciertos momentos y replegar en otros, etc. y en general cuales son los fundamentos de su *escala táctica* particular. La relación pedagógica debe derivar en una relación de comunicación, en la que es crítico que el diálogo se produzca realmente, que los mensajes del emisor lleguen sin ruido al receptor y que este los entienda correctamente. Para ello, el entrenador debe estar dispuesta a explicar no solo lo que quiere sino “por qué hacemos las cosas” y para ello está “a su disposición para explicarles” (Víctor Muñoz).

Las explicaciones incluyen inevitablemente el diálogo, es decir, el intercambio de opiniones divergentes entre entrenador y jugadores. No por un afán de democratización, sino porque “para convencer a alguien tienes que tener discusiones” (Radomir Antic). Solo así se puede lograr que el jugador entienda realmente el comportamiento y que se convenza de su utilidad, única forma de asegurarse el compromiso del jugador. Todo un cambio de mentalidad respecto al modelo anterior, por el cual “los veteranos dicen siempre he entrenado porque mi entrenador decía que entrenase, pero por primera vez trabajando conmigo sabía por qué hacía las cosas” (Radomir Antic).

En último término, sin embargo, el convencimiento definitivo viene de la práctica, de los resultados. Solo cuando los jugadores ven que lo que propone el entrenador funciona en el campo se convencen de ello. El entrenador está siendo puesto a prueba constantemente por sus jugadores, y su liderazgo no puede basarse en un convencimiento emocional basado en la una personalidad carismática, sino en pruebas prácticas de su conocimiento.

Bueno, a ver, los futbolistas cuando estás ahí en el campo pues igual en un momento dado dices pero este qué me está contando. Pero luego sabes lo que pasa que al final, cuando haces un trabajo y ves que sale, pues ves que es importante. (Sergio Corino)

Esta explicación razonada y probada por los hechos difiere radicalmente del modelo pretérito. Recordemos aquella dicotomía entre quienes no hablaban nada y solo echaban broncas y aquellos que alargaban durante horas las charlas tácticas para recordar a cada jugador su misión. Lo contrario de la enseñanza a través de la práctica:

No, no, te lo digo porque Hiddink a nosotros antes del partido no nos decía tú tienes que hacer esto, tú tienes que hacer lo otro, tú tienes que hacer lo otro, sino que en los entrenamientos era donde te demostraba, o te mostraba, lo que debe hacer cada uno. No es que haces la alineación y... yo he tenido entrenadores que era una hora de charla. De uno por uno ir diciéndole tú tienes que hacer esto, y tú esto, y tú esto y tú esto. Claro, no.
(Fernando Giner)

El entrenador debe mostrar al jugador lo que debe hacer, familiarizarle con ello a través de la práctica y, llegado el momento de la competición, le habrá dado las herramientas necesarias para desarrollar su trabajo sin necesidad ni de consejo ni de control por parte de nadie. Será, siguiendo la metáfora educativa, un jugador adulto y autónomo. En este modelo, se trata de ejercer el papel de facilitador, de mediador entre el jugador y el juego. En el modelo de la pedagogía, el mejor entrenador “es el que finalmente se va diluyendo y el jugador entiende el juego, y juega perfectamente porque entiende el juego” (Ángel Cappa).

4.3.2.2. El entrenamiento de la zona

Evidentemente, esta ingente labor de planificación táctica y de aprendizaje no podía llevarse a cabo con las herramientas a disposición de los entrenadores en ese momento, el entrenamiento analítico y los partidillos. Es por ello los entrenadores van a desarrollar una metodología nueva basándose en los dos modelos innovadores que surgen en ese momento: los ejercicios de Sacchi, Maturana y otros para trabajar el funcionamiento colectivo, y el entrenamiento con balón traído por los entrenadores holandeses para desarrollar la toma de decisiones y la integración de los elementos tácticos, técnicos y físicos.

Y es que la zona funciona en una doble dinámica. Por un lado, integra a los jugadores en comportamientos colectivos que deben respetarse y en pautas que deben seguirse. Por el otro, exige de los jugadores un alto grado de autonomía e iniciativa para interpretar esos comportamientos y pautas. Por tanto, todas las tareas son colectivas – ni se bascula ni se cierran líneas de pase individualmente– y en todas hay que tomar decisiones en función de un contexto complejo que incluye al balón, a los compañeros y a los contrarios. Los entrenamientos pensados para la zona debían tener como objetivo desarrollar una correcta interpretación del juego por parte de los jugadores, al mismo tiempo que desarrollaban una cultura táctica compartida, un *lenguaje*. Es decir, trabajar el continuo que va de lo colectivo y cerrado a lo individual y abierto.

La basculación, la presión o la línea son ejemplos de tareas colectivas sin balón, en las que es más necesario el comportamiento coordinado y el seguimiento de pautas fijas. Son también los elementos principales de la revolución zonal de Sacchi, pues es la forma que tiene el equipo de proteger colectivamente la portería en función del balón. En los comienzos, estos principios zonales eran tan extraños y tan necesaria la reeducación de los futbolistas, que Sacchi comenzó practicando los movimientos sin balón, es decir, desde un punto de vista únicamente abstracto. Se trataba de simplificar la situación de forma que solo se tuviese que tener en cuenta las posiciones que se debían ocupar en función de donde estuviese situado el balón. Los jugadores aprendían así a bascular manteniendo las distancias y a moverse arriba y abajo. También desarrolló entrenamientos, que luego se generalizaron, con conos u otras formas de señalización, de forma que los jugadores recorriesen las distintas posiciones del equipo en función de las señales del entrenador hasta llegar a interiorizarlas: “Decía rojo, azul, se movían todos en zona, para un lado, para el otro, defendiendo, tal” (Mikel Etxarri). Otro pionero, Maturana, hizo célebre su práctica de atar a los jugadores con cuerdas elásticas para que aprendiesen a mantener las distancias al mismo tiempo que se movían.

Se puede ver como el espacio de juego, en principio de lo más familiar para los jugadores, se convertía en un desconocido, pues le surgían límites, señales y relaciones de las que carecía hasta ese momento. El espacio era parcelado por la zona, haciendo surgir una serie de líneas y cuadrantes –invisibles– que marcaban a partir de ese

momento el comportamiento de los jugadores. Las posiciones que marcaban los conos no serían visibles durante el partido, y sin embargo los jugadores habrían aprendido a reconocerlas y a comportarse en función de ellas. Siguiendo con la metáfora del mapa de Butragueño, podemos decir que la zona transformaba el territorio para todos, obligando a quienes la ponían en práctica a construirse su propio mapa para interpretarla. Un territorio y un mapa por tanto contruidos a través de un trabajo metódico, alejados de cualquier aprehensión natural o instintiva de la realidad.

Junto con la nueva concepción del espacio, los jugadores debían asimilar una nueva concepción de sus relaciones entre ellos, de las que el mantenimiento de la distancia y el movimiento acompasado eran solo una parte. El juego de coberturas y permutas, las respuestas a los movimientos del rival y ese reajuste permanente de la zona que hemos visto era la base de su estabilidad debían ser también practicados. Para ello, es necesario una vez más partir de lo simple para llegar a lo complejo, y en este caso se trata de trabajar con números reducidos de jugadores, según su posición en el campo, empezando por el trabajo por líneas. Así, comenzaba un proceso de acoplamiento que empezaba por conocer las funciones del puesto, después la relación con el compañero más próximo, luego con el conjunto de la línea, y finalmente con todo el equipo. Se trataba de ir ensamblando al equipo desde las relaciones más pequeñas hasta las relaciones más complejas, “un trabajo de pequeñas sociedades para formar la gran sociedad que es el equipo” (Ángel Cappa).

En este caso, se trabajaba a través de tareas abiertas, de reproducir situaciones de juego, pero con unas características propias que permitían ensayar específicamente el comportamiento colectivo al aislar la situación concreta que quería entrenarse. El objetivo de todo ese trabajo, especialmente atrás, era lograr que los jugadores actuaran al unísono, como un solo hombre. Es decir, que compartiesen de tal manera la interpretación del juego que incluso sin necesidad de comunicación verbal llegasen siempre a la misma conclusión sobre lo que el juego estaba demandando, de forma que “en cada situación sepan lo que van a hacer y cómo van a actuar” (Víctor Muñoz). Para ello, debe llegarse a automatizar ciertos comportamientos, a inscribirlos en la memoria motriz de los jugadores de forma que no deban ser racionalizados durante el juego, sino que surjan de manera espontánea, y eso solo puede lograrse a base de

repeticiones y correcciones, porque “lo que ves recuerdas, lo que te dicen olvidas y lo que haces aprendes” (Mikel Etxarri).

Primero, hay que inscribir los ejercicios tácticos colectivos en la rutina del entrenamiento. Podría pensarse que este trabajo es una etapa preliminar del entrenamiento, y que una vez asimilados los conceptos puede desecharse para centrarse en tareas más complejas y ricas. Sin embargo, lo cierto es que la práctica demostró que esos ejercicios es necesario seguir realizándolos semanalmente aunque en principio estén ya asimilados, “por lo menos dos veces por semana” (Ángel Cappa). Y ello es así porque lo que no se practica, “inconscientemente las olvidas o dejas de hacerlas, no porque te apetezca, sino por la circunstancias que sean” (Sergio Corino).

Esas circunstancias son las circunstancias del juego, esa dinámica impredecible y esa multiplicación de estímulos propia de la zona. Es muy fácil en ese contexto despistarse, dejarse engañar por el movimiento del rival o actuar en desacuerdo con el código común, generando desajustes. Y la única manera de asegurar un comportamiento adecuado sería refrescar ese código constantemente en la memoria motriz y fijarlo al inconsciente del jugador, de manera que lo cumpla incluso sin ser consciente de ello. Nos encontraríamos por tanto ante un comportamiento tan complejo que nunca llega a resultar familiar, natural, para el jugador. La intención última del entrenador es que estos movimientos surjan de manera natural, que los futbolistas se muevan en el campo como si fueran uno, pero para ello es necesario repetirlo una y otra vez.

Pero la práctica por sí misma no es tampoco suficiente, sino que debe ir acompañada de un trabajo de corrección que permita modificar los comportamientos inadecuados. Es en esa labor de corrección, junto con la selección adecuada de los ejercicios, donde el conocimiento táctico y la capacidad pedagógica del entrenador se despliegan y de lo que depende realmente lograr un funcionamiento virtuoso del equipo. Porque como Sacchi decía:

La clave no está en los ejercicios, no está en las tareas, porque si no te compras un libro de mil doscientos ejercicios y eres el mejor entrenador del mundo. No tiene sentido eso. (...) la clave está en la corrección, en los

pequeños detalles, en la visión, en la dirección del equipo, ahí está. La diferencia era aprieta tú, sobra aquí, no vayas, date cuenta, estás en desventaja, quédate quieto, no anticipes, en eso sí que tenía... o cierra antes, acuérdate, la referencia es esto, olvídate (Alberto Giráldez)

Por tanto, el conocimiento propio del entrenador, lo que le haría valioso frente a los jugadores y le diferenciaría de otros entrenadores sería su lectura del juego, su conocimiento del mismo, y su capacidad de transmitir esos conocimientos. Una vez que las líneas generales del trabajo zonal son públicas y conocidas por toda la comunidad, son las pequeñas modificaciones, los aportes en la interpretación del juego, los pequeños detalles, los que marcan la diferencia.

Este trabajo repetitivo y rutinario no es sin embargo, suficiente para alcanzar un funcionamiento óptimo, porque solo permite afianzar los principios globales, pero tiene una capacidad reducida para preparar al jugador para la toma de decisiones instantánea durante el partido, que es la otra dimensión crítica del modelo. Para que la zona funcione, es necesario que los jugadores “sean capaces de hacer lo que consideremos que tienen que hacer, ser capaces de interpretar bien” (Alberto Giráldez).

Por supuesto, la capacidad de interpretar correctamente no había sido un problema que debiese trabajarse, puesto que se consideraba que los futbolistas ya sabían todo lo que debían saber. De ahí que el entrenamiento analítico fuese adecuado, puesto que se podía focalizar el trabajo en el aspecto físico partiendo de la idea de que los jugadores ya estaban de forma natural en su máximo técnico y táctico. Es solo cuando la capacidad de interpretar deja de darse por supuesta y se convierte en un problema, cuando cognitivamente la zona te obliga y “tienes que estar mucho más preparado para realmente centrar tu atención en los estímulos que realmente son relevantes para el juego” (Alberto Giráldez) que no se posa el problema de la *transferencia*, del grado en que el entrenamiento reproduce el juego y prepara para este. Solo entonces puede decirse “¿y por qué vamos a ir a correr al parque, si luego no corren en el parque?” (Alberto Giráldez). Desde luego, algo estaba claro, y es que “para trabajar una zona ya te digo yo que no tienes que coger el balón medicinal” (Javier Irureta).

Es por eso en ese momento cuando la utilidad de un entrenamiento integrado, plenamente transferible, aparece como evidente. Se generalizan entonces los juegos con balón como método para entrenar a la vez las dimensiones física, técnica y táctica, una metodología que como vimos vino de los entrenadores holandeses, cuya influencia es difícilmente de sobrevalorar. Se trata de ejercicios en los que debe lograrse un objetivo cumpliendo una serie de normas, pero en el que no se indica cómo debe hacerse, lo que forzaba al jugador a percibir, interpretar y decidir, por ejemplo, si “jugar hacia fuera o jugar hacia dentro o jugártela tú” (Alberto Giráldez).

Estos juegos se diseñan con objetivos específicos, de forma que puedan desarrollarse las distintas destrezas de una forma integral, no de manera aislada. Cada ejercicio tendrá componente técnico, táctico y físico porque mantendrá siempre la forma juego, y esta contiene siempre todas sus dimensiones, que conforman una unidad. Así, se selecciona un espacio, un número de participantes y se dictan unas normas que fomentan las conductas deseadas: se puede limitar el número de toques, permitir o limitar el juego en ciertas zonas, se puede trabajar en inferioridad o superioridad numérica, las reglas pueden prohibir o fomentar ciertas conductas. Además, existe el uso de los recursos materiales, que también son útiles para modificar las condiciones, mediante el uso de varias porterías, o de conos para delimitar los espacios... Las posibilidades están limitadas únicamente por la imaginación del entrenador o su acceso a información y recursos. Mediante la modificación de esos principios se trabajan además distintas intensidades en ciertas dimensiones. Esta intensidad puede situarse en el nivel de la competición, pero también incluso por encima, como en el caso de los ejercicios en espacios reducidos, en donde puede multiplicarse la toma de decisiones y la rapidez de la misma con respecto a la de un partido. De esta forma, ofrecen la potencialidad de ajustar el entrenamiento a las necesidades o áreas de mejora identificadas, y de adaptarlo a los distintos momentos de la temporada y a las características de los jugadores.

Pero además de ajustar el entrenamiento, los juegos sobre todo permiten introducir el componente táctico –el gran ausente con el modelo anterior– en el entrenamiento, porque al ser abiertos y por tanto sumir al jugador en la incertidumbre, le obligan a practicar sus habilidades cognitivas permanentemente y a estar constantemente alerta

a los estímulos, es decir, a mejorar su cultura táctica y su toma de decisiones, que son críticas siempre y especialmente en un funcionamiento zonal. Para mantener la carga cognitiva es importante que los juegos se varíen con frecuencia, de forma que el jugador no pueda acostumbrarse a los estímulos y se facilite la tarea al permitir una automatización que limite esa toma de decisiones tan necesaria para la zona. Por eso, el variar y combinar los ejercicios involucra al jugador y le obliga a mantenerse en un estado de alerta y de aprendizaje constante.

Existe por tanto un continuo abierto-cerrado, y cada polo tiene unos objetivos y una aplicación diferenciada: “El espacio reducido estereotipa las cosas realizadas sin reflexión y el campo completo estereotipa las cosas realizadas con reflexión y razonamiento. Hay que combinar en el entrenamiento estas dos formas de trabajo” (Lillo, 1999, p. 14).

Ambas tienen, sin embargo, efectos antagónicos en la relación entre entrenador y futbolista. Los entrenamientos tácticos cerrados son áridos, repetitivos y poco gratificantes. Los discursos no ahorran calificativos para definir el proceso de acondicionamiento mental que se pone en práctica: “Machacar” (Miguel Ángel García), “ensayar, mecanizar y memorizar” (David Vidal), “grabar” (Ángel Cappa), “funcionamiento matemático” (Félix Bardera, *Felines*), “ideas fijas” (Mariano Moreno)... Todo ello remite a un trabajo desagradable y burocrático, y de hecho los futbolistas no los “admiten” porque en todo el ejercicio “cuatro jugadores distintos tocan el balón, los demás no tocan nada, movimiento sin balón” (Félix Bardera, *Felines*), porque además se trata siempre de los mismos ejercicios para mecanizar movimientos que ya están mecanizados, por lo que el futbolista piensa “pues si esto ya lo sé hacer yo” (Sergio Corino). De hecho, estos ejercicios han tomado el rol que tenía el trabajo físico como aquel que da resultados únicamente de manera indirecta en el partido, y que por tanto se integra en esa lógica de sufrir para merecer la recompensa, con la única diferencia de que ahora se trata de un sufrimiento psicológico en vez de físico. En ocasiones, el entrenador puede intentar hacerlo más ameno, “poner una cosa simulada, como que es un partidito”, como Iñaki Sáez cuenta que Capello le dijo que había hecho en el Milán tras los años de rigurosa disciplina táctica de Sacchi ante el aburrimiento y la falta de motivación de sus jugadores.

Y sin embargo, el trabajo táctico es imprescindible para lograr un funcionamiento correcto de la zona, por esa complejidad y artificialidad ya comentada. Incluso el entrenador que subjetivamente rechaza ese trabajo táctico sabe que debe plegarse a él si quiere obtener resultados, porque “sino, en los tiempos actuales estás perdido” (Félix Bardera, *Felines*).

Por el contrario, los juegos abiertos generan el efecto contrario. Los jugadores están en muchos momentos dominados por ese componente lúdico y ni siquiera son conscientes de que se está realizando un proceso pedagógico, que no se está simplemente jugando. Son “una gozada”, más aún cuando cambiaban constantemente y “acudías a los entrenamientos y no sabías” (Emilio Butragueño). Paradójicamente, incluso unos cambios que buscan aumentar el stress y la dificultad generan todavía más diversión. El cansancio resultó estar más relacionado con la rutina y la falta de relación con el juego que con la intensidad demandada, porque “cuando tú entrenas con balón, igual estás entrenando igual o más, pero cuando tienes el balón, pues te diviertes” (Fernando Giner). En una profesión de origen vocacional y que consiste, en realidad, en jugar, suponía retomar el carácter lúdico perdido con la profesionalización, hasta poder decir “estoy reventado, pero me lo he pasado bien” (José Francisco Molina).

Esa exigencia de diversión en el entrenamiento era extraña a la cultura imperante, que consideraba el sacrificio y el sufrimiento como fundamentos morales del trabajo. Se fomentaba un modelo de gratificación aplazada, de autocontrol y pensamiento a largo plazo, típico de la ética del trabajo. Nada que ver con el pensamiento actual, en el que encontramos a entrenadores defendiendo que respecto al futbolista, su misión es “hacérselo más fácil y que le guste” (Iñaki Sáez); o que tienen que “romper la cabeza para que ningún entrenamiento sea igual” (Miguel Ángel García).

Parece por tanto que el entrenador tiene hoy la obligación de mantener el interés de sus futbolistas. Es inevitable pensar en los cambios sociales y en la profesión de futbolista que se han ido produciendo y que han aumentado considerablemente su poder de negociación dentro de los clubes a la hora de interpretar estas declaraciones. Pero es evidente que también que se puede identificar su raíz en la pedagogía

constructivista y por tanto en la influencia de la academia a través de los preparadores físicos, que fueron los auténticos desarrolladores de la nueva metodología. Porque hay que tener en cuenta que el funcionamiento zonal exige un compromiso y una concentración tan altos por parte del jugador que su implicación y acuerdo son imprescindibles.

Se trata por tanto de la necesidad de sustituir una relación de control y disciplina por una relación de colaboración y aprendizaje, especialmente porque en los juegos y ejercicios con balón es muy difícil evaluar el grado de compromiso de cada jugador, porque “la intensidad como se la marca uno mismo, te puedes escaquear” (Fernando Giner). Es decir, que la supervisión sería simplemente impracticable, lo que implica confiar el correcto desarrollo del entrenamiento a la voluntad del jugador. Aunque esa relación de confianza se ha desarrollado en el nuevo modelo, las suspicacias de los entrenadores no han desaparecido, pues saben que dependen de que el futbolista sea “muy profesional, muy exigente con él mismo, para poder llegar al máximo, y no todos los futbolistas son tan exigentes con uno mismo” por lo que en ocasiones incluso puede ser positivo volver al modelo anterior y “ponerlos a correr, solo correr, y no puedes escaquearte, porque vamos a estar todos mirando como corres y si de verdad vas a tanto” (José Antonio Molina). Vemos por tanto que describir idílicamente las relaciones entre entrenador y jugadores en el nuevo modelo, ajena a todo conflicto de intereses, sería ignorar la realidad, como lo sería pensar que el modelo pedagógico de entrenamiento ha hecho desaparecer por completo el modelo disciplinario.

De hecho, podríamos entender el continuo cerrado –abierto en esos términos, como una tensión entre la voluntad de control del entrenador y la necesaria autonomía del jugador. La preponderancia de unos u otros métodos nos daría un perfil técnico, pero también ético de cada entrenador: Conforme nos acercamos al polo del continuo de la repetición y la tarea cerrada, tendremos un entrenamiento más centrado en la automatización y mecanización de movimientos dentro de una experiencia más aburrida y desagradable, que pospone los beneficios al rendimiento en el partido y privilegia la disciplina táctica, y conforme nos acercamos al polo de la tarea abierta y la toma de decisiones, dentro de un contexto de juego, tendremos una experiencia más lúdica y centrada en el disfrute que privilegia la improvisación creativa y el juego

ofensivo. Así, “un jugador que entrene con Bielsa, tendrá la sensación mucho más táctica, incluso más aburrida, de repetición, repetición, que si entrena por ejemplo con Jorge Valdano” (Alberto Giráldez).

Pero como hemos dicho, incluso aquellos más partidarios de la libertad de los jugadores señalan la necesidad de un trabajo táctico sistemático. La zona moderna estaría compuesta de potencialidades liberadoras y servidumbres colectivas, y no se prestaría al acto de bricolaje de tomar de ella lo que le conviene a uno y rechazar aquello que no se ajusta a sus creencias otros, sino que debe ser tomada en conjunto. Como toda solución técnica que mejora la eficiencia en un entorno competitivo, ha de ser incorporada en todos sus elementos.

Como hemos ido viendo, la profesión de entrenador se encuentra ahora muy alejada de lo que se entendía como tal antes de la revolución zonal. Por encima de su inteligencia emocional como motivador, de su autoridad para gestionar y disciplinar al grupo, o de su labor de preparación física, surge su responsabilidad en el funcionamiento táctico del equipo. Los entrenadores se responsabilizan de muchas más áreas del funcionamiento del equipo, definen en mucho mayor detalle su funcionamiento, y aportan respuestas a sectores del juego que hasta entonces estaban reservados a los jugadores. Esas respuestas se fundamentan además en un análisis formal, basado en la búsqueda de principios objetivos del juego, de situaciones estandarizables y de pautas generales, que diverge de la concepción intuitiva, surgida de la experiencia, que dominaba la práctica hasta el momento. El entrenador ha dejado de ser un hechicero o un sabio, y ha tomado la forma de un ingeniero.

Deben, además, acompañar todo este diseño de una visión pedagógica. Hacer entender al jugador no solo lo que se espera de él, sino los principios que subyacen en el funcionamiento táctico del equipo. Y para ello, deberá desplegar su capacidad comunicativa pero también toda una panoplia de técnicas de entrenamiento, desde las más repetitivas a las más abiertas, que permitan automatizar movimientos e integrar al jugador en un lenguaje compartido por todo el equipo, al mismo tiempo que le da las herramientas para desarrollar su autonomía. Se ha convertido en un maestro.

Para todo ello ha acometido un profundo proceso de reciclaje que incluye la formación. Los años noventa son también años de mejora en los procesos formativos del fútbol español, con la proliferación de técnicos en las categorías inferiores y el aumento de los medios en clubes, comunidades y ayuntamientos, una transformación global del ámbito formativo desde aquellos maestros en campos de tierra que nos describían los futbolistas de los ochenta. Igualmente, frente a esa búsqueda desesperada de cualquier papel que nos relataba *Felines*, la capacidad de los entrenadores para actualizar constantemente sus conocimientos, ya sea visitando o tratando con otros entrenadores, o haciendo uso de la ingente documentación disponible, de los congresos, las jornadas y las revistas, pero también en la oferta de partidos televisados se ha multiplicado.

Y finalmente, se han multiplicado también los medios a su disposición. De aquella sociedad formada por el entrenador y su segundo hemos pasado a amplios equipos compuestos de preparadores físicos, entrenadores de porteros, fisioterapeutas, analistas, etc. Su responsabilidad es coordinarlos y sobre todo gestionar la información para distinguir lo verdaderamente relevante en función de ese conocimiento experto superior específicamente futbolístico, su valor añadido. Los entrenadores de los ochenta a pesar de su limitada formación debían ser especialistas en todo porque de todo se tenían que encargar. Ahora, unos entrenadores más formados se encuentran rodeados de expertos que los superan en sus áreas específicas de conocimiento, y por tanto es un generalista coordinando a un grupo de especialistas, un jefe de proyecto. Y aun así su trabajo es mucho más exigente que el del entrenador de décadas atrás, puesto que “antes le dedicábamos los entrenadores dos horas diarias, y ahora le dedicamos 14 o 20 horas diarias” (David Vidal).

Tenemos por tanto un entrenador que ha evolucionado desde las figuras del mago con una intuición especial sobre el juego y un capataz encargado de vigilar y disciplinar los futbolistas, a un entrenador caracterizado en primer lugar como ingeniero, como generador de un sistema de juego complejo, como maestro, capaz de implantar ese sistema de juego a partir de una relación pedagógica con el jugador, y como gestor de un amplio grupo humano en el que él no es experto en ningún área específica excepto en su conocimiento táctico.

4.3.3. El futbolista de la zona

A lo largo de los epígrafes anteriores hemos comprobado que bajo la aparente simplicidad de la zona, los discursos coincidían en considerar a esta defensa como más difícil de ejecutar que la defensa individual. La dificultad provenía de la mayor complejidad en su funcionamiento, y del aumento de las demandas que efectuaba sobre los jugadores. El proceso de cambio fue paulatino, pero por encima de las particularidades biográficas e históricas, lo cierto es que la zona alumbró un nuevo perfil de futbolista.

Son muchos las diferencias en este nuevo perfil. La más evidente fue el aumento de la exigencia técnica que recayó sobre los defensas desde el momento en el que se pretendió iniciar el juego desde atrás y se censuró el despeje y el desplazamiento largo. Hay un consenso generalizado en que el defensa actual debe tener un mejor manejo de balón, debe ser capaz de sacar el balón jugado y de ver esas líneas de pase que no veían los contemporáneos de Javier Irureta, porque “si el concepto de fútbol varía, varía el perfil del jugador” (Miguel Ángel Nadal). Ambos evolucionan a la vez en un proceso de codependencia, en el que cuanto mejores son los defensas con el balón más se juega desde atrás y viceversa, hasta llegar a un punto en el que “los equipos ahora pues intentan el 90% de iniciar el juego desde atrás” (José Manuel Barla). Esa obligación de jugar el balón –de jugar al fútbol, que dirían Miguel Ángel Nadal o Pablo Díaz– está ya inscrita en la interpretación compartida del fútbol nacional.

Eso hace imposible que un jugador con el perfil de central marcador de los setenta y ochenta pudiese alcanzar el máximo nivel en el nuevo contexto, porque “al final, en algún momento de la jugada, el balón te cae en los pies, y como seas un perfecto tarugo que solo sabe marcar, encimar, correr y despejar...” (Paco González). Más aún, en el caso de los laterales, se les supone la capacidad de comportarse en ataque con la misma solvencia que tenía el antiguo extremo, teniendo en cuenta que su incorporación al ataque se ha hecho ahora estructural, y no meramente circunstancial.

Pero la mayor transformación ocurrida es sin duda el aumento exponencial de la lectura táctica en la fase defensiva, y esto sí se debe exclusivamente al dispositivo

defensivo zonal. La zona implica que el jugador se mantenga atento a una multiplicidad de estímulos, que son el balón, los contrarios y los compañeros, y al mismo tiempo que acople su comportamiento al devenir de la jugada y a los movimientos colectivos del equipo. Es decir, que debe estar atento al juego mientras al mismo tiempo interactúa con el resto del equipo basculando, avanzando o retrasando las líneas, achicando espacios, etc. aunque se encuentre lejos de la jugada. El equipo en ningún momento se parte, no solo física o espacialmente, sino en su función de comunicación: está permanentemente unido por las señales que se envían unos a otros y por los cambios de comportamiento que los individuos llevan a cabo en función de las señales que reciben.

La atención al juego es por tanto permanente, múltiple y compleja, “tienes que estar constantemente moviendo la cabeza, hacia el balón, hacia el espacio, hacia los rivales, hacia los compañeros, porque tienes que ver a los compañeros también, porque tienes que mantener una línea” (José Francisco Molina). Se requiere un tipo distintos de concentración, pues no se trata de un único estímulo, que puedes estar “controlando y ya está”, sino de señales múltiples y cambiantes, lo que la convierte, sin duda, en una concentración “más complicada” (Fernando Giner).

Los errores en la percepción y en la interpretación serán por tanto inevitables, pues es imposible alcanzar un comportamiento perfecto. Por eso además de lo que se entrena y se comparte, debe existir un canal de comunicación abierto que permita que los jugadores se corrijan mutuamente y se retroalimenten. Todos están por tanto conectados los unos a los otros, constantemente comprobando la adecuación de los compañeros al funcionamiento del equipo, y dispuestos a corregirles, a “si no ha estado atento avisarle, decirle ¡Cama! O ¡Voro!” (Fernando Giner).

Los dos términos clave son intensidad y complejidad. La defensa individual generaba una concentración absoluta en un único elemento del juego, pero al insertar al defensor en un comportamiento colectivo, hacerle levantar la cabeza y fijarse en todo el campo, la zona parecía una liberación del defensor de esa concentración extrema, un relajamiento de la disciplina. Sin embargo, lo cierto es que bajo ese aparente relajamiento, la demanda de concentración cuando se amplían los estímulos no

disminuye, sino que aumenta, porque aumentan las variables a tener en cuenta. Por tanto, aumenta el stress asociado y aumenta la necesidad de permanecer conectado al juego, alerta ante lo que está pasando. El cerebro no puede, como en la defensa individual, reducir al mínimo los estímulos relevantes y reducir así la incertidumbre. Ese aumento de la incertidumbre es otra forma de definir la complejidad, y es esta la que en último término se ha visto aumentada. Para gestionar la complejidad el primer requerimiento es por tanto la inteligencia, la capacidad de discriminar estímulos, constantemente jerarquizándolos y decidiendo ante cuales se debe responder y cuales pueden dejarse en un segundo plano momentáneamente, y reevaluando constantemente esta jerarquización, que es siempre dinámica y dependiente del contexto de juego. Cuanta mayor es la inteligencia, mayor facilidad para gestionar ese aumento de la información; cuanto menor es la inteligencia, mayor probabilidad de que el aumento de la información genere más stress y ansiedad. Por eso dice Sergio Corino que “el jugador ahora yo creo que es mucho... no es que antes fuera menos inteligente, sino que hablo de inteligencia táctica porque se juega así, hay que estar mucho más pendiente de muchas más cosas” (Sergio Corino).

El proceso de selección de estímulos es por tanto continuo, no se detiene nunca a lo largo del partido. Cada jugador, en su desempeño individual, debe decidir en cada momento, en función de las referencias de balón, compañeros y contrarios dónde debe situarse para mantener al grupo compacto, reducir espacios y estar en disposición de ayudar a sus compañeros. El jugador debe decidir por tanto constantemente entre varias opciones de comportamiento, ir o no ir a los desmarques, ocupar un espacio u otro, achicar o replegar... y todo ello con una presión temporal, pues la decisión no es solo sobre qué hacer, sino sobre cuándo hacerlo. Solo eligiendo bien el momento de realizar cada una de estas decisiones se puede tener éxito, y la zona, al reducir los espacios también acelera el juego, haciendo que todas estas decisiones y obligaciones se sucedan sin solución de continuidad. Las posibilidades de éxito de una acción se miden en milésimas de segundo y la clave está en saber “cuál es el momento de acometer el hombre a hombre con el jugador, de saber cuándo tienen que dejarlo, de saber cuándo tienen que ocupar un espacio...” (Xavi Aguado).

La decisión está condicionada por las situaciones del juego, es decir, por las acciones de otros compañeros y rivales. En el desequilibrio permanente que es la zona, el jugador debe ser capaz de equilibrar al equipo permanentemente con sus decisiones. Aunque esas situaciones han sido entrenadas, y de hecho suponen, como hemos visto, una gran parte del trabajo táctico que se realiza, una vez en el campo es el jugador el que debe ejercer su juicio. Todo ello hace que sea “mucho más complicado jugar como se juega ahora, mucho más en zona, hay que estar mucho más atento” (Sergio Corino) y sobre todo que los jugadores se destaquen por esa toma de decisiones, que en última instancia “es lo que hace grandes a los futbolistas de talla mundial” (Xavi Aguado), es decir, posibilitan una carrera profesional.

La toma de decisiones es en parte una cualidad innata de los futbolistas, pero hemos visto que a partir de la zona esa cualidad es trabajada, ampliada y sistematizada por el entrenamiento. Ello no implica únicamente una mejora, sino que cambia la relación que el futbolista establece con el juego. Es en ese sentido en que hay que interpretar las palabras de Miguel Ángel García, cuando afirmaba que después de doce años de profesional, *no sabía nada de fútbol*. La comprensión del juego que Miguel Ángel tenía era práctica y directa, resultado de su experiencia en el terreno de juego, y actuaba en él basándose en su intuición, que teniendo en cuenta su mantenimiento en la élite durante años, era generalmente correcta. Por tanto, conocía el fútbol y conocía su trabajo, pero al mismo tiempo no disponía de principios teóricos para explicar y ordenar el juego, principios que conoció cuando hace pocos años siguió el curso de entrenadores. Esa comprensión ordenada del fútbol era sin embargo el objetivo del entrenamiento zonal y era a lo que se refería Cappa cuando hablaba de *entender el juego*. De alguna forma, estos conceptos forman parte de ese nuevo mapa que construye el pensamiento zonal para interpretar el territorio. En este caso, si seguimos la metáfora diríamos que Miguel Ángel jugaba simplemente sin mapa, basándose únicamente en la información de sus sentidos, mientras que Giner ya disfrutaba de un mapa conceptual que le ayudaba a orientarse en el territorio inexplorado que es siempre un partido. Todo ello no puede sino aumentar la sensación de autonomía del sujeto y de empoderamiento, pues le proporciona herramientas para lidiar con su entorno.

Pero existe una gran diferencia entre el jugador que juega sin mapa y el que lo posee. Fundamentalmente, el grado de reflexividad del sujeto, su capacidad para pensar sobre el juego y sobre sí mismo. Un saber sobre el saber, un saber de segundo grado que se refiere al juego y que se impone a la manipulación directa del objeto, el balón de fútbol.

El gusto, tempo, el lector de fútbol más grande que hay en España hoy es un tal Cesc Fàbregas. Ni es rápido, ni chuta mucho, ni dribla, ni remata. Yo creo que tiene, es, de sus virtudes ¿cuál es la que tiene al 100%? Pues no sé cuál decirte, pero las tiene todas... Su retrato robot es inexistente. Es un *savoir-faire*, es un entender del balompié. Él entiende de balompié.

(Michael Robinson)

Se trata de una mezcla de capacidad técnica y táctica y sobre todo de un dominio del oficio, de sus prácticas, de sus secretos, de su lógica interna, lo que hace a Michael Robinson hablar del fútbol contemporáneo como “artesanal”, aunque al contrario que los artesanos, los nuevos futbolistas reciben una formación reglada, planificada y en muchos casos abstracta. En primer lugar, porque ya no vienen de la calle, de pequeños clubes llevados por voluntarios, sino que son resultado de la explosión de infraestructuras y formación de los técnicos que hemos mencionado. Y en segundo lugar, porque en esas escuelas trabajan con un enfoque pedagógico y una metodología específica. Hay “más formación en el fútbol base, más tecnificación, y eso ha producido la revolución del fútbol” (Xavi Aguado).

Eso hace que los conceptos “desde la base de la pirámide ya están asimilados” (Emilio Butragueño), que desde pequeños estén “entrenando movimientos colectivos” (José Antonio Martín, *Petón*) y que sepan por ejemplo que “la amplitud es así, que cuando vas con el balón vas abriendo los espacios, pero a la vez atraes adversarios, y por consiguiente puedes dejar espacios para los demás” (Víctor Muñoz). Y es que en la educación formal se puede graduar el proceso y afinar los objetivos, ir “punto por punto” y “poco a poco” (Iñaki Sáez). En definitiva, se hace hincapié en estructurar su conocimiento alrededor de principios generales, lo que hace que su comprensión del fútbol sea menos intuitiva y más racional. A cambio “se pierde picardía” (Alberto Giraldez), esa picardía que surge del fútbol sin reglas de la calle, donde los espacios son

irregulares, el número de participantes varía, los grupos de edades están mezclados y no hay árbitros y los jugadores deben espabilar para sobrevivir. En ese sentido las nuevas generaciones son distintas de los futbolistas surgidos del azar y de la calle. Más que un enfoque artesanal del juego, tienen uno científico-racional, en el sentido de que dominan y utilizan los principios futbolísticos abstractos en los que han sido formados.

Pero, al igual que en el entrenamiento había que trabajar la toma de decisiones y también la conformación a los patrones de juego colectivos, igualmente el futbolista debe demostrar no solo su inteligencia, sino también su implicación con el funcionamiento colectivo del equipo, su disciplina. El fútbol, pero muy especialmente esta zona que multiplica las tareas y acelera el ritmo, obliga al futbolista a estar permanentemente interactuando e interviniendo. El contenido de la participación en el juego varía de unos puestos a otros y en función de las circunstancias. La solicitud de una mayor implicación en el juego ofensivo de parte de los defensas no puede ser entendido más que como una mejora de su estatus y capital simbólico, pues supone la posibilidad de realizar actividades más valoradas y más divertidas y de estar “más participativo” (Radomir Antic). Se trataría de una mayor autonomía, “más libertad, de subir, de ir a banda, te daba otras cosas” (Alberto Cortijo).

Pero al mismo tiempo, la zona supone pasar a estar inscrito en una red de relaciones y dependencias que limitan efectivamente el ejercicio de esa autonomía. Ese cambio es vivido con mucha mayor claridad por los delanteros, a los que ahora se les suman responsabilidades defensivas, “se le pide más a los puntas que colaboren en el tránsito defensivo, que presionen arriba, que no dejen salir al equipo contrario jugándola” (José Manuel Barla) y una mayor disciplina táctica en ataque para mantener la estabilidad del equipo, lo que se nota especialmente en la desaprobación que reciben los intentos individuales de desestabilizar las defensas, “¡para que luego lo pierda en un regate!” (Mariano Moreno), el sumun del egocentrismo.

Se exige por tanto del jugador que tenga en cuenta siempre las necesidades del equipo, que demuestre su disciplina táctica, tanto en ataque como en defensa. Esta se convierte en la principal cualidad demandada de un futbolista, por encima de técnicas

o físicas. En ella se fusiona una aptitud, la capacidad para interpretar el juego, con una actitud, la voluntad de conformarse a las normas y necesidades colectivas. Es decir, no basta con querer ser disciplinado, además hay que saber serlo. Si el perfil de Cesc era el del conocedor del juego, el de Godín es el de aquel que suma a ese conocimiento el compromiso, de aquellos que están “comprometidos y que saben a lo que juegan”:

Godín no es el más rápido del mundo, ni el que va mejor de cabeza, ni el que mejor juega con el pie, pero él es muy disciplinado, sabe en todo momento cuando tiene que salir, cuando no, cuando tiene que replegar, cuando tiene que achicar espacios, cuando tiene que pegar una patada, cuando tiene que meter el cuerpo, cuando tiene que meter el brazo, o sea, es un jugador que sabe a lo que juega. (...) Y eso es un jugador que ha aprendido y sabe optimizar lo bueno que tiene, y que se vea menos el fallo.

(Sergio Corino)

El binomio compromiso e inteligencia táctica queda así explicitado. Sintomáticamente, de nuevo no hay en esta descripción de Godín ninguna referencia ni a sus cualidades físicas ni técnicas. De hecho, Corino dice también que es de aquellos que “tienen menos calidad pero juegan porque son buenos”, es decir, que más importantes que las habilidades con el balón serían su capacidad para interpretar el juego y su compromiso. En ese sentido el uso del término *disciplinado* para referirse a Godín es polisémico, al mismo tiempo cumplidor de las órdenes recibidas y capaz de mantener la calma y controlar sus impulsos.

Son estos jugadores tácticamente cultivados y disciplinados los que reclama el fútbol zonal. No es simplemente que los jugadores de ahora sean *mejores* o *más inteligentes*, sino de que tienen una aproximación diferente al juego. Esa ruptura queda plasmada en esta extensa, pero reveladora anécdota de *Felines*:

Un futbolista con el balón en los pies tiene que joder, se tiene que manifestar él. Tiene que saber cómo es... yo muchas veces... Yo he tenido un sobrino en el Real Madrid, un tal Vázquez, que le tenían... le llamaban el Xavi, o no sé qué (...) ¡Pues un fenómeno! Eso lo decían los rectores del Real Madrid. Bueno, pues ha ido pasando el tiempo, ahora está en el Melilla, y no ha pasado.... Estuvo en Segunda en el Huesca el año pasado, y yo le

decía eso a mi hermano, insisto que era el abuelo de él, y yo le decía, pero si es que no... si es que no tiene personalidad propia, cuando él coge el balón tiene que hacer más cosas, una vez tirar a puerta, aunque sea desde medio campo. Hacer cosas que tienen que salirle a uno de su personalidad, que tiene que estar puesta por encima de lo demás. No por encima de lo demás, pero que tiene que notarse algo. ¡Y era tan cómodo, que p'acá, para allá, que en seguida se quitaba el balón del pie! Y digo pues eso no es, yo le daría más libertad al jugador para que hiciera algo más. Pues mira dónde ha llegado. Ya no sale de segunda B (Félix Barderas, *Felines*)

En primer lugar, su sobrino era un centrocampista cuya mayor virtud era la construcción del juego, entendida como capacidad para leer la situación y dar el pase adecuado al jugador adecuado para dar continuidad y aprovechar las ventajas tácticas en cada momento. Como él mismo dice, debemos imaginarle similar a Xavi quizás cuando aún jugaba de mediocentro. Y en ese sentido, similar a la descripción que Robinson hacía de Cesc, un jugador cuya principal virtud era la lectura del juego, el saber sobre el saber futbolístico. Por tanto, en principio poseía esa inteligencia táctica que se supone que hoy en día es la cualidad más apreciada en un futbolista, lo que hacía albergar grandes esperanzas en él.

Para *Felines*, ese estilo de juego supone aparentemente la disolución del individuo en el sistema. Pero, como hemos ido viendo, no se trata de coerción, sino de integración. El jugador no tiene una serie de normas estrictas que cumplir, de las que no pueda salirse; por el contrario, goza de una amplia autonomía para decidir qué hacer en cada momento y por tanto realiza una actividad rica y creativa. Sin embargo, su posición es la de facilitador, elemento de unión entre las partes del sistema, subordinado en todo momento al interés del conjunto. *Felines* exclama que la personalidad tiene que estar por encima de lo demás, aunque rápidamente se da cuenta, como entrenador, de que esa idea va en contra de la justificación misma de su figura. Lo importante es la idea de subordinación, de puesta del conjunto por encima del individuo en toda circunstancia. La individualidad se perdería en un acto de comunicación virtuosa en el que el jugador queda reducido a punto, a nodo por el que se traslada la información –el balón– y cuya máxima responsabilidad sería facilitar esa comunicación, eliminar el ruido que supondría para el sistema una interrupción como un exceso de retención o un regate.

Los jugadores actuales no serían –o no podría evaluarse si lo son– más o menos técnicos que los pasados, sino que entienden las interrupciones individuales como algo negativo que interfiere en el desarrollo óptimo de la jugada.

El debate sobre si los jugadores de la calle eran más habilidosos que los de las escuelas estaría errando el foco, porque la desaparición del riesgo y la inventiva no sería consecuencia de una menor capacidad, sino de una renuncia a ejercerla. Esa renuncia sería su interpretación táctica, la forma que toma la inteligencia táctica en ataque frente a la zona. Porque la zona condiciona el ataque, como vimos, reduciendo el tiempo y el espacio y provocando la superioridad numérica. Cuanto menos tiempo y espacio, más necesidad de mover el balón para generar ambos, y cuantas más situaciones de inferioridad numérica, más riesgo conlleva el regate y menos posibilidades de éxito tiene. Su extinción y la del regateador serían el resultado de la disminución de los espacios y el tiempo, lo que explica que en otros lugares como Sudamérica haya “cosas hermosas que aquí ya no veo” porque “hay tanto tiempo para pensar, y tanto tiempo para hacer lo que quieras, que madre mía” (Alberto Giráldez).

Así, la renuncia al regate sería resultado de unas presiones estructurales que reducen los beneficios de ciertas acciones, y el valor de los jugadores que las ejecutan, promoviendo indirectamente un enfoque del juego basado en el pase y la combinación y a los jugadores que puedan llevarlo a cabo. En ese sentido, *Felines* explicita en varios momentos que la forma de jugar del chico era a la vez su forma de entender el fútbol y la forma en la que la formación recibida le había hecho entenderla. Es un perfecto ejemplo de formación de la identidad por un proceso de socialización: en cada ocasión que interpretaba su juego de esa forma, había recibido un refuerzo positivo por parte de sus entrenadores, hasta convertir ese estilo en algo incorporado a su yo íntimo, hasta formar parte de su habitus, de sus esquemas de conocimiento y clasificación. Pero para *Felines* se trata de un proceso de limitación de la libertad y sobre todo de represión de las inclinaciones naturales del jugador. De forma natural, todo jugador tendría tendencia a querer ser protagonista, a realizar acciones significativas en el juego. Si él hubiese estado en el campo, habría explotado en un momento u otro y habría tirado a gol, aunque fuese del medio campo, para sacarse de encima todo ese control táctico que le asfixiaba.

Felines no puede concebir que ese núcleo irrompible de la personalidad que lucha por expresarse no exista realmente, y que el jugador, criado en ese esquema cognitivo de la táctica moderna, no tenga en realidad ningún instinto reprimido, sino que la disciplina táctica sea parte de su yo íntimo, de lo que es y de cómo se entiende a sí mismo en el mundo. Que, siguiendo el ejemplo, no tenga ninguna necesidad de tirar desde el centro del campo, que no resienta ninguna opresión y que una acción de ese tipo pueda parecerle simplemente absurda.

Esa distancia emocional en el juicio, esa visión aséptica y racional del juego es típica de un contexto académico de formación reglada, en el que se respetan límites y tiempos y en el que el mismo concepto de educación remite a la capacidad de ejercer un juicio racional. En el fútbol de la calle, el sobrino se habría expuesto a un ecosistema agresivo que le habría obligado a desarrollar otra serie de cualidades, como la picardía y el egoísmo, si hubiese querido triunfar y recibir el reconocimiento de sus pares, que hubiesen sido los que en ese contexto habrían tenido la función de legitimar y valorar un comportamiento. En consecuencia, habría interiorizado a su vez ese concepto de libertad y realización personal que *Felines* tiene asociado al fútbol, y que el mismo *mamá de la calle*. Por el contrario, en el entorno controlado del fútbol formativo, el principio de autoridad es de los entrenadores, no de los pares, que están todos subordinados a esa autoridad desconocida en las calles. Por lo tanto, será al entrenador al que el jugador intentará agradar. El entrenador a su vez eliminará la heterogeneidad de la práctica asociada a la calle, evitará las situaciones injustas o de inferioridad o de lucha sin normas del fútbol callejero y trabajará pacientemente las cualidades de los jugadores para adaptarse a los requerimientos del fútbol moderno. El jugador podrá superar etapas formativas con un esquema claro de clasificación –seguir o no adelante en el proceso de selección– y al mismo tiempo organizará su percepción y clasificación en función de esos patrones y principios claros que recibe en su educación y que son al mismo tiempo teóricos –cómo se generan los espacios, cómo funciona una defensa zonal– y normativos –el retorno defensivo, cuándo se debe hacer una acción o no. Al final del proceso, tendrá unas habilidades y un *habitus* perfectamente sincronizados entre sí y con las demandas del mercado futbolístico, y por supuesto todo el trabajo que los entrenadores de alto nivel debían realizar al

principio para instaurar la zona estará prácticamente hecho en los dos niveles: los jugadores sabrán cómo hacerlo, y tendrán interiorizada la importancia de ese trabajo, no lo resentirán como una imposición externa. El propio *Felines* tiene claro que “en estos momentos eso se puede hacer con facilidad porque los futbolistas ya tienen otro tipo de mentalidad”, es decir, que “ponen bastante más atención que hace 30 años” (David Vidal).

Más importante aún, tendrán una actitud diferente frente al entrenamiento y el desarrollo personal. Mientras que los futbolistas anteriormente se consideraban formados cuando alcanzaban niveles profesionales, las nuevas generaciones van a admitir de forma natural el concepto de formación continua. Percibirán de forma natural las sesiones de video tras el partido para analizar “los fallos y las cosas buenas que ha hecho” (David Vidal), y correcciones tan específicas como “a la hora de defender lado opuesto, la dirección de los pies para que llegara antes a la portería que mi extremo” (Mikel Etxarri). Es decir, serán profesionales “con inquietudes y con objetivos y con ambición” (José Francisco Molina) que gracias a su formación se han hecho más flexibles, pues están acostumbrados “A modificar, a adaptarse. A la adaptación” (Víctor Muñoz).

El cambio se hace definitivamente evidente cuando ponemos a prueba uno de los adagios clásicos del fútbol, aquel del *está todo inventado*. Preguntado Corino por si en sus últimos años se convirtió en un veterano descreído como los que había conocido, responde:

No... Hombre, aprender se aprende todos los días. Pero ya no solo igual en una manera táctica o técnica, puede ser solo comportamiento del entrenador con respecto a los jugadores. Todo el día se aprende. Está claro que habrá momentos que tu vehemencia dice ¡buah!, esto lo he hecho mil veces y lo sé hacer, pero es que luego el tiempo te pone en tu sitio, porque el entrenador te plasma un video y dice ¿tú no decías que sabías hacer la cobertura, permuta y achicar, y luego en el partido no lo haces? ¿Sabes? Y ahí es cuando dices, pues es que igual no sé tanto como digo que sé. (Sergio Corino)

Pero la zona no solo transformó el perfil de los jugadores, sino que en íntima relación con este cambio, modificó las relaciones en el interior del equipo. La zona exige como hemos visto una responsabilidad compartida de todo el equipo, lo que tenía una doble consecuencia: por un lado modificar el estatus relativo de defensores y atacantes y por el otro cambiar los modos de la responsabilidad y la colaboración entre jugadores.

Si comenzamos por esto último, vemos que tradicionalmente la zona ha gozado de la consideración de ser una forma de solidaridad entre jugadores. Para muchos entrevistados, la zona no implica únicamente una forma de actuar, sino una forma de pensar, un sistema basado en la “cooperación” (Xavi Aguado), en donde “si tu caes, tienes la ayuda del compañero” (Víctor Muñoz), una especie de “socialismo sobre el terreno de juego” (Michael Robinson). Entre los entrevistados resurge así de forma recurrente la idea de que esa ayuda es voluntaria, desinteresada, y de alguna forma provocada por el interés del jugador de cuidar, de proteger al compañero, en función de una relación afectiva, no profesional.

Siguiendo esa idea, la coordinación, comunicación y confianza implícitas en la zona serían imposibles sin un compromiso moral, sin una visión ética de la vida y del fútbol, que quedaría mejor resumida en ese *para jugar en zona es necesario vivir en zona*. Sin embargo, lo cierto es que aunque en la zona todos deben ayudarse y corregirse mutuamente, porque todos dependen de todos, creándose una “responsabilidad colectiva” (Ángel Cappa), ello es parte de un entramado táctico, y no necesariamente de un contrato moral.

El problema es que no está claro cómo se traslada o traduce esa responsabilidad individual que resiente por ejemplo el defensor frente al gol recibido en la responsabilidad colectiva de la zona. Está claro que la zona necesita de una confianza recíproca entre todos los miembros del equipo, que haga que el jugador sepa que va a ser ayudado si se equivoca, pero también que cuando un contrario abandona su zona de responsabilidad va a ser correctamente defendido por el compañero. Pero su necesidad teórica no implica su realidad práctica. De hecho, frente a las interpretaciones de la zona como garantía de solidaridad, surgen otras que la consideran su opuesto, un sistema que permite la irresponsabilidad, porque es “tan

subjetiva y (...) y ahí una mala coordinación entre los jugadores produce un gol, un error, y después a ver quién es el que ha tenido la culpa” (José Manuel Barla). En consecuencia, esa responsabilidad colectiva diluiría la responsabilidad individual, permitiendo comportamientos no deseados de delegación de la responsabilidad que no podrían ser identificados tan fácilmente como en la defensa individual, dando lugar a lo contrario que pretendía alcanzar, jugadores desentendidos del juego y refugiados en la complejidad táctica para ocultar sus vicios, porque “los futbolistas, y nos incluimos todos, pues solemos tirar por la comodidad y bueno, yo marco en zona, y mi zonita y le doy espacio y cuando me doy cuenta pues ya no hay tiempo” (José Manuel Barla).

Es decir, que la actitud sería tan importante como la aptitud, y que la zona requeriría de ambas para alcanzar un funcionamiento óptimo. Pero la implicación es una medida de la inversión emocional que el futbolista realiza en el juego y de la capacidad de los demás actores de monitorizar y evaluar el rendimiento del jugador, es decir, las relaciones de poder y de control entre jugadores y entrenador. Por tanto, la primera cuestión es cómo puede evaluarse el rendimiento del jugador en la zona, y como vemos no existen criterios objetivos para hacerlo, pues un desajuste en una defensa en zona siempre tendrá varios responsables, por acción u omisión, y por tanto será muy difícil de adjudicar una responsabilidad clara.

Ello hace que al igual que en el entrenamiento, la cuestión del rendimiento caiga dentro del examen subjetivo e individual. Si se permite la metáfora, es un cambio similar al de pasar del sistema católico de confesión, con su mecanismo claro de expiación, al examen de conciencia íntimo del protestantismo, basado en la percepción individual. Por tanto, al igual que en el entrenamiento, ante la imposibilidad de asignar responsabilidades el entrenador deberá abandonar una política de castigos y centrarse en alcanzar el compromiso voluntario, la motivación intrínseca de los jugadores.

Ello, como decíamos, será seguramente fácil en el caso de los defensas, que han visto mejorar su estatus y reputación. Pero ¿qué sucede en el caso de los delanteros, súbitamente obligados a defender? En este caso, una mayor implicación en el juego no

supone una capacitación técnica o táctica ni una mejora del status, sino por el contrario su participación en tareas de las que previamente estaban exentos y que tradicionalmente han sido percibidas como inferiores a su estatus, y una reducción de su autonomía.

En principio, no hay dudas de que la nueva disciplina táctica afecta a todo el mundo, y que aquel que “no juega en equipo (...) conmigo seguramente no jugaría, o se adaptaría a las circunstancias estas, intentaría hacerle pensar” (Víctor Muñoz). La cosa cambia radicalmente si ese jugador aunque “no tiene capacidad para bajar, ni capacidad física ni capacidad mental (...) es el que me va a ganar los partidos” en cuyo caso “no me queda más remedio que jugar con diez y dejarle libre y que haga lo que quiera” (Víctor Muñoz).

Y es que la posición del delantero será siempre privilegiada en tanto en cuanto proporciona aquello que es más valioso para un equipo de fútbol, el gol. Por tanto, no es tan simple como decir que quienes no se conformen a las nuevas exigencias no podrán encontrar sitio en el máximo nivel. Los entrenadores, en realidad, están obligados a negociar y conciliar a los distintos elementos del equipo para obtener el máximo rendimiento, pues su propia posición en el equipo depende del resultado más aún que de su autoridad sobre el equipo. Por ello muchas veces deben dejar a un lado sus principios tácticos o éticos y alcanzar soluciones de compromiso que permitan maximizar el capital futbolístico del equipo.

Pero lo cierto es que esta posición de poder de un jugador se limita a casos excepcionales, y en la mayoría de los casos el poder del entrenador es superior al de los jugadores de forma individual, y el jugador tendrá que *adaptarse a las circunstancias* o el entrenador logrará *hacerle pensar*. Porque el entrenador duda entre asignar su déficit a un problema de actitud o de formación, cuando ambos procesos están inextricablemente unidos. Es un chupón porque no tiene formación táctica, y no tiene formación táctica porque es un chupón. Hacerle pensar, hacerle incorporar los conceptos tácticos del fútbol moderno, al aumentar su capital táctico modificaría también su personalidad, por lo que no necesitaría esa adaptación a las circunstancias que implica coerción, sino que esas circunstancias pasarían a estar

integradas en su personalidad como lo estuvo el egoísmo primero. Esa reeducación debe ser sin duda un proceso arduo, que en muy pocas ocasiones podrá llevar a cabo un entrenador de alto nivel con la presión temporal de la competición. Por eso, muchas veces, es el jugador el que debe mostrar su capacidad de reciclaje profesional:

Y el que no lo tenga, no esté dispuesto a asumir, o a sacrificar esa cuota de iniciativa individual para completar una idea colectiva lo tiene difícil. (...) Nosotros aquí a veces ves jugadores con talento, chicos con posibilidades, pero tienes esa duda de si cuando lleguen al mundo profesional van a ser capaces de hacer convivir las exigencias tácticas del fútbol moderno con sus propias características. Algunos lo consiguen y otros que no. (Miguel Pardeza)

El jugador debe adaptarse, pero una vez ha construido su posición en el campo y su identidad alrededor de sus cualidades, que no son tácticas, el cambio supone un cambio de actitud que se asemeja a la conversión, a la inversión de valores, y que probablemente solo es posible tras una experiencia de desclasamiento: en el momento en que la carrera futbolística se pone en peligro –llegar o no llegar– el jugador deberá enfrentarse a su situación y decidir entre cambiar o perseverar. La diferencia entre los que se adaptan o no es su capacidad para gestionar su carrera:

No, a ver, siempre, a ver, la inteligencia en el jugador es fundamental. Hay jugadores, yo he vivido jugadores en la cantera del Athletic que eran espectaculares y no han llegado. ¿Por qué? Por circunstancias, puedes tener mucha calidad técnica pero uno tiene menos cabeza, y yo, de todos los jugadores siempre hemos dicho, si este hubiera, claro si yo hubiera tenido más cabeza, en vez de jugar en el Athletic o en los equipos que he jugado, pues hubiera jugado en otros equipos mejores. Pero es que es normal, si yo hubiera tenido una mejor pierna izquierda pues hubiera... a ver, esto, cada uno es como es, y lo que intentas hacer, o lo que creo que debe hacer ya no solo un central o un defensa, sino... saber cuáles son sus virtudes y sus defectos minimizarlos al máximo, que se vean lo menos posible. (Sergio Corino)

No se trata aquí de inteligencia táctica, sino de inteligencia emocional. La capacidad de evaluarse objetivamente, o al menos siguiendo los patrones que impone el campo, y desarrollar una estrategia para adaptarse a estos o al menos poner en valor el capital del que se dispone y maximizarlo en el mercado. El problema es que *cada uno es como es*, y algunos no tienen *cabeza*, es decir, que Corino pudo sacar provecho de sus cualidades porque entre ellas estaba esa capacidad de sacrificio del lucimiento personal y de análisis de las circunstancias que otros no tienen y que no pueden desarrollar porque no son habilidades, sino estructuras profundas de la personalidad. Porque en último término se trata de desarrollar una carrera profesional, y en el mercado actual, “el tipo que es disciplinado, sacrificado y que tiene retorno defensivo, y que defiende bien y roba, más si roba sin hacer falta, gana dinero en el fútbol” (José Antonio Martín, *Petón*) mientras que la zona se convierte en la pesadilla del “media-punta vago” aquel que “amparándose en que la zona le coarta y le limita, no quiere correr” (Benítez, 1997, p. 11).

Todo este cambio de las identidades y las relaciones en el seno de un equipo son el resultado de un cambio más profundo en la valoración del capital futbolístico. Ese *capital corporal* de Wacquant es en el caso del fútbol –y de todos los deportes– múltiple, formado por todas las cualidades, tácticas, técnicas, físicas y psicológicas del jugador. El conjunto de todas esas habilidades y capacidades conforma el capital corporal o futbolístico del jugador, y ese capital configura su habitus, su conjunto de esquemas de clasificación del mundo, es decir, su identidad. Surgen así las tipologías clásicas de futbolistas que dan sentido simbólico al fútbol, como el central leñero, el extremo veloz o el delantero chupón, que son las expresiones últimas de ese capital y de ese habitus.

La zona ha producido un cambio en el valor de las distintas cualidades futbolísticas que a su vez modifica las tasas de intercambio de los distintos capitales futbolísticos, es decir, del valor de unos capitales frente a otros. Al cambiar el valor de los capitales, cambia el valor global del capital futbolístico de los jugadores, y por tanto su posición en el campo. Se modifica así la relación de fuerzas dentro del mismo. Existen en este cambio dos dimensiones: por un lado, la pacificación devaluó el valor del capital físico, pues este ya no podía ni ejercerse al máximo ni tener que soportarse, y devaluó los

rasgos de la personalidad más asociados a la violencia, como la agresividad, el pundonor y la combatividad. Por el otro lado, la zona aumentó obligó a los defensas a aumentar su capital técnico y aumentó globalmente el valor del capital táctico.

Si combinamos el descenso de la utilidad de la capacidad física junto con el aumento de la técnica y la táctica, vemos que en la posición de defensa se ha producido prácticamente una inversión de las cualidades requeridas para el puesto. Es decir, las tasas de intercambio de los distintos capitales han cambiado, y el capital físico tiene un valor tan reducido, que para compensar la ausencia de capital técnico y táctico un defensa tendría que tener unas capacidades físicas sobrenaturales, que le permitiesen corregir sus errores de lectura en defensa y ejecución en ataque, todo lo cual es prácticamente imposible de lograr. Han desaparecido así los *centrales*, *centrales*, los centrales marcadores que se definían en función de su masculinidad agresiva y su potencia física, y han surgido unos nuevos defensas que aunque siguen necesitando fuerza y siguen recurriendo a la violencia, no pueden basar su carrera profesional en estas cualidades, que ya no garantizan un puesto de trabajo, sino que deben hacerlo en su lectura táctica y manejo de balón, en consecuencia de lo cual sus niveles de masculinidad agresiva han descendido y ha aumentado su acercamiento racional al fútbol.

En general, el valor de lo físico ha sufrido un descenso muy importante, sobre todo si tenemos en cuenta la posición de preeminencia en el que se encontraba. Como vimos, a principios de la década de los ochenta era legítimo afirmar que el potencial físico era lo más determinante en un jugador, que un atleta podía convertirse en una estrella aunque careciese de competencias técnicas y tácticas. Ese tipo de discursos es insostenible hoy en día, y existe el consenso establecido de que las cualidades específicas del fútbol son mucho más determinantes que las capacidades genéricas, como el físico.

Pero para los defensas no se ha tratado únicamente de sustitución de unos capitales por otros, sino que han surgido de la transformación con más capital futbolístico del que poseían sus predecesores. Al mismo tiempo, las competencias relacionadas con el ataque han experimentado una devaluación respecto a las competencias defensivas.

En general, se ha producido una igualación de los roles y de las competencias de defensas y delanteros, lo que ha tenido como consecuencia una cierta nivelación de su estatus. Ese proceso genera reticencias que se expresan en el análisis futbolístico:

... es como los laterales que se llevan subiendo la banda 40 millones de veces, pero suben 40 millones de veces pero no crean peligro nunca, entonces bueno, yo creo y es mi opinión que un defensa primero es defensa, y cuando vaya a subir es para sorprender. Entonces bueno, la mentalidad suya debe ser defender y que no le superen y que no te creen peligro, y luego ya si estás sobrado y surge la opción subir. (José Manuel Barla)

En esta declaración vemos que, implícitamente, Barla parece entender que el lateral que sube constantemente la banda está desatendiendo sus tareas defensivas, y al mismo tiempo que ese comportamiento está relacionado con su mentalidad. Por el contrario, hemos visto cómo para otros el lateral debe comportarse como extremo en ataque, es decir, que su ocupación de posiciones ofensivas no es un rol complementario al defensivo sino igualmente sustancial que debe atender con el mismo nivel de obligatoriedad, independientemente de sus preferencias personales. Lo que vemos en último término es un desplazamiento de la definición de defensa, de ser una posición acotada al rol de impedir el gol contrario a una apertura que implica que el defensa, a pesar de su denominación, tiene roles ofensivos y defensivos por igual. Ese cambio futbolístico implica que en lugar de tener una serie de posiciones con funciones rígidas que no pueden traspasarse salvo ocasión excepcional, ahora las posiciones y funciones se definen dinámicamente según las circunstancias del equipo, y potencialmente todos los jugadores ocupan todas las posiciones y realizan todas las funciones a lo largo de un partido. De ahí que Giráldez para aclararle a sus jugadores les dijese a los laterales que ellos, en ciertas circunstancias, eran centrales, y en otro momento Radomir Antic diga que “cuando bajas a defender en el último tercio de campo, tú no eres un extremo derecha, tienes que ajustar tu comportamiento de acuerdo con esta zona”.

Ese funcionamiento corroe las visiones clásicas de los jugadores como laterales, extremos, enganches o centrales, porque convierte lo que eran definiciones cerradas

en tendencias a actuar en ciertas partes del campo y con ciertas funciones. Y esas definiciones clásicas eran a su vez el fundamento de la identidad del futbolista y de las relaciones jerárquicas entre ellos. Barla no se opone a que los laterales suban al ataque siempre y cuando, forzando la interpretación, sepan cual es su *lugar* en el equipo. Es un lugar social, no espacial, porque lo que teme es que los defensas dejen de ser defensas en el sentido identitario del término, que pierdan esa mentalidad propia, conservadora, sacrificada y subordinada al bien del equipo, que en último término ofrece la seguridad necesaria para que los atacantes, en cumplimiento de su rol tradicional, arriesguen y se equivoquen en las posiciones avanzadas. La dificultad que supone el adagio asociado a la zona según el cual todos atacan y todos defienden es que quiebra la comunidad tradicional que formaba un equipo, en la que cada uno tenía una posición y un rol asignados que se condensaban en una identidad pero que también estaban jerarquizados, implicaban una red de relaciones de poder. Si el equipo pasa a convertirse en un sistema de elementos polivalentes en el que todos hacen de todo, se diluyen las identidades y las jerarquías tradicionales.

Al igual que la zona transforma el valor de las cualidades futbolísticas y por ende las relaciones de fuerza entre futbolistas, opera un cambio de similar calado en las relaciones entre futbolistas y entrenadores. De alguna forma, el estatus de un entrenador entre sus jugadores podía ser entendida como la de *primus inter pares*. La legitimidad del poder del entrenador provenía de la misma fuente que la de los jugadores: su conocimiento práctico del oficio. Como tal, se le podía reconocer que tenía más conocimientos que los jugadores, pero él a su vez debía reconocer el ámbito de autonomía de sus jugadores. De hecho, la propia consideración del fútbol como conocimiento práctico le forzaba a reconocer que él no podía decirle a un jugador cómo debía jugar, puesto que esa decisión dependía del conocimiento íntimo e instantáneo del jugador inserto en el juego. Mediante la introducción de la zona el entrenador refuerza su capital intelectual frente a los jugadores, haciéndose con el monopolio de áreas de actuación reservada a éstos hasta ese momento. Pero sobre todo lo hace recurriendo a una fuente distinta de poder y legitimidad, que es el conocimiento externo, objetivo, del juego. Los entrenadores siempre han considerado que los jugadores no entendían el juego porque tenían una visión demasiado cerrada,

demasiado apegada al instinto, pero siempre habían entendido que su conocimiento era una reflexión desde la práctica, una ordenación de lo aprendido en el campo. La zona es, sin embargo, una pretensión de legitimidad que se funda en la idea de que el conocimiento del entrenador no es mayor, sino distinto.

Al mismo tiempo que el entrenador impone su soberanía sobre nuevas áreas del saber futbolístico, se enfrenta a la contradicción de que para imponerla debe lograr el asentimiento de sus subordinados. Como vimos, la zona reclama para ser eficiente que se acepte y que se entienda, siendo insuficientes el desarrollo de solo una de las dos dimensiones. Para lograr el consentimiento del jugador debe convencerle de que sus conocimientos son superiores, y para ello debe transmitir esos conocimientos. Esa dimensión inevitablemente pedagógica de la zona hace que para que el entrenador afiance su poder debe perder paulatinamente lo que lo soporta, que es su mejor comprensión del juego. Cuanto más éxito tenga en la labor pedagógica, menos distancia le separará de sus jugadores.

4.4. Hacia un mapa del campo del fútbol profesional

A lo largo de las páginas precedentes, hemos visto cómo los agentes del campo del fútbol profesional están constantemente luchando por imponer su definición de lo que es el fútbol para excluir simbólicamente a quienes no lo entienden de ese modo. La lucha en el plano simbólico es determinante porque en función de la idea aceptada de lo que es el fútbol surgen también las leyes de valoración del capital futbolístico, es decir, que cada definición del fútbol llevará implícita una mayor estima de unas cualidades frente a otras. Así, los agentes luchan por imponer una definición del fútbol que valore, precisamente, los capitales que ellos mismos poseen. Sería incongruente que uno de esos media-puntas *vagos* defendiese la idea de que lo más importante en el fútbol es la disciplina colectiva, el valor precisamente del que él carece, o que un entrenador sin pasado como futbolista defendiese la idea de que es la práctica la única fuente auténtica de conocimiento futbolístico. Entendemos por tanto que, como venimos diciendo, el capital genera una posición en el campo y un habitus con unos valores, y ambas dimensiones confluyen en una identidad global coherente. Por tanto,

los debates futbolísticos son tanto debates teóricos como luchas por la posición en el campo.

En concreto, los debates alrededor de la zona cristalizaron alrededor de la idea del buen juego. Sin embargo, como hemos visto, ese debate mezclaba dos niveles de la discusión futbolística: por un lado, un debate ético sobre los derechos y deberes de los futbolistas y el lugar del espectáculo en el juego; por otro lado, un debate técnico sobre la mejor forma de jugar entre aquellos que sostenían que el conocimiento futbolístico era práctico y sensitivo y quienes creían en un conocimiento objetivo y formalizado. Ambos debates han recorrido las tradiciones futbolísticas de los más diferentes países, y son digamos consustanciales al fútbol. Entendemos que lo son porque son en realidad la forma que toma la lucha en el campo por la imposición de unos u otros capitales, es decir, las luchas que lo estructuran. La idea de Bourdieu es que en todo campo hay un capital por el que luchar, y esa lucha genera una construcción simbólica en el que los actores se dividen en función de una dicotomía.

En el caso del fútbol existen dos tipos fundamentales de capital: el capital futbolístico, la capacidad reconocida para jugar al fútbol, y el capital cultural, la capacidad para saber de fútbol o conocimiento legítimo. En el primer caso, la lucha por el reconocimiento de los distintos capitales futbolísticos se estructura en torno al debate sobre los derechos y obligaciones de los futbolistas y su rol en los equipos, el debate ético. La lucha por el reconocimiento del capital cultural legítimo se expresa en la lucha por definir la mejor forma de jugar y sus motivos, el debate técnico. Cada uno de estos debates genera ese par dicotómico del que habla Bourdieu, en el primer caso la contraposición entre libertad y orden, y en el segundo entre conocimiento práctico y conocimiento científico.

4.4.1. El debate ético: victoria, espectáculo y capital futbolístico

Tal y como venimos diciendo un equipo de fútbol profesional es un grupo sometido inevitablemente a conflictos, por un lado entre cada jugador individual por su puesto en el equipo, y por el otro derivado de las diferencias estructurales que surgen del reparto de roles y tareas. Estos conflictos de intereses en el seno de un equipo son

hasta cierto punto un tabú que solo se ha expresado en los discursos mediante el humor, que se usa como válvula de escape. Pero ante cambios organizativos del calado de la zona es inevitable que se aprecien sus consecuencias sobre los individuos, como el aumento de la disciplina táctica para los delanteros:

Y había gente indudablemente que podía estar a favor de esa forma de entender el fútbol, no. Sobre todo los defensas eran mucho más proclives a esos sacrificios, porque siempre que se hacían sacrificios en ese sentido era en beneficio del apartado defensivo. (Miguel Pardeza)

Efectivamente, su compañero Xavi Aguado era especialmente elogioso hacia la zona como dispositivo defensivo y defensor de la necesidad de un funcionamiento colectivo que implicase también a los delanteros. Hay un interés personal evidente en que uno reciba más ayuda para facilitar su tarea, y al mismo tiempo es normal que los delanteros se resistan a hacer tareas que no les gustan.

Bueno, defender es una parte del fútbol, para mí desde luego no es lo más entretenido, pero yo he sido delantero. Supongo que para un defensa no. (Miguel Pardeza)

Pero curiosamente, Pardeza habla de que los sacrificios siempre eran en beneficio de la defensa, como si el equipo se subordinase de manera injusta a una parte del mismo. Al mismo tiempo, él mismo o Robinson han afirmado que ni les gustaba ni les interesaba defender, que era una labor hasta cierto punto inferior, y que “el delantero lo que quería era jugar para arriba y para atrás que defendiera el defensa”. Es decir, que los delanteros tenían conciencia de que ellos llevaban a cabo la parte socialmente definida como divertida del trabajo y que estaban liberados de tareas desagradables. Por tanto, simplemente una concepción igualitaria o democrática les tendría que llevar a reconocer la legitimidad de las demandas de los defensas, la necesidad de una igualación de los roles. Políticamente solo hay una forma de justificar la desigualdad, y es fundarla como hace el discurso del buen fútbol en la eficiencia. Es decir, considerar que la despreocupación de los delanteros por la defensa es necesaria para aumentar su rendimiento en ataque, y que ese mayor rendimiento permite lograr mejores resultados.

Escribió José Ingeniero que el cemento sostiene el mosaico bizantino; pero una cosa es el cemento y otra el mosaico... También en fútbol cabe esa lógica, que no es otra que la de la complementariedad. Hay futbolistas jornaleros que trabajan para otros artísticos, brillantes, decisivos. Para que un jugador se pare a pensar, el otro se tiene que poner a correr. Los dos son necesarios, nadie lo discute, pero uno vale lo que el mosaico, y el otro, lo que el cemento. (Valdano, 2002, p.238)

Visto así, el debate sale de la esfera ética y política para entrar en la técnica. Al delantero le encantaría correr y ayudar a defender a su equipo, pero no puede porque entonces no rinde en ataque. Y como el ataque es más importante que la defensa, como nos indica la teoría sobre cómo jugar bien al fútbol, permitir que el delantero no defienda es una necesidad técnica que deriva en necesidad ética por mor de respetar el juego. Volvemos pues a la jerarquización de habilidades en función de la comprensión que se tiene del juego, el cemento y el mosaico.

Y sin embargo, a pesar de la superioridad del ataque, Pardeza observa que hay jugadores con talento que no llegan, lo que supone la existencia de un error o una contradicción entre dos criterios distintos de evaluación. Por un lado, en el criterio absoluto del fútbol el talento es la variable más discriminante, la más correcta para valorar a los futbolistas. Pero en el contexto del fútbol profesional, surge un criterio alternativo que es la funcionalidad del jugador dentro de un equipo, su utilidad para lograr un funcionamiento armonioso. Si profundizamos, la oposición no es entre fútbol y fútbol profesional, puesto que como venimos discutiendo también en el fútbol amateur se trata de ganar, y por tanto la evaluación también tiene que tener en cuenta la utilidad del jugador. Es, de nuevo, la oposición entre el juego como conjunto de normas que posibilitan el desarrollo de unas habilidades y la competición como forma de lucha para determinar la superioridad. Pardeza está de nuevo reduciendo el fútbol al juego y excluyendo al aspecto competitivo del mismo, y manifestando que responden a lógicas distintas. Cuando se apuesta por el ataque se apuesta por el juego, cuando se hace por la defensa se apuesta por la competición. Estamos de nuevo en el discurso sobre el buen juego, que solo puede integrar la competición con la asunción

de que ese buen juego es también más eficiente, subordinando la organización al talento en aras de una mayor eficiencia:

Yo creo que el fútbol consiste básicamente en elegir a los mejores y organizarlos, no hacer una organización y coger a los jugadores que le sirvan a la organización, pero bueno. (Miguel Pardeza)

Por el contrario, Corino decía que Godín representaba a aquellos jugadores *que tienen menos calidad pero juegan porque son buenos*. Los dos utilizan el término *bueno* pero con definiciones distintas. Es decir, luchan por definir lo que es un buen futbolista. Si profundizamos en lo que quieren decir ambos, a primera vista parecería que para Pardeza la calidad se refiere a la capacidad técnica, pero en realidad es algo más: cuando un jugador haciendo uso de su capacidad técnica realiza un pase muy difícil que deja solo al compañero delante del portero, ha utilizado también una inmensa capacidad táctica para leer la situación de juego y ejecutar la acción que más beneficios reportaba al equipo. Por tanto, el talento incluye capacidad técnica y táctica, dominio del balón y conocimiento del juego. Lo que le falta al jugador con talento de Pardeza no es inteligencia táctica sino disciplina táctica. Él, si quisiese, podría ser tan funcional como el que más, pero se resiste a subordinar su capacidad táctica a las necesidades del equipo, a reprimir su instinto futbolístico que es la expresión de sus capacidades y de su identidad, él es por ejemplo un *media-punta vago*. Es la disciplina lo que le falta, y por tanto es un problema de falta de actitud que sería en realidad una expresión de un desajuste entre su ética y la ley moral. El jugador está inmerso en un campo del que no aprueba su funcionamiento, y amoldarse a él será un trabajo doloroso percibido como injusto.

Para Corino, el carácter es parte del talento, la sumisión a las necesidades del equipo es una forma de éste. Es bueno porque es *disciplinado*. Por encima de la interpretación táctica de una situación de juego, hay un nivel superior de inteligencia táctica que es la interpretación del partido en su conjunto. Intentar un pase arriesgado puede responder a una buena lectura de la jugada, pero no tiene en cuenta las consecuencias no deseadas de su acción, la posibilidad de que un error provoque un contraataque porque el equipo está en ese momento descolocado, y por tanto no es una muestra de talento sino de su ausencia. El control emocional que requiere no arriesgar un pase

que se ve posible es una muestra de inteligencia, no de sumisión. El jugador con disciplina táctica no se somete a un orden, sino que lo defiende porque este orden forma parte de él, lo constituye.

Dentro de ese orden, la norma de no intentar pases arriesgados es parte de una idea global, de un plan preconcebido, del modo en que el equipo se organiza. Y esa organización es la construcción de una persona que ha sido legítimamente designada para definirlo, el entrenador. El entrenador es por tanto el representante del orden, que es organización deportiva y social. El defensa está, de manera natural, interesado en el orden, y por tanto representa también esa voluntad de ordenación del caos natural del terreno de juego, lo que les hace *mucho más proclives a esos sacrificios*. Pero sobre todo el defensa otorga legitimidad política al orden porque considera que el equipo es el sujeto superior del derecho y el orden, que es la ley, es la expresión de la soberanía popular, que siempre está por encima del individuo. Por tanto, la diferencia entre quienes defienden la libertad del jugador o el orden del equipo es en quién hacen recaer la legitimidad, quién es más importante, el jugador o el equipo.

Para quien sitúa por encima de todo al individuo, el fútbol es la historia de la progresiva limitación de la autonomía del jugador a favor de la visión del entrenador, del orden. La zona constituye un paso más en el que, como vimos, aumenta el campo de competencia del entrenador, que pasa a decidir en muchos ámbitos antes reservados a los jugadores. La reacción, que es similar en muchos otros momentos de cambios tácticos, como vimos, es pensar que se corre el riesgo de eliminar completamente al jugador y convertirlo en mero reproductor de las consignas del entrenador:

No, lo que pasa es que los jugadores se empiezan a transformar en peones,
más peones que otra cosa. (Miguel Pardeza)

Como decíamos, estas críticas han sido recurrentes en la historia del fútbol. El dispositivo táctico que a Pardeza le permitía expresar su individualidad, la defensa individual, fue interpretado por Dante Panzeri o Willy Meisl como el fin de esa misma individualidad cuarenta años atrás, cuando la WM sustituyó al Sistema Piramidal. Los polos de la tensión, libertad y orden, se mantienen a lo largo de la historia pero su

contenido se transforma a medida que lo hace la táctica, que es siempre desarrollo del polo del orden. Por tanto, no existe ni un punto cero en el que lo táctico no existiese, ni un momento final en el que esta engulla al conjunto del fútbol. Retomando el triángulo culinario, cada discurso histórico inventa un punto de naturaleza, de ausencia de táctica y libre albedrío, un segundo momento de civilización en el que la táctica toma su justa posición en el conjunto del fútbol, y que coincide con su periodo histórico de preferencia, y un tercer momento de decadencia en el que la táctica se excede en sus prerrogativas y el fútbol pierde su esencia.

Por todo ello sostenemos que, en el fondo, la dicotomía entre juego y resultados expresa la dicotomía entre individuo y sociedad, la paradoja fundamental entre la acción libre del individuo y el constreñimiento de su vida en sociedad. La idea de juego expresa no solo el desarrollo de habilidades técnicas, sino sobre todo el disfrute que lleva aparejado su expresión libre. Ese disfrute se convertiría en estético en el caso del espectador, pero ambos estarían unidos por el hecho de que estarían disfrutando, anteponiendo sus necesidades individuales a las obligaciones derivadas de la colectividad. Parafraseando a Freud, estarían privilegiando el principio de placer al de realidad, el goce frente al trabajo. Esa individualidad queda mostrada cuando vemos que cuando Pardeza habla de las dificultades de los jugadores con talento para encontrar su sitio en el fútbol actual, está situando el eje del discurso en el jugador y no en el equipo. No está defendiendo la idea del buen juego, que la libre expresión del jugador es la forma más eficaz de ganar, sino que está ignorando el destino colectivo del equipo y hablando del destino individual. Se está preguntando por la vida de individuos concretos en situaciones sociales concretas, de las posibilidades de realización y emancipación que esas situaciones permiten y de los sacrificios que una persona debe realizar para poder participar del juego, que en este caso es una profesión, una carrera profesional. Que esos sacrificios sean necesarios para que el equipo gane es para él una preocupación secundaria. Coincide así exactamente con la anécdota fundacional del fútbol argentino, la de Lalin y Seoane: un comportamiento funcional puede llevar a la victoria, pero no es divertido.

Más aún, para el defensor de la libertad el riesgo es que el orden vayan tomando más y más importancia en el fútbol hasta hacer desaparecer la libertad, lo que no es sino

una forma de totalitarismo, de un orden social totalizante en el que los jugadores han sido completamente subsumidos por el sistema y ni siquiera sueñan con *tirar desde el medio del campo*. La realidad sin embargo es que es imposible eliminar el orden. El orden constituye la sociedad ya desde el reglamento. Si la desaparición de la libertad supone el totalitarismo, la desaparición del orden no es la anarquía, sino el caos:

Sí, pero hay una máxima, no hay arte sin disciplina. Del caos es muy difícil crear. Se crea siempre desde un orden, si no es imposible. Un orden, como dice el flaco Menotti, orden para la aventura, no como objetivo final. Pero como punto de partida se necesita un orden, si no es muy difícil. Yo siempre digo que para un jugador de primera división es mucho más fácil jugar en primera que solteros contra casados. Solteros contra casados es un desastre tan grande que le resulta complicado jugar ahí. (Ángel Cappa)

Por eso la propuesta argentina es la de un orden mínimo que debe permitir la expresión de la individualidad. Un balance difícil de conseguir en el que probablemente ellos permitían mucha mayor libertad de la que otros considerarían necesaria. El debate queda abierto porque no puede tener cierre, es parte de una dialéctica constitutiva de la sociedad, y que el fútbol arrastra desde sus inicios, pues como recuerda Giulianotti, “el fútbol ilustra cómo la tensión ontológica entre la acción y la estructura es dramatizada eternamente (1999:127-8). Sin embargo, no se trata únicamente de una discusión filosófica, sino de la traslación al campo simbólico de la lucha en el espacio social por la posición. Esa posición depende del capital futbolístico de cada actor, que intentará movilizar y maximizar para mejorar su posición. El valor expresado como tasa de cambio dependerá de su utilidad para la práctica del fútbol en un momento histórico dado. La queja de Pardeza sobre los jugadores que no llegan expresa su percepción de una devaluación, por culpa de la zona, del talento, entendido como esa capacidad para elegir y ejecutar, pero sobre todo ejecutar. Al devaluarse ese talento, su construcción simbólica asociada, la libertad creativa, se ve degrada frente a la idea del orden colectivo. De hecho, la historia de la evolución táctica es la historia de mecanismos para devaluar el capital técnico, para limitar el impacto de los jugadores más habilidosos y desequilibrantes. De esta reflexión se colige que a medida que aumenta el capital técnico, la capacidad de desequilibrio, más probable es que se

defienda la libertad del jugador, y cuanto menos capital técnico se posea, más probable sea la defensa del orden. Del balance de fuerzas entre el capital técnico y el resto dependerá el resultado del debate entre la libertad y el orden.

Más aún, si seguimos a Bourdieu, deberemos entender que la oposición libertad y orden está trucada a favor de uno de los dos elementos, aquel que represente a la clase dominante, que desde su dominio elige bajo qué parámetros se articular la oposición. A lo largo de estas páginas, hemos visto que entre los futbolistas quienes han acumulado en la historia del fútbol mayor prestigio, estatus y dinero y han sido encargados de las tareas mejor valoradas y han estado exentos de las menos agradables han sido los delanteros, y lo contrario puede decirse de los defensas. El talento es el bien más escaso del fútbol porque es la capacidad específica para jugar al fútbol: mientras que hay muchos con capacidad física o psicológica para jugar, y son menos pero todavía numerosos los que saben interpretar el juego, la combinación de interpretación y ejecución técnica es la menos habitual, lo que hace que a más talento, mayor participación en ataque, ocupación de posiciones más avanzadas y prestigiosas y mayor probabilidad de trabajar en los mejores equipos. En ese sentido, la clase dominante del fútbol han sido los delanteros, como mayores poseedores del talento, y la clase dominada los defensas, los más desposeídos. Los mediocampistas, como su nombre indica, han representado siempre a la clase media.

A lo largo de las entrevistas son varias las muestras que hemos recogido de que el talento es el principal elemento de diferenciación y estatus, como cuando Felines decía a sus defensas que les dejaría la pelota cuando supiesen qué hacer con ella o en toda la relación entre líberos y centrales, o las llamadas de Corino a recibir el mismo respeto que las grandes estrellas. Es decir, que a pesar de todas las celebraciones de la disciplina, los propios futbolistas reconocen como mejores futbolistas a aquellos con más talento. Eso puede verse en la propia exposición de Corino sobre Godín, que ejemplifica para él a aquellos jugadores que *tienen menos calidad pero juegan porque son buenos*. Es decir, que el propio Corino parte de una aceptación de la inferioridad natural de quienes no tienen talento, que deben compensar con una mayor inteligencia. No está diciendo que inteligencia y disciplina sean tan valiosas como el talento, sino que haciendo buen uso de ellas y trabajando mucho se puede llegar a

donde otros llegan sin esfuerzo gracias a ese talento. El talento, por tanto, es el capital futbolístico aceptado socialmente como natural, primigenio, frente al que se constituyen los demás y frente al que serían capitales de segundo grado. Mientras que los jugadores con talento pueden defender una ética del disfrute y la realización personal, los menos dotados deben fomentar una cultura y una ética del trabajo, que se fundamenta en su aceptada inferioridad.

En ese sentido, es fácil defender la libertad cuando se acumula capital técnico-táctico, cuando se tiene talento. Igual que la definición de los futbolistas como artistas encaja con Maradona y no con Goikoetxea, a medida que se limita el talento, más necesario es recurrir a dispositivos colectivos y promover un orden para defenderse, precisamente, del talento. La evolución táctica es una evolución defensiva en el doble sentido, refuerza el papel de la defensa y lo hace en un movimiento defensivo frente a la calidad individual que puede decidir un partido. La libertad y el espectáculo pertenecen a los jugadores pero también a los equipos con talento: cuanto mayor es el poder económico de los clubes, más jugadores con talento fichará y más podrá permitirse darles libertad, porque su talento les permitirá resolver un mayor número de situaciones individualmente, sin necesidad de una estructura colectiva detrás, o como dice el propio Valdano, “pedirle a un equipo débil que ataque es como aconsejarle ahorro a un pobre” (2002, p.230).

Esta idea de que el orden es una defensa del débil frente al poderoso coincide con la idea de Bourdieu de que establecida una oposición de dos pares, uno de ellos se sitúa en una posición superior porque tiene una mejor connotación, y ello es así porque es la clase dominante la que elige la fórmula de la oposición. Es decir, que la clase dominante no solo se sitúa en un lado de la oposición, sino que elige los términos de la oposición para que le favorezcan. La libertad aparece como un término connotado positivamente frente al orden, deseable siempre frente a éste, pero oculta la desigualdad de origen para ejercer ese derecho a la libertad. En ese sentido, está muy bien defender la libertad del jugador para crear e improvisar, pero frente a una aparente defensa neutra de la libertad, los únicos que pueden disfrutar productivamente de esta son los jugadores con talento, siendo inservible para aquellos desposeídos de este. Y al mismo tiempo, cuando los delanteros defienden su libertad,

en realidad están negándose a ayudar y trabajar como los demás, es decir, a una igualdad efectiva de derechos. Podríamos decir entonces que el debate político entre orden y libertad esconde el de que se da entre libertad e igualdad.

Igual que la defensa de la libertad refuerza la posición de dominio de los delanteros, la defensa del orden refuerza la posición subordinada de los defensas. Primero porque el orden puede ser entendido como especialización y jerarquización funcional, los buenos atacan y los malos defienden. Segundo, porque asumido el orden como valor por el grupo dominado, cuando se utiliza como fundamento de la lucha política se proyecta como exigencia sobre el grupo dominante, intentando instaurar la obligación de que ellos también defiendan, lo que es fácilmente presentable como una voluntad totalitaria y liberticida, en lugar de propiciar una inversión de los valores y apropiarse del elemento superior del par, que es la libertad. Es decir exigir que ellos, aunque no tengan talento, también tienen derecho a la libertad. Pedir atacar cuando no se tiene talento es un absurdo porque muestra cómo la igualdad aparente dentro de un equipo oculta una estratificación en función del talento que se tiene, y del que depende el estatus y los privilegios.

Establecido el par orden-libertad, la posición de dominio siempre será la de la libertad, lo que coincide con el dominio de los delanteros sobre los defensas. Sin embargo, las relaciones de poder en un equipo no se establecen únicamente entre jugadores, sino también entre estos y el entrenador. En este caso, parece evidente que la autoridad corresponde al segundo, y por tanto la posición dominante. Él elige quien juega y cómo debe hacerlo, puede castigar y premiar a los jugadores, y en principio goza de total autonomía. En su caso, la dicotomía que establece no es entre orden y libertad, pues él no está sujeto a la ley, sino que la impone. En su caso, la única ley que le domina y le rige es la del resultado, del que depende su puesto. Para él, la dicotomía se expresa en los términos ganar o jugar: hay quienes hacen lo que hay que hacer para ganar y quienes no son confiables porque únicamente quieren jugar. La problemática política se convierte en problemática técnica, productiva. En ese momento, el elemento superior de la dicotomía es sin duda ganar, que se identifica con valores fuertes como la producción, la madurez o la masculinidad, frente al juego identificado con lo ocioso, lo infantil y lo femenino. Esa posición superior se corresponde con la

posición de dominio del entrenador y con la posición dominante de la competición sobre el espectáculo en el campo: se trata siempre, en último término, de ganar. En ese sentido, los discursos recogidos de los entrenadores manifiestan que es en función de ese objetivo que fundan su comportamiento, y en función de él también eligen su planteamiento táctico y sus jugadores.

Podríamos decir por tanto que la clase dominante son los entrenadores, y los jugadores la clase dominada. Dentro de la clase dominada habría una fracción dominante, los delanteros, y una dominada, los defensas, que sin embargo tendrían establecida una alianza natural con la clase dominante de los entrenadores frente a los delanteros. Y sin embargo, la realidad aparece como más complicada a tenor de los resultados obtenidos. En los discursos hemos podido ver cómo la supuesta relación de autoridad del entrenador sobre los jugadores no está en absoluto clara. Muchos han mostrado dudas y límites a su poder, especialmente frente a los delanteros, pero también frente a los veteranos o los favoritos de la prensa. También se nos ha dicho que los jugadores pueden forzar la destitución de un entrenador. En ese contexto, ¿realmente los entrenadores son simplemente la autoridad jerárquica del jugador? No parece que las visiones habituales de la relación entre jefes y empleados sean de utilidad en este caso, fundamentalmente porque parece que la diferencia de capital, de fuerza, entre ambos, es muy variable, en ocasiones mínima y en otras, directamente invertida. Entendemos que hay una lucha en el interior de los equipos por el poder, en la que unos movilizan el par ganar-jugar y otros el par orden-libertad, pero cuyo resultado no está fijado de antemano, o al menos nuestra investigación no ha podido determinarlo. Y esto es así porque existe un tercer elemento determinante en esta lucha junto a jugadores y entrenadores, que son los directivos, los superiores jerárquicos de ambos. Sin conocer su propio posicionamiento en el campo, si defienden la búsqueda del resultado o del espectáculo, no podemos llegar a conclusiones sobre la lucha entre futbolistas y entrenadores. Entendemos que en el sistema de competición español, la victoria es determinante, lo que daría una ventaja al entrenador, y también que estos son cesados continuamente, lo que indicaría lo contrario. Para determinarlo definitivamente son necesarias nuevas investigaciones

que incluyan las prácticas empresariales de los clubes: ¿en caso de conflicto entre entrenador y jugador, quién, cómo y por qué gana?

¿Cuál es el rol de la zona en esta lucha? Como vimos, por un lado forzó a que los defensas tuvieran más talento, lo que les acercó en estatus a centrocampistas y delanteros, y por otro lado permitió anular a los jugadores de mucha habilidad, reduciendo el valor del capital técnico y en consecuencia del talento, lo que inmediatamente limitó la libertad de los delanteros en ataque, hasta el punto de que la libertad de la que gozaba Pardeza y sus coetáneos queda ahora circunscrita, a decir de los entrevistados, a unos pocos cracks que pueden contarse con los dedos de una mano, y el resto están obligados a contener su individualidad y a colaborar en defensa. Todo ello hace que Pardeza sienta peligrar la posición de privilegio del talento, incluso a sugerir que la zona habría permitido finalmente subvertir en el interior de los equipos la superioridad natural del talento sobre la disciplina, la victoria de los muchos débiles frente a los pocos fuertes:

Y es verdad que un exceso, llevado esa concepción del fútbol, del marcaje en zona o como quieras llamarlo, al paroxismo, se llegaba a situaciones verdaderamente ridículas, en la que uno manifiestamente inferior a otro jugaba porque en el plan general servía mejor a la causa. Bueno, se daban también situaciones como esa. (Miguel Pardeza)

Estaría afirmando que la zona como dispositivo táctico llegaría a devaluar completamente el talento hasta hacerlo innecesario, y en consecuencia, a poner en riesgo la libertad de los jugadores (delanteros). No parece que, a pesar de esa igualación, los delanteros y los defensas hayan sido permanentemente igualados, pues no observamos ni una completa polivalencia de todos los jugadores, ni una igualación total del prestigio de defensas y delanteros, sino una reducción de las distancias.

Resulta sin embargo paradójico que esa inmersión en una red de dependencias de la zona pueda suponer una amenaza para la libertad del jugador y la expresión del talento, porque para la escuela argentina la zona era precisamente un garante de ambas, y sin embargo ha quedado claro que Pardeza o Felines la asocian con la idea contraria, la de la supresión de la libertad individual en favor del orden táctico.

Resurgen entonces aquellas críticas que se realizaban al Milán de Sacchi como anulador de la personalidad del jugador, su reducción a un mero autómatas. Esas críticas fueron ignoradas por la corriente renovadora porque entendían que el fútbol español no solo se centraba únicamente en ganar, sino que era además primario, simple, alejado de todo refinamiento intelectual, y la zona proporcionaba esa reflexión que el fútbol necesitaba para demostrar que este era “algo más elaborado y sofisticado y menos macho y brutal” que no consistía “simplemente que un tío se dedique a perseguir a otro a ver si le quita la pelota o no, o el otro le regatea” (Alfredo Relaño).

Para la corriente renovadora la búsqueda intelectual era siempre deseable porque la razón tenía un carácter progresista y emancipador, era la Razón con mayúsculas de la Ilustración. El desarrollo intelectual era por tanto necesariamente liberador. Pero lo cierto es que el sueño de la razón produce monstruos:

Yo he disfrutado a veces, solo a veces, como espectador, de partidos de equipos italianos jugando, el Inter de Cúper, por ejemplo, El inter de Cúper era una máquina de defender colectivamente. Una máquina, un ejercicio de acelerador de partículas. Aquello era ciencia en estado puro. Era tan sofisticado desde el punto de vista defensivo que podías llegar a disfrutar de ello. Ahora, chico, 0-0, 1-0 el 90% de los partidos. Ese tipo, mira ahora en el baloncesto hubo una época muy parecida de entrenadores serbios, que empezaron a ganar partido reduciendo el % de acierto hasta llegar a tanteos de 56-48. Pues chico ganarás partidos, pero como sigas por ahí te vas... es más fácil disfrutar con un partido 100-95 que un partido 52-43.

(Carlos Martínez)

La zona debía traer espectáculo y disfrute al fútbol español, pero no solo trajo eso, sino también disciplina táctica y empates a cero. ¿Cuál era el contenido ético de la zona que debía protegerla de terminar así? Se supone que la zona promocionaba la autonomía personal y el desarrollo de la inteligencia del jugador, y que esa mayor autonomía y comprensión del juego debían traducirse en una mayor emancipación, en un desplazamiento en el eje hacia el polo de la libertad. Hemos visto, a través del análisis del funcionamiento de la zona y de su entrenamiento, que esa mayor autonomía y

conocimientos son reales. Sin embargo, también hemos descrito que esa autonomía se inscribe en una mayor dependencia de una red de relaciones que limitan su ejercicio, y que la mayor inteligencia se aplica en la construcción de un lenguaje común con el que producir una interpretación compartida de la realidad. Por tanto, el carácter liberador o no de la zona dependerá de cómo se articule esa red de dependencias y de qué interpretación compartida se genere, si se sigue a Sacchi o a Maturana. Es decir, que la zona como dispositivo técnico no puede ahorrar al entrenador la decisión ética. Esta se sigue posando porque la zona es fruto no de la razón humanista, sino de la razón instrumental, científica, y como tal es un dispositivo técnico vacío de contenido ético, que no tiene nada que decir en ese ámbito. Puede ser utilizado para garantizar la libertad o el orden. Como diría Marx, lo importante no son los medios de producción, el avance técnico, sino las relaciones de producción, quién los posee y para qué los utiliza. Por ello, la misma zona que garantizaba el disfrute de Valdano podía anularlo y convertir el fútbol en un ejercicio de orden totalitario. La zona no es pues constitutiva del buen fútbol, sino que interpretada interesadamente puede ser utilizada en su defensa.

En último término, se trata de la contradicción que hemos venido analizando entre las exigencias técnicas y éticas y su solución por la escuela argentina. Esta nació de un contexto en el que la victoria era secundaria, y por tanto también lo era la organización, pero a medida que se agudizaba el profesionalismo y aumentaba el interés por ganar, debió encontrar una forma de justificarse también en el resultado, cuando lo cierto es que no se pueden extraer máximas éticas de unos principios funcionales, solo se puede subordinarlos a la ética. Decir que quizás haya otras formas de ganar pero que van en contra de tus principios éticos, de tu respeto al futbolista y al público. Sostener que el orden debe tener un límite para garantizar la libertad del individuo, y aceptar la acusación de romanticismo de aquellos que solo buscan la eficiencia. Al rechazar esa idea y preferir identificar el rendimiento con la ética, estaban renunciando a sustituir definitivamente en el plano simbólico el resultado por el espectáculo, y así siempre serían vulnerables a la idea de que existen otras formas de ganar. De hecho, solo podrían mantener su superioridad mientras ganasen, pues en

el momento que dejaran de hacerlo su construcción teórica se vendría abajo. Esa relación bastarda con la eficiencia reaparece en el caso de la zona.

Para concluir, resumiremos diciendo que el capital futbolístico, el que determina el estatus de un jugador en el fútbol profesional, es un capital compuesto dentro del cual el capital más determinante es el talento, por lo que el debate se estructura en torno a la oposición libertad para expresar el talento u orden para controlarlo. En ese debate, cuanto más talento se tenga más probable es que se defienda la libertad y viceversa. Sin embargo, el itinerario personal de cada jugador es determinante. Para empezar, se produce una segunda estratificación en función del potencial del equipo donde se juega. Para José Manuel Barla por ejemplo, centrocampista ofensivo de banda, la noción de que tenía que bajar a defender le resultaba evidente, porque había jugado en un equipo modesto en el que, como él mismo decía, “el que no ayudaba poco tenía que hacer”. Pero además jugó en el Cádiz desde la cantera hasta los 27 años, había sido socializado en la ética profesional del bien colectivo porque esa era la predominante en su club, y la había interiorizado a pesar de que su principal capital era su talento con la pierna izquierda. Quizás si hubiese tenido una carrera profesional con cambios de clubes, como sería habitual hoy en día, sus valores y su identidad se hubiesen transformado hasta hacerle un defensor del talento. Para Xavi Aguado, su participación en el proyecto de Víctor Fernández, su crecimiento como profesional en su interior, le hace ser un defensor no solo de la zona, sino también del buen fútbol a pesar de ser un defensa con un capital técnico inferior al de un delantero porque vivió el proceso como un ascenso de estatus desde los días del defensa marcador. Butragueño, representante por antonomasia del talento, experimentó la brusca devaluación de este ante el orden táctico del Milán y terminó aceptando la necesidad de orden como vía para obtener el triunfo.

4.4.2. El debate técnico: práctica, reflexión y capital cultural

Hasta ahora hemos analizado la zona en el debate ético hasta llegar a la conclusión de que es un debate que le es ajeno fundamentalmente, porque la zona es ante todo un dispositivo técnico, que se integra dentro del debate sobre la mejor forma de ganar, y

por tanto de la definición de las fuentes legítimas de conocimiento. Y es que el discurso sobre el buen fútbol veía en la zona, como dijimos, una posibilidad de generar una idea, un discurso articulado sobre el fútbol que se consideraba ausente en el fútbol español. Sin embargo, lo cierto es que el fútbol español sí tenía una idea del fútbol y cómo debía jugarse. El problema es que consideraba que el fútbol era ante todo una práctica, y era de esa práctica de donde debían emerger sus leyes. Como práctica, era ajeno a cualquier forma de racionalización abstracta basada en una mirada externa y objetiva. En el fútbol lo técnico, lo táctico, lo físico y lo psicológico se entremezclaban en el cuerpo del jugador, que producía unos resultados instintivos, prerracionales. El fútbol tenía un conocimiento y un método propio, y los intentos de entenderlo a través del lenguaje eran *filosofía*. Por eso pertenecía a los futbolistas, y el entrenador no era más que un futbolista retirado, que había acumulado más conocimiento en la práctica que sus pupilos y tenía *los cojones pelados de estar en los banquillos*. Las leyes del fútbol eran inmanentes a los futbolistas y eran finitas, universales y eternas. Su frase favorita era *en el fútbol está todo inventado*.

Para esa postura hegemónica, la amenaza de Sacchi era doble: su zona era nueva y se pretendía científica. La idea de que su zona constituía una novedad implicaba que las novedades podían por tanto ocurrir. De esta forma inscribía al fútbol en la temporalidad lineal y en la idea de progreso. De ahí la respuesta de que aquello era la trampa del fuera de juego, algo que no solo ya estaba inventado, sino que pertenecía al acerbo tradicional del fútbol y se enmarcaba en esa lucha de táctica y contratáctica que le era consustancial. Las posibilidades del fútbol volvían a ser limitadas y conocidas, y la táctica era la selección de la mejor opción para un momento concreto que tenía a su vez un antídoto y este otro a su vez. El conocimiento futbolístico quedaba así de nuevo reducido a aquel que los futbolistas y entrenadores habían desarrollado como comunidad. El tiempo quedaba detenido, se convertía en el tiempo circular de las sociedades tradicionales. La misma estrategia constituye hacer depender el modelo de los jugadores que se tiene, diciendo que la zona de Sacchi era en realidad la zona de Baresi. Ambas estrategias son problemáticas porque dejan sin explicación la adopción masiva de la zona y el abandono de la defensa individual.

Al mismo tiempo, la zona de Sacchi se pretendía científica, y como tal se enunciaba desde la lógica del conocimiento científico. Desde ese momento subvertía el conocimiento tradicional y la posición de la comunidad. Y es que la ciencia no funciona como el conocimiento tradicional. Este se inscribe en una tradición, es el resultado de procesos aditivos, de decantación y sedimentación, va creciendo lentamente bajo el control de la comunidad, que decide lo que entra y lo que no. El conocimiento científico funciona por teorías que se ponen a prueba en experimentos. Cuando una teoría es validada, sustituye a la anterior, que inmediatamente es considerada incorrecta. Funciona por sucesivos cambios de paradigma khunianos que invalidan el conocimiento pretérito. La aceptación de este funcionamiento obliga también a aceptar y aplicar cada nueva teoría: no habría táctica y contratáctica sino tácticas progresivamente superiores las unas a las otras que obligan al abandono de las pretéritas. Al mismo tiempo, el conocimiento deja de ser el resultado del consenso de la comunidad, y pasa a serlo de individuos y hechos históricos, de descubrimientos que marcan un antes y un después. Desde ese momento la comunidad pierde el control sobre el conocimiento futbolístico, sus miembros se convierten en usuarios o aplicadores de teorías científicas que se generan lejos del campo de fútbol, en el laboratorio.

Todo ello amenaza la autonomía del campo, su capacidad para determinar sus propias reglas. Si el debate entre juego y resultados es un debate interno entre miembros reconocidos del campo que luchan por su hegemonía, en este caso se trata de enfrentarse a una amenaza externa, a la posibilidad de perder el control de los mecanismos de legitimación del conocimiento en favor de la comunidad científica, de los periodistas o de cualquier grupo que pueda ofrecer modelos óptimos de funcionamiento. La ciencia ya había reclamado con éxito su competencia sobre la preparación física de los futbolistas, pero esta seguía bajo el control del entrenador que disponía aún del conocimiento propio del campo, el futbolístico. Si el fútbol se podía explicar mediante un análisis formal alejado de la práctica, ello suponía potencialmente la subordinación de la comunidad de practicantes al conocimiento formal emanado de las facultades de Ciencias del Deporte o peor aún, de las de

Periodismo o Filosofía. En ese sentido, el hecho de que Sacchi fuese realmente un outsider ofrece una perfecta condensación simbólica del conflicto.

La comunidad futbolística necesita por tanto encontrar respuestas para los dos desafíos que se le ofrecen: introducir el cambio en su modelo de conocimiento sin modificar la lógica interna y la formación del capital cultural, y rebatir la posibilidad de un conocimiento científico del fútbol y con ello el carácter superior de la zona de Sacchi.

Para empezar, ¿cómo se explica entonces el cambio futbolístico? Por ejemplo Vicente Miera manifestó que él adoptó la defensa en línea como respuesta al cambio de la ley sobre la tarjeta roja en caso de falta del último defensa, es decir, que los cambios tácticos “vienen mucho a través del reglamento”. Otras condiciones externas que se han identificado en los discursos es la mejora de la formación de los jugadores, de su estado físico, de la alimentación o de los materiales, que al aumentar el rendimiento de los futbolistas permitió hacer otras cosas. Todas ellas coinciden en achacar los cambios a elementos externos que no alteran la esencia del fútbol ni de los futbolistas.

El cambio es problemático porque implica una pérdida de legitimidad para las anteriores generaciones. Si existen rupturas en el conocimiento y el conocimiento pretérito ya no es válido, los antiguos futbolistas y entrenadores no están legitimados para hablar porque su experiencia y conocimientos son sobre un fútbol que ya no existe y que ha sido superado por otro que se rige por reglas y valores distintos. Defender la unidad del conocimiento es defender la unidad de la comunidad y su continuidad en el tiempo, ese tiempo tradicional en el que nada cambia.

Por eso, muchos de los discursos sobre la zona derivan espontáneamente en comparaciones y proyecciones históricas entre jugadores de antes y de ahora. La forma discursiva que toma la reflexión sobre los cambios en las competencias es la pregunta hipotética de si los jugadores de antes podrían jugar hoy en día. Y la respuesta es que dependería de su inteligencia táctica, lo que viene a confirmar que es este desarrollo de la táctica lo que caracteriza al periodo actual. Para Corino, Goikoetxea jugaría hoy en día si “con 18 años, con su físico, como golpeaba el balón, le meto ahora a trabajar tácticamente como a todos”, mientras que Butragueño sostiene

que los defensas de los setenta no podrían hacerlo, si podrían los jugadores con talento, porque “serían hijos de esta época, con estos sistemas defensivos, pensando más rápido pero con la inteligencia natural que les ha dado la vida”.

La diferencia es que mientras que para Corino esa inteligencia táctica se puede desarrollar mediante el entrenamiento, para Butragueño es innata. Pero coinciden en afirmar que esa inteligencia futbolística es universal y estable en el tiempo, que los jugadores no son más inteligentes ahora, y al mismo tiempo en no responder a la pregunta que ellos mismos se han planteado. Si se toma a los futbolistas del pasado antes de su formación, y se les socializa en las nuevas tácticas, dejan de ser los futbolistas del pasado. La pregunta correcta es qué sucedería si un futbolista del pasado fuese trasladado en una máquina del tiempo al día de hoy, ¿jugaría o no? Porque es entonces cuando se pueden confrontar competencias y ver si unas u otras han dejado de ser útiles. Es en esa línea en la que Iñaki Sáez se compara a sí mismo con los jugadores de hoy en día y se considera que los de antes “no tienen ni comparación con los de ahora”, que son mucho mejores, incluso “cualquier chisgarabís”, y lo que lleva a Miguel Ángel a afirmar que “ahora mismo si tuviera que pasar por lo de antes, yo no jugaría al fútbol” por “la calidad que hay ahora”. Por tanto, se puede defender la idea de un conocimiento universal, de una aptitud innata para el fútbol que no cambia, o la idea contraria de que existe un progreso en ese conocimiento y que ese progreso invalida ideas y devalúa competencias.

Otra forma de mantener la equivalencia de los capitales futbolísticos es aceptar el cambio de competencias, pero mantener las equivalencias entre ellas. De esta forma se afirma que los jugadores de antes no tenían las cualidades para jugar en zona, pero que al mismo tiempo los jugadores de hoy en día no saben marcar. Es una idea que encontramos también en varias entrevistas, en las que se dice que la habilidad en el marcaje “se ha perdido” (Félix Bardera, Felines) y que los jugadores de hoy “son tan buenos en el uno contra uno” (Javier Irureta).

Junto con la inclusión del fútbol en el cambio y el progreso, el otro problema que generaba la zona de Sacchi era su pretendido carácter científico, universal. La prueba de su superioridad sería precisamente su desarrollo histórico, que había llevado al

abandono de la defensa individual. Por tanto, una forma de negar el carácter universal de la zona es recuperar la defensa individual. Surge entonces la anécdota de la defensa individual a la que fue sometido Xavi en un partido reciente por el Almería de Hugo Sánchez, y de nuevo lo hace en varias ocasiones. Chico consiguió que “Xavi no jugara el balón” (Félix Bardera, Felines) lo que demuestra que “cada uno tiene que usar sus armas” (José Manuel Barla) y en ciertas circunstancias “siempre es posible que haya marcajes al hombre” (Javier Irureta).

Saben que al decirlo están cometiendo un sacrilegio, que aquello “todo el mundo lo vio como el antifútbol” (José Manuel Barla) y que defender los marcajes está “relativamente mal visto en el mundo del fútbol” (Javier Irureta). Pero no se resignan a que haya únicamente una forma de entender el fútbol, que se pueda realmente determinar objetivamente cual es esa manera y que la historia del fútbol se pueda leer bajo la idea de progreso, de sustitución de lo viejo por lo nuevo. Al mismo tiempo, la superioridad de la zona como sistema defensivo es aceptada por ellos mismos, que ven en la defensa individual una herramienta complementaria, no sustitutiva o equivalente, de la defensa en zona. Pero lo importante para ellos es recuperar la defensa individual para resistir la noción de que haya una forma superior de jugar, que el fútbol sea una práctica racional y no el resultado de una práctica impredecible y contingente en la que hay que adaptarse a las circunstancias, ya sea el contrario, el contexto o el propio equipo.

Por eso a pesar de que las entrevistas versaban sobre sus experiencias y conocimientos sobre la zona, la mejor forma de expresar ese rechazo era referirse al Barcelona de Guardiola como expresión terminada de la idea de jugar bien al fútbol, para afirmar que “ha hecho un gran mal al fútbol” porque “todo el mundo quiere imitar al Barcelona, y todo el mundo no tiene los jugadores que tiene el Barcelona” (José Manuel Barla). Corino lo considera explícitamente una “moda” que incluye una condena al que no juega como ellos. Y sin embargo, “nadie juega ya el 4-4-2, y el Atlético de Madrid lo hace al 300%” y tiene éxito. Es la resistencia a ser obligado a jugar de determinada manera, que hoy es el Barcelona y décadas atrás la zona. El 1-4-4-2 representa para Corino ese tipo de construcciones tácticas que supuestamente son consideradas obsoletas, superadas por dispositivos tácticos superiores. Por el

contrario, el Atlético de Madrid lo juega porque tiene “jugadores para ese perfil”, y al hacerlo optimiza su funcionamiento, utiliza sus armas.

Pues oye, si juega el adversario de una forma determinada, yo sé que lo que te estoy diciendo igual a veces choca con algunos planteamientos, porque a veces dicen “no, no, es que a mí no me importa cómo juegue el adversario, sino yo juego de acuerdo”, como dicen muchos entrenadores, “no, yo juego de acuerdo con una idea de tener la pelota, de defenderme a través de la pelota...”. Hay muchas teorías. Pero yo creo que a veces cuando estás en la soledad, yo lo sé porque eso hablan a veces, entrenadores que han venido aquí cuando tienen buenos equipos o cuando a uno le importa poco eso, pero yo que he estado en muchos equipos de Primera División, pero algunos con dificultades, te tienes que adaptar un poco a las condiciones de los jugadores, y con eso puedes jugar, y para mí todos los sistemas son válidos, si se adaptan bien a las condiciones de los jugadores. Y si... y cualquier sistema puede ser fatal si no se adapta a las condiciones. (Javier Irureta)

Valdano puso a Dertycia a marcar a Guardiola haciendo caso omiso de sus principios. ¿Hasta qué punto el discurso del buen fútbol es solo eso, un discurso? En su soledad, puede que el entrenador sepa que tiene que hacer cosas para ganar que no le gustan. Es fácil jugar bien cuando se tiene dinero, pero cuando un equipo está al borde del descenso, puede que cambien las prioridades. El problema es que el discurso del buen fútbol no solo era una teoría futbolística, sino que era una vía para resolver las contradicciones entre las necesidades técnicas, éticas y estéticas al hacerlas confluir en un modo de jugar. Si jugar bien no es la mejor vía en todas las situaciones, si no garantiza el máximo rendimiento, el edificio se viene abajo y solo queda el voluntarismo de hacer lo correcto con el jugador y el público, y al mismo tiempo el discurso del jugar bien se convierte en un dispositivo discursivo de poder que en realidad oculta la verdad sobre el fútbol: Que al igual que la violencia, el resultadismo se niega en público y se practica en privado y que no existen soluciones mágicas a las contradicciones en las que se funda el fútbol.

Pero independientemente de esto, en el debate técnico Irureta manifiesta de manera clara la idea de que no existen ideas superiores las unas a las otras, sino solo más o menos adaptadas a las circunstancias. De esas circunstancias, una emerge como la realmente imprescindible, los jugadores. Lo que determina el fútbol, y por tanto la táctica a emplear, el desarrollo del partido, su resultado y el éxito y el fracaso de los equipos son ellos, pues ellos son los recipiendarios del conocimiento último, la práctica.

La cuestión es el grado de dependencia que se muestra ante los jugadores. Se establece un continuo entre la determinación absoluta por la teoría y la determinación absoluta por la práctica, entre un polo en el que el sistema de juego siempre se impone a los jugadores, y otro polo en el que se condiciona completamente la táctica a los jugadores.

Y sin embargo, la defensa individual fue realmente abandonada, olvidada. Por encima de construcciones discursivas y luchas simbólicas, la mayor eficiencia absoluta de la zona parece difícil de negar. Es decir, la evolución táctica mostraría que sí hay tácticas mejores y peores. En último término, si el cambio no puede negarse, se trata de integrarlo. El conflicto es entonces entre evolución o revolución, entre mejora continuada o ruptura. La cuestión es si la zona supone un cambio de paradigma, si estos cambios son posibles en el fútbol. Si hay evolución, las equivalencias del capital futbolístico entre generaciones se mantiene y la producción del conocimiento permanece dentro de la comunidad, que lo perfecciona y amplía pacientemente. Si hay revolución, esta genera una explicación distinta del fútbol con sus propias competencias y leyes de valoración del futbolista, y la producción del conocimiento quedará a expensas de lo que agentes externos puedan descubrir e imponer al campo como ideas superiores.

La evolución tiende hacia la temporalidad circular, la revolución hacia la temporalidad lineal. Las raíces del enfrentamiento por tanto están en la oposición entre la sociedad tradicional y la sociedad moderna. En ese sentido, la comunidad futbolística preconizaba una aprehensión intuitiva, directa del conocimiento y la modernidad de la zona estaba en aplicar una mirada racionalizada, objetiva y externa al fútbol. Un

conocimiento era práctico, inscrito en el cuerpo e instintivo, sin pasar por el cerebro. El otro era teórico, racional, creado en la mente a través del uso del lenguaje. Esa distinta posición frente al lenguaje y la razón como medios de conocimiento nos permite ver que el enfrentamiento entre conocimiento tradicional y conocimiento científico forma parte de un eje más amplio que siempre ha sido conocido como la oposición entre naturaleza y cultura, entre el ser humano en su estado natural y el ser humano transformado por la máquina cultural.

El momento privilegiado para observar esta oposición es en la concepción del jugador y su desarrollo, si se considera que este nace o se hace. Quienes creen que la calle es la mejor escuela naturalizan ese contexto, no lo consideran tanto una forma distinta de formación sino el espacio en el que observar un desarrollo no condicionado de cualidades innatas. La opinión opuesta favorece la educación formal porque considera que el futbolista no nace, sino que se hace, que el contexto social del desarrollo del individuo es constitutivo de este.

Igualmente, quienes defienden un estado de naturaleza primitiva entienden que el conocimiento máximo del fútbol se obtiene de la práctica, de los sentidos, y que es mediante la expresión de ese conocimiento íntimo que se obtiene el mejor fútbol. Cuando las ideas y las teorías se imponen, se pierde el contacto original con lo que realmente es el fútbol y se entra en un estado de decadencia. Por el contrario, para los defensores de la cultura, el fútbol sin ser racionalizado es una práctica instintiva y por tanto imperfecta, que se mueve a ciegas sin conocer los principios de su funcionamiento, y solo el conocimiento de esos conocimientos, de las reglas de la naturaleza, permiten desarrollar el verdadero fútbol, que es aplicación de la razón sobre los fenómenos, la práctica de la ciencia futbolística.

Al igual que en el caso del eje individuo-sociedad, también podemos suponer que en este debate la postura y la posición social coinciden. En este caso la dimensión discriminante es clara, pues estamos hablando desde un principio del capital cultural. Aquí hay una lucha abierta por imponer los criterios de legitimidad del conocimiento, porque no existen pruebas unánimemente reconocidas de competencia como diplomas o cargos. Por ello, la postura tomada en el debate tenderá a depender del

tipo de capital cultural que se posee: cuanto más fundado en la práctica profesional, mayor defensa de una comprensión intuitiva del fútbol; cuanto más fundado en la educación formal y el estudio, mayor defensa de unos principios racionales. Y es también aquí donde sí podemos observar una modificación profunda de los valores: durante décadas, la comunidad futbolística controló el conocimiento y el mercado de trabajo, siendo la profesión de entrenador reservada a los exfutbolistas y el único conocimiento aceptado el generado por ellos. Tras la llegada de la zona, se tuvo que aceptar que entrenadores sin experiencia como futbolistas trabajasen en la élite; la educación formal como requisito para poder entrenar y la necesidad de acudir a charlas y leer libros; la introducción de especialistas en varias áreas del entrenamiento deportivo; y sobre todo cada vez más los entrenadores debieron fundar su autoridad ante los futbolistas no en su experiencia o prestigio como futbolistas, sino en la posesión de un conocimiento distinto y superior al suyo, convertidos así en esos profesores de fútbol en zapatillas. La imposición del nuevo modelo de entrenador no ha sido seguramente total, pero sí profunda, y la mejor prueba es la imposibilidad por parte de los entrenadores de zanjar una discusión recurriendo a su experiencia pasada, *a tener los cojones pelados de estar en los banquillos* o a sugerir *que en el fútbol está todo inventado*. Esas declaraciones, por el contrario, provocan cada vez más la sospecha de una desactualización, del anacronismo de los conocimientos que se poseen frente a la mejora permanente del campo.

4.4.3. El mapa del campo del fútbol profesional

Tenemos por tanto dos ejes fundamentales del debate que se corresponden con los dos capitales más determinantes en el campo. Por un lado, un debate entre individuo y sociedad, libertad y orden, que se estructura alrededor de la lucha por la valoración del capital futbolístico. Por el otro lado, un debate entre naturaleza y cultura, entre conocimiento tradicional y conocimiento científico, que expresa la lucha por la valoración del capital cultural.

Ambos ejes tienen relaciones y zonas donde se solapan, y entendemos que la mejor forma de visualizar estas relaciones es continuar construyendo el campo como espacio

topográfico, para lo cual debemos cruzar ambos ejes de modo que se genere un espacio en dos dimensiones que al mismo tiempo generará cuatro cuadrantes que vendrán a representar las cuatro posiciones en las que tendencialmente vendrán a situarse los actores en función de sus distintos capitales. Estas posiciones serían individuo y naturaleza, individuo y cultura, sociedad y naturaleza y sociedad y cultura. En función de los capitales, el cuadrante de individuo y naturaleza sería el de aquellos con gran cantidad de talento y conocimiento intuitivo del juego; el del individuo y la cultura serían aquellos con talento y conocimiento racional del juego; el de la sociedad y naturaleza aquellos con escaso talento y conocimiento intuitivo del juego; y el de sociedad y cultura poco talento y conocimiento racional del juego.

Figura 11: El mapa del campo del fútbol profesional

Espectáculo e instinto: los artistas

Consideran que el fútbol es, ante todo, un juego, y que por tanto su parte lúdica, creativa y libre debe preponderar sobre el aspecto competitivo. Al mismo tiempo consideran que el fútbol es, fundamentalmente, de los futbolistas, de su capacidad natural para practicarlo. Su talento, su creatividad, su manera de asociarse y todo lo que son capaces de hacer en el campo determinan el resultado de un partido.

Como defensores del juego libre, creativo y ofensivo, de entre las cualidades de los futbolistas tenderán a preferir aquellas que más se identifiquen con su forma de entender el juego, por lo que normalmente privilegiarán la capacidad técnica, como las habilidades con el balón, y la capacidad táctica puramente instintiva, como la imaginación y la capacidad de asociarse, y rechazarán la racionalización del juego, la búsqueda de principios y cualquier dispositivo táctico colectivo como prisiones para la creatividad. Despreciarán igualmente las cualidades físicas como la fuerza, la velocidad o la resistencia, superadas por el talento, y entenderán que las cualidades psicológicas relacionadas con el trabajo, como el sacrificio o el compromiso son en realidad formas de sumisión y obediencia.

Esa comprensión de la libertad hace ver que existe una complicidad en la búsqueda de orden y la búsqueda de racionalización, y a oponerse a ambas tendencias. La libertad debe ser entendida como expresión de la naturaleza pura e instintiva del jugador. La idealización de esa libertad nos lleva a un individuo libre de coacciones sociales que expresa su verdadera y distintiva personalidad a través del fútbol. En la sociedad moderna, no hay ninguna figura que represente mejor esa libertad que el artista. Y el futbolista lo es, de hecho, porque lo que hace es crear. El creador tiene siempre una relación con lo divino y lo sobrenatural, de ahí esas referencias a la inspiración y el talento natural, la posesión de una chispa inexplicable que no puede explicarse racionalmente. En el fútbol la creación se expresa a través del uso del instrumento, que es el balón, y por tanto es una creación de la técnica. Dentro de la técnica la expresión máxima de la creatividad, de la improvisación, es el regate, de ahí que sea el núcleo de las culturas futbolísticas más individualistas y antirracionales, como la

argentina y la brasileña, y el principal enemigo de aquellos que preconizan la predominancia de la sociedad sobre el individuo. En este sentido, el problema con defender es que no se crea, solo se destruye, y aún más importante, no hay autoexpresión, sino que se está a expensas del contrario, que es el que tiene el balón. Solo se crea con el balón, y de ahí que la irrupción de Sacchi supusiese una inversión sacrílega de los valores, pues supone la dominación de la defensa sobre el ataque, el control del partido sin tener la pelota.

Pero el creador además de crear algo nuevo, se expresa, es decir, desarrolla su intimidad, su alma, haciéndola crecer. No es solo que exprese algo de valor para el otro, sino que él mismo entra en una senda de autodescubrimiento, ese estado de alucinación y trance que le otorga un conocimiento directo, sensible, íntimo, superior a cualquier conocimiento racional y que le eleva una vez más hacia lo divino alejándole del resto de los hombres espiritual y materialmente, porque también las normas sociales dejan de concernirle. Se sitúa fuera de la sociedad porque no se siente concernido por sus normas y porque la propia sociedad le otorga un estatus de excepcionalidad en función de su talento.

En ese mundo regido por el talento natural, la posición del entrenador será meramente testimonial, aunque quizás su conocimiento instintivo le pueda llevar a realizar algún ajuste que aparecerá como golpe de genio o de magia. Serán por tanto alineadores en el mejor sentido de la palabra: sacarán a los mejores y que jueguen.

La defensa será siempre desatendida y considerada un elemento secundario, pues se considerará que es el talento ofensivo el que define el resultado. Para algunos, la zona será un dispositivo rudimentario para garantizar la libre expresión de los futbolistas, es decir, como una forma de evitar que las preocupaciones defensivas ocupen excesivo sitio e impidan el disfrute ofensivo, una zona brasileña, aquella que consistía simplemente en replegarse y esperar el fallo del rival. Otra posibilidad será ver la defensa individual como un marco perfecto para expresar la individualidad, pues al aislar al jugador en luchas individuales convierte el fútbol en una sucesión de duelos en el sentido aristocrático del término, como luchas nobles entre iguales en las cuales quién mostrase una mayor habilidad o voluntad saldría victorioso. El oponente se

convierte en un alter ego, que puede simbolizar igualmente la lucha entre opuestos que la lucha del hombre contra la naturaleza.

Por el contrario, la zona moderna será vista como un atentado a la libertad de los jugadores, un peligro de tecnocracia totalitaria y al mismo tiempo una herramienta para anular al talento que impediría el desarrollo justo del partido. Será percibida por tanto como una especie de trampa, de traición al espíritu del juego, que debe ser enfrentamiento entre hombres y no enfrentamiento entre ideas. Y es que para quienes favorecen a la vez el componente individual y natural del juego la desigualdad es el estado natural de las cosas, la estratificación en función del verdadero valor del individuo. Si el adagio nietzscheano sostenía que la sociedad era la forma de que los muchos débiles se impusiesen a los pocos fuertes, la táctica sería una forma de maniatar esa superioridad natural que si se deja libre conduce a un mundo en el que unos son defensas y los otros delanteros, unos cemento y otros mosaico. La apelación a la creatividad y la libertad instintiva de los jugadores esconde el hecho de que no todos los jugadores son creativos y talentosos, y no todos los jugadores se desempeñan en esas tareas. Junto con los atacantes que asombran conviven los defensas menos dotados, que deben además sostener al equipo cuando sus atacantes liberados se desentienden de las tareas defensivas. El juego alegre y desenfadado muchas veces oculta una jerarquización que no tiene nada de natural ni de libre, sino que aunque fruto de una tradición, impone a unos trabajar para otros. En ese sentido, el gobierno de los mejores siempre ha tenido un nombre, aristocracia. Como en el caso del cemento y el mosaico, la aristocracia sostiene que el orden natural es la desigualdad, y que por tanto los mejores, sean estos como sean definidos, deben gobernar, y que ese ejercicio del poder conlleva privilegios.

Por otra parte, la naturaleza tiene límites para el juego. El juego es, lo primero, una construcción social, y por lo tanto fruto de la cultura. Se juega con unas reglas, que son las que crean el juego, y por tanto se aleja del instinto y se somete a una racionalidad generada por éstas. Por ello, para jugar mejor hay que reflexionar sobre las reglas y sus posibilidades. Todo proceso de mejora se basa de una forma u otra en un proceso de conocimiento, aunque no sea formalizado. Cuando se quiere decir que es posible un juego completamente natural, se incurre en contradicción, porque el juego es social,

cultural por definición. Se hace referencia a un ideal del buen salvaje, a un pasado glorioso donde no existían reglas ni obligaciones más allá del placer, pero la realidad es que el juego se sitúa precisamente en el más acá de las normas y las obligaciones. El que no quiera normas y obligaciones, que no practique un deporte de competición, y así no habrá necesidad de que existan las defensas.

Si tuviésemos que asignar una imagen a esta postura, sería sin duda el Brasil del 70, no solo por su talento, su juego ofensivo, su creatividad y el espectáculo ofensivo, sino sobre todo porque forzó el límite lógico del modelo al jugar con los mejores jugadores que tenía, incluyendo cuatro futbolistas que normalmente jugaban de diez, ignorando completamente el orden. Cuando todos los jugadores de un equipo cumplen la definición de buenos jugadores, se produce la paradoja de que a pesar de pertenecer todos a la aristocracia, alguien debe ocuparse de defender. El resultado es que dependiendo de cómo se mire, en aquel equipo no defendía nadie o lo hacían todos. En general, se entiende que todos defendían poco, y que ganaban simplemente porque terminaban metiendo más goles que el contrario. Sería posible por tanto defender la idea de que sí es posible ganar sin defender, pero solo en la circunstancia excepcional de reunir a un grupo de jugadores muy superiores al resto, tan excepcional que no se ha vuelto a repetir, con el ejemplo definitivo del Brasil del 82 de Sócrates y Zico, que siendo lo más parecido al Brasil del 70 cayó esta vez frente a la organización defensiva italiana.

Victoria e instinto: los guerreros

Para ellos, el fútbol sigue siendo un conocimiento instintivo, fruto de la práctica y por tanto solo los que han formado parte de esa práctica poseen un conocimiento legítimo. Sin embargo, consideran que este es ante todo una competición, una lucha por la victoria. En esas circunstancias, serían las cualidades más asociadas con la competitividad las que resultarían beneficiadas: fundamentalmente, serían las cuestiones psicológicas y emocionales, como la entrega, el pundonor, el sacrificio, el compromiso, la agresividad las que determinarían el resultado. Ganaría, fundamentalmente, aquel que más lo deseara. Es verdad que ese deseo debería ser

sostenido por una condición física adecuada, fuerza, potencia, velocidad. Por el contrario, tanto la táctica como la técnica serían desechadas como artificios, falsos ídolos. La táctica sería sinónimo de racionalización y la racionalización de filosofía barata, de construcción en el vacío. La técnica, como expresión de una individualidad, un egoísmo incompatible con el destino colectivo. Expresión como estamos viendo de la visión más tradicionalmente patriarcal, la técnica y la táctica recibirían además la sospecha de prácticas feminizadas, una cercana al arte y la expresión de los sentimientos, otra a la racionalización intelectual propia de los débiles. Y es que la diferencia fundamental entre este grupo y el anterior es que no se considerarían a sí mismo como artistas, sino como guerreros. No buscarían alcanzar una trascendencia o contacto con lo divino, sino que rechazarían la mera existencia de este y defenderían la existencia de un mundo sin dios, regido únicamente por el caos y la violencia.

Por eso el entrenador, que no cree en el diseño racional de estrategias, debe fiarlo todo a su capacidad para motivar y liderar al grupo. Como un caudillo militar, debe guiar a sus guerreros hacia la victoria enardeciéndoles con discursos y haciendo uso de cualquier estrategia para motivarles, incluyendo la humillación o el desprecio.

Partiendo del desprecio por las tácticas, lo cierto es que en el plano de los valores la defensa individual será sentida como más cercana que la zona, porque permite la escenificación del combate que es el fútbol en continuos unos contra unos en los que la voluntad será el factor determinante. La zona por el contrario es doblemente femenina: truco de los artistas para evitar el choque y creación de intelectuales sin voluntad.

El límite del modelo es la contradicción entre fines y medios. La reducción de los medios a la mera aplicación de valores morales y emocionales no es suficiente para alcanzar la victoria frente a quienes sí han construido un planteamiento estratégico para el enfrentamiento. La táctica y la racionalidad son herramientas que se desarrollan de forma natural en la guerra para maximizar los recursos disponibles. Los guerreros se transforman en soldados y el caudillo en general. Siempre termina produciéndose ese proceso de racionalización, aunque sea sobre las bases de un conocimiento práctico, lo que contradice la idea de que gana aquel que más lo desea.

Por eso decía Carlos Martínez que en los vestuarios no se hablaba de romper piernas, sino del juego, y las apelaciones a la raza de Clemente escondían un trabajo táctico meticuloso.

Al mismo tiempo, el desprecio de los jugadores de talento como afeminados no esconde el hecho de que todo equipo termina necesitándoles. Muchas veces aislados en la punta del ataque, despreciados por el entrenador, en último término son imprescindibles para lograr la victoria, lo que muestra que igual que no se puede renunciar totalmente a la táctica colectiva, tampoco se puede renunciar al talento.

Evidentemente, cuando renunciamos a la razón y además nos centramos en el destino colectivo, estamos potenciando los valores de la más estricta masculinidad agresiva e instintiva, valores asociados tradicionalmente con los autoritarismos y fascismos. Son valores inevitablemente cercanos a la agresividad y por tanto con posibles tendencias hacia la violencia. Ningún equipo, en su práctica real, puede comportarse únicamente de este modo. Un ejemplo es el equipo italiano campeón del mundo en 1934 y 1938, y que como vimos pretendía hacer un fútbol fascista que terminaba siempre con varios lesionados en cada equipo. Sin embargo, lo cierto es que contaba con los *oriundi*, los jugadores más dotados técnicamente del mundo, y que Vittorio Pozzo había desarrollado un complejo sistema táctico. Similares apreciaciones pueden hacerse del *catenaccio* de Helenio Herrera. Pero en el plano discursivo sí es fácil identificar ese discurso, empezando por la propia construcción de la furia española, junto con ese ethos del fútbol español de los setenta que quedaba epitomizado en frases como “ganar por lo civil o por lo militar” o “vienen a robarnos el pan de nuestros hijos”.

Espectáculo y ciencia: los intelectuales

Cuando pasamos al campo de la cultura, partimos de la idea de que un conocimiento objetivo y racional puede obtenerse de la observación externa del juego, e igual de importante, que el jugador tiene esa capacidad y por tanto que su capital futbolístico no es únicamente el resultado de sus dotes naturales, sino también de un proceso formativo y de su propia capacidad de racionalización y mejora.

En este primer caso, partimos pues de la idea de que existen unos principios racionales del juego y que esos principios deben garantizar la libertad individual del jugador. Puesto que un jugador tendrá un mayor rendimiento si conoce los principios formales del juego, el jugador ideal no será aquel que únicamente tiene gran habilidad con el balón, sino aquel que posee un conocimiento mayor del juego que al aplicarlo le da ventaja sobre el resto aunque tenga una inferioridad técnica o física. Esa descripción coincide con la que Robinson hacía de Cesc, aquel jugador que sin tener cualidades excepcionales marca la diferencia únicamente por su mayor conocimiento. Por tanto, el talento será entendido más en su vertiente táctica que técnica, y serán las cualidades tácticas las más valoradas, resumidas en lo que venimos denominando inteligencia táctica, la capacidad de elegir correctamente en cada momento, es decir, de ejercer la racionalidad para crear belleza. En ese sentido, la expresión individual estaría más cercana a la creación científica que a la artística, pues no se trataría tanto de entrar en un estado de inspiración sagrada como de usar la creatividad para resolver problemas. Entre esos problemas estaría la superioridad física del rival, que sería anulada por la mayor inteligencia. En ese sentido, las cualidades físicas serían secundarias porque la razón siempre acaba triunfando sobre la fuerza bruta.

Toda esa inteligencia táctica debe inscribirse en una organización que garantice la libre expresión de los jugadores. Se tratará de una organización per se, diseñada por el entrenador, poseedor legítimo del conocimiento táctico superior, y por tanto no tendrá nada de libre improvisación natural. Deberá ser por tanto una improvisación controlada o regida por principios pero libremente aceptada, pues al caracterizar al jugador como libre y racional, no queda más remedio que constituirle en ciudadano con derechos. Esa carta de ciudadanía debe extenderse a todo el equipo, y no solo a los jugadores con inteligencia táctica, o más bien no se podrá formar parte de un equipo, de una comunidad política, si no se posee la inteligencia suficiente para ejercer responsablemente los derechos ciudadanos. Esa inteligencia táctica es pues en realidad un derecho del futbolista, el derecho a la educación. Por tanto, si todos ciudadanos, todos tendrán derechos y deberes, y cualquier jerarquización o privilegio tendrá límites, pues no podrá ser a costa de los demás. Llegamos por tanto al todos atacan y todos defienden como expresión de la igualdad de derechos.

El entrenador será por tanto el presidente democráticamente elegido del equipo. Para lograrlo, deberá ser reconocido como aquel con mayor conocimiento objetivo del fútbol y con la voluntad democrática de garantizar los derechos de los futbolistas, de no sacrificar estos en pos de una victoria.

La zona será el dispositivo táctico elegido, puesto que siguiendo los principios del juego se entiende como la más racional y al mismo tiempo da un gran peso a la autonomía y capacidad de decisión del jugador, por lo que parecerá más proclive a garantizar la libertad del individuo. Todo lo contrario a la defensa individual, percibida tanto como rústica en el plano intelectual como esclavizadora en el plano ético.

Únicamente un funcionamiento democrático real, con su debate público y su capacidad de decisión, podría estar a la altura del ideal manifestado. Ese ideal se pone a prueba constantemente en un deporte de competición. Por un lado, siempre existirá una desigualdad de capital futbolístico entre los jugadores, que combinado con una igualdad de obligaciones generará inevitablemente conflictos cuando los más dotados exijan mayores privilegios, la introducción del criterio de meritocracia. Al mismo tiempo, la capacidad de racionalización del juego, de prever cada movimiento, de aumentar la coordinación y la solidaridad corre el riesgo de acabar con el goce, con la diversión del juego. Es una posibilidad real, puesto que la racionalización pura, como vimos con la zona, lleva únicamente a la eficiencia. Es la lucha entre eficiencia y libertad, y en esa lucha es el entrenador, que además está presionado por el resultado, el que puede ceder a la tentación de decretar el estado de excepción cuando las cosas vayan mal y suspender los derechos de sus jugadores para imponer su visión superior, que implicará probablemente algún tipo de jerarquización funcional. Lo cierto es que cualquiera que se defina por el polo de la libertad individual encontrará un límite en el carácter competitivo del fútbol, que regresará siempre para amenazar su propuesta.

La tradición holandesa que llega hasta el Barcelona ha representado tradicionalmente los ideales de la racionalidad creativa. Por un lado, una marcada voluntad ofensiva, de espectáculo y creación. Por otro lado, no dejar esa tarea a la mera inspiración de los jugadores, sino crear estructuras tácticas novedosas (modernas) para que pudiesen expresarse. Además, y lo más importante, no ha limitado esa capacidad de expresión a

unos jugadores, los más dotados, sino que se ha entendido como un derecho ejercido por todos sus miembros, lo que suponía que también los más dotadas ofensivamente debían asumir responsabilidades defensivas. El destino final del Fútbol Total nos enseña su límite, pues resultó que no existían los jugadores ni completamente polivalentes ni completamente democráticos, lo que terminó obligando a concesiones tanto en lo que cada jugador podía hacer como en los derechos que podía tener.

Victoria y ciencia: los técnicos

Se trata, simplemente, de aplicar la racionalidad a la búsqueda del orden y la eficiencia que garantizan la victoria. La táctica, la reflexión, es el camino más directo a la victoria, puesto que una correcta interpretación de la realidad debe desembocar en un plan de acción óptimo y por tanto en la victoria.

La disciplina táctica, entendida como la capacidad para entender y aplicar las ideas del entrenador, es la cualidad fundamental del futbolista. Ello implica que el jugador es capaz de entender racionalmente el juego, que conoce sus principios y que se le debe exigir que utilice su inteligencia y capacidad de decisión en el juego, siempre y cuando no olvide que el principio táctico superior es la subordinación del individuo al colectivo. Las emociones deben ser controladas en favor de la inteligencia y la reflexión, pues de nada sirve el voluntarismo del sacrificio sino está acompañado de un plan. La técnica superior puede ser anulada por los dispositivos tácticos, y para que sea eficiente debe por tanto pasar también por el tamiz táctico, usarse cuándo y cómo determine el análisis racional del juego. La expresión de la individualidad, el goce del jugador, simplemente no son criterios tenidos en cuenta, puesto que este juega para ganar, no para disfrutar, y en todo caso obtiene ese disfrute con la victoria, con el cumplimiento de los objetivos. El aspecto físico puede ser una buena base, pero sin una planificación racional solo obtendremos un derroche energético que puede y debe ser limitado por una organización que permita optimizar los recursos en función de las necesidades.

El entrenador es ante todo un estratega, poseedor de un conocimiento superior. Los individuos, deben actuar como parte de un plan complejo, sin salirse de las directrices por él establecidas. La jerarquización y el reparto de tareas dependerá de lo que dicte la eficiencia: por tanto, puede producirse un reparto equitativo de tareas o una división funcional en función de lo que dicte el análisis. En cualquiera de los dos casos no estaremos hablando ni de democracia ni de privilegios, pues los individuos como tal no son sujetos de derecho, sino objetos del único sujeto, el equipo. La pregunta sobre el estatus político de los jugadores no se plantea, puesto que cuando se busca la eficiencia, los jugadores son efectivamente componentes de un mecanismo y como tal desposeídos de individualidad. Si previamente hablábamos de democracia, es evidente que toda esta descripción coincide con la noción de tecnocracia, la sociedad liderada por los expertos en su búsqueda de la eficiencia.

A la búsqueda de la eficiencia, tenderá a utilizar el sistema defensivo que más eficiente se demuestre, y este es la zona. No considerará que la zona deba garantizar la libertad individual, sino que la considerará únicamente un dispositivo táctico más eficiente que otros y que permite usar al máximo las potencialidades de los jugadores, lo que incluye su inteligencia.

Los límites de la tecnocracia son los límites de la voluntad de control. El control absoluto es imposible de obtener, el caos y lo impredecible son constitutivos de la realidad, por lo que tarde o temprano reaparecen. Si el sistema no es capaz de aceptar la incertidumbre y lo inesperado, termina siendo disfuncional. Para hacerlo, necesita precisamente de la libre acción de los individuos, su capacidad para adaptarse a los estímulos externos y en esa reacción superar o modificar la lógica del sistema. Por tanto, un sistema que se quiere funcional y autorregulado debe al mismo tiempo renunciar al control total de su funcionamiento, debe pasar de sistema cerrado a abierto para evitar el riesgo de entropía. Los equipos completamente organizados y planificados sufren ante los imprevistos, pues los jugadores no están acostumbrados a salirse del plan y a improvisar, y sufren cuando se enfrentan a equipos similares, pues para superarles tendrían que hacer algo distinto, y no están capacitados para ello. Es entonces, como diría Valdano, que sacan a los buenos, que son los improvisadores, para tratar de solucionar el partido.

Aunque en estas páginas hemos recogido la descripción del Inter de Cúper en términos similares, lo cierto es que el representante excelso de este grupo es aquel que lo instituye, el Milán de Sacchi. Esa voluntad de jugar sin portero expresa perfectamente la idea de que la racionalidad aplicada al juego puede anular cualquier otra virtud o capacidad y garantizar la victoria. Igualmente, esa voluntad de control encontró sus límites cuando se enfrentó a propuestas similares, ante las que permanecía bloqueada, y cayó en la entropía cuando el freno de toda iniciativa individual derivó en falta de implicación y finalmente en insubordinación abierta.

Confirmando aquella idea de la llegada de la zona como la Transición política del fútbol español, nuestro modelo muestra que la posición dominante en el plano simbólico ha pasado de ser el fascismo a serlo la democracia. Forzando la metáfora, vemos como existe una ambivalencia en la comprensión del cambio entre quienes entienden que es la instauración de una democracia que garantiza la libertad y el goce y aquellos que ven desarrollarse una tendencia tecnocrática que traiciona el espíritu de la transición al sustituir el goce y la libertad por la disciplina táctica. De ahí que el discurso del buen fútbol se desencante paulatinamente de Sacchi y que una vez asimilada la zona como dispositivo defensivo mayoritario pierda ese carácter revolucionario e irreverente. Al mismo tiempo, mientras el discurso del buen fútbol fue minoritario y contracultural sus ataques al fútbol conservador se entendían como una necesidad para democratizar el fútbol y permitir la expresión de todas las ideas. Cuando se convierte él mismo en el discurso hegemónico, su expulsión del fútbol conservador del campo simbólico se percibe como intentos de acotar el discurso y de mantener una posición de dominio, de forma que son los discursos tradicionales los que toman la forma de expresiones de resistencia ante una hegemonía cultural.

Finalmente, especificar que esta es una construcción teórica del campo, que debe servir como guía, como mapa para interpretar los discursos y situar a los actores, pero que no puede entenderse como expresión determinista, objetiva de la realidad social. Por ello, las posiciones representan discursos dentro del campo simbólico, no opiniones concretas de individuos concretos. Lo cierto es que estos varían de postura dependiendo de los temas, e igualmente mantienen posturas contradictorias en un mismo tema que expresan sus propias contradicciones como sujetos. Es únicamente

analizando la lógica del discurso que se pueden llevar a cabo estas construcciones ideales que nunca se ofrecen en la realidad.

CAPÍTULO 5

DISCUSIÓN

CAPÍTULO 5: DISCUSIÓN

5.1. El control de la violencia en el fútbol español, la curva civilizacional y la masculinidad hegemónica

Esta investigación ha recogido que desde principios de la década de los noventa se produjo una considerable reducción de la violencia tanto entre el público en la grada como entre los futbolistas en el campo. A la hora de explicar esta evolución, encontramos dos grandes corrientes teóricas que han hablado de la violencia en el deporte. Por un lado, la teoría del proceso de civilización de Norbert Elias, que propugna que a medida que crece el poder centralizado del Estado y se hacen más complejas las relaciones sociales, disminuye el uso de la violencia en la sociedad y se genera una repugnancia psicológica hacia su uso, lo que afecta a las actividades físicas, que sufren un proceso de pacificación que deriva en el deporte moderno. Por otra parte, sin embargo, desde los estudios de género se ha identificado el deporte organizado como espacio privilegiado de reproducción de la masculinidad más agresiva, competitiva y violenta. Tenemos por tanto dos comprensiones hasta cierto punto divergentes del deporte, por lo que nuestros resultados deben establecer un diálogo con ambas tradiciones si pretende ensanchar el conocimiento sociológico.

Dunning sostiene que la violencia ejercida por los espectadores es fundamentalmente de tipo expresivo, es decir, que expresaría abiertamente las emociones experimentadas, como la frustración o el odio. Ello sería así porque sus protagonistas serían aquellos con un menor control emocional, los miembros de los sectores más excluidos de la sociedad donde aún se celebra la fuerza física y la masculinidad más agresiva. Por el contrario, los profesionales aplicarían fundamentalmente una violencia instrumental, resultado de la búsqueda del beneficio objetivo. Esa violencia instrumental puede aumentar debido precisamente a la presión competitiva y

económica, hasta el punto de que funciona “a menudo como un gatillo que provoca la pérdida del autocontrol” (Elias & Dunning, 1992, p. 280), es decir, la violencia expresiva bajo la forma de una agresión al contrario. Sin detenernos en las críticas teóricas (Best, 2010) y empíricas (Giulianotti, 2000) que ha recibido la existencia de esta clase obrera ruda, queda establecido que para Dunning la violencia expresiva sería patrimonio de los aficionados, y la instrumental de los profesionales.

Paradójicamente, las investigaciones muestran que en la cultura profesional de los futbolistas ha habido tradicionalmente un culto de la masculinidad agresiva. Como vimos en el marco teórico, (Parker, 1996; Roderick, 2003; Bertrand, 2009; Llopis 2008) desde los periodos formativos se promueve entre los jugadores la capacidad de soportar el dolor como una prueba de masculinidad, lo que les lleva a jugar con dolor y lesionados en muchas ocasiones. Igualmente existe una cultura de la hipercompetitividad y de la agresividad que comienza en el entrenamiento (Parker, 1996), por lo que Roderick (2003) habla de que la demanda central hacia los jugadores es tener una *buena actitud*, consistente por un lado en la lealtad y subordinación al entrenador, pero también por un compromiso en el campo que incluye una enorme agresividad en las disputas por el balón. Históricamente, este patrón ha estado muy extendido en el fútbol (Harding 2003), en un deporte de contacto que ha sido secularmente violento y físico. Todo ello hace que los investigadores hablen de una cultura profesional similar a la desarrollada tradicionalmente entre la clase obrera en las fábricas, que exalta la fuerza física y la violencia como expresiones superiores de masculinidad.

Otros estudios han mostrado que esta cultura de la masculinidad agresiva se extiende a muchos otros deportes grupales de contacto, como el fútbol americano o el rugby, y que en ellos también está más extendido el uso de la violencia y la tolerancia hacia la violencia antirreglamentaria (Light & Kirk, 2000; Orr, Steinfeldt, Rutkowski, & Steinfeldt, 2012), por lo que podemos entender que los deportes de equipo han desarrollado una cultura propia que no solo fomenta la competitividad, algo lógico teniendo en cuenta el marco profesional en el que se desarrollan, sino también una masculinidad física y violenta.

Esa forma de masculinidad en el deporte ha sido explicada en ocasiones a través del concepto de masculinidad hegemónica (Carrigan, Connell, & Lee, 1985; Connell & Messerschmidt, 2015), una hegemonía en el sentido gramsciano, es decir, como expresión de una superioridad instituida y aceptada que es en realidad resultado de un estado de fuerzas sociales. La masculinidad hegemónica no es por tanto la forma mayoritaria de las prácticas reales de los hombres, sino la construcción ideal que permite el dominio de los hombres sobre las mujeres.

Existiría pues una pluralidad de masculinidades reales que a su vez luchan entre sí por definir la noción hegemónica de masculinidad, y como resultado de esas luchas establecen un estado dinámico de fuerzas. Por tanto, estas masculinidades no serían eternas, sino que se formarían histórica y socialmente, evolucionando y se transformándose. En cada momento, sin embargo, los hombres concretos y las formas prácticas de la masculinidad se apoyan en la noción hegemónica de masculinidad para asegurar su dominio sobre las mujeres y son por tanto masculinidades cómplices.

Quien con mayor profundidad ha aplicado la teoría de la masculinidad hegemónica en el deporte ha sido Michael Messner (1988, 1989). Él entiende que el deporte reproduce esa masculinidad hegemónica basada en la fuerza, la competitividad y la violencia. El deporte organizado surgiría a finales del siglo XIX y principios del XX como respuesta ante el miedo a una feminización social por parte de los hombres de clase media sometidos a una doble amenaza: la pérdida de estatus provocada por la industrialización y la asalarización, y el primer movimiento feminista, el sufragista. También, podemos añadir siguiendo la idea de Bodin recogida por Llopis (2008), por la institucionalización de la crianza por parte de las mujeres en la esfera privada. De ahí que para Messner el éxito del deporte espectáculo entre los hombres sea la respuesta al lento despojo de su poder patriarcal no tanto por el feminismo, que ha jugado también su rol, sino por las dinámicas del capitalismo industrial, es decir, de la evolución de las luchas de hombres entre sí en la esfera del intercambio económico.

La cuestión es por tanto cómo el deporte puede funcionar al mismo tiempo como enfrentamiento mimético y desprovisto de violencia y como refugio para la expresión de una masculinidad hegemónica agresiva y violenta.

Si introducimos en el debate nuestros resultados, vemos que la masculinidad agresiva del fútbol español de finales de los setenta y ochenta era congruente con la forma de la masculinidad hegemónica que de una forma u otra se imponía y desarrollaba en el campo del deporte. Al mismo tiempo, la violencia ejercida en el terreno de fútbol, a pesar de que se fomentaba esa agresividad, no era ni remotamente similar a la que se ejercía en cualquier partido de shrove football o cualquier otra forma tradicional de juego de pelota, lo que implica que el proceso de civilización había tenido lugar. Por tanto, ambas formulaciones, la de la masculinidad hegemónica y la de la pacificación, son congruentes con ese momento histórico.

Existe entonces una situación de tensión en la que, por un lado, se socializa a los jugadores en la idea de la masculinidad agresiva, haciéndoles desarrollar una identidad basada en su capacidad para ejercer y sufrir la violencia. Esa masculinidad se inscribe en un contexto de enfrentamiento identitario que fomenta el recurso a cualquier medio para lograr la victoria, incluyendo la violencia instrumental. Al mismo tiempo, esa agresividad se enfrenta a un reglamento que oficialmente la prohíbe, imponiendo un freno a su ejercicio y oponiendo un código moral alternativo que debe aceptarse al menos de forma oficial, el del fair play.

Existen pues exigencias contradictorias que recaen sobre los futbolistas: que se comporten como hombres, que hagan todo lo posible por ganar y al mismo tiempo que respeten a las normas y al contrario.

Es decir, tenemos un campo regido por leyes que valoran el uso de la violencia que al mismo tiempo está subordinado a un campo superior, el de la sociedad en su conjunto, que la prohíbe y desincentiva. Pero desde una perspectiva de género ambos campos están dominados por hombres, y por tanto deben fomentar valores que aseguren este dominio. Para resolver la contradicción debemos entender que los valores del deporte y los de la sociedad en su conjunto están dirigidos al dominio de grupos distintos: en el campo del deporte se trata fundamentalmente de asegurar el dominio de los hombres sobre las mujeres, mientras que en el campo social se trata de asegurar el dominio de unos grupos de hombres sobre otros.

La diferencia estriba en que siguiendo a Messner, el deporte organizado es una forma de expresión de la superioridad de los hombres frente a las mujeres, mientras que siguiendo a Elias, en el campo simbólico superior se lucha entre hombres por el poder en la sociedad, y en esa lucha la hegemonía en el campo político y económico reside en una sociedad industrial en quienes son capaces de planificar, gestionar y racionalizar procesos para lograr una mayor eficiencia, y las posiciones subordinadas pasan a ocuparlas aquellos hombres que solo disponen de capital físico, de la fuerza de trabajo contenida en sus cuerpos, en los términos de Marx. Por tanto, la cultura tradicional masculina de la heroicidad, la violencia y la valentía quedan más y más reducidas a los grupos sociales cuyo capital es fundamentalmente físico, la clase obrera. Lo cual explica por qué es en estos colectivos en donde se mantiene con más fuerza esa masculinidad hegemónica. Y de ahí que Connell (1985) diga que mientras que en las clases medias la superioridad de los hombres sobre las mujeres se basa simplemente en su éxito profesional, en el caso de los obreros, que no tienen una carrera profesional ni un prestigio, deben reforzar su poder en el hogar mediante la violencia.

Es decir, que en el campo económico y político la masculinidad hegemónica ha sido destronada por una masculinidad centrada en la racionalidad y el control de los impulsos. Ambas formas son, sin embargo, formas de masculinidad, y como tal son expresiones de la superioridad del hombre sobre la mujer. El problema es que la inteligencia superior de los hombres ha sido cada vez más compleja de defender conforme se ha producido la incorporación de la mujer a la esfera pública y se ha avanzado en la igualdad de derechos hasta hacerla prácticamente insostenible, mientras que la teoría de la superioridad física mantiene un cierto prestigio gracias a un supuesto componente biológico irrefutable. Surge entonces el uso de la superioridad física como herramienta de dominio sobre las mujeres, mientras que la superioridad intelectual funciona fundamentalmente como mecanismo de dominio de las clases superiores sobre las inferiores en la esfera económica, que sigue estando a pesar de los progresos dominada por los hombres. Se articula así un doble conflicto, el de clase y el de género. Así, Messner encuentra que mientras que los hombres de clase media educada consideran que la masculinidad hegemónica es atávica y limitada, una

forma de masculinidad primitiva frente a la que oponen su masculinidad moderna y civilizada, la movilizan al mismo tiempo para reforzar su superioridad frente a las mujeres, de forma que uno de sus entrevistados concluye diciendo que “una mujer puede hacer el mismo trabajo que yo o incluso ser mi jefe, pero que me aspen si puede salir al campo de fútbol y soportar un golpe de Ronnie Lott [jugador de fútbol americano]” (Messner, 1989, p.79).

Aunque la expresión masculinidad civilizada es utilizada por Messner sin relacionarla con las teorías de Elias y solo de manera casual, creemos que puede ser una buena forma de articular las ideas de Connell, Elias y Bourdieu, de relacionar la lucha de clases y de géneros y situarlas en el proceso de racionalización y diferenciación progresiva que ha sufrido el capitalismo en el último siglo. Habría que hablar entonces de masculinidad tradicional y no hegemónica porque esta solo lo es en el contexto del género, pero está subordinada a la masculinidad civilizada en el plano económico. De esta forma también retomamos la idea de una pluralidad de masculinidades hegemónicas, que varían de un contexto a otro, y que funcionan como justificación del dominio de género.

En ese caso, los futbolistas superarían la tensión interna entre la masculinidad tradicional enraizada por el proceso socializador y los límites impuestos a la violencia por la racionalización a través de la noción de trabajo y de la construcción simbólica del futbolista como trabajador: al definirse el futbolista como profesional, expresa la idea de que ante todo es un hombre que debe ganarse la vida y sostener a su familia, lo que refuerza la masculinidad moderna por la que el hombre se construye como asalariado y como cabeza de familia. Como trabajo, el fútbol no encuentra sus límites en el reglamento, sino únicamente en aquello que un jugador pueda hacer en su beneficio, y por tanto la violencia instrumental es una herramienta privilegiada. Ese uso permite además la expresión de la masculinidad tradicional violenta y agresiva en la que ha sido educado, que es ahora una exigencia moral de su rol como cabeza de familia. Se trata de una violencia emocional y racional al mismo tiempo, en la que se fomenta el orgullo, el pundonor, la valentía, el sacrificio y la violencia como expresión del deseo de victoria sobre el rival y también de la profesionalidad del futbolista.

Ese es más o menos el cuadro que ha surgido de esta investigación: defensas y delanteros no veían límites claros entre violencia expresiva e instrumental porque ambas estaban fusionadas en su identidad como futbolistas profesionales. La violencia instrumental es expresión del compromiso emocional del futbolista con su trabajo, pues se pega para defender el pan de los hijos y demostrar que se es un hombre. Al mismo tiempo, la violencia expresiva también es siempre instrumental, pues esa expresión de la masculinidad tradicional está limitada por su propio proceso racionalizador que se expresa a través de la búsqueda del beneficio para el equipo. Se pega para demostrar que se es un hombre, pero un hombre es el que ejerce la violencia cuando debe y el que se contiene de ejercerla para mantener su trabajo y garantizar la subsistencia de la familia.

Puesto que los futbolistas están dispuestos a hacer todo lo necesario para ganar, y el público lo está a apoyarles, lo único que impide la transformación del fútbol en un espectáculo de violencia abierta próximo al de los gladiadores es el reglamento. Aunque tanto futbolistas como público desprecian oficialmente al reglamento y al árbitro y subvierten constantemente su autoridad, lo cierto es que su existencia permite que el fútbol mantenga su relación con la pelota y con la habilidad y sobre todo que conserve su carácter teatral, su esencia mimética, que debe ser olvidada durante el partido para mantener al espectador en la idea de que está viendo un enfrentamiento real, no una representación. La realidad es que cuando el público grita *¡Mata Benito!* no espera de Benito que realmente mate al contrario, sino que ejerza contra él una violencia perfectamente calculada bajo la apariencia de expresión emocional incontrolada que implica la cantidad exacta de daño y espectáculo que el público está dispuesto a ver y es capaz de disfrutar. Igualmente, el futbolista no está dispuesto a todo por ganar, fundamentalmente porque el fútbol es en último término un trabajo. Por eso el mayor tabú, como hemos ido viendo, es el de lesionar voluntariamente a un compañero, pues ello implica romper la convención superior por la cual nos pegamos para obtener beneficios, pero sabemos que en el fondo nuestra enemistad es artificial, falsa, provocada por el contexto profesional. La artificialidad del enfrentamiento es la realidad última del partido, y por ello debe ser ocultada en la medida de lo posible tanto a espectadores como a futbolistas para hacer posible la

ilusión. De ahí que la labor de introducir la noción de realidad sea reservada al árbitro, un agente externo sobre el que se puede descargar toda la animadversión.

Se odia así al árbitro por impedir la expresión de la violencia, pero lo cierto es que su existencia evita que los jugadores tengan que admitir que no están dispuestos a morir por lo que solo es un trabajo, y los espectadores que no desean en realidad asistir a una pelea sangrienta sino a un espectáculo. Ello implica también que el grado en el que los espectadores se adhieren a la masculinidad tradicional es limitado, pues su aparente querencia por la violencia es en realidad querencia por una representación mistificada de ésta, y serían incapaces de soportar la verdadera.

Tenemos por tanto un grupo profesional que en el caso de los defensas se articula en torno a una tensión entre una glorificación de la masculinidad más tradicional y agresiva y la exigencia profesional de un cálculo racional y una contención emocional. Entre ambos elementos el futbolista deberá formar un equilibrio que sea eficiente dadas las condiciones del campo: no podrá ser tan frío que pierda implicación en el juego y se le considere blando o afeminado, ni tan alocado que carezca de la sangre fría para contenerse y sea considerado únicamente un salvaje o un loco. Ese punto de equilibrio se convertirá en el referente de la noción de profesional ideal que traducirá a su vez una forma hegemónica de entender la masculinidad futbolística. Pero esa noción, como resultado de la tensión dinámica del campo simbólico será también una construcción social e histórica que se modificará con el tiempo en función de las luchas de los actores y de la influencia de la sociedad en su conjunto, y a cuyas fluctuaciones deberán adaptarse también los futbolistas. Esa lucha, en lo referido a la violencia, cristaliza un estado de fuerzas que se refleja en la labor arbitral, su criterio para aplicar el reglamento.

El proceso de pacificación que tuvo lugar en los años estudiados en esta investigación sería precisamente el resultado de esta transformación del estado de fuerzas a favor de aquellos defensores de un mayor control de la violencia y una comprensión más intelectual y cercana al espectáculo del fútbol, apoyados a su vez en importantes intereses económicos. Ello significaría la sustitución de la masculinidad tradicional por

la civilizada como hegemónica en el fútbol español. La pregunta es, ¿hasta qué punto podemos hacer esa afirmación?

En el caso de los profesionales parece innegable que a través de la presión disciplinaria se ha producido un proceso de pacificación del juego. Esos cambios reglamentarios fueron a su vez el resultado de la presión de la opinión pública, que funcionaría como altavoz de la condena de la violencia en el plano social, que a su vez sería el resultado de esa pérdida de dominio de la masculinidad tradicional que en nuestro caso se habría acelerado con la llegada de la democracia. Podemos entonces suponer que la existencia del fútbol como campo autónomo y homosocial había permitido la persistencia de una masculinidad tradicional que para el momento de la llegada de Canal + era menos mayoritaria de lo que podría pensarse en el conjunto de la sociedad. Su posición no hegemónica la demuestra el escándalo social que provoca la violencia al ser mostrada por las cámaras, en lugar de la aprobación que podía esperarse de una sociedad dominada por una masculinidad tradicional.

En ese sentido, la visibilización de las conductas de los futbolistas puede ser entendida también como su integración en nuevas esferas sociales con nuevos requerimientos. Como hemos ido viendo, los futbolistas consideraban que en el campo hacían su trabajo, y que gran parte de este permanecía invisible al espectador del estadio porque no podía verlo y porque no le incumbía, era parte del proceso de producción, de los bastidores del partido aunque tuviese lugar en el escenario. La generalización de la televisión suprime ese espacio privado de los futbolistas en el campo y los convierte no solo en actores que fingen, sino en personajes televisivos que se rigen por las normas de la televisión, y no por las del campo deportivo. La violencia no se mide entonces en función del reglamento o de las expectativas de los seguidores, sino de aquello que es aceptable mostrar en una pantalla de televisión. Y en ese sentido, las entradas de los años ochenta no eran únicamente antirreglamentarias, sino contrarias a lo que podía considerarse un espectáculo mediático. Podemos hablar por tanto de que siguiendo con las ideas de Elias, los futbolistas fueron integrados en cadenas más largas y funcionales de dependencias, pues pasaron de responder de sus actos ante la comunidad futbolística a responder ante los medios de comunicación —no solo la prensa deportiva— y el conjunto de la opinión pública.

Podría ser por tanto que el fútbol hubiese sufrido hasta cierto punto la imposición externa de unos criterios nuevos para juzgar la violencia. Pudiera ser también que el cambio de criterio fuera efectivamente una mera imposición, y que los profesionales no hubiesen cambiado su opinión sobre la violencia, es decir, que la siguiesen aprobando pero se viesen obligados a fingir su condena. En ese sentido, hemos visto el rechazo a ejercer una condena ética sobre la violencia pasada por los futbolistas posteriores, pero también cómo los mismos discursos legitimadores implícitamente admiten que mucha de la violencia que se practicaba antes les provoca ahora un rechazo con connotaciones emocionales, típicamente *civilizadoras*.

Y sin embargo, a pesar de esa reducción de la violencia, y la posterior racionalización y tactificación del juego que hemos podido identificar, cuando Llopis (2008) acudió a observar los entrenamientos y las prácticas formativas de los equipos de categorías inferiores, encontró, igual que sus colegas ingleses, un continuo de agresividad, competitividad, sufrimiento y sacrificio, de exaltación de la voluntad frente a la razón, de la naturaleza frente a la cultura. Observó que durante la práctica del entrenamiento se producían constantes llamadas a la hombría y a la agresividad de los jóvenes y constantes refuerzos positivos de todas aquellas acciones que demostrasen la aceptación de esa masculinidad tradicional.

Para explicar esa disonancia habría que proponer la existencia de una divergencia entre los discursos y las prácticas. Así, aunque es posible que durante los partidos o simulaciones en el entrenamiento se exija verbalmente a los futbolistas que sean agresivos y competitivos, y se mantengan los comentarios misóginos y homófobos, los ejercicios de entrenamiento, especialmente los defensivos, tienen un bajo contenido de agresividad y un alto contenido racionalizador. Por ejemplo, ejercicios como los entrenamientos sin balón, en los que los jugadores se mueven pausadamente para entender e interiorizar las mecánicas de la zona se inscriben en una lógica plenamente racional y ausente de prácticas de masculinidad tradicional. Lo mismo puede decirse de todos los entrenamientos con balón que tienen como objetivo lograr ese movimiento armonioso entre jugadores y que aprendan a reconocer situaciones de juego y formas de acoplarse. También todos los juegos en espacios reducidos de posesión pretenden en primer lugar desarrollar la capacidad técnica y la toma de

decisiones. Todos ellos, como surgía en los discursos, deben hacerse con un alto nivel de implicación y de agresividad para ser efectivos, pero ello no impide que su principal carga sea cognitiva. En último término, hemos visto cómo la exigencia de disciplina táctica exige no solo control emocional, sino sobre todo capacidad intelectual para interpretar las situaciones de juego, y sin esa inteligencia el jugador, aunque despliegue una masculinidad tradicional acorde con las exigencias en el plano discursivo, tiene escasas posibilidades de desarrollar una carrera profesional. Prueba de ello es la casi desaparición de los centrales marcadores que únicamente poseían capital físico y agresividad. Al mismo tiempo, los defensas entrevistados han expresado en la mayoría de casos que el origen de su valor y autoestima no estaba en su capacidad de sacrificio o su ejercicio de la violencia, sino en su inteligencia táctica, que era ese capital el que les había permitido desarrollar una carrera profesional y que en él se fundamentaban para construir su identidad. Este cambio en las prácticas, en la valoración de los capitales y en los *habitus* puede tener lugar sin que el discurso oficial de masculinidad tradicional sea puesto en duda, de forma que este actúe como discurso público que oculta la racionalización ocurrida en la práctica profesional.

Sin embargo, creemos que esa racionalización y cambio en el valor de los capitales futbolísticos está en el origen del triunfo del nuevo discurso futbolístico que hemos caracterizado como el jugar bien al fútbol. Como todo terreno contestado, el grado de hegemonía de ese discurso puede variar en función de lugares y grupos, pero creemos que una prueba de su imposición es el declive hasta casi desaparecer de *la furia*, que en los discursos recogidos vimos que no era discutida como antagonista, sino ridiculizada despectivamente, lo que evidencia su posición residual en el debate futbolístico. *La furia* puede entenderse como expresión hispánica de la masculinidad tradicional, y en ese sentido su desaparición de los discursos públicos debe anunciar un declive de esta masculinidad. Pero el ocaso de la furia no se debió en primer término a la pérdida de poder de la masculinidad tradicional en la sociedad española, sino a su aparente ineficiencia para alcanzar el objetivo que ella misma se había marcado, los triunfos deportivos. Lo cierto es que el fracaso secular de *la furia* se vio enfrentado al éxito de prácticas altamente racionalizadas de jugar al fútbol que demostraron su superioridad sin género de dudas. Es decir, de alguna forma, a la

intromisión de las técnicas de la masculinidad civilizada en un terreno que hasta entonces le estaba vedado. La lucha entre cultura y naturaleza sabemos que es constitutiva del fútbol, pero sabemos que el salto cualitativo sucede cuando la zona propone una comprensión científica del fútbol, lo que expropia el conocimiento a los poseedores tradicionales, un proceso que puede ser entendido como la imposición de la hegemonía de la masculinidad civilizada sobre la tradicional en el conocimiento y la práctica futbolística. A esa derrota en la práctica le acompañó un discurso de modernización, lo que hemos denominado la Transición política del fútbol español, que probablemente ayudó a congeniar al fútbol con sectores sociales emergentes, con la realidad social española, y con la masculinidad civilizada, pero el origen de su declive tiene razones estrictamente futbolísticas, porque el fútbol, aunque sea un hecho negado por la masculinidad tradicional, no es únicamente una cuestión de hombría, sino también y sobre todo de técnica y de táctica abierto a la racionalización. La racionalización, a su vez, supone una sustitución de la masculinidad hegemónica tradicional por la masculinidad moderna y civilizada, intelectual. Por ello, cada evolución táctica es percibida como una amenaza a la esencia masculina del deporte, al enfrentamiento libre de la fuerza y la potencia, por hombres poseedores de un mayor capital intelectual y menor capital físico. El proceso de racionalización sería equivalente al proceso de civilización de la masculinidad.

¿Hasta qué punto se mantiene el discurso tradicional en los entrenamientos, en las correcciones y los gritos de los entrenadores? Puede que siga teniendo una presencia masiva, pero esos mismos entrenadores deben llevar a cabo al mismo tiempo una ingente labor intelectual y pedagógica que vimos reflejada en las modernas técnicas de entrenamiento. Dentro de este paradigma, puede que sigan siendo necesarias técnicas tradicionales de motivación, pero no son suficientes para ganar la confianza de los futbolistas, que exigen constantemente que se demuestre la competencia técnica y teórica. Creemos que nuestros resultados nos indican que ningún profesional del fútbol puede sostener hoy en día que los aspectos emocionales sean determinantes para lograr la victoria. La furia como medio para ganar ha sido totalmente desacreditada y sustituida por una combinación de excelencia técnica y programación táctica.

5.2. El buen fútbol, la explosión mediática y los nuevos públicos

Hasta ahora la discusión ha girado en torno al par racionalización-masculinidad, pero para completar el debate es necesario incluir otro eje de análisis, el que constituye el cambio en el modelo de negocio del fútbol, que como vimos ha sido afectado por una profundización de los procesos de mercantilización y mediatización como consecuencia de la apertura de los mercados audiovisuales, coincidente temporalmente con el cambio de la defensa individual a la zona. De hecho, el principal agente en ambos procesos en el caso español, que fue Canal +, ha tenido un importante protagonismo en nuestro análisis. La pregunta que debemos hacernos ahora por tanto es, ¿cuál es la posición de la zona en el proceso de mercantilización y mediatización, si es que la tiene? Para responder a esa pregunta es necesario recordar que la zona funcionó en aquellos años dentro de un discurso completo y coherente sobre lo que debía ser el fútbol, por lo que la pregunta es cuál es la relación entre el nuevo negocio del fútbol y el discurso sobre el buen fútbol, dentro del que se encuentra la zona.

En primer lugar, los nuevos operadores, y especialmente Canal +, desarrollaron como hemos visto todo un nuevo código narrativo para el fútbol. Sabemos desde los estudios pioneros de Buscombe y colaboradores (1975) sobre la realización de los partidos de fútbol en la Copa del Mundo de 1974 de que el producto televisado es siempre una construcción discursiva fundamentada, como todo acto de comunicación, en un lenguaje, en una serie de códigos y signos compartidos por emisor y receptor. No existe por tanto una aprensión de la realidad a través de la televisión, que no puede ser retransmisión, simple transposición de lo real en imágenes, sino siempre construcción cultural y semiótica de un discurso. Ello va en contra del mito popular, defendido por el propio medio, de que lo que vemos por televisión es lo que realmente está pasando, limitado únicamente por las posibilidades técnicas. Por el contrario, lo que se observa por televisión no es una competición deportiva, sino un evento mediático (Goldlust, 1987) que incluye lo que pasa en el campo y lo que pasa a su alrededor dentro de una construcción narrativa que incluye tiros de cámara, comentarios y recursos gráficos.

En ese sentido, nos encontramos con dos tipos de códigos (Whannel, 1992) distintos, pero ambos contruidos. Ya Buscombe y colaboradores (1975) encontraron que la televisión alemana utilizaba más el plano general, incidiendo en la información sobre lo que estaba pasando, y la televisión inglesa en los planos cortos, incidiendo en la acción y los protagonistas, es decir, en el espectáculo. Y es que cuando el deporte es tratado como noticia, es moldeado por el código narrativo del periodismo, que se estructura en torno al realismo, la idea de que el periodista únicamente reproduce lo que está sucediendo. En ese caso, es importante mantener la objetividad y la neutralidad no solo en los comentarios, sino en el propio estilo audiovisual, de ahí que se potencie el uso del plano general como recurso privilegiado para invisibilizar al medio, para hacerlo transparente (Buscombe et al. 1975). Lo retransmitido sigue sin corresponderse con la realidad, continua siendo un producto mediatizado, pero el tratamiento estilístico aspira a borrar los rastros de esa construcción. Por el contrario, cuanto más esfuerzo se hace por construir un espectáculo interesante y emocionante, mayor recurso se hace a la variedad de cámaras, los cambios de plano, las repeticiones y los gráficos.

En este sentido, la evidencia indica que a medida que la televisión ha sido sometida también ella cada vez más a la lógica mercantilista y la búsqueda del beneficio, el código del realismo ha ido siendo abandonado a favor del código del espectáculo. De esta forma, aumenta el número de cambios de plano, se reduce la duración de los mismos y aumenta el uso de planos otros al general (Whannel 1992; Rowe 2004). Ello se debe a que, en un contexto de intensa competición por una audiencia cada vez más fragmentada, el interés fundamental de las televisiones es lograr que el espectador no cambie de canal (Rowe 2004). Hay pues una contradicción entre la obligación informativa de mostrar la acción y la obligación para con el consumidor de ofrecerle el producto más atractivo posible (Silk, Slack, & Amis, 2000).

El deporte, en ese sentido, ofrece por un lado un público fiel y atractivo para los anunciantes, los varones adultos (Whannel 1992), pero al mismo tiempo, visto desde el lado de las prácticas de producción, es en muchos casos un evento aburrido. El análisis de de Gruneau (1989) de las prácticas de un equipo encargado de retransmitir una competición de descenso de ski muestra que los encargados de la misma

consideran que ciertos deportes se componen de largos periodos de escasa emoción con pequeños e intensos picos. El trabajo de la televisión sería mantener el interés del espectador durante esos periodos valiéndose recurriendo a las cámaras, el comentario y los recursos gráficos. En ese sentido, Whannel (1992) entiende que el código espectacular forma parte de la lógica capitalista de acumulación a través de la racionalización, es decir, asegurar un interés, y por tanto un resultado económico, similar para todos los partidos y eventos independientemente del interés real y fluctuante de la competición concreta.

En el caso del fútbol, la existencia de esos periodos valle es evidente, como lo es el hecho de que los partidos pueden carecer de interés. Un dilema al que vemos se enfrentaron los profesionales de Canal +, y que también solventaron multiplicando los recursos técnicos y haciendo uso de la información gráfica y los comentarios para “centrar la atención del espectador en aquellos detalles o aquellas cosas que sean muy buenas” (Carlos Martínez). En ese sentido, el trabajo de estos profesionales se situaba en un momento de cambio en el fútbol en el que el código del espectáculo se estaba imponiendo (Silk et al., 2000), y en el que intentaron desarrollar su propia síntesis. Desde luego, tomando de Canal + Francia todas las evoluciones técnicas disponibles para hacer la retransmisión más espectacular, pero al mismo tiempo intentando mantener un enfoque periodístico que era el resultado de su compromiso ético. Ello puede verse en la exigencia de Alfredo Relaño de *no abusar, no tapar juego directo*, indicando que, al igual que los profesionales de Silk et al. (2000) tenía una responsabilidad informativa de ofrecer el juego que era prioritaria, que debía imponerse siempre a la voluntad espectacular. O también en la afirmación de Carlos Martínez de que la elección del número de cámaras y su posición tenían una intención narrativa de clarificar el juego, nunca de *epatar*. Otro gesto que denota la voluntad de recurrir al código realista, y de ofrecer una perspectiva neutra, con vocación de ser invisible, es la comentada posición del plano general, mucho más alejado de lo que era habitual y que tenía como objetivo explícito permitir al espectador observar a la gran mayoría de los jugadores simultáneamente.

Todo ello es coherente con esa voluntad pedagógica y ciudadana de este grupo de periodistas inmersos en una guerra cultural por intelectualizar y elevar el fútbol, como

ellos mismos reconocen. El uso de la tecnología tendría esa voluntad neutra, característica del reportaje periodístico, de simplemente permitir profundizar en la realidad sin adulterarla. En esa misma línea estaría la labor del comentarista experto, que pretendería únicamente diagnosticar los problemas futbolísticos desde una posición científica. En ese sentido, se trataría de un estilo cercano al descrito por Sandvoss (2003), en el que la retransmisión es ante todo información, y esa información permite una mejor comprensión del fenómeno al mismo tiempo que le resta la pasión de la presencia real.

Frente a la voluntad informativa o pedagógica está la necesidad, para cualquier programa de televisión, de que la mayor cantidad de públicos se interese por él. Es decir, que por su propia lógica económica la televisión debe poner en marcha mecanismos para ampliar los sectores interesados en el deporte que produce. Por ello, se producen intentos de dramatizar el deporte en un doble sentido (Rowe 2004), por un lado en el aspecto espectacular, acercándolo al género de acción mediante la captura de las luchas y los movimientos físicos de los deportistas, y por el otro lado en el aspecto melodramático, explotando la dimensión emocional del encuentro y los caracteres de los deportistas, que son perfilados para adecuarse a los estereotipos de una narración típica. Se trata también de hacer de cada momento un momento único de tensión, espectáculo y acción, mediante una realización cada vez más acelerada, y al mismo tiempo permitir el análisis reposado mediante las múltiples cámaras y las repeticiones, un ritmo constante de aceleración y pausa que se repite pero que busca sobre todo atrapar la atención del espectador haciéndole percibir que cada momento de la retransmisión es importante y definitiva.

Esa creación de un acontecimiento, que se junta con el hecho de que el seguidor está emocionalmente implicado en el resultado, hace que la experiencia sea siempre altamente emocional, llevada por la pasión, la tensión y la incertidumbre, y en ese sentido hay quien propone que el deporte como género televisivo es similar a los culebrones, que también fuerzan una inversión emocional del espectador y juegan con la tensión y las resoluciones inesperadas (Rose & Friedman, 1994, p. 4). La mirada del espectador de deportes estaría entonces alejada de la mirada fría, analítica y distanciada típicamente masculina, y se acercaría a una visión más femenina. De nuevo

las contradictorias formas de la masculinidad aparecen y esa ruptura entre la masculinidad racional y contenida de la modernidad y una masculinidad más sensible y emocional. La relación es doble, porque no solo el hombre buscaría ese tipo de lazo emocional en el deporte, sino que la televisión buscaría generar esa unión emocional para aumentar el interés de la audiencia, formaría parte del funcionamiento normal de esta en su búsqueda para atraer audiencias.

Pero la adopción del código espectacular y la interconexión más profunda con los medios no se relacionan únicamente con la experiencia del consumo deportivo, sino que está unida también a la conversión en términos generales del deporte en producto audiovisual y su sometimiento a las transformaciones que los productos culturales han venido sufriendo. Concretamente, lo que se ha venido en llamar la postmodernidad ha tenido como consecuencia en el campo cultural la ruptura de las fronteras entre géneros y tipos de productos culturales. En primer lugar, el colapso de la distinción entre alta y baja cultura, entre los productos culturales de la élite y la cultura popular. De ahí que el fútbol, por ejemplo en Inglaterra, haya sufrido un proceso de legitimización por parte de las élites intelectuales a través de su transformación en producto literario (Giulianotti, 2000; Redhead, 1997). Pero también que el deporte aparezca bajo formatos y fusiones variadas, desde concursos deportivos, realities, programas de debate, etc. Una mezcla y fusión de códigos y géneros que tiene como resultado que el deporte sea subsumido por la lógica de los medios y su autorreferencialidad, que en términos Baudrillard, desaparezca la relación del significado con el significante y este se convierta únicamente en un juego semiótico autorreferencial, en simulacro. La idea general es que la realización televisiva del deporte se transforma desde la visión racional moderna en una visión postmoderna que se articula en torno a la fragmentación, el pastiche y la desaparición de las fronteras entre géneros, siendo el género televisivo único e imponiendo su lógica al género deportivo (Rowe 2004).

En ese sentido, en Canal + también se pusieron en marcha dispositivos mediáticos con la voluntad de aumentar el carácter espectacular de la experiencia. Tanto la cámara superlenta, como el travelling en la banda, como el uso de las repeticiones tenían la voluntad de elevar artísticamente la retransmisión, hacerla más atractiva

estéticamente. Existe por tanto una contradicción, una tensión irresuelta entre la voluntad moderna de informar y la voluntad postmoderna de emocionar. Si la mayoría de autores considera que ambas opciones son antagónicas y que una ha sustituido, o está constantemente en proceso de sustituir a la otra, la particular construcción discursiva de aquellos años generó en España una improbable síntesis. Como hemos ido viendo, la espectacularización no era percibida por estos profesionales como una ruptura con el ideal de la objetividad y la contención periodística para dar paso a una búsqueda de la emoción y el drama, sino más bien como una elevación artística e intelectual del fútbol que, además, el propio público estaba demandando. Si el lema declarado de la cadena Fox, marca del imperio Murdoch en EEUU era “biggest, best, most” (lo más grande, lo mejor, lo más), como recogen Silk et al. (2000) y prometían al espectador que viviría un partido de fútbol americano como si estuviesen en el terreno de juego, la propuesta inicial de Canal + tenía más que ver con una apreciación artística del fútbol, en el que la cámara superlenta se utilizaba para repetir los gestos técnicos más hermosos y no los choques o caídas. De hecho, el riesgo se percibía sobre todo en la caída en el sensacionalismo. De ahí que Carlos Martínez quisiese dejar claro que su desvelamiento del juego no era el *espectáculo sobre lo íntimo* actual, que se mantenía siempre el límite del pudor y por tanto dentro del referente de la objetividad periodística. La idea, una vez más, es que el aficionado al fútbol tenía derecho a ser tratado como ser humano racional, capaz de comprensión crítica y apreciación estética, y no como ser apasionado e irracional interesado únicamente en la emoción y la pasión del enfrentamiento.

Dentro de esa búsqueda de elevación, de legitimización del fútbol como producto cultural, el discurso sobre el buen juego está en perfecta sintonía. No es solo que en parte hayan sido los propios periodistas sus creadores, sino que funciona perfectamente en esa operación porque permite dar un contenido artístico e intelectual al fútbol, y al mismo tiempo promover una práctica más cercana a las necesidades del medio. Si hemos dicho que el fútbol como producto audiovisual tiene riesgos, pues es muchas veces aburrido, y esos periodos valle deben ser compensados recurriendo a los recursos tecnológicos y audiovisuales, la práctica del buen fútbol garantiza inevitablemente un juego más ofensivo, mayores oportunidades de gol, más

número de goles y mejores acciones técnicas, todo lo cual constituye esos picos de los que vive la retransmisión. La televisión necesita del buen fútbol si no quiere ver reducido el interés del partido al resultado, algo que solo afecta a los aficionados directos de los equipos en juego, pero que no impedirá cambiar de canal al resto.

Sin embargo, como venimos analizando la posición de la zona es más contradictoria. Su articulación como elemento indispensable del buen fútbol la dotó de un prestigio que permitió que durante un tiempo fuese sinónimo de espectáculo, libertad creativa y goles. Hemos visto que esa construcción remite más al mito que a la realidad. Lo que sí es cierto es que ofrece una imagen del partido más organizada, más racional, una sensación de orden en lugar de ese aparente caos que para Butragueño era la retransmisión de un partido con defensas individuales, conjugado con las constantes interrupciones que permitía la violencia. Pero al mismo tiempo la defensa en zona puede hacer del partido algo mucho más aburrido, del cual solo se puede obtener placer a través de una aprensión intelectual, como la apreciación de la pericia táctica de los equipos. Por el contrario, el caos de las defensas individuales proporcionaba esos momentos finales en los que las fuerzas flaqueaban y se multiplicaban los espacios y las ocasiones, y también esos constantes choques, enfrentamientos individuales y una sensación de cambio y velocidad mucho mayor. El estatismo, la falta de dinamismo y en general la intelectualidad de la zona no resultaban problemáticos para Relaño o Martínez, que pretendían desarrollar esa dimensión para legitimar el fútbol, pero sí podía serlo a largo plazo para la audiencia, abriendo la puerta a la búsqueda de un discurso más impactante y espectacular.

De hecho, la ruptura de códigos que inició *El Día Después* está en el origen de las técnicas de pastiche y el enfoque sensacionalista que pueblan la información deportiva hoy en día. Los profesionales de Canal + son conscientes de que “quizás somos los culpables de esta corriente, porque entrábamos en territorios bastante íntimos” (Carlos Martínez), y hay la constatación de que lo que empezó como interés por el detalle derivó con los años en “las chorradas en las que ha desembocado todo esto, que es que las botas del jugador son importantes” (Paco González).

Pero si Canal + ayudó a desarrollar todos estos nuevos códigos narrativos para la televisión, hemos visto que tuvo un papel aún más determinante en el surgimiento de un nuevo lenguaje y una nueva mirada sobre el fútbol. Coincide en el tiempo con una serie de transformaciones en el público que han sido caracterizadas como la aparición de un aficionado postmoderno. El *postfan* (Giulianotti, 2000; Redhead, 1997) se caracteriza fundamentalmente por su acercamiento autorreflexivo e irónico a su propia condición de fan. El post-fan sabe en primer lugar no solo que el fútbol es un juego, sino que su experiencia del mismo está mediatizada y construida, y que por tanto no existe un acceso real a la experiencia. Por ello, vive su propia afición en los mismos términos, como un juego o representación, estaría jugando a ser un seguidor. Desde esa reflexividad e ironía es capaz de mostrar interés por múltiples aspectos del juego, pero desde un acercamiento también mediatizado, caracterizado por su fragmentación, su cambio permanente e incapacidad de mantener la atención.

Cuando convergen la idea de un aficionado con un gusto intelectual y artístico por el fútbol, junto con su creencia en la esencia artificial, construida, de su afición, surge la posibilidad de que el aficionado se convierta definitivamente en consumidor, es decir, que elija en cada momento a qué equipo apoyar en función de su mayor adaptación a los gustos y valores del primero. De esta forma se rompería el vínculo identitario y emocional entre seguido y club, y estos podrían funcionar realmente como empresas capitalistas típicas, buscando satisfacer la mayor cantidad posible de demanda. Para Sandvoss (2003) se trata de un proceso que está teniendo ya lugar y que se refuerza por el efecto de la televisión, que no solo genera una recepción más distanciada del fenómeno, sino que al permitir ver más partidos de más contextos geográficos permite al aficionado multiplicar sus afectos y variarlos. Igualmente, considera que los clubs se esfuerzan ya hoy en día por desprenderse en la medida de lo posible de sus connotaciones sociales y políticas tradicionales, blanqueando su imagen de manera que puedan aparecer como un significante vacío que cada consumidor potencial pueda rellenar con los significados que más le convengan.

Las estrategias de los clubes y las televisiones por atraer a la mayor cantidad y variedad de público posible y la figura del postfan convergen en la idea de un cambio en la composición del público del fútbol: el deporte mediático estaría interesado en

atraer a todos los públicos pero especialmente a los de mayor poder adquisitivo, pues proporcionarían mayores ingresos, y esa sería la lógica última de las transformaciones de los clubes y los estadios desde los años noventa, como vimos en el marco teórico, mediante la conversión de las localidades en sentadas, la proliferación de tiendas y oportunidades de consumo, y mediante una pacificación que habría permitido acudir a familias, mujeres y clases medias en detrimento de la clase obrera (Giulianotti, 2000; King, 1997). El postfan no sería entonces una evolución del aficionado tradicional, sino un recién llegado al campo proveniente precisamente de la clase media profesional.

Muchos de los elementos del discurso del buen fútbol coinciden con los del fenómeno post-fan de Giulianotti (2000), especialmente la reflexividad y el apego por la dimensión estética del juego, y la voluntad de romper con los lazos identitarios y promover un amor integral por el juego. También el surgimiento del intelectual futbolístico y la legitimización del interés por el fútbol entre la clase intelectual, que aquí comenzó en la Transición y en Inglaterra en los años noventa. Todo ello puede ser entendido como una construcción elitista que, efectivamente, se dirigía a ese postfan de clase media, educado y profesional que huía de la representación más casposa y de pelo en pecho del fútbol español. Sin embargo, los contextos deportivo y político de Gran Bretaña y España introducen diferencias. Deportivamente, y hasta donde sabemos, aunque la nueva intelectualidad inglesa haya podido promover una recepción más artística y racional del fútbol, no hemos encontrado muestras de que se haya involucrado como lo hizo la española en la lucha discursiva propiamente futbolística, ni que hayan desarrollado un discurso de la complejidad y profundidad que tiene el del buen fútbol a través de sus raíces argentinas. En consecuencia, a pesar de la supuesta europeización del juego inglés, este no ha sido transformado fundamentalmente ni en sus prácticas ni en sus discursos, como vimos al analizar la literatura (Kelly & Waddington, 2006; Kelly, 2008; McGillivray et al., 2005; Parker, 1996; Roderick, 2003).

Políticamente, en el caso inglés parece que la idea es la criminalización y expulsión de la vida pública de la clase obrera, que tras la desindustrialización ha perdido su posición en la industria y se ha visto recluida en empleos poco cualificados del sector servicios y amenazados por la exclusión social representada por esa sección de la clase

obrero que Dunning denominaba ruda, y que se encuentra fuera de forma permanente del circuito educativo, económico y de consumo. Las nuevas clases medias habrían así robado el fútbol a la clase obrera, haciéndolo demasiado caro para asistir, criminalizando su comportamiento hasta civilizarles en el estadio y creando todo un discurso intelectual para extrañar a los miembros menos educados de la sociedad. El postfan sería la expresión del triunfo de la nueva clase media profesional y educada del Nuevo Laborismo, el hijo político del thatcherismo.

Por el contrario, el propio Giulianotti (2000) sugiere que el público futbolístico en los países mediterráneos ha tenido tradicionalmente una composición social muy heterogénea e interclasista, y tampoco nosotros hemos encontrado evidencias de que el fútbol haya sido, como en Inglaterra, patrimonio exclusivo de la clase obrera ni de que haya habido una recomposición del perfil socioeconómico del público en las últimas décadas, mucho menos de la expulsión de sectores sociales completos. Desconocemos también si ha aumentado el público familiar o si este en algún momento había sido limitado, aunque nuestros entrevistados recalcan que la pacificación había permitido ir al fútbol con los hijos. La supuesta feminización del público a raíz de su intelectualización y mediatización ha sido puesta en duda por los datos en la propia Inglaterra (Giulianotti 2000; Redhead 1997), aunque sí parece haberse producido un ligero aumento, lo mismo que puede decirse del caso español (Llopis Goig, 2007).

Por otra parte, mientras que los años ochenta son en Inglaterra los de la expresión de un proyecto político, el thatcherismo, que expresamente buscaba deslegitimar a la clase obrera y limitar sus derechos, los años ochenta en España son precisamente los de la recuperación de los derechos sociales y la legitimización de la izquierda y sus instituciones, como los sindicatos, tras la dictadura. En España el proyecto político hegemónico trataba de romper con las estructuras sociales franquistas, y en el caso del fútbol se trataba sobre todo de romper con la *furia* y el *nacionalfutbolismo* que se veían como formas de sometimiento cultural del pueblo. El proyecto de elevación del fútbol podía ser percibido como inclusivo y democratizador, porque se trataba de elevar el nivel general de la población y sobre todo de otorgar el carácter de ciudadano al aficionado, tratado hasta entonces como simple mercancía.

Esa es al menos la idea de los entrevistados, y este debate entre si la intelectualización del fútbol debe ser considerada un modo de elitización o de democratización puede ser puesto en relación con las teorías de Bourdieu discutidas previamente. Partiendo de ese par naturaleza-cultura, la idea de la nueva generación de periodistas era atraer a los aficionados hacia la cultura, lo cual puede ser entendido como una forma de modernización, de sustitución del dominio tradicional por uno técnico y experto, o una forma de emancipación, que pretende otorgar a los aficionados las herramientas para determinar su forma de participación en el juego. En ese sentido, es determinante el límite impuesto por el propio contexto mercantil al proyecto democratizador. Al tener lugar bajo la premisa del beneficio económico, el foco del proyecto enriquecedor se centró en el juego y ocultó las condiciones económicas y las relaciones de poder en el fútbol, al ser sus propios empleadores parte de esas condiciones económicas. Eso impidió unir a la crítica estética una crítica política, y primó la dimensión de los aficionados como consumidores informados frente a la de ciudadanos participantes. Pero cabe una tercera interpretación, y es que el éxito en la recepción del discurso sobre el buen fútbol se debiese a la voluntad de una población que experimentaba una mejora de las condiciones de vida y de su acceso al consumo de expresar su mejora en el estatus y de apropiarse de prácticas culturales hasta ahora reservadas a la élite, como era la apreciación artística y técnica del deporte. Es decir, que el éxito de Canal + fue interpretar correctamente que la demanda fundamental del público futbolístico era ser tratado como un consumidor respetable.

En cualquier caso, la construcción discursiva española siempre fue mucho más inclusiva que la inglesa. Mientras que en Inglaterra las nuevas clases medias partían de la criminalización de la clase obrera a partir del fenómeno hooligan, en España se partía de la opresión de la clase obrera por el franquismo económico y cultural, y la modernización del fútbol era una forma de democratización social.

Si retomamos ahora a la discusión sobre la masculinidad hegemónica en el fútbol, vemos que el rol jugado por la televisión no puede ser ignorado, y ello tanto por su rol preponderante como agente económico y generador de discursos como por su evidente afinidad electiva con lo que venimos llamando masculinidad civilizada. En este último sentido, parece evidente que la figura del postfan, la clase media

profesional y la masculinidad hegemónica son tres caras de la misma moneda, y que los cambios en el negocio del fútbol, como la búsqueda de un público de mayor poder adquisitivo, la mercantilización de los estadios, la dependencia del espectador televisivo desapasionado y distante o el vaciamiento simbólico de los clubes, todos trabajan en la misma dirección de sustitución de una visión tradicional centrada en el enfrentamiento identitario por una visión centrada en el espectáculo y el disfrute, más acordes con las necesidades del capitalismo de consumo. En ese caso, la hegemonía de una masculinidad tradicional en el fútbol no solo estaría amenazada por el dominio de la masculinidad civilizada en la esfera económica, sino también por los intereses mercantiles de la televisión.

Una televisión que es también la principal fuente de ingresos directos e indirectos para los clubes y competiciones. Para algunos autores, es la televisión la que diseña el deporte, y por tanto son los gustos de los telespectadores los que determinan su contenido, tanto material –reglas, horarios– como simbólico –los discursos asociados–. Si aceptamos esa hipótesis, tendríamos que, aun en el caso de que la masculinidad más tradicional, autoritaria y violenta siguiese siendo la dominante en los estadios, el significado hegemónico del fútbol no estaría determinado por lo que sucede en los estadios, sino por la representación mediática que de ello se hace. Es decir, en primer lugar, que las actitudes machistas y violentas solo existen si así lo sentencia la televisión, y aún cuando sean visibilizadas, lo realmente determinante será la interpretación positiva o negativa que hagan los medios. Así, en un mundo determinado mediáticamente, lo importante no será si Simeone prefiere *tener una ocasión y ganar*, sino la ocultación y transformación que se haga de ese discurso – *luego no es lo que hace tampoco*– y el juicio que los medios hagan: *pues quedó mal*.

5.3. La zona, la complejidad y la organización del trabajo

Definir a los futbolistas como trabajadores nos permite hablar de los equipos como lugares de trabajo y del entrenamiento y de los partidos como el contenido del mismo, variando así el eje desde la teoría deportiva a la sociología del trabajo. Es desde ese punto de vista que queremos enfocar esta discusión ahora, entendiendo que los

cambios acaecidos en la práctica futbolística y la organización táctica pueden ser entendidos dentro de la esfera del trabajo.

Que el fútbol profesional es un trabajo es una noción aceptada, dado el carácter laboral de la relación. Sin embargo, que ese trabajo está organizado en su práctico concreta, en los partidos, y que por tanto los dispositivos tácticos colectivos son formas de organizar ese trabajo no es tanto una noción controvertida o discutida, sino fundamentalmente inexplorada. Como vimos, es una idea recurrente en las reflexiones sobre el fútbol (Giulianotti, 2000; Rigauer, 1981; Verdú, 1980) que sin embargo carece de fundamentación empírica y ha permanecido en el campo de las ideas y las hipótesis. Creemos que nuestra investigación permite sentar unas bases empíricas para esta discusión.

Lo primero que hay que hacer es definir en qué consiste el oficio de futbolista. En términos prácticos, podemos decir que se compone de una serie de actividades, fundamentalmente entrenamientos y partidos, junto con una serie de obligaciones como las concentraciones de los equipos, los viajes, etc. Podríamos añadirle que también se compone de una serie de obligaciones de estilo de vida, como la alimentación, el ejercicio o las actividades permitidas fuera del tiempo de trabajo. De todas ellas, es en principio por su participación en los partidos en donde la mayor parte del valor de su trabajo es generado y es en función de su rendimiento en esos partidos de donde obtiene las recompensas económicas, afectivas y de estatus (Roderick, 2003). Podríamos decir por tanto que el trabajo de futbolista consiste fundamentalmente en jugar al fútbol.

Ese jugar al fútbol, los partidos, generan un valor económico en tanto en cuanto que forman parte, o constituyen la mayor parte, de un espectáculo organizado en industria que genera beneficios económicos al lograr que unos consumidores paguen sus entradas, sus abonos de televisión o se someten a una publicidad a cambio de contemplar los partidos y realicen otros actos de consumo como comprar merchandising del equipo y al mismo tiempo lograr que una serie de empresas paguen por asociar su nombre al equipo bajo una forma u otra de patrocinio. Los futbolistas, por tanto, tendrían como empleadores a los clubes de fútbol.

En consecuencia, los futbolistas forman parte de la industria del espectáculo desde una posición privilegiada, como creadores finales del producto que se consume. Su profesión sería similar a la de actores, cantantes, músicos o bailarines y esa parece ser la idea de Roderick (2003) o Bertrand (2009). Todos ellos se caracterizan por producir representaciones que el público consume de una u otra forma, es decir, por producir bienes inmateriales, experiencias. Si ese fuese el caso de los futbolistas, el jugar al fútbol sería una práctica artística similar a la de sus colegas de sector.

Pero el deporte profesional es un espectáculo particular, y es que está organizado como competición, es decir, que determinar por el número de goles la superioridad de un equipo sobre otro. Independientemente de la comercialización del fenómeno, la esfera deportiva sigue siendo autónoma, y el resultado depende de los goles y no de la opinión de los consumidores. Pero sobre todo la preeminencia de la victoria se basa en que es el carácter agonístico el que genera el interés: si la victoria no fuese el eje del partido, este derivaría en una exhibición de habilidades, y el fútbol sería equivalente a cualquier otro espectáculo, similar a los Harlem Globe Trotters, como sostiene Verdú (1980).

Por tanto, el fútbol puede ser un espectáculo en la medida en que no lo es. Es el hecho de que la competición es atractiva lo que permite su mercantilización, pero para ello debe mantener su carácter de competición ajena a las exigencias del espectáculo. En lo que se refiere al desarrollo del partido, la victoria es por tanto sino el único al menos el principal objetivo de los futbolistas. En consecuencia, los profesionales entrenan y juegan con el único objetivo de ganar el partido. Los espectadores, por tanto, acuden a ver un espectáculo que no es tal y que en realidad no está dirigido a ellos, sino en todo caso al árbitro, que es el que cuenta los goles.

La diferencia con el resto de la industria del espectáculo es cualitativa, pues en ella se busca la satisfacción del público a través de una experiencia estética diseñada con ese fin, y que se fundamenta en las reglas del arte. Si el fútbol fuese igual que estas otras formas artísticas, sería imposible hablar de organización del trabajo en un equipo de fútbol. Sin embargo, el hecho de que el fútbol no sea un espectáculo sino una competición es lo que nos permite hablar de organización del trabajo durante el

partido, porque lo que está teniendo lugar en el terreno de juego es un trabajo de creación o producción, no de representación. Para ganar, equipo busca organizarse, y esa organización toma el nombre de táctica colectiva, conjunto de posiciones, tareas y relaciones. Se trata de una búsqueda de la eficiencia para obtener la victoria, lo que implica que el fútbol está sometido a la misma razón instrumental, en el sentido weberiano, que ha dado forma a las instituciones modernas, desde el Estado hasta la empresa privada.

Siendo por tanto el fútbol profesional un trabajo dirigido por la razón instrumental, la tendencia espontánea ha sido a identificarlo con el trabajo fabril, metáfora utilizada en los trabajos antes citados. Pero la cuestión es que el fútbol profesional es un trabajo, una profesión concreta, sometida a sus propias exigencias y límites estructurales que no necesita de la metáfora para demostrar su carácter laboral. Esta debe ser sustituida por un análisis objetivo del trabajo del futbolista alejado de la mistificación que supone tanto describir al fútbol como reino de la libertad como intentar asemejarlo mecánicamente a la cadena de montaje.

Para empezar, al describir el trabajo del futbolista surge una primera evidencia, que es su amplio grado de autonomía, derivado primero de las peculiaridades de su espacio de trabajo, el campo de fútbol, y de su tiempo de trabajo, el partido. Los entrenadores no pueden entrar en el terreno de juego y tampoco pueden parar el partido para realizar modificaciones o correcciones en sus jugadores. Solo puede gritar desde la banda, y esperar al descanso, y sus medios de sanción ante la desobediencia se limitan al cambio de jugador. Todo su trabajo de corrección o condicionamiento se realiza además en un contexto de máxima tensión, incertidumbre y esfuerzo físico, lo que limita la eficacia de su trabajo.

Junto con la autonomía que le confiere al futbolista su lugar de trabajo está la que le confiere su alta competencia reconocida en su campo. Desde el extremo de las declaraciones de Miguel Ángel diciendo que el entrenador no tenía nada que enseñarle, hasta los trabajos tácticos complejos de hoy en día, lo cierto es que la competencia reconocida al futbolista es muy alta. Quien llega a la élite profesional es porque ha demostrado unos altos conocimientos y capacidades futbolísticas al alcance

de muy pocos. Es un trabajo en el que se le está reconocido el grado de experto a todos sus miembros, incluso a los recién llegados. Se trata por tanto de una labor altamente cualificada que implica un alto grado de autonomía a la hora de ejecutar y decidir.

De esa alta cualificación se deriva además una relación de poder más equilibrada entre los futbolistas y entrenadores que en otras profesiones. Incluso en tiempos del derecho de retención, la capacidad de los futbolistas para traducir su capital futbolístico en capital simbólico ha sido muy alta. Recordemos las palabras de David Vidal sobre la complejidad de convertir en reserva a un jugador reconocido por el público y los periodistas. Lo cierto es que los equipos son grupos de trabajo limitados en los que cada futbolista tiene unas capacidades específicas y distintas a las del resto, algunas extremadamente valiosas, como la de marcar goles. Los jugadores tampoco son intercambiables como los obreros en la producción fabril, sino que cada jugador produce un efecto distinto en el equipo y en sus compañeros, por lo que la capacidad de reemplazo es limitada. Igualmente, por el propio funcionamiento del mercado de trabajo, los equipos no pueden contratar a nuevos jugadores durante la temporada – excepto en periodos especiales– lo que limita las posibilidades de reforzarse y convierte en contraproducente el despido, pues no hay reemplazo. En general, dada la competencia entre clubes, aunque son pocos los futbolistas que consiguen desarrollar una carrera profesional, también los clubes tienen dificultades para conformar plantillas competitivas en todos los puestos, de ahí la idea de Javier Irureta de que tampoco el entrenador es libre de diseñar el equipo a su antojo, sino que está condicionado por el margen económico del club y los compromisos contractuales previos.

Y es que al mismo tiempo que gozan de libertad en su trabajo, los futbolistas forman parte de un equipo y de un club, es decir que están integrados en una organización y en un equipo de trabajo y dependen económicamente de estos, no son en ningún caso autónomos o independientes, como pueden serlo los deportistas de disciplinas individuales o fuera del deporte las profesiones liberales. Esa dependencia es total en el plano funcional durante el partido: el trabajo de todos ellos está relacionado, y por ende los resultados de este. Un error de un compañero puede echar al traste todo el

esfuerzo colectivo, y viceversa, un acierto convertir el fracaso en triunfo. Es decir, que son trabajadores altamente cualificados e independientes que al mismo tiempo están insertos en una red de dependencias extremadamente cerrada y compleja.

Todos ellos son rasgos del trabajo futbolístico que aunque puedan modularse según las épocas y los equipos, son permanentes y constitutivos mientras el reglamento y la lógica interna del juego no sean modificados. Por todo ello, podemos proponer que el futbolista, trabajador extremadamente peculiar, ha estado siempre cerca de la condición de artesano. Un trabajador altamente cualificado y autónomo, con un conocimiento íntimo, instintivo y asociado a un cuerpo y a una práctica, dueño en definitiva de un oficio. Ese carácter artesanal del fútbol es lo que invalida de manera fundamental las comparaciones con la cadena de montaje y debe hacernos pensar que si el futbolista es un artesano, debería ser con los artesanos con quienes mostrase mayores similitudes.

El problema es que los futbolistas comparten con los artesanos el dominio de un oficio, pero estos se diferencian fundamentalmente de los futbolistas en su independencia económica. El artesano es aquel que fabrica él mismo los productos, pero sobre todo es aquel que es el dueño de estos productos y de los medios para producirlos. Existe sin embargo la producción artesanal bajo la forma de empresa privada, es decir, empresas que emplean a artesanos para realizar el trabajo de producción, un modelo habitual en el capitalismo del siglo XIX. Veamos, siguiendo la literatura (Chandler, 1977; Coriat, 1982; Friedmann & Naville, 1963) en qué se diferencia y en qué difiere un equipo de fútbol de un taller.

El taller se caracterizaba por ser de un tamaño relativamente reducido y porque en él se encontraban todas las máquinas y procesos necesarios para llevar a cabo la producción. En ese sentido, el equipo es también de un tamaño reducido, compuesto por la veintena de jugadores y el cuerpo técnico, ya sea un único entrenador o un equipo de varios técnicos. Así entendido, también el equipo es autónomo para llevar a cabo toda la producción futbolística, aunque disponga de ciertas profesiones auxiliares como médicos o utilleros. Pero lo que caracterizaba fundamentalmente a la producción en el taller era el contenido y la forma que el trabajo humano adquiriría en

ella. Y es que el artesano del taller tenía control absoluto de su trabajo, pues las máquinas eran herramientas que éste, aplicando su conocimiento, experiencia y habilidad en la ejecución hacía funcionar. En el caso del fútbol, siendo el único objeto de trabajo el balón, es también el futbolista el único que puede y sabe manejarlo, y depende para ello de una inteligencia corporal muy similar y que en ambos se constituye en oficio.

El control del trabajador sobre la máquina tenía como consecuencia, en el taller, que este tuviese el control no solo sobre el ritmo de trabajo, sino también sobre el contenido de éste, sobre la técnica a utilizar o el modo de llevar a cabo su trabajo. Su trabajo se componía de una gran variedad de tareas complejas que se componían de múltiples acciones de dificultad variable y unidas de forma inextricable en un único proceso, por lo que la evaluación del trabajo del obrero no podía llevarse a cabo más que en función del producto final y no del proceso, lo que otorgaba autonomía pero también responsabilidad sobre el resultado. Tampoco los entrenadores intervienen en el gesto técnico del futbolista, que se supone constituye su estilo, y que también se valora en función de su resultado y no de una forma canónica de ejecutarlo, siendo numerosos los futbolistas con una técnica heterodoxa, pero efectiva, y que los entrenadores nunca tratan de educar.

Pero en el taller no solo el gesto no estaba estandarizado, sino que tampoco lo estaban las tareas de los trabajadores. Siendo las máquinas universales, y ellos dominadores de todas las técnicas del oficio, no existían puestos ni tareas fijas, sino que los artesanos tenían asociados proyectos o trabajos que llevaban a cabo enteramente cambiando de técnicas y de máquinas. Es por eso que su clasificación no venía dada por el puesto o el contenido de su trabajo, sino por su posición en la escala jerárquica del oficio. En este caso, la relación es ambivalente. Por un lado, un partido es un contexto impredecible que obliga a la polivalencia y la adaptación, con una herramienta universal como es el balón que obliga a cada jugador, por limitado que sea, a ejecutar una gran variedad de gestos técnicos. Sin embargo, el fútbol ha mostrado una clara voluntad de definición de puestos y tareas desde sus inicios, lo que ha hecho de los futbolistas trabajadores más especializados que los artesanos del taller.

Por otro lado, un oficio no es una simple cualificación técnica, una competencia trasladable de un puesto a otro, sino el resultado de una formación y experiencia específicas intransferibles a otros campos. El artesano de un oficio no podía simplemente cambiarlo por otro, porque sus conocimientos no eran de aplicación universal, sino ligados a un sector y actividad concretos. Igualmente, los futbolistas sufren un proceso de especialización por el cual su oficio, el de futbolista, tiene escasas cuando no nulas aplicaciones a otros campos, incluyendo otras disciplinas deportivas. En ese sentido, el oficio de futbolista es la antítesis de cualquier desarrollo de competencias abstractas o polivalentes, más allá de los discursos sobre la mentalidad competitiva o el trabajo en equipo.

En ese sentido, resuena la idea de Touraine (1961) de que el artesano, por un lado, tenía amplia libertad de movimientos pues su cualificación le garantizaba encontrar trabajo en cualquier empresa y en cualquier localización geográfica, pero por otro lado era vulnerable a crisis biográficas, pues un accidente o enfermedad que le invalidasen para realizar su oficio le convertían súbitamente en peón sin cualificación para el resto del mercado de trabajo. Esa descripción de una alta fragilidad y vulnerabilidad, combinada con una alta demanda de su oficio, coincide palabra por palabra con la situación del futbolista.

Puesto que los trabajadores eran quienes disponían de la competencia técnica, con el maestro a la cabeza, el control del taller estaba en sus manos. El dueño de la empresa poseía el poder económico en la organización, y era además el propietario legítimo de los frutos del trabajo, pero apenas tenía poder sobre el contenido del trabajo, pues no se le suponía competencia técnica para juzgarlo. De hecho, aunque desligado de la propiedad, el maestro tenía una autonomía total en el taller, y en muchos casos operaba como contratista interno: decidía salarios, contrataba y despedía. Si por el dueño de la empresa nos referimos al presidente, la junta directiva o los socios, es evidente que la idea de su incompetencia es un cliché del mundo futbolístico. Sin embargo, así como parece que en el taller las injerencias del patrón eran reducidas, las injerencias de los directivos sobre el funcionamiento del equipo no son solo un cliché sino parte de la micropolítica cotidiana de un club (Kelly, 2008). ¿Es la autonomía del maestro similar a la del entrenador? Parece que el entrenador decide quién juega y

cómo, y también que su competencia está basada, como la del maestro, en su conocimiento práctico del oficio. Por último, cuando vemos que el maestro decidía salarios, contrataciones y despidos, parece que nos estemos refiriendo al rol tradicional del manager inglés (Kelly, 2008), responsable de las altas y las bajas, y no tanto al modelo europeo, donde eran los directivos los encargados.

Donde probablemente difiera en mayor grado la experiencia del artesano de la del futbolista es en el rol de los sindicatos de oficio en el control de la profesión. En el modelo del taller, éstos tenían el control sobre el proceso formativo y la sanción del conocimiento a través de categorías profesionales, es decir, controlaban la carrera profesional, y el trabajador una vez en el sindicato podía estar seguro de ir pasando de categoría desde aprendiz hasta maestro. En las primeras décadas del fútbol el modelo de denegación del trabajo (Slimani, 2000) ha hecho imposible casi cualquier organización sindical y posteriormente la liberalización imposibilitó cualquier control colectivo. Al mismo tiempo, la cualificación y jerarquización de los futbolistas dentro de un equipo si bien ha seguido ciertas normas artesanales, como la preeminencia de los veteranos, ha sido también mucho más permeable al mérito, en forma de éxito deportivo.

Por último, es cierto también que el club de fútbol, antes del advenimiento de la mediatización y el merchandising, se ha comportado como una pequeña empresa tradicional centrada alrededor del taller, el equipo, como muestra el estudio de Bahamonde (2002) sobre el Real Madrid, principal club de España, que se gestionó hasta los años ochenta como una pequeña empresa familiar con escasa especialización funcional y un número limitado de empleados. Nuestros entrevistados nos han ofrecido muestras de esta informalidad y falta de estructura, como la práctica generalizada de negociar sus contratos directamente con el presidente. Es evidente que los clubes no se componían únicamente de los futbolistas, y que el resto de la plantilla, administrativos o encargados de mantenimiento, respondían a un perfil profesional similar al de cualquier otra empresa, pero existía una continuidad entre una estructura pequeña centrada en el equipo, una preponderancia de las relaciones informales y un funcionamiento escasamente orientado a la rentabilidad económica que hacían del club de fútbol una estructura muy particular. Esa estructura se ha

transformado, racionalizado y crecido exponencialmente con la multiplicación de los ingresos y la conversión en sociedades anónimas, pero la estructura deportiva, el equipo, apenas se ha visto afectado (Kelly 2006; 2008).

En general, vemos que el modelo del trabajo en el taller parece adecuado para explicar el trabajo futbolístico y sus condicionantes, que siguen presentes y son la base sobre la que opera el entrenador para mejorar la eficiencia del equipo. Junto con el entrenamiento físico y técnico, la herramienta más poderosa del entrenador para moldear al equipo y mejorar su rendimiento es la táctica colectiva. En ese sentido, Giulianotti (2000) afirma que Herbert Chapman puede ser considerado el primer entrenador fordista, precisamente por su voluntad de control y racionalización. La idea sería que la defensa individual supondría una aplicación de la lógica fordista al fútbol, la misma idea que han expresado Panzeri (2011), Verdú (1980) o Rigauer (1981). Pero esa idea debe ser enfrentada a los datos empíricos como los de esta investigación.

En concreto, el fordismo se basó en una serie de principios: división funcional, separación del trabajo intelectual del manual, división del trabajo, estandarización y automatización. Los dos últimos son los que corresponden realmente a la innovación de Henry Ford, la cadena de montaje (Coriat, 1982), que organizó la producción sobre una cadena en movimiento por la que pasaban los coches, que iban siendo ensamblados operación por operación hasta estar listos para su venta. Para que ello fuese posible había que estandarizar las piezas y diseñar máquinas especializadas en cada uno de los pasos, de forma que el obrero quedase destinado a surtirla de piezas y al mismo tiempo fijado su comportamiento por el ritmo externo impuesto por la cadena, perdiendo así toda cualificación o especialización.

Esa voluntad de expropiar al artesano de su conocimiento es la que anima también al taylorismo en sus dos principales innovaciones: la división del trabajo y la separación del trabajo intelectual y manual. Como vimos, en el taller diseño y ejecución estaban mezclados en el acto de producción, pues el oficio era a la vez una habilidad y un conocimiento, y lo cierto es que el objetivo del taylorismo es acabar con el oficio sustrayendo del momento de la producción todo trabajo intelectual, y trasladándolo todo a los ingenieros (Coriat, 1982). Para ello, divide el trabajo en las partes más

pequeñas posibles que lo constituyen, simplificándolo, y determina cuál es la combinación de movimientos más productiva, obligando a todos los trabajadores a aplicarla. Se logra así la simplificación y estandarización del trabajo y la homogeneización de los puestos, pero sobre todo el monopolio de la autoridad técnica por parte de los ingenieros, responsables desde entonces de diseñar los productos, las máquinas y el proceso productivo en su conjunto (Chandler, 1977). Combinada la automatización y estandarización fordista con la división del trabajo y la separación de trabajo intelectual y manual del taylorismo se logra la total descualificación del trabajador y el fin del oficio.

En el fútbol, donde el gesto técnico no puede estandarizarse ni el proceso automatizarse, no es posible eliminar toda cualificación en los futbolistas, pero sí existió con la defensa individual una búsqueda de simplificación similar a la del taylorismo, pues el marcaje no es sino la parte más pequeña y simple en la que se puede dividir la acción defensiva. Se busca igualmente que las tareas sean lo más simples y claras posibles, lo que las hará más fáciles. Al mismo tiempo los defensas, como vimos, eran animados a despejar el balón una vez recuperado, y en general a tomar la decisión más simple y menos problemática en cada situación. Ello hacía que, aunque a lo largo de un partido hiciesen todo tipo de acciones técnicas, lo cierto es que dedicaban la mayor parte del tiempo a la defensa y ejecutaban muchas acciones de baja complejidad. Es decir, que podríamos hablar de un proceso de descualificación entre los defensas.

El taylorismo busca también apropiarse para la clase de los ingenieros de todo el trabajo intelectual. ¿Supone la defensa individual una evolución similar? Si nos referimos a la obligación de seguir órdenes y un plan de juego, lo cierto es que los futbolistas gozaban hasta la WM de gran libertad para decidir cómo jugar y cómo relacionarse con sus compañeros y rivales, y la WM limitó fundamentalmente esa libertad al trasladar esa parte del trabajo intelectual al entrenador, que diseñaba los emparejamientos, las variaciones posicionales y daba órdenes concretas a los futbolistas sobre cómo actuar, justificándolo todo ello en su conocimiento superior. Sin embargo, la posición del entrenador no era la del ingeniero porque su superioridad no se fundaba en la racionalidad científica sino en el empirismo, y sobre todo porque

nunca se inmiscuyó en la ejecución, en la práctica vivida en el terreno de juego. Por tanto, la desposesión radical del oficio vivida por el artesano en la fábrica fordista era imposible de reproducir en el equipo de fútbol. Lo que sí es cierto es que la descualificación sufrida por los defensas agravó la división interna del equipo entre los que corren y los que piensan, en donde podemos reconocer la misma idea de dividir el trabajo intelectual, el ataque, del manual, la defensa.

La producción en cadena también generaba una nueva relación de control y una nueva relación personal con el trabajo que están íntimamente ligadas a través de la individualización. Primero, se podía vigilar fácilmente toda la planta e identificar al trabajador en problemas, y por tanto los errores eran personalizables porque se sabía qué tarea estaba mal realizada y dónde había surgido el problema. Esta noción resulta familiar a nuestro análisis de la defensa individual, para la que la marca permitía individualizar responsabilidades y facilitar su evaluación, pues en último término la responsabilidad del gol era del defensor de quién lo había marcado. La función disciplinaria en la fábrica corría a cargo del capataz, que había perdido su competencia técnica —era el heredero del maestro— y quedado únicamente con la responsabilidad disciplinaria. En el equipo de fútbol, sin embargo, autoridad disciplinaria y técnica nunca se separaron y permanecieron integradas en la figura del entrenador, que continuó siendo el maestro, es decir, no hubo en el fútbol división entre línea y staff, entre capataz e ingeniero, entre poder y saber. Al mismo tiempo, hemos visto que en los años ochenta los jugadores sentían que el entrenador no les hablaba, no les enseñaba nada, no hacía trabajo táctico y únicamente se ocupaba de mantenerles en forma con métodos de entrenamiento extenuantes. Todo ello nos indica que a medida que la defensa individual se estandarizaba y el entrenamiento se desligaba del oficio para centrarse únicamente en el físico, los momentos en que el entrenador actuaba como maestro, como mago de la táctica, se reducían, y su rol como capataz aumentaba.

El fordismo también transformó la relación subjetiva y afectiva con el trabajo. La extrema división del trabajo hacía que este quedase completamente vacío de significación y autonomía, porque el trabajador no controlaba ni la forma ni el ritmo de su trabajo, y sobre todo porque llevaba a cabo tareas sin significación propia más allá

de su participación en el acto global de la producción. Las tareas del puesto no eran analizables o entendibles en sí mismas, solo en relación al conjunto del sistema, donde encontraban su lógica y su posición. Ese carácter desagregado y aditivo del trabajo se encuentra también en la defensa individual, con sus duelos aislados. Además, se perdía la dimensión colectiva de la actividad, pues la cadena de montaje hacía desaparecer también la comunicación y la colaboración, y los obreros se encontraban aislados, no solo porque no realizaban tareas en equipo, sino porque su trabajo les exigía una concentración absoluta debido al alto ritmo que imponía la cadena. Pero al igual que en la defensa individual esa individualización de la responsabilidad terminaba generando el desentendimiento del destino del equipo, también en la cadena de montaje los trabajadores se desentendían del conjunto del proceso y se centraban únicamente en cumplir con su puesto de trabajo, lo que desembocaba en falta de implicación y de motivación.

Esa pérdida del sentido colectivo está muy presente en la defensa individual, en la que la concentración en la marca hacía perder de vista el conjunto del partido, y en la que se aspiraba a que cada futbolista fuese autónomo y no necesitase de sus compañeros, reduciendo al máximo la comunicación y coordinación. El equipo funcionaba como el organigrama de una gran empresa fordista, con sus divisiones funcionales por departamentos, cada uno con tareas definidas y exclusivas, y sus claras líneas jerárquicas que evitaban corresponsabilidades, confusiones y solapamientos, es decir, evitaban toda complejidad (Chandler, 1977). La defensa individual aspiraba a conseguir la misma claridad en el interior del equipo, generando así una organización en la que cada puesto tuviese una función y cada función un puesto, de forma que cada tarea pudiese ser asignada a un solo futbolista, y estos a su vez se especializasen en el puesto.

Pero tanto el fordismo como la defensa individual generaban disfunciones y errores fruto de la falta de autonomía, la simplicidad de las tareas y la falta de coordinación. Si en el equipo las disfunciones creadas desembocaron en la creación del líbero, en la cadena de montaje se mantuvo siempre a un cuerpo de trabajadores manuales cualificados al final de la cadena para reparar los productos defectuosos producidos y que no podían ser reparados en el momento porque no se podía detener la

producción. La semejanza con la figura del líbero es chocante, pues ambos cuerpos se situaban al final del proceso para resolver los problemas derivados de la simplificación y división del trabajo y acumulaban para ello todo el saber del oficio que había desaparecido en las posiciones anteriores.

En conjunto, los restos, deshechos y productos defectuosos suponían una importante pérdida de recursos en la producción (Womack, 1990) pero en ambos modelos el despilfarro de recursos no fue problemático mientras estos fueron baratos. En el caso del fordismo, mientras se mantuvo un bajo precio de las materias primas y un mercado dispuesto a absorber cualquier producción, estas pérdidas de eficiencia pasaron desapercibidas. En el caso de la defensa individual, su aparente simplificación conllevaba en realidad un ahorro cognitivo pero un derroche físico. Se prefería por tanto hacer un uso intensivo de la capacidad física para limitar el uso de la capacidad cognitiva de los jugadores. Ello implicaba que se consideraba que existía un mayor acceso a la capacidad física, que se encontraría en abundancia entre los jugadores, que de la capacidad cognitiva, que sería necesariamente más escasa y valiosa, tanto que se preferiría reservar para procesos en los que fuese realmente imprescindible, es decir, el ataque. No importaría malgastar energía física porque se consideraba que era un recurso inagotable, que existía incluso en exceso. Por un lado, el entrenamiento físico permitiría a cualquier jugador soportar el desgaste físico de un marcaje, y por el otro sería más fácil obtener un atleta que un jugador de fútbol, lo que quedaría confirmado por el diferente coste de fichar a un defensa marcador frente a un goleador, dada la escasez de los segundos.

Así descrita, la defensa individual aparece como la solución de entrenadores agobiados por la presión competitiva que deben intentar sacar el máximo rendimiento de jugadores con un potencial técnico-táctico limitado: se hacía defender individualmente a los marcadores ante su incapacidad para hacer algo más complejo. Esa es una idea recurrente en los discursos recogidos en esta investigación, y sin embargo, si bien puede ser correcta para los años setenta y ochenta, no lo es para explicar el nacimiento de la defensa individual. Por el contrario, en el momento en que la WM hizo su aparición tanto los defensas como los medios estaban acostumbrados a operar en un ambiente de enorme complejidad e incertidumbre, y la toma de decisiones era

un aspecto central del desempeño de una defensa, especialmente del medio centro (Panzeri, 2011; Scopelli, 1957). Más aún, la defensa individual no deriva directamente de la WM, que en sus orígenes proponía algo similar a una defensa individual por zonas (Say, 1996). Fue con el paso del tiempo que se terminó privilegiando progresivamente una simplificación que desembocó en la idea de marcas individuales y fijas en todo espacio y todo tiempo.

Por tanto, no fue la táctica la que se amoldó a las capacidades de los jugadores sino viceversa, con el consiguiente desclasamiento de los medios centros, de estrellas del equipo a simples marcadores. Así, mediante un proceso lento de selección y formación se sustituyó a jugadores de alta capacidad técnico-táctica, expulsados o reservados a ciertas posiciones, por jugadores de alta capacidad física. Con el tiempo, el proceso se reforzaba a sí mismo, porque efectivamente desapareció la oferta de defensas con capacidad técnico-táctica y los entrenadores pudieron decir que estaban forzados a utilizar una defensa individual.

La estabilidad del fordismo se mantuvo hasta que en los años setenta aumentó el precio del petróleo y al mismo tiempo se saturaron los mercados. En el caso del fútbol, la defensa individual despilfarraba energía física como la industria petróleo barato, pero aunque la primera no se encareció sí llegó a su límite cuando el entrenamiento científico llevó al máximo la capacidad atlética de los futbolistas. Alcanzado ese punto, cualquier ganancia debía venir de otras dimensiones que aún dispusiesen de margen de mejora.

En ese sentido, la zona identificó la capacidad táctica, cognitiva, como un campo potencial a desarrollar. Para ello, invirtió la lógica productiva de la defensa individual: la mayor eficacia no se lograba reduciendo el trabajo cognitivo sino intensificándolo. En consecuencia, no era necesario simplificar la organización y las tareas, sino por el contrario hacerlas tan complejas como fuese posible y necesario. Esa idea tiene una serie de presupuestos: el primero, que la principal fuente de productividad es el conocimiento; el segundo, que los jugadores no son sospechosos de falta de capacidad intelectual, sino que por el contrario se les supone una natural capacidad táctica; y en tercer lugar, que en consecuencia el capital intelectual no es irregular, impredecible y

escaso, sino que se comporta como el capital físico, es inagotable, estable y regularmente distribuido, en definitiva, que se puede confiar en él.

La idea de la zona es pues volver a hacer compleja la organización a partir de la gestión de la incertidumbre, de mantener la estabilidad mediante el continuo equilibrio de los desequilibrios. Por tanto, la zona parte de la idea de que el cambio, la incertidumbre y el desequilibrio son el estado natural en el fútbol, y no la estabilidad, seguridad y equilibrio a la que aspiraba la defensa individual. Esa misma gestión de la incertidumbre, flexibilidad y adaptación, son los rasgos dominantes del sistema organizativo que surge en las empresas tras la crisis de los años setenta. Alcanzada la saturación de la producción en masa y rota la estabilidad y el equilibrio, se trata ahora de acoplarse a mercados cambiantes y fragmentados adaptando y variando constantemente la oferta (Coriat, 1993).

La producción flexible debe ser por tanto capaz de aumentar la flexibilidad, produciendo una mayor variedad de productos y con una mayor frecuencia de rotación. Debe también mejorar la calidad en la producción, reduciendo los productos defectuosos. Por último, debe mejorar la eficiencia, reduciendo el gasto de materiales, de tiempo y de espacio. Para ello hay que transformar la lógica de la cadena: frente a la especialización, polivalencia; frente a la separación de trabajo manual e intelectual, su reintegración; y frente a la división del trabajo y la automatización, trabajo en equipo y autonomía del trabajador.

Se comienza diseñando máquinas polivalentes capaces de fabricar varias piezas o varios modelos distintos en un mismo momento, máquinas que el trabajador no debe simplemente surtir, sino reparar, controlar y gestionar, es decir, que se sustituyen ocupaciones manuales y no cualificadas por otras que requieren formación y abstracción. Además, se les organiza en equipos y se les dota de autonomía. El equipo decide quien hace cada tarea y cómo se va a realizar el trabajo global asignado, lo que implica que los trabajadores pueden rotar entre actividades y no están especializados en una única tarea. Pero además, al hacerles responsables de la organización de su trabajo, no tienen únicamente una labor de ejecución, sino que su trabajo incluye un componente de planificación y diseño que anteriormente recaía exclusivamente en los

ingenieros (Coriat, 1993). Como vemos, son los mismos trabajadores implicados y motivados de la zona que trabajan en equipo y que no se limitan a tareas simples, sino que por el contrario realizan tareas complejas que requieren abstracción y toma de decisiones y que son polivalentes y participan de muchos momentos distintos de la producción. Similarmente, la organización en equipos y la corresponsabilidad aplanan la jerarquía y promueve la horizontalidad, igual que la zona reduce las distancias jerárquicas entre atacantes y defensores y entre quienes corren y quienes piensan, pues todos tienen que hacer de todo.

En cuanto a la nueva lógica de la cadena, se trata de romper su linealidad, organizándola por el contrario en grupos semiautónomos que van recibiendo la carga de trabajo de manera flexible. Así, el recorrido posible de la cadena es múltiple y abierto, lo que permite modificar los recorridos, las cargas y el contenido de cada puesto. Si bien es imposible lograr la completa polivalencia de máquinas y trabajadores, esa es la idea que anima la reorganización, de forma que el funcionamiento de la planta se asemeje al de la red. Todos los puestos están así conectados entre sí y que no tienen características fijas sino que en cada momento pueden tomar la forma y la función que la producción demanda. Esa polivalencia es exactamente la misma que anima el funcionamiento en zona, donde los comportamientos de los jugadores pasan a estar definidos en función de las circunstancias y no de un catálogo cerrado de responsabilidades, y el futbolista se comporta como lateral, central o extremo en función de la circunstancia. Si la defensa individual se basaba en la especialización funcional, la defensa en zona se fundamenta en la polivalencia y la intercambiabilidad de los jugadores pero en el sentido opuesto al de la cadena fordista: no se trata de simplificar las tareas hasta que todo el mundo pueda hacerlas, sino de formar a todo el mundo para que todos puedan hacer hasta las tareas más complejas. En el mismo movimiento desaparecen también la defensa y el ataque como momentos diferentes y divididos. Se entiende que el fútbol es un flujo, en el que se pasa constantemente del ataque a la defensa y viceversa, y existen también los momentos de transformación, de paso de una situación a otra.

Todo ello remite a la flexibilidad y la adaptación, que parte de la idea de un entorno cambiante como es el de un partido, en el que el equipo debe moverse y cambiar su

comportamiento instantánea y coordinadamente para adaptarse al equipo contrario. El ideal de la producción postfordista es precisamente el just in time, producir únicamente aquello que ya está vendido. Eso reduce la cantidad producida, pero sobre todo crea una tensión temporal en toda la cadena de producción, pues una vez vendido el producto este debe ser fabricado en el espacio más corto posible de tiempo. Es por eso que la producción flexible es también conocida como de flujos tensos o *lean production*, pero también producción malvada, *mean production* porque impone una gran presión sobre proveedores y trabajadores para producir la cantidad y calidad exacta que se necesite en el momento preciso para producir esa demanda previamente asegurada (Womack, 1990), exactamente igual que la zona al reducir espacio y tiempo hace de la presión y la toma de decisiones instantáneas uno de sus requerimientos, por lo que en ocasiones es percibida como más estresante que la defensa individual.

En ese sentido, para poder gestionar adecuadamente la incertidumbre es fundamental el tratamiento de la información y la comunicación. Se trata de implicar y responsabilizar a los trabajadores, para lo cual es necesario introducir mecanismos para que identifiquen, comuniquen y solucionen los problemas que encuentran en su trabajo. Se trata de aprovechar todo ese conocimiento que atesoran los trabajadores y que se perdía previamente en el fordismo, pues la organización era sorda a sus demandas y conocimientos. Sobre todo, se trata de resolver los problemas en el momento, y no esperar a que no tengan solución, y para ello los trabajadores deben colaborar, pero también tener acceso a toda la información, que es pública (Womack, 1990). De esta forma, se rompe la distinción entre planeamiento y ejecución no solo porque los obreros participan de ambas, sino porque se rompe el muro que separaba a quienes tenían acceso a la información, los técnicos, y el resto. En el nuevo paradigma, se propugna que la información debe ser libre y fluir si se pretende que los trabajadores puedan actuar adecuadamente (Coriat, 1993). Esa información es crítica en la zona, que es el fondo un sistema de gestión de la información. Todos los jugadores deben estar conectados entre sí y con el entorno, el balón y los contrarios, en todo momento. La circulación de la comunicación es esencial porque solo disponiendo en cada momento de toda la información relevante la toma de decisiones

puede ser un proceso virtuoso que permite al equipo reaccionar como un todo ante el contexto cambiante del juego.

Esta horizontalidad de la información se complementa con la horizontalidad de la jerarquía y su transformación desde un enfoque disciplinario a uno técnico, porque al hacerse más complejas y variadas las tareas que realizan, ya no se trata de obligar al trabajador a hacer algo, sino de que lo haga bien, es decir, requiere de una supervisión técnica. Pero el trabajo abstracto no es necesariamente creativo, pues en muchas ocasiones hay que seguir protocolos de actuación que limitan fundamentalmente la autonomía. En ese sentido, existe una mecanización técnica, es decir, la inclusión de una serie de estándares, calidades, normas, etc., que hacen que aun cuando una tarea pueda requerir una alta cualificación, su ejecución esté limitada por una serie de normas muy estrictas que, de facto, suspenden la autonomía del trabajador (Coriat, 1993). El caso de la zona es similar en ambos aspectos: los futbolistas no necesitan un control disciplinario, sino un apoyo técnico y pedagógico para hacer bien su tarea que se plasma en el entrenamiento y en los videos, en las correcciones y explicaciones que recibe, y una tarea que es compleja pero que tiene su autonomía limitada por ese lenguaje común desarrollado mediante ejercicios tácticos y que no son sino protocolos, estándares y normas.

Ese funcionamiento colectivo que modifica su posición y comportamiento en función del contexto funciona por tanto como una red física y conceptualmente. Físicamente porque el equipo toma el aspecto externo de una malla y conceptualmente porque su funcionamiento coincide con la idea de un conjunto de nodos interconectados que comparten la información y la toma de decisiones y que carecen de centro o de jerarquía, aunque tengan distinta importancia en función de su capacidad para gestionar eficientemente la transmisión o para distribuirla. Es decir, de una organización que se estructura en torno a la información, en la que la información es su principal fuente de valor y la forma que toman las relaciones. Y precisamente la red se ha constituido en la metáfora privilegiada para interpretar los tiempos actuales y la organización empresarial (Castells, 1997). La red como organización sin jerarquía, que cambia constantemente para adaptarse al entorno y en el que todos sus puntos están

conectados los unos con los otros por una función de comunicación, y que por tanto se fundamenta en la información para mantener su existencia.

En ese sentido, podemos entender que la defensa en zona moderna es una versión de ese espíritu de red que domina nuestras sociedades. Participa de esa voluntad de polivalencia, de su articulación en torno a la gestión de la información, del aplanamiento de las jerarquías, de la reintroducción de la planificación y de las tareas intelectuales en el trabajo manual, y de un trabajo en equipo que significa sobre todo colaborar y compartir responsabilidades como una forma de gestionar la incertidumbre en lugar de eliminarla. También comparte con ella la necesidad de la implicación y participación de los futbolistas, la imposibilidad de un control disciplinario y la necesidad de formación y abstracción.

Finalmente, comparte la inclusión de esa recuperada autonomía y capacidad intelectual dentro de unos patrones, de una lógica superior. Esa programación es lo que diferencia el trabajo en red del trabajo artesanal original, y a la defensa en zona del sistema piramidal: el trabajo artesanal era realmente fruto de la pasión y creatividad individual, igual que el fútbol era fruto de la improvisación de los jugadores. En la producción en red y en la zona, aunque el trabajo se pueda enriquecer, siguen siendo procesos controlados, pero en lugar de estar sujetos a normas, lo están a lógicas.

Entendemos entonces que si el fútbol se configuró en la era de la producción en masa en torno a la defensa individual, lo ha hecho en la era de la información en torno a la defensa zonal. Quien primero apuntó la probable adecuación del fútbol a la nueva realidad social fue Verdú (1980), que precisamente decía con respecto al Fútbol Total:

Estas nuevas formas del escenario productivo se encuentran parcialmente internalizadas en el fútbol actual, bien dando significado al “fútbol total”, bien en latencia, presagiando una próxima edad del fútbol. En los factores que determinan el juego [su sistema teórico (el entrenador) y su práctica (desarrollo por los jugadores)] es ya perceptible la sustitución del antiguo sujeto social (el individuo) donde el cuerpo funciona como pieza, al nuevo sujeto dominable (el grupo) donde el cuerpo funciona como signo – más apto para la circulación y permuta incesantes. (1980, p.142)

Y en ello coincide Giulianotti (2000) cuando compara a ese mismo Fútbol Total con la producción *just in time*. Creemos sin embargo que, siguiendo a Verdú, el Fútbol Total presagiaba la era por venir, pero aún estaba preso de las nociones precedentes. A pesar de su continuo cambio de posiciones y polivalencia, lo cierto es que, como vimos, Rinus Michel nunca rompió con la referencia individual y siempre vio el pressing como una defensa individual radicalizada. Por tanto, seguía unido a la concepción del jugador como pieza, sin llegar a dar el paso de transformarlo en signo. Es esa transformación del jugador en signo, del equipo en sistema de comunicación, del fútbol en lenguaje, que realiza la zona moderna.

CAPÍTULO 6

CONCLUSIONES

CAPÍTULO 6: CONCLUSIONES

1. La táctica es un producto social que al mismo tiempo condiciona socialmente a los individuos implicados en ella. Es por tanto un objeto sociológico, producto social de un campo de luchas.
2. La zona sigue las mismas ideas de polivalencia y organización en red que anima el cambio organizacional postfordista, siendo parte de ese proceso. Al mismo tiempo, modifica los perfiles requeridos en el mercado laboral futbolístico, los roles de los jugadores y la jerarquía entre ellos y por tanto sus identidades. También modifica las prácticas y las competencias en las que se integran, y cambias las relaciones de autoridad entre entrenadores y futbolistas
3. El cambio de la defensa individual por la zona se produjo en un momento de transformación de la cultura futbolística, desde una prevalencia del enfrentamiento identitario entre dos comunidades, en las que únicamente se buscaba la victoria y se utilizaban cualesquiera métodos para alcanzarla, a un modelo que, si bien no puede olvidar la búsqueda de la victoria, prioriza el espectáculo como forma de atraer al público más allá de su adscripción identitaria.
4. Ese proceso se enmarca en la transformación del fútbol profesional como negocio debido a su relación con los medios de comunicación y la creación de un nuevo circuito de ingresos, el formado por las retransmisiones, el patrocinio y el merchandising.
5. En el caso español, esta transformación vino a través de una lucha cultural abierta, no de un proceso soterrado o limitado en sus efectos. Los enfrentamientos entre Clemente y Valdano, entre el grupo Prisa y la Cope fueron abiertos y públicos y monopolizaron el debate futbolístico español. La victoria de los renovadores, medida por la adopción de la zona y por esa preeminencia de la idea de que hay que jugar al

ataque, supuso una inversión de los valores tradicionales del fútbol español, una inversión que a la larga generaría una posición hegemónica del fútbol español en Europa y en el mundo que contrasta con la posición secundaria y subordinada del modelo anterior, *la furia*, que fue incapaz de ofrecer victorias decisivas durante décadas.

6. El cambio en el discurso vino acompañado de un cambio en las prácticas, o fue generado por este otro. La adopción de la zona obligó a los profesionales, futbolistas y entrenadores, a formarse, a reciclarse, y a desarrollar un enfoque abstracto del fútbol que hasta ese momento habían despreciado. Si bien la obligación de ofrecer espectáculo es discutible y depende de los contextos, la obligación de la inteligencia y la disciplina táctica para los jugadores, y de asumir el rol de diseñador e implementador de complejos sistemas de juego para los entrenadores no son discutibles o evitables: aquellos que no se adaptan sufren la liquidación por medio de la derrota. Sin consciencia táctica es imposible triunfar en el fútbol de hoy.

7. Ese cambio fue posible por una pacificación previa del juego, dominado por la violencia y por tanto por la fuerza física para ejercerla o soportarla. Ello limó la imagen patriarcal, autoritaria y tradicionalista del fútbol, y le permitió abrirse a nuevos públicos, sin que por el contrario esa masculinidad tradicional haya desaparecido del fútbol. Sin embargo, su dependencia de la exposición mediática le hace mucho más civilizado que treinta años atrás.

Limitaciones y líneas futuras de investigación

Esta investigación tuvo una limitación desde primera hora en la dificultad para realizar la captación entre un colectivo tan específico y poco proclive a desvelar sus secretos. Por ello, fue necesaria una técnica de bola de nieve a partir de los contactos disponibles, lo que siempre supone una limitación a la hora de elegir los perfiles y complementarlos. Aún así, cuando el trabajo de campo se cerró fue porque se consideró alcanzada la saturación en los discursos y los perfiles, a pesar del aumento de tiempo que ello supuso. A pesar de ello, es posible que un mayor tiempo disponible

o un mayor acceso a las fuentes pudiese haber enriquecido la investigación, aunque no creemos que hubiera supuesto cambios sustanciales.

La mayor utilidad de este mayor acceso hubiese sido sin duda la exactitud en la descripción histórica. Si bien se trata de una investigación sociológica, desde un primer momento hubo que lidiar con el hecho de que no había una descripción histórica completa y fidedigna del proceso, sino que se debía reconstruir mediante la mezcla de testimonios y prueba documental, fundamentalmente hemerográfica. Por ello, la reconstrucción histórica del proceso de sustitución de la defensa individual por la zona no pudo ser acometida, pues desde un primer momento vimos que los testimonios presentaban una altísima heterogeneidad interna y externa, como vimos a la hora de situar el momento del cambio, algo habitual en la metodología de la historia oral. Esta investigación no es, sin embargo, histórica sino sociológica, y por tanto la reconstrucción del proceso es subjetiva, intenta reproducir la experiencia de los actores y los condicionantes sociales del discurso, y en modo alguno pretende ofrecer una cronología objetiva del proceso.

Junto con estas limitaciones, toda investigación plantea en primer lugar un problema de selección. De acotación del tema de estudio que es al mismo tiempo exclusión de dimensiones o áreas del problema, más aún en el campo sociológico, que alcanza siempre potencialmente a la sociedad en su conjunto. Esa acotación se realiza por cuestiones teóricas o metodológicas, pero siempre también por una cuestión de recursos. En el caso de esta investigación, teniendo en cuenta que se trataba de estudiar las consecuencias de la defensa en zona se decidió centrar el estudio en las consecuencias para la comunidad profesional, entrenadores y futbolistas, con la ayuda de ciertas observaciones externas proporcionadas por árbitros y periodistas. Sin embargo, al estar la defensa en zona, como hemos visto, integrada en un debate y una transformación mayores, lo cierto es que afectó no solo a los profesionales sino a otros colectivos como los propios periodistas, que solo han podido ser tratados parcialmente, a los directivos y al público.

En concreto, dos elementos clave quedaron fuera de las capacidades de esta investigación. Por un lado, cuáles fueron las motivaciones por las que una parte de los

directivos decidieron adoptar el modelo cruyffista y fichar a entrenadores de voluntad ofensiva, una medida arriesgada en un modelo de competición con descensos como el español.

Y esa cuestión está íntimamente relacionada con la siguiente, que es cómo vivieron este proceso de cambio los aficionados y hasta qué punto se produjo ese cambio de valores en ellos, lo que podría explicar el comportamiento de los directivos como respuesta a una demanda social percibida. Los entrevistados están seguros de que ese cambio se ha producido y explica el comportamiento del público en muchas ocasiones, pero es imposible responder a esa pregunta sin una investigación específica sobre este colectivo, por lo que debemos permanecer en el terreno de las hipótesis.

Ambas dimensiones eran imposibles de acometer en el marco de esta investigación por una mera cuestión de recursos materiales y temporales, el límite último al que se enfrenta todo investigador. Por ello, las limitaciones son al mismo tiempo futuras líneas de investigación para ayudar a tener una imagen completa del cambio.

Sin embargo, continuar investigando sobre la defensa en zona puede aparecer como excesivo. No se trataría tanto de ello como de tener una visión más completa del proceso de mercantilización y espectacularización del fútbol español, que en muchos sentidos es el producto más acabado del deporte profesional español. Es en ese sentido que la investigación sociológica debería o podría centrarse, en desarrollar un conocimiento del proceso en todos los ámbitos, público, medios de comunicación y estructuras deportivas, similar al que se tiene en el resto de Europa.

En ese sentido, una de las grandes incógnitas que esta investigación siente que no ha podido responder es hasta qué punto el debate sobre el buen juego y el cambio de valores puede leerse en términos de clase en el caso español. Como vimos, en Inglaterra fue evidente que el cambio de modelo de negocio expulsó a la clase obrera de los estadios y atrajo a las nuevas clases medias profesionales. En el caso español, no está claro ni que el fútbol fuese patrimonio de la clase obrera, ni siquiera que esta fuese mayoritaria entre su público, ni que la imposición del discurso sobre el buen juego, el espectáculo y la visión intelectual del fútbol haya querido /logrado expulsar a

la clase obrera del fútbol, como tampoco tenemos datos de la subida en los precios de las entradas y la modificación del perfil del público.

En general, creemos que el rol del deporte espectáculo en España es un tema apasionante del que aún podemos saber mucho más de lo que sabemos actualmente.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

- Abadía i Naudí, S. (2011). Deporte, ciudadanía y libertad: la transición en España y el deporte, 1975-1982. En X. Pujadas i Martí (Ed.), *Atletas y ciudadanos: historia social del deporte en España (1870-2010)* (p. 553). Madrid: Alianza Editorial.
- Accame, F. (1994). *La Zona en el Fútbol*. Madrid: Editorial Gymnos.
- Alcoba, A. (1992). *De la ley del fútbol a Barcelona 92*. Madrid: Esteban Sanz.
- Allongo, J. (1993, abril 21). El preparador físico critica a Bert Jacobs. *Mundo Deportivo*, p. 21. Barcelona.
- Alonso, A. (2009). *Fundamentos tácticos defensivos*. Móstoles, Madrid: Abfútbol.
- Alonso, L. E. (1998). *La mirada cualitativa en sociología: una aproximación interpretativa*. Madrid: Editorial Fundamentos.
- Alvarez del Villar, C. (1983). *La preparación física del fútbol basada en el atletismo*. Madrid: Gymnos.
- Amieiro, N. (2007). *Defensa en zona en el fútbol*. Tuy, Pontevedra: MCSports.
- Andrews, D., & Ritzer, G. (2007). The global in the sporting global. *Global Networks*, 7(2), 135-153.
- Archetti, E. (2003a). *Masculinidades: fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Archetti, E. (2003b). O «gaucho», o tango, primitivismo e poder na formação da identidade nacional argentina. *Mana*, 9(1), 9-29. <http://doi.org/10.1590/S0104-93132003000100002>
- Archetti, E. (2008). El potrero y el pibe: territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino. *Horizontes Antropológicos*, 14(30), 259-282. <http://doi.org/10.1590/S0104-71832008000200013>
- Bahamonde Magro, A. (2002). *El Real Madrid en la historia de España*. Madrid: Taurus.
- Bale, J. (1993). *Sport, space and the city*. Caldwell, New Jersey: Blackburn Press.
- Bangsbo, J., & Peitersen, B. (2002). *Fútbol: jugar en defensa*. Barcelona: Paidotribo.
- Barceló, C. (1989, diciembre 8). Cruyff. *Mundo Deportivo*, p. 6. Barcelona.
- Bauer, G. (1998). *Fútbol, entrenamiento de la técnica, la táctica y la condición física*. Barcelona: Hispano Europea.

- Benítez, R. (1997). Trabajo en zona. *Training Fútbol*, 21, 9-12.
- Bertrand, J. (2009). Entre «passion» et incertitude: la socialisation au métier de footballeur professionnel. *Sociologie du Travail*, 51(3), 361-378. <http://doi.org/10.1016/j.soctra.2009.06.002>
- Best, S. (2010). The Leicester School of Football Hooliganism: an evaluation. *Soccer & Society*, 11(5), 573-587. <http://doi.org/10.1080/14660970.2010.497352>
- Blay, J. (1993, noviembre 23). Un informe de Real aconsejó la destitución de Guus Hiddink. *El País*. Madrid.
- Bonaut, J. (2009). *Televisión y deporte*. Libros en red.
- Bonaut, J. (2010). El eterno problema del fútbol televisado en España: una perspectiva histórica de la lucha por los derechos de retransmisión de la Liga de Fútbol Profesional (LFP). *Comunicación y sociedad*, 23(2), 71-96.
- Bonaut, J. (2013). Retransmisiones futbolísticas televisivas en España: perspectiva histórica de una relación de necesidad (1956-1988). *Historia y Comunicación Social*, 17, 249-268. http://doi.org/10.5209/rev_HICS.2012.v17.40609
- Bonaut, J. (2014). Los programas de resumen futbolístico de TVE durante el monopolio de la televisión pública: características y rasgos de innovación. *Estudios Sobre el Mensaje Periodístico*, 20, 91-104.
- Botines, A. (1975). *La gran estafa del fútbol español*. Barcelona: Amaika.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Bourg, J.-F., & Nys, J.-F. (1994). Economía del deporte y de la televisión. *Telos*, 38, 73-81.
- Boyle, R., & Haynes, R. (2003). New Media Sport. En A. Bernstein & N. Blain (Eds.), *Sport, media, culture: global and local dimensions* (pp. 95-114). Londres: Frank Cass.
- Brown, G., & Potrac, P. (2009). 'You've not made the grade, son': de-selection and identity disruption in elite level youth football. *Soccer & Society*, 10(2), 143-159. <http://doi.org/10.1080/14660970802601613>
- Buscombe, E. (1975). *Football on television*. Londres: British Film Institute.
- Caneda Pérez, R. (1999). *La zona en el fútbol*. Sevilla: Wanceulen Editorial Deportiva.
- Carceller, J. L., & Guerrero, J. M. (1981). *Manual de derecho deportivo: fútbol*. José Luis Carceller.
- Carretero, J. L. (1992). *Derecho del deporte. El nuevo marco legal*. Málaga: Unisport.
- Carrigan, T., Connell, B., & Lee, J. (1985). Toward a New Sociology of Masculinity. *Theory and Society*, 14(5), 551-604.

- Carroggio, M. (1994). Deporte y medios de comunicación: Patrocinio, comunicación y deporte: La audiencia, un oro que fusiona tres sectores. *Telos*, 38, 82-91.
- Castells, M. (1997). *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Vol. I. La sociedad red*. Madrid: Alianza Editorial.
- Castelo, J. (1999). *Fútbol: estructura y dinámica del juego*. Barcelona: INDE.
- Cazorla, L. (1990). *Las sociedades anónimas deportivas*. Madrid: Ediciones Ciencias Sociales.
- Chandler, A. D. (1977). *The Visible Hand*. London, England: Harvard University Press.
<http://doi.org/10.2469/dig.v42.n2.23>
- Conde, M., & Alonso, A. (2006). *Entrenamiento de los conceptos tácticos defensivos*. Tuy, Pontevedra: MCSports.
- Connell, A. R. W., & Messerschmidt, J. W. (2015). Hegemonic Masculinity : Rethinking the Concept. *Gender and Society*, 19(6), 829-859.
<http://doi.org/10.1177/0891243205278639>
- Corbin, J., & Strauss, A. (1990). *Basics of qualitative research: Grounded theory procedures and techniques*. Londres: SAGE.
- Coriat, B. (1982). El taller y el cronómetro: ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Coriat, B. (1993). *El taller y el robot. Ensayos sobre el fordismo y la producción en masa en la era electrónica*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Csanádi, A. (1963). *El fútbol*. Barcelona: Planeta.
- Cushion, C., & Jones, R. L. (2006). Power, Discourse, and Symbolic Violence in Professional Youth Soccer: The case of Albion Football Club. *Sociology of Sport Journal*, (23), 142-161.
- Damatta, R. (1994). Antropologia do Óbvio: Notas em torno do significado social do futebol brasileiro. *Revista UPS*, 22, 10-17.
- Davila, L. (1972). *Política y deporte*. Barcelona: Editorial Andorra.
- Dávila, L. (1973, enero). Los oriundez. *Triunfo*, 44-5.
- Day, D. (2011). Craft coaching and the «Discerning Eye» of the coach. *International Journal of Sports Science & Coaching*, 6(1), 179-195.
- Dufour, J. (1970). *Le football : technique, tactique et strategie, entraînement*. París: Bornemann.
- Elias, N., & Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de civilización*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Erlandson, D., Harris, E., Skipper, B., & Allen, S. (1993). *Doing naturalistic inquiry: A*

- guide to methods*. Newbury Park: SAGE.
- Escartín, P. (1947). *Técnica y estrategia en el fútbol de hoy y un manual de entrenamiento para la juventud*. Madrid: Pueyo.
- Ferrández, J. (1996). *Fútbol. Entrenamiento físico basado en la táctica y la estrategia. Los sistemas de juego y su evolución*. Madrid: Gymnos.
- FIFA. (1982). *Copa Mundial de la FIFA 1982 en España*. Zúrich.
- FIFA. (1986). *FIFA World Cup México 86*. Zúrich.
- Filho, M. (1947). *O negro no foot-ball brasileiro*. Rio de Janeiro: Irmaos Pongetti.
- Frade, V. (2002). *Apuntes de Metodología Aplicada II, Opción de Fútbol*. Oporto.
- Friedmann, G., & Naville, P. (1963). *Tratado de sociología del trabajo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Gammelsæter, H. (2009). The organization of professional football in Scandinavia. *Soccer & Society*, 10(3-4), 305-323. <http://doi.org/10.1080/14660970902771373>
- Gammelsæter, H., & Jakobsen, S.-E. (2008). Models of Organization in Norwegian Professional Soccer. *European Sport Management Quarterly*, 8(1), 1-25. <http://doi.org/10.1080/16184740701814365>
- García Candau, J. (1980). *El futbol, sin ley*. Madrid: Penthalon Ediciones.
- García del Ramo, J. (1965). *Fútbol: estrategia y desmarque en la W.M.* Barcelona: Síntesis.
- García, E., Moragas, M. de, & Gómez, M. (1994). El deporte en las televisiones españolas. *Telos*, (38), 109-18.
- García, J. (1974). *El bisturí de José María García*. Madrid: A.Q. Ediciones.
- Garel, F. (1969). *Football: technique, jeu, entraînement*. París: Amphora.
- Geronazzo, A. (1980). *Técnica y táctica del fútbol*. Buenos Aires: Lidiun.
- Gerrard, B. (2006). *The economics of association football, Volume I*. Cheltenham, UK: Edward Elgar.
- Gil, G. (1994). O drama do «futebol-arte»: o debate sobre a seleção nos anos 70. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 9(25).
- Gispert, C. (Ed.). (1982). *Enciclopedia mundial del fútbol*. Barcelona: Océano.
- Giulianotti, R. (2000). *Football: a sociology of the global game*. Cambridge: Polity Press.
- Goldlust, J. (1987). *Playing For Keeps: Sport, the Media and Society*. Melbourne: Longman Cheshire.
- González, J. (2004). Nuevas instalaciones del Real Madrid C.F. *I.T.*, 06, 90-97.

- Gratton, C., & Solberg, H. (2007). *The economics of sports broadcasting*. Londres: Routledge.
- Gruneau, R. (1989). Making spectacle: A case study in television sports production. En L. Wenner (Ed.), *Media, Sport and Society* (p. 315). Newbury Park: SAGE.
- Harding, J., & Taylor, G. (2003). *Living to Play: From Soccer Slaves to Socceratti. A Social History of the Professionals*. London, England: Robson.
- Hare, G. (2003). *Football in France: A Cultural History*. Oxford: Berg.
- Herbin, R. (1976). *Football: la technique, la tactique, l'entraînement*. París: Robert Laffont.
- Hernández Coronado, P. (1955). *Las cosas del fútbol*. Madrid: Editorial Plenitud.
- Hernández, J. M. (1969). *De Amberes 1920 a Méjico 1970: fútbol internacional español*. Valencia: José Manuel Hernández Perpiñá.
- Herrera, H. (1962). *Yo, memorias de Helenio Herrera*. Barcelona: Editorial Planeta.
- Iglesias, J. C. (1989, mayo 29). ¡Viva Sacchi! *El País*. Madrid.
- Irurzun, K. (2005). *La negociación colectiva en el deporte profesional*. Vitoria-Gasteiz: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.
- Jago, G. (1974). *Football coaching for play at all levels*. Londres: Stanley Paul.
- Janesick, V. (1994). The dance of qualitative research design: Metaphor, methodolatry, and meaning. En N. K. Denzin & Y. Lincoln (Eds.), *Handbook of Qualitative Reserach* (pp. 209-219). Tousand Oaks, California: SAGE.
- Jarvie, G. (2006). *Sport, Culture and Society: An Introduction*. Abingdon, Oxon: Routledge.
- Jeanrenaud, C., & Késenne, S. (2006). *The economics of sport and the media*. Cheltenham, UK: Edward Elgar.
- Jiménez, C. (Ed.). (1992). El fenómeno ACB: análisis en profundidad. Madrid: Fundación Pedro Ferrándiz.
- Kelly, S. (2008). Understanding the Role of the Football Manager in Britain and Ireland: A Weberian Approach. *European Sport Management Quarterly*, 8(4), 399-419. <http://doi.org/10.1080/16184740802461652>
- Kelly, S., & Waddington, I. (2006). Abuse, Intimidation and Violence as Aspects of Managerial Control in Professional Soccer in Britain and Ireland. *International Review for the Sociology of Sport*, 41(2), 147-164. <http://doi.org/10.1177/1012690206075417>
- King, A. (1997). New directors, customers, and fans: the transformation of English football in the 1990s. *Sociology of Sport Journal*, 14, 224-240.

- Kovacs, S. (1976). *Fútbol total*. Barcelona: Dopesa.
- Lacuesta, F. (1997). *Tratado de Fútbol. Técnica, acciones del juego, estrategia y táctica*. Madrid: Gymnos.
- Light, R., & Kirk, D. (2000). High school rugby, the body and the reproduction of hegemonic masculinity. *Sport, education and society*, 5(2), 163-176.
- Lillo, J. (1999). Cultura táctica. *Training Fútbol*, 35, 9-14.
- Llopis Goig, R. (2007). Female Football Supporters' Communities in Spain: A Focus on Women's Peñas. En J. Magee, J. Caldwell, & S. J. Scraton (Eds.), *Women, Football and Europe: Histories, Equity and Experiences* (pp. 175-89). Oxford: Meyer & Meyer.
- Llopis Goig, R. (2008). Learning and representation: the construction of masculinity in football. An analysis of the situation in Spain. *Sport in Society*, 11(6), 685-695. <http://doi.org/10.1080/17430430802283948>
- Lodziak, C. (1977). *Tácticas de fútbol*. Barcelona: Hispano Europea.
- López, A. (1982). *Fútbol, iniciación a la táctica y la estrategia*. Sevilla: Librería Esteban Sanz.
- López, B. (2011). El impacto social y cultural del deporte en la España del bienestar: televisión, consumo y deporte mediático, 1982-2000. En *Atletas y ciudadanos: historia social del deporte en España (1870-2010)*. Madrid: Alianza Editorial.
- López, J. A. (1977). *Fútbol y sociedad*. Madrid: Indalo.
- Lorenzo, J. (1977). *El fútbol en un mundo de cambios*. Buenos Aires: Editorial Freeland.
- Maguire, J. (1994). Sport, Identity Politics, and Globalization: Diminishing Contrasts and Increasing Varieties. *Sociology of Sport Journal*, 11(4), 398-427.
- Martín, G. (2004). *Lo que el fútbol se llevó. Hacienda y el fútbol: una asignatura pendiente*. Valencia: Universitat de València.
- Martin, S. (2004). *Football and fascism: the national game under Mussolini*. Oxford: Berg.
- Martín, T. (1976). *Los esclavos de oro del balón: situación laboral y humana de los jugadores profesionales del fútbol*. Madrid: Sedmay.
- Mason, T. (1994). *El deporte en Gran Bretaña*. Madrid: Civitas.
- Mcgillivray, D., Fearn, R., & McIntosh, A. (2005). Caught up in the beautiful game. *Journal of Sport & Social Issues*, 29(1), 102-123. <http://doi.org/10.1177/0193723504268730>
- Meier, H. (2003). Solidarity and market power in german soccer: the regulation of collective selling. *Football studies*, 6(2), 22-38.

- Meisl, W. (1955). *Soccer Revolution: Willy Meisel*. London: Phoenix Sports Books.
- Menotti, C. (1986). *Fútbol sin trampa: en conversaciones con Ángel Cappa*. Barcelona: Muchnik.
- Mera, J. (1962). *4-2-4 y su variante 4-3-3*. México D.F.: Editores Mexicanos Unidos.
- Mercé, J. (2000). *La táctica en el fútbol: historia y evolución*. Sevilla: Wanceulen.
- Merkel, U. (2007). Milestones in the development of football fandom in Germany: Global impacts on local contests. *Soccer & Society*, 8(2), 221-239. <http://doi.org/10.1080/14660970701224426>
- Messner, M. A. (1988). Sport and Male Domination: The Female Athlete as Contested Ideological Terrain. *Sociology of Sport Journal*, (5), 197-211.
- Messner, M. A. (1989). Masculinities and Athletic Carrers. *Gender and Society*, 3(1), 71-88.
- Michels, R. (1982). Pressing Football. En E. Batty (Ed.), *Fútbol: entrenamiento al estilo europeo* (p. 250). Barcelona: Hispano Europea.
- Miguélez, J. (1992, diciembre 6). «Yo tengo que morir con mis ideas». *El País*. Madrid.
- Miller, T. (1999). Televisualization. *Journal of Sport & Social Issues*, 23(2), 123-125. <http://doi.org/10.1177/0193723599232001>
- Moreno, M. (1998). *Táctica, sistemas de juego*. Madrid: Real Federación Española de Fútbol.
- Morris, D. (1982). *El deporte rey*. Barcelona: Argos Vergara.
- Oliveira, C. de. (1949). *A evolução da tactica no futebol*. Candido de Oliveira.
- Olivós, R. (1978). *Teoría del fútbol*. R. Olivós.
- Orr, T. J., Steinfeldt, J., Rutkowski, L. A., & Steinfeldt, M. C. (2012). Moral Atmosphere and Masculine Norms in American College Football. *The Sport Psychologist*, (26), 341-358.
- Ortí, A. (1996). La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo. En M. García Ferrando, J. Ibáñez, & F. Alvira (Eds.), *El análisis de la realidad social: métodos y técnicas de investigación* (pp. 189-221). Madrid: Alianza Editorial.
- Padovani, C. (2007). Digital Television In Italy: From Duopoly To Duality. *Javnost - The Public*, 14(1), 57-75.
- Panzeri, D. (2011). *Fútbol: dinámica de lo impensado*. Madrid: Capitán Swing.
- Paramio, J. L. (2004). ¿Hacia dónde se dirigen los Estadios Deportivos en el Período Postmoderno? *Apunts, Educación Física y Deporte*, 78, 41-50.

- Paramio, J. L., Buraimo, B., & Campos, C. (2008). From modern to postmodern: The Development of Football Stadia in Europe. *Sport in Society*, 11(5), 517-534.
- Parker, A. (1996). *Chasing the «Big-Time». Football Apprenticeship in the 1990s*. University of Warwick.
- Parlebas, P. (2002). *Elementos de sociología del deporte*. Málaga: Instituto Andaluz del Deporte.
- Perna, V. (Ed.). (1969). *Il pallone d'oro: Prima enciclopedia storica del calcio mondiale*. Roma: Perna Editore.
- Peucelle, C. (1975). *Fútbol todotiempo e historia de «La Maquina»*. Buenos Aires: Editorial Axioma.
- Pino, J., De la cruz, E., & Moreno, M. I. (2010). *Fundamentos del Fútbol y del Fútbol Sala*. Murcia: DM.
- Potrac, P., & Jones, R. (2009a). Power, Conflict, and Cooperation: Toward a Micropolitics of Coaching. *Quest*, 61(2), 223-236. <http://doi.org/10.1080/00336297.2009.10483612>
- Potrac, P., Jones, R., & Cushion, C. (2007). Understanding Power and the Coach's Role in Professional English Soccer: A Preliminary Investigation of Coach Behaviour. *Soccer & Society*, 8(1), 33-49. <http://doi.org/10.1080/14660970600989509>
- Potrac, P., & Jones, R. L. (2009b). Micropolitical workings in semi-professional football. *Sociology of Sport Journal*, 26, 557-577.
- PSOE. (1989). Los socialistas y el deporte. En *Debate y conclusiones de las III Jornadas del Deporte* (p. 155). Madrid: PSOE Secretaría de Cultura y Educación.
- Ramos, R. (1988, enero 1). Clemente volvió a «morder». *Mundo Deportivo*, p. 12. Barcelona.
- Redhead, S. (1997). *Post-fandom and the millennial blues: The transformation of soccer culture*. London, England: Routledge.
- Rigauer, B. (1981). *Sport and work*. New York: Columbia University.
- Rivero, A. (2011). *Momentos estelares de la Roja*. Barcelona: Lunwerg.
- Roderick, M. (2003). *Work, self and the transformation of identity A sociological study of the careers of professional footballers*. University of Leicester.
- Rose, A., & Friedman, J. (1994). Television sport as mas (s) culine cult of distraction. *Screen*, 35(1), 22-35.
- Rowe, D. (2003). *Sport, Culture & Media: The Unruly Trinity*. Maidenhead, Berkshire: Open University Press.
- Rubio, F. (2002). *El contrato de trabajo de los deportistas profesionales*. Madrid: Dykinson.

- Sagardoy, J., Olea, M., & Ostolaza, J. (1991). *El contrato de trabajo del deportista profesional*. Madrid: Civitas.
- Sandvoss, C. (2003). *A game of two halves*. Londres: Routledge.
- Sanz, Ó. (2002, diciembre 5). «No sé qué tengo de raro para recibir tantos palos». *El País*. Madrid.
- Say, T. (1996). Herbert Chapman: Football Revolutionary? *The Sports Historian*, 16(1), 81-98. <http://doi.org/10.1080/17460269609446395>
- Scopelli, A. (1957). *¡Hola, míster!: el fútbol por dentro*. Barcelona: Juventud.
- Scopelli, A. (1970). *Hola, míster: doce años después*. Barcelona: Juventud.
- Shaw, D. (1987). *Fútbol y franquismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Silk, M., Slack, T., & Amis, J. (2000). Bread, butter and gravy: An institutional approach to televised sport production. *Culture, Sport Society*, 3(1), 1-21.
- Simón, J. A. (2012). *España 82. La historia de nuestro mundial*. Madrid: T&B.
- Slimani, H. (2000). *La professionnalisation du football français: un modèle de dénégation*. Université de Nantes.
- Smart, B. (2005). *The sport star: Modern sport and the cultural economy of sporting celebrity*. Londres: SAGE.
- Tassara, H. (1978). *Realidad y fantasía del fútbol total*. Madrid: Pila Teleña.
- Taylor, J. (1989). *The Hillsborough Stadium Disaster: Interim Report*. Londres.
- Terol, R. (1998). *Las ligas profesionales*. Pamplona: Aranzadi.
- Valdano, J. (1997). *Los cuadernos de Valdano*. Madrid: El País Aguilar.
- Valdano, J. (2002). *El miedo escénico y otras hierbas*. Madrid: El País Aguilar.
- Valles, M. (2000). *Técnicas cualitativas de investigación social*. Madrid: Síntesis DL.
- Verdú, V. (1980). *El fútbol: mitos, ritos y símbolos*. Madrid: Alianza.
- Wacquant, L. (2006). *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Wahl, A. (1997). *Historia del fútbol*. Barcelona: Ediciones B.
- Whannel, G. (1992). *Fields in vision: Television sport and cultural transformation*. Londres: Routledge.
- Whannel, G. (2002). From Pig's Bladders to Ferraris: Media Discourses of Masculinity and Morality in Obituaries of Stanley Matthews. *Culture, Sport, Society*, 5(3), 74-94. <http://doi.org/10.1080/911094215>

- Wilkesmann, U., & Blutner, D. (2002). Going public: The organizational restructuring of German football clubs. *Soccer and Society*, 3(2), 19-37.
- Williams, J. (2006). «Protect me from what I want»: football fandom, celebrity cultures and «new» football in England. *Soccer & Society*, 7(1), 96-114. <http://doi.org/10.1080/14660970500355637>
- Williams, J. M. (1994). The Local and the Global in English Soccer and the Rise of Satellite Television. *Sociology of Sport Journal*, 11, 376-397.
- Wilson, J. (2009). *Inverting the pyramid: The history of football tactics*. Londres: Orion.
- Womack, J. (1990). *The machine that changed the world : based on the Massachusetts Institute of Technology 5-million dollar 5-year study on the future of the automobile*. New York: Rawson Associates.
- Zubeldía, O., & Geronazzo, A. (1965). *Táctica y Estrategia del fútbol*. Buenos Aires: Jorge Álvarez Editor.

ANEXO

ANEXO

Guías de entrevista

Guía de entrevista para futbolistas y entrenadores

1. Presentación: trayectoria biográfica

a. Trayectoria deportiva

¿Puede contarme brevemente como fue su carrera deportiva?

i. Inicio de práctica y años formativos

¿Cuándo empezó a jugar/entrenar al fútbol?

¿En qué equipo comenzó su práctica?

¿Cuándo supo que quería o sería profesional?

ii. Práctica profesional

¿Cuántos años jugó/entrenó? ¿En qué equipos?

¿Cómo valora su carrera?

iii. Retirada

¿Cómo fue el momento de la retirada?

iv. Desarrollo profesional posterior

¿Qué hizo después?

2. Contexto deportivo

a. Caracterización del contexto futbolístico de los años ochenta

i. Forma de juego

¿Cómo se jugaba en los años ochenta?

¿Qué diferencias había con respecto al juego en los años anteriores?

ii. Sistemas tácticos

¿Cuáles eran los sistemas tácticos más utilizados?

iii. Defensa hombre a hombre

¿Cómo era la defensa al hombre?

¿Qué jugadores defendían al hombre?

¿Cuáles eran las responsabilidades de cada jugador?

¿Cómo actuaba el líbero?

¿Qué exigencias físicas y técnico-tácticas requería?

¿Qué cualidades, roles y valores se le asociaban?

iv. Equipos hegemónicos

¿Qué cambios hubo en esos años?

¿Qué equipos marcaban la pauta? ¿Y entrenadores? ¿Y países?

b. Caracterización del contexto económico-institucional

i. Contexto institucional

¿Cómo eran los clubes en la época? ¿Qué recursos económicos tenían? ¿Qué instalaciones?

¿Eran solventes económicamente?

¿Qué importancia tenía el fútbol en el conjunto de la sociedad?

¿Cómo se valoraba el fútbol?

¿Qué problemas tenía?

¿En comparación con otros países, el fútbol español estaba en qué situación deportiva, económica y social?

¿Qué se envidiaba de otros países y en qué se sentían superiores?

ii. Carrera profesional

¿Qué tipo de vida permitían los salarios de los futbolistas entonces?

¿Cómo se negociaban los contratos?

¿Qué movilidad profesional podía esperarse?

iii. Relación con entrenadores

¿Cómo era la relación con el entrenador?

¿Cuál era su autoridad?

¿En qué ámbitos?

iv. Relación con jugadores

¿Cómo era la relación con los compañeros?

¿Había distintas relaciones entre ellos?

¿Qué jerarquías se respetaban?

¿Y la relación con los futbolistas de otros equipos?

3. La defensa en zona

a. Origen del concepto

i. Orígenes históricos

¿Qué equipos o países jugaban en zona? ¿Había entrenadores especialmente significativos?

¿Había distintos tipos de zona?

¿Había defensas mixtas, con unas líneas defendiendo en zona y otras al hombre?

¿Quiénes fueron los actores principales en su desarrollo?

ii. Contacto con la zona

¿Cuándo oyó hablar de la zona por primera vez?

¿Cómo se valoraba la defensa en zona?

¿Quién jugó por primera vez en zona?

¿Cuándo jugó por primera vez contra un equipo que defendiese en zona?

¿Cómo se extendió y popularizó la defensa en zona?

b. Jugar en zona

i. Aplicación técnico-táctica

i. Definición

¿Cómo definiría la defensa en zona?

¿En qué se diferencia de la defensa al hombre?

ii. Funcionamiento

¿Cómo funciona una defensa en zona?

¿Cómo se dividen las tareas y los espacios?

¿Cómo se coordinan los jugadores?

¿Existen los marcajes en la zona?

¿Cómo se ocupa el espacio?

¿Cuál es la relación entre marcar jugadores y ocupar espacios?

¿Ha evolucionado la defensa en zona?

iii. Relación entre jugadores

¿Cualquier jugador puede defender en zona?

¿Fue complicado adaptarse? ¿Por qué?

iv. Ventajas/inconvenientes

¿Qué ventajas e inconvenientes ve en la defensa en zona?

v. Entrenamiento

¿Cómo se entrena la zona?

¿Aparecieron nuevos ejercicios en los entrenamientos?

¿Qué clase de formación recibieron los jugadores?

ii. Consecuencias sociales: Identidad y roles sociales

i. Cambios en la valoración de los jugadores

¿Qué supuso para los jugadores cambiar a la defensa en zona?

¿Variaron las características y cualidades que se exigían a los jugadores? ¿Fueron capaces de adaptarse?

¿Cambiaron los roles y responsabilidades de los jugadores?

¿Aumentaron los requerimientos defensivos de los jugadores ofensivos?

¿Se generó un nuevo tipo de solidaridad en el campo?

ii. Cambios en la identidad, valores y jerarquías

¿Afectó a las jerarquías o a la valoración social de los jugadores?

¿Surgió algún tipo de conflicto?

¿Cambiaron los valores de los jugadores?

iii. Cambios en las cualidades de los jugadores

¿Se perdió agresividad?

¿Hubo una revalorización de las competencias tácticas?

iv. Cambios en la autoridad y responsabilidad del entrenador

¿Aumentó la importancia del entrenador?

¿Aumentaron sus atribuciones tácticas y su responsabilidad sobre el juego?

¿Cambió la relación con los jugadores?

¿Asumió nuevas áreas de competencia?

iii. Consecuencias y contexto social

i. Cambios en el fútbol

a. Pacificación

¿El aumento de las cámaras redujo la violencia?

¿Hubo un descenso de la violencia como consecuencia?

En caso afirmativo, ¿hacía esto el juego más apropiado para niños y mujeres?

¿Afectó a los defensas y a su figura pública?

¿Cambió o estaba cambiando el tipo de público que acudía a los estadios?

¿Cómo cambió la actitud de los árbitros hacia la violencia?

¿En qué momento comenzó a notarse?

¿Qué consecuencias tuvo sobre el juego?

¿Si la violencia aceptable se reducía, la efectividad técnico-táctica de la zona aumentaba?

b. Espectacularización y mercantilización

¿La defensa en zona cambia la forma de entender el fútbol?

¿Cambia el aspecto exterior, el que ve el espectador?

¿Hace el fútbol más o menos atractivo?

¿Cómo influyó la llegada de la televisión?

Guía de entrevista para árbitros

1. La pacificación del fútbol

a. Desarrollo histórico

¿Cuándo se comenzó a reducir la violencia? ¿Cuándo y por qué se convirtió en una prioridad?

b. Actores institucionales

¿Qué estamentos lideraron el cambio: árbitros, organismos internacionales, jugadores, entrenadores, Estados?

¿Qué pasos se dieron para lograrlo? ¿Qué frenos y ayudas surgieron en el proceso?

¿Cuál fue la actitud de jugadores y entrenadores? ¿Qué rol jugaron los medios? ¿Y los patrocinadores? ¿Y el público?

c. Formación de los árbitros

¿Qué supuso el cambio para los árbitros?

¿Hubo acciones específicas de reciclaje?

¿Debieron cambiar sus valores y actitudes hacia la violencia?

d. Relación con el contexto deportivo, económico y social

¿Se buscó conscientemente hacer el juego más atractivo para nuevos públicos? ¿Y para las retransmisiones?

¿Cómo influyó la violencia en los estadios y el fenómeno hooligan?

e. Relación con la zona

¿Influyó la zona en hacer un juego más atractivo?

¿La defensa en zona es menos violenta?

¿Qué desafíos implicó la defensa en zona para el arbitraje?

¿Aumentó la importancia de los jueces de línea y del fuera de juego?

¿Cómo se trabajó o contrarrestó este efecto derivado de la zona?

¿Qué otras cosas cambiaron con la zona?

f. Cambios percibidos en jugadores

¿Observaron un cambio en las actitudes y comportamiento de los jugadores según se reducía la violencia?

¿Cambió el tipo de jugadores?

¿Se facilitó la tarea arbitral?

Guía entrevista para periodistas

1. Contexto periodístico

a. Mercado periodístico y prensa deportiva

¿Cómo era la prensa deportiva en la década de los ochenta?

¿Qué significaba ser periodista deportivo?

¿Cuál era el estatus social de periodista deportivo en la sociedad y en el campo profesional de periodismo?

¿Cuáles eran los objetivos de la prensa deportiva?

¿Cuáles eran sus estrategias de venta?

¿Cuál era su público?

¿Cuál era el valor del fútbol?

b. La prensa deportiva

¿Cómo era la crónica deportiva?

¿Qué aspectos se resaltaban o potenciaban?

¿Cuál era el atractivo del fútbol y de las crónicas?

¿Qué se buscaba con la crónica?

¿Qué sentimientos se pretendía exaltar?

¿Qué peso tenían las consideraciones tácticas?

c. Irrupción del fútbol televisado

¿Qué consecuencias tuvo la generalización de las retransmisiones para el periodismo deportivo?

¿Qué perfil tenía el nuevo periodista deportivo?

¿Qué posibilidades ofrecían las nuevas técnicas?

¿Modificó el público potencial del fútbol? ¿Su perfil social?

d. Relación entre medios, televisión y tendencias del fútbol

¿Cambio la imagen del fútbol en aquellos años?

¿Cómo se notó el aumento de los ingresos?

¿Cambió el perfil social de los futbolistas?

e. El consumo del fútbol en televisión

¿Qué permitían las nuevas retransmisiones?

¿Cómo aumentaron los medios técnicos?

¿Qué se buscaba en las retransmisiones?

¿Cuál era el rol de los narradores y los comentaristas?

¿Cómo cambió el paisaje mediático?

¿Cuáles fueron las líneas editoriales y las estrategias de los grupos de comunicación?

¿Qué estrategias de rentabilización existían?

¿Qué rol tuvo la zona en esos desarrollos?

¿Ofrecía la zona un fútbol más atractivo?

¿Permitía atraer a nuevos públicos?